

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN



**TRANSGRESIÓN, INSOLENCIA Y CREATIVIDAD EN LA
PROSA DIARIA DE FRANCISCO UMBRAL: 1976-1994**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Javier Mayoral Sánchez

Madrid, 1997

- **ISBN: 978-84-692-2402-1**

**FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.**

Se recuerda al lector no hacer más
uso de esta obra que el que
permiten las disposiciones Vigentes
sobre los Derechos de Propiedad
Intelectual del autor. La Biblioteca
queda exenta de toda responsabilidad.

**TRANSGRESIÓN, INSOLENCIA Y CREATIVIDAD
EN LA PROSA DIARIA
DE FRANCISCO UMBRAL: 1976-1994.**

Dado de Baja
en la
Biblioteca



**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
DE MADRID**

**FACULTAD DE CIENCIAS
DE LA INFORMACION**

REGISTROS DE LIBROS

BIBLIOTECA GENERAL

Nº Registro I.D. 470

**TESIS DOCTORAL DE
JAVIER MAYORAL SÁNCHEZ.**

ÍNDICE.

I. INTRODUCCIÓN.

- 1.1. Presentación.
- 1.2. Propósito de la investigación.
- 1.3. Objeto de estudio.
- 1.4. Fuentes.
- 1.5. Metodología.
- 1.6. Hipótesis.

II. CORRUPCIÓN Y FECUNDIDAD EN LA PROSA DE UN CREADOR INSOLENTÉ.

- 2.1. La rebeldía cotidiana de un testigo del acontecer.
- 2.2. Comunicación textual y Retórica.
 - 2.2.1. Gramática: ars recte dicendi.
 - 2.2.2. Retórica y Poética: ars bene dicendi.
 - 2.2.2.1. Virtudes retóricas: corrección, ornato y decoro.
 - 2.2.2.2. Doctrina retórica sobre desviaciones permisibles.
 - 2.2.2.2.1. Vicios retóricos o poéticos.
 - 2.2.2.2.2. Licencias.
 - 2.2.2.2.3. Transgresiones: no adecuación a la situación comunicativa.
 - 2.2.3. Teoría de los géneros.
 - 2.2.3.1. El género como marco de elecciones discursivas.
 - 2.2.3.2. El texto periodístico: características generales.
 - 2.2.3.3. El estilo literario y la columna periodística.
 - 2.2.4. Transgresión, creatividad y lenguaje.
 - 2.2.4.1. El lenguaje como potencia creadora.
 - 2.2.4.2. Creatividad y transgresión.

2.3. Francisco Umbral: estilo contra género.

2.3.1. Retórica de un transgresor.

2.3.1.1. Perversiones estilísticas.

2.3.1.2. Insolencias.

2.3.2. Funciones de la transgresión.

2.3.2.1. Función ética o ideológica.

2.3.2.2. Función estética: creatividad.

2.3.3. Límites y riesgos en el arte de transgredir.

2.3.3.1. La obscuridad.

2.3.3.2. La vulgaridad.

2.3.3.3. La antipatía.

2.3.4. Etopeya de un provocador.

2.3.4.1. Retrato psicológico de Francisco Umbral.

2.3.4.2. Galería de heterodoxos: el magisterio de la provocación.

III. MODOS Y GRADOS DE TRANSGRESIÓN.

3.0. Planteamiento general.

3.1. RES: La transgresión de los contenidos.

3.1.1. Exabruptos culturales.

3.1.1.1. Literatura.

3.1.1.2. Historia.

3.1.1.2.1. La 'verdad' histórica.

3.1.1.2.2. Dislocaciones temporales.

3.1.1.3. Varia silva.

3.1.2. Heterodoxias sociales.

3.1.2.1. Alcohol, drogas y rock and roll.

3.1.2.2. Tabú, política y sexo.

3.1.2.2.1. Recato sexual o un carnívoro cuchillo.

3.1.2.2.2. Sobre otros impudores.

3.1.2.3. El bello sexo y la tentación del machismo.

3.1.2.4. Guerras de religión.

3.1.2.5. Coda social: un tipo raro en un mundo tópico.

3.2.3. Insolencias políticas.

3.2.3.1. Contra la concordia de la Transición.

3.2.3.2. Contra la lujuria de la Corrupción.

3.2. VERBA: La transgresión elocutiva.

3.2.1. Transgresiones de carácter textual y pragmático.

3.2.1.1. Contra el sentido común de las leyes pragmáticas.

3.2.1.1.1. El productor de los textos.

3.2.1.1.2. El destinatario de los textos.

3.2.1.1.3. La situación comunicativa.

3.2.1.1.3.1. Transgresiones paralingüísticas.

3.2.1.1.3.1.1. Entre la desmesura y la violencia.

3.2.1.1.3.1.2. Más allá de la crítica.

3.2.1.1.3.1.3. Traiciones y rebeldías laborales.

3.2.1.1.3.1.4. Contra la ficción textual.

3.2.1.1.3.1.5. Otras anomalías paralingüísticas.

3.2.1.1.3.2. Transgresiones periodísticas.

3.2.1.1.3.2.1. Contra las normas periodísticas generales.

3.2.1.1.3.2.2. Contra las reglas del articulismo.

3.2.1.2. Contra las leyes textuales de enunciación.

3.2.1.2.1. Violación de las reglas de buena formación textual.

3.2.1.2.1.1. Malformación textual por 'ruptura'.

3.2.1.2.1.2. Malformación textual por 'insistencia'.

3.2.1.2.2. Violación de principios textuales periodísticos.

3.2.1.2.2.1. *Violación* del principio de 'corrección'.

3.2.1.2.2.2. *Violación* del principio de 'claridad'.

3.2.1.2.2.3. *Violación* del principio de 'sencillez'.

3.2.1.2.3. Violación de principios textuales del artículo.

3.2.1.2.3.1. *Violación* del decoro estético.

3.2.1.2.3.2. Contra el orden establecido.

3.2.1.2.3.2.1. El punto de vista narrativo.

3.2.1.2.3.2.2. El título.

3.2.1.2.3.2.3. Comienzos y finales de texto.

3.2.1.2.3.2.4. Los diálogos.

3.2.1.2.3.2.5. Otras malformaciones internas.

3.2.2. ORACIÓN: Nivel sintáctico.

- 3.2.2.1. Errores sintácticos.
- 3.2.2.2. Purismo gramatical.
- 3.2.2.3. Desviaciones cuasi transgresoras.
 - 3.2.2.3.1. Refinamientos sintácticos.
 - 3.2.2.3.2. Vulgarismos gramaticales.
- 3.2.2.4. Solecismos que marcan estilo.

3.2.3. PALABRA: Niveles semántico, léxico y gráfico.

3.2.3.1. Nivel semántico.

- 3.2.3.1.1. Deformaciones semánticas.
- 3.2.3.1.2. La transgresión semántica de carácter lúdico.

3.2.3.2. Nivel léxico.

- 3.2.3.2.1. Barbarismos.
 - 3.2.3.2.1.1. Anglicismos.
 - 3.2.3.2.1.2. Galicismos.
 - 3.2.3.2.1.3. Otros extranjerismos.
- 3.2.3.2.2. Apropiación y revitalización léxica.
 - 3.2.3.2.2.1. Cultismos, tecnicismos y arcaísmos.
 - 3.2.3.2.2.2. Coloquialismos y vulgarismos.
 - 3.2.3.2.2.3. Voces jergales o dialectales.
 - 3.2.3.2.2.4. Marcas comerciales y publicidad.
- 3.2.3.2.3. Formación de palabras.
 - 3.2.3.2.3.1. Modificación.
 - 3.2.3.2.3.2. Desarrollo.
 - 3.2.3.2.3.3. Composición.
 - 3.2.3.2.3.3.1. Composición lexemática.
 - 3.2.3.2.3.3.2. Composición prolexemática.
 - 3.2.3.2.3.4. Siglas y apócope.
- 3.2.3.2.4. Neologismos y voces personales.

3.2.3.3. Nivel gráfico.

- 3.2.3.3.1.1. Relajación fonética y gráfica.
- 3.2.3.3.1.2. Transcripciones fonéticas.
- 3.2.3.3.1.3. Onomatopeyas y otros caprichos ortográficos.

IV. CONCLUSIONES.

V. BIBLIOGRAFÍA.

VI. TOMO II: NOTAS INTRODUCTORIAS.

VII. GLOSARIO.

I. INTRODUCCIÓN.

1.1. Presentación.

Francisco Pérez Martínez, más conocido como Francisco Umbral, está considerado como uno de los más importantes escritores de la España actual. Sus cerca de cien libros y sus ya miles de artículos le han proporcionado un notable prestigio literario. Prueba de ello es, por ejemplo, la concesión del Premio Príncipe de Asturias de 1996. En su fallo, el jurado destaca la excelencia de un estilo "forjado en castellano clásico y moderno a la vez, capaz del vuelo lírico y de la sátira más contundente"; un estilo, en suma, "que ha renovado nuestro lenguaje literario"¹.

1.2. Propósito de la investigación.

Este trabajo pretende analizar esa labor de continua renovación, esa inacabable tarea de hallar cada día nuevos modos lingüísticos y expresivos. Se ha centrado la investigación en un tipo específico de creatividad: aquel que nace de la transgresión². Intentamos descubrir, por tanto, cómo la subversión estilística ensancha el lenguaje; cómo fecundan el idioma tanto la incorrección como la insolencia³.

1.3. Objeto de estudio.

Se ha procurado estudiar todo ello en un conjunto de textos homogéneo, abarcable y cuantitativamente significativo. Este último requisito parece cumplido con creces,

puesto que han sido analizadas casi cuatro mil piezas textuales. También se ha tenido muy en cuenta el primero de los tres aspectos antes señalados: para asegurar la homogeneidad del *corpus* textual, se ha considerado objeto de estudio sólo los artículos diarios que Umbral ha publicado desde 1976 hasta 1994. Se toma como punto de partida el momento en que comienza a escribir en el diario *El País* (antes colaboraba con *La Vanguardia*, pero lo hacía sólo esporádicamente⁴); el punto de llegada queda marcado dieciocho años después, en 1994⁵.

1.4. Fuentes.

Así pues, los documentos primarios de esta investigación deben ser todos aquellos artículos diarios que Umbral haya publicado entre 1976 y 1994.

Los artículos no diarios escritos durante esos años -por ejemplo, los reportajes que aparecen en *El País* entre 1984 y 1988; o aquellos que publica en *ABC* entre septiembre y noviembre de 1993- sólo se han tomado en consideración si permiten aclarar o matizar alguno de los fenómenos abordados en esta Tesis. Se ha mantenido un criterio parecido respecto a otro tipo de textos de Umbral: sus ensayos, novelas y libros de memorias nos ofrecen muchas claves de interpretación gracias a las cuales podemos comprender mejor tanto el contenido como la forma de sus artículos diarios.

Además, la bibliografía final recoge una serie de títulos sobre Retórica, Lingüística y Periodismo: textos (fuentes secundarias) con los cuales se ha pretendido elaborar un marco teórico adecuado a las necesidades epistemológicas de este estudio.

1.5. Metodología.

En cuanto a lo puramente teórico, conviene destacar aquí -a modo de anticipo⁶- que casi todas las herramientas conceptuales a que recurre este trabajo proceden de tres

disciplinas: Periodismo, Lingüística y Retórica.

Se ha querido estudiar el artículo diario de Francisco Umbral en el marco genérico de la comunicación textual, de cuyas características básicas nos ofrece abundante información la doctrina retórica⁷. Del Periodismo se obtienen detalles acerca del tipo particular de textos que se pretende analizar: el texto periodístico de opinión, y, más exactamente, el texto de la columna personal. La Lingüística, por último, nos ofrece algo más que meros argumentos gramaticales con los que diferenciar la expresión normativa de la pura transgresión idiomática; también nos aporta conceptos de gran valor descriptivo en cuestiones tales como la formación de neologismos⁸ o la ruptura de las relaciones semánticas ordinarias en un conjunto determinado de vocablos⁹.

En cuanto al aspecto más empírico de la metodología adoptada, cabe señalar que se ha intentado aplicar -siempre que ha sido posible- técnicas lexicométricas en el análisis de los fenómenos considerados. Así pues, no sólo se ha querido describir cada fórmula específica de transgresión, sino que además se ha pretendido saber qué importancia tiene tal o cual variante transgresora en el conjunto de violaciones estéticas a que recurre Umbral en sus textos. Ello significa que al final de la investigación podemos saber, por poner un ejemplo concreto, cuántas veces ha utilizado Umbral la palabra *derechona* durante todo el periodo analizado (o sea, desde 1976 hasta 1994); podemos saber además qué día la utilizó por primera vez y -si resultara pertinente- en qué contexto; conocemos también cuándo desaparece o comienza a decrecer su uso; y, en definitiva, llegamos de este modo a completar una especie de historia particular de cada expresión transgresora, ya sea ésta simple o compleja¹⁰.

Para conseguir todos esos datos, se ha seguido el siguiente proceso:

A) Una vez elaborado el modelo teórico general, se realizó el trabajo de hemeroteca. De cada artículo objeto de estudio¹¹, se seleccionó y anotó en una ficha todo aquello que posteriormente pudiera ser considerado como transgresión. Desde el principio se tuvo en cuenta la tradicional distinción retórica entre RES (contenido) y VERBA (expresión). Las transgresiones relacionadas con la expresión fueron distribuidas en

torno a tres unidades conceptuales: PALABRA (*in verbis singulis*, según la retórica clásica), ORACIÓN (*in verbis coniunctis*) y TEXTO (las *figurae sententiae* de la doctrina clásica, en las que la moderna Pragmática intenta poner un poco de orden).

B) Los datos procedentes de cada artículo fueron luego agrupados temáticamente: de este modo, al final del proceso se había obtenido un detallado historial de cada fenómeno transgresor. Y ello, en los tres niveles antes citados: PALABRA, ORACIÓN Y TEXTO.

1.6. Hipótesis.

Esta investigación ha partido de una serie de presupuestos teóricos fundamentales. Tales premisas -que al final del trabajo habrá que confirmar, desmentir o corregir- son las siguientes:

1.6.1. Los textos de Francisco Umbral presentan un estilo afilado, transgresor, a veces incluso subversivo. Umbral parece disfrutar rompiendo el tabú, hablando de lo que -según los tradicionales criterios de urbanidad- no es conveniente hablar. En cuanto al lenguaje, Umbral utiliza incorrecciones (desviaciones de la norma) poco frecuentes en otros escritores. No hace ascos a voces vulgares y usa muy frecuentemente expresiones que violan los principios básicos de la lengua española. A menudo las columnas del autor ni siquiera parecen textos periodísticos, puesto que no respeta las limitaciones formales y estructurales que impone el subgénero periodístico de los artículos de opinión.

1.6.2. Umbral no comete transgresiones con fines exornativos. Este tipo de violaciones es retóricamente admisible, puesto que constituye, de hecho, la base de la doctrina elocutiva de la Poética. Umbral conculca las normas (gramaticales, retóricas o periodísticas) por dos motivos básicos: porque quiere atraer la atención del lector con un lenguaje despojado de tópicos y ataduras ideológicas¹² y porque considera que la transgresión que él cultiva requiere una gran dosis de invención, de creatividad

lingüística¹³.

1.6.3. Todo lo anterior parece dibujar el escenario de un combate completamente desequilibrado: leído lo hasta ahora escrito, quizá se haya podido pensar que es un individuo (Francisco Umbral) el que lucha contra todo un conglomerado de sistemas normativos, tradiciones retóricas y convenciones sociales. Pero, en realidad, detrás de Umbral hay una enorme y deslumbrante lista de escritores que, desde hace siglos, han hecho de la transgresión y de la insolencia su más nítida seña de identidad estilística. Y, en lo lingüístico, no hay más que recordar la corriente doctrinal que va desde Humboldt hasta Chomsky. Recuérdese además el punto de partida teórico del padre de la moderna Lingüística: la lengua, según Saussure, es un sistema, pero un sistema abierto que permite crear conforme a ciertos patrones básicos. Así pues, la tradición, por un lado, y las reglas fundamentales de generación lingüística, por otro, contribuyen a que el autor pueda quebrantar tradiciones literarias y reglas gramaticales.

El propio Francisco Umbral parece aprobar este planteamiento cuando, con ostensible *modestia*, sitúa su estética en la línea inventiva y transgresora marcada por Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna o Valle-Inclán (todos ellos, a fin de cuentas, herederos de aquella imponente e insolente creatividad que dio fama a don Francisco de Quevedo)¹⁴. Además, Umbral ha escrito en varias ocasiones que *el idioma habla a través de nosotros*¹⁵, y que, por tanto, la máquina del lenguaje sólo funciona gracias al hablante que le pone voz. Se necesita algo más que intuición para que el tono primario y normativo de una lengua llegue a desentonar con cierta armonía.

NOTAS: **1. Introducción.**

¹ Acta del jurado "Premio Príncipe de Asturias de las Letras 1996", Oviedo, 10 de mayo de 1996.

² Entendida ésta, primero, como violación de normas gramaticales y, segundo, como ruptura de hábitos comunicativos. El concepto de 'transgresión' quedará delimitado, lingüística y retóricamente, en el apartado 2.2.2.2.3. de este trabajo.

³ El capítulo tercero (véase el apartado 3.1.) profundiza en lo que aquí se llama, provisionalmente, *transgresiones de contenido*: proposiciones transgresoras en razón de su contenido, al margen de cuál sea el modo lingüístico en que aparecen formuladas. La palabra *insolencia* quiere reflejar este otro tipo de subversiones expresivas.

⁴ No se han estudiado, y por este mismo motivo (la inestabilidad en la publicación de los textos), los artículos destinados a Colpisa, agencia especializada en la distribución de colaboraciones para la que, desde 1969 y todavía en 1976, Umbral escribe un crónica diaria. Cabe destacar, de entre los periódicos asociados a Colpisa, cabeceras como las de *El Norte de Castilla*, *La voz de Galicia*, *Heraldo de Aragón*, *Diario de Burgos*, *El correo español*, *El diario vasco* o *Las provincias*.

⁵ No pasará inadvertida la escasa importancia que se ha concedido a la segunda de las cualidades anotadas al comienzo de este párrafo. Considerado el asunto con ecuanimidad (o simplemente con cierta distancia), se ha de reconocer que el cúmulo de datos obtenidos al final de la investigación resultaba difícilmente abarcable. Sobre todo, difícilmente abarcable para quien hubiere de leer este trabajo. El dilema, así pues, se planteaba en los siguientes términos: o bien se prescindía de la información no esencial, o bien se abrumaba a quien leyere con un sinfín de pormenores de carácter retórico, sintáctico o léxico. Al final, se pensó que lo mejor era ofrecer un resumen estadístico en una especie de glosario (capítulo VII, tomo II de esta investigación).

⁶ Se ampliará información a este respecto en el apartado 2.2. del capítulo segundo.

⁷ Enriquecida, por supuesto, con las modernas aportaciones teóricas de disciplinas como la Pragmática, la Ciencia del Texto, la Lingüística General o la Psicolingüística, por citar sólo algunos de los ámbitos gnoseológicos que permiten hoy completar o corregir los planteamientos de la retórica tradicional.

⁸ Esto es: cómo crea sus palabras el autor estudiado; cómo articula lingüísticamente su creatividad transgresora. Sobre este aspecto concreto, según veremos en el tercer capítulo (apartado 3.2.3.2.3.), las palabras nacidas por composición o derivación no hacen más que remitir a posibilidades creativas de toda lengua. La Lingüística también

ayuda a esclarecer esa conexión, de carácter casi imperativo, entre el escritor y su idioma.

⁹ En el capítulo tercero (apartado 3.2.3.1.) se verá cómo Umbral reniega del significado habitual de ciertas palabras. Ello supone, según explica la Semántica, la creación de nuevas redes sémicas entre términos significativamente emparentados. Todo cambio en un elemento del sistema acaba afectando al menos a parte del conjunto del sistema.

¹⁰ Es evidente que algunos fenómenos, por su propia naturaleza, son difícilmente cuantificables. Una determinada estructura compositiva puede llegar a ser considerada como una modalidad textual de transgresión, pero resultará muy difícil -a veces imposible- contar el número de veces que aparece en los textos analizados, puesto que, en general, este tipo de fenómenos suele ofrecer un sinfín de graduaciones y variantes, sólo algunas de las cuales podrán ser consideradas transgresoras. En este otro tipo de casos, se describirá el modo genérico de la transgresión y se procurará aportar la mayor información posible acerca de sus modalidades o variantes.

¹¹ Ya se ha dicho que, en total, han sido analizados cerca de cuatro mil artículos: todos los que Umbral publica con periodicidad diaria entre 1976 y 1994. Los periódicos en que aparecen esos artículos son, por este orden, *El País*, *Diario 16* y *El Mundo del Siglo XXI*. Entre el 19 de septiembre de 1993 y el 12 de noviembre del mismo año, Umbral no escribe en *El Mundo del Siglo XXI*, sino en el diario *ABC*. Este breve periodo no ha sido analizado en el cuerpo central de esta investigación (dado que la periodicidad de estos artículos no es diaria), pero sí se han comentado algunas cuestiones de interés referidas a esta etapa en el epígrafe 2.3.3.3. del segundo capítulo.

¹² O sea, el lenguaje de alguien que protesta contra la rutina y contra el sistema ideológico imperante.

¹³ Para lo cual se necesita una elaboración personal: no basta con decir barbaridades y escribir mal; las transgresiones e insolencias deben conformar un mundo propio que refleje la personalidad creadora del escritor.

¹⁴ Véase *La noche que llegué al Café Gijón*, Destino libro, Barcelona, 1991, 2ª ed. [1ª ed. en Destino, 1977], pág. 55: "la nueva prosa española -y el verso- nace de Juan Ramón Jiménez, Gómez de la Serna y Valle-Inclán, los tres grandes Ramones que de alguna manera han empuñado a todo escritor subsiguiente".

¹⁵ "Dicen los modernos lingüistas que no hablamos el idioma, sino que el idioma nos habla a nosotros, habla por sí mismo a través de nosotros." (*Amar en Madrid*, Planeta, Barcelona, 1972, pág. 12.)

II. CORRUPCIÓN Y FECUNDIDAD EN LA PROSA DIARIA DE UN CREADOR INSOLENTÉ.

2.1. La rebeldía cotidiana de un testigo del acontecer.

Francisco Umbral comenzó a escribir artículos más por instinto de supervivencia que por auténtica vocación periodística: "cuando yo me di cuenta de que iba a dedicar mi vida a la escritura, busqué una salida económica de urgencia, y ésta era el artículo. Yo sabía que de la novela no vivía nadie en España, ni Delibes, al que yo tenía cerca, y a pesar de ser el hombre de mayor éxito, después de Cela. En cambio, estaba al tanto de que del artículo, al menos, se podía ir tirando"¹.

Sabemos hoy que Umbral no claudicó en modo alguno al adoptar aquella *salida económica de urgencia*. Él no tuvo que afrontar dilemas. No necesitó elegir -como les ocurre a otros muchos escritores- entre Literatura y Periodismo. En 1957, con apenas veintidós años, publicó sus primeros artículos y reportajes. Desde entonces hasta hoy, Umbral -él mismo lo reconoce- no ha hecho más que llevar literatura a los periódicos².

Es evidente que aquí encaja a la perfección esa ya tópica disputa acerca de si *hacer literatura en o para los periódicos* llega a constituir un verdadero ejercicio periodístico. Tópica disputa que más vale no resucitar de nuevo. La frontera entre Literatura y Periodismo, tan lábil y al mismo tiempo tan espesa, ha suscitado miles y miles de páginas³, y seguramente resultaría ocioso añadir ahora unas cuantas más.

Sí parece pertinente, sin embargo, abordar cómo entiende Francisco Umbral esta supuesta esquizofrenia del literato metido a periodista. Pues bien: conviene dejar claro, para empezar, que Umbral no sólo se considera escritor de novelas, memorias o ensayos. También reivindica su condición de *periodista*. Cuando cree que alguien no le

trata como profesional del periodismo, reacciona con vehemencia. De hecho, él se tiene no sólo por periodista, sino por un gran periodista. Hasta el punto de llegar a presumir públicamente de su virtuosismo en el género periodístico que cultiva. "El artículo es el soneto del periodismo. Quiero decir que tiene leyes y preceptivas tan rigurosas como el más exigente y definido género literario, y por eso hay tan pocos sonetistas buenos y tan pocos articulistas buenos, aunque cualquier político elocuente, cualquier erudito docente y cualquier ensayista influyente se crea con derecho y capacidad de hacer un artículo (...). Sonetistas vamos quedando pocos"⁴. A veces (aunque no, desde luego, en la cita anterior), este tipo de afirmaciones despliega un doble juego de ironía e inmodestia⁵. El lector, entonces, queda sumido en la duda: puede ser que el articulista en cuestión se burle de sí mismo, pero también puede ser que realmente se crea dotado de un talento fuera de lo común.

Hemos de partir, así pues, de la siguiente idea: Umbral no se considera un simple escritor para periódicos. En realidad, él cree que también es un periodista. Y no uno cualquiera, sino un maestro, un virtuoso. Umbral nunca ha respetado esa regla de urbanidad según la cual todo el mundo, incluido el hombre de portentoso genio, debe comportarse con una cierta modestia.

Pero no debemos confundir, y mucho menos en este caso, *virtuosismo* con *ortodoxia*. Umbral, ante todo, quiere ser un periodista poco común⁶, un articulista que no pase inadvertido, un cronista polémico y transgresor. Lo mejor de su talento parece estar consagrado a esos *exempla vitanda* de los manuales de Periodismo. Del vicio intenta hacer constantemente virtud. La cortesía o la mesura, por ejemplo, aparecen en sus textos como pecados capitales de los que más vale cuidarse: "si miro hacia atrás mi larga labor periodística y literari[a] [*sic*, por errata], no es sino un extenso trenzado de injurias", escribe en uno de sus artículos⁷. La corrección gramatical -por poner otro ejemplo de virtud transmutada en viciosa mediocridad- es para él poco más que "la dimensión doméstica de la perfección"⁸. Umbral respeta y cita a los escritores que conciben la brillantez estilística como un ejercicio de creatividad subversiva: "por cierto, perdona, Paul Morand escribió una cosa que yo vengo diciendo obsesivamente:

<<Escribir bien es lo contrario de escribir correctamente>>"⁹.

Más adelante se dará cuenta de las muchas vertientes que ofrece este continuo y poliédrico afán transgresor. Aquí sólo se pretende constatar el hecho de que casi todos los artículos de Umbral contienen algún atrevimiento insospechable, alguna profanación de valores que la prosa o la deontología periodística ha tenido tradicionalmente por sagrados. Las columnas de Umbral desvelan a un escritor conscientemente heterodoxo, a un testigo del acontecer que se niega a contemplar el mundo con ojos enfermos de vulgaridad y rutina. "¿Y qué es un escritor? Una manera distinta de ver el mundo. Una óptica personal"¹⁰. El columnista -según Umbral-viene a ser casi lo contrario del *redactor de noticias*. La subjetividad del redactor debe -en lo posible- desaparecer de sus textos. La subjetividad del columnista (su *óptica personal*) debe quedar, en cambio, nitidamente subrayada. "Cuanto más personal sea el columnista, más le buscará el lector", escribe Umbral¹¹. Un artículo ha de aportar novedades tanto en la forma como en el contenido. Lo contrario de una columna, en este sentido, no es la noticia, sino la repetición de lo ya dicho en otra columna, o la repetición de las formas ya usadas en miles de anteriores columnas.

Umbral se esfuerza en ser distinto para poder llegar a ser alguien. Sus provocaciones e insolencias luchan contra la palabra fosilizada, contra la redundancia, contra el tópico. Respecto a los contenidos, sucede algo semejante. En este caso, es *tópico*, por una parte, el manido conjunto de ideas que -reiterado con machacona insistencia día tras día- acaba convertido en mera calderilla devaluada del pensamiento; por otra parte, es *tópico* cierta forma de vida estancada, rutinaria, automatizada por la propia inercia del acontecer. Muy a menudo -y seguramente por esto que se acaba de explicar- da la sensación de que Umbral escribe *contra* la realidad¹² de la que discrepa: "yo no empiezo a escribir hasta que no encuentro una noticia que me indigna"¹³. Su artículo se convierte entonces en una acusación contra esa realidad. Nótese que la transgresión -tanto en la forma como en el argumento- actúa siempre como estilete de la creatividad. Hay que inventar nuevas formas para deshacer los tópicos de siempre, hay que sugerir modos de vida no infectados de la vulgaridad o el adocenamiento que se

combate.

Así concibe Umbral la tarea del literato que -quién sabe si sólo por sacar un dinerillo con el que sobrevivir- se plantó un buen día a escribir en los periódicos. Hoy Umbral tiene publicados miles de artículos, miles o quizás cientos de miles de impertinencias, atrevimientos, transgresiones.

En las páginas que siguen¹⁴, se intentará explicar el sentido, tanto histórico como teórico, de este permanente propósito de transgresión. Se procurará dibujar una línea que nos lleve desde el nacimiento del discurso estratégico -esto es: desde nacimiento de la retórica clásica- hasta la poética específica de un tipo concreto de moderna comunicación textual: el artículo periodístico de opinión. Entre los puntos de partida y llegada, habrá que situar el concepto de 'género'¹⁵. La "Teoría de los géneros" desempeña en este trabajo un papel fundamental. Y ello, por dos motivos básicos:

A) En primer lugar, porque, al unir los puntos de partida y de llegada en la ya referida línea, permite adaptar una metodología de ascendencia retórica a la investigación sobre textos periodísticos. Resulta curioso comprobar cómo la "Teoría de los géneros", nacida hace casi 2.500 años, sigue aún hoy vigente en la gran mayoría de los tratados de Redacción Periodística.

B) En segundo lugar, porque, gracias a la "Teoría de los géneros", disponemos de una serie de reglas básicas características de cada clase de textos. Al definir el subgénero del *artículo periodístico de opinión*, estamos al mismo tiempo detallando el conjunto de obligaciones a que deben someterse los articulistas. Sabemos, por lo escrito hasta ahora, que Umbral gusta de someterse a la menor cantidad posible de obligaciones. Dicho de otro modo: sabemos que a Umbral le encanta violar normas, ya sean éstas generales (gramaticales, sociales o políticas), ya sean específicas (o sea, propias del subgénero que cultiva). La sistematización de transgresiones que pretende realizar este trabajo no es más, por tanto, que la negación de una lista ordenada de normas: lista que, con diferencias de matiz, podemos encontrar en cualquier manual de Redacción Periodística.

Al fondo de todo lo apuntado hasta aquí -y acaso como explicación última-, queda

sin duda la personalidad de un escritor nada común. Se intentará analizar al final de este capítulo¹⁶ la compleja personalidad de un hombre (Francisco Pérez Martínez) que construye un personaje (Francisco Umbral) y deja luego que éste le devore¹⁷; un hombre desconcertante y siempre dispuesto a sorprender con su palabra, con su conducta. Umbral, psicológicamente, es un nido de paradojas. Algunas se manifiestan por escrito. Otras sólo dejan huellas menores: cierto sabor a provocación no exenta de ironía. Don Francisco Umbral, el virtuoso *sonetista de los pocos que van quedando*, presume -por ejemplo- de no haber dado una sola noticia en toda su vida¹⁸. *Dar noticias* -dice Umbral-: *qué horror*. Como si ése fuera el mayor delito estético que pudiera cometer un periodista. Como si lo normal, lo realmente lógico, fuera su atípica manera de entender el mundo.

2.2. Comunicación textual y Retórica.

Acaso parezca descabellado el intento. Acaso se juzgue fuera de lugar. Resulta del todo absurdo -se dirá- acudir a Córax, Aristóteles o Quintiliano para describir el estilo de un autor del siglo XX. Además, poco o nada retórica se presenta -al menos a primera vista- la escritura del autor concreto que se pretende estudiar. Seguir un método retórico para analizar los textos de Francisco Umbral puede parecer, en principio, un dislate semejante al de intentar leer la actual Constitución española con los ojos -por ejemplo- de Licurgo el espartano o de Solón el ateniense.

Así pues, conviene explicar por qué y, sobre todo, cómo se piensa aplicar un método tan sospechoso de anacronismo, un método del que aquí se ha comenzado diciendo que acaso resulte descabellado, fuera de lugar o simplemente ridículo.

Hasta ahora se ha venido escribiendo *Retórica* (alguna vez *Retórica clásica*), sin añadir matiz alguno. Este es el momento, pues, de aclarar qué significado se pretende

dar aquí a ese término. Es sabido que la disciplina nació en la Grecia clásica¹⁹, que alcanzó un alto grado de sistematización en Roma (gracias, sobre todo, a la labor de Quintiliano) y que, siglos después, ya en la Edad Media, pasó a ser -junto con la Gramática y la Lógica- una de las tres artes liberales del *Trivium*.

En este último período, y también en los siglos posteriores, la Retórica centra casi todo su interés en fenómenos relacionados con la expresión. La Dialéctica acaba apropiándose de aspectos no elocutivos: la *Inventio* y la *Dispositio* reciben cada vez menos atención por parte de la Retórica. Con el paso del tiempo, los tratados retóricos van adoptando una cada vez más ostensible apariencia de preceptivas para estudiantes.

El Romanticismo reaccionó mostrando un proceloso desprecio por esta actitud dogmática y prescriptiva. Los románticos exaltaban la libertad de creación estética: era lógico, por tanto, que denostaran con vehemencia el rancio academicismo de autores como José Gómez Hermosilla, que en su *Arte de hablar en prosa y en verso* (publicado en 1826) parecía supeditar siempre el juicio estético al corto y feroz espíritu de un gramático. Durante mucho tiempo la Retórica fue, más que una fuente de conocimientos acerca del discurso, un motivo de burla para escritores sarcásticos. No hace demasiados años, la palabra *retórica* aún era víctima de burdo proceso de simplicación. El concepto originario había degenerado hasta el punto de que, al final, apenas si quedaba de él un significado que no fuera peyorativo. El adjetivo *retórico*, por ejemplo, venía a significar 'engolado', 'artificial', 'huero', 'ampuloso'.

Pero algo pareció cambiar a mediados del siglo XX: en 1960, el profesor alemán Heinrich Lausberg publicó su exquisito *Manual de Retórica Literaria*²⁰. Era ya evidente que el interés por la Retórica se había reavivado: "el mundo está increíblemente lleno de antigua Retórica"²¹, escribía Roland Barthes con fervorosa admiración todavía en 1966. El planteamiento clásico e historicista de Lausberg fue completándose poco a poco con nuevas propuestas. Nació la *Nouvelle Rhétorique* francesa, surgió el movimiento *New Rhetoric*. La llamada *Rhetórica recepta* (esto es: el sistema retórico elaborado históricamente que pasa, en varias fases, al conocimiento contemporáneo acerca del discurso) enriqueció los planteamientos teóricos de otras

disciplinas. Del enclaustramiento se pasó casi a la promiscuidad: en aras de la fertilidad gnoseológica, la Retórica se dejó contaminar por disciplinas tales como la Lingüística, la Sociología, la Teoría de la Literatura, la Semiología o la Pragmática. De este modo, al cabo de unos años la Retórica parecía estar en condiciones de volver a ser una completa y coherente *ciencia del discurso*. Además (y acaso sea esto lo más importante), la *contaminación* antes referida generó varios intentos de síntesis de los que hoy podemos extraer los más completos métodos de análisis textual²².

Esta investigación intenta aplicar una Retórica General (basada, por tanto en la retórica tradicional, pero convenientemente enriquecida por planteamientos modernos) a los artículos periodísticos²³ de Francisco Umbral. Las páginas que siguen quieren mostrar cómo Córax, Aristóteles o Quintiliano (auxiliados por jóvenes discípulos de hoy mismo, según se ha matizado) ayudan a describir el estilo de autor del siglo XX. O lo que es lo mismo: se intentará demostrar que la vieja Retórica, puesta al día, nos permite comprender mucho mejor el sentido último de ese rosario de transgresiones e insolencias con que Umbral trenza sus columnas diarias.

2.2.1. Gramática: *ars recte dicendi*.

"Pero el principio de la expresión es hablar correctamente": Aristóteles, en su *Retórica*²⁴, usa el término *hellenízein* ("hablar correctamente"), que luego será vertido como *Latinitas* por los romanos. El principio de la expresión (y también el principio de la Retórica, por ende) nos lleva a un terreno fronterizo. Las virtudes del discurso se asientan en lo que Diógenes Laercio llama "expresarse conforme al genio de la lengua"²⁵; el *hellenismós* de los griegos (*sermo purus* en Quintiliano²⁶) constituye, así pues, un principio o condición necesaria para la *virtus* retórica. La negación de ese principio (*arché*) no supone un defecto retórico, sino algo acaso todavía más grave: quien no habla o no escribe *conforme al genio de la lengua* (esto es: correctamente)

apenas si llega a hablar o a escribir. El solecismo (*soloikismós*) aparta a oradores y a escritores de su lengua natural. Desviado de la *Latinitas*, el discurso se transforma en ruido: se sitúa fuera de la gramática y, por ello mismo, más allá también de la lengua, más allá del lenguaje.

La Retórica, así pues, necesita de la Gramática (*ars recte dicendi* o *recte loquendi scientia*²⁷, según la definición de los clásicos). Si el principio de la expresión retórica es *hablar correctamente*, el principio de la Retórica ha de ser la Gramática, que basa todo su sistema precisamente en el concepto de 'corrección'.

2.2.2. Retórica y Poética: *ars bene dicendi*.

Retórica y Gramática, en tanto *artes dicendi*, mantienen entre sí una fecunda relación. A partir de su correspondiente sistematización de reglas, ambas permiten obtener un conocimiento perfecto del código idiomático: gracias a ellas, orador y hablante en general se pueden desenvolver mucho mejor (esto es: con más eficacia) en cualquier situación discursiva.

No obstante, el tipo de eficacia que pretende conseguir la Retórica tiene poco que ver con las virtudes meramente gramaticales. La *corrección* elocutiva, según se ha visto más arriba, constituye el principio inexcusable de la expresividad retórica. Pero un discurso *correcto* -sin más- puede ser, desde el punto de vista retórico, absolutamente ineficaz. La virtud gramatical de la corrección no garantiza, por tanto, el éxito retórico de un discurso.

Los clásicos recogieron con una oposición adverbial esta diferencia entre los ideales de perfección propios de la Retórica y de la Gramática: si esta última disciplina aparece definida en los textos latinos como "*ars recte dicendi*", la Retórica fue etiquetada como "*ars bene dicendi*"²⁸. Así pues, la doctrina retórica tradicional establece una diferencia entre hablar bien (*bene*) y hablar correctamente (*recte*). Hay,

por tanto, cualidades específicas (no gramaticales) del discurso retórico.

2.2.2.1. Virtudes retóricas: corrección, ornato y decoro.

"Latinitas est, quae sermonem purum conservat, ab omni vitio remotum"²⁹; no por ser gramatical deja de ser retórica. La virtud de la corrección (*hellenismós*, *latinitas*) debe ser considerada el punto de partida de la elegancia retórica. En principio³⁰, sin corrección gramatical, es imposible que haya ornato; sin pureza idiomática, no se puede conseguir ni belleza ni persuasión.

Pero la brillantez, según la retórica clásica, sólo se alcanza si la pureza idiomática viene acompañada de tres cualidades específicamente retóricas: *Claridad*, *Ornato* y *Decoro*.

La *Claridad* (*Sapheneia*, para los griegos; *Perspicuitas*, para los latinos) es "la que hace al discurso llano e inteligible"³¹. La expresión³² debe ser *clara* para que se pueda comprender con facilidad. El fundamento lingüístico de esta primera virtud retórica es, según anota Lausberg³³, la *Latinitas* o corrección gramatical. El *vitium* correspondiente a esta *virtus* es la *Obscuritas*, que afecta tanto a la palabra en sí misma (es el caso de fenómenos léxicos tales como arcaísmos, sinonimias inexactas, neologismos o dialectalismos) como a la "juntura de palabras" en la oración (hipérbatos, ambigüedades sintácticas, sínquisis, etc.)³⁴.

La segunda de las virtudes retóricas suele aparecer designada con el término *Ornato* (*Cosmos*, *Ornatus*). Es la cualidad elocutiva por excelencia, pues consiste en "la adecuada exornación del discurso"³⁵. Es la base estética de la elocución, y se apoya, por tanto, en ese sustrato de gramaticalidad o corrección que garantiza la *Latinitas*. Produce delectación, añade credibilidad y ayuda a conmover los ánimos de quienes oyen o leen. Así pues, cabe afirmar que el *Ornato* -si es adecuado- contribuye a alcanzar las metas básicas del discurso: *delectare*, *docere* y *movere*. Esta virtud caracteriza no sólo al texto retórico, sino también al texto literario³⁶. De hecho, las

definiciones tradicionales de lengua literaria y de texto retórico han quedado sintetizadas en la máxima "sermo ornatus". El *vitium* que atenta contra la belleza expresiva se puede originar bien por defecto (elocución vulgar³⁷, tediosa o *carens arte*, como la llamó Quintiliano³⁸), bien por exceso (discurso recargado, exageradamente artificioso). Para determinar el grado justo de exornación que requiere un texto o discurso, los clásicos acuden a la tercera de las virtudes retóricas: el *Decoro* o *Conveniencia*.

"*Prépon* llaman los griegos a esto; nosotros lo podemos llamar más bien <<lo conveniente>>; (...) El orador debe mirar lo conveniente no sólo en las ideas, sino también en las palabras (...). Lo conveniente depende del tema que se trate y de las personas, tanto las que hablan como las que escuchan (...). ¡Cuán poco conveniente es, en efecto, cuando se habla ante un juez de goteras³⁹, utilizar palabras solemnes y cuestiones generales, y, cuando se habla de la grandeza del pueblo romano, hablar con sencillez y llaneza!"⁴⁰.

A propósito del *Decoro*, Demetrio (*Sobre el estilo*) nos recuerda "aquello que dice el proverbio: <<bromear en un funeral>>"⁴¹. Hay que tener en cuenta, antes de hablar, en qué situación comunicativa nos hallamos. Si quien nos va a oír sufre un grave dolor por la muerte de cierto familiar o amigo, más vale que no nos andemos con bromas. Por ingeniosa que sea, acabará resultando impertinente.

La expresión, si quiere ser virtuosa, "ni debe ser vulgar ni tampoco más pretenciosa de lo debido, sino la adecuada"⁴². Y adecuada vale aquí por ajustada al conjunto de elementos que intervienen en el proceso comunicativo. "Lo *prépon* -dice Lausberg- es la virtud de las partes de encajar armónicamente en un todo"⁴³. Dentro de ese *todo*, se suele establecer una distinción entre los elementos que conforman del discurso (que deben mantener el llamado *decoro interno*) y los elementos que forman parte del entorno social del discurso (en este caso se habla de *decoro externo*). La retórica clásica fue capaz de percibir la enorme importancia de ciertos detalles extralingüísticos: las características del auditorio, el lugar y momento en que se ha de pronunciar el discurso, el talante del orador y, en general, todos aquellos factores que

intervienen en el proceso comunicativo. Es un vicio relacionado con el *decoro externo*, por ejemplo, la inclusión en el discurso de temas o vocablos considerados socialmente como obscenos, poco agradables o groseros. Se viola el *decoro interno* de dos modos básicos:

A) Cuando se utiliza un lenguaje sublime a propósito de contenidos bajos o humildes (*auxesis*).

B) Cuando contenidos altos o nobles aparecen vestidos lingüísticamente con un ropaje poco elevado, o incluso vulgar (*meiosis* o *tapinosis*).

2.2.2.2. Doctrina retórica sobre las desviaciones permisibles.

Si nos atenemos a lo escrito hasta ahora, resultará bastante difícil asignar una función a la creatividad dentro de este complejísimo artefacto teórico aquí sólo dibujado en sus trazos más gruesos. El genio individual -la capacidad personal de generar belleza sin ayuda de reglas o tradiciones- parece que no dispone ni siquiera de un pequeño hueco dentro de este gran edificio que es la Retórica. Pero la mentalidad de la gran mayoría de los tratadistas clásicos no era, por supuesto, tan estrecha como para incurrir en semejante desvarío. Las virtudes retóricas no aparecían tabuladas de una vez para siempre: no toda desviación de la norma era inmediatamente tenida por vicio reprobable. De hecho, la mayor parte de los aciertos expresivos de los grandes poetas habían comenzado siendo desviaciones de la lengua normal, desviaciones del modo habitual (claro y correcto) de usar la lengua. El ingenio individual tiende a modelar expresiones insólitas, frases que sorprenden y anulan el *taedium*. Esto supone una lucha (que no será por obligación constante, pero sí tarde o temprano inevitable) contra el lenguaje fosilizado, contra el lenguaje vulgar y hasta contra el lenguaje cotidiano. La esencia del texto retórico (y aún más del texto literario) se sitúa⁴⁴ justamente en la posibilidad de *desviarse* del lenguaje ordinario. Veamos, pues, qué requisitos hacen retóricamente tolerables los *vicios* o *desviaciones* que genera un

espíritu creativo.

2.2.2.2.1. Vicios retóricos o poéticos.

La *virtud*, en cuanto es definida, plantea la posibilidad de que exista su correspondiente *vicio*. Aclarado el concepto de 'corrección' o *Latinitas*, surge de inmediato la noción inversa de 'solecismo'⁴⁵. Y así sucede también con las virtudes de la *Claridad* y el *Decoro*, que generan -a contrario- los vicios de la *obscuridad* y la *falta de decoro* (interno o externo).

Gramáticos y rétores han criticado con dureza todos estos vicios si han visto en ellos una manifestación de la impericia lingüística de quienes los cometían. Esto es: la falta de corrección, claridad o decoro es censurable siempre que se considere "reflejo de un deficiente conocimiento del código de la lengua"⁴⁶.

La Retórica, en tanto *ars* (*techné*), constituye un sistema de reglas deducidas en principio de la experiencia o la naturaleza, pero sometidas luego a una reelaboración teórica que les permite mostrar cómo repetir, cuantas veces sea necesario y del modo más perfecto posible, un ejercicio cualquiera. Por el simple hecho de ser un *arte*, la Retórica puede ser enseñada y aprendida gracias a una serie de reglas. Pero el *arte*, dentro de su red de normas, reserva espacios vacíos en los que tengan cabida algunas violaciones de reglas. No cualquier clase de violación, sino sólo determinado tipo. "Algunas infracciones, generalmente condenadas, contra las reglas se les puede permitir a ciertos artistas y a ciertos géneros artísticos (por ejemplo, a la poesía) como una *licentia*"⁴⁷. Estas infracciones tolerables no son meras travesuras ante las que el entendido hace la vista gorda. En ocasiones, las desviaciones permisibles se convierten en el centro de gravedad de todo el discurso, puesto que de ellas depende el éxito o el fracaso del orador: quizá por eso han sido calificadas a veces como "vecinos de los vicios"⁴⁸, a veces incluso como "virtudes accesorias"⁴⁹.

2.2.2.2.2. Licencias.

El *ars*, puesto que se puede enseñar y aprender, permite obtener una *facultas*: los aprendices que se convierten en maestros del arte retórico tienen el *poder* (*facultas*) de crear obras virtuosas. El continuado entrenamiento o *disciplina* acaba por generar *scientia* en el artista. Un hombre que ha alcanzado de este modo la perfección estética adquiere un *poder* fuera de lo común. Supongamos por un momento que ese artista dotado de *scientia* y excelente *facultas* incurre en tal o cual vicio. Habrá que estudiar por qué lo hace: por qué un virtuoso se sitúa voluntariamente a la altura de un mal aprendiz. Habrá que estudiar además qué sentido tiene, dentro del discurso, violar una determinada norma retórica. Si la excelencia del artista no era engañosa, lo más lógico es que los supuestos *vitia* de su discurso no sean realmente vicios: "ciertos *vitia* lo son sólo en apariencia, pues el artista ha obrado con una mira especial (Victor. fragm. p. 35, 17 *affectate*) y estaba autorizado por una especial *licentia* (Isid. orig. 1, 35, 1)"⁵⁰.

Así la nace la noción de 'licencia'. Al artista consumado, siempre que actúe virtuosa y conscientemente⁵¹, se le permiten ciertas desviaciones. Incluso Aristóteles, que en algún pasaje de su *Retórica* (1407b17, por ejemplo) condena sin paliativos el abuso del solecismo, llega a aceptar en su *Poética* que los argumentos literarios puedan ser presentados de un modo muy especial: "estas cosas las da a conocer por medio de la elocución en la que también hay palabras raras, metáforas y muchas alteraciones del lenguaje, pues éstas se las permitimos a los poetas"⁵².

Pero se permiten *ciertas* alteraciones del lenguaje. No, desde luego, cualesquiera, y no tampoco cualquier grado de alteración lingüística. De hecho, la *Retórica* acaba examinando caso por caso, cada uno de los cuales recibe su correspondiente tratamiento teórico. Véase, verbigracia, cómo plantea la cuestión Antonio de Nebrija en su *Gramática*: "si en la palabra se comete vicio que no se pueda sufrir: llama se barbarismo: si se comete pecado que por alguna razón se puede escusar: llama se metaplasmo."⁵³ Y así, virtud a virtud, licencia a licencia, y vicio a vicio. Los tratados

de Retórica examinan las características particulares de cada uno de estos fenómenos y, en general, las razones que transforman el *vitium* en *licentia*.

2.2.2.2.3. Transgresiones: no adecuación a la situación comunicativa.

¿Por qué llega un tratadista a cambiar tan radicalmente su estimación acerca de un mismo tipo de fenómeno? ¿Qué es lo que hace que el *vicio* no sólo sea tolerado, sino que incluso se considere *virtud*?

A esta pregunta ya se ha respondido parcialmente. Es necesario, para empezar, que el autor que viola determinado precepto cuente con una indiscutible pericia en el arte retórico. Se necesita, además, que la transgresión cometida responda a una intención concreta. El artista ha de poner su desviación al servicio de tal o cual efecto estético: por grande que sea su prestigio, no puede transgredir por mero placer, sin finalidad alguna. La pregunta anterior se debe replantear, por tanto, en los siguientes términos: ¿qué clase de finalidad justifica el uso de un lenguaje desviado y transgresor?

La respuesta a esta última pregunta ha sido, durante siglos y siglos, exactamente la misma⁵⁴: el pecado *que por alguna razón se pueda excusar*, según escribía Nebrija, es aquel que está justificado "por razones artísticas de *Ornato*, en general, o razones métricas, en particular, o, si se prefiere, razones superiores propias del 'arte verbal'"⁵⁵. Si la expresión queda embellecida, la desviación ha merecido la pena; si para generar belleza es necesario o conveniente apartarse del *canon* retórico al uso, lo absurdo (lo vicioso) es permanecer apegado a la norma menor de los tratados retóricos.

La desviación del lenguaje ordinario (que en principio atenta contra la *Corrección*, contra la *Claridad* y a veces incluso contra el *Decoro*) acaba siendo con el tiempo el modo más característico de la elocución retórica y literaria. Retórica y Poética, por ello, se han esforzado en sistematizar al máximo el complejo conjunto de esas desviaciones permisibles que hemos llamado *figuras*. Basta echar hoy un vistazo a cualquier texto clásico de Retórica⁵⁶ para comprender la importancia que acabó adqui-

riendo esta cuestión: nada hay tan extenso y pormenorizado en tales textos como el capítulo que se dedica a las llamadas *figuras de pensamiento y de dicción*.

De este modo, compendiadas, analizadas y sometidas a la coherencia interna de todo sistema, las *figurae* dejan de ser fenómenos excepcionales. El paso del tiempo las convierte en reglas con tanto o más poder de prescripción que las normas primigenias. Por eso resulta tan distinta (aun siendo, en su literalidad, casi idéntica) la primera definición de 'figura' respecto de aquella que se nos va a ofrecer, siglos después, en cualquier tratado del Siglo de Oro español: "es la *Figura* cierta manera de hablar apartada del uso común y ordinario"⁵⁷. Para entonces, la tradición ha fijado hasta el más leve matiz de ese *apartamiento* lingüístico del uso común y ordinario. La *figura* es un tópico más en la red retórica. Por eso, más que transgresión, la *licentia* debe ser tomada ya como pura exornación del discurso. Sólo en muy contados casos se podrá considerar que una metáfora, por ejemplo, rompe con el lenguaje poético común y ordinario. La transgresión se ha de abrir, por tanto, nuevos caminos. Los antiguos están ya sometidos al uso general, domesticados por una tradición que los ha transformado en parte del sistema.

2.2.3. Teoría de los géneros.

Cabe preguntarse si los clásicos se plantearon la existencia de un grado máximo de desviación permisible, un punto límite de extravagancia expresiva a partir del cual no bastaran las tópicas justificaciones de *ornato* o métrica.

El sentido último de esta cuestión se percibe más fácilmente si se aplica a un problema retórico concreto. Pensemos, por ejemplo, en una figura como la metáfora. Respecto del lenguaje ordinario, constituye una desviación semántica. Proporciona belleza al texto, pero al mismo tiempo tiende a generar oscuridad. ¿Cuánta oscuridad se puede llegar a generar? ¿Cuál es el grado máximo de *Obscuritas* que, según la

Retórica, se le puede permitir a un orador?⁵⁸ El *Ornato* -la creación de belleza- sirve de justificación siempre que la metáfora sea mínimamente comprensible, pero parece de sentido común que, a partir de un punto máximo de oscuridad inteligible, el trastorno expresivo causado por la incomprensibilidad de la figura puede llegar a ser mucho mayor que el placer estético derivado de su originalidad semántica. Parece, así pues, que llegará un momento a partir del cual la *licentia*, por saturación de ingredientes transgresores, volverá a ser juzgada como *vitium*. Escribe Correas en su *Arte de la lengua española castellana*: "es pues figura postura nueva, diferente de la regular y ordinaria, en la dicción y oración, hecha por necesidad o acaso, o con cuidado y gusto particular por elegancia y hermosura; y es como si dijésemos una cierta irregularidad de la regla común de hablar, sufrible por uso y autoridad, y aun agradable, si no pasa los límites de la razón, como se halla en los buenos autores; mas, si excede, es vicio intolerable, como en los malos"⁵⁹.

La Retórica ha procurado fijar, en la medida de lo posible⁶⁰, los límites (*límites de la razón*, dice Correas) a partir de los cuales la *figura* se transforma en *vicio*. Y, para ello, la doctrina retórica y poética se ha dejado guiar por el principio básico de 'adecuación' (*tò prépon*⁶¹). En síntesis, se pretendía averiguar qué clase de expresión (desviada o habitual; coloquial o elevada; sencilla o artificiosa) es la más efectiva en cada situación comunicativa imaginable⁶². Dicho con ánimo conscientemente simplificador: una situación comunicativa determinada requiere un estilo⁶³ determinado.

2.2.3.1. El género como marco de elecciones discursivas.

El concepto de 'adecuación' o 'conveniencia' sólo resulta operativo si, como mínimo, disponemos de dos elementos entre los cuales existe al menos una relación. No tiene sentido, pongamos por caso, afirmar -sin más- que una metonimia es adecuada. La metonimia será adecuada o inadecuada en tal o cual contexto comunicativo: si la desviación semántica propia de esta figura encaja en un entorno comunicativo determi-

nado, entonces se podrá decir que la función que allí desempeña es 'adecuada'; en caso contrario, será 'inadecuada'.

En suma, para saber hasta dónde es retóricamente posible desviarse del lenguaje ordinario (esto es: hasta dónde la licencia es licencia y a partir de qué punto pasa a ser transgresión o vicio), necesitamos conocer la situación comunicativa en que va a producirse tal o cual fenómeno lingüístico de desviación. Conocida la situación comunicativa, el juicio acerca de si la metonimia -por continuar con el ejemplo anterior- resulta 'adecuada' o 'inconveniente' no ofrecerá demasiadas dificultades.

Todo acto comunicativo (o *acto de habla*⁶⁴, si se prefiere) es único: surge en el momento (M), en el lugar (L), en el contexto (C) y con la proferencia lingüística (P)⁶⁵. Cualquier intento de repetición posterior sólo podrá aspirar a parecerse al acto comunicativo de referencia, pero inevitablemente será distinto. Como mínimo, habrán cambiado el tiempo (que ahora será T'), el sonido físico de las palabras emitidas (P') y parte del contexto⁶⁶(C'). Hay, no obstante, *tipos semejantes* de actos comunicativos: son aquellos que, por unas u otras razones, presentan características comunes. A veces, se toma como criterio de semejanza el asunto de que tratan; otras veces, el entorno social o institucional en que se desarrollan⁶⁷; en ocasiones, el canal a través del cual se transmite el mensaje.

Gracias a estos y otros muchos criterios de semejanza, se ha intentado establecer una relación completa de tipos de situaciones comunicativas. No era ésta una tarea sencilla. Son muchos y a menudo muy complejos los elementos que conforman una situación comunicativa. Además, cada tipo de la clasificación puede, a su vez, originar nuevas categorías (*subtipos*), y éstas pueden dar lugar, de nuevo, a otros *sub-subtipos*, y así sucesivamente, hasta completar un cuadro coherente y sistemático de *situaciones comunicativas*.

Pues bien: de elaborar y desglosar esa gran clasificación de actos comunicativos se ha encargado durante siglos la llamada Teoría de los Géneros⁶⁸. Gracias a los géneros, podemos hacer que cualquier acto comunicativo concreto encaje en un tipo general de 'situación comunicativa'⁶⁹. La vieja retórica ya se ocupó en gran medida de esto: el

campo discursivo se fue dividiendo en grandes provincias; éstas se configuraron en forma de parcelas; y, dentro de las parcelas, aparecieron pequeñas fincas. Así, con este mapa retórico a mano, resultaba mucho más fácil saber qué estaba permitido y qué prohibido en cada lugar concreto de ese espacio en el que se ha de mover todo orador: "tres son en número las especies de la retórica, dado que otras tantas son las clases de oyentes de discursos que existen (...). El oyente es, por fuerza, o un espectador o uno que juzga; y, en este último caso, o uno que juzga sobre cosas pasadas o sobre cosas futuras (...). De modo que es preciso que existan tres géneros de discursos retóricos: el deliberativo, el judicial y el epidíctico"⁷⁰.

La formulación aristotélica de los tres géneros retóricos era sólo el comienzo. La actitud del oyente fue el primer criterio de clasificación; más tarde, Aristóteles tuvo en cuenta elementos como el contenido del discurso, el lugar y el momento en que se había de pronunciar tal discurso o la finalidad última del texto retórico. Además, la Teoría de los Géneros se desarrolla también en la Poética⁷¹, y surge así toda una red conceptual sobre clases de textos literarios. Cada clase es un género literario: "la comedia es, como hemos dicho, mimesis de hombres inferiores, pero no en todo el vicio, sino lo risible (...)"⁷². Y cada género presenta unas características especiales: trata de un determinado tipo de asuntos y lo hace con un lenguaje o estilo específico⁷³.

Si sabemos a qué género pertenece un texto cualquiera, podemos conocer de inmediato qué asuntos debe abordar y con qué tipo de lenguaje⁷⁴. El género nos ayuda a descubrir, por tanto, qué *excesos* -expresivos o de contenido- se pueden tolerar en cada clase de textos⁷⁵. Los *excesos no permisibles* (a tenor de las reglas prescritas por el género) constituyen vicios (*vitia*), 'transgresiones'.

Así pues, y en resumen, la Teoría de los Géneros nos permite:

- 1) Seleccionar, de entre todos los actos comunicativos posibles, aquellos que son parecidos⁷⁶.
- 2) Agrupar los actos comunicativos semejantes: cada grupo constituye una categoría general de 'situación comunicativa' ("género").
- 3) Delimitar las propiedades comunes que definen a tales "géneros".

4) Precisar a qué "género" pertenece cada acto comunicativo concreto: las propiedades retóricas del texto deben responder a las características genéricas de la categoría.

5) Determinar si las particularidades retóricas (expresivas o de contenido) de un texto resultan adecuadas a la situación comunicativa en la que dicho texto va a ser emitido, transmitido y recibido. Se trata, en suma, de comprobar si la creatividad exhibida por el productor de un texto cumple (o por el contrario quebranta) las reglas prescritas por el género.

6) Descubrir las transgresiones de un texto cualquiera. Basta para ello con saber:

- a) a qué género pertenece dicho texto;
- b) cuáles son las normas básicas propias de tal género;
- c) qué normas no han sido respetadas por el texto.

2.2.3.2. El texto periodístico: características generales.

"Géneros periodísticos son (...) las diferentes modalidades de creación lingüística destinadas a ser canalizadas a través de cualquier medio de difusión colectiva y con el ánimo de atender a los dos grandes objetivos de la información de actualidad: el relato de acontecimientos y el juicio valorativo que provocan tales acontecimientos"⁷⁷.

Se ha escrito mucho sobre el llamado *estilo periodístico*. Se ha analizado con notable profundidad las características del lenguaje propio del Periodismo⁷⁸. Sin embargo, el punto de partida suele quedar establecido a modo de presuposición axiomática, como si resultara innecesario (y hasta impertinente) dar explicaciones preliminares. Parece que sólo excepcionalmente⁷⁹ se cae en la cuenta de que el Periodismo ha llegado a constituirse como un género específico dentro de la comunicación textual. Cabe hablar, en efecto, de cierta clase de textos (denominados genéricamente *periodísticos*) que presentan características comunes y que aparecen en situaciones comunicativas semejantes. A partir de este -por lo general- tácito presupuesto teórico, los manuales de

Periodismo desarrollan la Teoría de los *dicendi genera*. De tal desarrollo nacen, así pues, los diferentes géneros y subgéneros periodísticos.

Pero, antes de géneros o subgéneros (y no es baladí insistir en ello), hemos de pensar en *el género*: examinada con atención la definición del profesor Martínez Albertos, hallamos *-stricto sensu-* la descripción de una situación comunicativa típica. Tal definición aclara qué es un mensaje periodístico ("creaciones lingüísticas" que pretenden ofrecer "información de actualidad"), cómo se transmite ("a través de cualquier medio de difusión colectiva") y, por último, cuáles son sus objetivos básicos (narrar hechos relevantes y emitir juicios valorativos a propósito de los hechos narrados).

Como tal situación comunicativa específica *-como tal género-*, el Periodismo dispone de un lenguaje especial. El Lenguaje Periodístico presenta, según la caracterización ya clásica del profesor Martínez Albertos, seis rasgos básicos:

" 1) *Corrección*: el lenguaje periodístico es un lenguaje no-literario próximo a la lengua coloquial culta.

2) *Concisión*: en el lenguaje periodístico es normal el predominio de sintagmas nominales para conseguir frases cortas. En castellano, el período aconsejable es de 30 a 36 sílabas por frase (15/17 palabras por frase).

3) *Claridad*: la eficacia y la univocidad comunicativa se consigue por el uso de verbos adecuados, en forma activa y tiempo indicativo. Estas indicaciones son especialmente recomendables para formular la negación.

4) *Captación del receptor*: la estructura peculiar de relatos periodísticos de carácter informativo se explica por la necesidad de cautivar la atención del lector desde las primeras líneas del texto.

5) *Lenguaje de producción colectiva*: todos los mensajes de la comunicación colectiva son obra de diferentes co-autores, unos con mayor responsabilidad que otros en el resultado final que se brinda a los receptores.

6) *Lenguaje mixto*: la pluralidad de códigos concurrentes hace que los diferentes lenguajes se condicionen entre sí. El código rector -el lenguaje articulado en

representación escrita- también sufre a su vez el influjo de los códigos menores."⁸⁰

Esta *lengua especial* -respecto al lenguaje ordinario- es, no obstante, una *lengua general* en el ámbito periodístico: "existe un LP [léase Lenguaje Periodístico] general único suficientemente caracterizado como para que en él se engloben todos los textos publicables en un periódico -y no decimos <<publicados>> porque muchos no serían <<publicables>>- y un LP informativo que reúne, en mayor sustancia e intensidad, las mismas características de aquel"⁸¹. De este modo, se deslindan los dos grandes campos de la producción periodística: la información y el comentario⁸². Dentro de este último espacio, se suele distinguir entre textos que pretenden -ante todo- orientar al lector y textos cuya intención fundamental es entretener (o incluso deleitar estéticamente) al destinatario del mensaje. Dovifat acudió a una "pintoresca terminología"⁸³ (que, sin embargo, se ha hecho tópica en los manuales de Redacción Periodística) para dar cuenta de esta dilogía convertida en trilogía: "estilo informativo", "de sollicitación de opinión" y "ameno". Hay, así pues, un solo Lenguaje Periodístico (de carácter genérico) y tres estilos propios de otros tantos subgéneros⁸⁴. El *estilo informativo* contiene, aquilatadas y sin mácula, las notas básicas del Lenguaje Periodístico general. Si muestra rasgos específicos el *estilo opinativo (editorializante)*⁸⁵: su tono suele ser doctrinal, en ocasiones incluso académico; de ordinario, la sintaxis se aleja de la simplicidad y tiende a un período complejo (que, a veces, llega a ser ampuloso); la estructura compositiva, a diferencia de los relatos informativos, no obedece a un orden piramidal, sino que se fundamenta en técnicas de argumentación⁸⁶. El llamado *estilo literario* presenta la particularidad de que puede ser definido, más que por normas estéticas concretas, por un alto grado de relajación estilística. No ha de jurar el texto *ameno*, desde luego, inquebrantable sumisión a una serie de reglas: importa, ante todo, entretener al lector, y, en consecuencia, aquí quedan permitidos atrevimientos estilísticos y argumentales (desviaciones, transgresiones, insolencias) que resultarían imperdonables en cualquier otro texto periodístico.

2.2.3.3. El estilo literario y la columna periodística.

Es cierto que los comentarios periodísticos gozan de una libertad mucho mayor que aquella de la que disponen los relatos. Escribir un artículo, una crítica o una columna no supone ese esfuerzo de autocontrol estilístico que implica la redacción de un texto informativo. No obstante, *mayor libertad* no quiere ni mucho menos decir *libertad absoluta*: "todos los textos que aparecen en un periódico, por distintos que sean entre sí, han de tener en común algunas características exclusivas y generales. Exclusivas porque son especialmente exigidas por el periódico y generales porque afectan a todos los textos que en él aparezcan"⁸⁷.

Cabe plantearse si los seis rasgos del Lenguaje Periodístico antes señalados siguen siendo aplicables a los textos de opinión⁸⁸. Sabemos (por lo escrito a propósito del *estilo informativo*) que los relatos de hechos no deben violar en ningún caso esa media docena de imperativos estilísticos. En los comentarios, sin embargo, se impone -al menos en principio- el beneficio de la duda: hay que examinar con detenimiento si una determinada desviación de las normas generales del Lenguaje Periodístico constituye, en tal o cual contexto concreto, un *vitium* injustificable, o si, por el contrario, se trata de una *licencia* que mejora las cualidades exornativas del artículo en cuestión. En la mayoría de los casos, seguramente será muy difícil llegar a una conclusión irrefutable: algunos lectores (sean críticos profesionales o no) juzgarán que tal desviación es brillante, agradable; otros tal vez consideren que ni adorna ni molesta; y acaso un tercer grupo de hipotéticos lectores dictamine que una línea en blanco hubiera valido más que tan intolerable agresión contra el buen gusto. Puesto que se le concede más libertad estilística, al productor de textos periodísticos no informativos se le deberá juzgar con arreglo a criterios normativos no sólo flexibles, sino también -en sí mismos- controvertibles. Además, hay que tener en cuenta que, dentro del *estilo literario*, la *columna personal* goza de un estatuto estilístico aún más laxo. Muchos columnistas (y el caso de Francisco Umbral se puede considerar prototípico) son, antes que nada, literatos, escritores que llegan a ser *periodistas* sólo porque publican habitualmente en los

periódicos. A este tipo de colaboradores parece que se le puede perdonar desde la travesura más ingenua hasta la procacidad más desvergonzada: "se llama columna personal a unos guetos privilegiados del periodismo impreso delimitados por los siguientes rasgos: son espacios concedidos como cheques en blanco a escritores de indudable nombradía para que escriban de lo que quieran y como quieran, con la condición de que no se extralimiten del número de palabras previamente acordado y de que respalden con su firma las genialidades o las tonterías que decidan exponer en cada uno de sus artículos"⁸⁹.

En esta definición, el profesor Martínez Albertos salpica con ácida ironía una hipóbole de intenciones pedagógicas. La realidad, como él mismo reconoce, resulta mucho menos *impresionista*. La preceptiva del llamado "periodismo de creación"⁹⁰ quizá sea la que dispone de mayor autonomía respecto al código periodístico. Es evidente que, al acercarse a la Literatura, esta clase de textos se aleja del corazón formal y conceptual del Periodismo. Lo que no se puede afirmar, sin más, es que los artículos de opinión con pretensiones estéticas (*estilo literario* o *ameno*) tengan licencia para incurrir en toda clase de aberraciones formales o de contenido: "las opiniones y los comentarios son libres, pero el autor de estos textos deberá responder de los daños causados a los otros en el caso de que lesione su honor, su intimidad, su imagen, etc."⁹¹. Y en cuanto a las limitaciones estilísticas, conviene no olvidar que las columnas de opinión siguen estando sujetas a normas gramaticales, normas retórico-literarias de carácter general e incluso normas periodísticas. Se puede admitir, por mor de la gran libertad que se concede a quienes cultivan este subgénero, que un columnista incumpla algunas reglas que parecen elementales. La violación -al contrario de lo que sucede en el ámbito de la pura información- no será éticamente o deontológicamente censurable, pero sí se podrá discutir su valor estético. Así pues, el columnista debe respetar principios retóricos y periodísticos como la *Corrección* o la *Claridad*. Si decide sacrificar alguno de esos valores, habrá de afrontar los riesgos que ello implica⁹². Se tiende a pensar que el texto cuasi literario de una columna debe huir de la fría simplicidad del relato informativo. Pero la falta de *Claridad*, también aquí

(como en cualquier otro texto no periodístico, según explica la Retórica), puede producir *Obscuritas* sin aportar nada a cambio. Y ya sabemos que un texto *oscuro* está condenado a generar *taedium*. Algo parecido sucede con el resto de virtudes generales o específicamente periodísticas: mientras que ninguna violación garantiza por sí misma la brillantez, toda transgresión supone siempre un riesgo a veces asumible, a veces descabellado.

Así pues, el subgénero de la columna personal, caracterizado como situación comunicativa, presenta los siguientes rasgos:

1) Puesto que es un tipo peculiar de comunicación textual periodística, se rige por un grupo de normas específicas, aplicables tan sólo a este subgénero⁹³. La columna personal debe ofrecer planteamientos originales, personales, sobre asuntos que el lector generalmente ya conoce. Se valora la capacidad del articulista para descubrir realidades inadvertidas, puntos de vista e ideas inexplorados. En cuanto a la forma, la columna admite gran variedad de registros estilísticos y de estructuras compositivas. Pero sería absurdo pretender que lo admite todo. Es insufrible, verbigracia, la columna redactada por una pluma de editorialista frustrado. Sincero dogmatismo, furor analítico, densa erudición: he ahí los peores enemigos de un texto que aspira a deleitar entreteniéndolo, con la ironía ligera de un pasatiempo inútil o la gracia mordaz de una travesura inocente. La columna personal debe ser transparente: ni tan clara como para incurrir en obviedades, ni tan espesa y florida como para ocultar -por ininteligible- sus hallazgos.

2) Las normas del Lenguaje Periodístico se pueden aplicar al subgénero, con la única e inexcusable condición de que se haga con cierta flexibilidad. Ya se ha destacado el curioso comportamiento retórico de este subgénero: en lugar de añadir restricciones estilísticas a las recibidas por el género (según suele ocurrir), la columna personal se libera en gran medida de las reglas básicas del Lenguaje Periodístico, o al menos de la rigidez con esas normas son aplicadas en el resto de subgéneros.

3) Por último, la columna -como cualquier otro modo de comunicación textual- debe atenerse a una serie de normas gramaticales, periodísticas y pragmáticas (o retóricas).

Este tercer apartado debe remitirse, por tanto, a la gran mayoría de principios lingüístico-retóricos ya señalados, con carácter general, en los párrafos anteriores⁹⁴.

A primera vista pudiera parecer que, tratándose de escribir columnas personales, todo vale. Es verdad que "la columna lleva firma y vale tanto como lo que valga su firma"⁹⁵. Es verdad que a nadie concede un periódico tanta libertad como a sus columnistas literarios. Es verdad (o debiera serlo) que el escritor de prestigio "puede, incluso, zaherir impunemente los máspreciados postulados de los editores"⁹⁶. Pero ocurre que todas estas concesiones son siempre relativas⁹⁷, y comparables, por lo demás, a las de muchos otros tipos de comunicación textual. Baste, como prueba irrefutable de que este subgénero periodístico está sometido a una serie de normas de más o menos obligado cumplimiento, la siguiente argumentación: a pesar de todo, los columnistas pueden cometer (y de hecho cometen) transgresiones. Si todo estuviera permitido, según se tiende a pensar a veces, carecerían de sentido juicios como el que vierte Martínez Albertos⁹⁸ a propósito de cierto columnista contemporáneo: "[es] un poeta deliberadamente maldito y provocativo. Un escritor narcisista que juega con las palabras y con las ideas, muchas veces al borde de la difamación y casi siempre dentro del más flagrante *innuendo*"⁹⁹.

Este *columnista contemporáneo* es, precisamente, Francisco Umbral. En seguida se analizará con detalle el *virtuosismo inverso* de este pintoresco columnista que abomina de la moderación y que, por el contrario, exhibe con orgullo un insaciable afán provocador, un narcisismo que no parece conocer límites, un gusto desaforado, en fin, por la difamación y la malsonancia.

2.2.4. Transgresión, creatividad y lenguaje¹⁰⁰.

Los antiguos¹⁰¹ nos han dejado noticias de un rétor y crítico del siglo IV (a. de C.) que se llamaba Zoilo de Anfipolis. Este buen hombre se atrevió a censurar a Homero

por sus invenciones, y acaso también por ciertas particularidades gramaticales no del todo ortodoxas. Se cuenta que los griegos, enfurecidos con él, lo arrojaron por las rocas Escironias, situadas entre Atenas y Mégara.

Defensores de la Corrección contra partidarios de la Creatividad: lucha ancestral en la que -como se ve- se ha llegado incluso a derramar sangre. No es ni de hoy ni de ayer, por tanto, la irreductible tensión que parece existir entre los polos opuestos (o aparentemente opuestos) de la Pureza idiomática y el Ingenio creativo.

2.2.4.1. El lenguaje como potencia creadora.

"Una lengua, tomada en su conjunto, contiene todo cuanto ella misma ha puesto en sonidos. Pero del mismo modo que la materia del pensar y la inmensidad de sus posibles combinaciones son inagotables, tampoco es posible abarcar el conjunto de lo que puede ser designado y conectado en la lengua. De ahí que la lengua conste no sólo de los elementos ya formados, sino también, y muy principalmente, de métodos de proseguir el trabajo del espíritu, al cual la lengua le señala cauce y forma"¹⁰².

El hombre, dice Humboldt¹⁰³, es una especie zoológica que canta -como tantas otras-, pero que además es capaz de vincular ciertas ideas a determinados tonos de su canto. De este modo, su destreza para cantar queda en un segundo plano, como subsumida en la mucho más trascendente capacidad de asociar tonalidades e ideas. El lenguaje entendido como *producto* (como *érgon*) es tan sólo una minúscula parte material de ese otro lenguaje, inmensamente más rico, que sólo se deja entender como *capacidad* (como *energeia*). Considerado en su verdadera esencia, el lenguaje es algo efímero siempre y en cada momento. Incluso la escritura, ese lenguaje retenido por medio de signos gráficos, no pasa de ser una conservación incompleta, momificada, necesitada ineluctablemente de una redención en forma de lectura. "La lengua misma no es una obra (*érgon*) sino una actividad (*energeia*) (...). Ella misma es el siempre reiniciado trabajo del espíritu de construir un sonido articulado capaz de expresar la idea (...). En

su sentido verdadero y esencial la lengua no puede ser otra cosa que la totalidad de este hablar (...). El lenguaje propiamente dicho está en el acto real de producirlo"¹⁰⁴.

2.2.4.2. Creatividad y transgresión.

La lengua es un sistema de reglas gracias a las cuales el hablante y el oyente pueden crear o interpretar oraciones nunca enunciadas hasta entonces¹⁰⁵. Tal sistema funciona satisfactoriamente porque todos los elementos que lo componen mantienen entre sí unas relaciones coherentes. La buena articulación de sus constituyentes¹⁰⁶ convierte al lenguaje en un sistema abierto. La creatividad, así concebido el sistema de la lengua, es casi más una necesidad que un lujo peligroso: "pues gracias a la articulación es posible, incluso a propósito de cada palabra, formar con sus elementos un número realmente infinito de otras palabras según sentimientos y reglas determinados (...). Pues la lengua no puede ser considerada como una materia puesta ahí (...); al contrario, hay que entenderla como algo que está eternamente engendrándose a sí mismo: están determinadas las leyes de tal generación, más el alcance y hasta cierto punto también la naturaleza de lo engendrado quedan por entero indeterminados"¹⁰⁷.

Crear, por todo ello, es en cierto modo transgredir, pero en cierto modo es también obedecer al espíritu de la lengua: hablar es, antes que nada, decir algo nuevo, desviarse de lo ya dicho. Ahora bien: esa desviación material o formal no supone una ruptura con la lengua, puesto que es precisamente la lengua la que auspicia y en gran medida condiciona esa capacidad creativa de los hablantes. Incluso cuando se viola una norma gramatical, la lengua es el sistema básico de relaciones bajo cuyas referencias se hace posible tal violación. "El lenguaje me pertenece a mí porque yo lo produzco de la manera como lo hago"¹⁰⁸.

2.3. Francisco Umbral: estilo contra género.

La prosa de Francisco Umbral, periodística o no, suele instalarse en las zonas más problemáticamente fronterizas del mapa diseñado por la Teoría de los Géneros. Una supuesta *novela* de Umbral tiene casi tanto de memoria biográfica como de novela. Un hipotético *ensayo* sobre Literatura, escrito por Umbral, debe ser leído con la precaución intelectual de quien se enfrenta a un texto novelístico o casi novelístico.

El *género* viene a ser, según se ha visto, una caracterización normativa de cierta clase de situaciones comunicacionales. Dadas tales circunstancias textuales y pragmáticas, es necesario (o, al menos, muy aconsejable) cumplir tal conjunto de reglas. Cada género o subgénero establece qué reglas en concreto. No atender a lo prescrito por tal o cual género supone, así pues, incumplir las normas lingüísticas y extralingüísticas propias de una situación comunicativa determinada.

En ese contexto teórico debe situarse una afirmación como ésta: "no me interesan los géneros literarios -escribe Umbral en uno de sus artículos-, sino los señores literarios. A un género lo potencia siempre un escritor, y nunca a la inversa"¹⁰⁹.

El productor del texto -según este último planteamiento- se convierte en parte fundamental de la situación comunicativa. Llevado al extremo, este enfoque teórico permite al escritor apoderarse casi por completo del espacio comunicativo: a su significado primario, el mensaje añade el significado latente de la personalidad de quien lo produce (sólo así se captarán ciertas ironías no señaladas textualmente); el lector, por tanto, debe conocer muy bien al personaje encarnado por el escritor para entender a la perfección el significado real de sus textos.

Puesto que el autor del texto se constituye en una especie de *género subjetivo*, las normas establecidas por el *género objetivo* (propio de una situación comunicativa) quedan en segundo plano y pierden capacidad prescriptiva. El estilo personal genera una serie de valores que se impone a las reglas sistematizadas por la Teoría de los Géneros. Así, por ofrecer sólo un ejemplo, mientras que el género periodístico prohíbe

la calumnia o la injuria, el estilo personal de Francisco Umbral se apropia de la prohibición y la transforma en norma suprema: "yo soy calumniador/injuriador nato. Es mi género."¹¹⁰

2.3.1. Retórica de un transgresor.

Las violaciones del escritor que se considera a sí mismo un género específico no son del todo caóticas. Al contrario: es posible agrupar y estudiar sus prácticas transgresoras hasta conformar una suerte de *retórica inversa*, válida tan sólo para el escritor que la practica. "El estilo es una cuestión de insistencia", dice Umbral¹¹¹: se puede, por tanto, aprovechar la repetición de los fenómenos que marcan estilo para elaborar un cuadro general de violaciones formales y de contenido¹¹².

2.3.1.1. Perversiones estilísticas.

Umbral huye de la corrección formal. Un artículo, según él, no debe estar extremadamente bien escrito. Más vale, dice Umbral, cometer de cuando en cuando algún tipo de incorrección gramatical: "aquí el que habla bien parece que habla cursi. Yo procuro escribir mis columnas cada día peor, para no quedar redicho"¹¹³.

Las transgresiones formales (no de contenido) pueden afectar a tres unidades básicas:

a) LA PALABRA: En vez de optar por el término más apropiado, se utiliza uno que resulta incorrecto. Se incurre, según la terminología de la retórica antigua, en un *barbarismo*. No debemos confundir este vicio estilístico con el uso embellecedor de vocablos impropios, que constituye un *metaplasmo*. Umbral suele citar a cierto escritor francés para ilustrar esta variante de transgresión que afecta a la unidad de la palabra: "Paul Verlaine aconsejaba a los poetas: <<Elige siempre tus palabras equivocándote un

poco>>. Eso da la criptoescritura, o sea la literatura"¹¹⁴. Hay muchos modos de incurrir en barbarismos¹¹⁵, pero, de manera general, cabe establecer tres grandes grupos: aquellos que atañen a la fonología (o grafía) de los vocablos; aquellos que nacen de aberraciones semánticas (se pervierte el significado que el código lingüístico otorga a tal o cual vocablo); y, por último, aquellos que surgen por contaminación léxica (uso de palabras que ni siquiera pertenecen a la lengua en que se habla o escribe).

b) LA ORACIÓN: Los vicios relacionados con la "juntura de las palabras" (*in verbis coniunctis*) se denominan *solecismos*, que afectan a la vertiente sintáctica de la gramática¹¹⁶. A propósito de esta disciplina escribe Umbral denuestos que no requieren mayores comentarios: "el saber demasiada gramática es lo que más estropea el estilo"¹¹⁷.

c) EL TEXTO: Esta tercera unidad no procede directamente de la tradición retórica, aunque sí se puede relacionar con las llamadas *figuras de pensamiento*. Las transgresiones textuales constituyen violaciones suprasintácticas tales como empezar el texto de un modo insospechable (contrario al orden habitual de un artículo periodístico), poner un título chocante o incluir fórmulas narrativas impropias de una columna (como el diálogo de personajes)¹¹⁸.

2.3.1.2. Insolencias.

Además de las transgresiones elocutivas, aparecen en los textos periodísticos de Umbral ideas y argumentos generalmente tenidos por inconvenientes¹¹⁹. Se ha elegido el término *insolencia* porque recoge a la perfección el doble sentido de estas violaciones de contenido: por una parte, son atrevimientos cargados de osadía y ofensa; por otra, son poco frecuentes, insólitos.

La Retórica clásica se interesó también por esta clase de vicios. El espacio retórico se hallaba dividido en dos grandes partes: RES y VERBA. El primero de estos ámbitos

se refiere al conjunto de ideas que ha de utilizar el orador para elaborar su discurso. La operación retórica que se ocupa de ello es la INVENTIO. El principio clave de la *adecuación* (*tò prépon*) sigue siendo válido en esta retórica de las ideas y de los argumentos¹²⁰. El 'género', también aquí, sirve como marco de referencia gracias al cual se puede determinar qué es lo adecuado para cada caso.

Puesto que *forma* y *fondo* siempre mantienen entre sí una íntima conexión, las transgresiones de contenido o insolencias se podrán relacionar en ocasiones con las *figurae sententiae*, grupo de fenómenos que -según Lausberg- "son en su esencia independientes de la concreción elocutiva, bien que necesiten de ella y aun frecuentemente contraigan con ella ciertas vinculaciones afianzadas por el uso (...). Los límites entre las *figurae elocutionis* y las *figurae sententiae* no son precisos"¹²¹. Así pues, a veces no estará del todo claro si una transgresión de contenido habrá de ser considerada como *insolencia* o como *violación elocutiva de carácter textual*.

2.3.2. Funciones de la transgresión.

En un artículo publicado en mayo de 1980, Umbral recuerda su llegada a *El País*. Según anota en esta columna, el entonces director del diario, Juan Luis Cebrián, le dijo: "dentro de este periódico tan serio, tan funcional, tan europeo, quiero que tú hagas todo lo contrario, o sea, que seas tú y que hables de ti"¹²². Líneas después, en el mismo artículo, añade Umbral: "Juan Luis Cebrián me eligió como vertedero folklórico, como festón y faralae ruidoso, revoltoso y peligroso de su periódico".

Francisco Umbral es consciente de que su figura de escritor impertinente, crítico y lenguaraz ha llegado a constituir un personaje tan literario como cualquier otro de éstos que aparecen en sus novelas¹²³. Hasta el punto de que, según él, los periódicos lo contratan justamente para ser "ruidoso, revoltoso y peligroso". Sus transgresiones e insolencias son, por tanto, totalmente voluntarias y pretenden conseguir ciertos efectos.

Se puede afirmar que, *grosso modo*, tales efectos son agrupables en dos grandes categorías: la incitación intelectual del lector y la creatividad estilística.

2.3.2.1. Función ética o ideológica.

Es posible que Umbral se sienta impelido a transgredir por mor de lo que -a su juicio- los demás (sean lectores o directores de periódicos) esperan de él. Resulta muy difícil traicionar de repente a un personaje que se ha ido construyendo durante años, porque "los años", para Umbral, "no se cuentan por años, sino por subversiones"¹²⁴. Hoy, de este escritor, se espera ya cualquier atrevimiento, y seguramente la gran mayoría de sus lectores habituales quedaría decepcionada si de pronto descubriera que Umbral ha cambiado por completo y se ha transformado en un articulista sobrio, conciliador y moderado. Pero, siendo cierto -como parece-todo lo anterior, no conviene pasar por alto un detalle de enorme importancia: Umbral se ha fabricado una máscara a la medida de sus necesidades, una máscara con la que se siente cómodo, bien porque responde a una faceta de su personalidad, bien porque tan malhablado y desvergonzado personaje le permite emitir el único tipo de juicios que parece impresionar hoy día a un lector común: juicios escandalosamente hiperbólicos¹²⁵ que, a fuer de grotescos, alumbran una sonrisa y desatan una reflexión.

Por eso hay que subrayar la función ideológica que desempeñan transgresiones que, en apariencia, no pasan de ser inocentes juegos de palabras. Aunque no se esfuerce lo más mínimo en ocultarlo (más bien todo lo contrario), sólo en algunos artículos¹²⁶ de Umbral queda plenamente al descubierto el sustrato ideológico del que brota su acidez expresiva. Basta leer uno de esos artículos globalizadores para comprender de inmediato que Francisco Umbral reprueba una gran parte del sistema social, político (e ideológico) y cultural propio de las democracias occidentales¹²⁷: "la democracia sólo es una verdad relativa, afortunadamente. Las verdades absolutas suelen ser fascistas y llevan al crimen"¹²⁸.

Crítica al poder político casi por principio. Según él, "todo gobierno es de derechas por el solo hecho de gobernar". Su izquierdismo filocomunista aparece a veces, como se ve, engalanado de anarquismo. La burguesía, el capitalismo, el consumismo y la religión (el catolicismo español, en especial) completan la lista de sus fobias favoritas, valga por esta vez tan aparatoso oxímoron¹²⁹. La cultura tradicional -sostenedora de valores inmemoriales- le sirve, no ya como referencia axiológica, sino tan sólo como objeto de burla. La verdadera cultura, según Umbral, no es ni puede ser conservadora: "la cultura nunca ha sido respetuosa, sino insolente. No se hace cultura ni arte a partir de la urbanidad, sino a partir de la osadía"¹³⁰.

Conviene no olvidar este concepto general de 'cultura', puesto que gracias a él podremos comprender mejor qué clase de Literatura y de Periodismo pretende cultivar, día tras día, Francisco Umbral.

2.3.2.2. Función estética: la creatividad.

"Todo el que ha hecho idioma en España, todo el que ha hecho estilo, castellano, creación, lirismo, prosa, ha escrito contra o a pesar de Nebrija, fornifollándose la gramática."¹³¹

Así entiende Umbral que debe ser la Literatura: un acto de incesante creación; una regeneración del mundo por medio de las palabras; un laberinto sin luz (el mundo real) alumbrado por la imaginación y las metáforas.

El artículo periodístico es, también para Umbral, una clase especial de textos, un subgénero con características propias¹³². Pero, en este caso, lo periodístico no excluye lo literario. La columna personal que Francisco Umbral publica a diario en el periódico está concebida como texto artístico, y, en consecuencia, como prosa creativa. Siendo - como es- tan ostensible su vocación estilística, esta columna se sitúa casi en el extremo opuesto de aquel *grado cero* de la escritura de que habló Roland Barthes¹³³. Umbral quiere hacer literatura, crear idioma, generar vidas e ideas a través del lenguaje. La

desviación de las formas expresivas habituales y de las ideas tópicas no debe ser considerada, por tanto, como un capricho gratuito, sino más bien como un imperativo estético. Para ser consecuente, Umbral necesita separarse¹³⁴ de los caminos dibujados por la norma académica o por el uso común: su propósito es precisamente hallar nuevas sendas que permitan descubrir nuevos mundos. Así considerada, la transgresión es el medio gracias al cual el escritor se define a sí mismo en tanto escritor, y por eso entiende Umbral que "cuanto más personal sea el columnista, más le buscará el lector, contra lo creen los redactores-jefes, que piensan que el teletipo es el Oráculo de Delfos"¹³⁵. El *yo literario* de un novelista puede quedar reflejado por sus personajes, por sus ambientes (y no necesariamente por su lenguaje), pero el columnista -dado que la información de actualidad suele sugerir acerca de qué personajes y ambientes conviene escribir¹³⁶- destapa su personalidad cuando se aparta de aquello se debe decir o de aquello que generalmente se dice. La violación de la norma o de la costumbre viene a ser, en suma, el carné de identidad estilístico del columnista.

La transgresión desempeña, así pues, una función estética: la renovación idiomática, la fecundación del lenguaje. El escritor, innovador por necesidad, se enfrenta -piensa Umbral- a instituciones y grupos sociales que pretenden, ante todo, conservar la pureza del idioma: "la Academia diríamos que tiende más a la taxidermia del idioma que a su renovación. Eso de la renovación les parece peligroso y subversivo. Se creen tesoreros de un tesoro muerto, cuando lo que anda por la calle es un cuerpo vivo y una continua creación"¹³⁷.

2.3.3. Límites y riesgos en el arte de transgredir.

El atrevimiento, en el arte como en la propia vida, debe saber hasta dónde le conviene llegar: existe siempre un punto a partir del cual no hay ya osadía, sino temeridad. La transgresión es (puede ser, al menos) un modo de fecundidad expresiva,

pero también un esfuerzo inútil, una complejidad vacía, una desviación sin posible retorno a ese lenguaje común con el que todo hablante moderadamente culto es capaz de manejarse. Parece evidente que la creatividad comporta peligros, y mucho más si quien la cultiva hace gala a diario de un talante apasionado y provocativo.

2.3.3.1. La oscuridad.

El texto periodístico, sea del subgénero que fuere, fracasa en cuanto haya un solo lector normal que tenga motivos para aducir que no lo comprende. Dicho con las viejas palabras de Quintiliano, se ha de elaborar un texto *que no sólo se entienda, sino que no se pueda no entender*. La *Oscuritas* constituye, pues, el primer y fundamental riesgo que ha de afrontar un articulista transgresor y creativo: no se debe sacrificar la claridad en aras de una prosa lírica, brillante o imaginativa.

El caso de Francisco Umbral se presenta a este respecto, en principio, especialmente delicado: Umbral se declara discípulo de poetas¹³⁸ y, de hecho, de vez en cuando espolvorea de lirismo y metáforas algunas de sus mejores crónicas; de Baudelaire, además, Umbral aprendió que "hay que estar brillante todos los días, en este oficio, hay que ser sublime sin interrupción"¹³⁹; y, por si esto fuera poco, Umbral defiende que el Periodismo "no es <<la relación veraz de los hechos>>, sino la imaginación audaz de los cohechos"¹⁴⁰. Todas ellas son propuestas arriesgadas, y no parece descabellado presumir que tanto atrevimiento pueda acabar degenerando en oscuridad. No obstante, más vale no zanjar esta cuestión mediante juicios genéricos. Lo más sensato es acudir a los textos y estudiar en cada caso, con detenimiento, si la creatividad transgresora de Francisco Umbral incurre en oscuridades o si, por el contrario, contribuye a iluminar sus artículos. De momento, y con carácter general, aquí sólo se pretendía señalar que el escritor brillante, audaz o imaginativo debe ser consciente de que trabaja con pólvora: está muy bien renovar el lenguaje, pero está fatal publicar en un periódico textos ininteligibles o, en el más venial de los pecados, textos no del todo

comprensibles.

2.3.3.2. La vulgaridad.

La vieja retórica agrupaba los vicios por parejas. De hecho, la *virtus* no era más que el punto medio entre dos *vitia* de diferente signo: "los defectos contra el *ornatus* pueden consistir en un 'demasiado' (exceso) o en un 'demasiado poco' (defecto)"¹⁴¹. Si el texto recargado de figuras puede resultar oscuro, el texto *demasiado poco* elaborado es (o, mejor, puede ser) *carens arte*: nos hallamos entonces ante un discurso *incomptus, indoctus, vulgaris*.

La vulgaridad es un *vitium* también desde el punto de vista periodístico¹⁴². Es cierto que los artículos de opinión, por especial licencia, pueden permitirse excesos y defectos elocutivos, pero ello no marca una división radical entre relatos informativos y comentarios. En ambos casos, rige la norma genérica según la cual la expresión del discurso periodístico no debe incurrir ni en el recargamiento exornativo propio -por ejemplo- de los poetas, ni tampoco en un lenguaje soez, pedestre, vulgar. El estilo periodístico se asemeja, por todo ello, al *estilo tenue* de los clásicos: "un estilo sencillo, bajo, cuyo modelo es el lenguaje normal, pero más cercano en realidad a la elocuencia de lo que normalmente se cree. (...) Ha de ser un estilo con cierta libertad, pero no con desorden, de manera que dé la impresión de que avanza libremente, pero no de que va de un lado a otro sin ley"¹⁴³.

Los antiguos, por cierto, censuraban sin paliativos un recurso muy apreciado por Umbral: la mezcla abigarrada de estilos, la sucesión abrupta de registros idiomáticos contrapuestos. En un artículo de Umbral, el lirismo más apasionado puede desembocar, de repente, en un sórdido arrebató de vulgaridad expresiva. En estos casos, será censurable no sólo la vulgaridad en sí misma, sino también la *mixtura verborum* que origina: por esto precisamente criticaba Dionisio de Halicarnaso a Eurípides, porque, "a menudo, al pasar de una elevación extrema a una vacua pompa, desciende hasta una

bajeza absolutamente vulgar"¹⁴⁴.

La vulgaridad, por otra parte, no siempre afecta a la expresión. A veces, también se manifiesta en los contenidos, en las ideas. La transgresión consiste entonces en acudir a una grosería para excitar la atención del lector. No es muy frecuente, verbigracia, el uso periodístico de vocablos como "cagar", "mear", "culo" o "coño", a los que Umbral recurre en sus columnas con asombrosa naturalidad¹⁴⁵. El tabú, pues, deja de ser una limitación y se convierte en un recurso, en un modo de transgredir para ganarse la atención de los lectores. No obstante, conviene insistir aquí en el peligro que entraña ese hábito de escribir con desparpajo sobre aquello¹⁴⁶ de lo que -si hacemos caso a ciertas reglas de elemental urbanidad- jamás se debe hablar. Es evidente que, de este modo, Umbral consigue sorprender, evitar el tedio, generar sonrisas y complicidades en algunos lectores. Pero sólo en algunos. La norma que se ha violado se fundamenta en convicciones colectivas, en tradiciones que, a menudo, siguen teniendo un amplio respaldo social. Es muy posible, por tanto, que una considerable cantidad de lectores¹⁴⁷ sienta herida su sensibilidad al comprobar el descaro de este articulista que pretende hacer virtud de la escatología y de la malsonancia.

2.3.3.3. La antipatía.

La perversidad elocutiva y argumental dispone de un arnesal incombustible. La expresión vulgar u obscena es tan sólo uno de los dardos que se pueden clavar en la sensibilidad de los lectores¹⁴⁸. Umbral, por motivos tanto lingüísticos como extralingüísticos¹⁴⁹, tiende a generar lealtades inquebrantables, pero también odios viscerales: sus opiniones, de ordinario, rozan la osadía y se apartan todo lo posible del camino trillado por el sentido común; su lenguaje refleja un egotismo desaforado, una inmodestia abrumadora, un afán de protagonismo que no siempre se deja entender como irónica desmitificación del personaje encarnado por el propio escritor. Por más que procure transgredir estratégicamente¹⁵⁰, Umbral se arriesga a suscitar grandes

antipatías¹⁵¹. Una buena parte de los lectores del diario en que publica sus artículos (y, sobre todo, una gran mayoría de los lectores de otros diarios) puede sentirse ofendida por los dicterios de este virtuoso de la mala educación¹⁵², este pugnaz apologista de la calumnia y del insulto: "el insulto es un género literario y sólo mediante buenos insultos se define a un ministro y se hace una buena política parlamentaria"¹⁵³.

No resulta aquí pertinente elaborar un pormenorizado análisis pragmático de las reacciones que, en diferentes circunstancias comunicativas y ante distintos tipos de lectores, pueden originar los insultos, calumnias o injurias de Francisco Umbral. Conviene, sin embargo, dejar constancia del peligro que supone, desde el punto de vista pragmático, emitir juicios provocativos y adoptar un lenguaje transgresor¹⁵⁴. Lo normal es que las críticas de los ofendidos lectores apenas salgan a la luz, pero ello no quiere decir que no existan. Durante la breve etapa en que escribió para el diario *ABC*, por ejemplo, sólo se publicó una carta al director en contra de Francisco Umbral¹⁵⁵. La realidad subyacente era tan distinta, que acabó siendo imposible ocultarla por más tiempo. Muchos lectores del conservador *ABC* se negaban a aceptar que, en su periódico de toda la vida, apareciera de pronto la corrosiva escritura de un comunista ateo que, para colmo, acostumbra a sazonar con tacos y palabras malsonantes sus artículos.

Y los lectores no son los únicos que pueden llegar a sentir esa antipatía. El escritor provocativo, en alguna ocasión, acaba suscitando el odio de sus propios compañeros de periódico. En el diario *El País* (y valga este pintoresco detalle como botón de muestra), un grupo de redactores difundió durante una época un saludo que era casi una declaración estética de principios: "encantado, tanto gusto, yo tampoco trago a Umbral"¹⁵⁶.

2.3.4. Etopeya de un provocador.

El carácter del orador ha sido considerado, desde antiguo¹⁵⁷, elemento de capital importancia en el proceso de comunicación oral o textual. Todo orador o escritor, por su forma de vida y también por el contenido de sus textos, llega a dibujar un perfil psicológico y moral específico, un talante personal que no suele pasar inadvertido. La personalidad de tal o cual escritor es bien conocida por sus lectores habituales, y ello acaba afectando -de un modo u otro- al proceso de comunicación textual. El carácter del productor de los mensajes acaba constituyendo una especie de significado latente, una significación no lingüística (esto es: pragmática) que afecta al contenido expreso de sus textos.

En el caso de Francisco Umbral, el estudio de su talante y de su imagen pública resulta especialmente oportuno. Es Umbral un escritor de marcada personalidad, un hombre cuya conducta social y política se corresponde en gran medida con las expresiones e ideas (tantas veces subversivas, tantas veces provocadoras) de que se nutren sus artículos y novelas.

2.3.4.1. Retrato psicológico¹⁵⁸ de Francisco Umbral.

Francisco Umbral no es simple y llanamente un escritor. Para entender sus textos (y, sobre todo, para entender su conducta), conviene no pensar sólo en un señor que publica libros y artículos, sino más bien en un *personaje*¹⁵⁹ literario cuya razón de ser es, precisamente, la escritura. De ordinario, un *personaje* constituye el *objeto* final del trabajo literario. En este caso, no: Umbral es un *personaje* que fabrica textos, un *sujeto* que ha sido creado literariamente, pero que es capaz -puesto que tiene vida propia- de seguir construyendo nuevos *objetos literarios*. Se puede considerar, por tanto, que Francisco Umbral es un punto intermedio, un nexo entre el hombre en estado puro¹⁶⁰ y sus obras literarias. El Umbral íntimo¹⁶¹ -ese Francisco Umbral que no ejerce de nada,

sino que tan sólo es como es- suele permanecer escondido en una vida opaca, una vida interior que apenas deja huellas. Es bastante difícil, en efecto, dibujar el perfil de ese hombre en estado puro. Pero difícil no significa imposible. En algunos textos (bien es verdad que no muchos y por lo general no demasiado extensos), Umbral nos desvela su particular esquizofrenia¹⁶². Según tales textos, el *hombre* y su *personaje* están obligados a mantener una tensa relación, una convivencia casi tan conflictiva como inevitable: "sólo sé que vivo a medias. Procuro que una mitad de mí repose, esa mitad alborotada por el corazón, eterno Garibaldi de toda biografía. Y vivo con la otra mitad, me acuesto con estatuas romanas (apócrifas, sin duda), cumplo con mis deberes de estrenista, escribo artículos y hasta hablo por teléfono"¹⁶³.

Hay, pues, dos mitades, dos núcleos psicológicos mejor o peor avenidos¹⁶⁴. Lo que sí parece claro es que el verdadero *yo* sabe que está descompuesto en dos partes, una de las cuales reposa por dentro mientras la otra vive por fuera. Si nos atenemos a lo que cuenta el propio Umbral, da la sensación de que el *personaje* y el *hombre* han pactado un sensato reparto de papeles: "vivo, sí, dentro de una elipse. Este jardín y mi celda de trabajo en Madrid. Dos polos en lugar de uno. (...) Y con dos centros ya nos entendemos mejor, como con dos amores o dos tareas. Una cosa siempre nos salva y descansa de la otra. Nos salva, sobre todo, del fanatismo de lo único"¹⁶⁵.

Por lo escrito hasta ahora, tal vez se pueda interpretar que Umbral adopta una falsa identidad (eso que antes se ha denominado *personaje*), una máscara bajo la cual se oculta el verdadero *yo* (el *hombre*). En realidad, lo único que se ha pretendido sugerir es que Umbral, por razones que acaso sólo él conoce, oculta una parte significativa de su personalidad. Todos creemos conocer al *personaje*: provocador, transgresor, subversivo, polémico. Sin embargo, casi nunca llegamos a destapar el frasco en el que se refugia el otro Umbral: el *hombre* trabajador¹⁶⁶, tímido, sensible, incapaz de asistir a ridículas ceremonias sociales o pseudoculturales. Cuesta incluso trabajo pensar en esta segunda mitad psicológica que, de hecho, sólo aflora en algunos fragmentos de prosa lírica¹⁶⁷, en contados retazos de sus memorias¹⁶⁸ o en la mixtificación novelesca de algunos personajes parcialmente autobiográficos¹⁶⁹. Sabemos además de su

existencia por la vía más teórica (pero, en este caso, tal vez también más nítida y esclarecedora) de los diarios íntimos antes citados. Por último (y a modo ya de confirmación definitiva), podemos acudir al testimonio de quienes lo conocen personal e íntimamente: "Umbral es un personaje que él mismo se trazó hace años y al que ha conseguido transformar en realidad"¹⁷⁰; "Umbral escribe porque está necesitado de cariño, porque no se resigna a la soledad, porque se lo pide el cuerpo. (...) Escribe para poner sus obsesiones en orden"¹⁷¹; "me malicio que lo último que Francisco Umbral desea para sí mismo es que publiciten su ternura, que él guarda escondida como oro en paño, aunque luego se le escape a raudales por los rotos de sus bolsillos sentimentales, que tiene muchos y variados (...). Paco Umbral es una bellísima persona transida de dolor de la vida y la obsesión de la escritura"¹⁷².

Qué distinto se presenta a sí mismo el Umbral de casi siempre, ese Umbral que cita a Cocteau cuando se le pregunta cuál es su modelo de escritor y de hombre: "<<Lo que los demás rechazan de ti, atiéndelo: ése eres tú>>"¹⁷³. La máxima de Cocteau puede parecer, no obstante, demasiado genérica. Acudamos, entonces, a la concreción textual de alguna transgresión literaria de cierto calado: "bueno, pues Gualberta era celérica, impaciente, voraz. Nunca me he sentido tan devorado por una mujer, tan rebañado de polla, semen, amor y deseo, todo en diez minutos"¹⁷⁴. En su intento de atender a lo que los demás rechazan de él, Umbral es capaz incluso de cultivar una especie de *gamberismo escatológico* que, sin duda, acaba molestando a un considerable grupo de lectores: "yo he llegado a la madurez cronológica o mental de reconciliarme con mi caos, con mi nada y con mis defecaciones, pero el joven saca la cabeza muchas veces, el joven va por dentro y la verdad es que yo no me veo como un señor, sino como un gamberro que está dando el timo a la sociedad. Un gamberro que ahora, después de haber cagado en casa, como antaño en los solares, se subirá los pantalones y se irá por ahí a engañar a la gente"¹⁷⁵.

Qué poco queda en esta prosa de aquel hombre tímido y tierno, de aquel escritor necesitado de cariño. Cabe ahora preguntarse dónde está el auténtico Umbral, quién es, en realidad, Francisco Umbral: "¿Quién de los dos soy yo?", se pregunta a sí mismo el

autor. "¿Quién de los dos soy yo?

>> Los dos."¹⁷⁶

Quede claro, por tanto, quién es el verdadero y único Umbral. En otro libro suyo¹⁷⁷, encontramos de nuevo esta idea: "comprendo ahora, demasiado tarde, que me he pasado la vida creyendo que era yo y ahora resulta que soy yo y otro. El otro no quiere saber nada y dice que le olvide. La dialéctica entre yo y yo va para largo. La lesión del codo -espero- se me curará en seguida. Las lesiones del yo no se curan nunca".

Pero lo que de verdad importa aquí es la huella estilística que suelen dejar las lesiones del yo¹⁷⁸. En Umbral, según se ha visto (y por simplificar la extremada complejidad de fondo), mantienen una tensa relación dos tendencias psicológicas opuestas: introvertida timidez, a un extremo; subversivo descaro (contumaz provocación), al otro. Puesto que nos hallamos ante un solo hombre con varias facetas psicológicas, interesa descubrir cómo se comunican entre sí los puntos extremos. Dicho de otro modo, conviene averiguar cómo y por qué se transforma este *hombre* sensible y tímido en el *personaje* desvergonzado, en el escritor lenguaraz y provocativo.

Parece claro que, en lo más hondo del Umbral íntimo, existe un desacuerdo rotundo con las formas de vida exteriores¹⁷⁹. Si nos atenemos a un orden lógico (y, por tanto, no necesariamente temporal) y conseguimos sacar a la luz el más profundo sustrato psicológico de Umbral, lo que descubrimos es un temperamento pasional que se enfrenta con vehemencia al mundo de afuera: "ahora, con mi vida consumada en literatura, ésta vuelve a ser para mí lo que en la infancia y lo que realmente ha sido siempre: mi manera de no estar en el mundo, mi repugnancia hacia la sociedad de los adultos, hacia sus trámites, sus compraventas y sus transferencias"¹⁸⁰. El Umbral tímido y sensible no acepta el modelo de sociedad imperante, y por eso utiliza la literatura (un mundo de palabras) para luchar contra lo que -a su juicio- no es más que indignidad social (un mundo de cosas). Aun sabiendo que el mundo exterior puede absorber con gran naturalidad todo tipo de rebeldías y heterodoxias, el escritor intenta sobrevivir -y gracias precisamente a la literatura- al margen de las imposiciones del

sistema: "haber abolido para siempre esa realidad de segundo grado que es el comercio y la calle. Esto, [sic] en la infancia era sólo un proyecto. Ahora lo siento lúcidamente como algo conseguido. Moriré sin haber pasado por el mundo. Jamás he salido del ámbito mágico de la literatura, lo cual no tiene nada que ver con la torre de marfil. He vivido el mundo intensamente, pero literariamente"¹⁸¹.

Nos interesa saber, en especial, cómo se enfrenta literariamente al mundo este hombre crítico y al mismo tiempo tímido. Pues bien: el de Umbral parece ser un caso prototípico de timidez resuelta por osadía. Como le da miedo andar, el hombre introvertido y de aspecto apocado pega un salto y echa a correr. Puesto que teme hablar en público y sale al escenario pensando que quizá no sea capaz de articular palabras, el tímido comienza su discurso como quien se tira de un barco en llamas, como si nada tuviera ya que perder. Un hombre introvertido, y desde la literatura, lucha contra una inmensa maquinaria que se llama *mundo*. Sabe que, para empezar, tiene que vencer su propia timidez. Puesto que le da miedo andar, pega un salto y echa a correr: "el estilo como agresividad. Tener un estilo es como tener un arma. La agresividad del idioma, ¿se ha estudiado eso? El estilo propio como agresión, como desafío. El estilo de Valle o de Rimbaud como violencia"¹⁸².

De ahí surge el proyecto de una escritura renovadora y creativa, a través de la cual sea posible regenerar el mundo¹⁸³. Hay que utilizar, por tanto, un lenguaje transgresor, provocativo, insolente, porque con él se pretende -menuda tarea- recrear¹⁸⁴ un mundo mediocre y tedioso: "ricos de palabras, en la pobreza general de nuestra vida. Traficar en palabras, traficantes de palabras, y que esto lo malentendieran los tontos creyendo que eso era jugar al mercado persa de la literatura. No. La palabra tiene un poder subversivo que no tiene nada, porque sus <<combinaciones eléctricas>>, el <<incendio en los matorrales del idioma>> es la única posibilidad de colisión, de hoguera, de acción, de crítica, pregunta y afirmación que tiene el hombre inerme. Teníamos que forjarnos nuestro arsenal de palabras para intentar el terrorismo de la cultura"¹⁸⁵.

Los artículos periodísticos aparecen entonces como cañones al servicio del escritor

corrosivo y violento: "queríamos nosotros ser guerrilleros del artículo, disparar desde todas las troneras, ir soltando dardos personales contra la tediosidad de las gentes, de los días, de las fuerzas vivas y de los académicos (...). Había que hacer artículos, impactos, cosas rápidas y violentas, había que tirar piedras contra los faroles municipales de lo instituido"¹⁸⁶.

2.3.4.2. Galería de heterodoxos: el magisterio de la provocación¹⁸⁷.

Había que forjarse -dice Umbral- un arsenal de violentas palabras con las que atacar al mundo: proyecto al mismo tiempo ético y estético; proyecto que no era, ni mucho menos, el sueño de un loco solitario. Anida en este espíritu de crítica y transgresión mucho afán colectivo macerado por la Historia. La Literatura (española y universal) nos muestra una sólida tradición literaria cuyo eje básico es, precisamente, la personalidad transgresora y creativa del autor.

Aunque a simple vista parezca que, por contravenir reglas y atentar contra la gramática, el escritor se aparta por completo tanto del pasado como del presente, lo cierto es que el arte la transgresión también se nutre de grandes maestros y de pequeños trucos. También se puede aprender a ser original y subversivo¹⁸⁸. Francisco Umbral ha descrito en muchas ocasiones cómo consiguió fabricarse su particular *arsenal de palabras para intentar el terrorismo de la cultura*: "don Ramón, Ramón y Juan Ramón. Esta trinidad de Ramones que te marcaría para siempre, los tres grandes tesoros de una infancia pobre, los tres grandes hallazgos de un niño que nunca se encontraba nada. La guerra carlista, El gran hotel, Platero. La prosa rápida y en esguince, la prosa lenta y redonda, la prosa aguda y lírica. Las tres grandes prosas castellanas del siglo veinte"¹⁸⁹.

Valle-Inclán: "nuestro hombre presumió mucho de sus delincuencias en la vida, que seguramente eran mentira, pero sus delincuencias están en lo que escribió, que tiene todavía cicatrices de robo, engaño, crimen y sangre"¹⁹⁰.

Gómez de la Serna: "Ramón o la literatura en estado puro, la vida y la obra como literatura, la creación mareada de creación, la adivinación de lo pequeño, lo secreto, lo escondido, lo diario, lo íntimo, lo solo, y el asco por las historias llenas <<de un realismo que descalabra>>"¹⁹¹.

Y Juan Ramón Jiménez: "con Juan Ramón aprendí (...) a tejer una prosa densa en torno de una cosa, a sacarle el vaciado en prosa a unas bellas manos o un rayo de sombra. A condensar la escritura como un ovillo en torno de sí misma, hasta tener un copo de letras girando en torno de la nada. El poema en prosa"¹⁹².

Éstos son, pues, los tres grandes maestros de Umbral¹⁹³. Pero, en el origen de este magisterio, debemos situar a un gran transgresor de otro siglo, a un gran clásico de la literatura barroca española: "Quevedo se arroja con escándalo de hierros y blasfemias contra el castellano imperial -ese latín estropeado-y deja el idioma conmovido y transformado para siempre, goteando todavía frutos, palabras, imágenes, conceptos: Larra, Torres, Valle, Ramón, no son sino goterones de Quevedo"¹⁹⁴.

Hay, por supuesto, más goterones influyentes, más modelos de heterodoxia literaria¹⁹⁵. Umbral cita a muchos de ellos: d'Ors, Ruano, Jardiel Poncela, Baudelaire, Proust, Rimbaud. Habría que nombrar -si fuera pertinente, si fuera posible- a otros muchos escritores clásicos y modernos: desde Gracián y Lope hasta Miguel Espinosa o Julián Ríos.

NOTAS: II. Corrupción y fecundidad en la prosa de un creador insolente.

¹ Herrera, Ángel-Antonio., *Francisco Umbral*, Grupo Libro 88, Madrid, 1991, pág. 45. "La única salvación del escritor español es el periódico", añade Umbral en *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1994], pág. 111.

² "Yo siempre he hecho literatura en los periódicos. De modo que no hago gran distinguo entre el periodista y el escritor, de la misma manera que no hago distinguo de géneros." (Herrera Á-A., *op. cit.*, pág. 58.)

³ Estudian esta relación entre Literatura y Periodismo, entre otros muchos autores, Acosta Montoro, J., *Periodismo y Literatura*, Guadarrama, Madrid, 1973 (dos tomos); Aguilera, O., *La Literatura en el Periodismo (y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo)*, Paraninfo, Madrid, 1992; Dallal, A., *Periodismo y Literatura*, Gernika, México, 1988 (2ª ed.); Roy, J., *Periodismo y literatura*, Ala, Madrid, 1986; Santamaría, L., *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid, 1990.

⁴ Prólogo de *Spleen de Madrid/2*, Destino, Barcelona, 1982, pág. 9. Nótese el uso de la primera persona del plural: "vamos quedando pocos". Umbral no recurre a la modestia para esconder la alta opinión que, como articulista, tiene de sí mismo.

⁵ Es el caso de la siguiente frase: "creo que los grandes del periodismo, desde Ortega a mí, (...)". ("Las subastas", *El País*, pág. 24, 19/11/1977.)

⁶ Se intentará averiguar por qué más adelante (en el apartado 2.3. de este mismo capítulo).

⁷ "La injuria", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 06/09/1992.

⁸ "Claudia Schiffer", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/08/1992.

⁹ Herrera, Á-A., *op. cit.*, pág. 106.

¹⁰ "Olé", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/05/1991.

¹¹ *Spleen de Madrid/2*, Destino, Madrid, 1982, pág. 10.

¹² Léase esta palabra con el doble sentido antes apuntado: por un lado, realidad en forma de ideas; por otro, realidad como conjunto de comportamientos sociales que, dado su carácter habitual, consigue retratar -siquiera *grosso modo*- la vida cotidiana de una comunidad.

13 "Nati Abascal", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/10/1990.

14 En el apartado 2.2. de este mismo capítulo.

15 Véase el apartado 2.2.3. de este capítulo.

16 Apartado 2.3., y, en especial, el epígrafe 2.3.4., en el que se pretende retratar psicológicamente a Francisco Umbral.

17 "El destino de la persona es convertirse en personaje, como mucho. El movimiento de retorno no existe", escribe Umbral en *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 159). En *La belleza convulsa* ha narrado el autor la desgarradora lucha interior del hombre contra su personaje. Este asunto, aquí sólo bosquejado, se abordará al final de este capítulo (apartado 2.3.4.1.).

18 Véase, por ejemplo, "La difamación", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/06/1991. Pilar Urbano, según cuenta allí el propio Umbral, le preguntó una vez: "¿Tú has dado alguna vez una noticia?". La respuesta del escritor dejaría avergonzado a cualquier otro periodista: "no, por Dios, qué horror. Pero en cambio he difundido muchos rumores, que me parece más eficaz".

19 Poco importa aquí si el origen estuvo o no en la ciudad siciliana de Siracusa, según suelen anotar los textos sobre Historia de la Retórica. De la formación del sistema retórico no interesan aquí los detalles. No obstante, en la bibliografía final se recogen los títulos de los que se ha extraído la información utilizada para redactar este capítulo.

20 Título original alemán: *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft*, Max Hueber Verlag, Múnich, 1960.

21 *Recherches Rhétoriques, Communications n° 16*, Editions du Seuil, París, 1966. Traducción al español: *Investigaciones Retóricas I. La Antigua Retórica*, Ediciones Buenos Aires, Barcelona, 1982, pág. 7.

22 La Retórica que en gran medida resucitó Lausberg no pasaba de ser una ciencia del texto retórico, pero las aportaciones teóricas posteriores consiguieron convertirla en una ciencia del texto, sin más. Se puede consultar una explicación histórica más detallada de este fenómeno en Albadalejo, T., *Retórica*, Síntesis, Madrid, 1991, págs. 11-21.

23 Por citar sólo algunos: la Lingüística del Texto, la Pragmática o la Teoría de la Literatura. Es evidente que, puesto que se han de estudiar artículos periodísticos, esta investigación recurrirá también a textos sobre Periodismo (más exactamente, a textos sobre Redacción Periodística). Los apartados 2.2.3.2. y 2.2.3.3. de este capítulo recogen los títulos consultados a propósito del texto periodístico, en general, y de la columna personal de opinión, en particular.

24 Véase *Retórica*, 1407a20-21.

25 Laercio, D., VII 1 40.

26 *Institutiones Oratorias*, V 14, 33.

27 Véase, por ejemplo, Quintiliano, *Institutiones Oratorias*, I, 4, 2.

28 Esta oposición fue ampliamente desarrollada por Heinrich Lausberg en los párrafos 32-41 de su *Manual de Retórica Literaria*, Gredos, Madrid, 1966, pág. 72-79. Quintiliano utiliza también la expresión "bene dicendi scientia" para caracterizar a la Retórica (*Institutiones Oratorias*, II, 14, 5).

29 *Rhetorica ad Herenium*, IV, 12, 17.

30 Aparece por segunda vez esta locución: más adelante (apartado 2.2.2.2.) se explicará su sentido. Se puede anticipar aquí que, *en determinados casos* -por eso se ha usado la locución "en principio"-, una incorrección gramatical puede llegar a resultar retóricamente lícita.

31 *Rhetórica ad Herenium*, IV, 12, 17.

32 Y también la concepción de esa expresión. Todas las cualidades retóricas se manifiestan en cada una de las operaciones retóricas: Invención, Disposición, Elocución, Memoria y Pronunciación o Acción. En adelante, para simplificar, se realizará un breve comentario general sobre las tres virtudes retóricas.

33 *Op. cit.*, pág. 46.

34 "La *obscuritas* aparece 1) *in verbis singulis* (#1068); 2) *in verbis coniunctis* (#1069)". Lausberg analiza estos *vitia* con detalle en su *Manual de Retórica Literaria* (*op. cit.*, pág. 383 y ss.).

35 Mayoral, J. A., *Figuras Retóricas*, Editorial Síntesis, Madrid, 1994, pág. 23.

36 Confluyen a este respecto, por tanto, la *elocutio* retórica y la *elocutio* poética.

37 "La vulgaridad de las palabras daña también terriblemente la grandeza del estilo", leemos en 'Longino', *Sobre lo sublime*, 43, 1.

38 *Institutiones Oratorias*, VIII, 3, 52.

39 Un *iudex primatus*: juez encargado de dirimir sobre cuestiones de escasa importancia, entre ellas las relacionadas con la servidumbre de aguas.

40 Cicerón, *Orator*, 70-72.

41 Demetrio, *Sobre el estilo*, 28.

42 Aristóteles, *Retórica*, 1404b4.

43 *Op. cit.*, # 1055.

44 El sistema de las *figuras retóricas* no es otra cosa, bien mirado, que un compendio de desviaciones de diverso origen y heterogénea condición.

45 En realidad, la Retórica distingue la falta de pureza léxica, que afecta a la unidad de la palabra (*barbarismo*), de la incorrección sintáctica (*solecismo*).

46 Mayoral, J. A., *op. cit.*, pág. 19.

47 Lausberg, H., *op. cit.*, # 4.

48 Véase Dionisio de Halicarnaso, *Tucídides*, 3: "ello me obliga no sólo a contar las virtudes, sino también sus vecinos los vicios". Se puede consultar la edición en español de Vicente Bécara (Dionisio de Halicarnaso, *Tres ensayos de Crítica Literaria*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, pág. 44).

49 Dionisio de Halicarnaso, *Tucídides*, 23: "pero las virtudes accesorias, por las que sobre todo se pone de manifiesto la capacidad artística de un orador, (...)". (Véase Dionisio de Halicarnaso, *Tres ensayos de Crítica Literaria*, ed. cit., pág. 68.)

50 Lausberg, H., *op. cit.*, # 8.

51 Esto implica, por tanto, que el *vitium* en cuestión pretende conseguir un beneficio estético que compense -y si es posible con creces- el mal derivado de la infracción que se comete.

52 *Poética*, 1460b.

53 Nebrija, A., *Gramática de la lengua castellana*, Salamanca, 1492. (Véase la edición facsímil de Librerías París-Valencia, Valencia, 1992, pág. 97.)

54 "[poetis], quia plerumque servire metro coguntur, adeo ignoscitur, ut vitia ipsa aliis in carmine appellationibus nominentur: *metaplasmo* enim et *schémata*, ut dixi, vocamus et laudem virtutis necessitati damus." (Quintiliano, I, 8, 14.)

55 Mayoral, J. A., *op. cit.*, pág. 17-18. Este autor explica con gran claridad cómo se pasa del vicio a la figura. Además de textos clásicos, Mayoral recurre a testimonios de tratadistas españoles como Jiménez Patón, Herrera, Correas o Sánchez Brocense. Todo ello hace que su trabajo resulte especialmente útil en una investigación como ésta.

56 Incluso en el *Manual* de Lausberg se puede comprobar esa obsesión tradicional por las *figurae*.

57 Cascales, F., *Tablas Poéticas*, V, 8.

58 La pregunta vale también para textos literarios, cambiando -como es evidente- *Retórica* por *Poética*.

59 Correas, G., *Arte de la lengua española castellana*, Selecciones gráficas, Madrid, 1954, pág. 375.

60 Téngase en cuenta la dificultad que entraña establecer unos criterios axiológicos que se habrán de aplicar más a fenómenos concretos (la metáfora tal o el hipérbaton cual) que a categorías generales (tal tipo de metáforas o tal otro).

61 Principio de radical importancia en la Retórica antigua y moderna. Fue básico en la obra de Aristóteles, hasta el punto de que aparece en su definición de *retórica*: "Entendamos por retórica -escribe Aristóteles- la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer" (*Retórica*, 1355b25; véase además, en esta misma obra, el fragmento 1404b5). La Pragmática moderna sigue teniendo muy en cuenta este concepto.

62 Especial interés ha merecido la relación entre los contenidos discursivos y la formulación expresiva que recibían. El planteamiento general viene a ser éste: cada tema, idea o concepto debe recibir un tratamiento verbal específico. Puesto que no se puede establecer una categoría para cada tema (o ideas, o conceptos) concreto, se establecen categorías que abarcan tipos de temas (o ideas, o conceptos) homologables, por algún motivo semejantes. A esas clases generales de contenidos se les adjudican clases generales de estilo: para hablar de tal asunto se debe usar tal estilo; para abordar tal cuestión, conviene expresarse de tal manera.

63 De ahí la importancia de la "Teoría de los estilos" en la Retórica clásica.

64 Es sabido que esta expresión procede de la Pragmática: hay que situar su origen remoto en la doctrina de J.L. Austin, que se dedicó a estudiar los actos que él llamaba "fáticos" (véase *How to do things with words*, Oxford University Press, Oxford, 1962; traducción al español: *Palabras y Acciones*, Paidós, Buenos Aires, 1972, pág. 137 y ss.); la teoría de Austin fue desarrollada y sistematizada por J. Searle, que utilizó el sintagma "acto de habla" para titular a su obra más conocida: *Speech Acts*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969 (traducción al español: *Actos de habla*, Cátedra, Madrid, 1980). Como se verá en seguida, la noción de *acto de habla* no se usa en estas páginas en su acepción rigurosamente pragmática. Por eso, para evitar confusiones se ha recurrido a la variante *acto comunicativo*.

65 "Por *preferencia* entenderemos en lo sucesivo cualquier acto verbal consistente en la emisión (bien por medio de nuestro aparato fonador, bien por algún medio mecánico) o en la inscripción de un signo o conjunto de signos. (...) Es de suma importancia (...) distinguir con claridad entre el significado de una preferencia y el significado de la expresión resultante de haber realizado una preferencia." (Acero, J.J., y otros, *Introducción a la Filosofía del Lenguaje*, Cátedra, Madrid, 1989, págs. 33-34.)

⁶⁶ Los interlocutores, al oír de nuevo el mismo conjunto de palabras, interpretarán lo dicho como *repetición* de algo que acaban de escuchar: aunque no haya cambiado en absoluto el contenido lingüístico del discurso, el simple hecho de que suponga una repetición le otorga un cierto significado pragmático que se superpone al contenido lingüístico. La nueva proferencia puede presentar, así pues, un sentido irónico (o enfático) del que antes carecía. Y ello porque los interlocutores han tomado como 'contexto' de la segunda proferencia (C') el contenido lingüístico de la primera.

⁶⁷ Dice Demetrio: "las órdenes se dan en un lenguaje conciso y breve, y todos los señores se expresan con monosílabos al dirigirse a su esclavo." (*Sobre el estilo*, I, 7.)

⁶⁸ El conjunto de factores tenidos en cuenta para realizar esta clasificación se ha ido ampliando a medida que avanzaba la investigación sobre los *genera*. La "teoría de los estilos" y la "teoría de los géneros", que tienen su origen en la antigüedad clásica, han llegado a servir -según se verá más adelante- para delimitar conceptualmente disciplinas tan modernas como el Periodismo o la Publicidad.

⁶⁹ "La cuestión de los *genera* tiene una gran amplitud en el espacio del hecho retórico: se encuentran implicados en la misma el asunto, el receptor, el productor del texto con su intención retórica y, por supuesto, el propio texto retórico en el que cristalizan (...). En los *genera* están implicados los rasgos de los discursos, esto es, las peculiaridades de su constitución, y las funciones de los mismos." (Albadalejo, T., *Retórica*, Editorial Síntesis, Madrid, 1991, pág. 53-54.)

⁷⁰ Aristóteles, *Retórica*, 1358b1-7.

⁷¹ "Así pues, son éstas las diferencias que hago entre las artes en lo que se refiere a los medios de los cuales se valen para la mimesis": así introduce el propio Aristóteles su clasificación de géneros en la *Poética* (1447a), en este caso tomando como primer criterio clasificador el modo en los poetas imitan la realidad. También aquí aparecen luego otros criterios que se combinan con el primero.

⁷² Aristóteles, *Poética*, 1448b.

⁷³ Este capítulo ha intentado extraer de la Teoría de los Géneros (en su planteamiento retórico clásico) una formulación que pudiera situar (y relacionar) en un orden conceptual más amplio las nociones de 'transgresión' y 'creatividad'. Por los testimonios aducidos, resulta evidente que la teoría tradicional sobre los Géneros permite llegar, sin excesos hermenéuticos de ninguna clase, hasta donde este trabajo necesitaba. Podía quedar la duda, no obstante, acerca de si la clásica Teoría de los Géneros se hubiera dejado presentar del modo en que aquí se ha hecho. Pues bien: una vez redactado este capítulo, la casualidad sacó a relucir un pasaje de Lausberg (*Manual*, op. cit., págs. 391-392) que coincide, casi punto por punto, con la exposición desarrollada en estas páginas: "La abundancia de los medios de que dispone la *elocutio* (*verba*) no ha de emplearse indistintamente para cada asunto (*materia, causa*) o para todo material (*res*) encontrado en la *inventio* y relativo al asunto. La virtud del decoro (*aptum*) vigila el empleo correcto de estos medios y recursos de la *elocutio*. Una sistematización de los

preceptos del decoro o conveniencia (*aptum*) la tenemos en la teoría de los tres *elocutiones genera* (Vict. 22 p. 438, 8), *dicendi genera* (Quint. 12, 10, 58), *genera dicendi* (Cic. Or. 21, 69), *trimodum genus dicendi* (Isid. 2, 17, 1)".

74 Así, verbigracia, Hermógenes nos presenta las características básicas de un determinado tipo de discursos: "Por tanto, el discurso político, por hablar en términos generales, está constituido por las formas estilísticas que componen la Claridad en el estilo y mediante el Carácter equitativo y simple, y también mediante la forma que produce el estilo sincero, que corresponde al estilo persuasivo." (*Sobre las formas de estilo*, 395.) Aparecen en este fragmento expresiones como *Claridad* o *Carácter equitativo y simple*: no son -claro está- términos de uso ordinario, sino tecnicismos retóricos que el autor ya ha desarrollado antes con detalle.

75 "Se han de distribuir bien las figuras que son apropiadas a cada uno de los estilos." (Demetrio, *Sobre el estilo*, II, 59.)

76 Se ha señalado como factores básicos que determinan tal semejanza las actitudes del destinatario y las estrategias comunicativas del orador; pero hay, sin duda, otros muchos elementos implicados en la formación de una situación comunicativa típica.

77 Martínez Albertos, J.L., *La noticia y los comunicadores públicos*, Pirámide, Madrid, 1978, pág. 100.

78 El Lenguaje Periodístico suele identificarse -en parte por imprudente ignorancia, pero en parte también por cierta sensatez intuitiva- con el *estilo periodístico*. En realidad, según se verá más adelante, conviene distinguir ambos conceptos.

79 Puede verse en la cita anterior una de esas excepciones. Nótese, por cierto, el uso de la expresión "géneros periodísticos": parece que la definición, más que ofrecer una *denominación justa* sobre un género, aporta unidad conceptual a una serie de géneros con rasgos comunes. Véase también Núñez Ladevéze, L., *El lenguaje de los 'media'*, Pirámide, Madrid, 1978, pág. 100. Para un planteamiento general: Núñez Ladevéze y Casasús, *Estilo y géneros periodísticos*, Ariel, Barcelona, 1992; Martín Vivaldi, G., *Géneros Periodísticos*, Paraninfo, Madrid, 1987.

80 Martínez Albertos, J. L., *Curso General de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983, págs. 206-207.

81 Martínez Hernando, B., *Lenguaje de la Prensa*, Eudema, Madrid, 1990, pág. 55.

82 "Todo el periodismo de nuestros días está asentado en el tratamiento lingüístico de la noticia, en cuanto materia prima fundamental, en dos formas expresivas perfectamente claras y distintas entre sí: el relato y el comentario (el *story* y el *comment* de los anglosajones)." (Martínez Albertos, J.L., *El lenguaje periodístico*, Paraninfo, Madrid, 1989, pág. 65.)

83 Martínez Hernando, B., *op. cit.*, pág. 35. Este autor propone sustituir la

terminología de Dovifat "por la de <<estilo informativo, opinativo y literario>>". Parece, al menos, más sencilla y clara.

84 Esta clasificación resulta útil por muchos motivos, pero la abstracción teórica nunca debe cegar evidencias que procedan del sentido común. Los textos periodísticos que podemos leer o escuchar a diario muestran una riquísima variedad de lenguajes. A propósito de tal diversidad lingüística, se ha utilizado una luminosa metáfora: "El periódico es un nido de lenguajes, una especie de permanente diccionario de actualidad donde se cobija toda habla por efímera y fugaz que sea". (Martínez Hernando, B., *op. cit.*, pág. 45.)

85 Véase Santamaría, L., *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid, 1990, págs. 45-100.

86 Un magnífico compendio de técnicas para argumentar lógicamente en textos opinativos es la obra de Perelman y Olbrechts-Tyteca, *Traité de l'Argumentation. La Nouvelle Rhétorique*, Presses Universitaires de France, París, 1958. Edición en español: *Tratado de la argumentación. La Nueva Retórica*, Gredos, Madrid, 1989.

87 Martínez Hernando, B., *op. cit.*, pág. 45. En la página siguiente, se reformula (y desarrolla) esta idea: "algo han de tener en común todos los textos que aparecen en un diario por el simple hecho de aparecer en él. Y no sólo por el soporte físico que el periódico supone[,] sino por la direccionalidad del mensaje, lo que se ha llamado <<la expectativa del destinatario>>".

88 Véase Santamaría, L., *op. cit.* págs. 25 y siguientes.

89 Véase Santamaría, L., *op. cit.*, pág. 14. Martínez Albertos recoge esta misma definición en "Nuevos periodistas españoles: análisis de sus formas expresivas", ponencia que fue presentada en el *I Congreso de la Sociedad Española de Periodística* y que aparece publicada en el trabajo colectivo *Estudios de Periodística*, Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, Madrid, 1992, pág. 14.

90 Bernal y Chillón, *Periodismo informativo de creación*, Mitre, Barcelona, 1985, págs. 106-111.

91 Martínez Albertos, J.L., *El lenguaje periodístico*, Paraninfo, Madrid, 1989, pág. 62.

92 Se abordará más extensamente esta cuestión en el apartado 2.3.3. de este capítulo.

93 Lo que sigue es sólo una aproximación personal y fragmentaria al subgénero. Para completar y mejorar estas pinceladas, véase el texto, ya citado, de Luisa Santamaría (*El comentario periodístico*, ed. cit., págs. 117-131).

94 En especial, a las *virtudes retóricas* estudiadas en el epígrafe 2.2.2.1. de este capítulo. Nótese ahora la utilidad de un planteamiento retórico-pragmático para una investigación como ésta, que intenta aplicar el concepto de 'transgresión' en un

subgénero (la columna) sometido básicamente a restricciones estilísticas generales (propias, por tanto, de cualquier tipo de comunicación textual), y no tanto -aunque también- a restricciones específicas del subgénero en cuestión.

95 Santamaría, L., *op. cit.*, pág. 117.

96 Santamaría, L., *op. cit.*, pág. 119.

97 Esto es, son concesiones *en relación con* el Lenguaje Periodístico general, mucho más estricto en la prescripción de reglas éticas, deontológicas y estilísticas.

98 Recuérdese que el profesor Martínez Albertos definía este subgénero, con deliberada exageración, como una especie de *cheque en blanco*. No es él, por tanto, un acérrimo normativista, sino más bien todo lo contrario.

99 Martínez Albertos, J.L., "Nuevos periodistas españoles: análisis de sus formas expresivas", en *Estudios de Periodística*, ed. cit., págs. 23-24.

100 Antes de abandonar lo general-teórico y pasar a lo material-concreto, conviene reparar un desequilibrio que, aunque deliberado, debe ser ya corregido: se habrá observado que, hasta ahora, se ha insistido mucho en el concepto de 'transgresión', mientras que el de 'creatividad' se ha ido eludiendo capítulo tras capítulo. Este trabajo intenta descubrir cómo la transgresión de normas (normas de toda índole) se puede transformar en creatividad. Según lo ya explicado, las desviaciones (lingüísticas o extralingüísticas) no permitidas por el género pueden ser errores cometidos por impericia o ignorancia. Pero también pueden ser 'transgresiones': errores cometidos conscientemente, con afán en parte destructivo (romper con las normas generales de la lengua o con las específicas del género) y en parte creativo (escribir lo nunca escrito, de un modo nunca explorado). Conviene completar, así pues, este aspecto retórico de la 'creatividad' con otras vertientes teóricas hasta ahora omitidas. No obstante, en el párrafo 2.3.2.2. se volverá a insistir en esta cuestión.

101 "(...) los compañeros de Odiseo convertidos en cerdos, a los que Zoilo llamaba cerditos llorones, y la de Zeus alimentado como un polluelo por (...)". ('Longino', *Sobre lo sublime*, 9, 14.)

102 Humboldt, W. von, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*, manuscrito depositado en la Königliche Bibliothek de Berlín, traducido al español por Ana Agud: *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia en el desarrollo espiritual de la humanidad*, co-editado por el Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia y la Ed. Anthropos, Madrid, 1990, pág. 85.

103 Wilhelm von Humboldt representa aquí a toda una corriente teórica: Aristóteles puede ser un dignísimo punto de partida; el punto de llegada es hoy difícil de localizar, pero baste citar a lingüistas contemporáneos como Coseriu o Chomsky (tan distantes entre sí, por otra parte) para dejar entrever la enorme solidez de este planteamiento.

Hasta ahora se había acudido constantemente a la Retórica. A partir de aquí, pues, quede liberado este trabajo de toda posible acusación referente a excesos retoricistas o normativistas: este breve capítulo recurre a Humboldt y su concepción del lenguaje para despejar cualquier malentendido.

104 *Ibídem*, pág. 65.

105 "Es el lenguaje humano el que exhibe del modo más claro la diferencia esencial entre el hombre y el animal, en particular la facultad que tiene el hombre de formar nuevas expresiones que manifiesten nuevos pensamientos y que sean apropiadas para nuevas situaciones". (Chomsky, N., *Cartesian Linguistics. A chapter in the History of rationalist thought*, Harper & Row, Nueva York, 1966. Traducción al español: *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la Historia del pensamiento racionalista*, Gredos, Madrid, 1969, pág. 18.)

106 "Así como el juego de ajedrez está todo entero en la combinación de las diferentes piezas, así también la lengua tiene el carácter de un sistema basado completamente en la oposición de sus unidades concretas." (Saussure, F. de, *Curso de Lingüística General*, Edición de Bally y Sechehaye, 1915. Edición española: Alianza Editorial, Madrid, 1897, pág. 135.)

107 Humboldt, W. von, *op. cit.*, págs. 79-80.

108 Humboldt, W. von, *op. cit.*, pág. 87. Umbral, según se apuntó en la nota número 15, fundamenta en este postulado teórico su creatividad transgresora: "dicen los modernos lingüistas que no hablamos el idioma, sino que el idioma nos habla a nosotros, habla por sí mismo a través de nosotros." (*Amar en Madrid*, Planeta, Barcelona, 1972, pág. 12.)

109 "El columnista", *El País*, pág. 19, 15/09/1979.

110 "Prensa y Gobierno", *El País*, pág. 28, 24/10/1983. Afirmaciones semajantes aparecen con bastante frecuencia en los artículos periodísticos de Umbral. En el apartado 3.2.1.1.3.2., se analizará con más detalle esta variante de transgresión textual.

111 "Un tipo se crea por insistencia. El estilo es una cuestión de insistencia, en la literatura como en la arrugabella". ("Don Jaime", *El País*, pág. 4, 03/09/1988.) *Arrugabella* es neologismo que aquí vale por *moda*.

112 Es lo que se intenta hacer en el capítulo tercero de esta investigación. Allí se procura mostrar los modos transgresores típicos de la prosa periodística de Umbral, pero también -en tanto ello es posible- cuánto se repite cada modo transgresor en particular; esto es, qué importancia relativa tiene dentro de eso que antes se ha llamado *retórica inversa* o *género subjetivo*.

113 "Ionesco", *El Mundo del siglo XXI*, última, 30/03/1994.

114 "Criptoumbral", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 22, 02/02/1980.

115 Véase el epígrafe 3.2.3. del capítulo tercero.

116 El apartado 3.2.2. recoge las violaciones sintácticas más frecuentes en las columnas de Umbral.

117 "Pablo Iglesias", *El País*, última, 03/05/1979.

118 La exposición completa de estos y otros fenómenos se desarrolla en el apartado 3.2.1.2. del tercer capítulo.

119 Estas desviaciones de contenido serán analizadas en el apartado 3.1. del capítulo siguiente.

120 "La retórica, sin embargo, parece que puede establecer teóricamente lo que es convincente en -por así decirlo- cualquier caso que se proponga, razón por la cual afirmamos que lo que a ella concierne como arte no se aplica sobre ningún género específico." (Aristóteles, *Retórica*, 1355b31-35.) Las ideas que ha de manejar la Retórica, como señala Aristóteles, son generales, no específicas de ninguna disciplina concreta.

121 Lausberg, H., *op. cit.*, pág. 189.

122 "Cebrián", *El País*, pág. 32, 30/05/1980. Este pasaje se reproduce, casi palabra por palabra, en *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 67): "Ya ves, Umbral -cuenta el columnista que le dijo Cebrián en su despacho de director-, este periódico tan serio, tan grave, con tanta barba, tan objetivo, tan frío, tan imparcial, tan europeo, que estamos haciendo. Bueno, pues yo quiero que me hagas en él todo lo contrario, o sea que hables de ti, que seas tú, que cuentes lo que te pasa". También en la novela *Y Tierno Galván ascendió a los cielos* (Seix Barral, Barcelona, 1990, pág. 12) recuerda el autor aquella entrevista con Juan Luis Cebrián.

123 En sus diarios más íntimos, publicados a modo de *memorias*, podemos encontrar pasajes en los que Umbral da cuenta de esa dualidad psicológica: el escritor gamberro es sólo una construcción deliberada al otro lado de la cual pervive siempre el *otro yo*, el verdadero hombre. Anota Umbral en *Diario de un escritor burgués* (Destino, Barcelona, 1979, pág. 31): "escribo en este diario después de haber escrito para los periódicos, para los demás. Esto es escribir para mí mismo, descender a mi fondo, no muy profundo por otra parte; relajarme. Aquí no tengo que ser gracioso ni agudo ni ingenioso ni agresivo ni brillante ni comprometido: qué bien".

124 "Rubert de Ventós", *El País*, pág. 23, 22/01/1981.

125 "Exagera que algo queda. Sólo cuando exageramos somos veraces." ("El porro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/05/1991.)

126 Véase, por ejemplo, "Ladrones de fuego", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/01/1990.

127 Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que esté a favor de algún otro sistema (religioso o no) imperante en algún lugar del mundo. Umbral se declara comunista, si bien matiza que su comunismo pertenece a la corriente democrática que se desarrolló fuera de la extinta Unión Soviética. España, según Umbral, fue precursora de estas tendencias comunistas democráticas. Véase, en el glosario del capítulo VII, el término "eurocomunismo".

128 "El ordenador", *Diario 16*, pág. 6, 17/06/1989.

129 Se aportarán más detalles a este respecto en el apartado 3.1. del capítulo siguiente.

130 "La cultura", *El País*, pág. 15, 24/07/1977.

131 "El 92", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/01/1992.

132 En sus artículos y libros de artículos, Umbral ha enumerado una considerable cantidad de rasgos definitorios del subgénero. He aquí algunos: "el secreto de la crónica y de la epístola están [sic] en girar en torno a una sola idea" ("Amarillismo", *Diario 16*, pág. 4, 21/10/1988); "el secreto del género [columnas periodísticas], con perdón, está en un cierto punto de exceso, de exageración" ("Los periódicos", *El País*, pág. 28, 23/06/1983); "el artículo/columna tiene que ser un rastro de la actualidad, algo que se enciende como una noticia, se remonta como un ensayo y se resuelve en una metáfora o un endecasílabo conceptual" (*Spleen de Madrid/2*, Destino, Barcelona, 1982, pág. 11).

133 Barthes, R., *Le degré zéro de l'écriture*, Seuil, París, 1957 (traducción al español en editorial Siglo XXI).

134 Esta separación debe ser consciente del grado máximo a que puede llegar. En el párrafo 2.3.3., se discute cuáles son los principales límites y riesgos de la transgresión.

135 *Spleen de Madrid/2*, Destino, Barcelona, 1982, pág. 10.

136 En más de una ocasión se ha referido Umbral a esta clase de limitaciones. El hecho de publicar su artículo en la sección de Nacional, por ejemplo, le lleva a afirmar a mediados de 1990 ("El latín", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/06/1990): "mi estirón fue barroco y luego lírico y luego, ay, político".

137 "El español", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/04/1991. La relación de Umbral con la Academia, por lo demás, muestra curiosas contradicciones y altibajos: periodos de silencio y de notable moderación (sobre todo cuando fue propuesto para ocupar un sillón académico) son destempladamente rotos por etapas de crítica feroz. Así, tras artículos como "La Academia trabaja", *Diario 16*, pág. 6, 24/06/1989, podemos leer

otros en los que aparecen frases como ésta: "el que no tiene talento para escribir se conforma con la Academia y [...]" ("El santo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 11/05/1992).

138 "Pero la mayor enseñanza (es el tronco de mi prosa) es que he robado mucho de su poesía [de José Hierro], de su música, como de tantos poetas, ya que ellos son los dueños herméticos de la palabra." ("José Hierro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/06/1991.)

139 "Frühbeck", *El País*, pág. 21, 17/01/1978. Esta cita de Baudelaire la repite Umbral casi obsesivamente.

140 "Solchaga", *El mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/03/1992. Este artículo ilustra como pocos la pintoresca idea que Umbral tiene de la profesión: "el periodismo, como la poesía, no es sino la capacidad de relacionar entre sí cosas que nunca habían estado en relación. (...) Un periodista sin imaginación no es más que un gacetillero".

141 Lausberg, H., *op. cit.*, #1071.

142 "El nivel culto, la preocupación por lograr cotas aceptables de corrección lingüística es, indudablemente, atributo del lenguaje periodístico todavía no sometido a discusión teórica dentro de la prensa convencional, aunque este principio haya sufrido una fuerte erosión práctica desde las trincheras rebeldes de la llamada "prensa contracultural" (...). En la prensa convencional no sucede todavía esto. Y lo normal es que quien escribe incorrectamente lo hace así porque no tiene la habilidad o el conocimiento teórico precisos para hacerlo como exige la normativa vigente." (Martínez Albertos, J.L., *Curso de Redacción Periodística*, Mitre, Barcelona, 1983, pág. 193.) El peligro de la vulgaridad en Periodismo ha sido también estudiado con detalle por Fernando Lázaro Carreter: véase el trabajo "El lenguaje periodístico, entre el literario, el administrativo y el vulgar", en el volumen colectivo *Lenguaje en periodismo escrito*, Fundación Juan March, Madrid, 1977.

143 Cicerón, *Orator*, 76-77.

144 Dionisio de Halicarnaso, *La imitación*, capítulo segundo. (En español, véase *Tres ensayos de crítica literaria*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, pág. 226.) Esta misma idea, expuesta con carácter general, la encontramos en Demetrio, *Sobre el estilo*, II, 36: "el estilo elevado solo no es compatible con el llano, sino que son tan incompatible opuestos y contrarios que por ello algunos piensan que hay sólo dos clases de estilo y que los otros dos son estilos intermedios".

145 Se aportarán citas al respecto en el glosario (capítulo VII, tomo II) del capítulo tercero. Valgan, de momento, los siguientes ejemplos: la palabra *orinar* aparece cuatro veces (y la voz *culo* una vez) en un artículo publicado en *El País* el día 2 de enero de 1979; en *El Mundo del siglo XXI*, ya en 1990 (el día 17 de octubre), encontramos la expresión "se hacen con la picha un lío".

146 El sexo, por ejemplo: "uno, por ponerse al día, se echa cosas en el pelo, folla con amantes casadas y líricas, se da perfumes loewe, aguas toalet, (...)". ("El machismo", *Diario 16*, pág. 4, 20/12/1988). Más detalles se ofrecen en el parágrafo 3.1.2.3. del siguiente capítulo.

147 La cantidad de lectores que pueden llegar a considerarse ofendidos depende, en gran medida, de la ideología del periódico en el que publica Umbral sus artículos (que suele corresponderse, *grosso modo*, con la ideología de la mayoría de sus lectores). El fracaso de Umbral en el diario *ABC*, en 1993, se puede explicar por la incompatibilidad entre la procacidad del escritor y el conservadurismo mayoritario de sus lectores.

148 El peligro de la antipatía, por su carácter extratextual, escapa en gran medida al núcleo de intereses básicos de este trabajo. Conviene tener en cuenta, no obstante, cómo afectan al texto ciertos elementos de naturaleza pragmática. En tal sentido, cabe señalar que la escritura creativa y transgresora es -para Umbral- una necesidad estilística (y en último extremo psicológica) de primer orden, puesto que sigue cultivándola a pesar de todas las antipatías que le ocasiona. Umbral, por lo demás, sabe bien que su actitud suscita (o, al menos, puede suscitar) el rechazo de muchos lectores. Esa es la razón por la que sus artículos, en apariencia sencillos y a menudo hasta algo elementales, suelen desplegar unas estrategias de transgresión mucho más elaboradas de lo que en principio se pudiera pensar. (Acerca de tales estrategias se apunta ya algo en este parágrafo. Se ofrecen más detalles al respecto en el apartado 3.2.1. del capítulo siguiente.)

149 El parágrafo siguiente (2.3.4.) tratará con más detenimiento de esta cuestión.

150 Umbral, en ocasiones, se hace a sí mismo su particular comentario de texto. A veces, llega incluso a explicar cómo es posible transgredir sin molestar a demasiados lectores: "el artículo de hoy se titula <<Diezmos y primicias>>, y trata del eterno fraude al fisco de los ricos españoles, actualizado una vez más. Le doy este título evangélico porque utilizo mucho en la crónica la frase de las Escrituras según la cual será más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos. Esto da lugar a llamar a los ricos camellos y va bien con el carácter paleocristiano del capitalismo español. (...) Este mecanismo no falla nunca: se parte de un bien mostrenco cultural, en este caso el Evangelio, y se le buscan equivalencias actuales: la aduana. La identificación aduana=ojo de aguja es levemente poética y muy comprensible para el lector, que lleva en el fondo de su cultura la lectura evangélica, y en la superficie costumbrista al día la experiencia del difícil paso de una aduana. Así se consigue la complicidad del lector. Y de la complicidad literaria resulta la complicidad social, la participación en la crítica a la evasión de capitales." (*Diario de un escritor burgués*, Destino, Barcelona, 1979, pág. 69.)

151 En 1973, escribe Umbral: "Rosa Chacel ha paseado últimamente por España su bondad y su talento literario" (*Diario de un snob*, Destino, 1978 [1ª ed. de 1973], pág. 167). Nada que ver, como se verá en seguida, con lo que escribe veintitantos años después (*Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1996, págs. 282-283): "es una

bruja cruzada de Mary Poppins. (...) Está resentida porque quería muchos premios y muchas academias. (...) Por lo demás, Rosa Chacel es una vieja muy pulcra y anda con vagas poetisas evanescentes como Clara Janés". Respuesta de Chacel: "Umbral dice una ordinariez y una estupidez asquerosa e imbécil, como que yo pretendía seducir a una señorita. (...) Hay que ser un tío cretino, un verdadero imbécil para decir una cosa así. No comprendo por qué una cochinada de ese género". ("Rosa Chacel critica con dureza a Umbral", *El País*, pág. 3, 12/03/1994.) Esta disputa entre Umbral y Chacel quizá tenga mucho que ver con una fría entrevista nocturna que el propio escritor relata en uno de sus libros (*Trilogía de Madrid*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1984], pág. 188): "[Chacel] volvió y la llevé una noche a Boccaccio. Le pregunté por sus cosas y quise ponerme al corriente de todos sus proyectos. Contestaba como desde el desprecio, pero en ningún momento se interesó por aquel joven escritor español, que a lo mejor también estaba haciendo algo".

152 "La mala educación, en tipos como uno, puede convertirse en una forma de homenaje". ("Lázaro Carreter", *El País*, pág. 28, 07/12/1982.)

153 "Arte de insultar", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/02/1993. La apología del insulto, la calumnia y la injuria aparece con notable frecuencia en los artículos de Umbral: "la palabra <<injuria>> no es sino el sinónimo de una verdad que conviene callar", escribe -por citar sólo una reivindicación prototípica de tales desafueros expresivos- en "La censura", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/02/1992.

154 El peligro llega alguna vez, incluso, a rozar la pura violencia física. En *Y Tierno Galván ascendió a los cielos* (Seix Barral, Barcelona, 1990, págs. 49-52), por ejemplo, cuenta Umbral cómo tuvo que huir en cierta ocasión de un grupo de fascistas que pretendía pegarle una paliza. El episodio aparece también relatado en *Trilogía de Madrid* (Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1984], págs. 316-317) y en *A la sombra de las muchachas rojas* (Cátedra, Madrid, 1981, pág. 75-78).

155 Se publicó el día 21 de octubre de 1993, en la pág. 20: "Señor director: A nadie le interesa que Umbral haya podido acostarse con Antonia dell'Atte, que es lo que parece decir en su artículo". Quince líneas ocupa esta carta de moderada crítica. Ese mismo día, *ABC* publica otra carta (ésta de dieciséis líneas) en la que un lector alaba a Umbral. Días después, el 24 de octubre, aparece la última carta al director con Umbral como protagonista: también en este caso se elogia su estilo. El esfuerzo de *ABC* por ocultar las críticas de los lectores queda al descubierto el día 3 de noviembre: Alfonso Ussía, en una columna titulada "Umbral y ABC", se refiere -entre otras cosas- a la gran cantidad de cartas que los lectores han enviado al diario para criticar abiertamente a Umbral. El esfuerzo de Ussía no dio ningún resultado: Umbral abandonó *ABC* y, poco después, regresó a *El Mundo del siglo XXI*.

156 Cuenta esta anécdota un ex redactor de *El País*, que hoy sigue colaborando con el diario. La veracidad del chascarrillo ha sido confrontada con otros redactores de *El País*.

157 "Es muy importante para la persuasión -sobre todo en las deliberaciones y,

después, en los procesos judiciales- el modo como se presente el orador y el que se pueda suponer que él está en una cierta actitud respecto de los oyentes". (Véase Aristóteles, *Retórica*, 1377b25-28.)

158 Se adopta un enfoque psicológico porque, a pesar de los riesgos a que aboca este planteamiento (véase, por ejemplo, Ullmann, S., *Language and style*, Basil Blackwell, Oxford, 1964; ed. española: *Lenguaje y estilo*, Aguilar, Madrid, 1977, págs. 145-152), la escritura de Umbral se presta especialmente a este tipo de análisis. Las obsesiones del yo literario se plasman casi siempre en sus textos. ¿Por qué? Umbral lo explica con claridad: "en lo que se escribe tiene que estar totalmente todo el que lo escribe, no sólo una parte, aunque sea la mejor y más liberada (o así lo cree él)". (*La noche que llegué al Café Gijón*, Destino, Barcelona, 1977, pág. 185.)

159 "El éxito, el poder, la gloria, los grandes estereotipos, acaban anulando la espontaneidad del ser. El destino de la persona es convertirse en personaje, como mucho. El movimiento de retorno no existe." (*Los ángeles custodios*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 159.)

160 "Pero por debajo de su pose y su obra, que no son minucia, por debajo o por encima del escritor o el personaje, que son quilate, hay el Umbral hombre, un ser de ternuras y convalecencia al que sólo se llega, cuando se llega, después de sortearle su severidad de oficio, su verbo en filo e incluso esos días intratables en los que no está ni para sí mismo." (Herrera, Á-A., *Francisco Umbral*, Grupo Libro 88, Madrid, 1991, pág. 10.) En la página siguiente de este mismo texto, el autor pregunta a Umbral: " - Así, entre nosotros, y te juro que no lo escribo, ¿a ti no te cansa ejercer de Umbral?

>> - *A veces sí, pero me aburro rápidamente y vuelvo al juego.*

>> - *En el fondo eres un tímido incurable.*

>> - *En el fondo. Pero yo entendí muy pronto que con la timidez hay que hacer algo. El quedarse quieto es de imbéciles.*" Ser Umbral, dice el propio Umbral, es un juego: el hombre se separa por un instante del personaje que habitualmente encarna.

161 Surge de inmediato la tentación de distinguir entre Francisco Umbral (el *personaje*) y Francisco Pérez Martínez (el *hombre*), pero esta simplificación -tan salvaje, tan facilona- puede acabar aportando más confusión que claridad.

162 "Luego, en mi soledad, entre los libros, los silencios y el hijo, no son trofeos de gloria lo que encuentro en mis manos, sino un vacío, la conciencia de un gran equívoco, de un malentendido ni siquiera trágico. Un malentendido mediocre. Yo no soy el que creen que soy." (*Mortal y rosa*, Destino, Barcelona, 1975, pág. 108; véase también *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 50) y *España como invento* (Ediciones Libertarias, Madrid, 1981, págs. 68-69). Como se verá en seguida, confesiones como ésta no suelen aparecer en cualquier tipo de textos. En los artículos, por ejemplo, sólo encontramos juicios de carácter general como el siguiente: "Todos somos nosotros y nuestro doble". ("Bush y su doble", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 09/12/1990.)

163 Umbral, F., *La belleza convulsa*, Seix Barral, Barcelona, 1986, pág. 85. Cuenta el

escritor en *Los males sagrados* (Destinolibro, Barcelona, 1988 [1ª ed. de 1976], pág. 39) que esta multiplicidad psicológica comenzó a manifestarse cuando todavía era un niño: "yo siempre tenía cierto miedo, en todo caso, a que doña Alfonsa cayese un día en la cuenta de esta doble personalidad mía, en el secreto de este niño que eran dos niños, uno malo y otro bueno, uno aseado y otro desaseado".

164 Al hablar de "dos mitades", en realidad, queda simplificada en gran medida la complejidad psicológica del escritor. El conflicto básico de aquí se habla genera otros muchos conflictos menores que también deben ser tenidos en cuenta. Véase, verbigracia, la colisión entre lirismo y humor que a veces -como reconoce el propio Umbral- se manifiesta en el proceso de creación del texto literario: "en mis libros, en mis artículos, en mis cuentos, incluso en mis reportajes, siempre flota un poema en prosa, resuelto o no. Si no veo el poema no veo nada; ni siquiera la noticia. ¿Y el humor, que tanto uso? Pienso si el humor no será una malversación de la poesía, su aberración satánica". (*Diario de un escritor burgués*, Destino, Barcelona, 1979, pág. 135.)

165 *Ibidem*, pág. 113. No obstante, a veces Umbral sugiere que la tensión entre los dos polos de la elipse resulta muy dolorosa, hasta el punto de que acaba originándole una herida interna: una "llaga", dice él: "la llaga es ya una cosa cotidiana. El horror es lo que más fácilmente se cotidianiza". (*Ibidem*, pág. 145.)

166 "Importa -y es lo más moral de un libro-, el espectáculo del hombre trabajador, su ejemplo de laboriosidad, su ir y venir por el taller de las palabras, importan sus caídas, sus olvidos, sus vueltas atrás, sus levitaciones". (*Mortal y rosa*, Destino, Barcelona, 1975, pág. 70.) Más claro, si cabe, es este otro texto: "siempre he sido un gran trabajador, y a veces esto me parece una virtud y a veces un lastre burgués. Según las épocas. Creo que el trabajo, además de dar argumento a la vida, da médula a la persona." (*La noche que llegué al Café Gijón*, Destino, Barcelona, 1977, pág. 183.)

167 Umbral se desnuda líricamente en *Mortal y rosa*: "¿de qué he posado yo en la vida? De quinquí, de dandy, de golfo, de revolucionario, de todo. Y eso es lo que quieren, que uno haga su papel. Quieren, como los niños, escuchar siempre el mismo cuento, la misma historia". Y poco después: "por eso, cuando vienen a verme o me llevan a que me vean, procuro dar sensación de seguridad, de gran seguridad, pues decía William Blake que si el sol dudase un momento, se apagaría. Y lo que quiere la gente es eso: soles humanos, personajes que no duden, seres seguros de su destino. Así triunfan los políticos y los conductores de masas. Y el escritor, por ejemplo, sin llegar a tanto, tranquiliza y difunde seguridad si él la tiene o la aparenta." (*Mortal y rosa*, Destinolibro, Barcelona, 1979, págs. 180-182.)

168 "A uno le preocupaba tener un tipo, una cabeza, una figura, una personalidad, pues no bastaba con que el escritor escribiese bien, sino que debía dejar una imagen neta, compacta y distinta de su paso por la tierra. (...) El que queda para el mundo es sólo un signo, una contraseña, una instantánea. Uno es de tantas maneras que generalmente no se reconoce en el que circula por ahí como de curso legal. Toda fama es una simplificación". (*Retrato de un joven malvado*, Destino, Barcelona, 1986, 2ª ed., págs. 196-197.)

169 "Fue el invierno en que me peleé con todos los compañeros del colegio, cuando los atardeceres me cegaban de sangre y toda la escuela, maestros y alumnos, era una inmensa conflagración contra mí. Yo era en el colegio un chico violento, sabía provocar la sangre y sabía sorberme mi propia sangre, cuando me la hacían saltar. Pero una vez en casa, en el mirador de mamá, era otro niño, otra persona, y me quedaba horas y horas, melancólico, mirando la calle desierta." (*Los males sagrados*, Destino, Barcelona, 1976, pág. 78.) Resulta admirable la naturalidad con que la memoria reconstruye, rastreando en el pasado, una fractura psicológica tan dolorosa a veces, tan acallada -otras veces- en la más pura intimidad.

170 Fernán-Gómez, F., "El cronista de sí mismo", breve colaboración que aparece publicada en la obra de Ángel-Antonio Herrera, *Francisco Umbral*, Grupo Libro 88, Madrid, pág. 135.

171 Leguineche, M., "Umbral e Indurain", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7 del suplemento literario "La Esfera", 30/09/1995.

172 Martín Prieto, J. L., "Umbral y rosa", *ABC*, pág. 71, 11/05/1996.

173 "La crítica y la calumnia", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/06/1990.

174 *Memorias eróticas*, Temas de hoy, Madrid, 1992, pág. 80.

175 *Diario de un escritor burgués*, Destino, Barcelona, 1979, pág. 66.

176 *La belleza convulsa*, Seix Barral, Barcelona, 1985, pág. 114.

177 *Los ángeles custodios*, Destino, Barcelona, 1981, págs. 50-51.

178 Es evidente que esta *esquizofrenia* de Umbral se manifiesta también en la faceta de escritor, en la vertiente puramente profesional del *hombre* convertido en *personaje*: "ya veo claro que el escritor mayoritario que hay en mí, el escritor polémico, crítico, brillante, el escritor de la columna, ha secuestrado para siempre al escritor minoritario que más amo y que también hay en mí el ensayista lírico, al lírico solo". (*Diario de un escritor burgués*, Destino, Barcelona, 1979, pág. 139.)

179 Seguramente éste es el pilar básico gracias al cual se sustenta la unidad psicológica del yo. Umbral escribe casi siempre contra la indignidad del mundo: "en realidad lo que hago es responder a las provocaciones de la sociedad. Otros se aguantan y se agachan" (Entrevista a Francisco Umbral en *El Mundo del siglo XXI*, pág. 49, 26/02/1990). En alguna ocasión, escribe incluso contra el propio yo, en tanto parte del mundo y cómplice de su podredumbre: "decido que la vida es una mierda, la única salida medianamente decente sería el suicidio. La vergüenza de no suicidarme es la humillación bajo la cual vivo. Una vida entre la autohumillación y la mierda". (*Diario de un escritor burgués*, Destino, Barcelona, 1979, pág. 285.)

180 *Mortal y rosa*, Destino, Barcelona, 1975, pág. 136.

181 *Mortal y rosa*, Destino, Barcelona, 1975, pág. 137.

182 *Retrato de un joven malvado*, Destino, 1973, Barcelona, pág. 162. Sobre el conflicto interno entre timidez y osadía, véase qué escribe el propio Umbral en *Los helechos arborescentes* (Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1980, pág. 206): "(...) y no se quitaba jamás el sombrero, no sé si por timidez, por osadía o por ambas cosas, si es que no son la misma". O esto otro, en *Trilogía de Madrid* (Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1984], pág. 158): "Gerardo [Diego] se defendía con la audacia de los tímidos".

183 "Vienes del pájaro y vas a la catacumba. Vienes de la hortaliza y vas al concepto. No sabes, hijo, cuánto cuesta, luego, volver a reconquistar las cosas, que el idioma sea otra vez voluptuosidad, descubrimiento, fruta, y no diccionario." (*Mortal y rosa*, Destino, Barcelona, 1975, pág. 82.) La cultura, dice Umbral, tiende a fosilizar la fantasía (véase *Los males sagrados*, Destino, Barcelona, 1976, pág. 87), y la literatura debe luchar contra esa fosilización. Sólo la literatura es capaz de devolver al hombre la vida que la rutina le arrebató: "ensayo las escrituras de la originalidad por escapar al destino repetitivo que es ya el del hombre, a cierta edad, cuando la máquina del tiempo se encasquilla y da siempre la misma imagen, la misma situación". (*Los ángeles custodios*, Destino, Barcelona, 1981, pág. 83.)

184 *Recrear supone destruir para luego volver a crear*. Por eso escribe Umbral (*Retrato de un joven malvado*, Destino, Barcelona, 1973, pág. 213): "la literatura, si es que se justifica, sólo se justifica como destrucción, como crítica. A la hora de construir, la literatura sólo levanta castillos en el aire." Es consciente Umbral, por tanto, del carácter utópico de su proyecto literario. Ni siquiera él -como se ha visto a propósito de la diversión de su carácter- ha sido capaz de vivir en el interior de ese mundo de las palabras, al margen de cualquier otra realidad exterior. Ello no obstante, el proyecto sigue siendo válido, siquiera como corrector o paliativo de los defectos y miserias del único mundo realmente vivible: "el escritor, para mí, había sido el hombre aparte que no se mancha con la vulgaridad del mundo. En Ramón [Gómez de la Serna] había encontrado esto como en nadie, y de ahí la atracción que ejerció sobre mí. Pero pronto aprendí que no, que el escritor está entretejido a la sociedad, a la vida y al mal como los demás hombres, o en mayor medida. Con Ramón moría mi sueño arcádico, que realmente había muerto mucho antes. (...) ¿Para qué insistir en la literatura, entonces, me preguntaba yo, sin esperanza ya de que la literatura fuese la salvación de nada, sino el más mediocre compromiso con la historia? Había que empezar donde él [Gómez de la Serna] había terminado. En el desencanto". (*La noche que llegué al Café Gijón*, Destino, Barcelona, 1977, pág. 263.)

185 *Retrato de un joven malvado*, Destino, Barcelona, 1973, pág. 158.

186 *Retrato de un joven malvado*, Destino libro, Barcelona, 1977 [1ª ed. de 1973], pág. 112. Dos páginas más adelante, añade: "el descubrimiento del artículo fue vital para algunos, para uno, como forma de vida, como forma de lucha, como arma de trabajo,

como instrumento de guerra, como explosión lírica, siempre entre el estilismo y el terrorismo, que es como debe moverse el articulista."

187 Se pretende aquí, más que aportar detalles extremadamente concretos sobre influencias específicas, entroncar el espíritu transgresor de Umbral con una corriente literaria que viene de muy lejos. Se podría incluso aducir el caso, cuasi literario, de los cínicos griegos. Aunque en principio pueda parecerlo, no es del todo descabellada la comparación: el origen de la extravagante conducta de aquellos cínicos también estaba en la crítica social y política. Su "terrorismo intelectual" (véase García Gual, C., *La secta del perro*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pág. 15) se basaba en la *anaideia* ('desfachatez') y en la *parresía* ('libertad de palabra'). No obstante, se ha preferido aquí señalar tan sólo cuáles son las grandes fuentes literarias que el propio Umbral considera fundamentales para su formación como escritor.

188 "Sólo robando de otro se aprende a escribir, y por eso la literatura está entre los delitos comunes. El estilo es una cosa de juzgado de guardia." (*Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994; edición de 1996, pág. 25.)

189 *Retrato de un joven malvado*, Destino, Barcelona, 1973, pág. 208.

190 *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994; edición de 1996, pág. 28.

191 *Retrato de un joven malvado*, Destino, Barcelona, 1973, pág. 107.

192 *La noche que llegué al Café Gijón*, Destino, Barcelona, 1977, pág. 149. Sobre la capacidad transgresora del lirismo en los artículos periodísticos, léase el apartado 3.2.1.2.2.3 del tercer capítulo.

193 Umbral reitera obsesivamente su fidelidad a esta *trinidad de ramones*: "La nueva prosa española -y el verso- nace de Juan Ramón Jiménez, Gómez de la Serna y Valle-Inclán, los tres grandes ramones que de alguna manera han empuñado a todo escritor subsiguiente". (*La noche que llegué al Café Gijón*, Destino, Barcelona, 1977, pág. 55.) A veces, si acaso, aparece alguna ligera variante: "El castellano se hipertrofia genialmente como estilo en tres escritores: Quevedo, Valle, Ramón". (*Los ángeles custodios*, Destino, Barcelona, 1981, pág. 187.)

194 *Los ángeles custodios*, Destino, Barcelona, 1981, pág. 140.

195 Véanse *La noche que llegué al Café Gijón*, Destino, Barcelona, 1977, pág. 100: "El estado de mi cultura era así poco más o menos: me aburrían (...)", o bien *Retrato de un joven malvado*, Destino, Barcelona, 1973, págs. 105-115. En los últimos años, además, Umbral ha publicado algunos ensayos sobre literatura: *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994, y *Diccionario de Literatura*, Planeta, Barcelona, 1995. Resulta muy esclarecedor, a este respecto, el libro de Ángel-Antonio Herrera, *Francisco Umbral*, Grupo Libro 88, Madrid, 1991 (léanse, en particular, las páginas 34, 45 y 65).

III. MODOS Y GRADOS DE TRANSGRESIÓN.

3.0. Planteamiento general.

El capítulo que aquí comienza constituye el cuerpo central de esta investigación. Se abandona a partir de ahora el ámbito estrictamente conceptual y teórico. Las nociones de 'creatividad' y 'transgresión', entendidas y relacionadas entre sí del modo en que se ha venido exponiendo a lo largo del capítulo anterior, van a aparecer utilizadas en un contexto en el que tan relevante resulta ya lo empírico como lo teórico. Lo que ahora se intenta es elaborar una sistematización, un ordenado y coherente catálogo de los modos de transgresión observados en los artículos de Francisco Umbral.

Este tercer capítulo nos sitúa, pues, en un terreno intermedio, ni del todo teórico ni tampoco del todo empírico. Más bien nos encontramos en un espacio *semiteórico* que nos permite describir y comentar '*modos de transgresión*': es decir, fórmulas lingüísticas o pragmáticas de carácter general, no 'transgresiones concretas' dotadas de una manifestación textual precisa. Así pues, no nos hallamos aún en un supuesto tercer estrato de radical empirismo¹, pero lo que sí resulta evidente es que debemos dejar atrás aquel otro, puramente abstracto, de los conceptos retóricos glosados en el segundo capítulo. No obstante, conviene destacar por qué abandonamos esa posición teórica inicial (o, dicho de otro modo, por qué hemos partido de ella; qué puede aportar, en definitiva, la doctrina retórica clásica a una investigación como ésta): lo hacemos sólo en la medida en que así conseguimos identificar, analizar y comprender retóricamente las transgresiones y las insolencias de un *corpus* textual concreto (los artículos diarios de Francisco Umbral).

En las páginas que siguen, se ha pretendido ordenar -con la mayor claridad y precisión posibles- los datos obtenidos tras el análisis² de los artículos diarios publicados por Francisco Umbral desde 1976 hasta 1994³. Una vez leídos esos artículos, se anotó todo aquello que -al menos en principio- pudiera constituir una transgresión (gráfica, léxica, semántica, sintáctica, textual o periodística). Se hizo, de este modo, un recuento de las transgresiones halladas en cada artículo.

El siguiente paso consistió en agrupar por categorías (lo que antes se ha denominado '*modos de transgresión*': esto es, '*vicios*' retóricos) las violaciones concretas de cada artículo. Las palabras malsonantes, por ejemplo, se puede entender que conforman una sola categoría, por más que haya cientos o miles de vocablos mediante los cuales sea posible incurrir en este *vicio*. La dificultad teórica consiste ahora, por tanto, en discernir qué categorías de *vitia* han de ser consideradas pertinentes y qué otras, por el contrario, resultan inútiles. Pues bien: el criterio mantenido al respecto ha sido el de procurar adaptar la doctrina retórica de los clásicos (doctrina que aún hoy nos asombra por su inaudita y minuciosa complejidad⁴) a las necesidades específicas de este trabajo. Como consecuencia de ello, la selección de categorías de los *vitia* pertinentes se ha realizado con una actitud mucho más utilitaria que dogmática: el hecho de que se haya optado por incluir en el repertorio de las transgresiones cometidas por Umbral un determinado *vitium* de la teoría clásica quiere tan sólo decir que se considera que ese *vitium* describe mejor que otro u otros similares tal o cual '*modo de transgresión*'. En otras palabras, las nociones retóricas que aparecen en este capítulo han sido seleccionadas en razón de su utilidad (esto es: por mor de su rendimiento descriptivo), y no por la presumible validez absoluta que pudieran tener como tales nociones en sí mismas (o sea, examinadas desde una perspectiva radicalmente teórica).

Establecido como tal un '*modo de transgresión*' cualquiera, y puesto que ya se ha realizado un recuento exhaustivo de transgresiones (desde el primer hasta el último artículo analizado), de modo indirecto estamos en condiciones de saber cuántas veces ha utilizado Umbral ese '*modo de transgresión*'. Esto es: qué importancia relativa tiene cada modalidad transgresora dentro del conjunto de las violaciones típicas de Umbral. Podemos saber, verbigracia, en qué medida recurre Umbral a las incorrecciones sintácticas procedentes de las jergas juveniles, o hasta qué punto prefiere -y nótese que toda *preferencia* supone siempre una relatividad del gusto- usar atrevidos neologismos, o con qué frecuencia escribe palabrotas y términos malsonantes. De hecho, podemos incluso llegar a saber cuál es su palabra nefanda más usada, cuál es su más querida y frecuentada malsonancia.

De todos modos, tal vez convenga advertir algo que, por lo demás, parece evidente: no todas las modalidades de transgresión se dejan medir con la misma facilidad. Algunos fenómenos lingüísticos admiten un minucioso análisis lexicométrico, mientras que otros (en especial, los de carácter pragmático o textual) apenas si se dejan identificar como tales '*modos de transgresión*'⁵. En estos últimos casos, suele ocurrir que no hay forma objetiva de decidir dónde se ha de situar la frontera que nos deje, a un lado, el *vitium* imperdonable, y, al otro, esa falta de decoro más o menos leve que todo estilista puede (y, a veces, hasta debe) permitirse *por especial licencia*. Más bien cabe decir que en muchas ocasiones ni siquiera existe tal frontera, o que de ordinario los límites resultan rematadamente lábiles y fluctuantes. En tales casos, se ha optado por eludir la tentación del dato numérico, supuesta garantía de percepciones desinteresadas y objetivas. A cambio, y a pesar de la dificultad filológica o retórica que tan a menudo ello entraña, se ha procurado describir con la mayor ecuanimidad posible los matices y las variantes textuales que adopta el mecanismo de transgresión considerado, sin eludir tampoco una referencia a los grados de transgresión correspondientes a cada uno de esos matices y variantes textuales⁶.

Este mismo problema (la necesidad de establecer de algún modo *grados de transgresión*) se presenta también al comparar fenómenos que, a simple vista, parecen fácilmente mensurables. Considérese, por ejemplo, el caso de la creación de vocablos. El dato numérico objetivo resultante de un análisis lexicométrico nos permite conocer sin dificultad con qué frecuencia aparece tal neologismo en el *corpus* estudiado. Pero ese dato numérico, aun suponiendo que se presente en forma de porcentaje relativo a la frecuencia con que se utiliza cualquier otro neologismo, nada nos dice acerca del grado de atrevimiento que supone el mecanismo morfológico de que ha surgido como tal vocablo. Conviene, por tanto, describir el modo lingüístico en que aparece articulado el neologismo; no basta, así pues, con atender a cuestiones de índole estadística, sino que se deben examinar además, y desde una perspectiva lingüística, aspectos genéticos que nos permiten conocer, entre otras cosas, la relevancia cualitativa del neologismo en cuestión⁷.

NOTAS: **III. Modos y grados de transgresión.**

¹ En rigor, es muy dudoso que tal estrato pueda llegar a existir en estado puro: por primaria que sea, toda percepción intelectual de un hecho comporta siempre una considerable teorización acerca de la realidad percibida. Sea ello como fuere de manera general, el caso es que, aquí, ese tercer nivel viene a estar ocupado por los datos recopilados en el glosario final (capítulo VII, tomo II). Con todo, y por más que parezcan estar casi en bruto, tales datos presuponen un notable (aunque tácito) ejercicio teórico.

² Véase el párrafo 1.5. del primer capítulo: allí se explica con cierto detalle qué metodología se ha seguido para la elaboración de este trabajo.

³ Todos los artículos publicados por Umbral, con periodicidad diaria, desde 1976 hasta 1994. Léase, no obstante, lo escrito a este respecto en el epígrafe 1.3. del capítulo primero.

⁴ Con todo, se verá más adelante (apartado 3.2.1.2.2.) que hay cierta clase de transgresiones específicamente periodísticas, violaciones sólo explicables en función de las fórmulas narrativas propias del lenguaje periodístico. Dichas transgresiones, como es lógico, no han sido nunca tenidas en cuenta por la Retórica tradicional.

⁵ En general, se puede afirmar que las transgresiones de carácter léxico y sintáctico son susceptibles de un detallado tratamiento contable (véase el glosario con que finaliza este estudio [capítulo VII]). Ocurre todo lo contrario con las violaciones textuales, semánticas y de contenido.

⁶ Este último ejercicio parece estar abocado al criterio más o menos fundamentado, pero casi siempre subjetivo, de quien analiza los textos. En consecuencia, se ha estimado oportuno advertir (aquí de forma general; en su momento, aunque sólo si se considera necesario, con aclaraciones específicas referidas a un juicio crítico determinado) de que el estatuto epistemológico de esta clase de observaciones no es equiparable al de consideraciones derivadas de resultados lexicométricos.

⁷ El estudio de las transgresiones e innovaciones léxicas se ha dividido, precisamente por este motivo, en dos partes: en la primera se analizan los *modos*, las *formas* lingüísticas de la transgresión (se trata, pues, de una aproximación teórica, genérica); la segunda parte (el ya citado glosario del capítulo VII) se detiene a considerar cada innovación o transgresión léxica en concreto (cuándo aparece, en qué contexto -si ello fuera pertinente-, qué significa, cómo evoluciona su uso con el paso de los años, etc.).

3.1. RES: La transgresión de los contenidos.

Es sabido que la Retórica tradicional establece una división básica entre los contenidos o ideas de que se nutre el discurso (RES) y las expresiones lingüísticas por medio de las cuales se manifiestan textualmente tales contenidos (VERBA)¹. Resulta pertinente aquí esta distinción retórica porque, en los textos de Umbral, encontramos con bastante frecuencia pensamientos o contenidos que constituyen en sí mismos, más allá de su expresión lingüística, violaciones de índole conceptual: "insolencias", según ha sido denominada esta clase de transgresión en el capítulo anterior².

Partimos, por tanto, de la siguiente premisa: existe un considerable número de reglas retóricas que afectan a la RES discursiva; así pues, los miembros de comunidad lingüística no sólo saben discernir acerca de si un procedimiento expresivo es gramaticalmente correcto o no, sino que -en circunstancias normales- también son capaces de determinar qué se puede decir y qué no se debe decir en cada situación comunicativa. Es evidente que, en ocasiones, resulta muy difícil establecer con precisión si tal o cual idea será tomada por inconveniente en tal o cual situación comunicativa³. Pero del mismo modo se puede afirmar que ciertas ideas, sin ninguna duda, serán tomadas por inconvenientes en la gran mayoría de situaciones comunicativas imaginables.

Las *insolencias*, por tanto, suponen una contravención más o menos acusada de ideas o creencias que una sociedad (gran parte de la sociedad, al menos) ha elevado a la categoría de axiomas.

En las páginas que siguen, se ha intentado ordenar temáticamente una selección de las *insolencias* halladas en los artículos analizados. Por supuesto, sólo se han comentado las más llamativas: esto es, aquellas que contravenían de manera más ostensible convicciones sociales de notable arraigo.

3.1.1. Exabruptos culturales.

Entiéndase el término *cultura* (y su adjetivo correspondiente: *cultural*) en un sentido no antropológico, filosófico o sociológico⁴, sino en el sentido más ordinario -y, sin embargo, también más restringido- con que suele ser empleado en periodismo. La sección de "Cultura" de un periódico recoge informaciones de cine, teatro, música, literatura o ciencia. Ello no comporta, por supuesto, que las otras noticias publicadas en el periódico sean por completo ajenas al ámbito cultural. La etiqueta de "Cultura" sirve tan sólo para agrupar una serie de contenidos afines. Tales contenidos se caracterizan -dicho esto de modo general y sin pretensiones de exactitud teórica- por pertenecer a disciplinas cuyo objetivo fundamental es proporcionar bien conocimientos que permitan conocer mejor la realidad, bien cualificados placeres estéticos, bien -y esto último quizá sea lo más frecuente- ambas cosas al mismo tiempo.

La *cultura*, así entendida, pretende obtener los mejores frutos tanto de la sensibilidad como de la inteligencia de los hombres. Acaso no sea ahora del todo impertinente recordar la etimología del término. La idea de 'cultivo' nos ayuda a dibujar mentalmente un proceso en el que intervienen dos componentes básicos: una fuerza seminal con vida latente, aún no tangible; y, como segundo elemento, una materia terrosa capaz de conferir vida real a la vida potencial de la semilla. Un completo desarrollo de la analogía nos permite afirmar que la "Cultura" es un cuerpo inerte dotado de una gran fuerza seminal, pero que sólo un hombre puede convertir esa fuerza en verdadera existencia. Confluyen en la "Cultura", pues, dos tendencias en apariencia contradictorias: libertad, por un lado, e imposición, por otro. El individuo es más libre cuanto más conoce (cuanto más culto ha conseguido ser); todo hombre, además, tiene derecho a interpretar y evaluar la información obtenida por la vía cultural del modo que estime conveniente. En ese sentido, la "Cultura" no sólo permite, sino que incluso estimula la libertad individual de los hombres. El destino final de la semilla depende en gran medida de la calidad de la tierra en que caiga. En

dirección opuesta actúa lo que antes se ha llamado "fuerza seminal": si la semilla es de cebollas, es imposible que de ella nazcan tomates. La "Cultura" es también un sistema de imposiciones estéticas o teóricas, puesto que sólo de ese modo se puede combatir la absoluta arbitrariedad que implicaría un orden cultural fluctuante, siempre provisional y caprichosamente establecido. De otro modo la agricultura devendría barbarie vegetal, mera y caótica proliferación de plantas imprevisibles. En la escuela se estudian las vidas y obras de ciertos escritores, no las de otros (a los que se considera menos dotados, brillantes o influyentes), y ello sin duda supone una imposición axiológica que un solo individuo no puede subvertir por sí mismo. Como mucho, el individuo puede disentir: puede afirmar, por ejemplo, que un reputado novelista no es tan bueno como otros creen. Un heterodoxo radical puede incluso afirmar que el ilustre escritor 'fulanito de tal' escribe con torpeza, con desoladora mediocridad, que en realidad escribe fatal o que ni siquiera sabe escribir. He ahí una *insolencia*: una violación de los valores culturales imperantes en determinada sociedad y momento, una transgresión de contenido; en suma, un *exabrupto cultural*.

En el caso de Francisco Umbral, las irreverencias de este tipo se suceden. "La verdadera cultura -opina Umbral- ha sido en todo tiempo una contracultura, una cultura en contra de la cultura oficial establecida. La historia de la cultura es realmente la historia de la contracultura hecha con retraso."⁵ Para luchar contra la "Cultura" instituida como algo objetivo y apenas discutible, Umbral se arma del criticismo impetuoso y radical de los grandes heterodoxos. Osadía en grado máximo despliega Umbral cuando se enfrenta a esa cultura cuasi política que es la llamada *cultura oficial*. Por ejemplo: al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) suele llamarlo "Tertulia Inferior de Divagaciones Miríficas"⁶. En este caso (y en otros semejantes), da la sensación de que la crítica pasa a ser ácida y nítida burla, a menudo resuelta con tono casi desafiante: "el que no tiene talento para escribir se conforma con la Academia y (...) "⁷. La Real Academia Española, por cierto, es otra de las instituciones culturales contra la que suele descargar Umbral todo su descaro. "Mientras a la Fundación **Pablo Iglesias** se le otorgaron 88 millones de pesetas, según

cuenta el ABC [*sic*], la Real Academia Española solamente recibió doscientas mil pesetas para un Congreso de Filología. A mí me parece bien"⁸. El escritor ha llegado a ser candidato oficial para una vacante de la RAE, pero abomina públicamente del academicismo lingüístico. No es del todo descartable que su inquina se apoye en alguna motivación de índole psicológica (acaso haya cierto resentimiento personal para con aquellos que le impidieron ser miembro de tan prestigiosa institución cultural). No obstante, el interesado insiste en que la razón básica de su antiacademicismo no es de carácter personal, sino lingüístico: "la Academia diríamos que tiende más a la taxidermia del idioma que a su renovación. Eso de la renovación les parece peligroso y subversivo. Se creen tesoreros de un tesoro muerto, cuando lo que anda por la calle es un cuerpo vivo y una continua creación"⁹.

3.1.1.1. Literatura.

La literatura es la gran pasión de Francisco Umbral. Si a su vida se le roba lo rigurosamente literario, resulta temerario aventurar qué puede ocurrir: acaso un asesinato por la vía incruenta de una descabellada hipótesis. Umbral vive en la literatura. En cierto modo, Umbral es un ente literario al otro lado del cual no se sabe muy bien qué hay. La etiqueta de "escritor profesional", en este caso, no basta. Umbral confiesa -y, lo que es más importante, actúa en consecuencia, como si de verdad fuera un personaje literario¹⁰- que la literatura es la única justificación de su vida: "a mí es que nunca me ha interesado el mundo exterior y también [como Cela o Ruano] quería vivir dentro de la literatura, como un niño/burbuja. A estas alturas creo que lo he conseguido. Lo que no es literatura es marujeo social. ¿De qué hablan quienes no son escritores? Creo que no tengo un solo amigo que no sea escritor. Es la única especie humana que me interesa (...). Mi vida no ha sido más que literatura, leída o vivida"¹¹.

Conviene tener todo esto en cuenta para comprender por qué los juicios literarios son tan vehementes, tan arrebatadamente viscerales. "Azorín era, ya lo dijo el otro, un

tartamudo mental"¹². El otro, aunque aquí no se diga, es Juan Ramón Jiménez¹³. En noviembre de 1976 (momento en que fue escrita la citada mofa de Azorín), Umbral aún no solía disparar por su cuenta y riesgo. Lo más frecuente era que apelara a una de sus grandes devociones literarias -en este caso Juan Ramón Jiménez- para, con su ayuda, zaherir a quien correspondiera. El exabrupto queda así levemente atenuado, sostenido por un siempre respetable -aunque irreverente esta vez- argumento de autoridad: "Proust dijo de Balzac: <<Qué gran escritor si supiera escribir>>"¹⁴. Son, como se ve, navajazos asestados por mano interpuesta. Se busca de este modo el respaldo estilístico de una autoridad indiscutible para emitir un dictamen que, en sí mismo, resulta más que discutible.

Se ha señalado antes la fecha en que fue publicada la frase propuesta a modo de ejemplo: noviembre de 1976. No es éste un dato menor. Un análisis diacrónico nos permite entender por qué. Desde los primeros artículos de *El País* (1976) hasta los últimos de *El Mundo del siglo XXI* (1994), la evolución a este respecto es notabilísima. Umbral, con el paso del tiempo, ha ido prescindiendo del criterio autoridad. Sus juicios han ido ganando con los años autonomía y, por ello mismo, descaro. El columnista ha diluido el criterio de autoridad en el personaje que como escritor encarna, Umbral se ha constituido a sí mismo en nítida y más que suficiente autoridad, y por eso se atreve a calificar o descalificar incluso a los más renombrados clásicos: "el obispo de Tenerife ha desautorizado el montaje de un auto sacramental de Calderón en la catedral de La Laguna. Yo lo veo enorme.

>> O sea que me parece bien. Calderón se lo tiene merecido"¹⁵. El tono de este amable y juguetón exabrupto de 1981 se sitúa ya en un estadio intermedio. No faltan aquí ni el descaro ni el afán de suscitar polémica. Ha desaparecido el apoyo de una autoridad a cuya sombra resguardarse. Pero nótese cómo, siete años después, el tono no resulta ya ni amable y juguetón: "una sola página de **Cela** o **Delibes** vale por toda la literatura del exilio, y en doce años no les han dado el *Cervantes*. ¿Pero qué hostias es esto?"¹⁶. En 1992, Umbral cita -como de paso, sin aparente relevancia textual- al "parafascista y violento **Hemingway**"¹⁷. Dos años más tarde, el poeta Octavio Paz

acaba de obtener el premio Cervantes. Umbral lo felicita muy afectuosamente: "usted no es más que una cosa, una elocuente y deslumbrante cosa"¹⁸. Camilo José Cela, claro está, seguía sin conseguir el premio Cervantes.

Otra querella tiene abierta Umbral con cierto grupo de jóvenes escritores. Autores como Javier Marías o Antonio Muñoz Molina conforman, según la terminología de Umbral, la escuela ágrafa de los "angloaburridos": escritores frígidos de prosa fría¹⁹ condenados, y parece que no con intenciones homeopáticas, al frío húmedo y fulminante de las aguas de invierno: "en el fondo de mi piscina duermen hoy, bajo las nieves de febrero, los angloaburridos y neobercianos"²⁰.

Así pues, ahora es el *clásico* (o sea, Umbral) el que se mofa de los noveles. Lo cual quiere decir que el articulista ya ha adoptado una actitud (no nueva en él, pero sí mucho más consistente que años atrás) que le permite tratar como a iguales a los clásicos de toda la vida. El enaltecimiento del *yo literario*²¹, rasgo que define como pocos la personalidad literaria de Umbral, suele ir acompañado de una irónica falta de respeto para con los mitos literarios. Mito de las letras españolas es, por poner un solo caso, el poeta Jorge Manrique. Pues bien, andaba tejiendo Umbral su columna un buen día de 1983, y de repente (después de un punto y aparte), escribe: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir. Acaba de ocurrírseme ahora mismo. No sé si plagio a alguien"²². La falta de lealtad al clásico Manrique por parte del *clásico* Umbral se explica por razones teóricas de índole general, no por motivos de personal (aunque algo anacrónica) incompatibilidad de caracteres literarios: Umbral afirma que el plagio es lícito, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista estético²³. Hasta el punto de que el columnista presume de algo que, en cualquier otro caso, sería motivo de sonrojante oprobio: "cuando me preguntan por el libro favorito, entre los míos, siempre digo el *Byron* abrileño que hice por encargo, literalmente traducido de **Maurois**. Creo que **Byron** queda mejor en mí que en Maurois"²⁴.

La chulería y el exabrupto, a menudo, adquieren el tono menor de la desmitificación: grandes escritores o pensadores son tratados por Umbral como pendencieros

compañeros de clase o como colegas de periódico. No es sólo que nos los presente como personajes de carne y hueso, sino que los deforma hasta dibujar humorísticas y anacrónicas viñetas: "qué gran pasota, **Voltaire**"²⁵; "**de Rosseau** [*sic*], de **Fourier**, de **Sade**, de **Nietzsche**, de **Voltaire**, de **Rimbaud**, **Baudelaire** y demás troncos"²⁶; "**Aranguren**, **Díez-Alegría**, **Rosa Chacel**, **Claudín**, **Lucio Muñoz**, **Lledó** y algunos otros, una dulce basca desastrada"²⁷.

Pero también aquí el tiempo acaba por afilar los dardos. La desmitificación de años posteriores añade al tono menor de la viñeta irónica una considerable dosis de menosprecio y hasta de insulto. Así, a finales de 1981, cita Umbral a "**Dante**, aquel boticario florentino, que (...) "²⁸. Siete años después, en diciembre de 1988, el peso de la cita recae sobre Molière: "(...) de españolas ilustradas, de <<bachilleras>>, de <<mujeres sabias>>, como hubiera ironizado el maricón de Molière"²⁹. En 1992, el adjetivo aparece en femenino (con lo cual se hace más visible el tono peyorativo de la excentricidad) y la cláusula se adorna ya con un tácito *como todo el mundo sabe*: "pero ya sabemos que Shakespeare era un poco maricona, odiaba el gremio"³⁰.

Cabe comentar, como última modalidad de exabrupto referido a cuestiones literarias, aquella que consiste en la glosa, comentario o libérrima interpretación de textos clásicos. Umbral extrae de su contexto natural (contexto de ternura y fábula, en el ejemplo que en seguida se propone) a una serie de personajes. La idea de 'sexo', en la glosa, contamina la infantil sutileza del cuento: "Blancanieves podría ser, entre otras cosas, la matriarca legendaria de una tribu de siete hombres o setecientos (inevitavelmente enanos, o reducidos al significativo tamaño de un falo). Los *enanos* trabajan para ella y es evidente que la aman y la desean desde su condición fálica (hasta sus rojas caperuzas recuerdan el glande). Blancanieves administra o reserva su cuerpo a los pequeños machos (todos los machos somos pequeños) como le da la gana"³¹. La historia original pertenece a un ámbito en el que el sexo casi no existe, pero Umbral transforma el cuento de Blancanieves en una especie de relato erótico. El resultado puede ser juzgado como intolerable, como procaz o simplemente como divertido, según los criterios morales o literarios de cada lector. Lo que sí parece claro es que el

juego resulta, como mínimo, llamativo. Y también, por tanto, efectivo, puesto que parece evidente que este tipo de ejercicios hermeneúticos pretenden ante todo excitar la sensibilidad de los lectores, por más que se corra el riesgo de molestar a alguno de ellos.

Por último, conviene señalar que Umbral detesta los estilos (o, más bien, la falta de estilos) de Azorín, Baroja y Galdós. Sin embargo, resulta curioso que estos tres escritores no reciban demasiadas críticas en los artículos periodísticos analizados³², en notable contraste con lo que sucede en cualquier texto ensayístico publicado en forma de libro. Lo que no cambia es el tono de la adjetivación. La contundencia que los ensayos asestan al estilo "galdobarojiano"³³ también aflora en muchos de los juicios sumarios que Umbral incluye en sus artículos: "qué coñazo", dice de Joseph Conrad³⁴; "**Celine** (ahora dicen que es bueno, cuando es una mierda)"³⁵; y así se podría seguir casi *in aeternum*, si no fuera porque hay cierto grado de animadversión estilística que conviene separar del conjunto para que sea examinado despacio y por separado: "*Scarlette*, que es el recuelo del refrito del sofrito de aquella mierda titulada <<Lo que el viento se llevó>>, cuya autora, **Margaret Mitchell**, murió oportunamente atropellada por un autobús"³⁶. Pocas veces se ha conseguido tanto mediante tan poco: concentrar toda una poética declaración de guerra en apenas un adverbio de modo.

3.1.1.2. Historia.

Criterios literarios o estéticos a un lado, hay en los artículos diarios de Umbral una lúdica dislocación de la realidad ya consumada; esto es, de la verdad histórica. Se puede llegar a admitir que un escritor como Galdós sea considerado incapaz, aburrido y mediocre. Lo impensable es que se diga, por ejemplo, que don Benito Pérez Galdós nació en Bilbao el año de 1467. Pues bien: en las columnas de Umbral estalla de vez en cuando esta clase de barbaridades. "(...) **Camilo José Cela**, que ahora ha estrenado en Madrid su tragicomedia *La Celestina*, obra que escribiera Camilo al filo de la Edad

Media y el Renacimiento, con el pseudónimo de **Fernando de Rojas**"³⁷.

3.1.1.2.1. La 'verdad' histórica.

Un concepto historiográfico clave es el de 'verdad'. El historiador debe relatar hechos de los que sabe que, con absoluta seguridad, *en verdad* han sucedido. Desde el punto de vista histórico, casi es tan importante narrar los hechos acaecidos como detallar las fuentes en que se basa la narración. La Historia no puede trabajar con un concepto filosófico de 'verdad', sino que se ha de valer de nociones menos inviolables, más relativizables. La fiabilidad de las fuentes y el número de fuentes que apoyan la misma versión determinan el grado de 'verdad' o de 'verosimilitud' que cabe otorgar a un relato histórico. Pues bien, no es que todo esto sea palabra huera para Umbral, pero sí que es palabra digna de ser profanada. En la profanación, precisamente, parece que está el gusto, puesto que hay artículos de Umbral que constituyen en su totalidad un intenso ejercicio de 'mentira' histórica (o de burla para con la Historia, si se quiere)³⁸. Del mismo modo que, en lo periodístico, el rumor es fuente creíble (materia prima de la noticia, por tanto)³⁹, la verdad, en lo histórico, es apenas una falacia ridícula, una costumbre sacralizada por los historiadores, un mito que ayerma la imaginación de los que tienen talento y valor para imaginar por sí mismos. Así entiende Umbral, *grosso modo*, la noción de 'verdad' histórica. Él no es historiador, pero en sus textos suele hacer memoria con notable asiduidad. Sus juicios de carácter histórico, claro está, no han de rendir tributo al rigor que un lector puede en principio esperar de cualquier tratado de Historia. Sería sin duda excesivo utilizar criterios historiográficos para evaluar textos periodísticos. Sucede, no obstante, que las irreverencias de Umbral para con la Historia suelen ser de tal magnitud, que ni siquiera por *periodística benevolencia* pueden dejar de ser consideradas como transgresiones en toda regla, perversiones de una realidad histórica de ordinario bien conocida. Es demasiado evidente y pronunciada la desviación cometida como para que ésta sea interpretada tan

sólo como una relajación textual propia de los artículos periodísticos. Umbral se aleja de las verdades más verosímiles, de las modas y tendencias historiográficas⁴⁰ al uso (lo cual ya es suficientemente significativo), pero aún le gusta más alejarse de la verdad indiscutible, de la realidad nítida que suele asociarse al llamado *sentido común*. Lo histórico inaudito toma la forma del disparate, porque Umbral no busca suscitar polémicas entre expertos en Historia, sino simplemente ganarse la sonrisa del lector. Son bien conocidas, por ejemplo, las circunstancias que rodearon la muerte del dictador español Francisco Franco: "conspiración judeomasónicomarxista, que es lo que decía **Franco**, en una ruptura espectacular del laconismo macho que era su estilo. Dicen los francólogos que después de pronunciar una palabra tan larga, a Franco le dio el trombo"⁴¹.

Es evidente que la intención última de tal transgresión es, ante todo, humorística. Sería absurdo sostener que Umbral escribe en serio dislates como éste que sigue: nos hallamos en pleno siglo XIX, en Manchester; un obrero coge su bocadillo, que estaba envuelto en papel de periódico, y se pone a comer; Engels llama por teléfono a Marx, y Umbral reproduce el subsiguiente diálogo: "Carlos, a lo mejor es una chorrada, pero merecería la pena que vinieses a verlo. Aquí hay un tipo que en mitad del trabajo se está comiendo un bocadillo"⁴². Ahí, dice Umbral, comienza la revolución proletaria, pero como en España todo va con retraso, hasta ayer mismo -20 de agosto de 1976- no se han legalizado por Real Decreto Ley los quince minutos de descanso para tomar el bocadillo. Años después, en 1983, la revolución proletaria no surge ya de aquel apetitoso bocadillo que hizo parar las máquinas de las fábricas: "lo que pasa es que **Engels** tenía una novia obrera en Manchester, y por ella se enteró de cómo iba el curro en la revolución industrial. Engels se lo contaba todo a **Marx**, en sus cartas y visitas, y así nace el marxismo como teoría de la Historia, de la sociedad y del dinero"⁴³. Parece que la historia del marxismo ilumina la creatividad transgresora de Umbral. Por cerrar con un último ejemplo esta inagotable colección de aberraciones *marxistas*, véase hasta qué punto se apura el argumento gastronómico a propósito de la lucha de clases: "en tal lucha -advierde Umbral-, el obrero combate por su pan y el empresario por su

caviar.

>> El antagonismo no está en las cifras, sino en el origen de la lucha: el pan y el caviar. O la pescadilla congelada y la lubina dos salsas, si ustedes lo prefieren. Hasta ahora siempre ha ganado la lubina"⁴⁴.

En general -y justificando dislate con dislate y humorada con humorada-, Umbral ha razonado alguna vez⁴⁵ que todas sus extravagancias historiográficas no se deben más que al "movimiento de caderamen que tiene la Historia de España, que es una cachonda".

3.1.1.2.2. Dislocaciones temporales.

En su afán de precisión y veracidad, la historiografía rigurosa ha concedido siempre gran importancia a la fijación y a la delimitación exacta (científica) de los datos temporales. Umbral se burla de ello mediante estruendosos -y, por ende, cómicos- anacronismos. Modo de burla habitual es el de la inversión temporal, que suele ir acompañada además de inversiones complementarias: Lorca se pega un tiro ante el espejo de Mariana Pineda y a Larra lo fusilan al amanecer, según leemos en un artículo de 1981⁴⁶. Pero mucho más frecuente que la inversión es la simple prolongación en el tiempo de lo real sobre lo imaginario: esta clase de extensión permite escribir a Umbral acerca "de las barras de hierro de **Franco**, tras de las cuales escribieron **Cervantes** (no hay anacronismo, yo sé lo que me escribo), **Quevedo**, **Unamuno**, **Miguel Hernández**, (...)"⁴⁷. No hay anacronismo en el anacronismo. Umbral lo recalca. Once años después, entendemos exactamente por qué: "Franco odiaba Madrid desde el siglo XVII (Franco ha habido siempre), [...]"⁴⁸. O sea, que el disparate no era insulso ni simplemente cómico. Franco no es sólo una persona concreta y real, sino también -al menos para el articulista- un modo de ejercer el poder e incluso de entender la vida. Franco, en este segundo sentido de carácter general, ha existido siempre.

La extensión temporal se sostiene a veces mediante asociaciones metafóricas, metonímicas o antonomásicas (como la anterior: Franco como represor por antonomasia). En muchos otros casos, sin embargo, el hilo asociativo en que se basa el anacronismo es manifiesta y deliberadamente frágil. Se busca entonces el efecto cómico, la carcajada en bruto, más que la reflexión acerca de la relación entre el elemento desplazado temporalmente y el contexto histórico al que se desplaza. De la desproporción entre ambos términos nace esta forma de transgresión histórica⁴⁹. En ciertas ocasiones, Umbral llega a no establecer expresamente proporción alguna. La prolongación temporal no parece justificada, con lo cual la aberración histórica se sustenta bien en alguna maleva alusión que el columnista prefiere no desvelar, bien en su propia inconsistencia (y de ahí la gracia del argumento): "los rumores no son noticia, como dice **Juan Luis Cebrián**, pero de las calumnias algo queda, como dicen que dijo **Voltaire**, que también era de **Polanco**"⁵⁰. O pretende dar a entender que Polanco (presidente del grupo de medios de comunicación "PRISA") ha existido siempre, por parecidos motivos por los que Franco es eterno; o insinúa que Voltaire vendía su criterio al mejor postor y que ahora Polanco vive de comprar a escritores que opinen por escrito lo mismo que él opina (lo cual es mucho insinuar: demasiado 'sentido' concentrado en tan pocas palabras); o, si no, Umbral juega al anacronismo por el anacronismo, mediante asociaciones no motivadas lógicamente, sino más bien por la vía irracional y aleatoria que tan a menudo utilizan los humoristas.

3.1.1.3. Varia silva.

En este diario combate contra la "Cultura", suele aflorar la munición pesada cuando el blanco es de carácter literario, pero resulta sorprendente comprobar hasta qué punto llega Umbral a afinar su instinto subversivo a propósito de cualquier materia cultural o paracultural. Hay, pues, que destacar ambos aspectos: el de la intensidad de las críticas (la enorme capacidad -o tal vez sea mejor llamarlo *atrevimiento*- de Umbral para hacer

de la visceralidad opinión) y, en segundo lugar, el de la pintoresca variedad de contenidos que critica y acerca de los cuales opina el columnista.

Sobre música, más de una vez⁵¹ ha confesado que no sabe absolutamente nada. Se podría esperar, en consecuencia, algo de mesura (ya que no de silencio) en sus juicios. Pero no, más bien todo lo contrario: "Mozart, personalmente, era gilipollas, como todos sabemos, sucio como un niño y sádico como un adolescente"⁵².

Parecida actitud mantiene Umbral con el cine: ignorancia u olvido, de ordinario, e inusitada agresividad crítica, de vez en cuando⁵³.

En cambio, sobre pintura (y arte en general), siempre ha mostrado mucho interés. No quiere esto decir, por supuesto, que la armonía o la belleza artísticas hayan adormecido de algún extraño modo el descaro verbal y el afán provocador de don Francisco⁵⁴. Él gusta de escribir sobre la pintura, pero determinadas ceremonias o personas relacionadas con lo artístico suelen sufrir inmediata malparanza en cuanto llegan a un texto de Umbral. "La cosa de ARCO es la casa de putas de todos los aficionados a genios"⁵⁵, escribe acerca de la famosa muestra de arte contemporáneo que cada año se celebra en Madrid. ARCO -sugiere Umbral- es una ceremonia social en la que la belleza queda convertida en parodia, en el vacío irónico de un negocio protagonizado por analfabetos del arte. Razonamiento similar aplica el articulista cuando cruza por entre sus ideas un personaje cuyo nombre aparece casi siempre asociado a la pintura de altísimo precio: "¿por qué no se va a tomar vientos este señor barón o <<Von>> o lo que rayos sea?"⁵⁶. El Estado español andaba negociando por entonces (diciembre de 1988) la compra de la exquisita colección del barón Thyssen. A cualquier otro escritor quizá le hubiera parecido un momento delicado, una intrincada situación en la que más valía no usar tan gruesas palabras. Años después, en marzo de 1991, y vendida ya a España la colección del barón Thyssen, Umbral vuelve a escribir sobre *este señor barón o <<Von>> o lo que rayos sea*: "el herr Thyssen es un practicón de la compraventa internacional que negocia con sus cuadros, de los que sólo conoce el precio (Villalonga)"⁵⁷.

Ningún ámbito cultural queda, en principio, a salvo de la maledicencia de Umbral.

Hasta aquí -desarrollados antes los capítulos correspondientes a Literatura e Historia- se han comentado algunos exabruptos relacionados con la música, el cine o el arte. Llegados a este punto, tal vez se pudiera pensar que pocas disciplinas más pueden suscitar la siempre puntillosa atención de don Francisco. Pues bien: lo cierto es que una lectura minuciosa de sus textos nos acaba deparando sorpresas que alcanzan, o casi, a la pura cataplexia. Imaginemos al articulista, para empezar, en un contexto cuasi filosófico. En situaciones como ésta, la técnica habitual consiste en cambiar el tono de forma abrupta⁵⁸. La acidez irónica se manifiesta en la relación poética de campos conceptuales muy alejados entre sí. El impulso original es crítico; el efecto final, cómico: "**Aristóteles, Platón, la Iglesia en general ha sido machista. Santo Tomás dice que la mujer es una criatura "ocasional". A lo mejor se refería a las que merodean por Carretas, Carmen y Plaza de Jacinto Benavente. Son las únicas ocasionales**"⁵⁹.

Donde antes se ha escrito *contexto filosófico* puede leerse, sin temor a equivocarse, *contexto sociológico* o *científico*. Un jugoso y bien articulado ejemplo de *insolencia sociológica* lo hallamos en el artículo "El principio de Peter"⁶⁰. Mediante esta conocida ley sociológica, y sólo mediante ella, Umbral pretende explicar nada menos que el fracaso profesional o vital de personajes como Juan Guerra (hermano del a la sazón vicepresidente del Gobierno español, Alfonso Guerra) o la cantante de ópera Montserrat Caballé⁶¹. Transgresión *científica*, que no desmerece -por cierto- a la anterior, se permite Umbral con tal de poder revelar a sus lectores, en el tono doctoral que merece esta clase de textos, la inaudita cantidad de fenómenos sensitivos e intelectuales que anida el lóbulo izquierdo del hombre: "penetrabilidad, (...), concentratividad, habitividad, filogenitura, suavidad, maravillosidad, esperanza, concienciosidad, aprobatividad, causalidad, idealidad, sublimidad, (...), constructividad"⁶² [sic].

3.1.2. Heterodoxias sociales.

Pueden contener variadísimos, pintoresquísimos ingredientes, pero la composición fundamental no suele cambiar. Las columnas periodísticas ofrecen, de ordinario, opinión y entretenimiento. La dosificación de estos dos elementos depende de muchos factores, pero raro es que alguno de ellos llegue a desaparecer por completo. La opinión, incluso en las más líricas columnas de un articulista como Francisco Umbral, no está del todo ausente. Estilismo y opinión trenzan una sólida alfombra de mil nudos, y conviene analizar qué forma adquieren en ese *texto*, en ese tejido, algunas opiniones especialmente significativas. Todos los periódicos abordan a diario asuntos relacionados con las drogas, el machismo o la religión. Son cuestiones a las que la sociedad -y, por supuesto, también los periódicos- concede una gran importancia. En muchos casos, se ha llegado a establecer una doctrina mayoritaria que pocos se atreven a discutir. Todos debemos luchar contra las drogas; y quién lo duda, cabe añadir. El hombre y la mujer han de disfrutar de igualdad de derechos y tienen que cumplir con idénticas obligaciones: esto, en la España de 1997, resulta evidente. Hay axiomas sociales, pues, que sólo son rechazados por algunos grupos marginales o por ciertos extravagantes y heterodoxos.

Francisco Umbral es uno de esos heterodoxos que hacen de la extravagancia en cuestiones sociales una de sus señas de identidad personal. Muchas de sus opiniones rompen el aguerrido consenso que parece haberse impuesto sobre muchos temas. Cada sociedad fabrica sus valores inviolables, sus tabúes, sus etiquetas para aquello que es pecado o aquello que no lo es. Umbral, sin embargo, viola lo inviolable; habla de lo que ni siquiera se puede hablar; y se jacta de haber incurrido en faltas que gran parte de la sociedad en la que vive considera imperdonables.

3.1.2.1. Alcohol, drogas y rock and roll.

Abril de 1983. Día diecinueve. Por una vez, parece, Umbral está dispuesto a matizar, a deshacer malentendidos, casi a rectificar: "me voy a puntualizar a mí mismo", anota. Pero en seguida añade: "no recuerdo ni una sola palabra de lo que escribí ayer (optalidón, chivas, marcha, sexo, drogas, *rock and roll*, ya saben)"⁶³. No hay sobre qué matizar, aclarar o casi rectificar. El columnista no recuerda, el columnista bromea, claro, pero de un modo muy particular.

Toda ironía se fundamenta en la existencia de dos planos semánticos: el plano lingüístico de la literalidad y el plano pragmático de la extraliteralidad. Al construir una ironía, alguien pronuncia una serie articulada de sonidos que habitualmente tiene un significado (A). Este es el significado literal y primario de la expresión irónica. Pero, más allá de ese primer plano semántico, tanto quien ironiza como quien interpreta la ironía establecen un segundo nivel semasiológico: el significado de la expresión literal es además la expresión de un nuevo significado (B). La serie articulada de sonidos, por tanto, significa en principio (A), pero este significado (A) debe ser entendido como (B) por tratarse de una locución irónica. La expresión "cuánto te odio" parece indicar *animadversión*, *rechazo* (significado [A]), pero todo hablante de español con una mínima competencia lingüística sabe que, en muchas ocasiones, puede indicar justamente lo contrario: *ternura*, *cariño* (significado [B]).

El columnista -se escribía más arriba- bromea, pero lo hace de un curioso modo. "Visualizo interiormente la cosa con ayuda del láudano, de la marihuana y de un par de optalidones"⁶⁴. La formulación lingüística parece exagerada, ridícula y, en suma, irónica. El significado literal (A) -'tomo drogas para entender tal o cual asunto'- tiene muchas posibilidades de ser entendido como (B): 'digo que tomo drogas, pero la verdad es que me estoy burlando del oprobio que para muchos supone tomar drogas; en realidad, no tomo drogas'.

Da la sensación, pues, de que la ironía comentada no encierra mayores complejidades. Pero ocurre que el fenómeno debe ser analizado no aisladamente, con

un solo ejemplo, sino diacrónicamente, tomando como objeto de estudio una considerable sucesión de expresiones semejantes. Descubriremos entonces en qué consiste la curiosidad, la particularidad de esta irónica (en apariencia) apología de las drogas. En febrero de 1980, escribe un artículo titulado "Hitler y yo"⁶⁵: *El País* había publicado un reportaje según el cual Hitler tomó anfetaminas. Umbral cuenta cuáles toma él, cuál es su experiencia, sobre todo en relación con el carácter de catalizador espiritual que tienen estas sustancias para quienes han de construir artículos⁶⁶. El tono parece irónico, pero ya no tanto como otras veces. "Angel Arroyo ha perdido la vuelta ciclista a España por tomar drogas", escribe en mayo de 1982⁶⁷. Esta vez la ironía se superpone a una sincera declaración de principios: "me parece injusto, reaccionario e hipócrita. A ver si me sereno y explico. Desde la Bilia se toma alcohol, droga fuerte. **Baudelaire** fumaba opio. **Jean Cocteau** escribió su mejor libro gracias al opio (...)", y así continúa hasta agotar su alegato. "Yo también he escrito con anfetás", apunta Umbral (y esta vez con notoria seriedad) en septiembre de 1988⁶⁸.

El repaso anterior nos permite entender qué sucede, desde el punto de vista pragmático, con esta clase de bromas. Sucede que, por yuxtaposición de tonos contradictorios, la formulación de la supuesta ironía puede ser entendida de dos modos: en su sentido extraliteral (B) '-me burlo de los que consideran que las drogas son abominables-', pero también en el sentido literal (A), esto es, como humorística y visceral defensa del derecho de toda persona (empezando por el propio articulista) a decidir por sí mismo si consume o no consume drogas⁶⁹. La ironía de Umbral, por tanto, traza una anfibología textual de fondo. El significado extraliteral no anula el significado literal. Hay superposición de sentidos, y no una mera neutralización del significado lingüístico.

Esta interpretación queda además reforzada si leemos con detenimiento textos no periodísticos de Umbral. "En la buhardilla/refugio, enmoquetada de azul, pequeña y armónica, me tomé un chivas con dos optalidones y agua del grifo y me puse a escribir la columna"⁷⁰.

Así pues, Umbral sostiene que el problema de las drogas, si es que realmente es un

problema, concierne a los individuos, que son los únicos que pueden decidir qué deben hacer en cada momento y circunstancia. Decidir por otros no es más que incurrir en un paternalismo ridículo, y quizá por eso -amén de otras posibles razones- adopta Umbral este peculiar modo de hacer ironías. La exhibición desmedida de manías y consumos tiende a reforzar el perfume burlesco del doble juego que nos propone el ironista: "a la hora -tempranera- de escribir esta columna, entre un whisky tostado y unos optalidones cosecha/75, (...)"⁷¹. Si el artículo o columna ha sido escrito a una hora menos *tempranera*, el lector puede tropezar con una prosa tabernaria, con la hiposa sintaxis de quien ha tomado algo de whisky mientras escribía: "tratando de explicar, hip, cómo la moda requiere una lectura en profundidad, hip". El hipo de la melopea recorre todo el texto, que, al final, queda rematado con la onomatopeya etilica de una noche de excesos: "Hip"⁷².

Otras veces no es whisky, sino vodka (Umbral escribe *wodka*): "es lo que desayuno todas las mañanas al alba, higos frescos en wodka"⁷³; otras veces no es vodka, sino "coñac (lo cual que es muy bueno y a mí me sube la hipotensión)"⁷⁴; otras veces ni siquiera es alcohol, sino afeites espirituales más densos y contundentes: "después del globo, las rayas y el tocata, descubro (...)"⁷⁵. Queda así constituida una imagen burlesca, esperpéntica, grotesca. La viñeta, según se ha explicado antes, es y al mismo tiempo no es ironía. Umbral ha demostrado con obras, y no sólo con textos, hasta qué punto no le tiene miedo al alcohol. "Estábamos en el Congreso, o sea en el bar, (...)"⁷⁶. ¿Cuánto de broma hay en la broma? ¿Cuánto de verdad? Quizá fuera posible responder a tales preguntas si lo que se pretendiera analizar fuese la vida real del autor. Pero esa vida real aquí interesa mucho menos que la vida simbólica del personaje que el articulista encarna. Y el dibujo de tal personaje queda trazado en los textos con una rotundidad que, a fuer de aplastante, se difumina en sí misma. No hay forma de saber hasta dónde llega la broma y dónde comienza la seriedad⁷⁷. También aquí se neutraliza la oposición entre significado literal (A) y significado extraliteral (B). Lo que sí parece claro es que Umbral teje tal ambigüedad para criticar la doctrina social imperante acerca de las drogas o del alcohol. Una vez tejida, la doblez textual y semántica le

permite además emprender curiosas osadías. Por ejemplo, aquella que consiste en llamar a las cosas no por su nombre oficial, sino por aquel otro -casi siempre mucho más sugerente- que sólo por estimulación etílica nos atrevemos a utilizar sin ningún tipo de rubor: "la Internacional Gold Corporation -*Intergold* al tercer whisky- (...)"⁷⁸. Ya se ve que el alcohol afecta al lenguaje, como catalizador de metáforas, como mecanismo de equivalencias terminológicas ("A" se llama "A" con un whisky, pero "B" con dos *whiskies* y "C" con tres), y también como máscara gracias a la cual todo, absolutamente todo -hasta lo más indiscreto y soez-, puede y debe ser dicho.

3.1.2.2. Tabú, política y sexo.

"Prefiero dictadura con desnudismo a democracia sin despelote"⁷⁹.

El exabrupto está fechado en junio de 1976. El general Francisco Franco había muerto apenas unos meses antes, en noviembre de 1975. Todavía no constaba que con él hubieran fallecido también casi cuarenta años de dictadura. Durante aquellos meses, España intentaba tejer un nuevo sistema político, pero la democracia aún era por entonces un proyecto, tan sólo una débil criatura que no admitía bromas ni crudezas. "Ha llegado la democracia de los senos", escribe Umbral. "Queremos demócratas de verdad y no el camelo unisexo de un centauro liberal y falangista"⁸⁰. Es cierto que los últimos años de franquismo habían constituido un período de cierta tolerancia: al amparo de una tácita permisividad oficial, en los quioscos españoles se vendían y compraban revistas que, poco antes, nadie hubiera podido editar. Los cuerpos desnudos de hombres y -sobre todo- de mujeres empezaron a salpicar las portadas de algunas publicaciones. "Me llaman de una revista para preguntarme qué opino de la supresión del sujetador en el bikini.

>> - ¿Y por qué sólo el sujetador?-respondo."⁸¹ Así respondía la libertad a un miedo que ya se había perdido. Era, después de muchos años de prohibición absoluta, la reaparición pública del sexo. El tránsito de la dictadura hacia la democracia ayudó a

que la tendencia se consolidara. "Las españolas se han quitado de encima el sostén y los falangistas quieren quitarse de encima el Movimiento"⁸². Poco después era ya mucho más que un síntoma aislado, mucho más que un mera tendencia. Era, de hecho, un fenómeno editorial y sociológico que respondía a la etiqueta de *prensa del destape*: "lo que la política española está necesitando es un poco de play-boy y cachondeo"⁸³.

Es evidente que Umbral siempre iba un poco más allá de lo que permitían los tiempos. Siempre, y no sólo entonces, ha querido ir más allá de lo permisible. El sexo no es hoy motivo de prohibiciones legales. La apertura política generó entusiasmos durante algún tiempo, pero degeneró luego en cansancios, en repeticiones, en ejercicios de mera rutina pornográfica o periodística. Siguen vigentes, no obstante, ciertas restricciones de índole no legal. Persiste, bien que modificado (adaptado a nuevos tiempos, a mentalidades más tolerantes), un código social que marca límites entre lo que se considera de buen gusto y aquello que, de ordinario, será tenido como ruda obscenidad o lamentable impudicia.

3.1.2.2.1. Del recato sexual a un carnívoro cuchillo.

"Los chicos aprendíamos unos de otros a quitarnos el esmegma del bálano prepucial, porque la suciedad no les gustaba a las chicas, con las que nos lo hacíamos como podíamos en las barcas abandonadas de un Pisuerga invernal, helado y tártaro"⁸⁴.

No es habitual leer pasajes como éste en artículos periodísticos. Y mucho menos si el texto aparece publicado en un diario de información general, como es el caso. Francisco Umbral escribe acerca del sexo con naturalidad que a veces asombra. Para algunos lectores, y según el código social antes referido, "naturalidad" equivale, sin más, a salvaje obscenidad, a desfrenada libidine. Consideraciones políticas a un lado, el sexo ha sido durante siglos -aún hoy lo sigue siendo- un cualificado tabú, un asunto poco o nada conversable. Prueba de ello es la ingente cantidad de eufemismos que en relación con el sexo ha generado desde siempre el idioma. Cuando un órgano o un acto

es considerado socialmente soez, la palabra o palabras que lo designan acaban contagiándose de esa presunta deshonestidad. No quiere esto decir que la sociedad actual sancione automáticamente a quien se atreva a romper el tabú. Hay fórmulas lingüísticas nobles o al menos no soeces que, en determinadas circunstancias, permiten expresar contenidos de carácter sexual sin temor a recibir la desaprobación moral que quienes leen o escuchan. Es evidente que hoy no es pecado hablar de sexo (considérese el término *pecado* desde el laico punto de vista de una moral colectiva no religiosa, sino social). Se puede hablar de sexo, pero no en cualquier lugar ni de cualquier modo. Está mal visto, por ejemplo, utilizar términos como "coño" o "falo" en una conversación en la que participan personas no del todo conocidas, o en textos -verbigracia- de literatura infantil. En tales circunstancias, cualquier hablante sabe que no se deben nombrar estos órganos, y mucho menos mediante semejantes vocablos. En textos periodísticos de opinión, firmados además por un escritor con cierto prestigio, las etiquetas de 'obscenidad' o 'impudencia' no son tan fácilmente aplicables. *Quitarse el esmegma del bálano prepucial*, según la por lo demás lírica rememoración de Umbral, ¿constituye una desvergonzada provocación para algunos lectores sensibles? ¿Supone -sin más- un atrevimiento no reprochable, pero sí poco frecuente? ¿O es acaso una confesión en absoluto censurable, una pulida y depurada recreación de un episodio clave para la sexualidad infantil del autor?

La respuesta a estas y otras preguntas depende de lo que estime oportuno cada lector. No hay respuesta de validez general. Es cierto que existe un código social no escrito que recomienda ser comedido en cuestiones relacionadas con el sexo. Es cierto que esta cautela social no es ya la de antaño: los españoles son hoy más tolerantes que en 1975, y entonces lo eran seguramente mucho más que en 1955. Por último, parece cierto que Umbral escribe sobre sexo con un descaro y una visceralidad poco frecuentes. "Lo decíamos por mi lejano Madrid:

>> - Esta noche ha nevado.

>> - Sí, por el coño de alguna."⁸⁵

Sus textos pueden suscitar el entusiasmo de algunos lectores y el más asqueado

repudio de otros. Es difícil establecer proporciones, como también lo es adjudicar grados de 'obscenidad' a cada pasaje erótico concreto. Lo que no parece que ofrezca dudas es el afán transgresor con que Umbral utiliza el sexo (como tema, claro está) en sus artículos. Ese ánimo de provocador inquebrantable, de incitador profesional, le lleva a exhibir ante los lectores sus propios hábitos sexuales. Poco importa que mienta de ese modo ambiguo -con presumible remanente de verdad- con que él suele mentir cuando ironiza. El lector quedará sin duda sorprendido al descubrir, *ex abrupto*, que Umbral no conoce un artículo sobre jergas juveniles por la única razón de que fue publicado en la prensa vespertina de la época: "yo es que por la tarde me dedico a fornicar y no leo la Prensa. Ignoro la de la tarde"⁸⁶. Demasiado ridículo, se dirá, demasiado pueril como para suscitar cualquier otra reacción que no sea la sonrisa. Tal vez. De todos modos, la reiterada teatralización de la vida sexual del autor tiene en sí misma un significado, al margen de las posibles interpretaciones pragmáticas o semánticas que puedan originar los textos en que toman cuerpo tales exhibiciones: "uno, por ponerse al día, se echa cosas en el pelo, folla con amantes casadas y líricas, se da perfumes loewe, aguas toalet, (...) "⁸⁷. Umbral se declara "vicioso de la mujer"⁸⁸, estudioso del sexo, experto tanto en las menudencias teóricas como en las vulgares (por ordinarias) cuestiones prácticas. Porque, si leemos con calma sus artículos, resulta que la materia admite un tratamiento acaso no del todo científico, pero sí al menos *ordenado*, incluso -se podría decir- *sistemático*. "Aquí a la gente le preocupa que la izquierda no tenga un programa económico, pero a mí me preocupa más que no tenga un programa erótico."⁸⁹ No es que Umbral transite por sus textos con 'programa erótico' en mano. Lo que sucede es que, en sus artículos, y caóticas escatologías aparte, la manifestación textual de lo erótico presenta una considerable carga de coherencia. Tal vez no sea un plan deliberado del autor, pero un análisis minucioso de sus columnas periodísticas permite descubrir una especie de *programa erótico-textual*: transgresiones recurrentes, mecanismos semejantes de provocar al lector, fórmulas casi idénticas de presentar en los textos el reclamo -de ordinario escandaloso- de la sicalipsis.

Reducido a esquema, tal 'programa' responde a cuatro pautas básicas:

1) Egotismo sexual. Algo se ha adelantado ya acerca de este asunto. Se ha escrito más arriba que, ante los lectores, Umbral exhibe hasta sus hábitos, consumos y pertenencias sexuales más notoriamente íntimos. A principios de 1994, resultó muy polémica cierta información procedente de Estados Unidos: una señora, al parecer maltratada con frecuencia por su marido, decidió cortar por lo sano y le rebanó el pene. Umbral escribe por entonces una pintoresca apología del miembro en cuestión. Una vez establecidos los argumentos de carácter general, el autor lanza una particularísima e insólita coda: "esto de talar pollas viene de Estados Unidos, que es un matriarcado de mierda. Claro que, después de este panfleto, me la he estado mirando un poco y tampoco es para tanto, la pobre. Casi estoy por echársela a la gata"⁹⁰. La desmitificación del falo propio sirve aquí, como se ve, para humanizar al órgano inefable sobre el que ha recaído la ira de una mujer maltratada. No es justo -sostiene el articulista- que tan frágil e irresponsable apéndice corporal sea culpado de crueldades que no ha cometido. Si hay violencia, el responsable es el hombre, la maquinaria humana en su conjunto; no un simple y, por lo general, sensible y asustidazo miembro. Umbral, de hecho, se detiene a examinar la debilidad ensimismada de su pene: lo observa con atención, se burla de él y finalmente sugiere que, en contra de lo que muchos sostienen, no merece sufrir mutilaciones apasionadas y rituales.

No presume el articulista de pene, pero sí de otros muchos atributos sexuales⁹¹. Con cierta frecuencia, en efecto, recrea en sus textos el favor de que, a su juicio, goza entre las mujeres⁹². Se jacta Umbral de ser un hombre apuesto y experimentado⁹³, un hombre atrevido, un virtuoso del descaro: "ha venido una novelista francesa y **Leguineche** me invita a cenar con ella. ¿Qué se puede hacer con una novelista francesa? Lo de siempre, pero a lo mejor no se deja"⁹⁴.

Está claro, pues, que a Francisco Umbral le gusta hablar del sexo en primera persona. Y no en esa pudorosa primera persona del plural que a veces se usa para esconder el *yo* en una confusa e hipotética colectividad. Utiliza Umbral, en materia de sexo, la muy

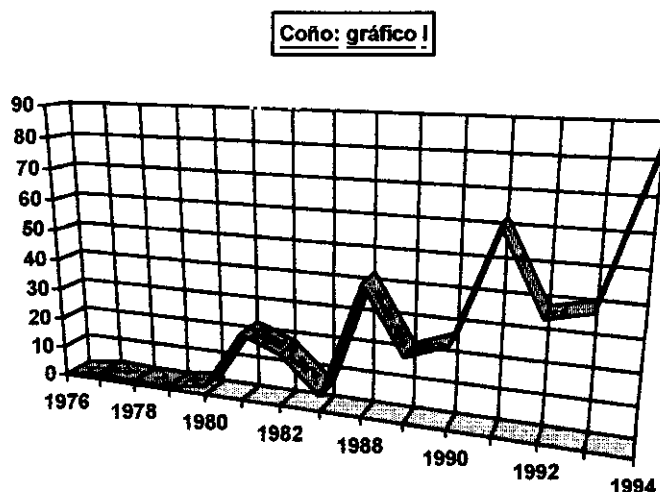
directa -y a menudo espantable- primera persona del singular. "Me meto en un cine porno donde la novedad es que las interesadas no pasa ninguna de los catorce años. Hijas mías"⁹⁵. La primera persona del singular deja también al descubierto preferencias inconfesables, extravagancias estéticas de notable calado: "es mucho más guapa una cabra que cualquier mujer (uno sólo ha amado mujeres con perfil de cabra)"⁹⁶. La confidencia admite una considerable variedad de interpretaciones, las más perversas de las cuales -qué casualidad- son auspiciadas por el propio Umbral: "yo tengo una cabra, *Penélope*, a la que me tiro bíblicamente de vez en cuando, que es guapísima (cuando no hay otra cosa a mano)"⁹⁷. Hay amor platónico u obsceno por la cabra en muchos otros textos no periodísticos de Umbral⁹⁸, pero especialmente nítida es la descarnada confesión que hallamos en *Las señoritas de Aviñón*: "yo follaba con la cabra *Penélope* (...)"⁹⁹. Un periodista algo incrédulo se atrevió a preguntar una vez acerca de esta curiosa pasión cabruna: "- ¿Es cierto, como confiesa en la novela, que cuando era un chaval <<se tiraba a una cabra>>, de nombre <<Penélope>>?". A lo cual responde el entrevistado: "el nombre me gustaba y se lo he puesto después, porque las cabras no tienen nombre, pero sí es cierto que me beneficiaba de chaval a una cabra. Pero también Mario Vargas Llosa en uno de sus libros cuenta cómo hacía el amor con las gallinas. Yo prefiero a las cabras, que además son más fieles y más guapas que las gallinas. También tengo que reconocer que he sido poco pajillero"¹⁰⁰.

2) Verbalización de lo inefable. Hasta ahora se ha venido tratando de lo que bien se podría denominar 'impudor subjetivo'; es decir, de la desvergüenza con que se manifiesta en público el *yo sexual* del escritor. Pero lo cierto es que este 'impudor subjetivo' se corresponde con un igualmente vasto 'impudor objetivo': puesto que se atreve a hablar sin tapujos de su propia sexualidad, se comprende que Francisco Umbral no tema en absoluto prescindir de los eufemismos cuando quiere escribir sobre el sexo en general. Bien es verdad que, analizado el asunto diacrónicamente, el eufemismo constituye el punto de partida¹⁰¹, el tejido básico y primordial con que urde el columnista sus primeras procacidades. En 1976, el eufemismo y la insinuación forman

todavía parte de un juego fluctuante: obscenidades no del todo burdas alternan con sugerencias que apuntan más hacia la elegancia que hacia la tosquedad. Durante estos primeros años, pues, las travesuras se imponen a las crudas impertinencias. Entre 1976 y 1988, los artículos de Umbral están salpicados de atrevidas agudezas relacionadas con el sexo, pero no es fácil encontrar apabullantes o escandalosas groserías¹⁰².

"Un hombre desnudo es un semidiós, aunque luego sólo sea un metalúrgico belga, y una mujer desnuda es ya directamente **Leda** y el cisne, (...). Ya digo, **Leda** con el cisne incorporado"¹⁰³. En un principio, como se ve, se prefiere la pícaro alusión a la referencia directa. Se roza -pero sin llegar a tocarlo- el sexo innombrable. Y cuando, por atrevimiento mayor, quedan sobrepasadas las barreras del eufemismo, se adoptan fórmulas lingüísticas que, en gran medida, alivian la osadía: "ay las téticas de **Victoria Vera**, (...)"¹⁰⁴. Compárense tales fragmentos con algunas lascivias verbales de casi veinte años después: las *téticas* son ya *tetas* a secas¹⁰⁵; la suave picardía de antaño es, hogaño, una charla telefónica plagada de estridencias eróticas¹⁰⁶; el *cisne* y el pronombre neutro *lo* dejan de ocultar al antes impronunciable *coño*. El gráfico número I refleja el número de veces que Umbral usa en sus artículos diarios la palabra *coño*. Apenas una vez al año hasta 1981. En su intento de golpe de Estado, el teniente coronel Tejero pronunció un coloquial "se sienten, coño". Sucedió en febrero de 1981. Durante muchos meses, Umbral se regodeó con el exabrupto del guardia civil. Años después, el vocablo ya no se *mencionaba* (en el sentido que la Pragmática concede al verbo 'mencionar'), sino que se *usaba*: quiere ello decir que aparecía bien interjectivamente, como taco conversacional, bien nominalmente, para nombrar al órgano sexual de la mujer¹⁰⁷. Así, una vez superado y metabolizado el famoso "*coño* de Tejero"¹⁰⁸, Umbral piensa y escribe sobre los fotogénicos y siempre vistosos "*coños* de couché"¹⁰⁹: "el señor **Pons** puede impedirle a **Herrero de Miñón** que siga con su brillante y festoneado rollo, que es que se lía solo, pero el señor Pons no puede impedirle a Marta Chávarri que se exprese por otros procedimientos más fácticos. Tejero puso su <<coño>> en las Cortes y otras, lo ponen en mitad del país, como heráldico y florón

del matriarcado que vive nuestra *jet*"¹¹⁰.



La palabra *coño* -cuya frecuencia de uso intenta reflejar el gráfico anterior¹¹¹- nos permite ilustrar, por tanto, una nítida evolución en el estilo del articulista¹¹². Eufemismos y sugerencias acaban desembocando en expresiones, si no truculentas, sí al menos sonrojantes: "don Manuel [Fraga] (...) ha venido a Madrid a darle el beso negro al electricista"¹¹³; "o sea que Serra fue al Pérsico de mamporrero o calentapollas"¹¹⁴; "**José Bonaparte**, en su reinado madrileño, no hizo otra cosa que beneficiarse a nuestras marquesas, tan cristianas. Desde entonces, todas las marquesas saben hacer <<el francés>>, menester de lenocinio que sólo conocemos Ceta y yo (una mamada)"¹¹⁵; "Borrell, entre los sociatas catalanes, gasta un suéter de cuello alto que pone húmedas a las pubillas"¹¹⁶; y así, en fin, podemos leer en los artículos de Umbral toda clase de libidinosidades por el estilo. El columnista terciaba en polémicas sobre las consecuencias positivas y negativas de la masturbación¹¹⁷. El columnista no esquivaba -sino más bien todo lo contrario- términos que puedan ser tenidos por indecorosos o soeces. El columnista gasta vocablos como *joder*, *puta* o *follar* y se atreve a incurrir en lo que sea menester y cuanto sea menester: "adonde no se llega con la mano, don **Eduardo**, se llega con la punta del capullo, arriba España"¹¹⁸.

3) Apología de marginales. Defiende Umbral -por empezar por lo que, según el

tópico, es lo más viejo- a las prostitutas. Profesionales malditas del sexo. Personas que venden su cuerpo a parte de una sociedad que las llama "putas" a modo de insulto. Mujeres cuyo oficio ha constituido durante siglos una turbia indignidad, un oprobio infame como pocos: "con una puta se pueden [sic] hacer tres cosas: usarla, tirarla o retirarla, o sea ponerle un piso"¹¹⁹, escribe Umbral con escozosa ironía. Porque, aunque la expresión literal admita lecturas convencionales (o sea, con significados ofensivos), lo cierto es que en este caso ni siquiera cabe la duda: "las meretrices tienen todo mi respeto y amor: son lo más literario del mundo: joden por dinero, como los demás, sólo que ellas lo dicen, son más honestas"¹²⁰.

Motivos semejantes le llevan a defender a los homosexuales. Ya en 1977¹²¹, cuando los *gais* todavía eran en España *maricones* a secas, Umbral publica una apasionada apología de la homosexualidad. No se puede decir que haya en esto grandes cambios. Tanto el tono como los contenidos de aquel artículo se mantienen (en lo fundamental, al menos) durante años: "*superadas* las discriminaciones racistas, una discriminación sexual sigue latente en las sociedades democráticas y permisivas"¹²², escribe en abril de 1990. El vigor de la introducción se prolonga en el resto del artículo, de modo que volvemos a encontrar, reeditada, aquella fervorosa reivindicación de la homosexualidad de quince años antes. Las razones de fondo tampoco han cambiado: toda persona tiene derecho a sentirse hombre o mujer, más allá de la etiqueta que fisiológicamente se le haya adjudicado; el amor no heterosexual puede ser minoritario (marginal, si se quiere), pero no por ello es indigno, no por ello debe ser estigmatizado con oprobio, según se ha venido haciendo durante siglos; contra lo que sostienen parte de la sociedad española (en general) y la religión católica (en particular), Umbral considera que es lícita toda práctica sexual que nazca de la libertad personal y que no acabe forzando libertades ajenas.

Es verdad que, durante los últimos treinta años, la sociedad española ha evolucionado considerablemente. Lesbianismo u homosexualidad han ido perdiendo aquel halo de maldición que hasta no hace mucho tenían. Se han aceptado, con más o menos naturalidad, hábitos (el uso de los preservativos, por ejemplo) que en su día

parecían estar alentados por el mismísimo diablo. Hoy están en minoría quienes los condenan y en clara mayoría quienes piensan lo contrario. Se podría entender, acaso, que Umbral participa por una vez de la opinión mayoritaria. Pues no: puesto que la moral convencional ha terminado bendiciendo el uso de los preservativos, él se siente casi obligado a condenar "ese apuro sexual de la represión que es el preservativo"¹²³. La fundamentación racional de tan categórico juicio no soporta grandes inquisiciones. Umbral está en contra del uso de preservativos por razones que no tienen nada que ver con la ciencia, la ética o la sexualidad. La única razón de cierto peso que le lleva a coincidir con la opinión oficial del catolicismo -menuda paradoja- es, según se ha apuntado más arriba, una inquebrantable vocación de marginalidad: "desde que el condón se ha vuelto familiar, hogareño, herramienta de honestos padres de familia, lo subversivo es no usar. Aunque uno tenga que vivir, como **Quevedo**, <<amancebado con su mano>>"¹²⁴.

Marginal ha sido siempre, y acaso siga siendo todavía, el travestido, el homosexual, el establecimiento ("sex-shop")¹²⁵ en que se vende toda clase de prendas e instrumentos destinados a intensificar el goce sexual. Marginal es lo pornográfico, que puede gustar o no, según Umbral, pero que en ningún caso puede ser prohibido por autoridades políticas que se consideren a sí mismas democráticas¹²⁶. Marginal es también el heterodoxo impenitente, el tipo raro que concibe el sexo como una continua incitación a la travesura. De entre estos últimos, Umbral admira especialmente a un buen amigo, que además fue su más apasionado mentor literario: "mientras habla por teléfono con Estocolmo, Marina pasa a su lado y él le levanta la falda para mirar"¹²⁷.

4) Contextualizaciones exóticas. Se trataba de felicitar a Camilo José Cela, que había conseguido días antes el Premio Nobel de Literatura. De repente, sin venir a cuento, salta la chispa pícaro, la guindilla erótica, la desvergonzada mueca textual que viene a retratar casi menos al personaje del que se habla que al articulista que firma la columna. Umbral, en efecto, suele filtrar impertinencias sexuales por doquier, ya se aborden cuestiones serias, ya sean éstas baladíes menudencias a propósito de las cuales

no resulta del todo impropio bromear. El caso es que, por ser insospechable en grado sumo, la irrupción de frases de contenido sexual deja al lector aún más sobrecogido que si esa misma referencia hubiera aparecido en un contexto propiamente sexual.

El mismo día en que se aprueba la Constitución, Carmen Sevilla presenta una denuncia a una revista que ha publicado una foto en la que está desnuda: "Carmen, amor, debes retirar la querrela. Piensa que la Constitución y tú -tú desnuda- habéis sido las dos grandes fantasías eróticoanales, sadicomasoquistas y poliformoperversas (por eso el general las reprimía) de varias generaciones de españoles (...). Quédate desnuda como te han pillado en Marbella, mujer. No te pongas *minifarda*"¹²⁸. Dejemos a un lado la cuestión -no del todo baladí- de cuál debiera haber sido la reacción inmediata de un lector medio. Vengamos a lo más cercano y evidente. Cualquier analista del texto citado se preguntará en seguida qué demonios tiene que ver la Constitución española con un desnudo radical de Carmen Sevilla. Puestos a buscar asociaciones, alguna sin duda se hallará. Pero más que la posibilidad de respuestas convincentes interesa aquí la pertinencia de la propia pregunta. Ese *qué tendrá que ver una cosa con otra* constituye una pregunta no sólo lícita, sino casi automática, como si estuviera dictada por el sentido común. Añádase a ello el hecho de que una de las *cosas* que nada tienen que ver entre sí puede ser tomada por muchos lectores como grosería: en lugar de defender el derecho a la intimidad de la famosa de marras, el articulista solicita a la fotografiada en cueros que olvide su pudor personal y que lo inmolte en aras de un nebuloso (se puede sospechar que lascivo) bien común del pueblo español. Si la interesada o el interesado sacrifican una pizca de ese pudor por propia voluntad, el resultado puede ser estupendo: cita Umbral un libro de Marisa Medina, *La raza maldita*. De él extrae un pasaje que "dice: <<Confieso haberme acostado con Proust, Hesse, Miller, Cortázar, otros muchos, y tener todo su esperma dentro.>> A lo que se ve -comenta en seguida Umbral-, con el único escritor con el que no se ha acostado es con el prologuista. Tampoco hay derecho"¹²⁹. Conviene saber que el prólogo del libro está firmado por el conocido periodista Emilo Romero. Y, para que quede claro qué

afiladas y pungitivas pueden llegar a ser algunas exageraciones, conviene saber además que el artículo de Umbral acaba con cita apócrifa y malévola: "miren la teledecente: <<Qué leches, se reflejó mi coño en tus pupilas.>>"¹³⁰.

El contexto es imprevisible. Cualquier tejido puede acabar siendo ribeteado con adorno erótico. Cualquier asunto recibe, de improviso, la impertinente glosa sexual. Puede suceder en un texto en el que se critica el servicio militar: "las nuevas moedades no entienden eso de <<hacerse hombre>> en la <<mili>>, y prefieren hacerse hombres en el pajar, con su novia, que siempre es menos expuesto y se han dado menos suicidios"¹³¹. Puede suceder en el transcurso de un alegato antibelicista de alcance internacional: "el napalm es el *coitus interruptus* de los americanos en Vietnam. En Vietnam no llegaron a la eyaculación total y satisfactoria, (...), y ahora quieren eyacular lentamente con los árabes"¹³². Puede suceder a propósito de una conocidísima princesa: "los pechos de **Ladi Di** se destacan como dos gibraltares o dos malvinas que los británicos atesoran en el repertorio de su Imperio en ruinas"¹³³.

La política es, para Umbral, uno de los más frecuentables contextos exóticos del sexo. Seriedad política y desvergüenza sexual forman en el texto una corrosiva mixtura. "Incluso tengo una amiga que pierde mucho el diafragma:

>> - Pero mujer, ¿dónde pierdes tú tantos diafragmas?

>> - Yo creo que en los mítines de Alianza"¹³⁴.

Un Presidente de Gobierno puede aparecer casi como exhibicionista de playa¹³⁵. Un ex ministro de Economía puede ser sexualmente absorbido por una suerte de ogro multivaginal¹³⁶. Una enteleguía llamada *Estado* puede llegar a mantener relaciones nefandas con otra enteleguía igualmente llamada *Estado*¹³⁷. Acaso resulte ridícula o no del todo significativa esta mera y descontextualizada exposición de barbaridades, pero téngase en cuenta que se pretende aquí es justamente eso: destacar, gracias al aislamiento artificial que proporciona el análisis, la enorme carga de osadía que encierran las asociaciones que Umbral suele establecer entre sexualidad y política. Gran osadía se requiere, por ejemplo, para relacionar el hecho de que una banda terrorista anuncie que va a dejar de matar durante un tiempo con cierto escándalo

periodístico -y, por derivación, financiero- (señora o señorita es fotografiada, sin bragas, en una ceremonia pública; la señora o señorita resulta ser amante de un famoso hombre de negocios). Poco parece que tenga que ver el terrorismo del grupo separatista vasco ETA con la desnudez genital de una rubicunda dama de alta sociedad. La conexión, no obstante, se acaba estableciendo: "ahora que los etarras, esos patriotas de la muerte, se han concedido a sí mismos (que no a nosotros) una tregua para poner o no poner bombas, ahora es cuando tendríamos que empezar a poner **Martas Chávarri** en el mogollón financiero y cruento de Madrid. Se ve que es la única manera de volar la cosa"¹³⁸.

Hay asociaciones, fuera ya del ámbito de la política, aún más pintorescas, todavía -si cabe- más surrealistas: "(...) como el taponazo de cava penetra el virgo de la novia en la noche de bodas, si es que quedan novias con virgo"¹³⁹. En este caso, intentaba el columnista sugerir el dolor que siente la humanidad por la pérdida de la capa de ozono en la atmósfera. Curiosa metáfora. Curiosa trabazón de ideas.

No ya curiosa; diríase etérea, asentada en el más remoto e intangible firmamento: sexo y religión, unidos con acrobacia conceptual y lingüística. Se podría haber partido de la idea (respetable en sí misma) de que la religión católica cree que el sexo puro es la perversión del puro amor. Pero no. Umbral parte de las declaraciones periodísticas del obispo de Málaga, monseñor Buxarrais. Considera éste que los trasplantes de riñón son lícitos, éticos, aceptables según la moral del catolicismo. He ahí el elemento religioso. Véase cómo surge, casi de la nada, el componente sexual: "¿está usted seguro, monseñor, de que no se fornicaba también con los riñones? (...) Yo puedo prometerle, monseñor, como pecador que soy, que un cierto dolor de riñones sí deja la relación sentimental"¹⁴⁰.

Este asombroso ejercicio de exotismo contextual, referido siempre al sexo, también se puede manifestar en sentido inverso. Esto es, puede ocurrir que el punto de origen sea el elemento sexual y que de él se extraigan derivaciones políticas, religiosas o sociales saturadas de extravagancia. Queda, pues, invertido el orden de los elementos, pero se mantiene intacto el mecanismo transgresor. El Real Madrid juega contra el

Fútbol Club Barcelona en el campo de este último equipo. Un jugador madridista, Hugo Sánchez, es inhabilitado para jugar los dos partidos siguientes. La razón de tal castigo es clara: Hugo Sánchez afrentó al público mediante ostensión pública, se tocó ante miles de aficionados los genitales, provocó a los barceloneses con un gesto rijoso -en los dos sentidos de la palabra- y soez. Umbral dedicó varios artículos al asunto. En "Hugo y los periodistas"¹⁴¹, explica, con notable libertad hermenéutica, el origen y el significado último de la sanción al futbolista: "te prohíben jugar un poco al billar americano con tus bolas después de un partido donde has cumplido. (...) Un profesional que vive de su anatomía privilegiada, joven y bien cuidada, yo creo que tiene derecho a rascarse donde le pique esa anatomía". Un día después, comienza el artículo pidiendo, también a su modo, retóricos perdones: "ustedes dismulen si me asegundo sobre el tema de **Hugo Sánchez**, pero es que a la hora de escribir esta columna estoy en un vilo sobre si la sanción se mantiene o qué". Añade después que el gesto de Hugo Sánchez en Barcelona no debe ser castigado. Todo lo contrario. El atrevido tocamiento del delantero madridista no es más, dice Umbral, que un simple gesto patriótico: "aquí el saludo nacional de siempre es mano a la bragueta y anda que te vayan dando"¹⁴².

Qué difícil es hablar de sexo sin llegar a molestar a nadie. Pocos temas de conversación resultan tan delicados y embarazosos como éste. Basta un pequeño descuido o una aciaga licencia para que se consideren profanadas algunas sensibilidades exquisitas. Porque la educación tradicional ha enseñado, acaso desde siempre, que *no es de buen gusto* hablar con claridad a este respecto. Sólo en determinadas situaciones comunicativas (charlas entre amigos íntimos o entre profesionales de la sexología, por ejemplo) parecen tolerables ciertas expresiones relacionadas con el sexo.

Umbral, por el contrario -y según se acaba de ver-, no sólo utiliza el sexo como tema de *conversación textual*. Él va mucho más lejos. Él escribe en un tono desvergonzado, del que se sabe de antemano que puede molestar a muchos potenciales lectores. Escribe utilizando términos duros, incluso soeces (recuérdese la creciente frecuencia

con que Umbral recoge en sus artículos el vocablo *coño*), voces que atentan contra el más elemental (y así llamado) *decoro social*. Francisco Umbral defiende a los *indecorosos*, a los marginales (prostitutas, travestidos, homosexuales). Él mismo -irónica o sinceramente, a saber- se confiesa marginal en grado sumo: se declara *vicioso de la mujer*, pero ello no le impide reconocer que ama a las cabras, hasta el punto de haber establecido cópula con alguna de ellas. No le asustan las cabriolas conceptuales que permiten enlazar, en pirueta temeraria, sexo y política, religión y sexo, cualquier asunto y sexo. Sabe Umbral de sobra que la sexualidad ha generado durante siglos una espesa mitología de silencio¹⁴³. Sabe que sus artículos profanan, en mayor o menor medida, esa añeja ley social. A veces la transgresión es muy llamativa. Otras veces, por el contrario, no pasa de la travesura leve, de la juguetona y escurridiza vulneración de cierto código social¹⁴⁴. Conviene dejar claro que nunca, en estos artículos periodísticos, se llega a rozar -ni siquiera a rozar- el límite de máxima desvergüenza que el propio autor ha osado alcanzar en algunas de sus novelas, en ciertos ensayos o memorias. Francisco Umbral es consciente de que en ocasiones escribe barbaridades, gruesas expresiones que no todo el mundo (nadie o casi nadie, mejor dicho) se atreve a utilizar. Pero tampoco se le escapa que hay barbaridades demasiado violentas, demasiado agrestes y libidinosas para un frágil y aromático papel de periódico al alcance de toda clase de lectores. No es que algunos exabruptos sean tolerables y otros no. Lo que sucede es que, puestos a transgredir, conviene hacerlo estratégicamente: dándose maña para asegurar el objetivo básico (romper el tabú, hablar claro y fuerte sobre lo supuestamente inefable) sin fastidiar ni apabullar en exceso, sin dejar al heterogéneo lector de los periódicos con la sensibilidad llagueada. En los artículos del periódico, el sexo es un sacrilegio menor, una voladura controlada de ese gran edificio de sombras y pudores que es el recato social. El sexo es, sin embargo, un venenoso y carnívoro cuchillo en algunos textos no periodísticos: "lo que conviene, haciendo el amor, es introducir el dedo anular en el recto de la mujer. Esto contribuye, naturalmente, a estrechar la vagina y magnificar el falo, con lo que ambos contrayentes tienen copulaciones mucho más felices. Aparte el aliciente erótico de la transgresión o pene-

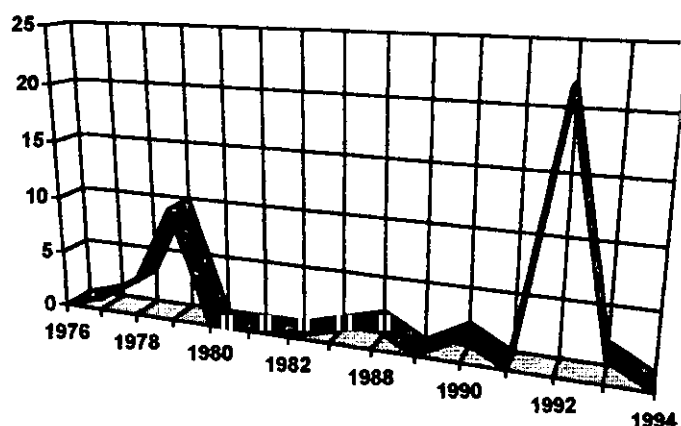
tración imprevista por vía insospechada (no siempre)"¹⁴⁵. El sexo es a veces un carnívoro cuchillo; especialmente, en *Un carnívoro cuchillo*: "por detrás le bajaba al anciano los pantalones y toda la ropa, dulcemente, suavemente, y el viejo abría sus piernas de carne muerta y carne viva, como esperando la amorosa agresión, Pedro vio las nalgas caídas y sin color del viejo, como dos bolsas de cal aplastadas, le dio asco de todo y miró en torno. El bastón negro del tipo, con cabeza de plata, está apoyado en una silla como antigua, muy fina, Pedro lo toma, le abre al viejo los esfínteres morados con sus manos oscuras y cortas, esfínteres que palpitan de expectación, le introduce el bastón repentinamente, grita el anciano, Pedro hunde el palo más y más, Jonás sujeta la cabeza de la víctima contra un cojín, casi ahogándole, ahogando el grito femenino, senil y asombrado del viejo, la sangre estalla en el recto como una flor de mierda"¹⁴⁶.

3.1.2.2.2. Sobre otros impudores.

Hay, paredañas al sexo, algunas otras zonas idiomáticas violentamente castigadas por la maldición del pudor. No se debe decir *cagar*, ni *mear*, ni siquiera *retrete*. Parece mucho más digno, mucho más *educado*, utilizar términos como *hacer caca*, *hacer pis* o *ir al baño*. Lógico es que sólo vayamos al baño para bañarnos. Pero no: se acerca uno al *baño* por no ir al *water*, que es el sitio que se empezó a frecuentar hace decenios sólo por evitar el temible y nefando *retrete* de toda la vida¹⁴⁷. Y algo semejante ocurre con otras muchas voces. Los referentes o significados de ciertas palabras contaminan al propio signo lingüístico. Parece que voces como las antedichas acaban oliendo tan asquerosamente mal como la realidad a que se refieren. Por eso se evitan, en la medida de lo posible. Y cuando el uso es inevitable, se sustituyen por otras que en principio huelen menos, ya sea porque provienen de otro idioma (lo desconocido siempre huele a plástico), ya porque constituyen un calculado eufemismo, ya porque la novedad en sí misma resta algo de dureza al término en cuestión. Umbral escribe "mear, cabrear y cagar"¹⁴⁸; escribe "pedo"¹⁴⁹ y "bragas y compresas"¹⁵⁰; escribe "limpiarse el culo" y

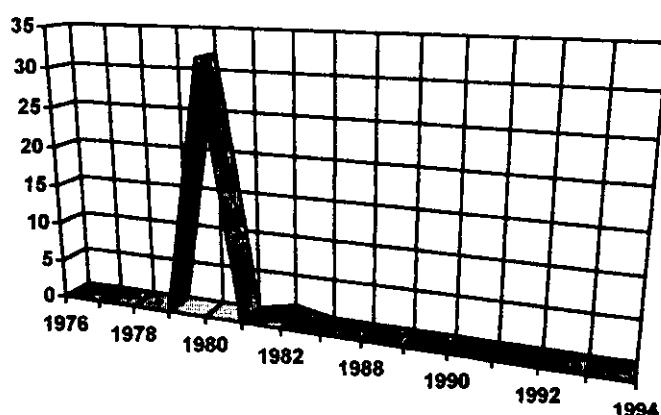
calamidades semejantes. La palabra *culo*, por ejemplo (véase el gráfico II): es evidente que no se evita, sino más bien todo al contrario: se exhibe.

Culo: gráfico II



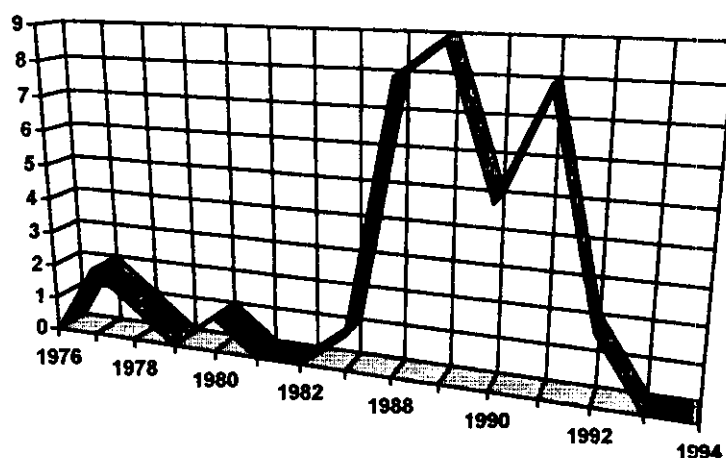
Pompis aparece sólo dos veces, en 1990, y conviene mostrar en qué contexto exactamente: "Cela dice que *culus* (culo) está en **Cicerón**, mientras que la derecha prefiere <<pompis>>, que le quita toda su gloriosa madurez al culo (femenino)"¹⁵¹. Es tal la naturalidad con que Umbral maneja esta palabra, que incluso llega a escribir un artículo construido todo él en torno a este vocablo: hasta diecisiete *culos* (incluido el "espacioso culo de **Cristina Almeida**") aparecen en una columna de 1992 cuyo título no costará demasiado esfuerzo imaginar¹⁵². Se pudiera pensar que este frenesí de *culos* acaso estuviera justificado por algún acontecimiento de actualidad, por algún suceso que incitara a escribir acerca de ellos. Pero lo cierto es que la voz también brota en contextos en los que tal justificación no se tiene en pie: "(...) hasta ha dicho eso tan ordinario de <<callarse la boca>>. No te vas a callar el culo. Hay verbos que suponen el sustantivo, pero eso Corcuera no lo sabe"¹⁵³. Otra variante de *culo* es la voz *tras*: voz tal vez eufemística, pero que Umbral usa como si fuera argótica, propia del habla de los jóvenes *rockeros* o *pasotas*.

Tras: gráfico III



Veintiocho veces encontramos la dicción *tras* en un texto titulado "Elogio y marketing del tras". Luego, según se puede comprobar en la tabla adjunta, casi desaparece. Tan sólo la hallamos cuatro veces más ese año (1980) y una vez dos años después. Aún más trabajo cuesta encontrar la versión no apocopada del término: "prefiero tras a trasero (que detesto) como creación escatológica/coloquial"¹⁵⁴. Como era de prever, también el envés de esta muelle región corporal resulta copiosamente nominada: "himen"¹⁵⁵, "virgo"¹⁵⁶, "ovarios"¹⁵⁷, "ingle"¹⁵⁸, "escroto"¹⁵⁹, "polla"¹⁶⁰, "pilila"¹⁶¹, "cipo-te"¹⁶², "falos, falúas"¹⁶³, "picha"¹⁶⁴, "huevos"¹⁶⁵ o "cojones"¹⁶⁶ son algunas -sólo algunas- de las dicciones utilizadas por Umbral en sus artículos. Está claro que aún nos hallamos muy cerca de ese impudor sexual de que se ha tratado en el capítulo anterior.

Teta: gráfico IV



Ahora se podría hablar, por precisar un poco más, de *impudor fisiológico*: la desvergüenza recae sobre el órgano físico, sobre el fenómeno u objeto corporal en sí mismos considerados, independientemente -por tanto- de sus innegables connotaciones sexuales. Caben en este cajón, pues, impudores como los que muestra Umbral cuando escribe sobre la menstruación -"el *arate* (eso que ahora Serrat remedia divinamente con una canción y un *tampax*)"¹⁶⁷- o cuando se refiere a los pechos de mujer ("tetas", escribe él de ordinario¹⁶⁸).

No todo lo pudiendo, claro está, tiene relación directa con lo sexual. Se puede quebrantar el decoro debido por medio de muy variados recursos escatológicos. Se criticó con saña, a comienzos de 1990, cierta broma televisual en la que participaron varios famosos. Entre ellos se encontraba un amigo de Umbral, Antonio de Senillosa. Éste también contribuyó a escenificar, para el programa de fin de año de Televisión Española, una sonora serie de ventosidades. A esa hora -argumentaron luego los críticos- estaba cenando casi toda España. Umbral publicó, días después del programa de marras, un artículo titulado "La horterada nacional"¹⁶⁹. Parece que, por una vez, Umbral amaga con colocarse del lado de los ofendidos. De hecho, en el artículo citado denuncia "el deterioro general en que ha caído el buen gusto -sobrio- de la sociedad española, bajo el rótulo de movida, democracia y otras licencias". Sorprendente,

realmente insólito. Pero henos aquí con que, de pronto, Umbral rompe bruscamente la línea de su argumentación, arremete contra "la libertad pequeñoburguesa y sacristana que sólo sirve para tirarse un pedo" y, por fin, se declara defensor del más puro libertinaje: "querido Senillosa, no es que esta vez te hayas pasado, sino que te has quedado corto: lo del viento es una cosa parroquial y monjil. El libertinaje hubiera sido que te hicieses una gayola o gallarda¹⁷⁰ ante millones de españoles".

Incluso los más puros ejercicios de escatología, como se ve, acaban desembocando en provocaciones de carácter sexual. Véase un caso aún más claro. "La basura"¹⁷¹, titula Umbral: elogia el que -según el columnista- es el paisaje natural de la España eterna. "La basura -escribe- es la cenefa natural de nuestro vivir barroco"; la escupidera es "el punto de referencia alrededor del cual se debe escupir, nunca dentro, que eso queda amariconado"; hay basuras insignes, ilustrísimas cacas, preclaras porquerías como "las bragas y compresas desechables de **Cristina Almeida**" o "unas cocacolas estrujadas y un támpax viejo de la fiduciaria **Carmen Posadas**": he ahí otra vez, he ahí una vez más, la derivación cuasi erótica¹⁷² de una escatología que nació pura y dura.

Hay, en fin, atentados menores contra el decoro público. Hay contravenciones, de mayor o menor empaque, a la decencia social: sube el precio del agua y vaticina Umbral que "en los cines olerá más a coño"¹⁷³. Hay pequeñas y deleitosas cuchilladas a la dignidad estética, a la pulcritud aseada de ciudadanos que huelen -pongamos por caso- a espera y atasco: ahí, por ejemplo, puede recrear Umbral una placentera "sonada de mocos (y el gusto que da írselos sacando con el meñique, ya resecos, como hace todo conductor en el semáforo)"¹⁷⁴. Es el regusto demorado y barroco por la guarrada costumbrista, por la cochinada pura, porque esta vez ni siquiera hay sexo de por medio.

3.1.2.3. El bello sexo y la tentación del machismo.

Amor y odio. Rosa y látigo. Adoración y vituperio. Por ética, Umbral se declara

feminista como el (o la) que más, y defiende con reiterada vehemencia la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Por estética, sin embargo, adopta Umbral una actitud ambigua, interpretable como puro y desvergonzado machismo si se considera en su literalidad, pero claramente irónica si se analiza con cierta calma. Lo que ocurre -y a Umbral, desde luego, esto no se le escapa- es que provocaciones de esta índole suelen desactivar automáticamente la calma analítica de los lectores. Cuando éstos encuentran un texto en el que alguien se burla del feminismo (o, en general, de las mujeres), lo normal es que, si no están de acuerdo con el autor, se sientan heridos por el dicterio de hoy mismo, por la evidencia rotunda del texto que tienen ante sus ojos. Es difícil que se detengan a contrastar el exabrupto de hoy con las morigeradas alusiones de ayer, y mucho menos con las contundentes explicaciones de anteayer.

Umbral, además, juega a exhibir su presunto machismo, con lo cual la trama irónica se complica todavía más. Practica el autor una suerte de *coherente incoherencia* que más tiende a confirmar el estereotipo que a dilucidar equívocos. Hay coherencia porque la actitud del escritor ofrece una solidísima continuidad en el tiempo. No se producen vaivenes incontrolados. Al contrario: la postura de 1976 (por ejemplo) se mantiene intacta casi veinte años después. Se trata, por tanto, de una coherencia diacrónica. Examinada la cuestión desde un punto de vista sincrónico, el autor muestra su más contumaz -aunque asimismo consciente y deliberada- incoherencia. Su conducta textual es la de un señor que parece descaradamente machista, pero que en el fondo -y acaso por culpa del propio descaro- no lo es. O tal vez al contrario. El hecho es que el articulista juega a confundir a sus lectores. Puesto que la cultiva con tanto esmero y asiduidad, se ha de suponer que algo debe de obtener Umbral gracias a esta pintoresca estrategia. Acaso placer por la travesura, acaso divertimento estético, quizá ese cierto regusto del personaje maldito que se empeña en ir contracorriente y defender una perversidad anacrónica. Lo raro, lo insólito, es que se defienda el provocativo punto de vista del transgresor y, al mismo tiempo, se sostenga y se comprenda la postura de quienes, por natural reacción, se han de sentir indignados ante las incitaciones de un escritor descarada y empedernidamente machista. "Por eso no hay

que dar el voto a la mujer, que ya lo dijo Victoria Kent.

>> - Usted lo que es un reaccionario.

>> - También puede ser, señora"¹⁷⁵.

¿Qué significa, exactamente, ese '*también puede ser*'? ¿Acaso el signo textual de la ironía? ¿Acaso una sincera y definitiva confesión?

"Uno sigue viendo a la mujer como a una planta"¹⁷⁶; "uno es así de machista"¹⁷⁷; "si vamos de machistas, uno es más macho que nadie"¹⁷⁸; "yo soy yo y mi machismo, y de ahí no hay quien me saque"¹⁷⁹. No están locos quienes resuelven la ambigüedad que se presenta en el texto sintiéndose insultados por un articulista visceral y misógino. Hay en el columnista, sin duda, un hispido afán de provocación. Las consecuencias pueden resultar aparentemente desagradables. Pero lo cierto es que, cuando la incitación surte efecto, Umbral exhibe la repulsa de las feministas, como si de este modo hubiera conseguido por fin lo que en realidad deseaba: "hay una revista de vindicaciones feministas que me ha puesto una esquela, sin duda por macho, machista y discriminador"¹⁸⁰. Pero la cuestión no es tan sencilla como a menudo parece. Basta con seguir leyendo el último artículo citado para empezar a sospechar que Umbral no es ni misógino ni antifeminista: "la mujer es una creación lírica y jurídica del hombre. Ahora, las mujeres están queriendo escapar, y hacen bien, de los sonetos de Garcilaso y del Código Civil". Provocación y desagravio. Descalificación y apología. "La mujer española (...) es el más vivo síntoma del cambio. Esto le duele a cierta derecha misógina y nicotinada. Y a mí, en mi machismo, ay"¹⁸¹. Así es la *coherente incoherencia* de que antes se ha hablado. El machismo de Umbral viene a ser un alfiler con aspecto de cuchillo. Se utiliza para que asuste, para que cause el mayor escándalo posible. "A nuestra generación, o sea la del 68, nos tocó un ganado difícil: las progres y las feministas de braga de esparto"¹⁸². Cabe preguntarse quién, de entre feministas y progres, no reaccionará con vehemencia al comprobar que un señor (sedicente comunista, para colmo) las toma, con absoluta desfachatez, por *ganado* que usa *bragas de esparto*. Cabe responderse que nadie o casi nadie. A veces, el alfiler se llega a confundir con el cuchillo. Duele, o escuece, mucho más de lo que su minúsculo

tamaño permite aventurar. Imagina Umbral cómo sería en España un hipotético Gobierno de mujeres. Su propuesta, en síntesis, viene a ser la siguiente: "Ministerio del Faralae y la Copla Suelta", para "la Cantúa" (esto es: la cantante María José Cantudo); la "Dirección General del Caracolito y el Mi Arma", para Marujita Díaz; de la "Subsecretaría del Chisme Familiar y la Finca Rústica Prevaricada" se debería encargar doña Pilar Franco; y a Pitita Ridruejo le correspondería el más convencional "Ministerio de Asuntos Exteriores"¹⁸³. Todo parece indicar, claro, que el articulista se mofa de las mujeres (de todas ellas, en general) con semejante propuesta. Porque resulta, además, que a las políticas de verdad las convertiría -según anota en otro lugar- en dependientas de unos "grandes almacenes"¹⁸⁴. No mandan las que deberían, no deberían mandar las que mandan y, en fin, las mujeres son las verdaderas culpables de los males de España: "el mal sempiterno de esta patria son las señoras"¹⁸⁵.

¿Por qué, a pesar de lo que apuntan las apariencias, no llega a ser cuchillo este cáustico alfiler? Pues sencillamente porque Umbral compensa -y, bien mirado, anula- el dolor del látigo con el aroma de la rosa: "la mujer española ha ido siendo alternativamente el negro del hombre, el judío del hombre, todas las razas sometidas por el adusto visigodo que llevamos dentro"¹⁸⁶. No una, sino muchas veces¹⁸⁷ desmiente Umbral su por otra parte bien ganada fama de misógino empedernido: "la única liberación social que nuestras mujeres necesitan es que las dejemos en paz, que no decidamos por ellas, que respetemos su hegemonía sobre su cuerpo (del alma ya se ocupa ella)"¹⁸⁸. Llevan razón las feministas en que la mujer debe ser tan libre como el hombre, pero se equivocan -matiza Umbral- al pretender que debe ser libre por el hecho de ser mujer. La igualdad de derechos no se puede plantear como una batalla entre sexos. En realidad, la consecución de la libertad y la igualdad es un objetivo por el que deben luchar hombres y mujeres. El enemigo no es el otro sexo, sino el poder establecido. La batalla que pretenden librar las feministas debe ser asimilada, pues, por una guerra ideológica aún más ambiciosa: la lucha marxista de clases¹⁸⁹. Queda claro, por tanto, que las diatribas contra el feminismo radical no se deben a cuestiones de fondo. Más bien al contrario. Umbral suscribe incluso los más crudos postulados del

movimiento feminista: "en estas sociedades postindustriales y avanzadas ocurre que la mujer es el lumpem del hombre"¹⁹⁰. Las discrepancias surgen bien por antipatías personales¹⁹¹, bien por cuestiones meramente estéticas¹⁹², bien -según ya se ha comentado- por la amplitud de miras ideológicas que ha de tener la lucha por la igualdad.

Umbral ha demostrado repetidamente que no es machista, aunque a veces juegue a serlo; ha demostrado incluso que, en ocasiones, es capaz de escribir sobre las mujeres sin dejar de ser provocador, pero sin necesidad de incurrir en misoginia de ningún tipo. Léase, por ejemplo, el último artículo que publica en su etapa de *Diario 16*. Se refería allí Umbral a una polémica decisión judicial, popularmente conocida como la *sentencia de la minifalda*. Un hombre había violado a una mujer en Lérida. El juez entendió que el violador había sido incitado sexualmente por su víctima. Y ello por la simple y muy discutible razón de que la agredida llevaba ese día una *provocativa* minifalda. "El juez, ya saben, le ha preguntado a la violada, en Lérida, si llevaba bragas, o sea, en el momento del delito o presunto". Umbral cree que un juez así debería acabar sufriendo su propia jurisprudencia. "Con jueces como el de Lérida, lo que deben hacer las víctimas femeninas, en lugar de poner denuncia, es esperarles a la salida del Juzgado, preguntarles si llevan calzoncillos largos o cortos y beneficiárselos con toga y todo, que hay togas muy eróticas y que les caen. Y en el juicio subsiguiente sería posible esta pregunta:

>> - En el momento de ser violado ¿iba sin toga el señor juez? (...) A una violada es infame preguntarle incluso si llevaba tabaco en la noche de autos. Cuanto más desnuda vaya una mujer, mayor respeto merece"¹⁹³.

Queda claro, pues, que el presunto machismo de Umbral es en realidad una careta de cartón, una incitación a la protesta que no se corresponde con el verdadero pensamiento del escritor. Tal vez se pueda pensar que esta insinceridad de fondo roba a la transgresión una considerable parte de su fuerza originaria. Pero más bien sucede todo lo contrario. Umbral se disfraza a menudo de machista radical, de esos que piensan que las mujeres deberían estar todas en casa, trabajando: "la culpa la tenemos

nosotros por meterlas en política, que la política es cosa de hombres y hace falta un **Matanzo** que las mande a todas a casa a las diez, como cuando eran decentes y relimpías"¹⁹⁴. Se puede suponer que barbaridades como ésta no son más que pura ironía. Si algún lector, por el contrario, se queda con la literalidad de lo escrito, tendrá el derecho de argumentar que el autor no ha dejado en su texto un solo signo de que estaba ironizando, y que en otras ocasiones la actitud misógina y machista se ve aún más clara (con menos posibilidades de ser irónica) que en ésta.

Tiene parte de razón, pues, este hipotético lector ofendido. Sería injusto considerar que es, sin más, un piçajoso o un tipo atrabiliario. Por otro lado, también está claro que Umbral no es el machista que a veces parece. Teniendo ambas cuestiones en cuenta, se debe concluir que la transgresión existe, y que no por estar basada en una misoginia sólo aparente (no sincera) es menos importante que otras. En este caso, el articulista teje una transgresión que no responde a sus ideas o convicciones personales, y de ello se deduce que la cultiva por el mero gusto de escandalizar, de provocar a los lectores. El arte por el arte, se decía antaño.

3.1.2.4. Guerras de religión.

Francisco Umbral es un cruzado inverso. La suya es una especie de guerra *non sancta*, una suerte de herejético e iracundo apostolado contra el Dios oficial.

En la España predemocrática, ese Dios (el oficial) todavía conservaba nombre y apellidos: católico, apostólico, romano. La dictadura franquista había elevado el catolicismo a la categoría política de religión de Estado. Conviene recordar que la Guerra Civil fue presentada desde un primer momento como *Gran Cruzada Nacional*. Las monedas del régimen despejaban cualquier asomo de escepticismo: el Generalísimo era "Caudillo de España por la Gracia de Dios". Con razón o sin ella, el caso es que la Iglesia Católica convirtió a Francisco Franco en *homo missus a Deo*. Mientras él vivió, la religión católica fue la única oficial. A su muerte, en noviembre de 1975,

comienza un lento (y en principio incierto) proceso de apertura que, años después, cristalizaría en el artículo 16 de la Constitución Española: "Ninguna confesión tendrá carácter estatal".

Debe todo ello tenerse muy en cuenta para comprender el significado de algunas transgresiones de Umbral. Ya en el primer artículo que publica en *El País*, en junio de 1976 (apenas siete meses después de la muerte de Franco, por tanto), concede al sindicalista y comunista Marcelino Camacho el calificativo de "santo"¹⁹⁵. Es tan sólo un aviso. Días después, compara al Opus Dei con el grupo de rock "Rolling Stones"¹⁹⁶. El día en que su columna de *El País* cumple exactamente un mes, Umbral cuenta un chiste sicalíptico y anticlerical sobre una beata preñada. El pasado franquista está aún a la vuelta de cada esquina, pero el articulista adopta la irreverente actitud de quien lo siente ya muy lejano: "antes del Concordato, Arias Salgado tenía que hacer estadísticas masturbatorias para ver cuántos españoles podía cubicar en el cielo por metro y año"¹⁹⁷. Todavía no se ha cumplido el primer aniversario de la muerte del Caudillo: para entonces Umbral acusa ya -y con vehemencia colérica, además- a don Marcelo González Martín (en particular)¹⁹⁸ y a la Iglesia católica (en general) de haber representado durante lustros a los ricachones de España, a los que rebosaban de poder e influencias, mientras que esa misma Iglesia apartaba la vista cuando tropezaba con todo un pueblo estragado por la miseria y el hambre. Antes de que acabe el año, el tabú religioso ha quedado definitivamente desmantelado, abatido por el pecado de la irreverencia y por el acero de la burla: "la catequesis sirve para pecar a braga quitada en cuanto se supera el trauma"¹⁹⁹.

Todo ello constituye apenas el prólogo blasfemo de un libro con muchos más capítulos. Entre 1977 y 1994, la cruzada anticatólica no sólo se mantiene, sino que se intensifica. La guerra de estos años se libra contra un dios violento y minúsculo, contra un dios avaro, mezquino, malévolo a veces²⁰⁰. El máximo representante de ese dios en este mundo se acaba convirtiendo en blanco predilecto del articulista. Los ataques al Papa Juan Pablo II son especialmente duros a partir de 1988. De ahí en adelante, el Sumo Pontífice no pasa de ser un irrisorio personaje que se presta como pocos a la

caricatura gruesa, a la ridiculización frívola e impía: "o sea que el Papa viene a ser ya una cosa así como <<**Encarna de noche**>>, sólo que **Encarna** en más hombre. (...) Según Radio Vaticano, marcando el 3977793030 se puede escuchar durante dos minutos un pensamiento del Papa **Juan Pablo II**. Yo creo que ni a Pascal le salían los pensamientos con tanta celeridad, a razón de uno cada dos minutos. ¿Y por qué no dan ya, de paso, el teléfono de Pascal, que siempre se le ocurrían cosas más ingeniosas sobre Dios que al Papa, (...)?"²⁰¹. Es representado mediante chuscas siglas: "JP2", es decir "El señor Wojtyla, alias Juan Pablo II"²⁰². Es insultado porque beatifica a cristianos que murieron en la Guerra Civil española: "nos ha salido un Sumo coñazo que insiste en el santoral siniestro"²⁰³. Es, en fin, ridiculizada con saña su afición a los viajes: "este Papa es tan ecuménico y zascandil que, con tal de viajar y ver mundo, se deja traer/llevar por las grandes marcas, como **Perico Delgado** en la Vuelta"²⁰⁴.

Pero, con todo, el Papa constituye sólo la primera piedra del edificio. La Iglesia es mucho más que una sola persona, por más que ésta sea tenida por infalible. Sostiene Umbral, en consecuencia, una encendida reprobación del edificio en su conjunto. Su ataque va dirigido contra lo teológico y contra lo antropológico, contra lo metafísico y contra lo más groseramente mundano. Por elemental respeto a la jerarquía de valores vituperados, hemos de comenzar por la blasfemia que recae sobre el libro sagrado por excelencia; es decir, sobre la Biblia: "ese gran libro coñazo y porno"²⁰⁵. Resulta muy curiosa la prolongación de esta referencia erótica ya en denuestos relacionados con símbolos religiosos ("la droga ha hecho frígidas a las putas, así como el rosario pone cachondas a algunas beatas"²⁰⁶), ya en juegos verbales del tipo "como virgen por rastrojo"²⁰⁷, ya en variadísimas e imprevisibles mezcolanzas de religión y sexo: "los himnos militares, lejos de llevarnos a la guerra, hacen llorar de emoción doméstica a las beatas y a las putas, que son las únicas que lloran en los desfiles"²⁰⁸. Está claro que al escritor le atrae esta irreverente mixtura: putas y beatas, lo maldito y lo sacro. No importa demasiado a cuento de qué. De ordinario, la justificación racional del nexo es debilísima, inverosímil. Importa, sobre todo, la conexión exótica, la asociación lujuriosa de conceptos. Hay ya pura y macabra burla cuando lo que pretende el autor es

arremeter contra la estructura terrenal del clero. Esa burocracia eclesiástica se llama, en España, Conferencia Episcopal: "la División Acorazada Brunete de Dios"²⁰⁹; o bien "esa formidable y espantosa máquina de mandar españoles al infierno sin tiempo de quitarse el preservativo"²¹⁰. La Iglesia se opone al uso de preservativos (y en esto, por una vez, coincide con Umbral), pero también está radicalmente en contra de la despenalización del aborto, de la legalización del divorcio, de la promiscuidad sexual. Umbral, por el contrario, entiende que el aborto es un derecho fundamental de todas las mujeres²¹¹; defiende el *casamiento por lo criminal*²¹², y se burla (con todo lujo de pullas) de ese matrimonio tradicional, católico, sólido y legítimo; cree que la Iglesia es una entidad asexuada en la forma, pero extremadamente machista en el fondo: "nunca ha sabido uno si la Iglesia ignora a la mujer porque la odia o la odia porque la ignora"²¹³.

Si todo esto sucede con Dios, el Papa o la Iglesia en general, cabe suponer qué ocurre con los pormenores cotidianos del catolicismo. Por aportar tan sólo un par de ejemplos, véase qué escribe Umbral sobre la organización religiosa "Opus Dei": según él, este grupo es una "secta" que ocasiona trastornos morales comparables a los daños somáticos típicos del virus del SIDA; desde el punto de vista sociopolítico, el "Opus Dei" tiene mucho de nazismo²¹⁴. Y segundo ejemplo: la Catedral de la Almudena de Madrid, que se debería convertir -Umbral lo solicita con sacrílega sorna a lo largo de todo un artículo²¹⁵- en una multitienda postmoderna, llena de "máquinas tragaperras y bocatas luminiscentes". Eso, dice el columnista, es lo que de verdad necesita el barrio.

Sería ya insensato pretender destacar algo que se ha venido haciéndose notar, desde la sombra de su propia obriedad, nada más concluir el primer párrafo de este capítulo: Francisco Umbral no desarrolla, sin más, el pensamiento laico y crítico de un ateo que, como tal, tiene todo el derecho a no creer en las teorías religiosas aceptadas por la mayoría de los españoles. Está muy claro que Umbral va mucho más a allá: él quiere provocar a los lectores, hacer que algunos se sientan heridos y que otros se sepan por fin comprendidos, suscitar simpatías y descartar falsas afinidades éticas o estéticas. Quiere arañar al siempre intocable poder religioso, eso está muy claro, pero sobre todo

quiere ejercer (también aquí) de escritor irreverente y transgresor por los siglos de los siglos: "ni el Nobel ni la Academia ni el Adonais ni la cosa. Yo lo que hubiera querido es estar en el *Índice* de la Iglesia"²¹⁶. Se decía más arriba que no tiene demasiado sentido intentar desvelar algo que es de suyo evidente. Si tiene sentido (más allá del meramente irónico) el hecho de que el articulista no sólo califique y descalifique como un provocador, sino que además señale expresamente que, al hacer lo que hace, está actuando como un provocador. Esta otra redundancia (la del columnista) sí que tiene sentido: más que coherencia con el propio pensamiento, en este tipo de gestos hay autocomplacencia con la máscara, hay gusto y disfrute con una labrada etiqueta de escritor marginal, transgresor, subversivo.

3.1.2.5. Coda social: un tipo raro en un mundo tópico.

La disidencia, para él, es una necesidad fisiológica, un modo de pensar y estar en el mundo. A Francisco Umbral le gusta ser un tipo extraño. Le gusta huir de las opiniones consensuadas, mayoritarias, henchidas de tópico sentido común. Hasta aquí se ha intentado estudiar cómo se manifiesta textualmente la heterodoxia del escritor: es decir, se ha pretendido analizar cómo (y acerca de qué cuestiones de carácter social) emite el articulista sus más llamativas insolencias. Se ha insistido en aspectos claves como la religión, las drogas o el sexo. Ahora conviene completar el cuadro: conviene reflejar -siquiera sea mediante unos pocos pincelazos testimoniales- al disidente cotidiano y pertinaz, al escritor que lleva abrigo en el tórrido julio o que deplora, con gélida desaprobación, la vida sana de quienes gustan de hacer habitualmente deporte²¹⁷.

"Mañana vuelvo a fumar. Aunque sea anís"²¹⁸: así responde el articulista a una campaña institucional contra el consumo de tabaco. No es la rebeldía -bastante comprensible- de un fumador cualificado y tenaz que disfruta con su vicio. Es la rebeldía pura y exerciva de quien no tolera consejos. Ni prohibiciones. Por eso debe el

Estado permitir la eutanasia²¹⁹: el rebelde muere como le da la gana, no como está mandado. Por eso es razonable y lícito el suicidio²²⁰. Cómo no va a serlo si también lo es el canibalismo de intención panteísta: "a uno le reconforta mucho leer en la Prensa, de vez en cuando, que los antropófagos se han comido a un misionero: es la forma más dulce y cruenta de comunión"²²¹.

"Uno la verdad es que no le ve mucho sentido a ese pollo que han montado los periodistas, los moralistas y la opinión a propósito de un programa televisivo infantil donde salían canibalismos, antropofragias, castraciones, sadismos y señoras desnudas"²²². Los niños no necesitan tanta artificiosa protección. No hay que escandalizarse por la violencia emitida a horario infantil. Si algo necesitan los niños es prepararse para vivir en una sociedad llena de violencias, prepararse para "lo que les espera en cuanto aprueben el COU". Por eso, quizá, recomienda Umbral buena literatura, libros y autores que moldean con vigor y conocimiento de causa la personalidad humana: "yo siempre dije que los niños tenían que leer al marqués de Sade, porque los niños son muy sádicos, como ya viera Freud"²²³.

La modernidad y la rapidez no son nada cómodas. Umbral abomina del llamado Tren de Alta Velocidad Madrid-Sevilla²²⁴. Abomina de la Exposición Universal de Sevilla²²⁵. De todo aquello que suene a oficial. Hasta del dinero en curso, si es auténtico: "yo creo que hay que retirar todo el billeteaje auténtico, que no da ni para un cuarto de merluza, y dejar sólo en circulación billetes falsos, que tienen el mérito de la acreditada artesanía española"²²⁶. En realidad (y al margen de lo que suceda de hecho en la vida privada del escritor), Umbral desprecia del dinero, de cualquier dinero, pero especialmente de aquel que se ha ganado por azar: "la mejor manera de llegar a la santidad es la soberbia, y mi soberbia consiste en que no me vale para nada ningún dinero que no me haya ganado yo, honrada o vilmente, que eso me da igual. Prefiero asesinar a los Albertos, apuñalando las dos gabardinas juntas, y llevarme el pastón, a que me toque la lotería"²²⁷. No vale el dinero ganado por casualidad. Hay que trabajar la propiedad. Hay que labrar con paciencia (y sin atajos²²⁸) aquello que se quiere poseer. No vale el dinero fácil y rápido. Aunque sea poco, como cuando se obtiene por

caridad. Los pobres que no tienen nada deben reclamar justicia, dice Umbral, y no apelar a la caridad de los injustos que lo tienen todo²²⁹. Parece que alivia o remedia el hambre, pero en realidad la limosna perpetúa la mendacidad, consolida la injusticia social de un mal reparto de la riqueza; la caridad fomenta el conformismo de los marginados y desactiva su rebeldía.

Con la ética personal del escritor choca también el militarismo, la disciplina castrense de grito recio y obediencia unánime. Así que "viva **Franco**, arriba España, coño, arriba, pero a ver si nos inventamos otra cosa y otra causa para galvanizar a unas mocedades que ya no se mueren de castas y sencillas. La Patria, qué flash"²³⁰. Ni verdad eterna ni poder fáctico. El Ejército apenas es una invitación a la hilaridad más aplaciente. Casi tan aplaciente y distendida como aquella terquedad lírica de que se arma el autor para enfrentarse a la gran mayoría de españoles que, a mediados de 1988, soñaba con la lluvia. Eran años de extrema sequía, pero Umbral sorprende una buena mañana a sus lectores con la siguiente declaración de amor: "amo la contaminación y su forro luminoso, la sequía"²³¹. La sequía, añade Umbral, es "el revés lumnioso de la contaminación (...), está hecha de aire de **Velázquez** y sol patatero de **Goya**". Llegaba el verano. Se temían restricciones inminentes. A los cielos españoles se les pedía agua mediante clamor popular. Umbral prefiere la sequía. Es más bella.

1.2.3. Insolencias políticas.

"A mí no me mueve la política, sino la estética"²³². Puesto que la sequía es más bella, séquese la lluvia. Puesto que la disconformidad y la insolencia se acomodan mejor a la hispida estética del escritor provocativo, viólese la cordura y despliénguese con vigor la procacidad y el descaro. También en política. También a propósito de complejas y delicadas cuestiones que afectan al Estado. El trabajo del Gobierno y de los partidos de la oposición conforman un texto que admite toda clase de comentarios. Conviene

partir de esta idea básica: Umbral no escribe sobre política con el recato y la medida del corresponsal político; él no pretende enriquecer la realidad política diaria con serenos comentarios, con sensatos y razonables juicios u opiniones. Francisco Umbral renuncia desde el principio²³³ a la imparcialidad, a la objetividad (entendida ésta no ya como completa anulación del *yo*, sino -más modestamente- como control racional de la propia subjetividad), a la ecuanimidad. Su posición política es clara: suscribe los postulados ideológicos y económicos del Partido Comunista de España (PCE), y sólo en muy contadas ocasiones discrepa del ideario comunista. El articulista mantiene, en consecuencia, una actitud política minoritaria (respecto de la realidad política española, al menos), pero no intrínsecamente transgresora. Simpatizar con los comunistas, entre 1976 y 1994, no constituye motivo alguno de escándalo. Sí puede resultar llamativo que, en este caso concreto, el periodista se desnude ideológicamente sin el menor atisbo de pudor, que confiese con pasión cuáles son sus preferencias políticas. Téngase en cuenta, no obstante, que Umbral no es un periodista *sensu stricto*: él es, en realidad, un escritor que publica a diario en los periódicos, pero siempre desde la perspectiva del literato dotado de una pronunciadísima personalidad ética y estética, y casi nunca desde el ambicioso (por panorámico) punto de vista del periodista que se esfuerza en describir la realidad desapasionada y desinteresadamente, con independencia, por tanto, de las opiniones o las inclinaciones políticas personales. Por más que la sinceridad no sea conducta habitual en casos semejantes (no es frecuente que el articulista, periodista o no, desvele con tanta crudeza su ideología), resulta aún más llamativo el hecho de que el autor -como él mismo señala- prescinda en gran medida del análisis político puro, y se deje llevar casi siempre por razonamientos de carácter estético. Los textos políticos (o cuasi políticos) de Umbral gravitan sobre un núcleo conceptual no estrictamente político. Conviene, para comprender el sentido exacto de sus ideas e insolencias políticas, partir del ideario comunista que el autor confiesa profesar. Pero no basta con eso: hay que tener muy en cuenta, además, el talante ético y estético del personaje que Umbral ha modelado durante años, y que ahora casi no se deja separar de la personalidad del propio escritor.

analizar los argumentos o las sinrazones políticas del columnista considerando en todo momento los rasgos psicológicos que mejor definen la personalidad del autor. Y, en especial, conviene relacionar tales rasgos psicológicos con una estética henchida de rebeldía, procacidad e irreverencia. La política es sólo una parte de ese gran todo que es el mundo cotidiano. Un mundo -viene a pensar y expresar Umbral en sus textos²³⁴- aparentemente justo, apacible, pero que en el fondo no es más que una gran mentira, una farsa en la que los opresores entretienen y engañan a los oprimidos, en la que los poderosos justifican su dominio sobre los explotados con una supuesta (e inexistente) situación de igualdad de oportunidades para todos; una aberración, en fin, contra la cual sólo se puede luchar mediante la rebeldía más insobornable: aquella que se nutre tanto de la ética como de estética personal, aquella que se manifiesta por medio de la propia vida. Sostiene Umbral, pues, que el mundo es injusto. Y no sólo por motivos políticos. Tal injusticia no se podría explicar ni combatir sólo desde la política. Hay que considerar además aspectos tan importantes como la educación, la economía o incluso el periodismo. El mundo es muy complejo; su injusticia es múltiple por necesidad. Y el escritor, para luchar contra esa iniquidad abrumadora, sólo dispone de las armas propias de su oficio. Esto es, de armas estéticas. Los argumentos morales de un escritor son, en realidad, estilísticos: la estética también admite usos éticos.

Pues bien: Umbral entiende que la igualdad, la libertad y la justicia verdaderas sólo se pueden lograr si todo el pueblo se empeña en obtenerlas. El conformismo de los oprimidos es el auténtico poder de los opresores. Para transformar la realidad hay que criticar a los poderosos, pero aún más hay que incitar al pueblo, provocar a la sociedad en su conjunto para que cese la resignación y emerja el espíritu de lucha. Ésa es la función de las transgresiones políticas (y, en último término, de cualquier otra transgresión). La provocación será eficaz si consigue que los lectores olviden su indiferencia, queden asombrados, se sientan impelidos a reflexionar e incluso a actuar de tal o cual modo.

La agresividad del articulista, así pues, contiene una carga muy considerable de motivaciones políticas. Sería absurdo que se pretendiera negar la evidencia. Importa

destacar, no obstante, el hecho de que tales motivaciones responden a una concepción del mundo que va mucho más allá de lo meramente político. Umbral no escribe con las estrategias del propagandista puro. No le mueve la política, sino la estética. Lo cual supone que la incoherencia política de los disparates concretos responde a una coherencia de fondo, a una racionalidad extrapolítica que tiene mucho que ver con la estrategia global del escritor: llamar la atención del lector para que éste no pueda permanecer impasible, excitar su sensibilidad ética y estética.

Dentro del período considerado (1976-1994), esa estrategia general se articula de dos modos básicos:

1) Hasta 1983, Umbral lanza sus más desaforados dislates al sistema político en su conjunto. Nace un régimen democrático, según él, imperfecto, mezquino, chato. El pesimismo del autor respecto al nuevo orden político es la nota dominante durante estos años. Hay un simulacro de libertad, viene a repetir Umbral día tras día, hay una dictadura sibilina, silenciosa, infiltrada en un sistema democrático pervertido por las vilezas latentes del pasado.

2) Entre 1988 y 1994, la democracia española se consolida: el columnista parece aceptar que los problemas no proceden de la esencia misma del sistema, sino de la política menuda, de los partidos políticos, de los parlamentarios, de los votantes incluso. La libertad -admite Umbral- no es ya una pantomima. A juicio del articulista, el verdadero cáncer político de estos años (sobre todo de los últimos) es la corrupción, la inmoralidad de los gobernantes, la inmolación de los más elementales escrúpulos éticos en aras de un irrefrenable frenesí de dinero y poder.

1.2.3.1. Contra la concordia de la Transición.

El paso de la dictadura franquista a la democracia no fue nada sencillo. Lo más

difícil, sin duda, era conseguir que el sistema político del franquismo consintiera una reforma cuyo objetivo último era, precisamente, acabar con tal sistema. El milagro sólo parecía posible si se llegaba a un acuerdo general, a un sólido consenso acerca del futuro político del país. Pero este consenso exigía, sin más remedio, renunciaciones por parte de todos. Quienes habían heredado el poder franquista debían acceder, por ejemplo, a que se legalizara el Partido Comunista de España; los comunistas habían de renunciar a la República y aceptar la Monarquía; el propio Rey, sucesor del Caudillo en la Jefatura del Estado, tenía que someterse a la soberanía popular; y así, renuncia tras renuncia, debía cristalizar un nuevo orden político basado en los principios de libertad, igualdad ante la ley y sufragio universal. "La reforma desde arriba no podía satisfacer en ningún caso a la oposición. Sin embargo, la ruptura democrática entrañaba incalculables riesgos políticos y la división de la sociedad entre vencedores y vencidos"²³⁵. El franquismo residual no se sostenía por más tiempo, de modo que se imponía la urgente adopción de cambios. Los opositores también estaban obligados a aceptar ciertos cambios estratégicos: debían enterrar los planes de ruptura radical y aceptar, por sensatez y pragmatismo, los proyectos de reforma que diseñaban Adolfo Suárez y Torcuato Fernández Miranda.

Pasado un tiempo, era evidente que la reforma había conseguido imponerse. La apertura política acabaría dejando satisfechos a casi todos los protagonistas que la habían hecho posible. También a la sociedad española en su conjunto. La Transición, en tanto proceso histórico y político, merece hoy toda suerte de alabanzas: "el que, al cabo de cuarenta años de franquismo, la democracia llegara pacíficamente a España asombró a Europa. Esta transición pacífica fue resultado de la capacidad de negociación de Adolfo Suárez y de la moderación de la oposición democrática"²³⁶.

En este ambiente general de consenso y moderación, resulta muy llamativa (incluso estridente) la actitud política de Francisco Umbral. Su caso no refleja en absoluto el espíritu de concordia y templanza que parecían imponer los tiempos. El día en que la expresión "partido político" aparece por primera vez en un texto legal²³⁷, Umbral habla ya, descarada y descarnadamente, de la "enfermedad de la dictadura". "Una

habla ya, descarada y descarnadamente, de la "enfermedad de la dictadura". "Una imagen prohibida -añade, como queriendo justificar así la osadía- vale más que mil palabras autorizadas por la censura"²³⁸. En el transcurso de la reforma, él pide siempre más reforma: "parece que lo más sensato, entre hacer una reforma o hacer una ruptura, es hacer una revolución"²³⁹. Sin paliativos, sin pizca de moderación. "El sábado ha pegado España el gran salto adelante hacia atrás de su historia"²⁴⁰; así interpreta Umbral el nombramiento de Adolfo Suárez como Presidente del Gobierno, tras la dimisión de Arias Navarro. El nuevo Presidente casi siempre va a aparecer caracterizado como un falangista más, como un joven "flecha"²⁴¹ cuya misión consiste en administrar el cambio para que, al final, todo se mantenga intacto. Se mofa Umbral del pasado inmediato que representan hombres como Arias Navarro ("el fantasma nefrítico de Arias"²⁴², escribe) o como el ex ministro franquista Laureano López Rodó²⁴³. Irreverencia suprema respecto al pasado político reciente alcanza el articulista cuando destapa pequeños detalles de su vida íntima, cuando -verbigracia- confiesa que su verdadero amor, el de toda la vida, ha sido ni más ni menos que "la hija del jefe"; esto es, la mismísima hija del general Francisco Franco²⁴⁴.

No salen mejor parados los políticos del presente. Acaso con la única excepción de Santiago Carrillo, correligionario (en tanto Secretario General del PCE) y amigo del escritor. Los demás políticos de la época no gozan, ni mucho menos, del favor del columnista: Felipe González (PSOE) es apenas un bello periférico²⁴⁵; Fraga encarna la más pura, las más burda personificación de la soberbia²⁴⁶; Leopoldo Calvo Sotelo es una simple y tórpida "errata" de la Historia²⁴⁷; y así, en fin, van sucediéndose -uno tras otro- adjetivos, burlas y desprecios sobre los políticos más representativos del momento.

Frente a ellos, el articulista se presenta públicamente como un provocador. Umbral, marxista confeso, ejerce en ocasiones de reaccionario. Sin duda con el único objetivo de romper las expectativas de sus lectores. "Bueno, pues vamos a hacer un artículo fascista y reaccionario", escribe al comienzo de un apasionado homenaje a Castilla²⁴⁸. Cultiva Umbral, así pues, esa imagen de travieso indómito que no se deja atrapar por

posible, *pecaminosa* en grado sumo²⁴⁹. Inquietante, imprevisible. La conducta, en definitiva, propia de un relapso pertinaz, de un revoltoso que va a su aire y que se niega a aceptar ideas tópicas o evidencias políticas irrefutables. Contra el optimismo generado por el nuevo clima de libertad y democracia, Umbral se aferra a un pesimismo contumaz. Mantiene la teoría -por ejemplo- de que la libertad, en España, no soporta el trienio de vida²⁵⁰. Umbral insiste asimismo en la desmitificación de la política por la siempre crítica e irónica vía de la caricatura. Asuntos serios y complejos, como el Congreso del partido que sostiene al Gobierno, son tratados por el articulista con la desvergüenza de un *rockero* o de un *pasota*²⁵¹. Umbral felicita al Presidente del Gobierno (Adolfo Suárez), el día de su cumpleaños, con asombrosa cordialidad: "congratuleison por los 46, tronco"²⁵². Es verdad que mantiene una cierta compostura cuando escribe sobre terrorismo. Con sangre y vidas de por medio, toda transgresión o broma parece un detalle de pésimo gusto. El terror de las metralletas se combate -si es que con algo se puede combatir- con lirismo, con palabras que dibujan el dolor de una pupila acostumbrada a mofarse de todo y de todos. El terrorismo de ETA, de los GRAPO o de algunos grupos ultraderechistas viene a demostrar -siempre según el análisis de Umbral, por supuesto- que hay motivos más que sobrados para contemplar la nueva realidad política con bastante pesimismo²⁵³.

1.2.3.2. Contra la lujuria de la Corrupción.

Pasan los años. Persiste la amenaza terrorista. Umbral parte de la idea, expuesta²⁵⁴ ya en 1983, de que con los separatistas vascos de ETA no hay diálogo político posible. Se establece un principio de conversaciones en Argel. Al final, los terroristas de ETA rompen violentamente la tregua que ellos mismos habían establecido. Umbral comenta el fiasco con ironía, con sarcasmo. Ha desaparecido aquel tono apocalíptico de antaño: "los etarras erráticos en Argel, los etárricos estaban ya que no se aguantaban las ganas. Se lo hacían encima. Estaban que se lo hacían por la parabellum abajo"²⁵⁵.

El sistema democrático se ha consolidado²⁵⁶. La libertad es ya una evidencia incontestable. Los socialistas del PSOE gobiernan desde octubre de 1982. Ha surgido un término que pretende definir el nuevo orden político: *felipismo*. Umbral se olvida casi por completo de los males de la democracia, de la falta de libertad, de las ataduras y limitaciones impuestas por el pasado franquista. Ahora sus insolencias afectan a la política menuda, no a la legitimidad o al correcto funcionamiento del sistema en su conjunto. Umbral dispara con especial vehemencia contra ese *felipismo*²⁵⁷ que iba siendo lentamente debilitado por sucesivos escándalos de corrupción.

Tal vez todo comience con un asunto menor. Asunto de lencería íntima que le acabó costando el cargo a la por entonces Directora de Radio Televisión Española, Pilar Miró: "la Miró se ha comprado bragas inconsútiles (las bragas también visten el cargo) sin molestarse en disimular el trapicheo. (...) Pilar le ha puesto cuernos (los catalanes lo dicen sin artículo, y me gusta más) a **Felipe González con Enrique Loewe**"²⁵⁸. Cuatro años después, Umbral recuerda el episodio de Pilar Miró casi con nostalgia: "Pilar, amor, violaste nuestra virginidad democrática, pero éstos nos traen como puta por rastrojo"²⁵⁹. Nótese la exaltación expresiva de la denuncia. La crítica recae sobre el ámbito de lo concreto, pero no por ello decrece el ímpetu expresivo del articulista. Más bien al contrario: desde el punto de vista meramente lingüístico, la crítica se va deslizado poco a poco hacia la más cruda inverecundia. El lenguaje soez parece quedar justificado por el contenido de la denuncia, o -mejor dicho- por la ponzoña moral y política de las corruptelas denunciadas. "Aquí ya no queda una puta virgen ni un papel que sirva para otra cosa que para limpiarse el culo"²⁶⁰, escribe Umbral a propósito de Carmen Salanueva, que -al parecer- había aprovechando su paso por la dirección del Boletín Oficial del Estado para obtener sustanciosos y fraudulentos beneficios personales.

En el lenguaje agresivo con que Umbral reprueba durante estos años la corrupción política, según se acaba de ver, la procacidad política se deja acompañar con bastante frecuencia por vulgarismos de carácter sexual. Esta nefanda comunión entre política y sexo viene de lejos. Ya en 1977 ironiza el autor sobre la excitación sexual de algunos

partidos políticos²⁶¹. Poco después, el Gobierno decide devaluar la peseta en un veinte por ciento: "la devaluación -escribe Umbral- es genial, no económicamente, que ese *rollo* no me va, te lo prometo, sino sexualmente (...). Porque a más devaluación vienen más turistas y a más turistas vienen más suecas, que es de lo que se trata"²⁶². Compárese el tono de estas ingenuas travesuras con la dureza de años posteriores. Febrero de 1994: "no se sabe quién es más puta de los dos, si Pujol o Felipe, pero lo que tenemos claro es que Felipe es más listo"²⁶³. Julio de 1993: "Pujol se vende a medias, como las antiguas señoritas de París, que cobraban un plus por quitarse el sostén. Pujol no se quita el sostén, pero cobra otros oficios"²⁶⁴. Mayo de 1991: se descubre que varios senadores han votado por compañeros ausentes, y para ello se han tenido que valer de manos (en el voto que les correspondía) y también de pies (en el voto fraudulento); Umbral solicita la inmediata desaparición del sistema parlamentario bicameral: "o lo quitan pronto, el Senado, o acabarán votando con el capullo"²⁶⁵. Noviembre de 1990: en cumplimiento de una resolución de la ONU (que había ordenado aislar económicamente a Irak), la flota española enviada al Golfo Pérsico interviene por primera vez y lanza algunos cañonazos (sólo de aviso, por cierto) a un buque que se encontraba en la zona; motivo suficiente para que Umbral constate en un artículo que "todo un reemplazo ha eyacualdo al fin, de manera unánime, y además sin goma, como debe ser"²⁶⁶. Y, por último, julio de 1993: a los jefes de Estado o Gobierno del llamado "Grupo de los Siete" (los siete países más industrializados del mundo) se refiere Umbral, con aguerrida metonimia, como "las pollalisas del G-7"²⁶⁷.

La denuncia del "socialismo a braga quitada"²⁶⁸, según se ha dicho, se centra fundamentalmente en aspectos éticos. Umbral sostiene que el Gobierno socialista de Felipe González acaba degenerando en una escandalosa y generalizada corrupción. Tal es el principal motivo de la rotunda descalificación al Partido Socialista Obrero Español, en general, y a Felipe González Márquez, en particular. De todos modos, la crítica al Gobierno socialista se apoya también en otros argumentos. En síntesis, puede decirse que el articulista reprueba, en primer lugar, una política social y económica conservadora (impropia de un partido de verdad socialista)²⁶⁹ y, en segundo lugar, la

actitud del Gobierno en relación con la política antiterrorista. Dicho esto último en términos más claros, considera Umbral que Felipe González y sus inmediatos colaboradores (en especial su ministro de Interior) ampararon u organizaron el llamado Grupo de Liberación Antiterrorista (GAL). Esta organización surgió para luchar contra los terroristas de ETA utilizando su mismo lenguaje: esto es, el lenguaje del terror y de la ilegalidad. Ya en septiembre de 1988, publica Umbral un artículo en el que señala que el GAL no hubiera podido nacer sin la anuencia del Gobierno. Leemos en este profético texto que el comisario José Amedo "es el hombre clave que puede salvificar o condenar para siempre a un sistema", "el hombre/secreto, el que tiene en sí toda la verdad que puede salvar o hundir a un Gobierno, a un sistema, a un partido"²⁷⁰.

Es de sentido común que no hay transgresión alguna en la mera crítica al Gobierno de turno. Aquí se destacan las opiniones críticas de Umbral no por el simple hecho de que desapruében las posturas gubernamentales, sino por el modo concreto en que se exponen tales opiniones. Se destaca, en suma, el tono agresivo (insultante, a veces) y el carácter hiperbólico -desde el punto de vista estrictamente político- de los juicios emitidos por el articulista. Sobre el entonces Presidente del Gobierno, *verbi gratia*, escribe Umbral: "FG es menos inteligente que Franco. Y en lo personal y subjetivo, tan absolutista como él. González no deja hablar a nadie y Su Excelencia escuchaba siempre, era su única y misteriosa virtud"²⁷¹. A veces, Umbral alaba al político con más posibilidades de sustituir a Felipe González²⁷². Sólo a veces, sólo en muy contadas ocasiones. Por lo general, el presidente del primer partido de la oposición, José María Aznar, es fustigado con -al menos- la misma saña con que se ataca a Felipe González. A veces Aznar es criticado porque, a juicio de Umbral, no denuncia con suficiente valor y energía al Gobierno socialista²⁷³. Y, en otras ocasiones, por motivos que tienen más que ver con el talante personal del político en cuestión: "A Aznar ni siquiera se le pueden pedir responsabilidades, porque es tonto"²⁷⁴.

NOTAS: 3.1. RES: la transgresión de los contenidos.

¹ Véase Lausberg, H., *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft*, Max Hueber Verlag, Múnich, 1960; ed. española, *Manual de Retórica literaria*, Gredos, Madrid, 1966, vol. I, pág. 227.

² Consúltese el párrafo 2.3.1.2. del citado capítulo.

³ Así pues, será necesario analizar este tipo de transgresiones con cierta prudencia, puesto que a veces no queda del todo claro si una supuesta *insolencia* atenta o no contra las ideas que una comunidad toma por indiscutibles. Además (y ello implica una segunda y nada despreciable dificultad), siempre resultará muy complicado establecer *en qué grado* atenta una insolencia contra determinado tabú o dogma de la colectividad.

⁴ Desde el punto de vista del antropólogo, por ejemplo, el concepto de 'cultura' remite a toda información transmitida por conductos sociales, no por la vía genética. Tal noción de 'cultura' es, por tanto, considerablemente más general que la utilizada a propósito de las transgresiones que aquí van a ser comentadas. Por lo demás, conviene advertir que la exposición de la que ahora se parte puede ser aplicada, *mutatis mutandis*, a las nociones claves de los siguientes párrafos ("Sociedad", "Política", etc.), y por ello se ha procurado desarrollar con cierta morosidad los argumentos que a partir de aquí se ofrecen.

⁵ *Mis paraísos artificiales*, Librería Editorial Argos, Barcelona, 1976, pág. 60. Se ha recogido ya, en páginas anteriores, esta otra versión de la misma idea: "la cultura nunca ha sido respetuosa, sino insolente. No se hace cultura ni arte a partir de la urbanidad, sino a partir de la osadía". ("La cultura", *El País*, pág. 15, 24/07/1977).

⁶ "Los pícaros", *El País*, pág. 15, 23/06/1976. De todos modos, esta irónica denominación aparece con cierta frecuencia en los artículos de Umbral. En su *Diccionario para pobres* (Sedmay Ediciones, Madrid, 1977, pág. 85), el autor escribe el nombre de la institución correctamente, pero véase en qué contexto: "El Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha conocido días de gloria, pero nadie se acuerda. Ahora es una cosa panteónica, faraónica y salomónica que no interesa nada. Pero ahí sigue, en Serrano, como punto de parada del autobús".

⁷ "La precampaña", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 11/05/1993.

⁸ "Cultura y Estado", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/09/90. Argumenta allí Umbral que todo creador debe vivir de su público, no del Estado: "como no soy capaz de escribir una columna sin hablar de mí, diré que yo, que tengo muchos premios, jamás he pretendido uno de Franco ni de Felipe, mal comparados".

⁹ "El español", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/04/1991. Con bastante frecuencia, Umbral señala casi con orgullo que utiliza una construcción prohibida por la Academia: "un [*sic*: no *una*] joven fotógrafo (me resisto a escribir *fotógrafa*, contra académicos y contra feministas) me trae [...]". ("Lionel Hampton", *El País*, pág. 37, 11/05/1982). Además de ir contra el criterio académico (lo cual supone una transgresión elocutiva, y por tanto no analizable en este capítulo), Umbral destaca metalingüísticamente su transgresión; esto es: *afirma que vulnera* (y no sólo *vulnera*) la norma impuesta por la Academia.

¹⁰ Sobre esto ya se escribió al final del capítulo anterior, en un intento de semblanza psicológica (apartado 2.3.4.1.).

¹¹ *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1966, págs. 11-12.

¹² "La ventanilla", *El País*, pág. 26, 17/11/1976.

¹³ Véase *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1966 [1ª ed. de 1994], págs. 35-39. El capítulo citado, por cierto, acaba de la siguiente guisa: "Azorín no escribe mal ni bien, largo ni corto, claro ni oscuro, superficial ni profundo.

>> Azorín escribe *cobarde*."

¹⁴ "Tamames", *El País*, última, 19/05/1979.

¹⁵ "Calderón", *El País*, pág. 29, 10/07/1981.

¹⁶ "PSOE", *Diario 16*, pág. 4, 11/08/1988.

¹⁷ "Fidel Castro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/03/1992.

¹⁸ "La llama doble", *El Mundo del siglo XXI*, última, 19/01/1994.

¹⁹ Siempre, claro está, según el juicio crítico de Umbral: "hoy no se publican más que ejercicios de redacción ni siquiera buenos, donde el autor sólo pone su letra inglesa". ("Haro Ibars", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/02/1992.)

²⁰ "Haro Ibars", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/02/1992.

²¹ Esto será analizado más tarde (capítulo 3.2.1.1.1.) como 'transgresión textual', y no sólo como irreverencia literaria.

²² "CJC", *El País*, pág. 32, 20/10/1983.

²³ "El plagio es un género artístico tan respetable como cualquier otro." ("El triple héroe", *Diario 16*, pág. 4, 30/11/1988).

²⁴ "Majura Mallo", *El País*, pág. 26, 26/09/1983.

- 25 "Voltaire", *El País*, pág. 30, 16/05/1978.
- 26 "Lázaro, tronco", *El País*, pág. 23, 17/10/1979.
- 27 "Plaza de Oriente", *El País*, pág. 31, 21/11/1979.
- 28 "El golpismo blanco", *El País*, pág. 32, 03/12/1981.
- 29 "María Teresa León", *Diario 16*, pág. 4, 17/12/1988.
- 30 "La columnista", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 24/01/1992.
- 31 "Blancanieves", *Diario 16*, pág. 4, 03/04/1989.
- 32 Hasta el punto de que, alguna insólita vez, lo que aparece no es una crítica denigratoria, sino una tímida alabanza. En "Velázquez" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 24/01/1990), por ejemplo, llega a elogiar a Azorín. El ensayo *Las palabras de la tribu* (Planeta, Barcelona, 1996, págs. 22-45) recoge un juicio crítico y detallado sobre estos tres escritores (Baroja, Azorín y Galdós). En *Los helechos arborescentes* (Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1980, pág. 39), Umbral recuerda o imagina la amistad de su abuela con la escritora Emilia Pardo Bazán: "doña Emilia -anota con picardía el autor- se quitaba la dentadura postiza para hacerle mejores oficios a don Benito Pérez-Galdós o a don Vicente Blasco Ibáñez, que ahí no llega mi erudición de monacillo sobre el naturalismo español". Vuelve el autor a contar estas maldades en *Las señoritas de Aviñón*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1995], pág. 71.
- 33 El término, por supuesto, es de Umbral. Lo usa por primera vez (en artículos periodísticos) el 29 de septiembre de 1979. Se aporta más información en el glosario (capítulo VII).
- 34 "Maruja Mallo", *El País*, pág. 26, 26/09/1983.
- 35 "España/Francia", *El País*, pág. 28, 22/12/1983.
- 36 "Madrid cultural", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/01/1992.
- 37 "La hidra marxista", *El País*, pág. 24, 07/02/1978.
- 38 "España en venta", *Diario 16*, pág. 4, 11/10/1988.
- 39 Se tratará sobre ello en el parágrafo 3.2.1.1.3.2. de este capítulo.
- 40 Heterodoxo y pasional historiador se muestra Umbral en muchos de sus artículos. Valga el siguiente retrato moral de Isabel la Católica como muestra del alto grado de visceralidad que desprenden algunos de sus textos: "una reina que fue cruel con los judíos y los moros, guerrera contra el resto de las Españas, ambiciosa hasta empeñar las joyas, borde con su marido (el mejor político del Renacimiento, que ya nacía), madrastra con su hija doña Juana y poco dada a detergentes." ("Don Manuel", *El*

las joyas, borde con su marido (el mejor político del Renacimiento, que ya nació), madrastra con su hija doña Juana y poco dada a detergentes." ("Don Manuel", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 28, 07/11/1990).

41 "Los dossiers", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 01/03/1990.

42 "El bocadillo", *El País*, pág. 15, 21/07/1976.

43 "Marx", *El País*, pág. 24, 19/02/1983.

44 "El patriotismo del petróleo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/09/1990.

45 "Ya las han quitado", *El País*, pág. 23, 13/04/1977.

46 "PSOE/29", *El País*, pág. 34, 20/10/1981. La inversión, por cierto, queda aquí justificada por medio de un elocuente paréntesis: "(La historia del revés es más verdadera.)". Años antes, Umbral había ya escrito algo semejante: "con el asesinato de Larra muere una España ilustrada y, con el suicidio de Lorca, muere otra España ilustrada". ("Carnavales", *El País*, pág. 23, 23/02/1977.)

47 "Las barras", *El País*, última, 29/06/1979.

48 "Madrid", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/09/1990.

49 Léase, verbigracia, la reflexión histórico-científica que sigue: "la inseminación artificial la inventó España, como todo, hace siglos, con el nombre de derecho de pernada, que repartía nobleza bajo pierna a las plebeyas". ("Los superespañoles", *El País*, pág. 27, 09/03/1980.)

50 "Limpiar fondos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/01/1990.

51 Léase, verbigracia, *Memorias eróticas*, Temas de Hoy, Madrid, 1992, pág. 206: "A mí Bach me la suda. (...) Mozart y Bach me dan lo mismo, no los distingo. Ni quiero (...). No es un problema de sordera. Es que la música clásica, o sinfónica, o como coños se llame, me da mucho sueño". Algo parecido leemos en *Las ánimas del purgatorio* (Grijalbo, Barcelona, 1982, pág. 67).

52 "El piano de Narciso", *Diario 16*, pág. 4, 19/11/88. Este mismo insulto lo reproduce Umbral en *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*, Planeta, 1996, pág. 44: "la Misa de Réquiem, del gilipollas y niñoide de Mozart, (...)". Casi diez años antes ("Los panda" *El País*, última, 08/04/79), encontramos esta otra desmitificación musical: "Beethoven, un ecologista sordo que le daba por el piano". Aludía Umbral a la conocida frase del famoso músico "más amo a un árbol que a un hombre". Cabe preguntarse si una alusión de este tipo no se halla condenada de antemano a resultar incomprensible para muchos lectores.

53 Léase, por ejemplo, la siguiente reflexión: " (...) la película más coñazo del mundo, <<Hiroshima mon amour>>, de una bollacona francesa". ("La guerra química", *Diario*

16, pág. 4, 12/01/89). *Bollacona* es aumentativo de *bollaca*, que a su vez es sinónimo de *bollera*: "Y de pronto Jerónimo tiene la idea: <<Éstas acaban haciéndose un bollo. Dos tías juntas acaban siempre en bolleras". (*Madrid 650*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1995], pág. 167.)

54 Valga como prueba de ello el siguiente texto: "**Miguel Angel Buonarroti**, (...), no es sino un gay que preside la cristiandad universal desde la Capilla Sixtina, a través de los siglos. Si hubiese sido un mal pintor, no habría pasado de maricona renacentista." ("Los gais", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/04/1990.)

55 "Arco", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/02/92. En este mismo artículo, añade: "en ARCO cabe todo, ya digo, y si usted no expone en ARCO una acuarela hecha con mierda o el frigorífico viejo con el besugo podrido es porque no quiere".

56 "El tío Thyssen", *Diario 16*, pág. 4, 06/12/88.

57 "Lo que vale un peine", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 09/03/91. De todos modos, el barón Thyssen no es el único personaje del mundo del arte al que dedica Umbral tan sonoras definiciones. Véase, verbigracia, la siguiente: "**Andy Warhol**, aquella maricona publicitaria que diseñaba latas de tomate." ("Intelectuales", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/05/92.)

58 Se comentará este aspecto con más detalle cuando se analice (a partir del epígrafe 3.2.) la transgresión desde el punto de vista puramente elocutivo (y no de contenido).

59 "El nacionalpapismo", *El País*, pág. 25, 05/11/82.

60 "El principio de Peter", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/01/1990.

61 Escribe Umbral en el artículo citado: "con lo que ha tropezado Juan Guerra no es con la denuncia plural e implacable de los periódicos, sino con el principio de Peter, y a partir de ahí ha empezado a hacer bobadas." Y, poco después, añade: "el nivel de incompetencia de la competentísima **Montserrat Caballet** [sic] lo marca el nivel de su báscula." ("El principio de Peter", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/01/1990.)

62 "Sánchez Asiaín", *Diario 16*, pág. 4, 13/10/1988.

63 "Socialismo con retorno", *El País*, pág. 28, 19/04/1983.

64 "Los tecnócratas", *El País*, pág. 19, 08/07/1976.

65 "Hitler y yo", *El País*, pág. 22, 21/02/1980.

66 Un año antes, en marzo de 1979, había hecho ya algo parecido, esta vez detallando minuciosamente los potingues que él toma para hacer su columna: ajo con alcohol, café doble, whisky con cocacola, redoxón efervescente y dermocolon, que, según él, es "cemento para el intestino". ("Las izquierdas", *El País*, última, 20/03/1979.)

67 "Angel Arroyo", *El País*, pág. 26, 17/05/1982. La apología del dopaje aparece formulada, en casi idénticos términos, en "Delgado" (*Diario 16*, pág. 4, 21/07/1988). Allí vuelve a citar a escritores como Baudelaire, Balzac o Schiller. La idea viene de lejos, porque ya la encontramos apuntada en un artículo de julio de 1978: "Pollentier, (...), se ha drogado para vestir el maillot amarillo. Eso revela, en principio, que cree en el maillot amarillo. Francia, en lugar de premiárselo, le castiga". ("Pollentier", *El País*, pág. 16, 23/07/1978.)

68 "Ferlosio", *Diario 16*, pág. 4, 06/09/1988. Mucho antes, todavía en *El País*, celebra la publicación de su milésimo artículo en ese diario (aunque lo cierto es que por entonces aún no había escrito mil artículos en *El País*) con una proclamación que no por irónica deja de ser llamativa: "Resulta que yo he escrito unos mil artículos para este periódico, lo cual supone unos mil optalidones, unas mil cocacolas, (...)". (Léase "Mil artículos", *El País*, última, 24/07/1979).

69 "A mí me gusta este Madrid de putas jóvenes y picadas", comenta Umbral en marzo de 1992 ("Postas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/04/1992). Muchos de los madrileños que viven en torno a las calles del centro (como la calle de Postas, por ejemplo) se quejan precisamente de la droga y la prostitución, de la falta de seguridad que -según se dice- suele acarrear este tipo de fenómenos.

70 *Y Tierno Galván ascendió a los cielos*, Seix Barral, Barcelona, 1990, pág. 12. Véase también *Los ángeles custodios*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981, págs. 218-220. En *Memorias eróticas* (Temas de Hoy, Madrid, 1992, pág. 137), sin embargo, parece que hay mucho más de ironía que de confesión: "Estaba yo escribiendo mi columna, como todas las mañanas, a fuerza de whisky, optalidones, [...], anfetaminas (Leodín), coñac, antiinflamatorios, antipiréticos, antibióticos, [...]".

71 "Verstrynge", *El País*, pág. 28, 03/02/1983.

72 "Moda otoño/invierno", *El País*, pág. 25, 02/10/1980.

73 "Don Manuel y pico", *El País*, pág. 22, 15/09/1983. Días después, anota Umbral en un artículo: "quiero decir, me parece (esta wodka no es la de la semana pasada) que (...)". ("El otro aborto", *El País*, pág. 24, 12/10/1983). Se sugiere aquí que el vodka -o, mejor, el cambio de vodka- aturulla al autor, incapaz él mismo de saber qué pretende decir exactamente: de ahí el "me parece". Esta grotesca imagen de columnista que delira por consumo de drogas acompaña en ocasiones a opiniones muy extravagantes. El escritor se burla de su propia fama e imagina a un lector suspicaz que se teme lo peor: "me dirá usted, curioso lector (no creo tener más que uno), que estoy futurizando a braga quitada y que qué morfa o anfeta he tomado esta mañana, pero (...)". ("El socialfascismo", *Diario 16*, pág. 4, 06/03/1989).

74 "Bertin Osborne", *El País*, pág. 30, 04/05/1983.

75 "La caza", *El País*, pág. 28, 11/10/1983.

76 "Una copa con Suárez", *El País*, pág. 26, 10/03/1978.

77 El perfil de drogadicto contumaz y notorio es sólo una risible deformación de lo verosímil: "¿Y cómo se sabe si un particular/peatonal es sospechoso de traficar con mierda y caballo? Muy sencillo: a todo el que lleve el pelo largo, bufanda en verano, gafas y abrigo en agosto se le saca un fotomatón. Como el retrato/robot soy yo, tal cual (habrán ustedes reparado), quiere decirse que la Policía Municipal tiene mi álbum familiar entre choricillas, camellos douglasfairbanks y anfetamínicos". ("De perros, nazis y espías", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 11/03/1990). En otros muchos casos, el autorretrato paródico de Umbral parece que consiste en algo más que una burda e inverosímil caricatura.

78 "El oro", *El País*, pág. 28, 26/09/1978.

79 "Desnudismo", *El País*, pág. 17, 27/06/1976.

80 "Senos", *El País*, última, 12/06/1976.

81 "Sujetadores", *El País*, pág. 15, 28/07/1976.

82 Ídem.

83 "Jimmy for President", *El País*, última, 19/06/1976.

84 "Celia", *El Mundo del siglo XXI*, última, 06/01/1993.

85 "El señor de las moscas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/01/1991. Se restituye aquí el primer guión del diálogo, que falta, por errata, en el original.

86 "El cheli", *El País*, pág. 30, 10/06/1983. Por cierto: los lectores habituales de Umbral saben que esta tarea de la tarde, por agotadora que parezca, se prolonga durante las noches. Lo cuenta el propio autor: "yo sólo hago política de día. De noche hago el amor". ("Nini Montán", *El País*, pág. 25, 15/06/1977.)

87 "El machismo", *Diario 16*, pág. 4, 20/12/1988.

88 "Respeto los vicios de la mujer, porque la mujer sigue siendo mi vicio." ("Subió la gasolina", *El País*, pág. 13, 26/08/1976.)

89 "La izquierda sexual", *El País*, pág. 26, 01/06/1977.

90 "Cortar penes", *El Mundo del siglo XXI*, última, 25/01/1994.

91 Lo contrario es siempre excepcional. Cuesta trabajo encontrar expresiones impúdicas que -como la que sigue- eviten por una vez la arrogancia y la ostentación: "mientras unos echamos la tarde en escribir nuestros libros, otros la echan en joder en plan desparrame". ("Tamames", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/12/1991.)

92 Véase, por ejemplo, "Nadiuska" (*El País*, pág. 15, 17/08/1976), en donde Umbral

juega a compararse con el político más atractivo del momento: el televisivo Adolfo Suárez, a la sazón presidente del Gobierno español.

93 "**Carmen Garrigues** me confiesa que es la primera vez que ve unos senos de mujer, aparte los suyos. Yo le aseguro que es exactamente a la inversa, por mi parte." ("El Gobierno/Scala", *El País*, pág. 29, 04/12/1981.)

94 "El nivel de paro", *El País*, pág. 19, 30/12/1976. Puede ocurrir que el articulista formule indirectamente el atrevimiento, valiéndose de uno de sus tópicos personajes apócrifos: "a ver qué hacemos con tanta dama ociosa.

>> - Nos las podíamos pasar por la piedra -sugiere el parado." Para calibrar bien el grosor de esta osadía, téngase en cuenta que, en este caso ("El Rastrillo", *El País*, pág. 24, 25/01/1977), las *damas ociosas* a que se refiere Umbral son las señoras de alta sociedad que suelen organizar el benéfico Rastrillo de Madrid.

95 "Londres", *El País*, pág. 22, 27/05/1978.

96 "La cabra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/06/1991.

97 "Los marginales", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/07/1993.

98 Verbigracia, en *La belleza convulsa*, Madrid, Planeta, 1985.

99 *Las señoritas de Aviñón*, Madrid, Planeta, 1996, pág. 90.

100 Véase la revista *Tribuna*, pág. 64, 30/01/1995. La entrevista es del periodista Javier del Castillo.

101 Tal punto es anterior, no obstante, al momento en que comienza este estudio. En 1971 publica Umbral *Lola Flores (Sociología de la Petenera)*, Dopesa, Madrid, 1971: allí, en lugar de descaro sexual, encontramos una sorprendente combinación de ecuanimidad y prudencia; desde entonces hasta 1976, el escritor evoluciona considerablemente, y la tendencia a la desfachatez elocutiva no hará más que consolidarse -como se verá en seguida- con el paso de los años.

102 El nivel de máximo atrevimiento, dentro de esta primera etapa, lo pueden marcar fragmentos como los que siguen: "**Linda Lovelace** sigue afeitándose el pubis a cámara lenta en todos los cines de la ciudad (...). Es la última moda europea, madame" ("Amsterdam", *El País*, pág. 22, 04/10/1977); "[las suecas son] unas tías que se pasan por la piedra media docena de **latin-lovers**, democrataorgánicos y españoles bajitos en quince días de vacaciones de píldora" ("Suecia", *El País*, pág. 18, 23/09/1976); "desnudo intelectual es cuando la *jai* se desnuda para decir *contratransferencia* o *alienación burguesa*, y destape es cuando la *jai* se desnuda para decir *lo tengo rubio*" ("Nuria Espert", *El País*, pág. 21, 10/02/1977).

103 "Desnudismo", *El País*, pág. 17, 27/06/1976. La palabra *cisne* vale aquí por la consabida malsonancia. La irónica elusión de ésta es muy frecuente durante estos primeros años: "- Lo tengo rubio. Rubio y picado.

>> La gente se ríe las tripas." ("Los panaderos", *El País*, pág. 19, 11/07/1976). En este artículo, el pronombre neutro *lo* sustituye cuatro veces a un término nefando: aquel que nombra a la parte externa del aparato genital de las mujeres. Umbral repite este pícaro e insinuador "lo tengo rubio" en su novela *Los ángeles custodios* (Destino, Madrid, 1981, pág. 136).

104 "Indios, moros y democristianos", *El País*, pág. 15, 27/07/1976. El atrevimiento, mitigado por la vía afectiva del diminutivo, queda luego desactivado y reducido al absurdo: "le iba a pedir a **Victoria** que me las dejase ver por última vez.

>> - ¿Pero aquí en la panadería?

>> La verdad que no es el sitio".

105 "Ya le han catastrado las tetas a **Marta Sánchez**, antes de mandarla al Golfo en plan **Marilyn/Corea**". ("El catastro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/11/1990). En este artículo, el vocablo *tetas* se usa hasta cinco veces.

106 En "903" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/10/1992), se transcribe una charla erótica grabada en el contestador del columnista.

107 Órgano sexual -ironiza Umbral- que acaso ni siquiera exista: "el término [*coño*] no tiene sentido, significado ni aplicación. Los primitivos y juglares sostenían la peregrina tesis de que el voquible [*sic*] denominaba alguna zona del alma o el cuerpo de la mujer, pero la hipótesis ha sido desechada por los modernos filósofos". (*Diccionario para pobres*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1977, pág. 41.) Años después, Umbral escribirá en su *Diccionario de Literatura* (Planeta, Barcelona, 1995, pág. 69): "hay el coño exclamativo y el coño propiamente dicho, pero lo que más abunda (...) es el coño conversacional, que antes se encontraba en Cela y ahora en casi todos los columnistas de periódico. La palabra coño tiene así un valor de punto y coma, de interjección tranquila, de rúbrica".

108 "Castedo", *El País*, pág. 28, 22/05/1981.

109 "Pornoplus", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 12/04/92. Este mismo sentido admite, por supuesto, usos más vulgares. Es el caso de expresiones como "un collar que le llega hasta el coño". ("Bienvenida Pérez", *El Mundo del siglo XXI*, última, 25/03/1994.)

110 "El matriarcado", *Diario 16*, pág. 4, 23/02/1989. Nótese cómo resulta explosiva la combinación de dos situaciones que, en principio, nada tienen que ver. En seguida se analizará la cuestión.

111 La información utilizada para elaborar los gráficos de este trabajo aparece, ampliada y comentada, en el glosario final (capítulo VII, tomo II de este trabajo). Para evitar desajustes en la representación gráfica, se ha introducido aquí una leve modificación en los resultados obtenidos tras el análisis lexicométrico. Esta investigación parte de 1976 (junio) y alcanza hasta 1994 (mayo). En 1988 y 1989, por sucesivos cambios de periódico, Umbral tampoco escribe -como habitualmente- durante once de los doce meses del año. Se ha empleado, en consecuencia, un coeficiente de corrección para cada uno de estos años (1,71 para 1976; 2 para 1988;

1,33 para 1989; 3 para 1994). Obtenemos, al multiplicar el número de veces en que aparece un determinado vocablo por el índice de corrección correspondiente a ese año, una estimación del número de veces que habría utilizado Umbral ese mismo término si hubiera escrito durante todo el año. Se pierde de este modo, pues, la exactitud incontrovertible del dato numérico concreto. A cambio, se logra una representación gráfica mucho más fiel a la realidad lingüística que se pretende reflejar.

112 Tal cambio -argumenta Umbral- responde en realidad a la revolucionaria mutación que ha experimentado en esos mismos años la sociedad española: "la Sección Femenina dejó bien claro que sus mozas danzantes, las mujeres de España, la hembra agraria, llevaba siete sayas y siete pololos sobre la braga de esparto, o sea que la jai nacional seguía careciendo de la dulce herramienta del pecado. Era como una cebolla a la que se le podía quitar todas las capas sin que debajo apareciese nada. Si acaso, otro pololo. De los siete refajos y las bragas de esparto de las mujeres falangistas al famoso coño de <<Interviú>>, el salto de la española ha sido demasiado fuerte". ("Nuevas ricas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/03/1991.)

113 "Don Manuel" *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/02/1992. Fraga vino a Madrid y, en declaraciones a la prensa, dejó entrever que no le parecía del todo mal la llamada Ley Corcuera. El ex ministro socialista José Luis Corcuera ("Corcu", escribe Umbral) es aquí, en razón de su antigua profesión, el "electricista".

114 "El inodoro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/01/1992. El entonces ministro de Defensa español, Narciso Serra, acababa de viajar al Golfo Pérsico. Un grupo de soldados españoles participaba allí en una misión especial de la ONU (castigar con un aislamiento económico total a Irak, que, meses antes, había invadido Kuwait). Además del ministro, visitó a los soldados españoles Marta Sánchez, una cantante de grandes pechos y de ostensibles piernas: "estamos aprendiendo lo peor de los americanos: mandar a los muertos previos una Marilyn de provincias que no consuela nada (es intocable, claro) y sólo deja tras de sí un rastro de penosas masturbaciones y dolientes orquitis." ("Los desnudos y los muertos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/12/1990). El argumento se repite, casi palabra por palabra, en "Marta Sánchez", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/12/1990.

115 "El buen gabacho", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/04/1992. Es difícil encontrar cambios sustanciales en tan secular disciplina, pero a veces sí que surgen algunas modificaciones de carácter nominal: "[el mito] del carrete, que, a falta de mejor información, imagino será lo que antes de la guerra se llamaba, en las casas de lenocinio, <<hacer el francés>>." ("El matriarcalismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/02/1990).

116 "El pequeño rey", *El Mundo del siglo XXI*, última, 09/02/1994.

117 La ministra de Asuntos Sociales, Matilde Fernández, defiende esta práctica sexual porque considera que favorece el conocimiento mutuo de los miembros que forman una pareja; Blas Camacho, del Partido Popular, entiende que la masturbación debilita la fuerza de voluntad personal y hace decrecer el ritmo de trabajo. "Uno -escribe Umbral- cree, personalmente, que la masturbación sólo enseña a masturbar a la gente,

o a masturbarse a uno mismo, pero no creo, contra lo que opina ese folleto o boletín ministerial, que masturbando a una señorita se le transmitan nuestros conocimientos de física cuántica, matemáticas de conjunto o culteranismo gongorino." ("Doña Matilde", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/10/1992).

118 "El turismo", *El Mundo del siglo XXI*, última, 17/03/1994.

119 "Matanzo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 08/09/1991.

120 "Los marginales", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/07/1993. Parecida defensa del oficio de las prostitutas puede verse en "Postas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/04/1992: "a mí me gusta este Madrid de putas jóvenes y picadas, de pardalas que se vienen en el Metro de Ventas a la plaza de Jacinto Benavente a ganarse un jornal con su cuerpo cereal y desorientado".

121 Exactamente el 28/10/1977, "Bibí Anderson", *El País*, pág. 27.

122 "Los gais", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/04/1990. Apenas un mes antes había titulado exactamente igual: "Los gais" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/03/1990) para argumentar que la homosexualidad no es pecado; tan natural es ser heterosexual como homosexual, puesto que nadie puede establecer qué es *natural* y qué no lo es. La insistencia en el tema permite comprobar hasta dónde puede llegar a ser coherente Umbral en ciertos asuntos.

123 "Los condones", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/11/1991.

124 Ídem.

125 No podía faltar, en consecuencia, la defensa de la entonces casi furtiva tienda de aperos sexuales ("Nos han cerrado el sex-shop", *El País*, pág. 23, 05/11/1978): "o sea que son capillas, como digo, eruditas del amor, sinagogas del falo, mezquitas del orgasmo donde se expenden exvotos, reliquias, órganos disformes y gloriosos, como de los primeros apóstoles del coito".

126 Véase, en relación con la licitud (aunque no necesariamente virtud) de la pornografía, "La pornografía", *El País*, pág. 28, 14/06/1980. Argumenta allí que siempre es difícil saber qué es pornografía y qué no: "un suponer, **Luis Berlanga**, que nos trae de la mano a la Lollobrígida adolescente de *Pan, amor y fantasía*, en su filmoteca. ¿Es pornografía esa leñadora pugnaz y poco vestida que aceleró la vida sexual de los años cincuenta y los señores de cincuenta años? Entonces el Estado es pornográfico, porque la Filmoteca es estatal. Fuera con el Estado, señor Rosón".

127 "Comer, Joder y Caminar", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/10/1989.

128 "Carmen de España", *El País*, pág. 18, 25/07/1978.

129 "El paralelepípedo", *El País*, última, 27/03/1979.

130 Ídem.

131 "El coloso triste", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/03/1992.

132 "Napalm", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 17, 24/02/1991. La alegoría erótica desemboca en la siguiente conclusión: "más que a ganar una guerra, los americanos van a Oriente Medio a echar un polvo".

133 "Thatcher", *Diario 16*, pág. 4, 19/09/1988. El corolario final vuelve a ser explosivo: "uno, de buena gana, cambiaría Gibraltar por una prominencia de la Di o Dai".

134 "Voto femenino", *El País*, pág. 24, 19/05/1977. *Alianza [Popular]*, en ese momento, es el partido conservador por excelencia, garante político de los valores religiosos tradicionales.

135 Así, Suárez es "el presi marcando paquete con el meyba". ("UCD es guapa", *El País*, pág. 26, 21/09/1978.) *Marcar paquete* vale por 'llevar una prenda muy ajustada a los genitales'. *Meyba* es una marca de bañadores. Sobre la jefa del Ejecutivo británico escribe Umbral años más tarde: "(...) Thatcher, pues se supone que esta dama sí lleva bragas, y además de hierro". ("El frentepopulismo", *Diario 16*, pág. 4, 22/02/1989.)

136 "Al señor Boyer lo ha reprivatizado una oriental de múltiples bidets, y por lo tanto suponemos que de múltiples vaginas". ("Los impuestos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/10/1992). La misma idea, formulada en términos aún más contundentes, aparece en *Crónica de esa guapa gente*, Planeta, Madrid, 1991, pág. 311: "Ya en la empresa privé, [Boyer] se dedica a ganar millones y le fabrica a su señora o nueva frontera un chalet con veinticinco bidés, como si la china tuviese veinticinco vaginas, como los brazos de Siva. Yo creo que a cualquier señora, aunque sea tan singular e ilustre como la Preysler, le basta con un bidé y una vagina. Incluso a la Reyna Ysabel [sic] de Inglaterra".

137 La gente, argumenta Umbral, se niega a tener más hijos "para que luego se los manden a la guerra, a la huelga, a la droga o al paro. Si el Estado quiere gente, que se reproduzca follando con otro Estado." ("Más niños", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/12/1992.)

138 "Marta Chávarri", *Diario 16*, pág. 4, 09/02/1989.

139 "Seguir de pobres", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/10/1989.

140 "El riñón no es pecado", *El País*, pág. 20, 14/01/1979.

141 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/12/1990. Ya el día anterior se había referido a esta polémica futbolístico-sexual.

142 "El saludo nacional", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 30/12/1990.

143 "La inteligencia y el coño son los grandes terrores del milenio, sus mitologías inversas." ("Mitologías", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/03/1993.) Comenta en este artículo que desde siempre se ha intentado imponer la abstinencia sexual y la intelectual: "ni ideología ni sexo". Él, por el contrario, propone "volver a pensar y volver a follar".

144 Es lo que ocurre, *verbi gratia*, con algunos juegos de palabras. Se rompe el molde tópico gracias a una cuña convenientemente afilada por el duro sexo. Se aprovecha el bien conocido título de una novela de Foxá (*Madrid de Corte a cheka*) para crear un sintagma homófono: "en este Madrid de Corte a teta". ("Magnitudes", *El País*, pág. 28, 05/05/1978.)

145 *Los amores diurnos*, Kairós, Barcelona, 1979, pág. 92.

146 *Un carnívoro cuchillo*, Planeta, Barcelona, 1996 (1ª ed. de 1988), págs. 25-26. Pasajes como éste pueden hallarse también en *Memorias eróticas*, Temas de Hoy, Madrid, 1992.

147 Recuérdese el famoso Romance de la Cava: "El rey va a tener la siesta/ y un retrete se ha entrado". En este retrete, por cierto, acaba violando a la Cava. Por algo dice Umbral que el retrete ha sido siempre "el cuarto de pecar" (*Las ninfas*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1976, pág. 16).

148 "Los niños terribles", *El País*, pág. 18, 29/01/1978.

149 "La horterada nacional", *Diario 16*, pág. 4, 04/01/1989.

150 "La basura", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 05/04/1992. Resulta casi enternecedor comprobar que el mismo escritor que ha firmado estos artículos llegó un día a eludir el sustantivo *bragas* mediante pudorosas perífrasis como "la prenda más intrínsecamente femenina" (léase "Los *underground*", artículo incluido en *Diario de un snob*, Destinolibro, 1978 [1ª ed. de 1973], pág. 57).

151 "La autoidentificación", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 04/02/1990.

152 "Los culos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/11/1992.

153 "El corcuerazo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/03/1993.

154 "Elogio y márketing del tras", *El País*, pág. 16, 02/01/1980. Sobre el origen del término, anota aquí Umbral: "decían las madres, en tiempos de las madres:

>> - ¡Niño, que pego en el tras!".

155 "Magnitudes", *El País*, pág. 28, 05/05/1978.

156 "(...) chicas que conservan el virgo". ("Sociología de Julito", *Diario 16*, pág. 4, 26/08/1988.)

- 157 "Mercedes Sala", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/10/1991.
- 158 "Mi vida sexual sana", *El País*, pág. 21, 21/07/1978.
- 159 "Ruleta rusa", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/07/1992.
- 160 "Gilipollas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/09/1992.
- 161 "Soteras", *El País*, pág. 20, 16/09/1983.
- 162 "La mundial", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 13/02/1991.
- 163 "Los agujeros", *Diario 16*, pág. 4, 05/05/1989. Al falo, por cierto, ha dedicado Umbral todo un libro (*Fábula del falo*, Kairós, Barcelona, 1985). El ensayo empieza (pág. IX de la Introducción) denunciando y violando el supuesto decoro social que obliga a no utilizar esta palabra: "lo que pasa es que el hombre con falo comienza por no tener falo. El falo es una cosa de la que nunca se habla, ni siquiera en aquellos momentos en que ha tenido una actuación decisiva -un embarazo, un parto". Más adelante (pág. 24), se pregunta el escritor si Dios tiene falo, teoriza reposadamente sobre "el falo falible" (págs. 41-46) y acaba sentenciando que "la mujer vive una secreta religión del falo que siempre ha revestido de otra cosa, como la que se queda <<para vestir santos>>. Para vestir el falo de los santos" (pág. 138).
- 164 "(...) se hacen con la picha un lío". ("El aparato", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/10/1990.) Confiesa el autor en *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, págs. 38-39) que siente especial aprecio por este vocablo: "picha, agresiva palabra que prefiero, empuñadura roja de la espada del ser, cosa prohibida, objeto de oro y ébanos que me fuera devuelto por alguna mujer, a media tarde, erigido por siempre en arma blanca (...). Porque el hombre (lección no expresa de este libro), al final -y a mí ya me va pasando- se queda solo, no con su alma o su memoria, sino con su picha, en un solo de picha, hasta que espicha". Predilección que el escritor sin duda transmite a algunos de los personajes de sus novelas: "Boleslao prefiere la palabra picha. Pene es feo, falo es demasiado culto, polla es demasiado vulgar: picha le remite a su infancia, cuando los chicos lo escribían por las paredes". (*Nada en el domingo*, Seix-Barral, Barcelona, 1995 [1ª ed. 1988], pág. 47.)
- 165 "O sea que no tenía por donde agarrarme, como no fuese por los huevos". ("El carnet de identidad", *Diario 16*, pág. 4, 08/12/1988.)
- 166 "Los uruguayos", *El País*, pág. 23, 14/04/1978.
- 167 "La náusea", *El País*, pág. 26, 11/04/1982. Tal vez convenga explicar por qué se refiere aquí a Joan Manuel Serrat. La razón es que cierta marca de tampones había utilizado una canción del cantante catalán (luego se supo que sin autorización de Serrat) para poner música a un anuncio publicitario.
- 168 Véase el gráfico IV. En 1992 ("La zarzuela", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/01), encontramos una curiosa adjetivación: "una monja tetorra". En el adjetivo se

ve, aún con más claridad, la enorme voluntad transgresora que alienta el uso de estos vocablos.

169 *Diario 16*, pág. 4, 04/01/1989.

170 Sinónimos, ambos, de 'masturbación': "lo de Blas es la paja, pera, gayola o gallarda, que los eruditos llaman masturbación", leemos en *Madrid 650* (Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1995], pág. 58). Véase además *Memorias eróticas*, Temas de Hoy, Madrid, 1992, pág. 81 y el glosario del capítulo VII, tomo II.

171 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 05/04/1992.

172 Semejante resultado final, aunque por distinta vía, se consigue en "Juan Guerra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/02/1993: entre las verdades eternas e intocables del tradicionalismo político español (lo que él llama la "derechona"), Umbral coloca "un ligero de **Celita Villalobos** y la faja de doña **Isabel Tocino**". Véase también *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 22): cuenta allí el columnista que, por las noches, suele orinar en una botella de Coca Cola "para no ir hasta el baño"; de inmediato, sin embargo, aclara que con este ejercicio de precisión urológica lo que en realidad pretende es demostrar al mundo que no ha perdido el pulso con el paso de los años, "tanto el pulso de la mano que sostiene la botella (la izquierda) como el de la mano derecha, con que oriento el falo, como el falo mismo".

173 "El agua", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/10/1992.

174 "El Rey", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/06/1992. Puro y sincero culto a la mierda parece que hay también en otros textos (no periodísticos) de Umbral. "Pero soy escritor y pienso, sobre todo, que mis heces son otra escritura, la que me mana por abajo, y que voy caligrafiando el mundo con el trazo grueso de la mierda, y no creo que de ninguna de mis escrituras quede más rastro que de esta prosa intestinal y oscura". (*Los amores diurnos*, Kairós, Barcelona, 1979, pág. 197.)

175 "No", *El País*, pág. 16, 09/07/1976. También puede leerse este artículo en el libro *Iba yo a comprar el pan*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1976, pág. 50.

176 "Tamames", *El País*, última, 19/05/1979. Poco antes, en el mismo texto, ha escrito: "para los que siempre hemos sido un poco machistas (...)".

177 "Carmen", *El País*, pág. 24, 20/10/1977.

178 "Pilar", *El País*, pág. 32, 06/03/1983.

179 "El machismo", *Diario 16*, pág. 4, 20/12/1988.

180 "La malmaridada", *El País*, pág. 27, 09/10/1976.

181 "Las gobernadoras", *El País*, pág. 22, 30/12/1982.

- 182 "Artefactos eróticos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/11/1989.
- 183 "Si las mujeres mandasen", *El País*, pág. 30, 16/03/1978.
- 184 "Yo mandaría a doña Matilde Fernández y a doña Rosa Conde de dependientas a una sección poco frecuentada de los grandes almacenes (cosa difícil), como <<Menaje escolar" [sic] (ahora que termina el curso) o bragueros para herniados." ("Doña Matilde", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/06/1991.)
- 185 "Las señoras", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 23/12/1990.
- 186 "Las marías", *Diario 16*, pág. 4, 27/04/1989.
- 187 Véanse, en especial, los artículos "Mujeres malas", *El País*, pág. 33, 05/11/1980; "La mujer eléctrica", *El País*, pág. 32, 03/06/1982; "Machismo universitario", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/01/1990; "Las marujas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 01/02/1990. Contundente, radical, apasionadamente feminista es también el prólogo (no todo el libro) de *Las españolas*, Planeta, Barcelona, 1974, págs. 11-26.
- 188 "Carmen Romero", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/03/1993.
- 189 Tal es la tesis que se defiende, por ejemplo, en "María", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/12/1992. La idea ya aparece en los artículos de Umbral casi veinte años antes (por ejemplo en "Para Elisa", texto incluido en *Suspiros de España*, Ediciones Felmar, Madrid, 1975, pág. 289): "la lucha de los sexos y la lucha de razas deben integrarse en la lucha de clases, diagnosticadas por Marx de una vez para siempre".
- 190 "Mujercitas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/05/1990.
- 191 Por ejemplo: la evidentísima antipatía que Umbral muestra por la conocida feminsita Shere Hite: "Mira, **Here**, jai, como te diría aquí nuestro señorito, **Antonio Alférez**, eres más pesada que una vaca aparcada, hija. O como te digo yo, por mi cuenta, no te enrolles, **Charles Boyer**, que en femenino se dice dame de tus carnes, **Ava Gadner**". ("Shere Hite", *Diario 16*, pág. 4, 16/07/1988.)
- 192 "Un [sic: no una] joven fotógrafo (me resisto a escribir *fotógrafa*, contra académicos y contra feministas) me trae (...)" ("Lionel Hampton", *El País*, pág. 37, 11/05/1982.)
- 193 "La violada", *Diario 16*, pág. 4, 30/06/1989. Poco después publica Umbral un artículo muy parecido: "Violaciones primaverales", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 27/05/1990. Aquí defiende a las mujeres violadas que no consiguen una sentencia favorable por el excesivo -dice Umbral- garantismo (o machismo) de ciertos jueces.
- 194 "El chaqué", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/01/1993.
- 195 "Camacho en el Retiro", *El País*, última, 08/06/1976.

196 "Revival Escrivá", *El País*, última, 15/06/1976. Umbral se plantea aquí la peregrina pregunta de quién está más de moda en ese momento: los Rolling o el Opus.

197 "El Concordato", *El País*, pág. 15, 30/07/1976.

198 Obispo de Astorga, arzobispo de Barcelona en 1967, arzobispo primado de España desde 1971. En los textos de Umbral, don Marcelo González suele aparecer como conservador furibundo, digno representante eclesiástico de la oligarquía que durante decenios sostuvo al franquismo. "Don Marcelo se reveló en el Valladolid de los años 50 como orador sagrado de misa de una en la catedral, y hacía demagogia elegante, sacaba dinero a los ricos para repartir entre los pobres, pero una vez dirigió una carta a mi familia, en la que decía: <<Es una pena que los pobres mientan tanto>>." (*Iba yo a comprar el pan*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1976, pág. 172). Esta anécdota la cuenta también Umbral en *El hijo de Greta Garbo*, Ediciones Dsetino, Barcelona, 1982, pág. 114.

199 "El Domund", *El País*, pág. 24, 26/10/1976.

200 La adjetivación anterior no es -aunque pueda parecerlo-exagerada: el Dios 'minúsculo' (o sea, *dios*) lo encontramos ya en "El panadero", *El País*, pág. 16, 11/07/1976. *Violento*: "Dios ha ejercido, sobre todo (cualquier dios), como Dios de los ejércitos. Víctima o verdugo, la violencia le idoliza." ("Idolatrías", *Diario 16*, pág. 4, 26/02/1989). *Avaro*: "la Iglesia, como la eternidad, es insaciable, y ya está sacándose nuevas mañas para que la Administración mejore las rentas de Dios, que Dios vive de las rentas, Dios es un revista, siempre a cargo del contribuyente, que para eso está." ("Toledo", *Diario 16*, pág. 4, 13/04/1989). *Malévolo*: "Dios siempre ha sido un poco pirómano." ("Los condones", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/11/1991.)

201 "El Papa de noche", *Diario 16*, pág. 4, 06/05/1989.

202 "El guerracivilismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/03/1992.

203 "Los santos inocentes", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/10/1992.

204 "El pepsi/Papa", *Diario 16*, pág. 4, 20/06/1989.

205 "La Ballesta", *Diario 16*, pág. 4, 23/11/1988.

206 Ídem.

207 "Nuestro presidente se ha comportado con Reagan como virgen por rastrojo, y hoy tenemos las bases más amachambradas que nunca". ("Las bases", *Diario 16*, pág. 4, 09/12/1988). La fórmula, que procede de la expresión coloquial "como puta por rastrojo", adopta además curiosísimas variantes: "como monja por rastrojo", por ejemplo. ("Izquierda Unida", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/02/1990.) Pero mucho más atrevida, sin duda, es la sentencia que hallamos en una novela del escritor: "(...) monjas y putas son una misma cosa: mujeres en clausura consagradas al culto del Macho, Cristo o el soldado de rayadillo, seguramente más cristo el soldado que todos

los Cristos". (*El fulgor de África*, Seix Barral, Barcelona, 1989, pág. 139.)

208 "El bolero", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/03/1993.

209 "La leal oposición", *El País*, pág. 22, 20/01/1983.

210 "Obispos y guerra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 22/01/1991.

211 Véase, por ejemplo, "El aborto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/09/1992: "Curiosa lectora, si los obispos te quieren montar un referéndum sobre tu incipiente preñez, si los políticos te quieren montar un pollo jurídico y las asociaciones familiares y pías un cirio social, tú pasa de todo eso, vete adonde hay que ir (sobran sitios) y haz lo que te pide el cuerpo (y el alma)". Aún más contundente es en el artículo "Abortar más", *El País*, pág. 28, 30/09/1983: "Yo promociono, ya decía, o sea, el aborto masivo, constante, promiscuo".

212 Esta ingeniosa expresión no aparece en ninguno de los artículos analizados, sino en el libro *Crónica de esa guapa gente (Memorias de la jet)*, Planeta, Barcelona, 1991, pág. 105.

213 "El pico católico", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 4, 03/04/1990. "El Vaticano es la gran catedral del machismo universal", añade en "Wojtyla", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/06/1993. Umbral critica la doctrina sexual de la Iglesia por muchas otras razones, pero llama la atención el hecho de que resalte especialmente el *machismo* en el que -a su juicio-incurren los ideólogos del Vaticano, cuando él mismo juega a ser un poco machista de cuando en cuando.

214 "El Opus, más bien, es un nazismo de paisano". ("Escrivá", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 11/02/1992). La referencia al SIDA se puede encontrar en "Tocino for president", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/05/1990. La calificación de "secta" aparece, por ejemplo, en "El Opus", *Diario 16*, pág. 4, 22/03/1989.

215 "La Almudena", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/06/1991.

216 "Yo, en el Indice" [sic], *El País*, pág. 19, 06/01/1979.

217 Una chica que había participado en una carrera popular escribió una carta al Director de *El País* para quejarse de la organización. Umbral dedica un artículo a esta chica. Le recomienda que se olvide del deporte y de la vida sana, que son cosas que no traen más que disgustos: "en este año que falta, date al porro, al sexo, al rollo, al novio, a algo, (...) porque, al final, a los últimos siempre los dejan sin mirindas." ("Clara, mi amor", *El País*, pág. 23, 04/06/1978.)

218 "El tabaco", *El País*, pág. 24, 25/05/1978.

219 Véase "La eutanasia", *El Mundo del siglo XXI*, última, 06/12/1993.

220 Defiende Umbral el suicidio, por ejemplo, en "Chapin y los pájaros", *Diario 16*,

pág. 4, 29/07/1988, justo el día en que el conocido preso Rafael Escobedo se ha matado en la cárcel. Cuando se suicida el boxeador Urtain, Umbral insiste en la apología: "Decíamos, cuando entonces, que eras un poco burro, pero al fin has tenido el único gesto intelectual que puede tener un hombre: el suicidio." ("Urtain", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/07/1992.)

221 "Los judíos", *Diario 16*, pág. 4, 06/07/1988.

222 "Los niños", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/09/1992.

223 "Niños y TV", *El Mundo del siglo XXI*, última, 20/02/1994.

224 "Lo que a uno le parece mal del AVE no es precio ni el lujo ni el alarde, sino la rapidez." ("El AVE", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/10/1992.)

225 "Uf, puaf, ahggggg, al fin solos. Se acabó el coñazo del V Centenario, la Expo, (...)." ("Al fin solos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/10/1992.)

226 "Mil de vellón", *El País*, pág. 22, 02/04/1978.

227 "La lotería", *Diario 16*, pág. 4, 24/12/1988.

228 Sin puentes, sin saltarse días laborables con el grácil argumento de que todo el mundo lo hace. Véase "Los puentes", *El Mundo del siglo XXI*, última, 10/12/1993.

229 Compendio del pensamiento de Umbral al respecto es el artículo titulado "La caridad", *El Mundo del siglo XXI*, última, 20/12/1993: "la caridad no aminora las distancias sociales, sino que las subraya"; "he disfrutado mucho en esta vida siendo malo, anticaritativo, egoísta, avaro, porque lo que quiero es que se reparta el mundo con equidad"; "mi democracia es la democracia de <<un hombre, un bocata>>". Dice el escritor de la caridad que es "la más baja y peligrosa de las pasiones humanas". Se comprende mejor, después de esto, la provocación final: "yo sólo le doy a un pobre si me promete que se lo va a gastar en vino".

230 "La mili", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 17, 28/10/1991.

231 "Alberti", *Diario 16*, pág. 4, 17/10/1988.

232 "El Consejo Nacional", *El País*, pág. 14, 29/07/1976.

233 Desde antes incluso del principio, cabe añadir: cuando todavía vivía Francisco Franco (antes, por tanto, del período analizado en este trabajo), Umbral escribe artículos muy críticos con el sistema político imperante. Véanse, por ejemplo, "A mí que me registren" (artículo incluido en *Suspiros de España*, Ediciones Felmar, Madrid, 1975, pág. 79), "Nuevas asociaciones" (texto recogido en *España cañí*, Plaza y Janés, Barcelona, 1975, pág. 185) y "El derribo" o "La libertad" (ambos publicados en el volumen *Crónicas antiparlamentarias*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974, págs. 61-63 y 103-105).

234 La formulación más nítida de esta crítica visión de la realidad quizá sea el artículo "El dinero", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/11/1992.

235 Carr, R., *Spain 1808-1975*, Oxford University Press, Oxford, 1966 (ed. española: *España 1808-1975*, Ariel, Barcelona, edición revisada de 1982, pág. 702).

236 Carr, R., *ibidem*, pág. 731.

237 Véase *El País*, pág. 8, 17/06/1976.

238 "Las 'jais'", *El País*, última, 16/06/1976. Años después, por cierto, ensaya Umbral una pintoresca apología de la censura: "Dicen que vuelve la censura y bienvenida sea, que en la censura de prensa e imprenta sobrevive, no el que tiene algo que decir, sino el que tiene cómo decirlo". ("La censura", *El País*, pág. 26, 27/01/1980). Queda de manifiesto, otra vez, hasta qué punto subordina Umbral los valores políticos a los estéticos.

239 "La guerra de papá", *El País*, última, 17/06/1979. La frase refleja con precisión la actitud que mantiene Umbral durante los años anteriores. En junio de 1976, el Gobierno decide legalizar el bingo. En lugar de alabar la medida, Umbral ironiza sobre el vértigo histórico a que están abocados los españoles con tan valiente Gobierno: "al paso que vamos la próxima conquista democrática del Gobierno puede ser la legalización de la minifalda. Están lanzados." ("El bingo", *El País*, última, 18/06/1976.)

240 "Canciones para después de una crisis", *El País*, pág. 19, 06/07/1976. "La historia camina a la pata-coja con un paso adelante y cuarenta años atrás", anota días después. ("El bocadillo", *El País*, pág. 15, 21/07/1976.)

241 El libro *A la sombra de las muchachas rojas*, Cátedra, Madrid, 1981, acaba con un "Índice trágico/alfabético de personajes". Ningún otro personaje es definido de manera tan fulminante como el entonces Presidente del Gobierno: "SUÁREZ, Adolfo.- Flecha." El calificativo, por lo demás, se extiende a casi todos los miembros de la Unión de Centro Democrático (UCD), partido que dirigió la reforma política y que gobernó hasta 1982 (véase, por ejemplo, "Los flechas", *El País*, pág. 25, 11/05/1977).

242 "Castellana, 3", *El País*, pág. 23, 31/12/1976. Meses antes ("Adiós, Arias, adiós", *El País*, pág. 20, 03/07/1976), había escrito Umbral sobre el ex presidente Carlos Arias Navarro: "era el mejor actor de Prado del Rey. Una cosa entre Íñigo y Kojak, pero pasado por **La casa de la pradera** y el Consejo Nacional del Movimiento".

243 Comenta Umbral con sañuda ironía cierta "ordinariez" de don Laureano: "- Yo soy monárquico hasta las cachas.

>> Hombre, don Laureano, qué modales son esos." Se introduce la cuestión con un juicio de valor de carácter general: "Todos esperábamos un octubre caliente, pero parece que primero vamos a tener un septiembre cachondo." Luego se ensaya una interpretación erótico-política de la frase en cuestión: "A lo mejor lo que quiere don Laureano es sustituirme en el corazón de Nadiuska." ("López Rodó", *El País*, pág. 18,

03/09/1976.)

244 "A mí no me gustaban las de Sección Femenina. A mí me gustaba la hija del Jefe." Todo el artículo viene a ser como una platónica carta de amor a "La marquesa/duquesa", *El País*, pág. 19, 13/09/1978.

245 En "Mujeres", (*El País*, pág. 18, 01/08/1976), por ejemplo, propone a Felipe González como ganador de concurso de belleza regional. Repite la ocurrencia en otros textos.

246 "Hoy, la avaricia se llama competitividad, la lujuria se llama vida sexual sana, la gula se llama *Cofradía de la Buena Mesa* y la soberbia se llama **Fraga Iribarne**." ("Los pecados capitales", *El País*, pág. 17, 15/01/1977). Más grave, sin duda, es la insinuadora acusación que sobre Fraga lanza el escritor años después: "Don **Manuel Fraga Iribarne**, (...), va a montarse algo así como *un gobierno en la sombra* (según él mismo gusta de llamarlo). A mí me parece que ya tenía uno.

>> No digo cuál". ("Gobierno en la sombra", *El País*, pág. 28, 18/11/1982.) Con esta velada fórmula (mucho más nítida, no obstante, en el momento en que fue lanzada), Umbral sugiere que Fraga apoyó el intento de golpe de Estado de febrero de 1981.

247 "**Calvo Sotelo** no es más que una errata de la Historia. Una errata marengo, o sea, ni siquiera demasiado difícil de borrar para escribir algo encima." ("El bipartidismo", *El País*, pág. 27, 15/05/1982.)

248 "Castilla", *El País*, pág. 22, 09/01/1979. Acaba el texto con el mismo tono chulesco y provocativo del comienzo: "Castilla, sí, Castilla,, pobre Castilla. Castilla, tíos, y qué". Apenas un par de meses antes, había escrito: "sobran constituciones, pape-las, (...) y votaciones y congresos. Hay que seguir gobernándose por la Plaza de Oriente que es una democracia asamblearia, festera, populista, peatonal y demagógica". ("Plaza de Oriente", *El País*, pág. 22, 22/11/1978).

249 Véase el artículo "Votar es pecado", *El País*, pág. 24, 11/12/1976, apenas unos días antes del referéndum del 16 de diciembre de 1976: "Yo iba a abstenerme creyendo que eso era lo pecaminoso, porque yo soy pecador empecinado. Pero si votar es pecado y yo no voto, necesito pecar con alguien ese día. **Nadiuska** está fuera y además no se deja. Desocupada lectora, ¿quiere usted pecar con mí?". Así termina el texto. Final muy parecido al de un artículo ("Pensar juntos") que fue publicado en prensa durante 1973 e incluido más tarde en el volumen *Crónica antiparlamentarias* (Ediciones Júcar, Madrid, 1974, pág. 93): "De pensar en equipo suele nacer incluso una democracia.

>> - Señorita, ¿quiere usted pensar conmigo?"

Nótese como la pícaro insinuación, con el tiempo, se ha transformado en osada picardía.

250 Exactamente así, "El trienio" (*El País*, pág. 24, 11/01/1979), titula Umbral uno de los artículos en los que desarrolla su teoría.

251 Léase "Suárez y sus travoltas", *El País*, pág. 26, 20/10/1978, que empieza así: "O

sea, tron, que ha empezado el Congreso del travoltismo, no veas, un desmadre". El segundo Congreso de UCD, celebrado años después en Palma de Mallorca, es denominado por el autor mediante fórmula lingüística que no desmerece a la anterior: "el Segundo Enrolle Nacional de Palma". ("UCD", *El País*, pág. 26, 27/01/1981.)

252 "Suárez/46", *El País*, pág. 22, 27/09/1978.

253 Valgan los siguientes fragmentos como muestra del tono que adopta Umbral ante algunos atentados terroristas: "mientras tomo el café y sonrío, no puedo dejar de pensar que algunos españoles están cayendo, uno tras otro, como delgados baluartes de la libertad, como sombras, frente a la acometida sin rostro." ("Una hora de España", *El País*, pág. 24, 26/01/1977.) "España es lo de siempre, España negra, un coro de letales ciudadanos sobre el silencio enorme de los pobres". ("A Rafael Alberti", *El País*, pág. 20, 27/01/1977).

254 "ETA/Ejército", *El País*, pág. 26, 21/10/1983.

255 "La peineta", *Diario 16*, pág. 4, 31/03/1989. Más sorprendente aún es la naturalidad, la frialdad, la aparente objetividad con que Umbral entrevista a un parlamentario de Herri Batasuna: "A lo que más se parece Jon Idígoras in person es a **Pepe Hierro** con pelo. Tiene del gran poeta la ternura macho, los ojos de tigre y un pelo que para sí quisiera la calva de Pepe, en forma de casco prusiano". ("Jon Idígoras", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/09/1990.)

256 Resulta, con todo, muy curioso que Umbral solicite, en la primera columna que publica en *Diario 16* ("Las huelgas", pág. 4, 06/06/1988), un referéndum para que los españoles pueden elegir entre República y Monarquía. Es como si, ante la inminencia de una nueva época, ésta quisiera rendir homenaje a la desconfianza y al pesimismo de antaño.

257 Léase "El felipismo", *Diario 16*, pág. 4, 15/02/1989. Allí define el término, primero, por acumulación: "un aglomerado en el que entran algunos banqueros, algunos empresarios, algunas altas damas (con braga), algunos militares con piano de guerra, **Eva León**, algunos patos de Doñana, diversos periodistas o periódicos, Victoria Prego (con braga), varios comisarios políticos de fábrica, los intelectuales de la bodega, **Pilar Miró** (con braga) y hasta el propio **Felipe González**"; luego, de manera mucho más brillante y concisa: "el reduccionismo del partido a su líder y de éste a su capacidad de maniobra".

258 "Ferrocalirana", *Diario 16*, pág. 4, 25/10/1988.

259 "La Miró", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/06/1992.

260 "El BOE", *El Mundo del siglo XXI*, última, 01/12/1993. Merece la pena detenerse a considerar con calma la ingeniosa anfibología de la expresión "una puta virgen". Los dos componentes del sintagma pueden ejercer, indistintamente, como adjetivo y como sustantivo. El significado del sintagma depende de qué función se le adjudique a cada término.

- 261 "Unas locas, la Oposición y la izquierda, una salidas." ("Los nietos del Régimen", *El País*, pág. 25, 01/04/1977.)
- 262 "Los devaluados", *El País*, pág. 24, 15/07/1977. Este mismo periódico había publicado tres días antes una noticia cuyo titular era el siguiente: "DEVALUACIÓN Y REFORMA FISCAL: UN PLAN DE DOS AÑOS PARA SALVAR LA ECONOMÍA". (*El País*, Primera, 12/07/1977.)
- 263 "El pequeño rey", *El Mundo del siglo XXI*, última, 09/02/1994.
- 264 "Mister 15%" [sic], *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/07/1993.
- 265 "Los pies", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 19/05/1991.
- 266 Añade Umbral que, "gracias a ese cañonazo contra un inocuo carguero iraquí que no cargaba nada", se ha producido "la pérdida, al fin, del virgo viril de los guerreros, la desfloración de su impulso de matar". ("El disparo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/11/1990.)
- 267 "Cristo Castro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 18/07/1993. Es evidente, pues, que la política internacional tampoco escapa al ya comentado contubernio entre política y sexo: "**Pinochet** no es más que un travestí de **Franco**, como ese *gay* catalán que va a los cócteles vestido de **Bárbara Rey**", escribe Umbral ya en 1977. ("Yo, respetuosa", *El País*, pág. 14, 07/09/1977.)
- 268 La expresión aparece en "Los travestis de Fortuny", *Diario 16*, pág. 4, 18/07/1988.
- 269 Valga la siguiente burla como muestra de esta clase de críticas: "Cualquier día el gobernador coge el teléfono y llama a Moncloa: <<Que aquí en el quinto coño me parece a mí que hay mucho rojo, presidente, qué hago>>". ("Los gobernadores", *El Mundo del siglo XXI*, última, 22/02/1994.)
- 270 "Amedo", *Diario 16*, pág. 4, 27/09/1988.
- 271 "Las bases de Franco", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 11/02/1991. Complétese el agravio con esta otra perla: "nunca sabemos si González ironiza cuando miente o miente cuando ironiza." ("Bajarse al moro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/12/1990.) Felipe González, no obstante, se había ganado antes muchos elogios de Umbral. Léanse, por ejemplo, "Centroamérica", *El País*, pág. 22, 18/07/1983; "¿Existe el PSOE?", *El País*, pág. 20, 15/10/1983; o "La democracia vertebrada", *El País*, pág. 29, 25/10/1983, texto en el que Umbral proclama sin ambages: "yo estoy con la democracia/democracia, o sea **Felipe/Guerra**".
- 272 "El martes, en el Debate sobre el estado de la nación, ha nacido un líder, **José María Aznar**", escribe Umbral en "Un líder", *El Mundo del siglo XXI*, última, 21/04/1994. También se alaba a Aznar en "El estirón", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7,

03/03/1993 y en "El tironazo o Aznar", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/10/1989.

273 "Hay que meterse de lleno en la pomada de la corrupción, tío [Aznar], denunciar, o sea, y no esperar a que te lo cuente este periódico." ("Dios", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 15/11/1992.)

274 "Aznar", *El Mundo del siglo XXI*, última, 29/12/1993. Casi tan dura como esta crítica es aquella otra en la Umbral descalifica por omisión: "a **José María Aznar** no lo describo porque mi género no es la caricatura". ("Las cabezas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/03/1993.)

3.2. VERBA: La transgresión elocutiva.

Partamos de la idea clásica: los textos no deben ser analizados como simples objetos inertes; y ello porque, bajo su apariencia de letra muerta, se oculta siempre un complejo proceso vital. El texto nace con la búsqueda y selección de los materiales temáticos. Éstos han de ser apropiados al tipo ('género') de discurso que se pretende elaborar. La Retórica clásica llama "invención" (*inventio, heuresis*) a este particular nacimiento. Seleccionados los materiales temáticos, el productor de textos debe ordenar convenientemente sus ideas. Esta etapa de *crecimiento* se corresponde con lo que los antiguos llamaban "disposición" (*dispositio, taxis*). Pero el texto sigue creciendo. Llega a la plena madurez cuando se elaboran, lingüística y discursivamente, los contenidos seleccionados. Esta tercera fase es la "elocución" (*elocutio, lexis*). El texto está ya listo para ser emitido y recibido¹, o -lo que es lo mismo- está en condiciones de tomar cuerpo definitivo y completar su ciclo vital.

Conviene separar la primera operación retórica ("invención") de las otras dos ("disposición" y "elocución"). Se puede afirmar que hay un primer momento plenamente conceptual²: el orador busca y selecciona ideas, contenidos, sin detenerse aún a considerar el ropaje verbal³ con que han de aparecer en el texto tales ideas.

Hasta ahora⁴ sólo se ha tenido en cuenta esta primera fase retórica. Sólo se han comentado las *ideas* más provocadoras e insolentes halladas en los artículos de Umbral. Quedan analizadas, pues, aquellas transgresiones que afectan -fundamental, pero no exclusivamente- a los contenidos.

Hay que abordar a partir de aquí, por tanto, las dos operaciones retóricas siguientes. Y conviene hacerlo de manera que sea posible examinar cada etapa por separado, pero sin que por ello se tenga que renunciar al enfoque global que propugnan los retóricos clásicos: "todo discurso -dice Quintiliano- consta de aquello que es significado y de

aquello que significa, esto es, de asuntos y de palabras"⁵. O, dicho de otro modo, todo discurso consta de RES y de VERBA.

Observemos con atención, pues, el traje lingüístico de los artículos publicados a diario por Francisco Umbral. Según se acaba de señalar, es preciso estudiar los aspectos puramente elocutivos del texto, mas intentando no incurrir aquí en ese furor taxonómico que obliga a contemplar las unidades establecidas como si no pudieran mantener ningún tipo de relación entre sí. Este modo de desmenuzar la realidad empobrece y adultera considerablemente el análisis⁶. Es más: todo estudio que parta de una absoluta separación entre las nociones señaladas (*inventio*, *dispositio* y *elocutio*) parece condenado de antemano a incurrir en graves inexactitudes y equivocaciones.

La 'elocución', por tanto, debe ser relacionada (no confundida, por supuesto) con la 'disposición' y la 'invención'. Esta idea básica es la que alienta la distinción -que en seguida se desarrollará- de tres unidades discursivas fundamentales: la palabra, la oración y el texto.

3.2.1. Transgresiones de carácter textual y pragmático.

Empecemos por la unidad anotada en último lugar: el 'texto'. Seguramente es ésta la más compleja de las tres, la más abierta y -por ello mismo- también la más difícil de analizar.

Los tratadistas clásicos estudiaban, como si de hecho fuera una categoría conceptual homogénea e independiente, las llamadas 'figuras de pensamiento' (*figurae sententiae*). Sin embargo, los fenómenos expresivos allí agrupados conformaban, en realidad, un fluctuante y abigarrado conjunto: "es difícil la clasificación de las *figurae sententiae*, pues no forman una unidad cerrada (...). Los teóricos suelen, generalmente, limitarse a enumerarlas"⁷. No se trataba ni de un simple capricho ni de un síntoma de pereza generalizada. Lo que sucede con estas 'figuras de pensamiento' es que no se dejan estu-

diar con facilidad. Resulta muy complicado, en efecto, establecer aquí definiciones y distinciones claras. Hasta el punto de que ni siquiera los autores modernos han conseguido llegar a un acuerdo general al respecto⁸. La razón de la dificultad analítica hay que buscarla, sin duda, en algo que ya se ha apuntado: en la propia complejidad del objeto de estudio. "Las figuras de pensamiento -apunta Lausberg- pertenecen al *ornatus conceptual*"⁹; esto es, tienen que ver con los contenidos, pero también tienen que ver con el lenguaje, pues no en vano forman parte del estudio elocutivo del discurso. Y si profundizáramos aún más en este asunto, se vería con claridad que también la 'dispositio' afecta a este conjunto de fenómenos retóricos¹⁰.

Se ha sugerido que, en el 'texto', importan tanto los aspectos verbales del discurso como los de contenido. Se ha sugerido además que las operaciones retóricas de 'invención', 'disposición' y 'elocución' convergen aquí de tal manera que sólo mediante burdo reduccionismo o notoria falsedad se puede eludir el estudio de alguna de ellas. Pero para perfilar mejor la caracterización de esta unidad discursiva ('texto'), debemos sustituir el concepto de 'figura' por el de 'transgresión' ('transgresión textual', en este caso). Se ha de insistir, también aquí, en que toda figura supone una desviación permisible respecto de cierta norma. La doctrina retórica clásica considera que la transgresión, en cambio, representa una violación no justificada (ni tampoco justificable) de tal o cual regla. En el caso que nos ocupa (y dejando ya a un lado, por supuesto, los juicios estéticos y a veces incluso morales que durante siglos ha suscitado esta cuestión), se han de quebrantar normas de carácter textual. Esto es, normas que afectan a:

1) Principios enunciativos macrosintácticos.

La sintaxis nos permite establecer la corrección o incorrección de los enunciados oracionales. Todo hablante dotado de cierta competencia lingüística sabe distinguir sin dificultad oraciones bien construidas de aquellas que incurren en agramaticalidades. Pero, por encima de la oración, hay bloques lingüísticos entre los cuales también se

establecen relaciones supragramaticales: es decir, relaciones no entre miembros de una oración, sino entre oraciones completas o entre grupos de oraciones. Considérese el caso de un texto en el que apareciera una frase del tipo "A es B". Imaginemos que, líneas más abajo, se descubre una frase que contradice a la anterior ("A no es B, sino C"). En principio, y si no hay ninguna justificación de índole textual¹¹, esto constituye una violación de las normas enunciativas por las que se ha de regir todo texto. Es evidente que la sistematización de normas suprasintácticas resulta mucho más ardua, problemática y rebatible¹² que la ya tradicional sistematización de reglas meramente sintácticas. Es evidente asimismo que resulta muy difícil analizar, en textos concretos, este tipo de transgresiones. En muchas ocasiones, será muy complicado distinguir la licencia de transgresión. Y, con bastante frecuencia, ni siquiera tras un detallado estudio será posible emitir un dictamen rotundo acerca de si cierto fenómeno textual es permisible o, al contrario, constituye una violación de tal o cual norma. Aun teniendo muy en cuenta todas estas dificultades y limitaciones epistemológicas, en las páginas que siguen se intentará explicar con ejemplos concretos cómo quebranta Francisco Umbral algunos principios narrativos (o de construcción de textos) elementales.

2) Componentes pragmáticos del acto comunicativo.

Importa considerar, además de la relación que mantienen entre sí los elementos que forman parte del texto (palabras, oraciones y bloques de oraciones¹³), las circunstancias extratextuales del acto comunicativo; esto es, conviene detenerse a reflexionar sobre el "hecho retórico"¹⁴, sobre el proceso comunicativo en sí mismo. En síntesis: un señor llamado Francisco Umbral publica a diario unos textos periodísticos de opinión que van dirigidos a un público heterogéneo. Se deben estudiar, pues, ciertos aspectos de índole pragmática, y en especial aquellos que acaban manifestándose lingüística o textualmente en forma de transgresión. Es decir: hay que analizar, verbigracia, cómo se presenta ante los lectores el productor de los textos (si es modesto, autocrítico, jactancioso; si respeta al lector o se burla de él; si su talante habi-

tual es ponderado o violento). Pero, además, hay que investigar si el productor de los textos respeta las normas propias de una situación comunicativa muy específica. O, en otros términos, se debe comprobar si el escritor viola alguna de las normas que prescribe el género periodístico (o, más en particular, el subgénero del articulismo de opinión).

El análisis pragmático, según lo que se acaba de apuntar, se desdobra en dos planos. El primero de ellos se mantiene en el nivel de las generalidades referentes al "hecho retórico" o acto comunicativo. Como profundización de este primer y más genérico estudio, se plantea una indagación ulterior acerca de cuestiones relacionadas con el *género* de los textos periodísticos (en general) y con el *subgénero* de los artículos de opinión o columnas personales (en particular). Las transgresiones textuales de naturaleza pragmática nacen, por ende, de una falta de adecuación a la situación comunicativa¹⁵, entendida ésta bien en sentido lato y sin atender a circunstancias concretas (considerando, pues, el "hecho retórico" en su globalidad), bien de manera específica y centrando el interés en los pormenores del acto comunicativo (basta con definir el género o subgénero de que se trate y se obtendrá de inmediato un detallado formulario de tales pormenores).

3.2.1.1. Contra el sentido común de las leyes pragmáticas.

Empecemos -aunque de este modo se invierta el orden lógico antes apuntado- por lo que parece más general. Es decir, por el "hecho retórico", por la situación comunicativa considerada en sí misma. Veamos, pues, cómo maneja Francisco Umbral el complejo proceso comunicativo que permite convertir la palabra impresa en signo mental, en palabra compartida por cientos o miles de lectores. Veamos, sobre todo, cómo, cuánto y por qué rompe el articulista algunas de las convenciones pragmáticas en las que se basa este tipo de comunicaciones textuales.

3.2.1.1.1. El productor de los textos.

La norma retórica corrobora el criterio del sentido común y aconseja modestia, humildad, recato: "ab nostra persona benivolentiam contrahemus, si nostrum officium sine adrogantia laudabimus", y ello -añade el autor de la *Rhetorica ad Herennium*- sólo en la medida en que sea "apropiado al mismo asunto de que se trata"¹⁶. No basta con cuidar el discurso, escribe Aristóteles en su *Retórica*: "es muy importante para la persuasión (...) el modo como se presente el orador y el que se pueda suponer que él está en una cierta actitud respecto de los oyentes, así como, en lo que se refiere a éstos, el que se logre que también ellos estén en una determinada actitud ante el orador"¹⁷. Conviene, pues, sintonizar con el destinatario del texto. Los discursos de un orador arrogante y vanidoso corren siempre el peligro de ser mal recibidos. Si el lector siente antipatía por el productor de los textos, es muy posible que ni siquiera se detenga a examinar sus palabras. Lo más probable es que la desagradable impresión que causa el creador del discurso se convierta en juicio sumaráisimo sobre el discurso mismo.

Francisco Umbral gusta de correr este tipo de riesgos. No le importa que le confundan con un señor engreído. La vanidad es una transgresión que le reconforta. La modestia -viene a sostener Umbral- es una ruda vulgaridad, puesto que casi todo el mundo se cree obligado a someterse a ella. Un escritor con personalidad propia no debe esconderse, sino todo lo contrario: debe exhibir sin ninguna clase de pudor su figura, su estética, su particular modo de ver y entender el mundo. La vanidad puede molestar a los lectores. A muchos lectores. Ir en contra de lo establecido casi siempre molesta. Pero Umbral prefiere molestar, herir sensibilidades, romper con lo establecido. A Umbral parece que le divierte suscitar odios, enemistades, antipatías. "Te odian más que a mí, **Paco**", cuenta que llegó a espetarle Santiago Carrillo, aquel comunista maldito (por entonces era secretario general del Partido Comunista de España, ilegal durante decenios) que acababa de regresar del exilio¹⁸.

Umbral, para empezar, decide hablar de sí mismo todo cuanto le apetece: "como no

soy capaz de escribir una columna sin hablar de mí, diré que yo, que tengo muchos premios, jamás he pretendido (...)”¹⁹. La primera transgresión, pues, es puramente cuantitativa: el articulista incurre en un egotismo facundo y escribe sobre sí como quien elabora un diario personal²⁰. Marzo de 1978: encontramos en los textos del columnista diez veces el término "Umbral" y una vez hallamos el más respetable (y, por ello mismo, más transgresor) "don Francisco"²¹. Quiere esto decir que en uno de cada tres artículos el productor del texto se refiere a sí mismo; y quiere decir, además, que lo hace sin circunloquios ni perífrasis, sino usando su propio nombre²². Marzo de 1989: el pronombre personal de primera persona ("yo") aparece otras diez veces²³. Por evitar este pronombre, muchos escritores adoptan incluso una pudorosa (no mayestática, como suele decirse) primera persona del plural. Francisco Umbral usó el plural años atrás, mientras forjaba su personalidad²⁴, y lo siguió utilizando -aunque ya en menor medida- durante los años a que se refiere este estudio. En mayo de 1989, por ejemplo, usa Umbral 24 formas verbales en primera persona del plural con valor de primera del singular (hay otros 91 verbos en primera persona del plural, pero no equivalen, desde el punto de vista semántico, al verbo en singular). Durante ese mismo mes, el verbo aparece conjugado en primera persona del singular más del doble de veces: exactamente en 57 ocasiones²⁵. Con todo, la fórmula despersonalizadora que Umbral prefiere es el indefinido "uno" (*uno cree que*, en lugar de *yo creo que*), fórmula mucho más digna -según él- que ese "tú hortera que sustituye a la primera persona del periodista en casi todos los periódicos"²⁶.

Este egotismo refleja una hiperbólica (y se ha de suponer, por ello mismo, que también irónica) egolatría. Francisco Umbral se presenta ante los demás como un genio que no se avergüenza de serlo. Por lo que leemos en sus artículos, da la impresión de que el escritor no ha disfrutado en toda su vida de un placer más puro y gozoso que el de haberse conocido a sí mismo. Ya en 1976, y a propósito de su relación con José María Pemán, escribe: "Dos clásicos como si dijéramos"²⁷. Es apenas un aviso. Julio de 1977: "la Moncloa, en fin, necesita un estilista y ese tenía que ser yo. (...) Fernando Onega (...) no es una gran pluma, y eso a la larga se paga. Por eso

digo que me tenían que llamar a mí"²⁸. Junio de 1978: "la naturaleza sigue imitando al arte, pero sobre todo a mi arte"²⁹. Si eludimos el espesor minucioso de los años, nada cambia. Desembocamos, como antaño, en un sinfín de elogios para consigo mismo. El autor se los aplica con absoluta naturalidad, sin ningún atisbo de pudor: "EL MUNDO es un periódico fundamentalmente bien hecho (en algo se había de notar mi mano), de modo que (...)"³⁰. Así que, en fin, el columnista se imagina un clásico de la literatura española y universal³¹.

Pero la egolatría de que aquí se escribe no acaba en cuestiones puramente literarias. Umbral presume también de ser un señor con un prestigio social: "lo cual que me llaman de pregonero para todos los pueblos de España y barrios de Madrid"³². Todo el mundo le llama y le requiere. Todos le admiran o envidian. Con especial insistencia y chulería, Umbral presume de su -dice él-irresistible poder de atracción sexual. A veces, la inmodestia adopta el tono de simple broma: "que suecas van a venir pocas, porque si no viene la mía, con el gancho que yo tengo, no esperen ustedes que vengan las demás"³³. En ocasiones, la broma va cargada de insolencia y descaro: "dado lo bueno que estoy, siempre he sospechado que algún gobierno acabaría contratándome de majorette. Ha sido el de Suárez"³⁴. Otras veces, en fin, hallamos ya la más pura y desvergonzada procacidad: "yo vivo entre el orgasmo y el endecasílabo"³⁵.

Esta egolatría, según se apuntó más arriba, debe relacionarse con una visión del mundo marcadamente egocéntrica. El articulista se siente (o lo simula) el centro exacto del universo. Además de los aspectos lingüísticos ya comentados, resulta muy llamativo el complejo de víctima que parece padecer el articulista. El lector puede llegar a pensar, con cierta razón, que los textos que llevan la firma de Umbral han sido contruidos por un hombre enfermizamente obsesionado: da la sensación que de este señor Umbral cree que el universo entero conspira contra él, que todo cuanto ocurre se hace a favor o en contra de él. A principios de 1977, el Gobierno aprueba un Real Decreto-Ley "Sobre libertad de expresión". Queda suprimido el artículo segundo de la anterior Ley de Prensa, pero se aumentan los mecanismos con los que perseguir delitos de prensa (en especial, en casos de calumnias, injurias y pornografía). Umbral

comenta: "yo creo que este decreto está hecho contra mí, el último Consejo de Ministros fue una conspiración centrada en mí"³⁶. Muchos años después, en marzo de 1989, Umbral aplica este mismo argumento a otra ley sobre Prensa: "esta ley anti/libelo (...) viene ahora contra nosotros, contra todos nosotros, de los obispos a los periodistas, y yo creo que hasta viene específicamente contra mí.

>> Y digo específicamente contra mí no llevado o traído por mi peculiar egotismo/egoísmo (que es una cosa que siempre comporta masoquismo), sino porque uno nunca ha sido mayor cosa que un sencillo fabricante de libelos. Mi género literario es el libelo, (...) "³⁷.

Un lector con cierta perspicacia descubrirá, sin duda, la veta irónica de esta suerte de dislates. El columnista destapa con sorna su "peculiar egotismo/egoísmo". De este modo, la vanidad queda destilada por la ironía, depurada por medio de la burla para con uno mismo. Cuenta Umbral en un artículo, por ejemplo, que le han pedido una lista de diez señores elegantes. Afirma, en un primer momento, que no se incluye en esa lista "por sencillez". Pero, al final (después de haber glosado las elegancias de Fraga, Blas Piñar, Landelino Lavilla, el Papa Wojtyla y algunos otros), escribe: "Umbral: al final no he podido menos de meterme, y ustedes disculpen.

>> El ego es que me devora"³⁸.

No obstante, parece que la ironía no anula el sentido último, claramente provocativo, de tales planteamientos. El objetivo de Umbral es sorprender, incitar, aturdir al lector. Por eso presume de su talento. Por eso presume de ser presumido. Por eso llega incluso a presumir de no presumir como debiera, sino mucho menos de lo que él -considerado su genio- podría permitirse: "el escritor, aunque sea modesto, como uno, (...) "³⁹. La exhibición de la modestia es irónica e hilarante. Umbral afirma que es uno de "los tres prosistas mayores de los cuarenta/cuarenta"⁴⁰, de la mano de Camilo José Cela y Miguel Delibes; se incluye entre "los grandes del periodismo" y se compara con Ortega y Gasset⁴¹; se burla de quienes critican su vanidad⁴²; y consigue, en fin, que Manuel Fraga le trate de "usted"⁴³. Umbral dibuja el perfil psicológico de un hombre fatuo hasta extremos patológicos, pero luego se ríe de su inmodestia y de su vanidad con

cínica entereza. Entre mofa y mofa, insiste en cultivar, profundizar y confirmar la tosca y engreída presunción del estereotipo que de sí mismo ha fabricado. De pronto pide perdón por el uso de un dudoso pretérito indefinido: "nunca he estado fuerte en el uso de los tiempos verbales, y por esto no soy ya académico (lo cual es por otra parte una manifiesta injusticia)"⁴⁴. Qué perdón tan soberbio, qué ironía tan afilada, inestable y sospechosa.

Ególatra sospecho, egocéntrico confeso y -tercer pecado pragmático- consumado excéntrico. Umbral es un tipo extravagante y escandaloso porque quiere serlo, porque se empeña en serlo. Se dice que la Modernidad, una vez asumidas las vanguardias de principios de siglo, ya no se deja escandalizar por nada. Y acaso sea cierto. Hoy es muy difícil provocar con éxito. Ser escandalosamente distinto es ya trabajo poco menos que de héroes. En este siglo XX ha triunfado la heterodoxia, y con ello ha muerto, o casi, el arte de irritar a las mayorías para ganarse el aplauso de las minorías. Después de tanta transgresión integrada y comercializada con éxito, los provocadores vocacionales debieran estar muy escarmentados. Umbral se obstina, sin embargo, en tejer una personalidad estafalaria: "o sea, que soy un heterodoxo que se le escapó del tintero a don **Marcelino**"⁴⁵. Heterodoxo con desequilibrios térmicos. En verano exhibe abrigo, para que todo el mundo se asombre de su intempestiva vestimenta, y en invierno sale a la puerta de casa para recoger el correo con un albornoz que apenas si le llega a media pierna⁴⁶. Heterodoxo en los hábitos alimentarios, especialmente dotado para soportar -y aun degustar- desayunos diarreicos. "Me levanto a las ocho y desayuno bacalao fresco al microondas."⁴⁷ Heterodoxo en el modo de vestir, dandi harapiento y hasta vulgar que presume de "oler a macarra marbellí, a ligón verdemardieles, a puta de puerto"⁴⁸. Heterodoxo, en fin, en actitudes y composturas cotidianas. "Me quedé pensando en la información de mi amiga y chupando una piruleta, que es lo que yo saco cuando los caballeros sacan un puro. Parece que las piruletas son bajas en nicotina."⁴⁹

Apariencias o conductas. Desplantes éticos o profanaciones estéticas. Todo vale con tal de suscitar el escándalo. El propósito último es deleitar lacerando, sorprender al

lector sin parar mientes en el precio que haya que pagar por ello. El sentido del pudor aquí no cuenta, porque el articulista no teme en absoluto acabar pareciendo un maniaco sexual⁵⁰, un obseso de la pornografía⁵¹, un ángel maldito, un espíritu venal que se entrega, sin miramientos morales de ninguna clase, a quien más o mejor pague: "para puta yo, que me encargan un artículo sobre **Gorbachov** y lo primero pregunto: <<¿Lo quiere usted a favor o en contra? Es el mismo precio>>"⁵².

Se puede concluir, pues, que Umbral se presenta a sus lectores como un vanidoso pertinaz, visceral y sin remedio; como el prototipo inverso de ese hombre modesto y autocrítico que, según ciertas reglas de urbanidad o decoro social, todos deberíamos ser. "Me llaman algunas gentes para felicitarme por mi crónica *Yo, respetuosa*"⁵³. No parece razonable que un escritor incluya en el texto de hoy las alabanzas que "algunas gentes" (no se indica cuáles) han concedido a los textos que ese mismo escritor firmó ayer. Esta actitud no es, al menos, habitual. Es muy extraño (anormal, pues) que alguien exhiba el reconocimiento ajeno de sus hipotéticas virtudes. "Admito que citarme es una cosa que vende"⁵⁴. Tampoco es normal esta suerte de abnegada *concesión*. Se puede pensar que el verbo *admitir*, tal como aquí se usa, no reclama una interpretación literal, sino irónica. Es muy posible que, en casos como éste, Umbral quiera expresar más de lo que literalmente dice. Es plausible que estas frases tengan un significado pragmático (retórico, si se prefiere) no del todo equivalente al significado lingüístico derivado del conjunto semántico que conforma tal asociación de palabras. Acaso Umbral no presume de autoridad literaria. Afirma (*admite*, dice él) que quien le cita hace un buen negocio estético. La interpretación irónica nos puede llevar a introducir un significado pragmático que anula (o casi) el significado literal. Por ironía para consigo mismo, el autor se burla de su prestigio literario y social, del valor de su firma y de la consistencia de sus obras. Esta interpretación irónica no parece que sea del todo ilícita. Quizá la vanidad sea tan sólo una provocativa transverberación del sarcasmo, quizá el autor finge que es presumido para mofarse con regusto barroco de la verdadera presunción. Bien: en ese caso, y dando por buena la interpretación irónica, habría que plantearse por qué se enfada Umbral (sin ironía, con sistemática tenacidad)

cada vez que un colega se atreve a ningunearlo, cada vez que alguien se atreve a emitir una crítica -aunque sea en forma de simple silencio- no del todo favorable al articulista. Si la ironía fuera sincera (y la vanidad, por tanto, mera pose), el lector de los artículos diarios de Umbral no tropezaría con piezas como la dedicada a Ruiz de Elvira, de la Universidad Complutense de Madrid. Este señor, al parecer, osó considerar en cierta ocasión que Francisco Umbral pecaba de frivolidad. La respuesta del columnista⁵⁵ es una radiografía del puro furor. Si la ironía fuera sincera, el lector debería ver tono de befa allí donde parece que sólo hay picazón y fastidio por una supuesta ingratitud de otros escritores: "quiere decirse que sigue el culebrón <<socialcapitalista>> (la acuñación verbal es mía y ya se ha convertido en bien mostrenco del idioma: lo celebro, me ha pasado muchas veces)"⁵⁶.

Es cierto que Umbral, a veces, ejerce la autocrítica. Pero, cuando lo hace, despliega casi más chulería que cuando critica a sus enemigos. "Quiero decir, humildemente, franciscanamente, umbralianamente, que (...)"⁵⁷. Umbral rompe toda insinuación de modestia. Se niega a practicar una virtud tediosa y de casi obligado cumplimiento. La vanidad, en cambio, ofrece siempre el regusto de lo pecaminoso. "Se ha dicho mucho que González es la norma y Guerra la frase. Que en uno encarnan los valores y en otro los contravalores (no se ha dicho tan bien como lo digo yo ahora, porque la gente no suele escribir así, pero algo parecido ha querido decirse)." ⁵⁸ Sólo un hombre con confianza en sí mismo se atreve presentarse ante sus lectores del modo como lo hace Umbral: "Soy la hostia"⁵⁹. Se puede solicitar más sutileza, pero no más claridad.

3.2.1.1.2. El destinatario de los textos.

El productor de un texto quiere siempre ser leído o escuchado. Un texto sin destinatario posible no es, *stricto sensu*, un texto completo. La comunicación textual no existe sin lectores u oyentes.

Parece claro que el productor de los textos ha de intentar ganarse la benevolencia de

aquellos a quienes se dirige. La idea de una retórica *pròs akroatén*⁶⁰ (esto es, una Retórica cuyo principal objetivo es agradar al oyente, y no tanto buscar la pura verdad) no es aplicable, sin más, a textos como los relatos periodísticos o noticias. Pero, por su vecindad conceptual con los postulados de la moderna Teoría de la Literatura⁶¹, esta retórica *pròs akroatén* sí que se puede aplicar fácilmente a textos periodísticos cuasi literarios⁶² como los que se estudian en este trabajo (columnas personales de opinión). Esta clase de textos, de hecho, se vale de un estilo que se ha dado en llamar "ameno"⁶³, y ello constituye la mejor prueba de que las columnas periodísticas pretenden, ante todo, entretener y agradar a los lectores. En el artículo, escribe el propio Francisco Umbral, "el lector busca más fincadamente el diálogo directo y mudo con una persona/personalidad que ya conoce"⁶⁴. El lector compartirá el criterio del articulista o disenterá de él. No es esto lo que importa. Lo fundamental es que la comunicación textual que se establece entre ambos será tanto más duradera y estable cuanto más agraden al lector los planteamientos conceptuales y estéticos del articulista. El columnista, en otras palabras, está obligado a ganarse la simpatía de los lectores: él, de ordinario, no ofrece información de actualidad (que tiene valor en sí misma), sino comentarios personales, subjetivos, acerca de informaciones ya publicadas. Es verosímil que un lector devore (intelectualmente, se entiende) hasta el último signo de una noticia redactada por un periodista que le resulta antipático. Tal vez lo haga por el simple hecho de que le interesa el contenido mismo del texto periodístico. Tal vez, porque ni siquiera se ha dado cuenta de que la noticia en cuestión está firmada por tal o cual periodista. Resulta, en cambio, muy extraño que alguien se moleste en establecer un "diálogo directo y mudo con una persona/personalidad" a la que, por el motivo que fuere, detesta.

Debe todo ello ser tenido en cuenta para enjuiciar convenientemente el trato que Umbral dispensa a sus lectores. Trato, cabe anticipar, harto licencioso: "lo de ustedes, como siempre, es que no se aclaran, que no leen, que no se enteran"⁶⁵. En lugar de intentar ganarse la benevolencia del lector, el columnista se burla insolentemente de quienes, por afición o por mera casualidad, han osado leer su artículo diario. Esta

técnica (mofa casi tan descarnada como descarada de la agudeza intelectual de los lectores) aparece ya en los primeros textos analizados⁶⁶, y no se pierde con el paso de los años: "es lo que me he molestado en explicar antes, coño, que ustedes no se enteran", escribe Umbral en 1988⁶⁷; y, años después, leemos: "el proceso, para que ustedes se aclaren, que es que no se aclaran, ha sido así"⁶⁸.

Atengámonos, de momento, a una interpretación literal de las expresiones que se acaban de citar. El columnista se burla de un lector al que considera intelectualmente pacato, zafio, torpe. Tal es la versión más usual de este tipo de provocaciones. Pero la estrategia de agresión ensaya, en ocasiones, ofensas que poco o nada tienen que ver con las cualidades cognoscitivas del siempre hipotético lector: sostiene el articulista, verbigracia, que el pueblo español no dediera disponer, en agosto de 1976, del derecho a voto, puesto que aún es un pueblo políticamente inmaduro⁶⁹. Desprecio semejante se puede advertir en otras muchas insolencias posteriores. Algunas destacan por su estridente agresividad⁷⁰. Otras, en cambio, consisten en un atrevimiento que, en el fondo, no es más que chirriante ingenuidad o mero juego de palabras: "yo siempre he deseado llegar a viejo para vivir tranquilo, mandarles a todos ustedes a paseo, (...) "⁷¹.

En general, y más allá de insolencias concretas como las ya anotadas, Umbral se dirige a los lectores en un tono extremadamente coloquial. Parece como si todos ellos fueran íntimos amigos suyos, como si todos conformaran una densa e intransitable -por anónima y heterogénea- maraña de jóvenes compañeros ('colegas'⁷², según el argot juvenil de la época). Es muy sintomático el hecho de que, por mor de enfatizar lingüísticamente su relación fática con los lectores, el columnista use vocativos tales como "macho"⁷³, "tío"⁷⁴ o "tron"⁷⁵. También reflejan este tono confianzudo y franco sintagmas de evidente ascendencia conversacional: "a ver si me entiendes"⁷⁶, "como te digo una cosa te digo otra"⁷⁷, "te pongas como te pongas"⁷⁸ y, en fin, otras muchas expresiones del mismo jaez.

Todo ello, claro está, respecto a un lector considerado en general, en abstracto. Se ha visto hasta ahora cómo se relaciona Umbral con ese lector común y genérico que los escritores sólo alcanzan a imaginar o bosquejar, porque se trata siempre de un cuerpo

múltiple y colectivo, cambiante e imprevisible. Pero Umbral también apela de cuando en cuando a lectores que, si bien carecen de nombre y apellidos concretos, resultan ya mucho más fácilmente identificables. Es muy frecuente, en particular, que el articulista recurra a un lector individual (aunque todavía hipotético) para que, en forma de diálogo, rebata o matice las ocurrencias del narrador. Es lo que sucede, por poner un solo caso, en "El año del cólera"⁷⁹. El supuesto lector interrumpe dos veces al narrador; a la tercera reticencia apócrifa ocurre lo que cabía esperar: "Oiga -dice el improvisado deuteragonista-, no hace usted más que citar poetas", a lo cual contesta con pasión y desvergüenza el narrador: "Calle, coño, que ahora estoy ya embalado". La reprimenda se repite en "Se lo llevan crudo"⁸⁰. Umbral cree detectar un cierto alboroto entre los lectores y, para cortarlo en seco, escribe: "que estoy hablando de dinero, coño, callarse un poco".

Es muy del gusto del autor entablar una especie de *conversación textual* con este lector concreto y apócrifo. Se trata, pues, de un lector que no tiene vida real, sino sólo literaria: "me dirá usted, curioso lector (no creo tener más que uno), que estoy (...)"⁸¹. Se vale Umbral de este pintoresco y anónimo interlocutor para establecer un doble juego comunicativo; juego que, a grandes rasgos, es básicamente idéntico al establecido con el lector genérico y abstracto sobre el que ya se ha escrito más arriba. La explicación siguiente vale también, por tanto, para entender qué función desempeña, en último extremo, el lector colectivo y heterogéneo al que con tan ácida y descarada irreverencia -según se ha visto- trata Umbral.

El juego comunicativo de que se vale el articulista consiste, básicamente, en distinguir entre un *lector real* y un *lector apócrifo*. A éste último (el lector hipotético que introduce el narrador), se le golpea con sorna, con descaro, con hispida rusticidad⁸²; el lector real (el que, de hecho, lee tal o cual artículo) contempla como espectador la osadía del columnista, y lo más probable es que se sonría por mor de los atrevimientos del escritor, puesto que sabe o intuye que él (en tanto persona con identidad propia) no es objeto de ninguna burla. Lo más plausible es que el *lector real* se sienta mucho más cerca del autor que de ese *lector apócrifo* con quien dialoga el

narrador. Quizá todo esto parezca una forzada descripción de complejos y artificiosos ardides comunicativos. En realidad, es algo mucho más sencillo. Es la réplica literaria de algo que, sin que nos demos cuenta, ocurre a diario. Pensemos, por ejemplo, en lo que tantas veces hemos visto en el circo. Un payaso siempre desea que el público se ría. Pero, en aparente contradicción con ello, a veces el payaso saca la lengua a los niños. Se podría pensar que el productor de los mensajes se burla de aquellos con quienes se comunica. Lo normal, sin embargo, es que nadie, en una situación comunicativa como la descrita, se sienta ofendido por la mueca del payaso. Este gesto de sacar la lengua significa, de ordinario, algo así como 'me burlo de alguien'. Ello no obstante, el público comprende con absoluta naturalidad que ese *alguien* no existe en realidad, que ese *alguien* es una ficción comunicativa, un ente sin nombre ni rostro cuya función y vida se agotan en el proceso de escenificación circense. Así también es la doblez comunicativa que, *mutatis mutandis*, practica Francisco Umbral. Su burla va dirigida a un lector quimérico, apócrifo, puramente abstracto: "perdonen ustedes que vuelva sobre el tema, pero es que me ofrecen millones por anunciar cosas en la tele (...). He dicho que no, por ustedes, los lectores, que conste. Me han hecho perder ustedes una pasta. O sea que a ver"⁸³. Ese amenazante "ustedes", encarna lingüísticamente a un lector hipotético, irreal: tal interlocutor se constituye en algo parecido a un deuteragonista textual del narrador que poco o nada tiene que ver, por tanto, con el señor o la señora que, en lugar y tiempo determinados, se entregan a la lectura de un artículo concreto. Mediante esta estrategia transgresora, Umbral intenta que el verdadero lector se sienta dulcemente provocado; que, acaso tras un instante de irreflexiva irritación, se sonría por el modo como trata el articulista a sus hipotéticos lectores: "locas, que es que no leéis nada, así salís de incultas y travestís (...); vosotras votadme al Suárez, asquerosas, (...)"⁸⁴. Al llamar "locas" a los lectores, Umbral es el payaso que saca la lengua al público. Parece claro que tal transgresión intenta, antes que nada, arrancar al lector una sonrisa cómplice y especular. Hay un espejo, en efecto, que permite a los lectores mirarse a sí mismos como parte del proceso comunicativo, más allá de la individualidad de cada lector real. Y este desdoblamiento genera una

innegable comicidad. El público se mofa de la *imagen de público* que el payaso construye. Lo que sucede es que, en situaciones comunicativas como éstas, el *público real* tiende a identificarse con el payaso burlón y reírse del *ficticio público* burlado. Cabe preguntarse por qué. Pues bien: resulta evidente que ello se debe, ante todo, a que el verdadero público sabe diferenciarse de la imagen -más o menos grotesca- que el payaso le ofrece. Por eso procura Umbral, de cuando en cuando, establecer el mayor distanciamiento posible entre los lectores auténticos y los interlocutores apócrifos. Hay un vocativo, en particular, que ilustra claramente este fenómeno. Según explica Umbral, el diario venezolano *El Nacional* reproduce habitualmente sus crónicas, y se queja el columnista de no recibir por ello un solo bolívar. Lo más pintoresco de la anécdota es la fórmula lingüística en que cristaliza la denuncia. Umbral, durante años, se dirige a sus lectores de *El País* mediante un irónico y hasta grotesco vocativo: "mis queridos caraqueños"⁸⁵. Los lectores españoles, que se saben escasamente caraqueños, entienden (tal vez con más claridad aquí que en otras ocasiones) que el articulista ha elaborado un juego burlesco. Umbral *conversa* textualmente con unos lectores apócrifos ("mis queridos caraqueños")⁸⁶ y, en segundo término, ofrece tan jocunda y licenciosa *conversación* a los verdaderos lectores.

Parecido en el fondo, si bien diferente en la forma, es lo que sucede cuando el articulista se burla de colocutores concretos, cuyos nombres y apellidos, por lo general, son bastante conocidos. En tales casos, Umbral concentra su insolencia en un solo individuo⁸⁷, por lo general famoso: a él se dirige, mediante un vocativo más o menos irreverente. Pongamos por caso. Al entonces Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, lo trata como al panadero o al churrero del barrio⁸⁸; al ministro Reguera le endilga, casi invariablemente, el curioso vocativo de "cuerpo"⁸⁹; a otro ministro, Alfonso Osorio, lo llama "tío"⁹⁰; a Felipe González, durante su etapa de Presidente del Gobierno, le dedica apelativos de tan dudosa cortesía como "tron", "capullo" o "julai"⁹¹; para dialogar apócrifamente con Isabel Tocino, miembro del Partido Popular (entonces todavía Alianza Popular), Umbral recurre a un procaz "tía exquisita"⁹²; en otras ocasiones, en fin, lo que más llama la atención es el choque abrupto de tonos y

registros lingüísticos derivado de la yuxtaposición de vocativos: "usted, tú, tío, tomas (...)"⁹³.

En suma, y como síntesis de todo lo escrito hasta ahora, se puede afirmar que Francisco Umbral suele eludir el trato convencional de un columnista para con sus lectores. En parte, por romper las expectativas de éstos⁹⁴. En parte, también, por utilizar la transgresión como instrumento con el que suscitar sonrisas y aparentemente traidoras⁹⁵ complicidades.

3.2.1.1.3. La situación comunicativa.

El concepto de 'situación comunicativa', tal como se aclaró en el capítulo segundo⁹⁶, permite saber qué fenómenos textuales deben ser considerados *licencia* y qué otros deben ser tenidos por *transgresión*. La Teoría de Géneros supone, en el fondo, un minucioso estudio de las situaciones comunicativas propias de cada categoría (*género* o *subgénero*) de textos.

Francisco Umbral escribe artículos periodísticos de opinión. Este tipo de textos acepta sin violencia una carga de subjetividad mucho más acentuada que la propia de los relatos periodísticos. Debe tenerse en cuenta, además, que los artículos de Umbral adoptan la forma de *columnas personales de opinión*. El adjetivo *personal* es, en el caso de Umbral, particularmente oportuno. Su personalidad de escritor cala hasta el más escondido resquicio de los textos que firma. Con todo, el articulista debe respetar una serie de normas. Si no lo hace, violará el orden gramatical o estético exigido por el subgénero en cuestión. Por simplificar la exposición hasta donde parece posible, las reglas a que se debe -en principio- someter el articulista están relacionadas con:

1) Aspectos extraverbales. El incumplimiento de este tipo de reglas origina *transgresiones paralingüísticas*, puesto que afectan a cuestiones esencialmente contextuales, y, por tanto, sólo indirectamente lingüísticas.

2) Aspectos verbales. Esta segunda clase de normas versa, en general, sobre las fórmulas lingüísticas más adecuadas para el subgénero de los artículos de opinión. A primera vista (y en especial si se toman como referencia los relatos informativos), puede parecer que los textos periodísticos de opinión no están sujetos a ningún tipo de reglas. Esto, desde luego, es falso. La violación de preceptos relacionados con el decoro lingüístico (es decir, con el lenguaje apropiado para una situación comunicativa específica) genera *transgresiones periodísticas*.

3.2.1.1.3.1. Transgresiones paralingüísticas.

No es fácil determinar qué elementos, y en qué medida exacta, conforman una 'situación comunicativa' concreta. En todo proceso comunicativo converge un sinfín de motivos psicológicos, políticos, sociológicos, lingüísticos o históricos. "En efecto, ya al ser examinado muy someramente, el lenguaje se presenta como un fenómeno tan polifacético y que impregna en medida tan considerable las restantes manifestaciones del hombre -siendo incluso la la expresión necesaria de alguna de ellas- que las confusiones y parcializaciones se dan, quizá, en este campo con más facilidad que en otros"⁹⁷.

No es fácil evitar las confusiones y *parcializaciones* contra las que nos previene Coseriu. A veces se tiende a eludir la complejidad con simplificaciones excesivas. Otras veces, por el contrario, la dificultad del objeto de estudio queda desbordada mediante absurdas e innecesarias mixtificaciones.

El asunto que aquí se pretende estudiar resulta especialmente complejo. Deben ser tenidos en cuenta, en principio, todos los elementos que intervienen en la situación comunicativa propia del articulismo de opinión. En un segundo paso, se ha de saber qué reglas extralingüísticas, de entre las propias de esta situación comunicativa, son vulneradas -en mayor o menor medida- por el columnista. Y, en último término, sólo

las transgresiones más significativas y recurrentes son examinadas con cierto detalle en los epígrafes que siguen.

3.2.1.1.3.1.1. Entre la desmesura y la violencia.

En cierta ocasión, Umbral escribe -es decir, presume- de su "terrorismo estilístico"⁹⁸. Pocos meses después, el articulista reconoce que las reacciones de muchos personajes públicos a su *apasionamiento estilístico* son asimismo violentas⁹⁹. La libertad de expresión del escritor no puede ni tampoco necesita aquí ser discutida. En un régimen político democrático, las opiniones son libres. Pero no quiere ello decir que escritores o periodistas tengan derecho a decir cuanto les apetezca. El límite más elemental a la libertad de expresión de un periodista es el que impone el respeto a la verdad. Hay, por supuesto, otras muchas restricciones a la libertad expresiva de quienes se dedican, profesional o esporádicamente, a publicar textos periodísticos. En el caso de los artículos de opinión, el sentido común impone un mínimo de respeto a las personas o instituciones sobre las cuales emite sus juicios el articulista. La libertad de expresión permite criticar a quien el columnista considere menester, pero no parece que se deban amparar en esa libertad excesos (estilísticos o no tan estilísticos) tales como el insulto, la calumnia o la mofa más descarnada y degradante. "Las expresiones vulgares, obscenas o blasfemas -dice el *Libro de estilo* de *El País*- están prohibidas (...). Nunca deben utilizarse palabras o frases que resulten ofensivas para un colectivo."¹⁰⁰

Cabe preguntarse: ¿qué es todo esto -incluido lo prescrito por el *Libro de estilo* de *El País*- para Umbral? Presumible respuesta del columnista: todo esto es "cosa que niego violentamente"¹⁰¹.

Para empezar, Umbral sostiene que no se debe censurar a quienes, como él mismo, cultivan el agreste arte de insultar o calumniar. Todo lo contrario. La insolencia de los insultadores virtuosos no debe -según Umbral- ser reprendida, sino más bien admirada: "el insulto es un género literario y sólo mediante buenos insultos se define a un

ministro y se hace buena política parlamentaria"¹⁰². No se trata, como tal vez pudiera pensarse, de una *boutade* ocasional, excepcional, sin reflejo posterior o anterior en el resto de textos publicados por el columnista: "a mí, si me quitan la calumnia, me han recortado la pensión (...). Mi periodismo es pura difamación"¹⁰³. En ese mismo artículo se deja bien claro cuál es la vocación real de quien suscribe el texto: "soy un difamador profesional". Hay que insistir en que no es éste un disparate aislado: "yo soy calumniador/injuriador nato. Es mi género", escribe Umbral casi diez años antes¹⁰⁴.

Todo ello, en cuanto a lo estrictamente teórico. Mas conviene comprobar que la práctica textual cotidiana se corresponde con lo hasta ahora apuntado. Sin esperar a que nadie se lo recrimine, Francisco Umbral reconoce -o, una vez más, ostenta- su afilada y biliosa maledicencia: "si miro hacia atrás mi larga labor periodística y literari [*sic*, por errata], no es sino un extenso trenzado de injurias, como una alfombra de nudos"¹⁰⁵. Es ésta, sin duda, una burda exageración. La obra periodística de Umbral es mucho más compleja de lo que el propio escritor apunta. Pero tampoco se puede decir que su afirmación sea radicalmente falsa. Hay mucho de verdad en eso de que sus textos han conformado, en la página del tiempo, un *extenso trenzado de injurias*. Y si no de injurias, sí al menos de insultos. Conviene recordar aquí algunos de los más llamativos, siquiera sea por demostrar que Umbral, en la práctica, cumple con dignidad aquello que promete por la vía teórica. Así, verbigracia, glosa el columnista una noticia según la cual se ha concedido una cuantiosa subvención para el estudio de las cabras: "yo estudiaría sus derivados, cabritos, cabrones, cabroncetes y cabronazos, pero algunos ministros iban a sentirse aludidos, y tampoco es eso"¹⁰⁶. El insulto directo y soez no es, con todo, el que con más ahínco cultiva Umbral. De ordinario, en sus artículos florecen impropiedades de nítida ascendencia barroca. La especialidad de Umbral es un denuesto minuciosamente bordado de insolencias, un agravio rameado de múltiples y sucesivos agravios. El resultado final es un insulto que vierte toda su profundidad barroca sobre aquel -o aquella- a quien va dirigido: "Doña Rosa Conde era tonta verbal, tonta fonética, tonta conceptual por libre y a su aire. No molestaba a nadie y distraía mucho a los periodistas. Pero cuando le ponen por delante toda la parrilla de

micrófonos de las radios, televisiones y periódicos, he aquí que una tonta doméstica, consuetudinaria, tranquila y hasta tierna, se multiplica tecnológicamente por mil hasta convertirse en un tornado de tontería, en una plaga y un peligro público"¹⁰⁷. Y todo ello como florido prolegómeno del caso político y humano que de verdad se pretendía criticar: Isabel Tocino, años después ministra de Medio Ambiente, acababa de publicar un artículo sobre cuestiones económicas: "Doña Isabel Tocino, tonta de por sí, ha decidido ser también tonta por escrito"¹⁰⁸. Tan industrioso ultraje consiste, así pues, en trazar todo tipo de requiebros lingüísticos a propósito de ideas completamente básicas. Pongamos por caso: trátase de tildar a alguien de vulgar ladrón. Umbral lo puede decir de este modo: "[Boyer es] un chorizo mental, un espadista teórico, un sislero metafísico que soñaba operaciones imaginarias y ruinosas, tanto como fastuosas, tal la nacionalización de Rumasa"¹⁰⁹. Véase cómo toma cuerpo verbal la misma idea en este otro rosario de ofensas: "usted, señor Cuevas, es un fascista sin partido (...). Usted lo que es es un listillo, un espabiladillo, un cuco, usted es un retroliberal neoconservador atigrado de fascista y con ramalazos de paleocapitalista usurario balzaquiano. Con usted es que no se puede negociar, tío, que es usted capaz de llevarse hasta los bolígrafos y los ceniceros de la mesa de negociaciones"¹¹⁰.

Una conocida tonadillera que se llama Isabel y se apellida Pantoja queda definida como "princesa pectoralísima de la cutreidad nacional"¹¹¹; un ministro de Economía y Hacienda que se llama Carlos y se apellida Solchaga "tiene un aura de señorito impositivo que siempre parece llevar una Harley-Davidson entre las piernas, bajo la cojonera"¹¹².

Como variante elíptica de este agresión verbal que se ha calificado de *barroca*, cabe señalar el insulto directo y al mismo tiempo refinado; insulto que presupone, sin necesidad de mención expresa, la serie de convergentes insolencias con que se drapeaba el modelo anterior. No es que éste no sea *barroco*. Más vale decir, por apurar al máximo la analogía, que si el anterior tipo de impropiedades era *culterano*, éste es más bien *conceptista*: "nunca sabemos si González ironiza cuando miente o miente cuando ironiza"¹¹³.

Conceptismo y elipsis hallamos también en otros muchos pasajes del Umbral más desmesurado e insolente. Su mordacidad cristaliza incluso en frases que parecen inocuas, pero que acaban resultando inicuas; frases primorosamente bordadas de sarcasmo, insinuación y picardía. "En España -anota Umbral- nos damos mucha maña para embalsamar a gente viva, y si no miren a don **Manuel Fraga**"¹¹⁴.

Quizá un ejemplo concreto permita comprender mejor la diferencia entre el insulto que aquí se ha llamado *conceptista* y el insulto que se ha denominado *culterano*. El sustrato conceptual de la ofensa (sustrato -ya se dijo antes- casi siempre rudo, básico) es el siguiente: el personaje en cuestión resulta torpe en el fondo y mediocre en la forma. La versión culterana dirá, más o menos: "funalito de tal no es más que una errata de la Historia. Una errata marengo, o sea, ni siquiera demasiado difícil de borrar para escribir algo encima"¹¹⁵. Puede que existan algunas modalidades intermedias o eclécticas, pero queden condenadas a una incidental nota a pie de página¹¹⁶. Confrontemos, sin más, la versión culterana antes citada con la variante conceptista: "a fulano de tal no lo describo porque mi género no es la caricatura"¹¹⁷. Por simplificar de forma semejante a como se suele hacer con las corrientes literarias del barroco español, el primer tipo de insulto (el *culterano*) destaca por sus florituras lingüísticas; en los insultos *conceptistas* hay menos artificio verbal y más complejidad en las ideas.

No obstante, los modos *culterano* y *conceptista*, en tanto *barrocos*, se oponen al denuesto sencillo, popular y directo que el articulista construye en ocasiones partiendo (como en seguida se verá) de la misma idea básica: "a Aznar ni siquiera se le pueden pedir responsabilidades, porque es tonto"¹¹⁸. No es lo más frecuente, pero Umbral, a veces, rehúsa la sutileza del arte y se entrega al impropio desnudo y agreste. Tal sucede, verbigracia, en "A Corcuera"¹¹⁹, artículo dedicado al entonces ministro de Interior que empieza así: "Señor Corcuera, hoy no le voy a conceder a usted el beneficio de la ironía, porque sería como andar perfumando los cerdos con chanel, para que parezcan princesas". El artículo, aunque resulte inverosímil, no acaba con menos agresividad: "qué gran ministro del Interior se perdió la dictadura". De todos modos, es muy raro este uso directo y nada refinado de la violencia lingüística. Casi

siempre hay un detalle que, por pequeño o circunstancial que sea, adereza el material injurioso con una pizca de artificio. "Empresarios gilipollas (usemos la palabra, ahora que es académica)"¹²⁰, escribe Umbral. El insulto burdo queda redimido mediante una justificación tan innecesaria (Umbral lleva muchísimos años¹²¹ utilizando este bronco adjetivo) como irónica.

La violencia lingüística, en fin, no siempre se presenta en forma de insulto. A veces, se manifiesta, más calladamente, como apología de un sentimiento inocuo y abstracto¹²²; a veces, como minucia adverbial que casi pasa inadvertida¹²³; otras veces, por último, como envoltorio ideológico de un pensamiento que no se sabe bien si es bélico o político: "el pueblo, resignado a que le puteen, quiere conocer al menos a los que le putean, para aplaudirles, y sería muy frustrante para el pueblo que el capitán general de la provincia, el teniente coronel o su santa madre no se dejasen ver en el evento. El pueblo necesita saber a quién tiene que matar, y para eso son buenas las procesiones: el obispo tal, el coronel cual"¹²⁴.

3.2.1.1.3.1.2. Más allá de la crítica.

Los discípulos de Diógenes aceptaron con orgullo el calificativo de "cínicos". Se habían propuesto llevar una vida *perruna*, desvergonzada, independiente. "Cuando el cínico se niega a rendir homenaje a <<lo respetable>>, lo que pretende es denunciar la inautenticidad de esa respetabilidad y sus supuestos, que los demás aceptan por costumbre y comodidad más que por razonamiento. Con sus gestos soeces y subversivos están contestando los valores admitidos en el intercambio social."¹²⁵

La actitud de Umbral respecto al Poder y sus instituciones no es muy diferente. Sus muecas de irreverencia llevan el inconfundible sello del cínico. Son gestos que atentan contra personas y organismos que encarnan la respetabilidad del sistema. *Aidós*, decían los griegos: vergüenza, respeto, sentido moral. "Yo no empiezo a escribir hasta que no encuentro una noticia que me indigna"¹²⁶, explica Umbral. Puede que lea el articulista

una noticia en la que se solicita un ejercicio responsable de la comunicación social. Noticia *indignante*, para Umbral: "ni a Felipe ni al Papa ni a don Marcelo le [*sic*] reconocemos los periodistas autoridad para pegarnos la bronca cada lunes negro y martes marengo. (...) Ah, y que pensamos seguir siendo <<insidiosos>>, y sobre todo malos, muy malos, malísimos, de lo peor. La insidia es un género literario tan noble y antiguo como la homilía, si es que no son la misma cosa"¹²⁷. Así es la *anaideia* cínica, la "desfachatez" de quien no está dispuesto a aceptar lecciones de virtud. Ya lo vio claro Demetrio: "se puede decir, en general, que toda forma de discurso cínico recuerda a un perro dispuesto a morder, incluso mientras hace fiestas"¹²⁸. El cínico entiende que los poderosos le piden recato y prudencia porque sólo así, con el silencio cómplice de quienes deben denunciar la injusticia, puede sobrevivir un orden moral y socialmente injusto: "el minusválido -escribe Umbral- tiene amputada una pierna, pero el banquero tiene amputada la conciencia"¹²⁹. Puesto que el sistema social y político es en sí mismo inmoral, la denuncia del hombre libre y honrado que quiere ser el cínico debe ser contundente, radical, inmoderada. De ahí nace la *parresía*, la absoluta franqueza en el trato con los poderosos.

"Hoy, la avaricia se llama competitividad, la lujuria se llama vida sexual sana, la gula se llama *Cofradía de la Buena Mesa* y la soberbia se llama **Fraga Iribarne**"¹³⁰. Será casualidad -aunque seguramente no lo es-, pero resulta que esta *parresía* de Umbral alcanza casi siempre a los mismos personajes: "**Fraga**, más que una estrella, es un planeta loco, un meterorito, un cometa Halley en mangas de camisa"¹³¹; "basta depositar una palabra en **Fraga** para que **Fraga** segregue una conferencia"¹³²; "me pone espanto pensar lo que puede ser este Fraga *sinnnnn alcohol* al frente de la inteligencia"¹³³; "le cambias el interlocutor y ni se entera. Yo creo que **Fraga** no escucha ni a **Iribarne**"¹³⁴; y así, irreverencia tras irreverencia, sería posible seguir hasta el fin, si no de los tiempos, sí al menos de las páginas¹³⁵. Importa, más que agotar la lista de befas sobre tal o cual personaje, insistir en lo esencial: Umbral se burla de los poderosos porque se burla del Poder. Su desvergüenza salpica al sistema en su conjunto, y sólo incidentalmente a este o aquel individuo concreto. El Congreso de los

Diputados, por ejemplo, es "la teca esa de San Jerónimo, hilo musical Moncloa y **Fraga** de pinchadiscos"¹³⁶. El partido político que gobernó durante los primeros años de democracia (tras la dictadura del general Franco) no fue la Unión de Centro Democrático (UCD), sino "la Unión de Suárez Democrático"¹³⁷. Ni siquiera Francisco Franco se llamaba como todos los españoles creyeron durante años; en realidad, Franco era "el Generalísimo Parkinson"¹³⁸.

"Hay nombres propios que son toda una definición", dictamina Umbral¹³⁹. En consecuencia, el columnista define al Rey de España como "**Don Juan Carlos Un Palo**"¹⁴⁰. Una buena pista para saber quién es, en realidad, "JP2". Puede costar algún esfuerzo adivinarlo, pero Umbral aclara en seguida que se trata de "el señor Wojtyla, alias Juan Pablo II"¹⁴¹. El alcalde de Madrid, al que un día caracterizó Umbral como "un incapaz simpático"¹⁴² y una semana después como "un loquitonto"¹⁴³, no es más que "**Alvarez de la Cosa**"¹⁴⁴ [sic]. Como mucho, Umbral accede a llamarlo "Alvarez del Manzano y de la Cosa"¹⁴⁵ [sic].

Merece la pena detenerse en una de las obsesiones iconoclastas de Umbral. Lo destacable, en esta ocasión, no es tanto el hecho de que una institución sea ridiculizada o menospreciada. Esta vez lo más curioso es la insistencia de Umbral. El Club Siglo XXI recibe, durante años, decenas de curiosas o burlescas denominaciones: "Club Veinte y pico"¹⁴⁶, "el Club XXI"¹⁴⁷, "el Veinte y pico (club)"¹⁴⁸, "el siglo XXI"¹⁴⁹, "el Siglo Veintitantos"¹⁵⁰, "el armario/XXI"¹⁵¹, "el *Palomas Club* (Siglo XXI)"¹⁵² y, ya en el colmo de la filigrana, "el 21/*Segrelles*, o sea chez **Paloma**"¹⁵³.

A un ejercicio de estilo semejante se entrega Umbral con la sencilla herramienta de una gastada palabra. El vocablo en cuestión es "cosa" y el sintagma canónico en torno del cual gira el ejercicio de estilo es "ministro de la cosa"¹⁵⁴. Muy fácil de encontrar también es la expresión "la facultad de Ciencias de la cosa"¹⁵⁵, en referencia a la Facultad de Ciencias de la Información. Afrontaba el Partido Socialista Obrero Español su trigésimo segundo congreso: "su 32/cosa"¹⁵⁶, escribe Umbral. En 1992 se celebró, con gran fasto, el quinto centenario del descubrimiento de América. Los organizadores, por supuesto, lo escribían con mayúsculas: "Quinto Centenario del

Descubrimiento". Umbral, sin embargo, lo traduce como "el Quinto Centenario ese de la Cosa"¹⁵⁷. Poco después, o simultáneamente, llegaron los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla. Es decir, "los cirios y pollos de la cosa"¹⁵⁸.

No hay mito que se tenga en pie. El más ilustre -o, al menos, conocido- escritor español se llama "don Miguel de eso y Saavedra"¹⁵⁹. No hay celebración magna ni fastuoso cargo que escapen a la simplificación vulgarizante. Jaime Lamo de Espinosa llegó a ser Ministro Adjunto al Presidente: "portavoz del rollo"¹⁶⁰, para Umbral. No hay nombre comercial que se resista a la parodia. La cadena de televisión "Canal Plus" se convierte en "Canal Más Plus Yes"¹⁶¹ y la "Internacional Gold Corporation" es ya "Intergold al tercer whisky"¹⁶². No hay político de prestigio internacional que no merezca una desencajada caricatura. Véase el caso "del Gran Coleguilla, o sea Felipe"¹⁶³, o sea Felipe González, a la sazón Presidente del Gobierno. No hay absurdo (siniestro, irracional o violento) que no se deje reducir a un absurdo todavía mayor.

"Don Herri Batasuna"¹⁶⁴, dice Umbral.

3.2.1.1.3.1.3. Traiciones y rebeldías laborales.

Importa saber, al estudiar una situación comunicativa, qué actitud psicológica debe adoptar -en principio- el productor del mensaje, y qué consecuente actitud es previsible que mantenga el destinatario de los mensajes al enfrentarse con el texto. Importa asimismo saber a qué restricciones (estilísticas, de decoro político, social o de algún otro tipo) se halla sujeto quien elabora el texto. Sobre todo ello, sin necesidad de expresas formulaciones teóricas, se ha venido tratando en los dos epígrafes anteriores.

Conviene también estudiar elementos que forman parte del engranaje comunicativo y que pueden parecer, a primera vista, secundarios. En realidad, no siempre lo son. En el caso de Umbral y sus artículos periodísticos, resulta muy provechoso detenerse a observar cómo se plasma textualmente la relación del articulista con su empresa; esto

es, con su periódico. Lo normal es que un columnista, en sus textos, no dé apenas detalles sobre su relación laboral con el diario en que escribe. Si hubiere problemas de pago, por ejemplo, no sería muy elegante el escritor que aprovechara el espacio de su columna diaria para dejar constancia de ello. En general, se tiende a considerar que lo correcto y educado es no contaminar de vil mercantilismo los trabajos puramente periodísticos.

"Doce hombres sin piedad" es el título que elige Umbral para uno de los primeros artículos que publica en *El País*¹⁶⁵. En el primer párrafo, y sin duda movido por principios semejantes a los que se acaban de exponer (sólo que en sentido inverso, claro), Umbral rectifica con asombroso descaro: "bueno, a lo mejor no son doce, y tampoco es que haya que tener piedad con ellos, pero de alguna manera hay que titular y tampoco le pagan a uno tanto como para andar perdiendo el tiempo en sacarse un título de bestseller". Primera queja. Luego, con el paso de los meses, van pasando también por los artículos de Umbral sus traviesos y humorísticos memoriales de agravios: un buen día¹⁶⁶, por ejemplo, dice que va a aprovechar la columna para hacer publicidad ("propaganda", escribe él) de su próximo libro, porque para lo que le pagan por hacer artículos...; "si yo no fuera altruista no escribiría en este periódico, con lo mal que me pagan"¹⁶⁷; "que además este periódico no me valora como es debido (ningún periódico me valora como es debido y tengo merecido)"¹⁶⁸. Atendiera o no la empresa a las demandas crematísticas del columnista, el caso es que este tipo de quejas no vuelve a aparecer en los años siguientes. Continúan, desde luego, las quejas, pero ya de otra índole. En enero de 1980, se lanza a escribir todo un artículo¹⁶⁹ para pedir al periódico que, por favor, eliminen las comillas de la palabra "SPLEEN", que Umbral usa a modo de título genérico para sus crónicas: "me molestan, con perdón, unas comillas tan altas, tan grandes, tan visibles, y me molesta, sobre todo, o me duele y cansa, que un sentimiento tan europeo como el *spleen* (...) siga siendo en nuestro país cosa entrecomillada, forastera, parentizable". Meses después, descubre Umbral que ese mismo "SPLEEN" del título genérico viene sufriendo durante algunos días (exactamente desde cinco días antes) una dolorosa errata: "me la han dejado en una

[una e], no sé por qué, en este periódico"¹⁷⁰. Al cabo de tres días, vuelve Umbral a denunciar que el periódico al que dedica sus mejores horas le ha mutilado su baudelairiano "SPLEEN" y lo ha convertido en burdo y prosaico "SPLEN": "sigo con un brazo de menos [se había partido un brazo por entonces] y con una e de menos en mi *spleen* tipográfico, que del otro para qué hablar"¹⁷¹.

A partir de entonces, la rebeldía del escritor se centra en este tipo de menudencias estilísticas. Titula su artículo del día "El recuadro", y ruega encarecidamente en el texto que recuadren su columna¹⁷². Ese día, en cumplimiento de lo solicitado, el periódico le pone por primera vez un recuadro a la columna de Umbral. Escribe Umbral la palabra "dandy"¹⁷³, pongamos por caso, y añade entre paréntesis: "(con y griega, desocupado lector, aunque aquí, quizá, la leas latina)". Días antes, en efecto, el *desocupado lector* había tropezado con dos "dandi" y un "dandis"¹⁷⁴. Algo muy parecido sucede con la voz "carné", que *El País* prefiere a "carnet". Umbral se niega a aceptar el criterio del periódico¹⁷⁵, como tantas otras veces.

"Este periódico (...) ha denunciado el hecho, pero yo voy a ir una vez más en contra de mi periódico (...). No estoy con la demagogia de este periódico"¹⁷⁶. La *demagogia* del periódico tenía que ver con un proyecto de viviendas sociales que había sido apoyado por el diario *El País*. Umbral disiente con ironía de la opinión de la empresa, y esto -aunque no sea muy frecuente- no debe resultar ni anormal ni tampoco irrespetuoso para con el periódico. Lo que sí llama la atención es el tono de resentida acritud que utiliza Umbral, no ya para quejarse de lo poco que gana, sino del poco caso que le hacen sus compañeros de la sección cultural: "este matutino/manchego (que sigue ignorando mi último y más estudiado libro, por caprichos críticos), mientras la llamada Prensa de derechas paga profesionales de la literatura y la exégesis para que hablen bien de mí"¹⁷⁷. El 10 de mayo de ese año, 1983, *El País* publica una brevísima nota en su sección de "VIDA SOCIAL" (pág. 47): "Francisco Umbral, escritor y colaborador habitual de EL PAÍS, 48 años". Se entiende que cumplía años. Exactamente, 48 años. Umbral, de nuevo, protesta en uno de sus artículos: "lo cual que en los 'ecos' me llaman algo así como colaborador habitual de este periódico. Un señor que lleva haciendo una

columna diaria casi desde que el periódico se inventó, en cualquier país del mundo civilizado, en el que aspiramos a integrarnos, se llama 'columnista'"¹⁷⁸.

No muy diferente es la relación que, años más tarde, mantiene Umbral con *Diario 16*, primero, y con *El Mundo del siglo XXI*, después. En esta nueva etapa, el columnista muestra hasta qué punto no eran meramente irónicas las críticas que, años antes, había vertido contra *El País*¹⁷⁹. Se aprecia, además, una mayor identificación entre el columnista y su empresa. Las críticas no pasan ya de una bien glosada fe de erratas. "A mí suele venir a verme a la dacha, entre otras piernas y lumpem, (...)", se lee el 21 de septiembre de 1991¹⁸⁰. Al día siguiente, el columnista rectifica al tipógrafo: "otra novedad de la rentrée, desocupado lector, es un corrector incógnito de mis columnas que donde yo decía ayer <<unos piernas>> escribe <<unas piernas>>, acordando el artículo con el sustantivo y quitando todo el sentido a la frase: también me corrige mi ortografía personal de **Dostoiewski**, etc., y cuento esto porque detrás de todo corrector yo siempre veo un cura, disipado o venidero. (El estilo soy yo y no necesito correctores de estilo)"¹⁸¹.

Tampoco necesita Umbral correctores de erratas, como se ve, porque él mismo se encarga de corregirlas¹⁸². Al margen de ello, las críticas de Umbral a su periódico (o a la empresa que edita su periódico) son esporádicas o claramente cariñosas durante estos últimos años. "Está uno hasta las tetas de escribir sobre la guerra [del Golfo Pérsico] y yo le pediría al director que me pase a la sección de pasatiempos, crucigramas o tricotosa femenina."¹⁸³

A las ofensas (casi siempre accidentales) que el periódico vierte contra sus textos, el columnista ha llegado a responder con absoluta e irónica moderación. Con asombrosa serenidad. "Y no me dilato más porque si no me cortan, como ayer."¹⁸⁴

3.2.1.1.3.1.4. Contra la ficción textual.

Se ha visto ya en las últimas páginas cómo los artículos de Umbral versan, en

muchas ocasiones, sobre sí mismos. Es decir: a veces el texto trata sobre el proceso de elaboración del propio texto. El artículo, entonces, se convierte en una pieza "metatextual" que revela parte de la estructura de éste y de otros artículos. "Estoy aquí, en Madrid, amarrado a una columna de prensa como un Prometeo en camiseta."¹⁸⁵ Umbral narra en ocasiones el nacimiento del texto en que lo narra. La complicación del mecanismo es sólo teórica, porque el efecto textual que produce es directo y gratificante. "Cuando estoy escribiendo esta crónica, me llama la mujer de Tierno para hablarme de cosas.

>> - Perdona, ¿te he interrumpido?

>> - No lo creas, realmente seguimos en lo mismo.

>> No sabe por qué lo digo, claro. Pero sigo a lo mío y pienso y escribo que (...)"¹⁸⁶.

Había, tradicionalmente, un esfuerzo por enmascarar el artificio creativo. El lector confesaba que una novela le había hecho llorar y el novelista, sin duda, se sentía alagado. Se habían confundido los planos de la ficción y de la realidad. Para facilitar tal confusión, el novelista intentaba incluso justificar al narrador de algún modo. Ésa es la técnica, por ejemplo, de *El Quijote*. El narrador de Cervantes es un copista que cuenta algo que ha encontrado escrito en otro idioma. De este modo parece más creíble, no ya la historia, sino el propio artificio de escribir o leer novelas. Umbral, en cambio, divaga sobre el dolor de manos que soporta mientras construye el artículo¹⁸⁷. El hecho de escribir se transforma en escritura. Cuenta Umbral que el cambio de máquina le obliga a agrandar o achicar el texto, por la diferencia de tamaños de letra. Otro día se detiene el articulista a glosar sus batallas domésticas con el ordenador en que escribe: la máquina -dice- "se maneja exclusivamente con el Diccionario de la Real Academia", y se queja de no poder usar "germanías, chelis, neologismos, neosintactismos y otras maneras de escribir y <<vivir a la droga>>, como decía ya **Quevedo**"¹⁸⁸. El escritor llega, incluso, a recibir una inyección en pleno artículo: "ay, me ha dolido"¹⁸⁹.

Caso extrañísimo. Los articulistas no suelen recrearse con minucias de ese tipo. Minucias, además, relacionadas con el texto en sí. Ni siquiera se trata de confidencias

sobre la vida privada del escritor. Estas referencias metatextuales aportan al artículo periodístico un nítido aroma de *diario íntimo*: es en un diario personal, en efecto, donde se plantean más frecuente y justificadamente las circunstancias ínsitas al propio acto de escribir ('me siento mal, y por eso escribo'; 'he leído lo que ayer anoté en este diario, y todo me parece increíble en este momento, mientras relleno la página de hoy'; 'me acaba de llamar fulanita de tal, le he dicho que [...]').

"Por primera vez en mi vida he roto una crónica, la he empezado de nuevo", escribe Umbral en su artículo. "Tan, tan, tan:

>> - ¿Se puede?"¹⁹⁰

Llaman los obreros que ese día estaban trabajando en la calle. "Y en esto que la madre de Pitita:

>> - Anda, (...) "¹⁹¹. Todo el mundo (desde la madre de Pitita Ridruejo hasta la mujer de Tierno Galván) telefona a Umbral mientras éste redacta su columna diaria. Y si algún día, por algún extraño accidente, nadie le molesta, es el propio Umbral el que se interrumpe: "(...) parece, según este papel, que **Felipe González** quiso tener una matiné privé (coño, qué parisino me he levantado esta mañana) con **Nicolás Redondo** y **Antonio Gutiérrez**, (...) "¹⁹²; "(...) lo ha sido por antonomasia (joder qué palabra, como me estropea el estilo) el de la Iglesia"¹⁹³; "haciendo gala de su clase y estilo, por espíritu de servicio (esto me ha quedado muy falangista) y por no poner [...]"¹⁹⁴; "con esa dignidad elemental y eficaz de la mujer española cuando se mete en política (qué parrafo tan machista)"¹⁹⁵.

Mecanismo de ruptura muy semejante (y, por supuesto, asimismo metatextual) es el que consiste en comentar o justificar algún procedimiento estilístico. Los artificios de embellecimiento, según la doctrina tradicional, deben causar un efecto estético, pero conviene que el lector no perciba cómo se ha conseguido producir tal efecto. "Por ello la mejor figura es aquella que hace que pase inadvertido precisamente esto: que es una figura"¹⁹⁶. En contra de lo que recomienda Longino y, con él, toda la preceptiva tradicional, Umbral desvela y glosa hasta el más peregrino detalle estilístico: "(...) que haga un ajuste duro para este otoño. Estamos en guerra (no pongo <<coño>> porque

rima con otoño)"¹⁹⁷; "en tan violento evento (violencia que subrayo con la cacofonía del adjetivo)"¹⁹⁸; "para firmar el nefasto manifiesto (qué buena cacofonía) OTAN [...]"¹⁹⁹. Ya se ve, por el último de los ejemplos aportados, que Umbral también comenta aquello que la tradición considera un defecto estilístico. El caso más claro y significativo de este modo de transgresión lo hallamos en el artículo "Ellas"²⁰⁰. La octava palabra del texto ("decentes") se repite en el segundo párrafo. Umbral no evita, sino que destaca con vehemencia la reiteración: "sensatas, realistas, decentes -¿he puesto ya decentes?, que no se me pase-, ellas, (...)". En el resto del artículo, la ostensión del error se repite cinco veces.

Hay artículos de Umbral que son verdaderos comentarios de texto. De sus propios textos. "A la busca del tiempo perdido"²⁰¹, titula Umbral: toda la columna de ese día es, en realidad, un comentario sobre artículos publicados por el autor año y medio antes. En "Mil columnas"²⁰² explica que sus textos, a máquina, ocupan dos folios y medio; que suele redactar treinta líneas por pieza.

Empieza uno escribiendo un diario para anotar todo cuanto le pasa, decía Unamuno, y al final acaba haciendo cosas inverosímiles sólo para anotarlas en su diario. "Digamos, para que la columna no quede desgüevada, que (...) "²⁰³. Algo parecido le ocurre a Umbral. "Voy a hablar de las negritas, de los nombres propios escritos en negrita, para que salten a la vista o le salten la vista a alguno". Y, en efecto, habla de ellas en este artículo titulado, justamente, "Las negritas"²⁰⁴. Para que no se sientan menospreciadas, Umbral también dedica todo un artículo a "Las barras"²⁰⁵: "si la *o* de Vicente venía a mejorar el viejo armatoste comparativo del *como* (<<tus dientes son *como* tal o cual>>), la barra inclinada, dubitativa, dúplice de significados, aspa del molino mental entre dos palabras, era ya la escritura en libertad (...) ". Cuenta el columnista que esta barra tipográfica (como él la llama) se la robó a Torrente Ballester²⁰⁶, y cuenta asimismo que maestros como éste trastornan su personal estilo: "mi maestro **Torrente Ballester** me lee siempre y eso me cohibe gramaticalmente"²⁰⁷. También le cohibe otro maestro de la lengua: "La noche *en* que llegué al Café Gijón (si me salto la preposición *Lázaro Carreter* se me cabrea) [...]"²⁰⁸. Otras veces, en

cambio, lo que se busca es justamente el cabreo de ciertos lectores especialmente sensibles a las perversiones o diversiones lingüísticas: "(Me dice un señor muy de derechas que no le gusta el <<o sea>>, de modo que lo voy a poner siempre)"²⁰⁹.

El texto se cuele en el texto de mil modos. Umbral no busca fingir una comunicación natural. Prefiere realzar el artificio estético, y con ello consigue romper en gran medida con el envaramiento propio de toda comunicación textual: "Ay.

>> (Este *ay* anterior va sin admiraciones, que yo no me ayudo de muletas tipográficas, como otros, como otras.) Y lo que va entre paréntesis también se compone, hermano"²¹⁰. Lo que va entre paréntesis, como indicación metatextual, es casi siempre un guiño al lector, no al tipógrafo. Escribe Umbral la palabra *Ayuntamientos*, y en seguida, entre paréntesis, añade: "(Ayuntamiento hay que ponerlo con versal, que si no, parece fornicación)"²¹¹. En apariencia, es un diálogo con los correctores de estilo del periódico, pero el verdadero diálogo se entabla con el lector, que se sabe destinatario real de esta clase de notas parentéticas: "el duque de Antonio Maura (que no duque de Maura, ojo, troncos de talleres, y perdón por el enrollé), [...]"²¹².

No se puede afirmar que irrupciones metatextuales como las señaladas supongan una novedad radical. Es cierto que rompen con un principio estético tradicional, pero también es verdad que autores clásicos y modernos han usado -mucho antes que Umbral- esta curiosa técnica. Recuérdense, por ejemplo, los *Ensayos* de Montaigne o algunas obras de Ramón Gómez de la Serna²¹³. Lo que sí parece nuevo y original es el hecho de que estas digresiones aparezcan en artículos periodísticos. No es nada frecuente (más bien es rarísimo) hallar en un artículo de opinión tales divertimentos. El objeto de reflexión de un texto periodístico suele situarse en el plano de la realidad. No se puede ofrecer como excepción el caso de la crítica literaria de los periódicos, puesto que ésta no es más que un análisis de la realidad constituida por textos que poco o nada tienen que ver con el propio periódico. Umbral, en cambio, sitúa en multitud de ocasiones su reflexión en el plano del propio texto que está construyendo: "la mortadela española que se fabrica ya en Rusia (siendo de <<Campofrío>> estoy seguro

de que es buena: este paréntesis es un spot como los de la calle), y [...]"²¹⁴.

3.2.1.1.3.1.5. Otras anomalías paralingüísticas.

"Y, en mi opinión -dice Hermógenes-, es propio de una destreza grande y completa el conocer y ser capaz de utilizar las circunstancias concretas; efecto, la Habilidad real consiste en eso (...): saber cuándo, dónde, ante quién, cómo y en qué circunstancias hay que emplear todas las especies estilísticas y todos los pensamientos, y no sólo conocerlo, sino también ser capaz de ello"²¹⁵. Dicho de otro modo: basta manejar aviesamente el trenzado de circunstancias que se acumula en toda situación comunicativa para originar toda suerte de travesuras paralingüísticas.

El entorno social o político, por ejemplo, puede ser utilizado en el texto para desencadenar una transgresión. En "Hombres/paradoja"²¹⁶, Umbral ofrece una larga lista de personajes a los que va definiendo: "**Vizcaíno-Casas**: a medida que gana adictos, pierde lectores. El fanatizado ya no lee". Pero la definición que aquí importa es la que da el articulista de un conocido ultraderechista: "**Blas Piñar**: no usa bolígrafo". Esto, que hoy apenas nos dice nada, fue en su día una tremenda desfachatez. El mes anterior se había encontrado una fábrica clandestina de pistolas-bolígrafos en un pueblo de Madrid, entre Fuenlabrada y Moraleja de Enmedio. Eran armas de grupos ultraderechistas. Cabe preguntarse: si no usa bolígrafos, ¿qué usa entonces Blas Piñar?

Cabe preguntarse también qué intenta decir Umbral en el pasaje que sigue: "Don **Manuel Fraga Iribarne**, (...), va a montarse algo así como *un gobierno en la sombra* (según él mismo gusta de llamarlo). A mí me parece que ya tenía uno.

>> No digo cuál. En todo caso, (...)"²¹⁷. Sugiere Umbral, con sibilina audacia, que Fraga estuvo detrás del golpe de Tejero. No dice cuál era el *gobierno en la sombra* que ya tenía preparado Fraga, pero tampoco parece que haga falta decirlo para que su idea se entienda fácilmente.

La conexión de dos situaciones radicalmente incompatibles puede constituir -en sí

mismo- una irreverente transgresión. La Gran Historia puede quedar fatalmente contaminada por circunstancias ambientales del pequeño mundo de cada personaje. "Tarancón profetizó la democracia un día que yo llevaba una muchacha al gran ginecólogo **Hernández**. Estuvimos los tres oyendo al cardenal por la radio, ella en la postura clínica preceptiva."²¹⁸

Nótese cómo resulta explosiva la combinación de dos situaciones que, aparentemente, nada tienen que ver. "El señor **Pons** [entonces presidente del Congreso de los Diputados] puede impedirle a **Herrero de Miñón** que siga con su brillante y festoneado rollo, que es que se lía solo, pero el señor Pons no puede impedirle a Marta Chávarri que se exprese por otros procedimientos más fácticos. Tejero puso su <<coño>> en las Cortes y otras lo ponen en mitad del país, como heráldico y florón del matriarcado que vive nuestra *jet*."²¹⁹

La relación transgresora es, otras veces, la que se establece entre el lenguaje y la realidad. El discurso literario se desentiende no sólo del concepto de 'verdad', sino también de la idea de 'verosimilitud'. A propósito de la supuesta disputa política entre Alfonso Guerra y Pilar Miró, escribe Umbral: "como decía **Kafka**, las dicusiones con mujeres acaban siempre en la cama, aunque no sea éste el caso. Hay que joderse lo machista que soy"²²⁰. Había que citar a Kafka, viniera o no a cuento.

Es habitual que, ante la muerte de tal o cual personaje, un articulista adopte un tono de cierto respeto. No es el caso de Umbral. La nota necrológica, en su caso, no está reñida con las verdades innegociables. "Hay artículos que uno no quisiera escribir, que son ingratos de hacer, (...)"²²¹. Hay artículos que se podían no escribir, y que, sin embargo, se escriben. El aviso del comienzo está justificado, porque en lo que sigue Umbral pone al difunto como no digan dueñas.

Sí calla Umbral -y ello constituye un nuevo modo de transgresión paralingüística- otras muchas veces. El día 21 de octubre de 1983, por ejemplo, escribe sobre la lucha contra ETA: "¿Y por qué no el Ejército? Porque se teme que el Ejército cobre un protagonismo que. Bueno, vale, pero (...)"²²². Todo el mundo entiende la frase cortada. Más que insinuación, hay aquí una cuidadosa presuposición. Se deja al lector que

rellene los huecos, que entienda como corresponde un silencio cuyo significado es, por lo general, bastante presumible. "No enterarse de nada, o hacer como que."²²³ Se suele escribir algo más -por eso se dice que el silencio es aquí transgresor-, pero resulta que todo lector sabe perfectamente qué es *hacer como que*.

Por último, cabe señalar una anomalía paralingüística derivada del lugar en que Umbral publica sus artículos. Destaca, en particular, que sea la sección de "Nacional" (no tanto la de "Sociedad") sea el espacio en que el columnista vierta sus comentarios. "Nuestro equívoco machismo colectivo se hace evidente si observamos que los señores han celebrado mucho más que las señoras lo de la manita de Michel [que tocó los genitales a un jugador del equipo contrario], como cuando a Butragueño se le salió el falo, que también había mucho más regocijo en las tertulias masculinas"²²⁴. Junto a estas observaciones de Umbral, aparecen publicadas noticias que responden a titulares como "Rato dice que hay cauces abiertos con el PSOE para tratar los temas importantes" o "El PP acusa al PSOE de tener secuestrada a TVE"²²⁵. Entre el texto y el contexto, como se ve, hay una conexión puramente física. La relación semántica es chirriante o, incluso (y tal vez más exactamente), surrealista. No ocurriría lo mismo si el texto de Umbral apareciera en una última página o en la sección de Sociedad.

3.2.1.1.3.2. Transgresiones periodísticas.

Umbral se considera periodista. En cierto modo, lo es. Pocos hombres han escrito y publicado tantos artículos periodísticos como él. "Ser periodista -dice Umbral- es escribir en los periódicos"²²⁶. Si se acepta, tal cual, esta definición, se habrá de aclarar que la palabra *periodista* tiene, por lo menos, dos significados básicos. En un sentido muy general, *periodista* puede ser toda persona que publica con cierta regularidad textos periodísticos. En sentido estricto, *periodista* es el profesional que construye o participa en la elaboración de relatos periodísticos o noticias²²⁷. Si se parte de esta segunda y más rigurosa acepción, Francisco Umbral no es, ni mucho menos, perio-

*dist*a. Es, en realidad, un escritor que publica asiduamente en los periódicos. Por eso conviene ser muy precavido al estudiar las *transgresiones periodísticas* que, supuestamente, comete Umbral.

3.2.1.1.3.2.1. Contra las normas periodísticas generales.

"La profesión es un sacerdocio que consagra el anonimato"²²⁸, escribe Umbral refiriéndose al periodismo. Y añade: "cuando los profesionales de la noticia nos convertimos en noticiables es que algo anda mal en una democracia". Apenas tres meses después, el mismo autor confiesa: "como no soy capaz de escribir una columna sin hablar de mí, diré que yo (...)"²²⁹. El periodismo es trabajo de orfebres anónimos, pero Umbral reniega públicamente del anonimato en que vive el periodista de calle. Y reniega asimismo del esfuerzo gris y minucioso que tan a menudo deben realizar los profesionales del periodismo. "Tuve que irme de *El País*, porque querían ponerme a hacer calle, como un clinero del periodismo"²³⁰. Es tan sólo un indicio del concepto de periodismo que maneja, para consumo propio, Francisco Umbral. Según cuenta él mismo en uno de sus artículos, la periodista Pilar Urbano le preguntó en cierta ocasión: "¿Tú has dado alguna vez una noticia?". Respuesta de Umbral: "No, por Dios, qué horror. Pero en cambio he difundido muchos rumores, que me parece más eficaz"²³¹.

Ya se ha visto que Umbral presume de ser un profesional de la calumnia²³². Cabe añadir ahora que el articulista defiende los principios teóricos y prácticos del sensacionalismo periodístico²³³. El verdadero talento periodístico emana, además, no de un trabajo constante y abnegado, sino más bien de una imaginación virtuosa y fecunda. "Un periodista sin imaginación no es más que un gacetillero"²³⁴, escribe Umbral. Se entiende así que, en sus crónicas, el articulista se atreva a relatar hechos tan variopintos como inverosímiles. "Ayer me llamaba por teléfono **Adolfo Suárez**:

>> - Te aseguro, Paco, que yo me he enfrentado a todos los poderes de este país, que (...)"²³⁵. En periodismo, la verdad es un valor sagrado, pero Umbral juega con ella.

Cuando alguien le pide una rectificación, don Francisco se lo toma a broma²³⁶. Sus fuentes informativas son, en realidad, una irónica ostentación de la incredulidad. "Pregunto a los cuñados de las tías de los primos de unos parientes de la oposición municipal y me dicen que alguna cuestión de intereses hay en la guerra de Santa Ana"²³⁷. No es de extrañar, pues, que algunas predicciones del articulista incurran en *leves errores*. "**Álvarez del Manzano** nació concejal y concejal será de por vida, que cada vez lo tiene menos claro para alcalde."²³⁸ A eso se le llama, en rigor, olfato periodístico: el que iba a ser *concejal de por vida* es, desde hace cinco años, alcalde de Madrid. "Aznar es bajito y sin carisma (o el carisma se lo tapa el loden), y por eso no va a rebasar nunca su techo"²³⁹.

Sobre la deontología profesional, más insolencia: "para puta yo, que me encargan un artículo sobre **Gorbachov** y lo primero pregunto: <<¿Lo quiere usted a favor o en contra? Es el mismo precio>>"²⁴⁰. Lo cual convierte en pecado venial, claro está, las exhibiciones de pereza que con tanta frecuencia provoca Umbral a sus lectores: "(...) ese director de cine que siempre hace suspense, ese señor gordo que tiene el nombre erizado de haches y kaes (no lo pongo aquí porque no me voy a levantar ahora a mirarlo)"²⁴¹.

3.2.1.1.3.2.2. Contra las reglas del articulismo.

Se suele insistir en ello: ningún otro texto periodístico está sometido a tan leves restricciones formales como las que afectan a los comentarios periodísticos. Y en el caso de las llamadas *columnas personales de opinión*, las restricciones son todavía más leves. En principio, no hay prohibiciones. Cada articulista puede adoptar el tono que estime oportuno; el punto de vista que mejor le parezca; el argumento -peregrino, absurdo o pertinente- que más apropiado le resulte.

"El artículo -escribe, sin embargo, Umbral- es el soneto del periodismo. Quiero decir que tiene leyes y preceptivas tan rigurosas como el más exigente y definido género

literario"²⁴².

Ni lo uno, ni -probablemente- lo otro. Ni suma libertad, ni tampoco férreo *sonetismo*. El artículo periodístico, en tanto subgénero con entidad propia, presenta una serie de características específicas. O lo que es lo mismo: se rige por unas reglas más o menos abiertas, más o menos flexibles, pero *reglas* a fin de cuentas. Parece que lo más adecuado es, por tanto, examinar la cuestión sin pretensiones de infalibilidad.

Los primeros atisbos de superación de la estructura habitual del artículo los hallamos ya en 1976. Publica Umbral textos en los que interviene con tal frecuencia un lector apócrifo y espontáneo²⁴³, que el artículo se convierte *casi* -todavía sólo *casi*- en una entrevista. Un paso más da Umbral un par de años después. El *casi* que antes se ha enfatizado va poco a poco perdiendo entidad. En "Don Carlos Hugo"²⁴⁴, encontramos 14 líneas en las que el escritor presenta al personaje; vienen luego 66 líneas de entrevista clásica, con preguntas y respuestas; y, por último, hay otras 9 líneas en las que narrador cierra el texto. Un año después, en un texto muy semejante²⁴⁵, la presentación inicial sólo tiene 6 líneas (y no 14, como el caso anterior) y la despedida se reduce a 4 líneas. El resto del artículo presenta la clásica estructura de la entrevista, con preguntas y respuestas. Pero más nítida aún es la entrevista que publica Umbral, en 1990, con el título de "Daoíz y Leguina"²⁴⁶. En este caso, se incluye hasta una fotografía del personaje entrevistado: el entonces presidente de la Comunidad de Madrid, Joaquín Leguina.

Cabe señalar, además, otras tres modalidades de este artículo convertido en entrevista. La primera de las variedades bien puede ser denominada "artículo/conversación telefónica". En esta clase de textos se establece, en efecto, un vivaz diálogo telefónico entre el columnista y algún otro personaje. A veces (y como se acaba de ver que ocurre con los artículos/entrevista), Umbral presenta al personaje con el que va a conversar y, al final de la columna, recupera también el punto de vista del narrador para concluir el texto²⁴⁷. Especialmente curiosa resulta una de estas piezas²⁴⁸: "Ring, ring, que soy **Pitita**, hola, buenos días, sí, aquí, desde Londres, que a ver cuándo vienes a dar una conferencia, que me dicen que quieren traerte, (...)", y a

partir de ahí habla Pipita Ridruejo durante todo el artículo. Las preguntas o intervenciones de Umbral han de ser presupuestas por el lector. El texto está repleto de coloquiales yuxtaposiciones, hasta el punto de que sólo hay dos oraciones completas.

Segunda modalidad: la entrevista bidireccional o recíproca. El columnista casi desaparece, porque el texto sólo da cuenta del diálogo establecido entre dos personajes²⁴⁹.

Y, ya por último, hay que citar la pintoresquísima variante de la entrevista que se hace Umbral a sí mismo (*autoentrevista*, cabe decir): " - ¿Cuál sería su condición para una verdadera democracia?

>> - La República, con perdón.

>> - ¿Acepta el nudismo, aunque no lo practique?

>> - Lo practico, aunque no lo acepto"²⁵⁰.

Esta *autoentrevista* constituye, claro está, una técnica de transgresión. La modalidad textual resulta esencialmente redundante, propia de una personalidad vanidosa y engreída. En ello reside, sin duda, el sentido humorístico de estos textos. Se ha dicho además que se trata de una *técnica*: no es, desde luego, una simple travesura aislada, ocasional. En 1990, doce años después de que fuera publicado el artículo que antes se citó, tropezamos con un texto en el que Umbral vuelve a ser entrevistador y entrevistado: "¿<<Qué profesión cree que desempeñan los burgueses?>>. El pastoreo y pillaje, como los tuareg. (...) <<¿En qué Comunidad autónoma cree usted que hay más burguesas?>>. En Vallecas"²⁵¹.

Dejemos a un lado ese artículo que más bien parece un comentario de texto, puesto que de él ya se trató en un apartado anterior²⁵². "Nueve horas: dar por dormido el dormodor e ir empezando a pensar en levantarse.

>> 9.30: quitarse en la ducha la lepra del sueño y (...)" . Así empieza un texto²⁵³ supuestamente periodístico que Umbral publicó en el verano de 1979. El diario íntimo que parece incrustarse en esta columna concluye así: "2:30 madrugada: a partir de esta hora, en Madrid, o se empieza hablar mal de Emilio Romero o se va uno a la cama. Me voy a la cama". El destinatario formal de esta clase de artículos es, como se ve, el

propio escritor. Es difícil que los lectores, destinatarios reales del texto, encuentren en un periódico la prosa quebrada del memorialista irónico en que Umbral, a veces, se convierte. En otras ocasiones, llegan al lector textos con etiqueta de artículo periodístico, pero que en realidad constituyen piezas textuales en las que un personaje vierte ininterrumpidamente su discurso interior. Es ésta, pues, la conocida técnica literaria del monólogo interior, que también utiliza Umbral para crear nuevas estructuras textuales y originales texturas lingüísticas. En "Habla el parado", verbigracia, el autor lleva el título hasta sus últimas consecuencias: el parado (personaje apócrifo al que, de cuando en cuando, recurre Umbral) habla sin parar, hasta completar una sola frase, y el articulista ("don Francisco" o "señor Umbral") hace las veces de interlocutor incidental²⁵⁴. Meses después, se publica una columna similar, aunque esta vez con título de resonancias nietzscheanas: "Así hablaba el abrecoches"²⁵⁵. El abrecoches es otro de los personajes habituales de esta época.

"Esta crónica es en realidad un anuncio por palabras donde me ofrezco como negro literario de político estable, preferible centrista, sólo mañanas, para discursos europeos, pactos Moncloa y apariciones TVE, porque la última, jefe, no ha convencido a nadie."²⁵⁶ Desde el anuncio por palabras hasta la Declaración de la Renta²⁵⁷. Umbral conforma artículos de estructura extravagante, estructura de instancia burocrática, de agenda personal²⁵⁸, de cuestionario más o menos estúpido. "- ¿Puede indicarnos su edad y sexo?", dice un cuestionario de Iberia. El articulista responde a cuanto le preguntan: "- Generación del 98. Machista"²⁵⁹. Rellena también el autor uno de los llamados *cuestionarios Proust*: "- ¿La cualidad que prefieres en una mujer?

>> - Que se parezca lo menos posible a **María Jiménez**"²⁶⁰.

Reflexiones delirantemente cómicas llenan, hasta la saturación, las columnas que Umbral transforma en viñetas de cómic. "Maldición, estamos rodeados" es el significativo título de una de estas viñetas: "Maldición, estamos rodeados de multilaterales. Aaaaaggggh! ¿Y la Moncloa? Toc, toc/toc, toc"²⁶¹. Utiliza el columnista esta suerte de desatinos lingüísticos a modo de látigo manejado por la justicia poética: a personas o situaciones delirantes, artículos desaforadamente cómicos. También es delirante la

violencia terrorista de ETA, o la violencia ultraderechista de un guardia civil que visitó, cierto día, el Congreso de los Diputados. Por eso escribe Umbral un cómic en el que unos ("*Los buenos*: ¡Todos al suelo! ¡Quietos") luchan contra otros ("*Los malos*: ¡Gora ETA, Gora Euzkadi, Gora Gora! Somos los milis/polimilis". Todo ello, debidamente aderezado de hirsutas onomatopeyas: "splass, skling, andayá, andayá la vaca, rrrrrrr, crak" y muchas otras más²⁶².

Otros muchos géneros o subgéneros literarios inficionan el artículo de Umbral. Es fácil, quizá, encontrar en los periódicos textos que adopten el estilo epistolar²⁶³. Es, quizá, posible encontrar algún texto con estructura de ensayo o lenguaje cuasi científico²⁶⁴. Mucho más extraño, sin embargo, es tropezar con artículos/poema²⁶⁵. "Erase [*sic*] que se era, mis queridos niños, una bella ciudad (...)"²⁶⁶: el cuento embutido en el artículo es incluso más exótico. Y exotismo descomunal ofrece ya la función zarzuelera que bosqueja Umbral en abril de 1982: "La verbena de **Ronald Reagan**", zarzuela muda en cinco cuadros y un coro (espontáneo y popular)"²⁶⁷.

3.2.1.2. Contra las leyes textuales de enunciación.

La retórica clásica distinguía tres etapas fundamentales en el proceso de elaboración del texto: invención, disposición y, por último, elocución. La segunda fase servía de gozne, de punto de referencia al que se habían de remitir las otras dos operaciones retóricas. De hecho, la *dispositio* no era el trabajo en que se debía ocupar el orador cuando terminaba la tarea de la *inventio*. En plena *elocutio*, además, seguía vigente la tarea de disposición. "La función básica de la *dispositio* -escribe H. Lausberg- consiste en la distribución de un todo (por tanto, del conjunto del discurso, así como de sus partes integrantes, *res y verba*)"²⁶⁸. Se ordenan las ideas, se ordenan los bloques temáticos, se ordenan las frases y, ya al final del proceso retórico, se ordenan las palabras e incluso los sonidos. La noción de 'orden' se mantiene operativa desde el primer hasta el último impulso de la creatividad. Hay, según los clásicos, un 'orden na-

tural' (*ordo naturalis*) que replica el orden de la naturaleza; hay también un 'orden artificial' (*ordo artificialis*) que se desvía en mayor o menor medida del orden natural. La distinción clásica sirve aquí para introducir el concepto de 'desviación'. Es posible desviarse del orden habitual (no se tendrá aquí en cuenta la idea de un supuesto *orden natural* de las cosas, consideradas en sí mismas), del orden argumentativo o narrativo que suelen establecer textos similares. Es posible que la desviación sea de tal calibre, de tal enjundia, que incluso llegue a constituir una transgresión. De ello justamente se intentará dar cuenta aquí. No obstante, conviene matizar que por 'orden' se debe entender a partir de ahora algo más que una simple distribución de elementos previamente seleccionados. La idea de distribución actúa ya en el proceso de selección de argumentos (y también en la elocución definitiva que presenta tal o cual texto), y lo que interesa estudiar es precisamente la interacción retórica de la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*²⁶⁹. El término *textura* puede servirnos, en adelante, para dar nombre a esta acción conjunta de las tres operaciones retóricas. Por tanto, aquí se intentará describir las características de unidades textuales mayores que la frase (de la cual se realizará más adelante un estudio sintáctico²⁷⁰) y menores, por supuesto, que el propio texto. Y, en particular, se intentará descubrir qué estrategias textuales utiliza Umbral para construir unidades supraoracionales llamativas o transgresoras. Así pues, se parte de la idea de que, tal como suscribe cierta corriente de la moderna pragmática²⁷¹, existen "reglas de buena formación textual", del mismo modo que hay reglas morfológicas, sintácticas o semánticas.

3.2.1.2.1. Violación de las reglas de buena formación textual.

Francisco Umbral busca con denuedo la originalidad. La *textura* de sus artículos sólo puede haber surgido de un terco y profundo sentido de la creatividad. Lo cual equivale a decir que este columnista intenta desviarse de las pautas textuales convencionales; que se esfuerza por evitar estructuras previsibles, habituales, tópicas.

Supongamos que un sujeto elabora cierta unidad textual: "No me encuentro bien. Estoy algo nervioso. Mañana se me acaba el contrato, y no sé si me lo renovarán". Sería previsible una prolongación del texto tal como la que sigue: "Quizá deba preguntar algo a mi jefe. A lo mejor él sabe algo. Siempre pasa igual: no hay manera de saber nada hasta el último día. Y, además, ya voy estando harto de contrato de tres meses". Lo que no se tiene en pie es que al primer fragmento (que acababa con aquello de "no sé si me renovarán") le siguiera este otro: "la renovación de las almas importa, mas qué desenfrenada vida ésta que ni pensar me deja. Y siento la desnudez de un hombre frente a mí, bello, insólito, sinfónico, etcétera". La conexión de las dos secuencias textuales (la primera y esta última) parece abocada a la interpretación de que se trata de un pasaje surrealista -en el más benévolo de los casos- o de un fragmento simplemente absurdo -en la más previsible de las posibilidades-. Es muy posible que un lector normal se quede con la misma sensación de ininteligibilidad textual si tropieza con un bloque amorfo de reiteraciones obsesivas: "Quizá deba preguntar algo a mi jefe. El contrato cumple mañana. Siempre igual esta gente. Quizá deba preguntar algo a mi jefe. No sé qué demonios va a pasar. Estoy nervioso. Mañana, si puedo, le preguntaré al jefe (...)"'. En este caso, sin duda, el lector pensará que el chico que está a punto de perder el trabajo hace ya tiempo que perdió la cabeza. O, al menos, el control de sus sentimientos.

Pues bien: la originalidad de Umbral se prevale justamente de estas dos técnicas que se acaban de glosar. Bien es verdad que sólo excepcionalmente alcanza Umbral los grados de *malformación* textual a los que aquí, *ex profeso* y mediante burdos ejemplos, se ha llegado.

3.2.1.2.1.1. Malformación textual por 'ruptura'.

La técnica es muy simple. Se toma como punto de partida una base tópica. Es decir, un pensamiento, una expresión o un hilo argumental fácilmente reconocible por todos.

Puesto que se trata de un tópico en toda regla, basta con formular una mínima parte del pensamiento o la frase en cuestión para que los lectores sepan o intuyan de inmediato cómo debe continuar el discurso. Pero resulta que Umbral, de pronto, mete su tijera estilística y corta por el centro mismo de la evidencia: "(...), y al pan pan y al vino leches".²⁷² El escritor rompe la previsibilidad del discurso y deshace, con ello, las expectativas que todo lector -aun sin quererlo- tiende a generar. Lo que menos espera el lector, en ese momento de casi absoluta certeza, es que venga Umbral y "lo ponga todo manga por (...)". ¿Quién no se deja empujar por la inercia de la costumbre y rellena el hueco verbal o sonoro con la palabra *hombro*? La frase hecha es *dejarlo todo manga por hombro*. Frase rutinaria, tópica, descolorida de tanto uso. Umbral, por eso mismo, escribe: "lo deja todo manga por travelling"²⁷³. Sólo "haciendo de tripas riñón"²⁷⁴ hubiera accedido Umbral a cometer la mezquindad estilística de consentir una frase tan vulgar y manida. "Que las tías van de aquí te cojo aquí te (...)". No, no es *aquí te cojo aquí te mato*. La naturaleza muerta del tópico queda convertida, por mor de una pizca sicalíptica de pimienta, en: "que las tías van de aquí te cojo aquí te follo"²⁷⁵.

La técnica de 'ruptura', no obstante, puede ser aplicada de muy diferentes formas. La frase hecha (sobre la cual, de todos modos, se volverá a tratar más adelante) es tan sólo una de las estructuras textuales previsibles. Hay muchas más, y conviene repasar cómo las maltrata, textualmente, Francisco Umbral.

A) Umbral rompe las CONEXIONES LÓGICAS mediante las cuales se entrelazan, de ordinario, los enunciados lingüísticos. Equivale esto a decir que el articulista sustituye principios lógicos elementales por artificios sofisticados (en el sentido primigenio, claro está, del adjetivo). Espurio e irrosorio es, verbigracia, el concepto de 'causalidad' que Umbral utiliza en sus columnas. Recibe el autor una citación judicial por un supuesto delito periodístico. Dedicar un artículo al asunto: "La citación"²⁷⁶. El argumento básico es que él no ha podido cometer delito periodístico alguno por el simple hecho de que no es periodista. Y no es periodista, sencillamente, porque no

tiene carné. Surgen, años después, las primeras protestas contra la llamada "Ley Corcuera". Umbral protesta también, pero por muy llamativas razones: "he encontrado en esa ley o proyecto de tal una cláusula por la que se autoriza a un policía a estar en nuestra casa hasta seis horas, sin mandamiento judicial. Lo del mandamiento judicial a mí me da lo mismo (...). Lo que ya no me da lo mismo es pensar qué se puede hacer seis horas con un policía en casa. Es que te chafa la tarde, vamos, qué muermo. (...) De modo que yo le he preguntado a mi policía (estoy escribiendo esta columna con uno sentado en las rodillas):

>> - ¿Qué canal quiere usted que pongamos?

>> - Se cree muy listo ¿eh? Aquí el que hace las preguntas soy yo -me ha dicho"²⁷⁷.

El concepto de 'consecuencia' es igualmente usado con fines humorísticos. "Al final de la Sesión [en el Congreso de los Diputados] sólo se contaban trece diputados, frente a los 22 ujieres de servicio." La proposición consecuente, en el texto de Umbral, queda formulada de la siguiente guisa: "Así las cosas, yo creo que las riendas de la política deben tomarla los ujieres"²⁷⁸. Se burla también Umbral de los principios lógicos de 'analogía' y 'no contradicción'²⁷⁹, pero quizá el recurso más personal del autor es el que consiste en superar imaginativamente la angostura natural de toda disyuntiva: "entre el descaro progre de la **Milá** y el travoltismo modosito de Íñigo, el personal -desde los espectadores a la prensa- ha optado claramente por **Suárez**, como siempre"²⁸⁰.

B) Destruye el columnista la UNIDAD SINTÁCTICA de ciertos enunciados. Muchas frases quedan rotas, como rajadas por el cuchillo de un silencio abrupto e inesperable. "Pero si la autonomía sale de izquierdas, la derecha en seguida se sube al coro de la sillería de Toledo a decir que no se nos arregla, que esto es frentepopulismo, que una de las dos Españas, que don **Antonio Machado** y. Lo que nos tiene en un grito no es (...)"²⁸¹.

C) Umbral destroza la COHERENCIA INTERNA de enunciados de los que, en principio, espera una cierta unidad semántica. Confiesa Umbral que no le importa, sino

más bien todo lo contrario, incurrir en ideas disparatadas o absurdas. "A mí me parece que no hay como defender una causa perdida para conquistar la brillantez"²⁸². Y disparates, desde luego, no faltan en su columnas. "El ornitorrinco quiere fornifollar con el murciélago"²⁸³.

D) Umbral genera en sus textos fortísimas RUPTURAS SEMÁNTICAS. Y no se trata aquí, por supuesto, de la transgresión semántica que afecta a la unidad de la palabra. "Por fin se reanuda la vida cultural en Madrid. Ayer han apedreado una librería."²⁸⁴ La ruptura semántica de que ahora se escribe puede incluso sobrepasar las fronteras de la propia oración. "Suárez ha hablado de elecciones, de reforma política y de proyecto de ley.

>> - ¿Y de la pildora no ha dicho nada?

>> La gente -prosigue Umbral, aprovechando el violento cambio de tema que introduce un apócrifo lector- está a lo suyo. Somos una sociedad victoriana, pero victoriana de Victoria Vera."²⁸⁵ La técnica de ruptura semántica puede incluso llegar a afectar al texto en su totalidad²⁸⁶ o -como se acaba de ver- a párrafos completos. Pero lo más normal es que estos latigazos semánticos destrocen la coherencia de oraciones completas o de parte de ellas. Se refiere Umbral a los cuarenta años de dictadura franquista como "*cuarenta años y pico de siglos*"²⁸⁷. La aberración semántica adopta la clásica forma de quiasmo en otros muchos casos: "nos hemos reunido a discutir el sexo de las feministas o los derechos de los ángeles"²⁸⁸. La transgresión consiste, otras veces, en la pura acumulación de términos que no admiten coordinación semántica. Se consigue así una confusión de términos que nada dice, pero que provoca, casi inevitablemente, la sonrisa del lector. "Demasiado para este body, te lo prometo, o sea, yes, very well, daikiri."²⁸⁹ Y no hace falta, para incurrir en semejantes naderías semánticas, utilizar palabras extranjeras. El mismo efecto se consigue con vocablos que todos usamos casi a diario. "Pero FG, uno de los políticos más inteligentes que hayamos tenido nunca, prefiere poner la otra mejilla, quizá por ganar tiempo. También Cristo la puso por ganar tiempo. O aconsejó hacerlo. Estos moros es que parecen

judíos. Vaya usted a saber. Eso digo yo. ¿Y qué dice usted? Que vaya usted a saber. Ah, pues eso. Por eso. Suárez pide elecciones (...)"²⁹⁰.

E) Umbral rompe también la UNIDAD TONAL²⁹¹ de sus textos. Así, por ejemplo, el lenguaje marginal de los jóvenes madrileños convive, inopinadamente, con un lirismo desgarrado y puro en "Ritual del porro"²⁹². Un artículo puede empezar con absoluta sobriedad, con un tono serio en el que -misteriosamente, puesto que ha sido escrito por Umbral- no se desliza la menor violación gramatical o textual. De repente, sin embargo, sobreviene el más radical contrapunto: "la única vieja, aquí, parece ser **Dolores Ibárruri**, jajá, pero qué vieja es, si es que es viejísima, pero es que es una cosa de troncharse, oyes, esa señora tan vieja"²⁹³. También puede ocurrir que el texto comience con un tono lírico muy marcado. Con versos entrecomillados ("<<Por las orillas del río/limones coge la virgo.>>"), incluso. Umbral acostumbra a proceder de este modo. Los versos citados vuelven a surgir en el texto. El tono general del artículo es asimismo lírico. A la tercera aparición de los versos, se produce la deflagración: "<<Por las orillas del río/limones coge la virgo.>> Pero no tanto, joder, aparte que el Manzanares no da limones"²⁹⁴. Vulgaridad y lirismo. "Y me han puesto como no digan dueñas, o sea a parir."²⁹⁵ Cultismo y ordinariez. Erudición y voces de la marginalidad. "A lo mejor Castedo desface mogollones y malandrines"²⁹⁶. Eufemismo para evitar la grosería y, de inmediato, la grosería que se pretendía evitar: "a la puta rue o a la mismísima"²⁹⁷. Dedicó Umbral un artículo al hijo del Rey Juan Carlos I. Lo titula "Carta al Príncipe"²⁹⁸. El autor termina pidiendo perdón por ser republicano, pero mucho más llamativo es, sin duda, el comienzo del texto. "Alteza: ahora que ha cumplido usted quince años de edad (fue el domingo y yo andaba de week-end hortera, Alteza) me gustaría, Alteza, (...)". No es, por supuesto, la primera ni la única ruptura de tono que Umbral basa en un crudo anglicismo: "Good morning, tío"²⁹⁹. Hay que señalar, por último, un recurrente modo de quebrar la voz textual que predomina en este o aquel texto. "Los maestros, los viejos maestros de mi infancia, en la tarde parda y fría, los colegiales estudian, monotonía de lluvia en los cristales, etcétera. ¿No tenía el

propio **Machado** algo de pardo y frío y lluvioso y monótono, maestro nacional? Perdón, poeta."³⁰⁰ Este *etcétera* subvierte, con notable ironía, el orden estilístico del párrafo en cuestión. "O crece o muere, renovarse o morir, nos somos nadie, etcétera. No somos nadie y encima somos etcétera."³⁰¹

F) Rompe Umbral UNIDADES SINTAGMÁTICAS que el uso ha consolidado durante años o incluso durante siglos. Tales unidades parecen haber adquirido un significado conjunto que se impone a la suma de significados parciales que aportan los elementos del sintagma. En muchas ocasiones, estas unidades sintagmáticas funcionan como un todo que no admite descomposición. *Meter la pata* viene a significar 'equivocarse', 'resultar importuno'. El significado de verbo y el del sustantivo apenas si tiene que ver con el sentido global de la expresión. En otros casos, la relación semántica es más clara, pero el uso ha dado gran unidad y consistencia al grupo sintagmático, por lo que resulta muy raro que uno de los constituyentes sea sustituido por un sinónimo. Umbral, sin embargo, no dice "meter la pata". Él escribe "meter un pie"³⁰². Tampoco dice "pagar el pato" (en el sentido habitual de 'correr con los gastos de un desperfecto' o bien 'aceptar las responsabilidades derivadas de una determinada conducta'): "nadie explica quién va a pagar la oca (dejémonos de patos, que son la frase hecha)"³⁰³. El repudio de *la frase hecha* conduce, inevitablemente, a la ruptura de las unidades tópicas mediante la sustitución de uno o varios elementos. *Para más inri* se transforma en un pintoresco "para más sadoca"³⁰⁴; *salir por el ojo de una cara* pasa a ser "cobrar un huevo de una cara"³⁰⁵; *decir a quemarropa* es "decir a quemabraga"³⁰⁶. Para desviarse del lenguaje habitual, como ya estableció la retórica antigua, el escritor puede *sustituir* unos elementos por otros³⁰⁷. Tal es el modo lingüístico de la transgresión más corriente. Pongamos por caso: el vulgar *como puta por rastrojo* origina, tras las correspondientes *sustituciones*, un minucioso repertorio de variantes: "cual marquesa por rastrojo"; "como **Homero** por rastrojo"; "nuestro presidente se ha comportado con Reagan como virgen por rastrojo"; "como monja por rastrojo"; "como putarazana por rastrojera"; "como lady por rastrojo"³⁰⁸. Otra

vulgaridad tópica lujosamente revertida: la expresión *echarle huevos a algo* ('enfrentarse a una dificultad con valor, sin miedo') la aplica Umbral a sujetos cuyo sexo no admite, en principio, la frase hecha, con lo cual se obtienen inusitadas apelaciones a la virilidad inversa de mujeres genéticamente bien dotadas. "Puedes barrer, Celia [Villalobos, miembro del Partido Popular], amor, échale ovarios al tema, que los encollonas"³⁰⁹. Malsonancias similares son también adulteradas hasta constituir versiones irónicas o humorísticas: "las religiosas (...) le han pegado al huracán **Fraga** un corte de toga"³¹⁰. Pero, además de *sustituir* unos elementos convencionales por otros³¹¹, el escritor también puede *añadir* nuevos constituyentes al sintagma original. "Henos aquí metidos, pues, de lleno en unas generales, sin comerlo ni beberlo ni follarlo."³¹² Incluso se puede afirmar que Umbral utiliza un último modo de transgresión que consiste en mantener, excepcionalmente, el tópico que de ordinario rompe. "Por eso Aznar calla cual puta y (...) "³¹³. Aquí no se destruye la frase hecha (*callarse como una puta*) porque los términos comparados conforman, en sí mismos, una transgresión más que notable. Una variante del tópico sólo conseguiría diluir el efecto cómico de ver convertido al político José María Aznar en prostituta silente.

G) Umbral crea un LUGAR COMÚN PROPIO, una especie de tic lingüístico personal, y luego lo rompe. Una de estas muletillas es la expresión "iba yo a comprar el pan y (...)". El segundo de los sintagmas coordinados suele quebrar violentamente las expectativas generadas por el primero: "Iba yo a comprar el pan y me encontré a Comisiones Obreras, varios miles.

>> - Bueno, qué, machos, habrá que reaccionar"³¹⁴.

H) Y, por último, rompe Umbral el discurso del artículo con ANOTACIONES METATEXTUALES: es decir, con reflexiones sobre el propio artículo. "<<Los cuerpos son honrados>>. Efectivamente, pese a **Baudelaire** y **Bataille**, pese a la mística del placer como derroche y la autodeterminación como suntuosidad, mística que (...) [larguísimo inciso constituido por 57 palabras], pese a tanto paréntesis y

negrita, digo, los cuerpos son honrados, más honrados que nosotros"³¹⁵. Ya se ha tratado de esta técnica en capítulos anteriores, pero conviene insistir ahora en la maña con que Umbral destruye el *discurso repetido* -sirvámonos del muy gráfico tecnicismo lingüístico- de la paremiología. "No hay peor cuña que la de la misma madera, y perdón por el refrán, género que no uso: hombre refranero, maricón o pilonero, decíamos en Valladolid, lo cual no deja de ser otro refrán"³¹⁶. Más curiosa y original aún es, quizá, esta otra técnica de ruptura metatextual: interrumpe Umbral el discurso del artículo con reflexiones sobre la propia estructura del texto. La exposición anterior queda, en gran medida, ridiculizada, puesto que el autor da a entender que no cree en nada de lo que hasta ese momento había escrito. El discurso narrativo primario queda subordinado al contenido metatextual de una voz que resta validez y credibilidad al texto previamente elaborado: "llevo un tiempo soportando el ataque, la ironía, la mentira, la persecución de un querido colega que en su día me diera hospitalidad en sus hermosas páginas. Nunca he contestado ni pienso hacerlo, porque opino que no nos conviene ni a ellos ni a mí. Pero no quiero con esto, naturalmente, ponerme de confeso y mártir, ahora que se lleva **Zorrilla**, como modelo ante mis compañeros, sino, únicamente, cerrar de alguna manera la columna. O sea"³¹⁷.

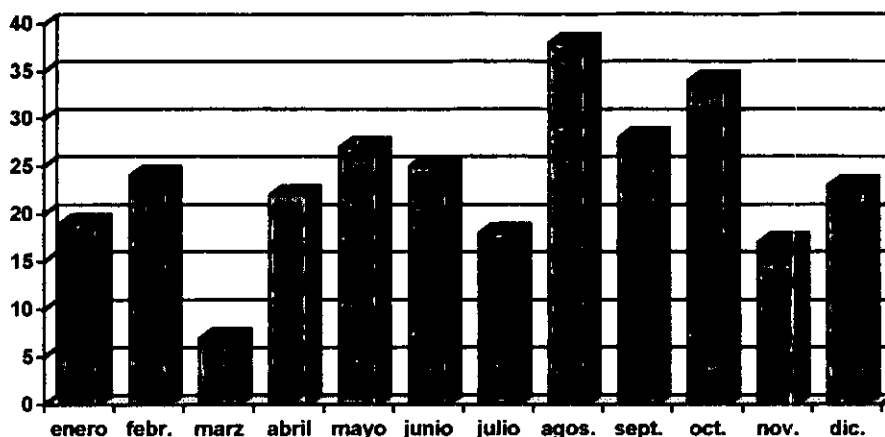
3.2.1.2.1.2. Malformación textual por 'insistencia'.

Explica Quintiliano: "verbum omne quod neque intellectum adiuvat neque ornatum, vitiosum dici potest"³¹⁸. Así que, según los clásicos, toda reiteración ociosa consituye un vicio estilístico. Se pueden admitir, no obstante, ciertas *licencias*: se necesita para ello que la contravención del principio de 'brevedad' quede compensada conceptual o exornativamente; es decir, se justifica la reiteración de palabras o ideas si el texto resultante es más fácil de comprender o más bello. "Traductio est -podemos leer en la *Rhetorica ad Herennium*-, quae facit uti, cum idem verbum crebrius ponatur, non modo non offendat animum, sed etiam concinniores orationem reddat"³¹⁹.

Francisco Umbral repite palabras e ideas con fines que no son ni conceptuales ni tampoco exornativos. "Es lo que ya dije el otro día (hay que repetirse, porque la repetición hace estilo, el género, y el género es el hombre), lo que yo digo, y a ver si me explico de una santísima vez, es que (...) "³²⁰. Insiste Umbral en asuntos suficientemente claros, y no lo hace por embellecer el texto, sino por desviarse del lenguaje y la textura propios de las columnas periodísticas. También aquí ensaya Umbral travesuras estéticas. Más que fórmulas embellecedoras, el articulista busca modos textuales de transgresión. La repetición de Umbral es casi siempre irónica, humorística. Parece que el escritor no propone más que un juego fútil, un devenir de palabras cuyo valor se reduce al mero enredo verbal: "antes de hacerse cargo del problema laboral, el problema social y el problema en general o problema, propiamente dicho" ³²¹. O bien: "los males mundiales nos integran en el mundo mundialmente" ³²².

Cabe afirmar que el autor se burla de la pobreza léxica y conceptual de quienes, por indigencia estilística, no son capaces de evitar constantes reiteraciones. Así, por ejemplo, es radical y minuciosa la crítica que lanza Umbral a los obsesos de la voz *tema*: "vamos a morir de un infarto de tema" ³²³, escribe en 1979. En el texto titulado "La sintaxis" ³²⁴, repasa el escritor los errores habituales del político catalán Miguel Roca. Se refiere aquí al "pobrísimos (paupérrimos) comodín verbal del *tema*, clavo ardiendo de políticos ágrafos". A partir de aquí, el término *tema* queda indisolublemente asociado al nombre propio de este político: "el *tema*, que diría Roca" ³²⁵. Nótese la mordaz ironía que condensa este *tema* escrito con cursiva. El recurso tipográfico es una clara llamada a la atención del lector, que descubre en ese guiño una implícita crítica a quienes hablan como el articulista, de hecho, escribe ³²⁶. Años más tarde, el vocablo en cuestión continúa siendo utilizado de modo crítico y burlesco, pero ya sin la fijación personal de otros tiempos. Miguel Roca queda por fin liberado del penoso sambenito con que Umbral le venía martirizando: "el tema (como dice la gente que se ha quedado sin tema) no es [...]" ³²⁷. Llega un momento, en fin, en que el escritor se regodea en la manida palabra con ánimo claramente transgresor: "lo malo del tema (me encanta decir <<tema>>, con perdón de Lázaro Carreter, usted disimule) es que [...]" ³²⁸.

"Cosa" en 1981: gráf. VII



Este uso vulgar, por recurrente y hasta manido, de una palabra se observa en otros muchos casos. El término *cosa*, por ejemplo, es utilizado en multitud de expresiones a las que apenas aporta significado. Se puede decir, incluso, que Umbral recurre a la voz *cosa* cuando pretende envilecer tal o cual sintagma. Se refiere, por ejemplo, al "Palacio de Exposiciones, Congresos y Cosas"³²⁹ de Madrid. Deliberada pobreza léxica despliega el autor en frases del tipo "para la cosa de la cosa trabajar también (...)"³³⁰. Sutil y burlesco, más que degradante o pedestre, es el uso eufemístico del vocablo: "en cuarenta años de la cosa, creo que soy la única víbora lúbrica de la prensa canallesca que no le ha dedicado una glosa equívoca a **Niní Montión**, y tampoco lo voy a hacer ahora, cuando **Niní Montión** y la cosa o la cosa de Niní Montión se encuentran en decadencia"³³¹.

Umbral no sólo se atreve a emplear con bastante frecuencia palabras gastadas, sino que además gasta en sus textos palabras nada vulgares. En "Senos"³³², por ejemplo, la voz que sirve de título aparece hasta veintinueve veces en el cuerpo del artículo. Aún más aplastante es la reiteración léxica del término *mogollón* en un texto en el que queda escrito nada menos que treinta y nueve veces³³³. El propio título puede repetirse con asombrosa insistencia. Verbigracia: "Cartas a Ana" es el título de nueve artículos³³⁴ publicados entre diciembre de 1981 y marzo de 1982. Reiteración más que

notable hay también en el tema general de algunos artículos³³⁵. O en ciertas ideas u ocurrencias que el escritor reitera hasta convertirlas en manías personales; obsesiones que definen su estilo y de las cuales acaba sintiéndose orgulloso. "Mi santa esposa (adjetivo que he conseguido hacer famoso, y plagiado, en el país, y no el de <<puta>>), me lleva [...]"³³⁶. Esta y otras muchas expresiones semejantes constituyen lo que Umbral denomina, con término muy gráfico, "autotópicos"³³⁷. Es decir, tópicos personales del escritor. Quizá el más conocido de todos sea la muletilla octosilábica "iba yo a comprar el pan". Un minucioso análisis de los artículos publicados por Umbral en 1976 demuestra que este *autotópico* es utilizado casi una vez cada dos días³³⁸. Menos frecuentes o perdurables son otras muchas frases típicas de Umbral: "la realidad de la verdad de la vida"³³⁹, "me pone espanto en el epigastrio"³⁴⁰, "una formidable y espantosa máquina"³⁴¹, "estar en el capullo del meollo del bollo"³⁴² o "cogérsela con papel de fumar"³⁴³. Quede claro, no obstante, que éstas son sólo algunas de las expresiones más queridas por el autor. Hay otras muchas. Y no todas han sido fabricadas por personal ingenio. En algunos casos, el articulista lo único que hace es apropiarse (por medio, tan sólo, de un uso pertinaz) de fórmulas lingüísticas coloquiales, propias del lenguaje ordinario de cualquier hablante. Es lo que sucede, por poner sólo un ejemplo, con la expresión *toma castaña*. No es fácil hallarla en textos periodísticos, pero sí se puede encontrar en la conversación más anodina que podamos imaginar. Reproduce Umbral un catálogo sobre cierta exposición de pintura. La prosa del catálogo es violenta, ridícula, mercantil. El articulista anota, casi a modo de fulminante comentario de texto: "Toma castaña"³⁴⁴. A partir de ese día, *toma castaña* es apostilla habitual en los artículos periodísticos de don Francisco³⁴⁵. Otro tanto ocurre con las expresiones "está hecha una braga"³⁴⁶ (en el sentido de 'está desven- cijada') o "a calzón caído"³⁴⁷ (variante del 'a calzón quitado' que recoge el DRAE y con un significado similar al de 'a pecho descubierto'). Cabe citar, por último, un sintagma que consigue sobrevivir a modas y caprichos estilísticos, pero que adopta mil y una formas con el transcurso del tiempo: "prensa del corazón y de la ingle"³⁴⁸, escribe Umbral en 1976. Días después, prefiere el columnista "prensa del *coeur*"³⁴⁹. Había

comenzado, de hecho, un rosario de denominaciones a cual más disparatada, ingeniosa o pintoresca: "prensa del corazón y de más abajo", "prensa del corazón y de la placenta" y "las revistas del corazón y del ovario"³⁵⁰ son las etiquetas lingüísticas de 1977. "Revistas urológicosenimentales"³⁵¹, leemos en 1979. En 1981, la expresión más llamativa es quizá ésta: "las revistas del pornodesnudo, o sea las revistas del mejillón"³⁵². Años después, se refiere Umbral a "la Prensa de la vagina y de más adentro"³⁵³. Parece que el repertorio está a punto de acabarse, pero más bien sucede lo contrario: aún había de aparecer "la Prensa vaginalfinanciera", "la Prensa pornopolíticofinanciera", las "revistas pornofinancieras" y "la Prensa vaginal y otros media"³⁵⁴. Todo ello, claro está, en apretada y simplificadora síntesis.

3.2.1.2.2. Violación de principios textuales periodísticos.

Se ha llegado a un punto particularmente espinoso. Los textos periodísticos, según la gran mayoría de manuales y libros de estilo, deben ser 'claros', 'concisos' y 'correctos'. Añádese a ello, de ordinario, que tales textos deben también cautivar la atención del lector mediante estructuras peculiares; que los mensajes periodísticos son producidos no individual, sino colectivamente; y que, en consecuencia, el código del lenguaje escrito se ha de coordinar con otros códigos³⁵⁵. Así pues, las características fundamentales del lenguaje periodístico son la 'claridad', 'la corrección' y 'la concisión'. Pero sucede que ese lenguaje periodístico general admite, en el caso de los comentarios o artículos, una considerable cantidad de licencias. Dicho de otro modo: el articulista se puede permitir ciertas 'oscuridades', 'incorrecciones' y 'farragosidades'. Y, si el texto que construye corresponde al subgénero de las llamadas *columnas personales*, se lo puede permitir con mayor fundamento aún. "En el pequeño espacio que ocupa una columna -entre quinientas y ochocientas palabras aproximadamente- el columnista que firma sus escritos puede expresarse con la mayor libertad, siempre que evite la difamación y la obscenidad"³⁵⁶. Se ha visto ya hasta dónde se atreve a llegar Umbral

en cuanto a difamaciones y obscenidades³⁵⁷. Resulta mucho más complicado, sin embargo, analizar transgresiones estilísticas relacionadas con los rasgos generales del lenguaje periodístico, puesto que los textos que firma Umbral gozan -según se acaba de señalar- de casi plena libertad. Por todo ello, las desviaciones que aquí se destacan no deben ser consideradas como 'violaciones' más que en un sentido muy lato.

3.2.1.2.2.1. Violación del principio de 'corrección'.

"Aquí -escribe en un artículo Umbral- el que habla bien parece que habla cursi. Yo procuro escribir mis columnas cada día peor, para no quedar redicho"³⁵⁸. Pero éste es sólo uno de los motivos que llevan al autor a atentar contra el principio de 'corrección' idiomática. Hay otro mucho más importante, y bastará acudir a un par de textos para comprobarlo. Utiliza incorrectamente Umbral, verbigracia, el verbo *prometer*: "y les prometo a ustedes (en Serrano decimos *prometo*), que el desnudo más turbador es el de Nuria Espert"³⁵⁹. Es claro que, en lugar de "les prometo", el columnista debiera haber escrito *les juro*. "Otro arbitrista me escribe explicándome, con relación a mi glosa sobre el nuevo senador **Camilo José Cela**, que no se dice *prometo*, en el caso en que yo lo aplico, sino *juro*. Ignora este arbitrista que yo estoy utilizando siempre, con fines literarios, el lenguaje de la calle y de ahora mismo, con todas sus incorrecciones, que son su gracia"³⁶⁰. Ése es el verdadero objetivo de las incorrecciones lingüísticas que con tanta frecuencia y tanto descaro comete Umbral: "mis profanaciones del idioma son deliberadas y fácticas. Uno intenta ser el violador nocturno del castellano, por fecundarlo"³⁶¹. Acoso sexual a la lengua, así pues, pero con voluntad de procreación. Las incorrecciones lingüísticas, debidamente cometidas, proporcionan originalidad, creatividad. Por eso el articulista presume de ellas, por eso las exhibe sin pudor. "Es el que se va a quedar, desde ya.

>> (No se puede decir *desde ya*, querido cura [se refiere a Martín Descalzo], pero yo lo digo). En cuanto a (...)"³⁶². No hay que andarse con mayores justificaciones:

supuesto este ardor creativo de orden superior, todo afán normativista queda reducido a nada. Umbral atenta contra el principio de 'corrección' sencillamente porque sí, porque le da la gana, porque su oficio consiste en crear e inventar. "Así que desde aquí y desde ya (otra cosa que tampoco puede decirse, pero que yo la digo) les aviso (...) "³⁶³; "una descripción puntual (me gusta la palabra, aunque la rechace maestro **Lázaro Carreter**) "³⁶⁴; "venidero del secarral badajozano (hay que decirlo así) "³⁶⁵.

Hay ocasiones, sin embargo, en las que la incorrección parece generar efectos estilísticos más tangibles. El escritor insinúa que necesita contravenir algunas reglas académicas para describir con absoluta precisión la realidad política o social. "El presidente [Felipe González] no tuvo más remedio que dimitirle [al ministro de Interior, José Luis Corcuera] (este verbo equivocado habrá que empezar a considerarlo académicamente, pues que de hecho se corresponde con una delicada situación política) "³⁶⁶. Correspondencia entre lenguaje escrito y realidad (realidad lingüística, en este caso) es lo que busca el columnista cuando reproduce o simula los errores idiomáticos habituales de los personajes a los que se refiere en el artículo. "No me lo puedo ni de creer", dicen en los textos de Umbral "las principonas y locas de la cosa "³⁶⁷. Dejemos a un lado, para no incurrir en reiteraciones inútiles, los *de ques* y *temas* del político catalán Miguel Roca. "Felipe es que no puede ni <<de>> entenderlo "³⁶⁸. No lo aclara expresamente Umbral, pero todo indica que su incorrección ha sido calcada de las que habitualmente comete el también político (y también catalán) Narcís Serra. Y aún más claras son otras muchas alusiones a la bastedad idiomática del ex ministro de Cultura Javier Solana: "ya hizo la travesura de decir <<catorceavo>> "³⁶⁹; "las catorceavas deficiencias de la LOSE "³⁷⁰; "el <<treceavo>> apóstol "³⁷¹.

Por mor de la creatividad, primero; como réplica irónica de incorrecciones cometidas por otros hablantes, en segundo lugar; y, por último, cabe señalar que Umbral utiliza algunas barbaridades lingüísticas como gráfica denuncia de atrocidades gramaticales muy extendidas en el lenguaje ordinario. Aunque parezca extraño, Francisco Umbral es a un tiempo transgresor y purista, renovador y conservador de las esencias idiomáticas. "De alguna manera (<<de alguna manera>> es comodín verbal

que ha venido a substituir el horterísima [sic] <<a nivel de>>), de alguna manera (...)”³⁷². Así que el articulista usa *de alguna manera* para criticar la indiscriminada y paupérrima utilización de ese latiguillo por otros hablantes: “(...) quiere *liderar* (espuria palabra, que sólo traigo aquí para maldecirla) los años noventa”³⁷³. Se origina, de este modo, un juego -no estrictamente semántico- con expresiones que el autor estima absurdas o incorrectas. “En el mundo se mueven dos fuerzas, mayormente, o sea <<a nivel de>>, o si ustedes lo prefieren, <<de alguna manera>>, frase que también culebrea mucho por los cócteles: involución y euroizquierda”³⁷⁴. Pero donde mejor enseña el escritor sus garras de purista es en momentos de crítica directa, contundente, casi tan apasionada y vehemente como pudiera ser la de un académico conservador. El primer testimonio de este furor purista lo hallamos ya en el otoño de 1976: “salió otro cura, el del cierre, diciendo que no es posible que <<hayan>> cristianos marxistas”. Se burla el articulista del error y concluye: “extraña la sintaxis del cura de cierre”³⁷⁵. La ignorancia es, en sí misma, censurable, pero mucho más censurable es la misma ignorancia en combinación con ciertas dosis de atrevimiento y modernidad: “los ilectos dicen *internalizado* (en vez de interiorizado), con palabra del sicoanálisis que huele a cloroformo”³⁷⁶; “una experiencia paralela a nivel de cama, como dicen ahora los ligones del estructuralismo”³⁷⁷; “los **baffles** (qué horror, habiendo “altavoces”)”³⁷⁸. Ignorancia, modernidad y atrevimiento en grado sumo encuentra Umbral tanto en el lenguaje televisual como en el auspiciado por las modernas tecnologías de la información: “los marcianos Atex, que escriben *liderar*, *explosionar* y *visualizar*”³⁷⁹. El lenguaje de los ordenadores amenaza, dice Umbral, a la dignidad idiomática, en general, y a una letra española como pocas, en particular. En “La eñe”³⁸⁰, demuestra el escritor cuánto cariño siente por esta letra, cuán depurada sutileza -siempre según el columnista- aporta al idioma español este signo gráfico: “largando como ordenadores, los nacionales acabaríamos hilando estas frases:

>> - Cuando me godí a mi señora por la parte del cogno tenía una jalitosis okey”.

El espíritu purista de Umbral, por lo demás, se manifiesta con especial radicalismo cuando el ignorante, el atrevido conculcador de leyes lingüísticas elementales, es un

personaje por el cual siente el articulista una encendida antipatía. Pongamos por caso: don Ricardo de la Cierva, historiador y ex ministro. "Don Cierva", para Umbral. "Dice Don Cierva que <<apañada anda la Presidencia del Gobierno>>. (...) Un articulista que todavía dice <<apañada>> no es un articulista. Es un topiquero que habla como mi tía y practica terrorismo gramatical. Ni la Presidencia del Gobierno está <<apañada>> ni ese participio lo utiliza ningún escritor sintácticamente libre, progresista, democrático, ético y estético"³⁸¹. Tal ocurre también con otro personaje, escritor esta vez, al que Umbral caracteriza con frecuencia como estúpido contumaz y redomado imbécil. "Sánchez-Dragó se dirige a Cela en voz alta, dada la distancia entre comensal y comensal, y coloca lo suyo: 'Yo pienso *de* que Cela...'. Ya está, ya ha soltado la preposición funesta/nefasta, letal/letárgica"³⁸².

Llama la atención, en suma, que un transgresor consumado como Francisco Umbral ataque con tanta saña las agresiones idiomáticas que otros cometen. Y ello, incluso cuando se trata de cuestiones aparentemente menores. Ya sea un acento más o menos controvertido: "lo cual que a Miláns (palabra aguda terminada en ese y, por tanto, tan acentuada y acentuable, en castellano, como *morirás*, un suponer), nadie le pone el acento en las reseñas, y despojarle de su acento me parece una injuria gramatical tan grave como despojarle de sus medallas"³⁸³. Ya sea una letra capitular caprichosamente diacrítica: "en los cafés más que en el Estado. (Escribamos siempre *Café*/establecimiento con mayúscula, como pedía *Gómez de la Serna*, porque si no se confunde con la infusión)"³⁸⁴.

3.2.1.2.2.2. Violación del principio de 'claridad'.

"Lo que quiero decir, en fin, y a ver si me aclaro, es que (...) "³⁸⁵. Acababa Umbral de citar a varios poetas; acababa, como es claro, de armarse un lío en pleno texto. "Aclarándonos, coño: que (...) "³⁸⁶. Así sale el articulista de otra de sus excursiones textuales.

Hay, con todo, mucha ironía en las autocríticas de Umbral. Sus textos no suelen incurrir en graves oscuridades. Y aunque incurrieran en ellas, seguramente serían lícitas, ya que el subgénero del articulismo parece admitirlas. "El cacao no es el cacao, o sea, la que se está armando o la que se va a armar. El cacao es el cacao, o sea, como el colacao, pero de verdad"³⁸⁷. Es evidente que oscuridad sí que hay: en *cacao* confluyen los significados de 'escándalo' (de las plantaciones de cacao que Gregorio López-Bravo tenía en Guinea) y el significado ordinario de 'árbol de América' o 'fruto de ese árbol'. Cuenta Umbral que acaba de visitar un bar de moda: "a la salida, unos rezagados del trip, a los que no dejan entrar: <<Penétranos, Umbral>>"³⁸⁸. Quiere decirse que unos jóvenes noctámbulos le piden que les consiga permiso -del portero o de quien fuere- para entrar el local. De modo que también aquí se busca la transgresión juguetona, lúdica. No es tanto una oscuridad hermética, generada por férreas convicciones estilísticas, como una oscuridad provocadora, insinuadora. "Iba yo a comprar el pan, esta mañana, y me he encontrado con **García Lorca**. Lo cual que (...)"³⁸⁹. El poeta, claro, no ha resucitado milagrosamente. Umbral ha encontrado a Lorca en los dibujos de unos sellos que acaban de salir al mercado. Umbral cultiva la oscuridad anfibológica. Le gusta al articulista fabricar dobles sentidos: uno de ellos resulta descarado y malicioso; el segundo es apenas una posibilidad semántica que alivia o justifica el atrevimiento del otro sentido. "Franco hacía de **Tejero** sin pistola y sin coño"³⁹⁰. Se entiende que Franco hacía de Tejero sin necesidad de disparos al aire ni de gritos ("¡se sienten, coño!", gritó Tejero al irrumpir en el Congreso de los Diputados). La anfibología pretende siempre ser sugerente y pícara: "el Estado (...), para comer el coco al gentío, ya tiene el aparato de **Isabel Tenaille**"³⁹¹.

3.2.1.2.2.3. Violación del principio de 'sencillez'.

El término 'sencillez' sustituye aquí a la 'concisión' de que suelen tratar los manuales de redacción periodística³⁹². Con tal sustitución sólo se pretende resaltar el hecho de

que el mensaje periodístico debe huir, en principio, de la complejidad. No es que tenga que ser escueto o lacónico. Importa, ante todo, que el mensaje responda a una estructura sencilla. Un texto periodístico debe estar al alcance de cualquier lector normal. Lo que no está muy claro es qué debemos entender por *un lector normal*. De ahí que haya muchas dificultades para determinar a partir de dónde un texto deja de ser *sencillo* y se convierte en *complejo*. Las columnas de un afamado escritor, además, parecen admitir con gran naturalidad una amplia gama de *licencias literarias*. Es verdad que algunos artículos fracasan precisamente por saturación estilística, por sobredosis de artificio literario. Son textos que dejan de ser periodísticos (por más que estén publicados en un periódico) y se transforman, no ya en literarios, sino en textos simplemente ridículos. Lo cual quiere decir que la transgresión (bien es verdad que sólo en casos excepcionales) también aquí es posible. Lo normal, sin embargo, es que el articulista no se atreva a llegar tan lejos. Lo habitual es que la vulneración del principio periodístico de *sencillez* no alcance a constituir una transgresión en toda regla. Conviene, pues, no ver en los fenómenos expresivos que en seguida se señalan más que anomalías; recursos literarios no muy frecuentes en los artículos periodísticos; rasgos -en suma- del estilo personal del escritor cuya obra periodística se viene estudiando.

1) LIRISMO.

"Pero la mayor enseñanza (es el tronco de mi prosa) es que he robado mucho de su poesía [de la poesía de José Hierro], de su música, como de tantos poetas, ya que ellos son los dueños herméticos de la palabra"³⁹³. No miente ni exagera esta vez Umbral. Su prosa tiene mucho de poesía. Mucho más de lo que intuitivamente se pudiera pensar. "Santander. El otoño enronquece la sirena de los barcos"³⁹⁴. Así empieza el columnista uno de sus textos periodísticos. Y así lo remata: "De modo que la ciudad languidece en su otoño político. Musa del Septentrión: melancolía". La primera tentación es ver

poemas en prosa donde sólo hay prosa, esmerada y profunda prosa. Es cierto que alguna vez ha llegado Umbral a construir artículos con versos blancos³⁹⁵. Pero no es tan importante esta incidental (y ya señalada) contaminación de géneros como el vahído lírico en que se refugian algunas de sus mejores columnas. Así desfallecen la agresividad, el descaro, la insolencia. Llega como contrapeso del exabrupto vulgar o coloquial, de la palabra gruesa con que el escritor demuestra en público su impúdica osadía. Mediante ese lírico vahído, la prosa de Umbral huye de la mediocridad expresiva, del prosaísmo espeso y vil, pero no por ello deja de ser pura prosa. Quiere decirse que no es ésta la típica huida de la prosa hacia el poema. Más bien se trata de una huida del escritor hacia lo poético. Una huida hacia la libertad y la desnudez lingüística. "Mientras tomo el café y sonrío, no puedo dejar de pensar que algunos españoles están cayendo, uno tras otro, como delgados baluartes de la libertad, como sombras, frente a la acometida sin rostro"³⁹⁶. Cinco hombres asesinados en un despacho, una niña que pasea inocentemente su enfermedad, un minero atrapado en las entrañas de no se sabe qué asfixia³⁹⁷; pero el lirismo tampoco es el lenguaje del dolor³⁹⁸. Es, si acaso, el lenguaje radical y libre. El pensamiento poético permite entender los secretos últimos (y no siempre trágicos) de la realidad. Umbral recurre a la lírica para comprender lo incomprensible. Para comprender de otro modo, al menos. Toda cárcel, por ejemplo, es "un enverjado psicológico"³⁹⁹: de repente, el lector entiende qué es, en esencia, un *centro penitenciario*. Hay, pues, un lenguaje lírico y también un pensamiento lírico. Gracias a ellos, se atreve el escritor a describir, no ya el mundo, sino la esencia última del mundo. "Vallecas es una mula pastando en un cementerio de automóviles"⁴⁰⁰. La metáfora es un latigazo de luz, un repentino fulgor en la pupila. Cabe sostener, razonada y pausadamente, que los jóvenes han encontrado una música con la que se sienten protegidos, identificados como grupo, desintegrados de otras estéticas. También cabe escribir, de un solo golpe, con argumento lírico y pensamiento sintético: "el rock es la navaja de la música"⁴⁰¹. Poético asimismo es el juicio sumario que prescinde del análisis y condensa en apenas un sintagma todo un manojo de intuiciones: "pero **Franco**, sadomasoca interior"⁴⁰²; "Suárez es el *cometa Halley* del

postfranquismo a la democracia"⁴⁰³; "**Felipe** es un Hamlet de pana, dubitativo, y tú, Guerra, eres un Laertes cheli"⁴⁰⁴; "**Aznar**, púber canéfora con bigote"⁴⁰⁵. La contundencia del pensamiento lírico permite criticar con azotes verbales, con lampreazos de disconformidad sintética y sucesiva: "esas torres clónicas y estúpidas, esa obscena duplicidad, esa torpe gemelidad, ese par impar de tontería edificada"⁴⁰⁶.

También actúa el lirismo mediante fogonazos de hiperlucidez algo más articulados. Además de metáforas aplastantes, Umbral construye símiles de efecto inmediato, puesto que persuaden por vía estética: "la fugacidad es al periodismo lo que la melodía a la música o el ritmo a la arquitectura. Los periodistas tenemos que contar con la fugacidad como los místicos cuentan con la muerte"⁴⁰⁷. Sobre las ricas señoras de lo que él llama "*beautiful people*", escribe Umbral: "y ellas, resplandecientes como recién folladas"⁴⁰⁸. En otras palabras: hasta con las groserías se puede llegar a pensar líricamente.

2) HIPÉRBOLES E IRONÍAS.

En un segundo grado de desviación respecto del lenguaje cotidiano, Umbral destruye la 'sencillez' textual mediante un más que considerable número de operaciones lingüísticas típicamente literarias. De entre ellas, cabe destacar dos: la hipérbole y la ironía.

"Uno cree, quizá románticamente, que la verdad está en el exceso"⁴⁰⁹: conviene exagerar para conocer las realidades últimas. A veces, no basta con proceder mediante pensamientos líricos, intuitivos y sintéticos. En ocasiones, dice Umbral, el secreto de la verdad sólo se deja desvelar por la desmesura y el exceso: "uno se queda parapléjico ante una verdad tan simple, obvia y evidente"⁴¹⁰. *Perplejo*, por equivalencia hiperbólica, pasa a ser *parapléjico*. La exageración vale como juego lingüístico, como broma, como herramienta humorística que tanto sirve para pergeñar un chiste como para pintar una situación grotesca. "Hay unos españoles que nacemos con la guerra

perdida, como hay otros que nacen con la subsecretaría ganada:

>> - Señora, ha tenido usted un subsecretario, le dice el médico a la parturienta.

>> Porque estas cosas se ven venir⁴¹¹.

Pero si llamativos son los juicios hiperbólicos de Umbral sobre asuntos de índole social, tampoco se quedan atrás las opiniones -sorprendentes, siempre desmesuradas- que afectan a cuestiones de carácter político. "La dictadura de **Franco** nos capó minuciosamente el alma"⁴¹²; muchos españoles no pudieron ser lo que hubieran querido. Luego vino la apertura, y con ella vinieron también los políticos del final de un tiempo y del principio de lo que se suponía otro. "La expulsión de las ratas por **Arespacochaga** me recuerda la expulsión de los judíos por **Isabel la Católica**"⁴¹³. Llegó más tarde la libertad, la democracia, el liberalismo económico. El dinero se hizo adorable y la especulación permisible. Para todos los partidos, pero en especial -dice Umbral- para los conservadores. "A la derecha es que le prestas una maceta con geranios y se montan en la maceta una inmobiliaria con zonas ajardinadas. Si es que son demasiado"⁴¹⁴. Vinieron, por último, los años de la relajación ética, del patrimonio sin esfuerzo. Durante esta última etapa, hubo incluso senadores que se atrevieron a votar con los pies (en nombre, se supone, de compañeros de partido que no se encontraban en la Cámara Alta en el momento de votar): "o lo quitan pronto, el Senado, o acabarán votando con el capullo"⁴¹⁵, sostiene Umbral.

Además de estas distorsiones semánticas de carácter cuantitativo, conviene señalar algunas otras de índole cualitativa. "Los comunistas dan mítines, van y vienen, salen de la cárcel, entran en la cárcel, hablan por la tele (...), se ponen pelucas, se quitan pelucas (...), y encima quieren que los legalicen. No puede ser, claro. Bastante hacemos con soportarles"⁴¹⁶. La ironía es, quizá, el método más contundente de distorsión semántica cualitativa. El autor lanza un mensaje cuyo significado literal resulta muy llamativo, incompatible -casi siempre- con la personalidad e ideología del escritor. Sorprende, por ejemplo, el hecho de que Umbral proponga en 1976, con la democracia española aún tierna y quebradiza, que los libros no sean prohibidos, sino directamente quemados⁴¹⁷. El día anterior había escrito Umbral que se debía prohibir

el voto a emigrantes, parados, quiosqueros, librereros, barrenderos, carteros... "Que voten los conserjes de Sindicatos, los de la Secretaría General del Movimiento y el portero de Anepa. O sea el pueblo. Lo demás es canalla y horda ajena a nuestra historia. Los referéndums hay que ganarlos con el ciento ocho por ciento"⁴¹⁸. El significado literal del texto no se corresponde, claro está, con su significado pragmático y real. Las ironías de Francisco Umbral deben ser analizadas como un caso típico de significación no meramente lingüística, sino literaria. Los artículos de Umbral presentan, con frecuencia, una ambivalencia semántica: el significado primario y literal se convierte, como en cualquier otro texto literario, en materia lingüística dotada un significado derivado y no expreso, un significado abierto a la interpretación de cada lector concreto. "La derecha y la ultranza, (...), piden la reinstauración de la pena de muerte y yo voy más lejos: pena de muerte, sí, para el personal, pero sin perder gracejo, casticismo ni color local: o sea, garrote vil"⁴¹⁹. Las palabras articuladas en el párrafo anterior conforman un nítido significado literal: 'conviene que haya pena de muerte mediante garrote vil'. Pero tal significado primario o literal presenta, a su vez, un significado pragmático o literario: 'me burlo de los que piden que se restituya la pena de muerte, que es una práctica bárbara e inaceptable'. Así, suele ocurrir que el significado pragmático no sólo no se corresponda con el significado literal, sino que incluso lo anule por completo. El Ayuntamiento de Madrid (el alcalde era por entonces el conservador Arespacochaga) quiere derruir una vieja corrala, a propósito de lo cual escribe el articulista: "este Ayuntamiento ya se va quitando la careta. Son unos anarquistas. Unos iconoclastas. Unos rojos. Lo quieren echar todo abajo"⁴²⁰. Lo más jugoso de este modo de perturbación semántica es el hecho de que el escritor omita, casi siempre, los marcadores lingüísticos que habitualmente acompañan a la ironía. El ironista suele expresar, en el mensaje literal, lo contrario de lo que de verdad pretende dar a entender. Pero lo normal es que sugiera, de forma más o menos clara, que el texto no ha de ser interpretado en su literalidad, que hay en el discurso un significado ulterior no expreso. Umbral, sin embargo, se limita casi siempre⁴²¹ a emitir un mensaje provocador y, por lo general, ridículo. "No sólo nos parece bien la

canonización de San Josemaría Escrivá de Balaguer, sino que uno pediría, desde su modestia de bautizado, la canonización de don **Laureano López Rodó**⁴²². Puesto que es absurdo que un comunista como Umbral solicite la *canonización* de un político franquista, se sobreentiende que tampoco acepta el autor (sino más bien todo lo contrario) la beatificación de Escrivá de Balaguer. La ironía transporta al lector a un mundo vuelto del revés, a una lógica que todo lo subvierte, a una lúcida sinrazón que tan pronto genera belleza como chistosas ocurrencias. "Ya en el mismo barrio -anota Umbral en un artículo⁴²³ de 1978- está el feo cajón de las Apuestas Mutuas Deportivo Benéficas -también llamadas quinielas, con enorme cursilería- (...)".

3) CULTISMOS Y ARCAÍSMOS.

Menoscaba Umbral el principio de 'sencillez' al emplear en sus textos un buen número de cultismos y arcaísmos. "El caballero de la mano en el pecho de la derecha civilizada caló el chambergo, guardó la espada, miró al soslayo, fuése y no hubo nada"⁴²⁴. Es evidente que el articulista recurre a los baúles más vetustos del idioma con intención irónica, lúdica, juguetona. "Y las muchachas rojas ¿qué se hicieron?"⁴²⁵, se pregunta, con retórica y cuasi medieval curiosidad, el columnista. No es que se pretenda embellecer el discurso con arcaísmos y erudiciones. Umbral busca en la rancidez lingüística una pizca de petulancia burlesca, de novedad inversa e inopinada: "también es conveniente folgar con hembra placentera"⁴²⁶. Umbral suele utilizar el término vulgar y directo (*follar*), pero aquí -y en otras muchas ocasiones- prefiere el excurso eufemístico de la expresión arcaizante: "<<por do más pecado habíamos>>", como dice el primitivo español, o sea por el sexo"⁴²⁷. El tono humorístico que se desprende de tales arcaísmos reside justamente en este choque -no siempre explícito- de registros idiomáticos. Umbral, que no hace ascos a las expresiones más soeces y vulgares, emplea de pronto una insigne y polvorienta reliquia verbal: "fermosa"⁴²⁸, "desfacer"⁴²⁹, "*remudar con despacio*"⁴³⁰, "delicada e inmadura"⁴³¹, "monacillo"⁴³², "la

trujeeron"⁴³³ o, en fin, "la ronca, como decían nuestros antiguos"⁴³⁴. Umbral señala a veces (véase el último ejemplo citado, o las cursivas de algunos anteriores) el carácter deliberadamente arcaizante de estos vocablos, como si el articulista quisiera resaltar así el brillo sarcástico que intenta obtener de expresiones vetustas y enmohecidas. Escribe, verbigracia, el autor: "de felice recordación". Y, de inmediato, anota entre paréntesis: "(tengo ya hasta el lenguaje cervantino)"⁴³⁵. El arcaísmo se hace a un tiempo explícito y burlesco. El columnista se transforma en "cronista/coronista"⁴³⁶, se ríe de su propia pedantería, apela al sentido del humor del cuasi prerrenacentista lector ("vuecencia el desocupado lector"⁴³⁷), cita con atrevimiento a los clásicos ("y todo tiempo pasado, que siempre fue mejor, *a nuestro parescer*"⁴³⁸), incurre en toda suerte de curiosos anacronismos (la esposa del Rey Juan Carlos I, pongamos por caso, pasa a ser "Reyna Sofía"⁴³⁹) y, en fin, combina de mil modos la rancia prestancia del viejo y desusado vocablo con la insolencia ínsota al muy particular estilo del autor: "acollo-nante lo de los gamos", escribe⁴⁴⁰. Algo parecido puede decirse, "salvas sean las distancias"⁴⁴¹, respecto de los cultismos que Umbral incluye en sus textos. *Put* es, delicada e inopinadamente, "odalisca"⁴⁴². Los maridos burlados dejan de ser *cornudos* y se convierten, de improviso, en "*cornutos*"⁴⁴³. Quizá los cultismos preferidos por Umbral (a los que con más asiduidad acude, al menos) sean las voces "arúspice" y "deuteragonista"⁴⁴⁴. Tal vez el caso más esporádico de cultismo (aunque no por ello menos sutil) lo encontremos en la sustitución del significado habitual de un término por su significado etimológico: "andan muñendo en sus retretes (véanse etimologías nobles) una ucedé que [...]"⁴⁴⁵. Es de suponer que pocos lectores conocen la etimología de la palabra *retrete*, que procede del provenzal (o catalán, según otros autores) y que era, siglos ha, la pequeña habitación en la que el dueño de la casa solía retirarse⁴⁴⁶. Así pues, este entreverado de cultismo y arcaísmo (*etimología noble*, según Umbral) supone un nuevo *incumplimiento* del principio periodístico de 'sencillez'. Y dicho sea esto así, con reticente cursiva (*incumplimiento*), con todas las matizaciones que más arriba quedaron expuestas.

4) CURSILERÍA Y ARGOT.

También *atenta* contra el principio de 'sencillez' (y nótese, de nuevo, la reserva con que se usan aquí las voces *incumplir* y *atentar*) la extremada cursilería que gasta Umbral en muchas de sus columnas. Utiliza el articulista voces que detesta, voces cuya pestilenta ñoñería él mismo denuncia por medio del simple uso: "hacer pis", "córcholis", "jelines"⁴⁴⁷. Parece evidente que los lectores habituales de Umbral no esperan encontrar en sus textos tales expresiones. Y quizá por eso mismo las utiliza el escritor. Se trata de mostrar la debilidad y hasta la estupidez lingüística de otros hablantes. "Digo, y digo bien, que (...)"⁴⁴⁸. Lo que ocurre, una vez más, es que Umbral no siempre subraya enfáticamente el valor irónico del texto, y no siempre queda clara la soterrada mofa de cursis desatinos expresivos: "cada contribuyente, peatonal, cada gente, tío, funcionario o *persona humana*"⁴⁴⁹. Sólo los caracteres en cursiva permiten aventurar que el escritor se burla de esta absurda redundancia, de esta manida tautología. La cursilería -sostiene Umbral- viene a ser una pedantería frustrada, un esfuerzo estilístico que resulta, a un tiempo, excesivo y pobre. El columnista juega a introducir este tipo de alardes estéticos en sus textos periodísticos. Considerado en general el estilo del autor, es obvio que tales cursilerías sólo pueden ser caústicas parodias, procelosas y entretenidas burlas. "Lo cual que por la presente, gracia que espera merecer de usted, cuya vida guarde Dios muchos años"⁴⁵⁰. Por eso no hay que avergonzarse, supongamos, de recrear aquella picardía reprimida y sepia de "hacer manitas"⁴⁵¹. El narrador se befa de quien así habla o escribe: "te lo prometo, fatal, oyes, pero es que fatal (pronúnciese con acento de Serrano)"⁴⁵². Lo que ocurre es que algunos tics de ese lenguaje quedan integrados en el argot personal del escritor. Llegamos un momento en el que no se sabe si prevalece la crítica, la burla o la mera desviación lingüística. "Lo tuyo es demasiado, Gregory, cuerpo, te lo prometo, tío"⁴⁵³. Como la *gente bien* de la madrileña calle de Serrano, Umbral también exhibe ese gesto compulsivo que consiste en decir *te prometo* en lugar de *te juro*: "creo que Reguera,

cuerpo, es un buen funcionario, lo único la alegoría que ahí le patinó la neurona, te lo prometo, pero (...)”⁴⁵⁴. La diferencia, de notabilísima importancia, es que Umbral *exhibe* con sorna el tic nervioso, mientras que otros hablantes lo *sufren* sin saberlo siquiera.

“Maestro **Haro** me dice: ‘O sacas pronto el *Diccionario cheli* o dejo de leerte, porque es que ya no te puedo seguir”⁴⁵⁵. Haro Tecglen reclama al escritor sencillez, claridad. A fuer de reproducir o criticar jergas, Umbral acaba escribiendo textos que sólo alcanzan a comprender lectores iniciados. “El *punk* es un rollo que a mí me va, o sea que en Londres lo tienes en el *Roxy Club*, a ver si vamos estas vacaciones, hombre, ¡ay, si no fuera por la devaluación!, cosas de Suárez, ¿es que no le irá a Suárez, el presidente, ese de la tele, la cosa del *punk rock*? Toma el *fancine* americano, aclárate del *punk rock*, que es para moverse cantidad y mola todo, (...)”⁴⁵⁶. Esta prosa parece pensada “para pegarse la fardada marinera y molar cantidubi”⁴⁵⁷. En otras palabras: parece pensada para presumir de conocer a la perfección un supuesto dialecto que Umbral denomina *cheli*. En *Diccionario cheli*, el escritor define así este vocablo: “dialecto juvenil español e individuo que lo usa”. Y aclara más adelante: “ya se ve que digo cheli -que puede quedar como muy local y madrileño-, pero me refiero a las múltiples y ricas formas de vida de la nueva juventud occidental”⁴⁵⁸. Autoridad en tal dialecto es, según Umbral, un conocido cantante de rock: “mucho lo tuyo, Ramoncín, tío, rockero vallecano, pégate el festival, dale al rock punk, delfín obrero del desmadre madrileño, guitarra salvaje, amor, basura”⁴⁵⁹. De todos modos, este *cheli* que cultiva Umbral más bien parece una recreación personal, una estilización literaria de voces que surgen, sin orden ni sistema, en calles y bares. El dialecto -del cual, por cierto, Umbral se declara “autoacadémico único”⁴⁶⁰- es, en realidad, un conglomerado de palabras y expresiones juveniles que el escritor unifica mediante la etiqueta de *cheli*. “Después del porro, en enrolle, el cheli, el rock-rollo, el rock-macarra, el cuelgue, el flipe, el pico y el pasar total cantidad, el último rebrote (...)”⁴⁶¹. Pero junto con estos pasajes de apariencia *cheli*, el lector habitual de los artículos de Umbral encuentra fragmentos en los que la jerigonza supuestamente *cheli* lleva el sello personal e

inconfundible del escritor. Así pues, este *cheli* de Umbral, más que un argot o dialecto, es un pintoresco idiolecto, una mixtura abigarrada de elementos que proceden de muy diferentes grupos sociales o lingüísticos: "está largando a modo, o sea en plan demasiado, cantidad, lo que yo te diga, oyes"⁴⁶². Ni el *a modo* inicial ni el último *oyes* parecen tener relación con ese *cheli* del que habla y teoriza Umbral. Ya se ha visto, además, de dónde procede -según el articulista- el *prometer* con valor de *jurar*: de los niños adinerados del lujoso barrio de Serrano. Pues resulta que también este verbo suele aparecer junto a las expresiones juveniles típicas: "tío, que es que no te enteras, tron, que lo tuyo es que no es normal, te lo prometo, o sea, (...) "⁴⁶³.

3.2.1.2.3. Violación de los principios textuales del artículo.

Se ha escrito *artículo*, en el enunciado de este epígrafe, por simplificar. En realidad, es más justa la denominación de *columna personal*⁴⁶⁴, ya que ésta define con más claridad la situación comunicativa concreta de que aquí se trata: un escritor de reconocido prestigio (Francisco Umbral) construye textos (artículos o columnas) que se sitúan a mitad de camino entre lo puramente literario y lo incidentalmente periodístico. Martínez Albertos se refiere a estas *columnas personales* como "textos periodístico-literarios"⁴⁶⁵; Luisa Santamaría usa una fórmula muy semejante: "textos híbridos entre la opinión y la estricta creación literaria"⁴⁶⁶. En tanto productos cuasi literarios, las columnas gozan de una gran libertad estilística. En principio, el columnista puede permitirse todo tipo de licencias. Por eso no es fácil señalar *normas* o *principios textuales* específicamente referidos a esta clase de artículos. Francisco Umbral ha esbozado alguna vez una suerte de preceptiva "del buen articulista"⁴⁶⁷. No parece, sin embargo, que tal preceptiva pase de ser el modelo de articulismo practicado -y se supone que también preferido- por un escritor concreto. Quizá sea ridículo intentar establecer una preceptiva de las *columnas personales*, puesto que la primera y principal característica de tales textos es, justamente, su gran libertad estilística. Se

deduce de ello que un articulista debe escribir conforme a su personal estilo, conforme a su particular genio, olvidándose, por tanto, de las supuestas normas de tal o cual preceptiva.

Hay, con todo, una serie de rasgos estéticos propios de las columnas de Umbral que conviene señalar aquí. No ya porque supongan violaciones de reglas que, según se acaba de apuntar, tal vez ni siquiera existan como tales *reglas*. Resulta pertinente esbozar ciertos rasgos estilísticos de Umbral porque gracias a ellos podemos descubrir, si no estrategias de transgresión, sí al menos mecanismos de creatividad textual. Se trata, pues, de examinar fórmulas textuales de desviación. No hay aquí *leyes* inquebrantables (y por eso tampoco puede haber -en rigor- 'transgresiones'), pero sí hay *costumbres*. Examinemos, en consecuencia, cómo rompe Umbral con algunos de los más significativos *hábitos textuales* del columnismo. O lo que es lo mismo: analicemos algunas de las fórmulas de creatividad textual en las que reside la originalidad o singularidad de los textos periodísticos de Francisco Umbral.

3.2.1.2.3.1. Violación del decoro estético.

Hay una regla no escrita (llamémosla, como antes, *costumbre*) según la cual el registro idiomático que se debe emplear en los artículos ha de ser suficientemente digno. Tiene ello que ver con el hecho de que los artículos se sitúen mucho más cerca del ámbito literario que los demás textos periodísticos. Un redactor de noticias debe utilizar un lenguaje coloquial culto. El articulista escribe para un periódico, pero se vale muy frecuentemente de herramientas literarias. Se supone, por ende, que el registro idiomático del articulista debe ser al menos tan digno como el del redactor. Es posible incluso que sea mucho más refinado y culto, sobre todo si el articulista en cuestión es un escritor de notable competencia lingüística. Pues bien: una de las originalidades de los artículos de Umbral radica justamente en romper con esa expectativa. Su lenguaje es, a veces, refinado, literario, lírico. A veces -y de ello ya se

ha tratado- sorprende comprobar cómo toma cuerpo en un texto periodístico la portentosa sensiblidad literaria de Francisco Umbral. Otras veces, por el contrario, el artículo de Umbral baja a las mazmorras y alcantarillas del idioma, incurre en vulgaridades aberrantes, en cacofonías y vilezas que parecen estar, en principio, reñidas con el verdadero arte. Reproduzcamos, paso a paso, este descenso a las más inmundas cavernas del lenguaje.

1) LENGUAJE COLOQUIAL

El escritor renuncia al lenguaje pulcro y bello. Comienza así el descenso por una empinada escalera de registros idiomáticos. El primer peldaño cabe situarlo en el lenguaje coloquial. "Entre la democracia y el desnudismo me quedo con el desnudismo.

>> Porque lo de la democracia es que no me lo creo"⁴⁶⁸. Y acaba el texto. El escritor rompe los hábitos textuales. La subordinada causal queda aislada, retardada. El texto simula una especie de conversación: en su particular coloquio, el articulista reproduce el gesto de ese interlocutor que está a punto de marcharse, pero que -en el último instante- comprende se le ha olvidado decir algo. Lo dice un poco tarde, en artificial y curiosa ruptura del discurso. "Anda, pues también es verdad."⁴⁶⁹ Son ocurrencias súbitas, imprevisibles, que rompen en gran medida con la linealidad típica del texto literario. "Yo creo, o sea, me parece, digo yo, no sé, que tendríamos que ir dejando en paz a los Franco"⁴⁷⁰. El punto de partida es, sin duda, un lenguaje típicamente coloquial. "Mira, Moncho, lo de los obispos es que no es normal, o sea que ahora dicen que la Constitución no les tiene en cuenta, si es que están en todas, **Ramón**, te lo prometo, y (...) "⁴⁷¹. Apoyado en ese lenguaje coloquial, el articulista llega incluso a recrear en el texto una verdadera conversación. Se establece, pues, una especie de *coloquio textual* que ni siquiera necesita del tópico diálogo entre personajes. En este caso, es el propio autor quien dialoga con los lectores. "Pues ¿saben qué les digo? Que (...) "⁴⁷². Y lo más

curioso es que este diálogo entre escritor y lectores se acaba proyectando, como un sobreentendido más, desde el texto de tal o cual día al propio acto comunicativo. La columna, en cuanto texto diario, es construida como un ejercicio literal de comunión con los lectores. Sólo así se puede entender que un artículo concreto empiece así: "En esto que **Raúl Torres**, (...) "⁴⁷³. Es el clásico "irruere in medias res", sólo que con las presuposiciones propias del coloquio: "y me encontré a **Antonio Gades**. Otro que tal "⁴⁷⁴. Todo queda dicho sin decir apenas nada, como en una charla cotidiana. Hasta tal punto hay diálogo entre columnista y lector que, en ocasiones, el texto intenta traducir los gestos, muecas o guiños de que habitualmente se ayuda una conversación entre hablantes que se hallan a pocos metros de distancia: "que Ibiza estaba *así* de suecas la semana pasada "⁴⁷⁵. Ha de imaginar el lector un gesto típico en la mano de quien pronuncia esta frase. La cursiva de '*así*' quiere reproducir ese gesto, cuyo valor semántico viene a ser equivalente al de 'lleno de', 'rebosante de'. Otras veces, el valor semántico de ese hipotético gesto es puramente enfático: "cuando yo era *así* de pequeño "⁴⁷⁶, sugiere Umbral, sin que se alcance a saber *cuánto de pequeño* (falta el gesto de un brazo, ése que suele precisar una altura exacta) era por entonces el articulista.

2) CACOFONÍAS.

Escribe Umbral un artículo titulado "El voto útil "⁴⁷⁷. El texto está plagado de machaconas desinencias: "españolistas", "inmanentistas", "porveniristas", "europeísta", "legitimista", "irracionalistas" y hasta "menendezpelayistas". El *oído* del lector debe ejercitarse bien antes de atreverse con esta columna. En otro lugar, se refiere Umbral a "las hunosas ominosas"; y, en otro, a "la versatilidad de la labilidad "⁴⁷⁸. Sin más añadidos ni comentarios. Lo normal, sin embargo, es que el columnista no se conforme con expulsar la cruda cacofonía. "La hermética helvética (y dejamos así esta curiosa cacofonía, que las cacofonías remachan mejor las cosas) ha contribuido a que (...) "⁴⁷⁹.

El escritor subraya la falta de armonía sonora de tal o cual expresión. Y lo hace a solaz. "La muerte fuerte (me aferro a la eficaz cacofonía) de esta fortísima y tímida mujer, (...)"⁴⁸⁰. Una y otra vez insiste el autor en alabar el fallo recién cometido, argumentando -casi siempre- que la cacofonía contribuye a expresar mejor lo que él intenta expresar: "¿(...) los versos tersos de papá? (Hay que decirlo así, *versos tersos*, conservando la cacofonía, que a veces las cacofonías son revelaciones)"⁴⁸¹. Cabe preguntarse: ¿de qué son *revelaciones* tan aparatosas malsonancias? El escritor nunca lo aclara. Más bien parece que le gusta romper voluntariamente el tono, degradar la belleza que antes ha elaborado o el lírico párrafo que está a punto de crear. "La gripe del yuppi, que suena cacofónico y bien (trasantaño, *grippe* también se escribía con dos pes)"⁴⁸². En esta explicación queda resumida la doctrina de Umbral: *suenan cacofónico y bien*. Por eso mismo resulta tan llamativa la dureza con la que Umbral critica a quienes -según él- incurren en violentas cacofonías⁴⁸³.

3) VULGARISMOS Y GROSERÍAS.

"Lo cual que un conocimiento mío trabaja que en TVE"⁴⁸⁴: la frase parece emitida por un hablante poco competente, poco versado en leyes gramaticales. *Parece, sólo parece*. Procediendo de quien proceden, no queda más remedio que ver en éste y otros vulgarismos semejantes el destello contrapuntístico de una brillante prosa. Esto es: una voluntaria llamada de atención al lector, y no unas incorrecciones originadas por la impericia del escritor. Tales vulgarismos o incorrecciones, como dice Umbral, "son los más peores"⁴⁸⁵.

Cabe esperar de un afamado escritor, tal vez, la palabra malsonante que otros no se atreven a emplear. Su prestigio le avala, y quizá por eso carezca del pudor de otros escribientes de incierto historial. Quizá por ello se aventure Francisco Umbral a descender hasta los estratos más vulgares, hasta las más abisales ciénagas del idioma. O quizá sea también que, de este modo, se distancia el articulista de los textos aseados,

higiénicos e impolutos que cualquier escritor de poca monta estaría dispuesto a firmar. Una expresión soez, por moderada que sea, supone siempre un atrevimiento; una ostentación inversa, pero una ostentación estilística a fin de cuentas. El orfebre del lenguaje no tiene que demostrar nada. Su habilidad y capacidad artística no pueden ser puestas en duda. Quienes están en proceso de consagración literaria quizá no deban permitirse el lujo de proferir vulgaridades del tipo de "se hacen con la picha un lío" o "a ver quién tiene huevos de (...) "⁴⁸⁶. Quienes ya se sienten consagrados no sólo pueden atreverse a escribir vulgaridades semejantes. El propio atrevimiento es ya (o lo parece), en sí mismo, un signo de consagración literaria. Corolario: todo escritor, llegado un momento, debe incurrir en malsonancias y vulgarismos, porque ése es quizá el más claro indicio de que ha triunfado, de que no es un literato pusilánime o frustrado. Sólo así se explica la evolución del léxico nefando en los textos de Umbral. En 1976, cuando empieza a escribir en *El País*, este provocativo y deslenguado articulista escribe "leñe"⁴⁸⁷. Humilde, ingenua palabrota. En 1977, Umbral da un paso más: "que nos da igual o nos trae flojos"⁴⁸⁸. Hay aquí un grado más de atrevimiento, es verdad. Pero nótese cómo se transforma la expresión. "Todo esto al Sur se la suda muchísimo"⁴⁸⁹, escribe Umbral en 1988. Un par de años después: "las elecciones se la refanflinfa y se la sudan mucho"⁴⁹⁰ a los socialistas Borrell y Solchaga. Y un año más tarde: "a mí me la suda muchísimo que Benegas vaya cagando hostias contra el poder a doscientos"⁴⁹¹.

Prosigamos con la evolución del léxico soez. En 1977, se pasa de una "*coña marinera*"⁴⁹² en marzo a "un corte de manga"⁴⁹³ en septiembre. Usa Umbral por primera vez la palabra *coño*⁴⁹⁴. En 1978, aparece la palabra *puta*⁴⁹⁵. A finales de año, un personaje (hijo de Negrín, aclara el autor) grita de pronto: "- Estoy hasta los mismísimos"⁴⁹⁶. Lo dice un personaje, y por eso se incluye en la cita el guión propio de los diálogos o el estilo directo. El año de 1979 comienza con el clásico "*hideputa*"⁴⁹⁷, pero a partir de ahí conviene pasar por alto las menudencias y centrarse en palabras mucho más gruesas: "cabrón"⁴⁹⁸, "de una puñetera vez"⁴⁹⁹, "mamón"⁵⁰⁰, "hostia"⁵⁰¹, "para que haga lo que le salga de los mismísimos"⁵⁰², "les tiene hecha la

picha un lío y ya andan ceguerones"⁵⁰³, "¿qué pollas de cosa vas a ser, colega, más que sociata hasta aquí?"⁵⁰⁴. Cabe destacar, en fin, que Umbral recurre a veces al testimonio de músicos jóvenes que escriben en crudo e hispido castellano. "Permíteme que te dé mi opinión, mira, imbécil, que te den por culo". El rockero citado es, de nuevo, Ramoncín. La cita es extensa: "Quiero meter un pico en la polla/ a un cerdo carroza llamado Lou Reed"⁵⁰⁵.

3.2.1.2.3.2. Contra el orden establecido.

Además de emplear un lenguaje salpicado de groserías y vulgarismos, Umbral quiebra algunos de los hábitos textuales propios del comentario periodístico. De este modo, consigue desviarse de los moldes estilísticos al uso; consigue marcar diferencias con respecto a otros articulistas.

3.2.1.1.3.2.1. El punto de vista narrativo.

La típica narración del columnista suele alternar la tercera persona del singular con la primera persona (también del singular). Un articulista cualquiera tiende a ofrecer relatos sobre lo que ocurre (y para ello se emplea, de ordinario, una narración en tercera persona) y, de cuando en cuando, aporta su particular juicio sobre tales hechos (en primera persona del singular: 'yo creo que tal o cual asunto merece...'). Así pues, el punto de vista narrativo típico del columnismo es mixto: tercera y primera persona del singular. El hecho de que éste sea el punto de vista básico no quiere decir, por supuesto, que en determinado momento no se pueda recurrir a cualquier otra forma narrativa. Sí llama la atención, en cambio, un artículo construido desde y sostenido por un punto de vista totalmente distinto al del autor del texto. Pues bien: esto último es lo que ocurre en gran parte de las columnas que firma Francisco Umbral. Verbigracia:

"Antonio el Rojo"⁵⁰⁶, publicada en noviembre de 1977. La primera parte del texto consta de cuatro oraciones completas (47 palabras). El articulista usa verbos en tercera o primera persona del singular. Todo normal, pues, hasta aquí. Pero llega un segundo bloque textual compuesto por 743 palabras: el personaje de que trata el artículo suelta, en forma de monólogo, una larga perorata que ocupa casi todo el texto. El punto de vista narrativo cambia por completo. Como cierre de la columna, el articulista añade una frase final (20 palabras) en la que se recupera la perspectiva habitual. No es éste, claro está, un caso único. Umbral escribe otros muchos artículos de tal guisa, con un sorprendente punto de vista narrativo. En este estudio se han citado ya algunas columnas que consisten, formalmente, en una pintoresquísima conversación telefónica⁵⁰⁷. No conviene insistir en estructuras textuales ya comentadas: artículos con forma de entrevista (o incluso de *autoentrevista*), de cuestionario, de cómic, de agenda personal, de simple listado de nombres propios o hasta de chistosa Declaración de la Renta. Cabe completar, quizá, esta lista de heterodoxos formatos textuales con una breve descripción de cierta clase de artículos: la nota característica de tales textos es la alternancia de puntos de vista narrativos. Se puede decir que hay un diálogo de voces (por lo general dos voces), un intercambio de tonos y puntos de vista textuales. Considerado en su globalidad, el texto queda conformado como un acorde musical. Varias notas, seleccionadas según los principios de la armonía, dan lugar a un solo sonido. En el caso de los artículos que aquí se analizan, varias voces narrativas confluyen en una sola pieza textual. Tal sucede, por ejemplo, en "Rodolfo Walsh"⁵⁰⁸: aquí la alternancia se produce entre fragmentos de prosa fría (típicamente narrativa) y fragmentos líricos en verso. El texto, por mor del contrapunto tímbrico, queda dividido en diez bloques. En otros artículos desaparece el verso, con lo que surge una especie de *prosa a dos voces*. La voz del articulista aparece entre paréntesis⁵⁰⁹, por ejemplo, y la otra voz (la de Lola Flores, en este caso) carece de los signos habituales del diálogo o del estilo directo.

3.2.1.2.3.2.2. El título.

Resulta llamativo, para empezar, que un título no se corresponda en absoluto con el contenido del texto al que pertenece. "Las Huelgas"⁵¹⁰, titula Umbral: el cuerpo del artículo, sin embargo, nada tiene que ver (ni siquiera por vaga aproximación) con ese título.

Explica Umbral que no le gustan demasiado los títulos largos⁵¹¹: "De futbolistas, ramoncines, pasionarias, vallecanos, quinquis, escritores y presidiarios"⁵¹² es, no obstante, el adornado y brioso título de uno de sus textos periodísticos. En el extremo opuesto, "J."⁵¹³: resulta difícil pensar en un título más breve y condensado. "JRJ"⁵¹⁴ es bastante más largo.

"El 'ABC' no es comunista"⁵¹⁵: también cultiva Umbral el titular sorprendente, llamativo, imprevisible. Apenas una semana después de la matanza de Atocha (y de otros atentados sangrientos), aparece una columna titulada "Elogio del caos"⁵¹⁶. Provocación política en apretada síntesis: "Fraga, con perdón"⁵¹⁷, "Mortal y Thatcher"⁵¹⁸, "Viva Franco"⁵¹⁹, "O sea que soy rojo"⁵²⁰. Surge el título con referencias personales. Con inusuales referencias a la persona que firma el artículo: "Gironella, Franco y yo"⁵²¹; "Hitler y yo"⁵²²; "Orwell y yo"⁵²³; "El alcalde y yo"⁵²⁴, "Yo y Ramón"⁵²⁵. En el último caso, con inversión de términos que viene a intensificar -si cabe- el descaro. Pero la referencia personal no tiene que ser necesariamente pronominal. "Elogio de mi nariz"⁵²⁶. "Sociología de mi gata"⁵²⁷. Y, en sentido contrario, desconexión absoluta con el ámbito personal e incluso con el periodístico. "El otoño, o sea"⁵²⁸. Por combinación de elementos heterogéneos, surgen también títulos exóticos y chocantes. "De gais, alcaldes y travoltas"⁵²⁹. "Apocalypse Pitita Now"⁵³⁰, en referencia a la siempre pintoresca Pitita Ridruejo. "Lázaro, tronco"⁵³¹: el *tronco* 'Lázaro' es el académico Fernando Lázaro Carreter. "Mister 15%"⁵³² [*sic*] es el político catalán Jordi Pujol. Sin insinuaciones ni alusiones, con toda su crudeza semántica, se presentan otros títulos. Contundentes, simples. "La teta"⁵³³. "Gilipollas"⁵³⁴.

3.2.1.2.3.2.3. Comienzos y finales de texto.

Son posiciones estratégicas en el entramado lingüístico, zonas nobles del edificio textual. La retórica clásica recomendaba cuidar con especial esmero el principio y el final del discurso. La primera frase es casi siempre clave. Si se consigue un arranque atractivo, el lector se acabará sintiendo impelido a continuar con el resto. Por eso Umbral procura empezar sus artículos con la brillantez de lo inaudito, con proposiciones extravagantes y hasta absurdas. "A Massiel la ha embarazado el PSOE"⁵³⁵. Dotado de fecundidad seminal aparece un mero ente inanimado cuyo nombre no pasa de ser una sigla. La violación semántica excita, sin duda, la curiosidad del lector. Otro tanto sucede con ciertas paradojas muy frecuentadas por Umbral: "Soy fanático del Real Madrid porque no le he visto nunca jugar"⁵³⁶. Así empieza el texto. Resulta difícil abandonar ahí la lectura. El lector siente la necesidad psicológica de explicarse el sentido exacto de esta frase. Y quizá por eso continúa leyendo. "Fanatismo -explica luego Umbral- es creer lo que no vimos". Es incluso posible que el éxito o el fracaso de un texto dependa de esta primera frase. No hay normas específicas sobre cómo debe ser el comienzo (o el final) del artículo periodístico. No se puede hablar, pues, de inicios *transgresores* en sentido estricto. Sin embargo, sí cabe subrayar ciertas *desviaciones*. Principios de texto, por ejemplo, en los que el autor anota (casi siempre con notable ironía) el sentido pragmático de todo el artículo. Examinemos, verbigracia, una columna titulada "Castilla"⁵³⁷. Las primeras líneas dicen lo siguiente: "Bueno, pues vamos a hacer un artículo fascista y reaccionario. Castilla, sí, Castilla, que está ahí, (...)". Así comienza Umbral su defensa, más literaria que política, de la Castilla hermética y cotidiana. Otro tanto sucede cuando lo que se ha de vindicar es la idea de dignidad dineraria, la dignidad del dinero que se emplea en cierta clase de proyectos culturales o políticos: "Vamos a hacer un poco de demagogia de derechas. No es cierto que el capital, en España, sea siempre amarrón, amarrete, trincón y borde"⁵³⁸. Umbral utiliza también principios de texto que, bien considerados,

no parecen principios de nada. "O sea que no. A lo que no estoy dispuesto es a (...)". De este violento modo comienza el artículo "María Jesús Llorente"⁵³⁹. Es algo parecido -ya se ha señalado más arriba- a lo que el clásico llamó *irruere in medias res*. "Que dice que **Yeltsin** quiere (...)"⁵⁴⁰. Comienza el texto sin sujeto expreso, sin posible conexión semántica con anteriores proposiciones lingüísticas. Es éste un rasgo típico del lenguaje coloquial. Pero hay otros muchos coloquialismos de los que tratar aquí. El lenguaje coloquial es, de hecho, la despensa de la que Umbral extrae la mayor parte de sus llamativos comienzos de texto. "Me tiene harto **Xirinas** [*sic*: en vez de Lluís Maria *Xirinacs*, conocido religioso catalán], hasta aquí me tiene, es que no lo trago, es que no lo paso al tío, qué barbaridad, qué paliza de cura, qué cura/paliza, qué cosa"⁵⁴¹. El artículo de Umbral empieza como podría hacerlo una acalorada conversación entre amigos íntimos. "Hombre, ministro, **Reguera**, tío, la que has liado, macho, o sea que quitáis el artículo dos y ponéis el antilibelo"⁵⁴². La columna nace como si se acabara de producir un casual encuentro entre el escritor y el ministro. Nótese cómo el vocativo genérico *hombre*, de raro uso en el lenguaje escrito, confiere al texto un espontáneo sabor a charla informal, a diálogo amistoso entre hablantes que se conocen bien. "Ahora resulta, hombre, que los emigrantes quieren votar, (...) votar, o sea en el referéndum"⁵⁴³. Ensayo también Umbral, al principio del texto, el suspiro súbito de quien habla o piensa para sí mismo ("Jesús, si es que esto es el no parar [...]")⁵⁴⁴ y la atropellada (por coloquial, precisamente) petición de clemencia al verdugo político de turno: "No, don Juan, por favor, quieto, señor de Arespacochaga, no nos toque la Casa de Campo, de verdad, nos gusta así, como está, sucia, libre, salvaje, abandonada, fea, pero nuestra"⁵⁴⁵. Igualmente coloquial es texto que empieza con una partícula (o una locución) explicativa o consecutiva. "O sea que han quitado el Concordato y hasta hay curas rojos que lo celebran"⁵⁴⁶. El nexa gramatical *o sea* no es aquí la "expresión aclarativa (...) con la que se introduce una explicación de algo dicho antes"⁵⁴⁷. En este caso, aún no se ha dicho nada (excepto el título, cuyo valor semántico no es equiparable al de una primera frase del texto), y no hay, por tanto, nada que explicar o aclarar. Algo parecido sucede con una expresión agramatical de valor consecutivo que

Umbral usa con mucha frecuencia: "Lo cual que Maastricht se la suda muchísimo a los parados españoles y a los ciclistas daneses. Por algo será"⁵⁴⁸. Este *lo cual que* no tiene antecedente alguno. El significado de 'lo cual equivale a' requiere un elemento lingüístico anterior que debe ser explicado o completado. Aquí falta ese elemento previo, por lo que la fórmula *lo cual que* pierde casi todo su valor semántico y se comporta como cualquier otra muletilla conversacional.

En cuanto a los finales de texto, los mecanismos de *desviación* (ya que no de *transgresión*) a que recurre Umbral son muy semejantes a los hasta ahora glosados. Repasemos:

1) Frases extravagantes o chulescas. Quizá haya que insistir en lo de *chulescas*. "Porque el humanismo europeo y la tradición liberal soy yo, con perdón"⁵⁴⁹: así se atreve Umbral a terminar un artículo. La referencia personal puede adoptar, no obstante, humildísimas actitudes con tal de llamar la atención del lector. Actitudes de humildad extrafalaria y de más que evidente ironía: "Yo, cuando Corcuera me eche del periodismo, quiero ser el perro de los Boyer"⁵⁵⁰. Otra forma de rematar el artículo con alto grado de atrevimiento: la grosería. Léase, pongamos por caso, el artículo en que Umbral sostiene que el insulto es un arte que se ha de cultivar con esmero y dedicación. "Es de gentes aseadas insultarse florentinamente. Éstos [los políticos] sólo saben pegarse patadas en los huevos"⁵⁵¹. Está a punto de casarse la conocida artista Sara Montiel. Umbral le dedica un artículo, al final del cual el escritor felicita cariñosamente a la dama: "Enhorabuena, cachonda mía"⁵⁵².

2) Glosas metatextuales. El comentario sobre el propio texto, cuando va al final, tiende a subrayar el carácter lúdico del artículo. Es como si el columnista quisiera dejar constancia de que, en el fondo, no está dispuesto a defender con verdadera convicción aquello que acaba de escribir. Da la sensación de que el cronista juega a opinar más por estética que por ideología. En un artículo titulado "Putas, ciegos y fascistas"⁵⁵³, por ejemplo, sostiene Umbral que Madrid (ciudad) adultera, subvierte y malogra a

quienes viven en ella. Llegado el momento de concluir el texto, anota: "¿La moraleja de esta columna? Otro día que tenga menos tos". El lector sabe que *la moraleja*, como dice Umbral, es clara en tal contexto. Pero es verosímil que el lector también se acabe planteando la inexistencia -y no sólo la evidencia- del valor moral sobre el que ironiza el articulista. Quizá, tras la broma final, haya que cuestionarse todo el contenido del texto. Quizá todo lo anterior no sea más que un simple alarde verbal, un mero juego de ideas y palabras. "Firma ya la columna y nos pegamos una puerta, tron"⁵⁵⁴. El texto en sí, a la luz de estos finales, casi parece un puro (y a veces sufrido) trámite que el escritor quiere solventar cuanto antes. Incluso cuando todo apunta a que el columnista escribe con absoluta seriedad, sin el menor atisbo de parodia. "Personalmente, llevo un tiempo soportando el ataque, la ironía, la mentira, la persecución de un querido colega que en su día me diera hospitalidad en sus hermosas páginas. Nunca he contestado ni pienso hacerlo, porque opino que no nos conviene ni a ellos ni a mí"⁵⁵⁵. Es el último párrafo del artículo. No parece, como se ve, que el escritor ande metido en juegos insustanciales de palabras ni tampoco en devaneos irónicos parecidos a los ya apuntados. De repente, sin embargo, se trunca el argumento central y el último párrafo concluye de la siguiente guisa: "Pero no quiero con esto, naturalmente, ponerme de confeso y mártir, ahora que se lleva **Zorrilla**, como modelo ante mis compañeros, sino, únicamente, cerrar de alguna manera la columna. O sea".

3) Expresiones coloquiales. Se acaba de ver, en el último fragmento citado, un *o sea* independiente, autónomo. Se puede admitir que la intención del nexa gramatical, así aislado, es jocosa o paródica⁵⁵⁶. Pero más claro parece aún el origen coloquial de la presuposición en que se basa este uso del *o sea*. En el contexto de una conversación en la que los hablantes se hallan a poca distancia (física o afectiva), este *o sea* final equivale a un 'en fin, ya me entiendes: no hay que dar más detalles'. La conversación cotidiana también utiliza a veces este tipo de fórmulas expletivas de manera enfática, sin apenas valor semántico. "Más que el PSOE, es el pueblo español el que cumple cien años de socialismo natural, ágrafo, convencional e intuitivo. O sea"⁵⁵⁷. Las dos

últimas palabras se sitúan, en cuanto a su valor semántico, entre el 'he dicho' con que a veces se remata la enunciación⁵⁵⁸ y el ya referido 'en fin, ya me entiendes'. De entre los finales de texto curiosos o llamativos, cabe destacar otras expresiones aún más claramente coloquiales. El grado mínimo de contaminación coloquial lo hallamos en despedidas formadas por frases nominales (o subordinadas aisladas): "en un país en el que no se puede dar un paso de tantos ladrones como andan por la calle. Sobre todo en las horas punta"⁵⁵⁹. En el habla cotidiana, se enuncia muchas veces la proposición principal (con lo cual queda ya constituida una oración con sentido completo) y, de pronto, surge un pensamiento complementario, subordinado al anterior. Hay que optar entonces entre -primera posibilidad- omitir esta tardía reflexión y -segunda opción- añadirla al discurso como si fuera independiente. En este último caso, se confía en que el sentido común del oyente será capaz de restituir el nexo gramatical (o tonal) que se ha omitido en la enunciación. "Desde ahora voy a escribir mis columnas sólo con palabras que tengan eñe. Porque ya está bien, cogno"⁵⁶⁰. La subordinada causal, aquí, queda separada de la proposición principal. Tal separación contribuye a fortalecer el valor semántico de la oración subordinada. El lector percibe esta última frase como si el escritor la hubiera subrayado estilísticamente. El corte sintáctico es un foco de luz que ilumina y resalta un período oracional que, en principio, era subalterno o (según el término lingüístico habitual) *subordinado*. El corte sintáctico y semántico es, alguna vez, un foco de luz que se ilumina a sí mismo. "Y ahora me acuerdo, no sé por qué, de ????"⁵⁶¹. Así acaba un artículo de 1988. El articulista se detiene como lo puede hacer cualquier hablante. No se quiere completar la frase: el hablante no puede eliminar los sonidos ya emitidos y el articulista finge estar sujeto a esa misma limitación.

Menos matices requiere el análisis de otros finales de texto nítidamente coloquiales. "FG, sin decretos, antes que Gibraltar, ha reconquistado España para los españoles. Ná"⁵⁶². En la charla informal se suele decir algo parecido (*casi ná*). El grado de contaminación coloquial de que antes se habló es ya, por tanto, mucho más elevado. "Lo tuyo es demasiado, tío"⁵⁶³: en este caso Umbral termina el artículo dirigiéndose al político conservador Manuel Fraga. Coloquial en grado sumo es el final con sabor a

cheli: "Lo que yo te diga, tron"⁵⁶⁴. Es muy curioso ver cómo Umbral combina este argot juvenil con pintorescos barbarismos y galicismos. "Por si las flais", verbigracia, es terminación frecuente⁵⁶⁵. En el último grado de influjo coloquial (ya casi al borde de la saturación), cabe señalar el final de texto malsonante, coronado por palabrota refinada ("se han ido a tomar por retambufa. Con perdón"⁵⁶⁶) o por palabrota vulgar ("coño")⁵⁶⁷; con vulgarismo apenas sugerido ("Con un par"⁵⁶⁸) o con vulgarismo contundente ("Lo que no tenemos es cojones. Con perdón"⁵⁶⁹); mediante insolencia meramente enfática ("Ni puta idea"⁵⁷⁰) o mediante insulto nítido y directo ("Putá madre"⁵⁷¹).

3.2.1.2.3.2.4. Los diálogos.

No es frecuente encontrar artículos periodísticos plagados de conversaciones entre personajes. Acaso sea Camilo José Cela uno de los pocos escritores que ha empleado con cierta asiduidad (durante los últimos años en *ABC*; antes, en otros diarios) este recurso textual. Ninguna regla prohíbe el uso del diálogo en los artículos. Ocurre, sin embargo, que el denominado "discurso repetido"⁵⁷² se suele valer, en las columnas periodísticas, de otras técnicas (la cita o el estilo indirecto, por ejemplo). Francisco Umbral -quizá siguiendo a Cela- se desvía de esa tendencia. Sobre todo en los primeros años del período que se analiza. En "No"⁵⁷³, *verbi gratia*, encontramos apenas 11 líneas de narración. El resto (casi todo el artículo) es diálogo. En agosto de 1976, el coloquio entre personajes tan sólo falta en 2 de los 25 artículos publicados. Umbral usa el diálogo, pues, en 23 artículos⁵⁷⁴; en total, 181 veces; lo cual da lugar a una media de 7,24 veces por artículo⁵⁷⁵. La mayor cantidad de diálogo, durante este mes, llega el 18 de agosto⁵⁷⁶. Ese día hallamos en un solo texto hasta quince fragmentos dialogales. Se ha escrito antes que Umbral va evitando, con el paso de los años, el uso del diálogo en sus artículos. Compárense estas cifras con las de 1989.

ANÁLISIS ESPECIAL del mes de ENERO.

Días en que aparece: 12. Aparece utilizado en total: 31 veces. Grupos dialogales: 25.

Días en que no aparece: 14. Total de artículos publicados: 26.

Máxima aparición: Día 10: 8 veces, 6 grupos.

ANÁLISIS ESPECIAL del mes de FEBRERO:

Días en que aparece: 9. Aparece utilizado en total: 14 veces. Grupos dialogales: 13.

Días en que no aparece: 15. Total de artículos publicados: 24.

Máxima aparición: Día 3: 4 veces, 3 grupos.

ANÁLISIS ESPECIAL del mes de MARZO:

Días en que aparece: 5. Aparece utilizado en total: 5 veces. Grupos dialogales: 5.

Días en que no aparece: 20. Total de artículos publicados: 25.

Máxima aparición: Días 1, 2, 6, 7 y 23 : 1 vez.

ANÁLISIS ESPECIAL del mes de ABRIL:

Días en que aparece: 6. Aparece utilizado en total: 9 veces. Grupos dialogales: 9.

Días en que no aparece: 19. Total de artículos publicados: 25.

Máxima aparición: Día 15: 2 veces, 2 grupos. Día 17: 2 veces, 2 grupos.

ANÁLISIS ESPECIAL del mes de NOVIEMBRE:

Días en que aparece: 1. Aparece utilizado en total: 1 vez. Grupos dialogales: 1.

Días en que no aparece: 29. Total de artículos publicados: 30.

Máxima aparición: Día 1: 1 vez.

ANÁLISIS ESPECIAL del mes de DICIEMBRE:

Días en que aparece: 4. Aparece utilizado en total: 9 veces. Grupos dialogales: 5.

Días en que no aparece: 25. Total de artículos publicados: 29.

Máxima aparición: Día 11: 6 veces.

En resumen: Umbral usaba el diálogo (agosto de 1976) en el 92% de los artículos; trece años después (noviembre de 1989), sólo el 3,33% de los textos de Umbral llevaba diálogos.

Más allá de números y porcentajes, quizá convenga analizar -siquiera de pasada- un fenómeno textual relacionado con los diálogos y muy cultivado por Umbral. El protagonista de tal fenómeno es un personaje espontáneo al que bien se puede denominar *lector objetante*. Es éste un supuesto lector que dialoga con el articulista sólo para *poner objeciones* a aquello que el escritor va argumentando. En el ya citado artículo del día 18 de agosto, por ejemplo, todos los diálogos son de este tipo: diálogos entre el cronista y un apócrifo lector que rebate, una por una, las opiniones de aquél.

La técnica, con el paso de los años, también cae en desuso. Hasta el punto de que alguna vez llega a resurgir, pero ya sin lo esencial: sin el signo tipográfico (guión o barra) que caracteriza a los diálogos. "Pero FG, uno de los políticos más inteligentes que hayamos tenido nunca, prefiere poner la otra mejilla, quizá por ganar tiempo. También Cristo la puso por ganar tiempo. O aconsejó hacerlo. Estos moros es que parecen judíos. Vaya usted a saber. Eso digo yo. ¿Y qué dice usted? Que vaya usted a saber. Ah, pues eso. Por eso. Suárez pide elecciones (...)"⁵⁷⁷, y en seguida se cambia de tema.

3.2.1.2.3.2.5. Otras malformaciones internas.

Se han examinado ya algunas peculiaridades que deberían (o podrían) ser incluidas en este epígrafe. Tal es el caso, por ejemplo, de las técnicas de ruptura e insistencia de que se trató en párrafos anteriores⁵⁷⁸. También sería pertinente estudiar ahora ciertas violaciones de los principios básicos de los textos periodísticos⁵⁷⁹. Conviene, sin embargo, no incurrir en retieraciones innecesarias y centrar el análisis en cuestiones aún no consideradas. En particular, se debe examinar aquí cómo aparecen en los artículos diarios de Umbral dos fenómenos textuales en los que la personalidad estilística del escritor queda marcada con especial intensidad: las enumeraciones y las citas.

A Umbral le gustan las enumeraciones complejas, caóticas e imprevisibles: "cepos para rojos, para masones, para haraganes, camastrones, escépticos, indiferentes, despistados, abstencionistas, absentistas, despolitizados y jugadores de mus"⁵⁸⁰. Nótese el quiebro final. Con este corte semántico, el autor pretende sorprender al lector cuando éste pudiera empezar a sentirse abrumado por una agotadora retahíla de nombres y sintagmas. "Carrillo (...) habla a varios miles de afiliados, periodistas, amigos, curiosos, fotógrafos, invitados, extranjeros, señoritas y **Marsillach**"⁵⁸¹. Es evidente que el último nombre propio (en negrita, además) se destaca del resto, es

mucho más llamativo que los otros componentes de la enumeración. "España sigue hipotecada bélicamente por las bases, pero bélicamente quiere decir también socialmente, humanamente, históricamente, jodidamente"⁵⁸². El elemento final queda, por una parte, asimilado de manera sorprendente al resto de sintagmas que conforman la enumeración; y, por otra parte, queda subrayado y diferenciado de los demás componentes, puesto que en él se centra la atención del lector. Se genera, así pues, un doble efecto de asimilación y distinción. En el primer grupo de elementos, hay un cierto grado de homogeneidad semántica o léxica; el componente final, en cuanto a la forma lingüística, se integra mediante un nexos copulativo en el grupo anterior (por lo cual queda *asimilado* a él), pero la distancia semántica y léxica que se establece entre este último sintagma y los otros miembros de la enumeración suele ser enorme: "españolas embarazadas, de todas las religiones, edades, sexos, costumbres y loapas"⁵⁸³. Hasta *loapas*, la serie mantiene una cierta homogeneidad. El último término rompe la semejanza, deshace la unidad del conjunto. Está claro que cuanto más fuerte sea la ruptura, tanto mayor será también la comicidad de la enumeración resultante: "Modernidad es aceptar que hay rocos, pobres, locos, listos, ácratas, *modernas*, chelis, pasotas, académicos, rojos, menendezpelayistas, telespectadores, tías atípicas, macrobióticos y de AP"⁵⁸⁴. En otras ocasiones, no obstante, la comicidad se origina por mor de la mera acumulación de términos y sintagmas, sin necesidad de ese latigazo final. En "Fernando Morán"⁵⁸⁵, cuenta Umbral que el ex ministro socialista a que se refiere el título había distinguido entre la Europa de los mercaderes y la Europa de los ciudadanos. Umbral comenta: "yo creo que le ha faltado la Europa de los que vamos por libre"; es decir, la Europa "de los alegrillos, pasados, imaginativos, dados a la hebra, ligones travestís ideológicos, rockeros vírgenes, lesbianas, poetas de tapia apolíticos, asesinos privados de ambiente familiar, violadores no acogidos a la Unicef, putas mercedarias y otros colegas". La enumeración resulta llamativa por acumulación de piezas tanto lingüística como socialmente marginales. Umbral trenza, en cumulativo desorden, un lujoso rosario de vocablos jergales: "sarasates, relapsos, abortivas, anfetaminicos, neoliberales, marimierdas, mercantes, eutanásicos,

avutardados y pavateros"⁵⁸⁶. Conviene destacar un último modo de enumeración curiosa y llamativa. Consiste, en síntesis, en ensartar una gran cantidad de voces sinónimas (o cuasi sinónimas). La riqueza de la serie verbal contrasta sobremanera con la simplicidad del concepto a que tal serie hace referencia. Verbigracia: "barragana, hurgamandera, choricilla, putarazana, coima, lagartona y puta"⁵⁸⁷.

En cuanto a las citas, el tipo de transgresión (o desviación) que Umbral prefiere es el de la contextualización exótica. El articulista cita un aforismo de tal o cual autor. Pero además de la cita, Umbral ofrece curiosos detalles sobre el momento y el lugar en que, según él, fue enunciado dicho aforismo. "Ya me lo dijo a mí el metafísico de la televisión, **McLuhan**, cuando vino a España y nos tomamos juntos un bocadillo de berberechos en Prado del Rey:

>> - Desengáñese, joven, el mensaje es el medio"⁵⁸⁸.

Ya se ve que el articulista puede dar toda clase de detalles, puesto que él mismo estuvo presente en el lugar en que tal o cual personaje construyó uno de sus más elaborados o afamados pensamientos. "Me lo dijo el tío Oscar [*sic*: se refiere a O. Wilde] cuando estaba en la cárcel de Reading, él por proxeneta y yo por *chorizo*:

>> - *My darling*, la naturaleza va siempre a la zaga del arte.

>> La frase es así, porque yo la oí de su cansada voz, y no como suele citarse"⁵⁸⁹.

El articulista se burla del principio de verosimilitud. Umbral ha conocido a celebridades de todas las épocas. Ha charlado con filósofos, políticos, poetas o sociólogos. "Decía **Pitágoras** que el hombre, hasta los veinte años, está en la infancia; hasta los cuarenta, en la segunda adolescencia, y hasta los sesenta, en la tercera juventud. Gracias por el detalle, Pitágoras, tío, y toma lo que quieras. Por ejemplo, una de cicuta"⁵⁹⁰. Veinte siglos después, Umbral seguía haciendo amistades. "Iba yo a comprar el pan y me encontré a don Félix Lope de Vega y Carpio, (...):

>> - A batallas de amor, campos de pluma, joven.

>> - Que eso es de Góngora, jefe"⁵⁹¹.

De entre las autoridades intelectuales del siglo XIX, Umbral mantuvo una buena relación con los creadores de la doctrina comunista. "Me dijo don **Carlos Marx**

después de cantarse un aria de **Wagner** y mientras **Engels** le pasaba a máquina un artículo para Estados Unidos:

>> - La tragedia, en la Historia, vuelve siempre como farsa"⁵⁹².

Conoció el articulista a los escritores grandes de principios de siglo, cuando las vanguardias echaban a andar. Ahí aprendió Umbral el secreto del articulismo: "hay que estar brillante todos los días, en este oficio, hay que ser sublime sin interrupción, como me aconsejaba **Baudelaire** mientras nos fumábamos un láudano con **Walter Benjamín** [*sic*] en un *passage* de París"⁵⁹³.

El contacto directo, personal, con tan portentosos artistas y genios permite al columnista enmendar planas, corregir errores y rectificar citas celebérrimas. "Lo dijo **Marx**: la televisión es el porro del pueblo"⁵⁹⁴. Introduce Umbral un leve matiz: "<<Enhiesto surtidor de sombra y sueño / que acojonas al cielo con tu lanza (...)>>"⁵⁹⁵. Apenas hay una pequeña diferencia respecto a la sentencia canónica de Marx o respecto al verso de Gerardo Diego. En ocasiones, basta un detalle de apariencia inofensiva para mofarse de la pedantería académica típica de las citas: "**Muriac** u otro dijo que los franceses viven pendientes del protocolo"⁵⁹⁶. Eso es lo que, en el fondo, hace siempre Umbral: burlarse de la seriedad, de la rigidez, de la veneración con que tantas veces se cita a los grandes autores que en el mundo han sido. Y la burla llega hasta el punto de incurrir en *autocitas*: "tengo dicho que España avanza un paso adelante y 40 años atrás"⁵⁹⁷. Las fórmulas de la *autocita* son nítida e irónicamente pedantes, casi tan pedantes como la propia pedantería que se quiere denunciar. "Creo recordar que un día lo escribí (si uno recordase todo lo que escribe, sería un erudito): lo vasco [...]"⁵⁹⁸. Más clara aún es la befa de la cita clásica cuando el columnista recuerda algo que ya ha escrito y que de nuevo le gustaría escribir. Como es natural, se intenta evitar la reiteración remitiendo al lugar oportuno: define Umbral el concepto de 'pela' diciendo que no es 'la peseta', sino más bien "la globalidad del dinero circulante (ver mi *Diccionario cheli*, que no se puede ver porque todavía no ha salido)"⁵⁹⁹. Llega el articulista a citarse a sí mismo, por vía indirecta, para reñir más o menos cariñosamente al personaje por medio del cual se *autocita* el escritor⁶⁰⁰. Se atreve a

inventar sabrosísimas citas. "La televisión es un espejo a lo largo del camino (se me acaba de ocurrir a mí solo) y [...]"⁶⁰¹. Alcanza incluso a *inventarse* portentosas citas que hasta el más ingenuo lector intuye haber oído en algún lugar. "Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir. Acaba de ocurrírseme ahora mismo. No sé si plagio a alguien"⁶⁰².

NOTAS: 3.2.1. Transgresiones de carácter textual y pragmático.

¹ La doctrina clásica añade otras dos operaciones retóricas relacionadas con esta fase de emisión y recepción del texto: la memorización del discurso o "memoria" (*memoria, mneme*), primero, y, luego, la puesta en escena del texto mediante la voz y los gestos: en términos clásicos, "pronunciación y acción" (*pronuntiatio et actio, hypocrisis*).

² Es evidente que 'pensamiento' y 'lenguaje' son conceptos difícilmente separables, conceptos que no admiten sin violencia distinciones tan rotundas como la que aquí (por simplificar la argumentación) se propone.

³ La metáfora aparece ya en Cicerón (*De oratore*, 1, 31, 142): "vestire atque ornare oratione".

⁴ En la primera parte de este tercer capítulo. Es decir, en los párrafos dependientes del (3.1.).

⁵ Quintiliano, *Instituciones oratorias*, 3,5,1.

⁶ Gran parte de la aportación moderna a la Retórica clásica ha consistido justamente en corregir una simplificación que no había hecho más que acentuarse durante siglos: arrinconadas las ideas de 'disposición' y de 'invención', la Retórica tradicional acabó quedando reducida a un simple listado de *figuras* o procedimientos elocutivos de exornación. En la Retórica antigua hay, no obstante, autores que estudiaron con cierta profundidad las cuestiones relacionadas con la 'disposición' (Dionisio de Halicarnaso, verbigracia) y con la 'invención' (Aristóteles).

⁷ Lausberg, H., *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft*, Max Hueber Verlag, Múnich, 1960 (ed. española: *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la Literatura*, Gredos, Madrid, vol.II, pág. 190).

⁸ Sí parece claro, no obstante, que la sistematización propuesta por Lausberg (*op. cit.*) es un punto de partida en general aceptado por autores posteriores. De todos modos (y aunque los detalles no resulten pertinentes en un estudio como éste), las correcciones y matizaciones introducidas por cada teórico en particular son muy considerables.

⁹ Lausberg, H., *op. cit.*, vol. II, pág. 189.

¹⁰ Es el caso, por ejemplo, de la figura denominada "*interpositio*": es decir, la ruptura de la continuidad oracional por medio de un elemento que se intercala en el discurso a modo de paréntesis. Lausberg la define así: "es la intercalación, extraña a la construcción, de una oración (y, por tanto, de un pensamiento) dentro de una oración".

(*Op. cit.*, vol. II, pág. 860).

11 Verbigracia: negación lírica de la lógica racionalista; adopción (no expresa) de varios puntos de vista, desde los cuales la realidad se ve de modo muy distinto; formulación de cierta paradoja que se resuelve más tarde.

12 Quizá el más conocido intento de organizar y explicar el funcionamiento de estas normas sea el de Teun A. van Dijk. Véase, en especial, el texto *Tekstwetenschap. Een interdisciplinaire inleiding*, Het Spectrum, Amsterdam, 1978 (ed. española: *La ciencia del texto*, Paidós, Barcelona, 1992).

13 Teun A. van Dijk (vid. *op. cit.*, pág. 142 y ss.) usa la denominación de "superestructuras".

14 Sobre este concepto de "hecho retórico", véase Albadalejo Mayordomo, T., *Retórica*, Síntesis, Madrid, 1993, págs. 47-48.

15 Véase, a este respecto, el epígrafe (2.2.2.2.3.) del segundo capítulo.

16 *Rhetórica ad Herennium*, Libro I, V.

17 *Retórica*, 1377b25-29. El término *persuasión* debe entenderse en sentido amplio, de tal modo que se pueda aplicar no sólo a cuestiones de índole conceptual, sino también estética.

18 "El cadillac de Carrillo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/06/1990. "Odio -añade el articulista- que se hizo madrileñamente irónico un día que entrábamos ambos a comer en una marisquería de Fuencarral y saltó una voz anónima y remadriles de la barra:

>> - ¡Ay, Carrillo, con qué malas compañías te juntas!

>> A mí me hizo gracia la inversión de los términos, tan propia del fino cachondeito de Chamberí". La anécdota aparece también, y narrada en casi idénticos términos, en *Y Tierno Galván ascendió a los cielos*, Seix Barral, Barcelona, 1990, pág. 40.

19 "Cultura y estado", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/09/1990.

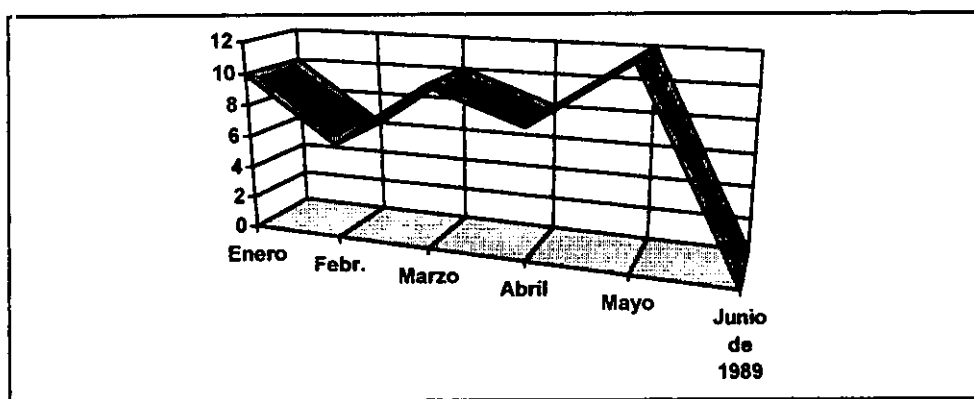
20 No parece casualidad que Umbral haya usado durante años la etiqueta de "Diario de un snob" para titular, con carácter general, sus artículos diarios.

21 En una ocasión (08/03/1978), el pseudónimo aparece en negrita (**Umbral**); dos veces (09/03/1978), en cursiva; el resto de apariciones no adopta ninguna particularidad reseñable. El meliorativo "don Francisco" se usa por primera vez el 11/07/1976. En *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 126), explica el autor: "hablo de mí en tercera persona como Norman Mailer se llama a sí mismo <<Mailer>> en *Los ejércitos de la noche*, cosa que a los neocríticos americanos les pareció asombrosa, cuando lo cierto es que Miller se había llamado a sí mismo Miller toda la vida en sus novelas".

22 Este dato sólo corresponde a lo sucedido en el mes citado (marzo de 1978). No es normal -como se puede comprobar en el estudio del apéndice- que el *pseudoapellido* del escritor aparezca en sus artículos con tanta frecuencia. Téngase en cuenta, con todo, que este fenómeno apenas si se puede encontrar en los textos de otros articulistas españoles.

23 Se han contabilizado las apariciones de este pronombre durante varios meses del año de 1989. El resultado del recuento queda recogido en el gráfico número VI:

"Yo": gráfico V.



24 Valga como muestra de este uso pronominal y verbal el siguiente fragmento: "Nosotros hemos asistido, en nuestra ya larga vida pública y privada, a numerosos almuerzos y cenas en el Casino de Madrid (...). Lo que vemos nosotros, pues, en la negativa del Casino, es el comienzo de (...)". ("El Casino", artículo incluido en *Crónicas antiparlamentarias*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974, págs. 49-51.)

25 En este mismo período encontramos 31 verbos en forma impersonal ("se ha dicho más arriba" ["La guerra de las tartas", *Diario 16*, pág. 4, 26/05/1989]).

26 Escribe Umbral: "pero uno (jamás condescenderé a ese *tú* hortera que sustituye a la primera persona del periodista en casi todos los periódicos: "Llegas al trabajo y *te* ves alienado por el jefe") piensa, asimismo, que (...)". ("Kissinger", *El País*, pág. 23, 20/07/1983.)

27 "Gente joven", *El País*, pág. 16, 10/07/1976.

28 "Fernando Onega" [sic], *El País*, pág. 22, 14/07/1977.

29 "El Campo del Moro", *El País*, pág. 27, 16/06/1978.

30 "Marx", *El Mundo del siglo XXI*, última, 05/12/1993. Sí hay atisbos, como antes se ha seguido, de ironía. De cuando en cuando, Umbral presume de su presunción, y el tono de este tipo de jactancias lleva a pensar más en la parodia (autoparodia) que en la sincera confesión de un defecto personal: "Como soy de natural vanidoso, egocéntrico y proxeneta, (...)", escribe Umbral en "La gran coalición", *El País*, pág. 20, 26/09/1976.

31 No es una exageración: "porque yo soy un estilista y un clásico". ("Sonata de espectros", *El País*, pág. 25, 25/05/1977.) Días después, da Umbral una lista de autores que deberían entrar en los exámenes de la UNED: "**Leopoldo Alas, Juan Ramón, Machado, Lorca (...), León Felipe, Guillén, Goytisolo, Castilla de Pino, Tamames**, etcétera. Como ven ustedes, yo y otros clásicos". ("Yo y los otros clásicos", *El País*, pág. 24, 31/05/1977.) En "Champán y homilia", *El País*, pág. 23, 02/07/1978, vuelve a aparecer una petulancia semejante.

32 "El portavoz", *El País*, pág. 17, 07/09/1979.

33 "Las suecas", *El País*, pág. 17, 25/06/1976. "Yo tengo admiradoras en todas partes", añade pocos días después. ("El oso moscovita", *El País*, pág. 19, 16/07/1976.) En septiembre de 1988 ("Comerse al Papa", *Diario 16*, pág. 4, 15/09/1988), cuela un parentético y curioso piropo: "una bella y estilizada sobrina mía (sale a la familia, sale a su tío)".

34 "Yo, witty", *El País*, pág. 24, 23/11/1978. Añádase a ello, a modo de demostración incontestable del éxito de que goza entre las mujeres el galán, este testimonio: "Terminaba yo una de mis últimas crónicas citando a las lectoras para pecar conmigo. Bueno, pues han contestado unas cuantas, por correo y al teléfono. Se ve que el mujerío está lanzado". ("La abuela de España", pág. 20, 17/12/1976.)

35 "Comer con Fraga", *El País*, pág. 27, 27/05/1977. Sobre el tipo exacto de orgasmo a que se refiere el articulista, téngase en cuenta la siguiente declaración del interesado: "Yo soy un **San Francisco de Umbral** de los animales, no me masturbo y encima escribo sonetos en prosa". ("La educación sentimental", *El País*, pág. 22, 03/12/1983).

36 "La alegoría", *El País*, pág. 24, 05/04/1977. En otra ocasión, se refiere al "landelinismo antidivorcista, antiprogresista y antiyo". ("Chapa", *El País*, pág. 23, 06/01/1981).

37 "Elogio del libelo", *Diario 16*, pág. 4, 20/03/1989.

38 "Los elegantes", *El País*, pág. 23, 20/10/1979.

39 "Anunciar café", *El País*, pág. 28, 24/03/1977.

40 "JRJ", *El País*, pág. 29, 06/06/1983.

41 "Las subastas", *El País*, pág. 24, 19/11/1977.

42 Basta apreciar el ácido sabor de algunas frases: "sale **Maruja Torres**, coge, agarra, va y dice que lo que uno tiene es demasiado ego". ("La huelga fina", *El País*, pág. 24, 16/02/1983).

43 "Fraga y yo", *El País*, pág. 24, 10/06/1977.

44 "Desnudismo", *El País*, pág. 17, 27/06/1976.

45 "Auto de fe", *El País*, pág. 30, 25/09/1981.

46 Esta información ha sido aportada por una vecina de Francisco Umbral. El albornoz, al parecer, es blanco y liviano. Se pueden encontrar, no obstante, otras muchas muestras de la extravagancia térmica del personaje: "Yo, cuando sudo y me enfío, me voy a un retrete y me envuelvo en el rollo de papel higiénico. Salgo a los grandes comedores como momia clandestina y antiséptica de mí mismo, bajo la pana y el cuero." ("La cabeza de Goya", *El País*, pág. 22, 19/04/1978. Este dislate se vuelve a formular en el artículo del día siguiente.)

47 Véase "La realidad", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/05/1992. Casi diez años antes, ensaya una barbaridad del mismo estilo: "es lo que desayuno todas las mañanas al alba, higos frescos en wodka". ("Don Manuel y pico", *El País*, pág. 22, 15/09/1983.) Desayunos al margen, el apetito de Umbral se caracteriza por explorar y apreciar los sabores más descarnadamente repugnantes y eméticos: "la hamburguer (que me encanta, y cuanto más podrida mejor), (...)". ("Las bases", *Diario 16*, pág. 4, 09/12/1988).

48 "El inodoro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/01/1992. En alguna ocasión (véase "La abstención", *Diario 16*, pág. 4, 18/05/1989), por cierto, Umbral se ha definido con el curioso término de "postmacarra": su sentido de elegancia se basa en un estilo estridente, adulterado por el exceso y la floritura. Parece que, con su comportamiento diario, el escritor intenta refrendar la imagen que ofrece de sí mismo. Umbral ha interrumpido más de un coloquio con la ridícula excusa de que debía tomarse su habitual huevo duro de mediodía o un bocadillo de tortilla. Su indumentaria suele combinar atropelladamente la elegancia del dandi con la extravagancia y el descuido -a veces incluso el abandono- del personaje marginal que nada quiere saber de modas y decoros. Gusta Umbral de lucir una considerable melena, pero tampoco parece que se desvele por ocultar la caspa del cabello. Sobre su concepción del dandismo, véase *Mis paraísos artificiales*, Librería Editorial Argos, Barcelona, 1976, págs. 48-51.

49 "El polaco", *Diario 16*, pág. 6, 03/06/1989.

50 Cada cierto tiempo, Umbral encuentra una musa: Nadiuska, Isabel Tenaille, María Asquerino o Ana Belén son algunas de las mujeres de sus literarios sueños. Todo ello, claro, acaba teniendo reflejo lingüístico. "Este cronista anabelizado", escribe Umbral en cierta ocasión ("Cartas a Ana", *El País*, pág. 22, 03/01/1982), refiriéndose a su apasionado amor por la cantante Ana Belén.

51 Acaso piense el lector que Umbral, a este respecto, no hace más que defender el derecho de usar el cuerpo como a cada cual le parezca oportuno. Tal es, en efecto, el punto de partida del columnista, pero en seguida se verá que no es el de llegada: "Parece que se trataba de quitarle a una artista su más íntima prenda, ante los fotógrafos y los periodistas. Yo dije que sí, que bueno. La artista era Debla, catalana. O sea que ya he hecho mi destape, dentro del gran destape nacional." ("El destape", *El País*, pág. 24, 09/11/1977.)

52 Léase "Subvenciones", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/12/1991. Muchos años antes, en 1977, Umbral ya había reivindicado su condición de "puta, pero respetuosa". En una crítica de libros, Luis María Ansón (director del diario *ABC*) había utilizado la expresión "*como Umbral por rastrojo*". Umbral responde con enojo, pero se define como un "sencillo colaborador y escritor de la calle, puta esquinera de las letras"; y líneas más abajo, explica: "soy la prostituta feliz del periodismo español, la prostituta menos prostituida, independiente y callejera de las letras, la única que ha rechazado nutritivas ofertas incluso de **Luis María Ansón**". ("Yo, respetuosa", *El País*, pág. 14, 07/09/1977.) Durante ese mismo año, alguien le acusa de tener *negros* literarios (escritores a sueldo que firman a nombre de quien paga). La primera reacción es tajante, deliberadamente brutal: "si lo que yo escribo no es capaz de escribirlo ningún otro blanco, ¿cómo iba a escribirlo un negro? (Ya he dado la nota racista, qué corte.)". ("El protomártir", *El País*, pág. 29, 05/07/1977). Meses después, replantea la cuestión en términos acaso más elegantes, pero igualmente provocadores: "No, no he sido negro de nadie, y bien que lo siento". El artículo (que se titula precisamente "Los negros", *El País*, pág. 25, 08/11/1977) acaba de esta guisa: "Esta crónica es en realidad un anuncio por palabras donde me ofrezco como negro literario de político estable, preferible centrista, sólo mañanas, para discursos europeos, pactos Moncloa y apariciones TVE, porque la última, jefe, no ha convencido a nadie".

53 "El crucifijo", *El País*, pág. 20, 09/09/1977. La crónica a la que se refiere Umbral es la citada en la nota anterior ("Yo, respetuosa", *El País*, pág. 14, 07/09/1977).

54 "Calvo Serer", *El País*, pág. 27, 30/11/1980. En marzo de 1981 ("El Rey", *El País*, pág. 24, 08/03/1981), escribe Umbral: "[Aranguren] ha tenido el buen gusto de citarme (yo creo que citarme queda siempre de buen gusto, aunque sea para mal)".

55 "Soy un frívolo", *El País*, pág. 19, 09/07/1977.

56 "El virus", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/11/1989. Las quejas por esta -sugiere Umbral- falta de *honradez literaria* aparecen con bastante frecuencia: "por cierto, que "eurogitana" se lo puse yo [a Remedios Amaya, representante española en el Festival de Eurovisión], y ya anda por ahí, en entrevistas, sin que nadie me pague royalties de amistad o profesionalidad". ("Los tercermundistas", *El País*, pág. 23, 03/04/1983.) Meses después ("Rof Carballo", *El País*, pág. 31, 20/06/1983), insiste en la idea a propósito de otra voz: "cuarentañismo (ya hasta mi querido **López-Sancho** dice "cuarentañismo", lo escribe como si tal)". Lo más curioso de este planteamiento es que Umbral presentado más de una vez el plagio como virtud literaria, e incluso ha presumido (según se verá más adelante) de haber plagiado textos completos.

57 "La Moncloa", *Diario 16*, pág. 4, 29/05/1989.

58 "Felipe González", *El País*, pág. 30, 16/03/1983.

59 "La romeraca", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/06/1992.

60 Idea de clara ascendencia platónica: la retórica es, para el filósofo griego, "una faceta de la adulación" (*Gorgias*, 463c), porque, como la poesía trágica, atiende "al

placer y a la manera de agradar a los oyentes" (*Gorg.*, 502e). Los platónicos critican así la retórica meramente elocutiva, aquella que descuida los aspectos éticos o filosóficos y se centra, eludiendo en mayor o menor medida la noción de verdad, en cuestiones expresivas. La corrección aristotélica de esta doctrina intenta invertir los términos: "lo justo y nada más que ello es lo que hay que buscar en el discurso, antes que el no disgustar o el regocijar al auditorio, y lo justo es ciertamente debatir acerca de los hechos mismos"; aunque en seguida añade Aristóteles que "todo lo que queda fuera de la demostración (...) es potencialmente importante" (*Retórica*, 1404a5-7).

61 Resulta especialmente estimulante para la Teoría de la Literatura la doctrina retórica clásica sobre la eficacia de los textos. Muchos autores contemporáneos (véase García Berrio, A., *Teoría de la Literatura*, Cátedra, Madrid, 1989, pág. 178) asocian el concepto retórico de 'persuasión' a la noción, puramente literaria, de 'expresividad'.

62 La columna personal -escribe Luisa Santamaría- es "una modalidad a mitad de camino entre la literatura y el periodismo". (*El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid, 1990, pág. 122.)

63 El término "ameno" (aunque tal vez resulte preferible usar "literario", mucho más claro y directo) lo usó Emil Dovifat. Véase, en particular, *Periodismo*, UTEHA, México, 1959 (tomo I), págs. 137-138: "La tarea de entretener no solamente no excluye la obra artística en el periódico, sino que es propio de ella el buscarla (...). Y justamente por la necesidad que tiene el periódico de atraerse al lector con una lectura cautivadora, ha creado una serie de formas que son, incluso desde el punto de vista del estilo, típicamente periodísticas y -como la sección cultural y su estilo- se hallan a mitad de camino entre la literatura y el periodismo". Artículos como los que a diario publica Francisco Umbral aspiran precisamente a cautivar, deleitar y agradar a ese lector heterogéneo típico de los textos periodísticos.

64 *Spleen de Madrid/2*, Ediciones Destino, Barcelona, 1982, pág. 10.

65 "El Metro", *El País*, pág. 24, 29/03/1977. Poco después del fragmento citado, añade Umbral: "No te digo lo que hay. Lo de ustedes es que no es normal".

66 Al ejemplo ya aducido, añádase este otro: "Ustedes son un poco inconscientes y no se quieren enterar del problema, pero el turismo de calidad (...)". Así empieza el artículo "Turismo de calidad", *El País*, pág. 14, 04/08/1976.

67 "El machismo", *Diario 16*, pág. 4, 20/12/1988.

68 "La difamación", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 26/01/1992.

69 "Los libros", *El País*, pág. 13, 25/08/1976. El planteamiento de Umbral es, en el fondo, redomadamente irónico. La provocación consiste en no dejar huellas de ironía en la literalidad del exabrupto.

70 Lanza el escritor una idea claramente disparatada. Como queriendo atajar de manera fulminante el presumible aspaviento de los lectores, escribe: "que estoy

hablando de dinero, coño, callarse un poco". ("Se lo llevan crudo", *El Mundo del siglo XXI*, última, 06/03/1994.)

71 "Los viejos", *El País*, pág. 28, 23/05/1978.

72 "De los distintos apelativos amistosos -tronco, *tron*, *compa*, tío, *cuerpo*-, el de más reciente fortuna entre la juventud ha sido *colega*". ("La coleguidad", *El País*, pág. 23, 08/07/1983.)

73 "Sandokán", *El País*, pág. 24, 23/11/1976.

74 Véase "Los economistas", *El País*, pág. 15, 20/07/1977, en donde el vocativo en cuestión es usado dos veces.

75 'Tron' es apócope 'tronco' (término equivalente, en el argot juvenil, a 'tío' o 'colega'). "Al revés te lo digo para que lo entiendas, tron", anota Umbral en "Las pesetas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 24/06/1993. Sobre el uso de los vocativos que se refieren a lectores concretos, con nombre y apellidos, se tratará más adelante.

76 "Canciones para después de una crisis", *El País*, pág. 19, 06/07/1976. Lo más llamativo es, tal vez, el hecho de que este coloquialismo se superponga -y, en consecuencia, neutralice burlescamente- a un trato de notable dignidad y empaque: "pero fíjense ustedes que (...)". ("Gente joven", *El País*, pág. 16, 10/07/1976).

77 "Ayuntamiento y Estado", *El País*, pág. 33, 09/05/1983.

78 Ídem.

79 *El Mundo del siglo XXI*, Suplemento especial "EL AÑO QUE CAMBIÓ EL MUNDO" [publicado con motivo del primer aniversario de *El Mundo del siglo XXI*], pág. 9, 28/10/1990. Este lector que rebate las opiniones del columnista aparece antes incluso del período que aquí se analiza. Véanse, verbigracia, "Ya estamos asociados", "Asociaciones" o "Las bases", artículos recogidos en *España cañí* (Plaza y Janés, Barcelona, 1975, págs. 81, 107 y 111).

80 *El Mundo del siglo XXI*, última, 06/03/1994.

81 "El socialfascismo", *Diario 16*, pág. 4, 06/03/1989. Las apelaciones a este tipo de lector adoptan una gran variedad de formas expresivas, pero lo más frecuente es que se utilice la fórmula clásica recién citada ("curioso lector"). Es asimismo recurrente el también tradicional "gentil lector", vocativo que encontramos, por ejemplo, en "El seno impar" (*El País*, pág. 20, 14/01/1977): "lo único, acuérdate, gentil lectora, de con quién has salido la noche anterior, porque (...)".

82 Se refiere por centésima vez Umbral, pongamos por caso, a Ortega y su "proyecto nada sugestivo de vida en común"; de inmediato, y entre paréntesis, añade el narrador: "(en común, pero guardando las distancias, que es que no sabe usted con quien está hablando, oiga.)". ("La pirámide", *El País*, pág. 30, 26/11/1980.)

83 "Los millones", *El País*, pág. 22, 30/04/1978. Este tono aparentemente agresivo para con los lectores salpica otros muchos artículos de Umbral. "De eso nada/monada, que es que no os fijáis", espeta el columnista a un hipotético lector ("La nueva derecha", *El País*, última, 18/07/1979). Otrosí: "recordarán ustedes, si me han seguido fielmente, como es su deber, que el año pasado (...)". ("Los bancos", *El País*, pág. 19, 07/09/1978.)

84 "En el drugstore", *El País*, pág. 28, 21/05/1978. El destinatario del apóstrofe no es concreto, sino -una vez más- puramente abstracto. Parece que se dirige a todos sus lectores en general. Nótese, por esto mismo, por qué se ha venido utilizando con insistencia el adjetivo *hipotético* para caracterizar a este colocutor no real.

85 El vocativo aparece en multitud de columnas. Puede verse, por dar un sólo título como referencia, en "Mi barrio", *El País*, pág. 16, 31/07/1977.

86 Sólo en este primer plano, pues, cabe situar la burla, la agresividad y el escarnio del columnista.

87 Tal individuo es, por tanto, una especie de *destinatario incidental* del mensaje, mientras que del verdadero lector de los artículos se puede decir que es el *destinatario sustancial* del mensaje.

88 En "Los hijos de Kennedy", *El País*, pág. 23, 22/02/1977, Umbral usa cuatro veces el vocativo coloquial -y hasta vulgar- *jefe* para dirigirse a Suárez. Este irrespetuoso "jefe", que aparece por primera vez en "La 'ostpolitik'", (*El País*, pág. 19, 13/07/1976), se aplica asimismo a Felipe González, cuando éste llevaba ya casi diez años como Presidente (véase "Opinar e informar", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/12/1991). En alguna ocasión, se presenta el comentado "jefe" con un énfasis irónico aún más acentuado que de costumbre: "en lugar de estar aquí, en un periódico de rojos, con las elecciones perdidas y ganando una miseria. Jefe." ("Los flechas", *El País*, pág. 25, 11/05/1977).

89 El término se usa por primera vez en "Los chicos", *El País*, pág. 25, 06/05/1977. A partir de entonces, la relación entre el nombre propio del ministro y el vocativo es tan intensa, que la sola aparición de uno de ellos conduce, con evidente sarcasmo, a la irrupción del otro. El colmo de la ironía se alcanza en construcciones puramente nominales, sin la menor intención de invocar a personaje alguno: "y el Ministerio de ex **Reguera**, cuerpo, (...)". ("Rubens", *El País*, pág. 23, 07/07/1977; la misma expresión, claramente nominal, se puede ver en "Las chicas de Hamilton", *El País*, pág. 18, 04/12/1977.)

90 "De eso nada, tío, un respeto, yes" ("El bipartidismo", *El País*, pág. 27, 15/05/1982). A este mismo vocativo recurre Umbral para felicitar personalmente a un conocido hombre de negocios, Alberto Cortina, justo el día en que se descubre que tiene una nueva amante: "Boina, tío, y un respeto". ("Las cocineras", *Diario 16*, pág. 4, 20/04/1989.) Otro tanto le sucede al presidente de los empresarios españoles: "señor Cuevas, tío, please, o sea plis" ("Europa y Cuevas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7,

26/05/1990).

91 "Y hasta eso [que haya elecciones] hay que agradecerse a Felipe, capullo." ("El gentío", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/04/1993.) El vocativo "tron", dedicado a González, se puede ver en "JFK", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/02/1992. "Julai" aparece en "Opinar e informar", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/12/1991. Este mismo apelativo se lo había ganado, un año antes, otro conocido político: "Hormaechea (que aún está de vacaciones, el julai, [...])". ("Hormaechea", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/11/1991).

92 Esto se lo dice, y por ello se señala aquí, en forma de vocativo. Véase "Isabel Tocino", *Diario 16*, pág. 4, 03/11/1988.

93 Esto se lo dice al entonces ministro de Interior, José Luis Corcuera, en "El carné", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/04/1991. Este choque de registros se observa también en los vocativos dirigidos al lector: hasta el punto de que en un mismo artículo (por ejemplo, en "Los tecnócratas", *El País*, pág. 19, 08/07/1976) se usan indistintamente el respetuoso "usted" y el irreverente "macho". Muy peculiar es el uso irreverente de un término que, en sí mismo, no lo es. Umbral suele utilizar la partícula "don" a modo de insultante vocativo (véase, por ejemplo, "El neolerouxismo", *El País*, pág. 24, 12/02/1983). Es muy frecuente, asimismo, el clásico y quevedesco "desocupado lector", que aparece por primera vez en "Doce hombres sin piedad", *El País*, pág. 17, 04/07/1976. Otros vocativos curiosos son los siguientes: "a disfrutarlo, Antonia, hembra" ("Saritisima, divorciadísima", *El País*, pág. 24, 27/09/1977); "*cheli*" ("La basura", *El País*, pág. 20, 19/01/1978: aquí en cursiva; otras veces, sin ella); "tronco", que se utiliza por primera vez el 09/05/1978, en un artículo que empieza así: "Bueno, bien, vale, tira, ya estamos salvados, tronco, ya estamos todos con la fiebre del sábado noche y la música de los Bee Gees" ("Los Bee Gees", *El País*, pág. 32); y ya, por último, cabe citar los menos habituales "compa" ("El abuelo", *Diario 16*, pág. 4, 12/12/1988), "tovarich" ("Bocaccio", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 01/12/1989) y americanismos tales como "manito, ché, nomás" ("Méjico", *El Mundo del siglo XXI*, última, 09/03/1994) o "pibe" ("El turismo", *El Mundo del siglo XXI*, última, 17/03/1994).

94 El día antes de la investidura de Felipe González como Presidente del Gobierno, escribe Umbral un artículo sobre el responsable de la Policía Municipal de Madrid: "Monzón", *El Mundo del siglo XXI*, última, 07/07/1993. Concluido el primer párrafo, y con la sospecha de que se han roto las expectativas de muchos lectores, el articulista aclara en un paréntesis: "(Mañana escribiré de la investidura, no se me amontonen, no se me arrebatan, no se me enmogollonen, circulen, por favor, disuélvanse)". Escrito lo cual, continúa la perorata sobre -o, mejor, contra- el general Monzón, por entonces jefe de los policías municipales de Madrid.

95 *Traidoras*, en el sentido -ya comentado- de que un lector, el auténtico, se ríe de otro lector, apócrifo y burlado por el columnista.

96 En concreto, en el epígrafe 2.2.2.2.3. ("Transgresiones: no adecuación a la situación comunicativa").

97 Coseriu, E., *El hombre y su lenguaje*, Gredos, Madrid, 1977, pág. 13.

98 "Los narcisos", *El País*, última, 13/04/1979.

99 "- ¿No crees que a ciertos artículos tuyos les haría falta sacar permiso de armas?", se hace preguntar a sí mismo Umbral, para en seguida responderse: "- El permiso de armas suelen sacarlo los citados cuando se ven en negrita". ("¿Dónde tienen las flores el ombligo", *El País*, pág. 19, 10/01/1980.)

100 *Libro de estilo*, Ediciones EL PAÍS, Madrid, 1980, 2ª ed., págs. 20-21.

101 "Los legitimistas", *El País*, pág. 24, 03/05/1977. El sintagma entrecomillado no responde, en el artículo en que aparece, a la pregunta que aquí se plantea. La argumentación que sigue intentará demostrar, no obstante, que la respuesta que aquí se considera "presumible" es la que, de hecho, se desprende de la agresividad que habitualmente rezuman los artículos de Umbral. Sobre el *Libro de estilo* de *El País*, léase lo que anota Umbral en "El estilo", *El País*, pág. 27, 11/04/1980: "este apasionante *Libro de estilo* supone una enmienda a la totalidad de mi estilo, a mi totalidad, pues propugna *dandi* por *dandy*, cuando el dandismo está en la y, precisamente. Y *esnob* por *snob*, cuando el esnobismo está en la ese líquida". Años después, ya como columnista de *El Mundo del siglo XXI*, la crítica al *Libro de estilo* de *El País* será mucho más contundente (véase, por ejemplo, el texto titulado "La firma", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/06/1992).

102 "Arte de insultar", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/02/1993.

103 "La firma", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/06/1992.

Este artículo apunta incluso una suerte de justificación literario-periodística del insulto y la calumnia: "La difamación es poética porque es imaginativa, intuitiva".

104 "Prensa y Gobierno", *El País*, pág. 28, 24/10/1983. También aquí, por cierto, ensaya el autor una justificación de su violencia lingüística: "yo soy el off/off de mi señorito ["señorito" es, para Umbral, el director del periódico]. (...) Y aquí mi señorito me deja injuriar/calumniar por libre al personal". Insiste luego Umbral en una de sus ideas más recurrentes al respecto: "uno ha hecho de la calumnia y la injuria reiterada su género literario".

105 "La injuria", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 06/09/1992. La osadía, por centésima vez, aparece junto con su correspondiente justificación; en esta ocasión, de índole política: "contra eso [el ataque del Poder a la Prensa] no ve uno otra respuesta que el seguir injuriando todos los días a un Poder que injuria silenciosamente".

106 "Subvenciones", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/12/1991.

107 "Antología de tontas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/09/1990.

108 Ídem.

-
- 109 "El señor Preysler", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/02/1992.
- 110 "El encovado", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/04/1991.
- 111 "La Pantoja", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/10/1990.
- 112 "4 hombres sin piedad", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 12/03/1991. Véase aquí un personaje completamente reducido a viñeta, a esperpento que ni siquiera requiere insulto.
- 113 "Bajarse al moro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/12/1990.
- 114 "Lenin", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/09/1991. De este mismo personaje escribe Umbral en "Los pecados capitales" (*El País*, pág. 17, 15/01/1977): "hoy, la avaricia se llama competitividad, la lujuria se llama vida sexual sana, la gula se llama *Cofradía de la Buena Mesa* y la soberbia se llama **Fraga Iribarne**".
- 115 "El bipartidismo", *El País*, pág. 27, 15/05/1982. La cita es textual si se sustituye el sujeto "fulanito de tal" por los apellidos (en negrita) del entonces Presidente del Gobierno: "**Calvo Sotelo**".
- 116 Prototipo de la modalidad ecléctica puede ser la que aparece en "El carisma" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/03/1992): "fulanito de tal es bajito y sin carisma (o el carisma se lo tapa el loden), y por eso no va a rebasar nunca su techo". El sujeto real de la frase es el mismo que el de esta otra versión intermedia: "Aznar, el hermoso segundón del Fraga tardío y el feudofraguismo". ("Ni flores ni viejos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 01/04/1990.)
- 117 "Las cabezas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/03/1993. El sujeto de la frase vuelve a ser "**José María Aznar**" (con negrita).
- 118 "Aznar", *El Mundo del siglo XXI*, última, 29/12/1993. Véase cómo el mismo insulto ("fulano de tal es tonto") aparece debidamente acicalado -mediante hiperbólica comparación- en este otro caso: "**Helena de Troya** por bellísima y tía buena en plan griego, provocó en la antigüedad casi tantas catástrofes como la Tocino [Isabel] va a provocar en nuestra vida pública por tonta". ("Isabel Tocino", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/09/1992.)
- 119 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/10/1992. Otro claro ejemplo de brusquedad y de falta de elaboración en el insulto lo hallamos en "El pequeño rey" (*El Mundo del siglo XXI*, última, 09/02/1994): "no se sabe quién es más puta de los dos, si Pujol o Felipe, pero lo que tenemos claro es que Felipe es más listo".
- 120 "El prefascismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 02/02/1992.
- 121 Exactamente desde el 28 de febrero de 1979, en que aparece por primera vez en un artículo de *El País*.

122 Tal es el caso del elogio del resentimiento que hallamos en "Azaña" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/01/1992): "en una España de fantasmones, sombrones y glorias de papier maché, o eres resentido o eres gilipollas. Sólo se puede escribir desde el resentimiento o desde la poesía lírica. Lo demás es Academia, Nebrija y jovellanismo coñazo y emputecido, zahañero".

123 "*Scarlette*, que es el recuelo del refrito del sofrito de aquella mierda titulada <<Lo que el viento se llevó>>, cuya autora, **Margaret Mitchell**, murió oportunamente atropellada por un autobús." ("Madrid cultural", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/01/1992.) El adverbio "oportunamente" encarna aquí, como se ve, la más inmisericorde y extremada concepción de la justicia poética. Buena muestra de la soterrada agresividad lingüística del columnista es el inopinado denuesto que hallamos en "Durán" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 26/04/1993): "pues eso lo ha hecho usted [...]". (Y conste que el *usted*, en estos casos, es peyorativo, insultivo, y por eso se lo aplico). Este uso insultante del vocablo "usted" se asemeja mucho al tono despectivo que Umbral obtiene en ocasiones de la partícula *don*: "el señor Jordi, don Pujol, lo más que va a hacer (...)". ("Pujol", *Diario 16*, pág. 4, 05/12/1988.) Cabe señalar que la utilización con intenciones sarcásticas del "don" no es, ni mucho menos, una novedad (incluso el *Diccionario de la Real Academia Española* [Madrid, 1992, vigésima primera edición] hace una breve referencia al respecto). Umbral ha insistido en que su *don* no denota un tratamiento de respeto, sino más bien todo lo contrario: "Don Luis Miguel Enciso (utilizo el *Don* peyorativo, que sólo existe en castellano) es [...]". ("Los liberales", *El País*, pág. 30, 24/05/1982).

124 Este fragmento pertenece al artículo titulado "Buxarrais" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 31/03/1991). El título del texto es el primer apellido del obispo de Málaga, que días antes se había opuesto a que los militares participaran en las procesiones religiosas. El obispo malagueño adujo que los militares son, en sí mismos, símbolos bélicos.

125 García Gual, C., *La secta del perro*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pág. 22. Este libro ya fue citado en un epígrafe del segundo capítulo (el 2.3.4.2., en concreto). La referencia a los cínicos no es, como en un primer momento se pudiera pensar, caprichosa o excéntrica. No deja de ser curioso, por ejemplo, que Umbral comparta con los cínicos un radical desprecio por el dinero fácil y que tanto él como los discípulos de Diógenes reivindicquen el valor del esfuerzo personal (*pónos*, en griego). Hay, en fin, otras muchas similitudes entre el espíritu cínico y el talante transgresor de Umbral.

126 "Nati Abascal", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/10/1990.

127 "La Prensa y el Papa", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 23/09/1990.

128 *Sobre el estilo*, V, 261.

129 "Los minusválidos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 21/06/1992.

130 "Los pecados capitales", *El País*, pág. 17, 15/01/1977.

131 "Torcuato Luca de Tena", *El País*, pág. 25, 07/06/1977.

132 "Fraga y yo", *El País*, pág. 24, 10/06/1977.

133 "Qué error, qué inmenso error", *El País*, pág. 32, 21/02/1978.

134 "Suárez/46", *El País*, pág. 22, 27/09/1978.

135 Sobre Manuel Fraga Iribarne, en efecto, ha escrito Umbral infinidad de rechiflas. Fraga es "temporal/Fraga" ("El golpe secular", *El País*, pág. 28, 06/06/1982); "el señor multifraga" ("El miedo", *El País*, pág. 26, 28/09/1982); "el retropost/franquista Fraga" ("La derecha guapa", *El País*, pág. 21, 27/12/1982); "Tirant lo Fraga" ("Kissinger", *El País*, pág. 23, 20/07/1983) o "Fragabarne (hay que comerse sílabas para citarle, como hace él mismo)" ["El Real Madrid", *El País*, pág. 38, 11/06/1980]. En un artículo ("La derecha punk", *El País*, pág. 31, 15/11/1978) se burla Umbral de los "tirantes nacionalpunk" de Fraga; en otro, mucho después (véase "Pemán", *El País*, pág. 18, 21/07/1982), escribe: "un intelectual de derechas que escribe bien, cuando toma conciencia de su contradicción, se resuelve en Pemán. Cuando escribe mal, se resuelve en Fraga". Pasan los años, pero la obsesión se mantiene. El pensamiento y la obra política de Manuel Fraga lo hereda -sostiene Umbral-, antes que José María Aznar, cierta señora rubia y nortea: "Isabel Tocino, la alegoría compacta de Fraga" ("Tres mujeres", *Diario 16*, pág. 4, 23/06/1988). Al fin, tiempo después, la metáfora irrespetuosa alcanza su más alto grado de osadía: "doña Isabel, ese Fraga con evax". ("Isabel Tocino", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/01/1990.)

136 "La pasota y el ministro", *El País*, pág. 23, 24/01/1980.

137 "Camuñas", *El País*, pág. 23, 06/07/1977. En enero de 1981, por cierto, celebraba este partido su segundo Congreso en Palma de Mallorca: "El Segundo Enrolle Nacional de Palma", lo denomina Umbral en un artículo titulado "UCD" (*El País*, pág. 26, 27/01/1981). Al hacerse cargo del Gobierno Leopoldo Calvo Sotelo, tras la dimisión de Suárez, se produce -escribe Umbral- un "Glorioso Liberamiento Nacional (liberalismo)". ("El submarino de Paco", *El País*, pág. 22, 29/01/1982.) UCD es, por lo demás, "la ucedé esa de la cosa" ("Los Tauro", *El País*, pág. 27, 10/05/1980).

138 La denominación toma cuerpo en 1983: "no le debemos nada a la cultura judeomasonicomarxista, que decía el Generalísimo Parkinson". Umbral utilizó este curioso apelativo por primera vez en "El eterno retorno", *El País*, pág. 34, 27/11/1983. La fórmula se repite en los artículos de los días 29 y 30 de noviembre, así como en los correspondientes a los días 4 y 5 de diciembre de ese mismo año. En 1988 ("La litrona", *Diario 16*, pág. 4, 15/11/1988), ensaya Umbral un grotesco eufemismo con el que aludir al dictador Franco: "recién muerto el Muerto", escribe.

139 "El honor de los Fraga", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/04/1990. Puede suceder, por tanto, que primero se ofrezca el definitorio nombre propio ("Schweppes/Schwartz", escribe Umbral en "Cine mudo", *El País*, pág. 33, 06/12/1983)

y sólo años después se ofrezca una escueta aclaración al respecto: "Pedro Schwartz, que tiene apellido de agua tónica". ("Pedro Schwartz", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/03/1992.)

140 "Legendario Polisario", *Diario 16*, pág. 4, 30/08/1988. Hay un claro precedente de esta extrafalaria notación: "**Juan Carlos 1**: heterodoxo de la Monarquía que (...)". ("Los heterodoxos", *El País*, pág. 26, 08/06/1980). Con todo, Umbral suele tratar al Rey Juan Carlos y a la Reina Sofía con sumo cariño. De lo cual se deduce que los juegos irreverentes alcanzan incluso a personajes a los que el columnista admira y quiere.

141 "El guerracivilismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/03/1992.

142 "Manzano", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/02/1992.

143 "ARCO", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/02/1992.

144 Léase, por ejemplo, el artículo "Parque jurásico", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/06/1993.

145 "Monzón", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/07/1993.

146 En, verbigracia, "Más furbo", *El País*, pág. 24, 20/03/1980; o también en "España se halconiza", *El País*, pág. 26, 29/02/1980.

147 Dos veces aparece así en "La España radical", *El País*, pág. 29, 27/04/1980.

148 "La Constitución", *El País*, pág. 26, 10/03/1981.

149 "Estamos rodeados", *El País*, pág. 28, 26/04/1981. Días después ("El Parlamento", *El País*, pág. 32, 30/04/1981) hay una versión casi idéntica, sólo que esta vez con mayúscula: "el Siglo XXI".

150 "La pomada", *El País*, pág. 25, 15/10/1981.

151 Así se encuentra, dos veces, en "La democracia vertebrada", *El País*, pág. 29, 25/10/1983. En ese mismo artículo se puede leer la modalidad simple "el XXI".

152 Así, pero con un exótico acento en la *s* que algunos ordenadores (éste, por ejemplos) se niegan a escribir: "La España urbana y dinámica", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/11/1989.

153 "El antimitin", *El Mundo del siglo XXI*, última, 16/12/1993. Esta denominación se basa en que Paloma Segrelles, en aquel momento, era la directora del Club Siglo XXI.

154 "**Rodolfo Martín-Villa**, ministro de la cosa", leemos en "Los rodolfistas", *El País*, pág. 21, 22/03/1977. Cuatro días después ("Areilza", *El País*, pág. 21, 26/03/1976), escribe Umbral: "Don **José María de Areilza**, conde de la cosa". Las variantes

posteriores de este modelo son incontables. A un ex ministro, Miguel Boyer (convertido ya en "míster Preysler" [esposo de la famosa Isabel Preysler]), lo llama Umbral "el ex/cosa". ("El carnet", *Diario 16*, pág. 4, 20/01/1989.) Otro ex ministro, Ricardo de la Cierva, es "el viejo Don Cierva, o sea Ricardo de la cosa". ("Don Cierva", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 24/03/1993).

155 "El carné", *El País*, pág. 33, 08/10/1980. "La facultad esa de Ciencias de la cosa", volvemos a leer -por ejemplo- en "El libelo", *El País*, pág. 24, 29/12/1981. Como muestra de otras significativas *cosificaciones*, valgan las siguientes: la Fundación (cultural) Juan March es "la cosa March" (véase "Carta a Paco", *El País*, pág. 23, 05/02/1981). Y Radio Nacional de España se transforma en "la Radio Nacional de la cosa" ("El ángelus", *El País*, pág. 29, 10/02/1981).

156 "Luz de gas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/11/1990.

157 "Los judíos", *Diario 16*, pág. 4, 06/07/1988. "V Centenario de la Cosa" leemos en "La otra Hispanidad", *Diario 16*, pág. 4, 13/08/1988. Para entender con más claridad el sentido hilarante de la palabra 'cosa' en este tipo de expresiones, véase un equivalente de tal vocablo en una estructura casi idéntica: "el V Centenario del tropezón", escribe Umbral en "El giro social", *Diario 16*, pág. 4, 08/02/1989.

158 "Samaranch", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/12/1991.

159 "Marruecos/Felipe", *El País*, pág. 26, 15/04/1983.

160 "Spleen de Madrid", *El País*, pág. 35, 02/12/1981.

161 "Felipe, dimisión", *El Mundo del siglo XXI*, última, 02/05/1994. Otrosí: "y los filme Polanco para su Canal Más Plus Yes" ("F.G.", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/09/1993).

162 "El oro", *El País*, pág. 28, 26/09/1978.

163 "La permuta", *El Mundo del siglo XXI*, última, 08/03/1994. Muchos años antes ("Don Laureano", *El País*, pág. 32, 15/03/1983), el todavía franquista Laureano López Rodó era ya "don Lauren".

164 Léanse, verbigracia, "Anatomía de la basca", *El País*, última, 20/05/1979; o "Guernica", *El País*, pág. 29, 22/02/1980.

165 *El País*, pág. 17, 04/07/1976.

166 "Los medios seres", *El País*, pág. 26, 23/11/1977.

167 "La leal oposición", *El País*, pág. 16, 08/08/1976. No es la primera vez que el columnista se atreve a quejarse de lo poco que le paga su periódico: "yo no voy a entrar ni salir en el tema, que es delicado, y me reservo mi opinión, que para lo que me pagan tampoco voy a arriesgarla". ("Moral y farmacopea", artículo recogido en *Suspiros de*

España, Ediciones Felmar, Madrid, 1975, pág. 89.)

168 "El 'ABC' no es comunista", *El País*, pág. 21, 15/07/1976. Sale a la luz aquí, una vez más, la proverbial inmodestia de Francisco Umbral. Días después, se queja Umbral de nuevo. Esta vez, por no poder disfrutar de vacaciones: "en el Madrid preotoñal y lluvioso de finales de agosto sólo quedamos dos madrileños ilustres: el maestro **Francisco Ayala**, (...) y yo, que le miro". ("Yo, niño Plus Ultra", *El País*, pág. 15, 27/08/1976.)

169 El artículo en cuestión se titula "Las comillas y el gato", *El País*, pág. 25, 13/01/1980. En vista de que no le hacían caso, vuelve a insistir un año después: "Este periódico me pone ahora en la palabra *Spleen* unas insólitas comillas que son como los cascabeles en la cabeza del bufón literario que es todo cronista -cronista-coronista-. Preferiría que me quitaran los cascabeles". ("Francesillo de Zúñiga", *El País*, pág. 24, 28/03/1981).

170 "Puerto Príncipe", *El País*, pág. 28, 25/05/1980.

171 "El brazo", *El País*, pág. 32, 28/05/1980. Ese mismo día, curiosamente, el "SPLEEN" vuelve a aparecer correctamente escrito, con todas sus letras.

172 "El recuadro", *El País*, pág. 26, 18/10/1978.

173 "Pitarch", *El País*, pág. 24, 22/07/1980.

174 "El dandismo", *El País*, pág. 23, 10/07/1980. Tómese el caso a título de mero ejemplo, porque la lista de términos conflictivos es larguísima. Muy parecido al caso expuesto es el del anglicismo "club". El artículo titulado "Los clubes" (*El País*, pág. 30, 21/05/1980), de ese mismo año, empieza así: "Titulo *clubes* porque así lo escribe el ordenador de este periódico, pero quedaba mucho mejor *clubs*, como antes, en las novelas inglesas. Se ve que el ordenador nunca ha entrado en ningún club".

175 "En lo único que no estoy de acuerdo con este periódico sobre la filosofía profesional de la información es en la manera de escribir la palabra <<carne>>, que nuestro libro de estilo fija así, y que a mí me gusta seguir escribiendo con *te*, <<car-net>>, porque para los educados en el nacional-catolicismo era mucho desahogo utilizar de cuando en cuando una palabra extranjera. Un suspiro que la censura no podía reprimir". ("El carné", *El País*, pág. 33, 08/10/1980.)

176 "Sacromonte madrileño", *El País*, pág. 24, 18/03/1978.

177 "Nacionalizar", *El País*, pág. 26, 01/03/1983.

178 "Jubany", *El País*, pág. 32, 12/05/1983. Reitera Umbral en este artículo, por cierto, una vieja y curiosa idea suya: la relación entre el columnista y su periódico -dice- se parece a la del muerto con su esquila.

179 Es muy significativo el artículo que Umbral titula "Cebrián" (*El Mundo del siglo*

XXI, pág. 7, 20/07/1992), en el cual cuenta que nunca llegó a publicar mientras trabajó para *El País*: "tú me llevaste a ese periódico, donde trabajé muchos años, pero estuve quince días sin escribir porque os negábais a dar una columna que trataba (mal) de **González y Guerra**, qué casualidad, coño. El periódico de la libertad, donde yo era la estrella, ejercía sobre mí una sutil forma de censura, que consistió en no darme jamás un recuadro fijo, sino que mi columna iba errática por el periódico. El día que os gustaba, salía recuadrada y visible. El día que no os gustaba (los más, y no hablo de gustos literarios, claro), la columna salía de delantalillo por abajo, tronzada por anuncios de la Unicef absolutamente prescindibles o desplazables". Sobre estos *prescindibles y desplazables* anuncios, escribió Umbral en otro tiempo: "en esta columna, a veces, por necesidades de ajuste, me meten debajo un anuncio de la Unicef. Pienso que el anuncio sirve como ilustración de lo que mejor hay en mi columna". ("El extraterrestre", *El País*, pág. 24, 29/12/1982.)

180 "El paro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 13.

181 "Religión y política", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 22/09/1991. Días después, insiste: "[...] en seguida (separado, por favor, que mi corrector fantasma me lo pone junto: es el corrector incorrecto)". ("El alcalde", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/09/1991). De todos modos, "enseguida" no es incorrecto: también se puede escribir así, sin separación. En "Mercedes Sala" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/10/1991), de nuevo se queja el columnista: "los aedas (seguro que me ponen *aedos*, como ayer me pusieron <<estáticos>> por extáticos: así nunca voy a la Academia)". Esta referencia (sin duda irónica) a la Real Academia de la Lengua vuelve a surgir, y por el mismo motivo, un par de años después: "Lo cual que ayer ha salido aquí <<expiatorio>> con *ese*: la cibernética también pone faltas: poniendo faltas y encima sin chaqué, cómo coños voy a ser académico". ("Los marginales", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/07/1993.)

182 "El otro día salió aquí 'estatalista' por estalinista, que era lo que uno había escrito, y uno no se tomó el afán de rectificar porque uno cree, con **André Breton**, que 'las erratas son sagradas'. (...) La errata es una calumnia tipográfica, y de la calumnia siempre queda algo". ("El Tribunal Supremo", *El País*, pág. 26, 18/10/1983.) Pero no es cierto que Umbral *no se tome la molestia*, habitualmente, de rectificar. De hecho, todo el artículo citado es una lustrosa rectificación. Con todo, el día siguiente ("El estatalismo", *El País*, pág. 22, 19/10/1983) prosigue la enmienda: "cómo se me iba a ocurrir a mí eso de 'estalinismo'". No serán tan sagradas las erratas, pues, cuando el autor se empeña por todos los medios en neutralizarlas: "estatalismo (no *estalinismo*, curren, tronco, colega)", escribe Umbral días después ("La democracia vertebrada", *El País*, pág. 29, 25/10/1983.)

183 "Daños colaterales", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 17, 28/01/1991.

184 "España", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/09/1993.

185 "Las noches del Buen Retiro", *El País*, pág. 15, 10/08/1976.

186 "Tierno, alcalde", *El País*, pág. 18, 05/02/1978.

187 "Las manos", *El País*, pág. 26, 15/04/1982. Es curioso ver cómo Umbral comete estas irregularidades incluso en algunas novelas. Por ejemplo, en *El día en que violé a Alma Mahler* (Destinolibro, Barcelona, 1995, [1ª ed. de 1988], pág. 52): "El marido de Rita no ha venido. Ya saldrá en otro capítulo. Mi dudoso talento novelístico no da para meter más gente en una misma escena". Y en la misma novela (pág. 176): "(Hay un silencio, cosa que siempre acaba por haber en las novelas)".

188 "El robot", *El País*, pág. 28, 14/10/1980. Añade luego que a él le han dado "un robot bajetillo y golfo" que sí admite ciertas licencias. Aun así, Umbral acaba aconsejando: "ojo, tíos, de todos modos, con el cabrón del robot". Es muy curioso ver cómo dialoga el escritor con su máquina, cómo porfía y hasta se enfada con ella: "una vez, en los últimos tiempos de la Resistencia (me gusta decir Resistencia porque [...]), una digo, decía (robot, cuerpo, que aquí suele patinarte el reostato), Luis y yo (...)". ("González-Seara", *El País*, pág. 32, 05/12/1980). El modernísimo aparato, viene a presumir Umbral, no puede con la viveza y capacidad de innovación de la lengua: "(...) como lo ves (<<cómo lo ves>> es retruécano cheli que no sé si va a tolerar aquí el robot sin atrancarse)". ("Olarra", *El País*, pág. 25, 25/10/1980.) Años más tarde, recibe Umbral un nuevo ordenador. Como signo de repulsa, el escritor le dedica un romance octosílabo en el que las palabras -para que se fastidie el trasto- están deliberadamente deformadas: "minís" en vez de *ministro*; "defensa atlanti", "Seví", "amí", etc. ("El ordenador", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 12/11/1989).

189 "Eurocomunismo y Semprún", *El País*, pág. 20, 13/01/1978.

190 "Los currantes", *El País*, pág. 26, 15/02/1979.

191 "Firmando libros", *El País*, pág. 30, 03/06/1978. Otras veces, la llamada se introduce mediante tópica onomatopeya: "Rin, rin, rin:

>> - **Paco, soy Jesús Torbado**, que a ver si (...)" ("Esto es la guerra", *El País*, pág. 22, 10/02/1979.)

192 "Los sindicatos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/06/1993.

193 "Las tres culturas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/11/1990.

194 "Una manifestación de ricos", *Diario 16*, pág. 4, 22/12/1988.

195 "Hormaechea", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 19/06/1991.

196 'Longino', *Sobre lo sublime*, 17, 2.

197 "El ajuste duro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/09/1990. Más adelante, en este mismo artículo, escribe: "Pero Sadam, coño (aquí sí que lo meto), ha venido a romper los esquemas".

198 "El <<narcisazo>>", *Diario 16*, pág. 6, 11/03/1989.

-
- 199 "Marsillach", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 01/04/1993.
- 200 *El Mundo del siglo XXI*, última, 07/05/1994.
- 201 *El País*, pág. 24, 09/09/1979.
- 202 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/07/1992.
- 203 "El peronismo", *El Mundo del siglo XXI*, última, 24/03/1994.
- 204 *El País*, última, 08/07/1979. Véase también la *autoentrevista* con la que se recrea Umbral en "¿Dónde tienen las flores el ombligo" (*El País*, pág. 19, 10/01/1980): "- ¿No crees que a ciertos artículos tuyos les haría falta sacar permiso de armas?
>> - El permiso de armas suelen sacarlo los citados cuando se ven en negrita".
- 205 *El País*, última, 29/06/1979. Este texto es una justificación, al mismo tiempo, una exégesis de las "barras oblicuo/estructurales" (véase "A la sombra de las muchachas rojas", *El País*, pág. 28, 18/12/1979) que con tanta frecuencia usa Umbral para unir palabras. "Suárez/46", titula el 27/09/1978, y comienza el texto una curiosa justificación estilística: "Lo pongo así porque quedan más modernas y estructurales las frases con barra o barradas, (...)". Sobre el valor estético de la barra, escribe Umbral: "cuando sustituí, en esta columna, la barra de pan [en referencia a la muletilla "iba yo a comprar el pan y..."] por la barra tipográfica de los economistas, que luego ha sido de los estructuralistas, no hacía sino sustituir una ironía por otra, denunciar aprovechando el exceso de tecnicismo que ha entrado en la ciencia de la literatura, que no es una ciencia". ("Getafe", *El País*, pág. 31, 03/11/1981.)
- 206 "He aprendido la barra de mi maestro **Torrente Ballester** en la *Saga/fuga*". ("Suárez/46", *El País*, pág. 22, 27/09/1978.)
- 207 "A Pitita, en su Marbella", *El País*, pág. 18, 23/07/1977.
- 208 "Consagración de la primavera", *El País*, pág. 22, 28/03/1978. Poco después, vuelve Umbral a tratar del asunto: "Una preposición" (*El País*, pág. 22, 06/04/1978) es el título del texto en que el columnista ironiza sobre la transgresión coloquial de suprimir esa preposición y en el que, además, resume el estado teórico de la cuestión: Lázaro Carreter y Buero Vallejo están contra; Alarcos, a favor. Umbral, por fin, concluye: "la preposición es mía y no hay autoridad a la que remitirse".
- 209 "Cristo Castro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 18/07/1993.
- 210 "Los jeromos", *El País*, pág. 22, 12/04/1978.
- 211 "Libertad de voto" *El País*, pág. 32, 24/05/1983.
- 212 "Lo azul", *El País*, pág. 31, 04/07/1982. El *enrolle* con los *truncos de talleres* resulta, por cierto, facundo. Como muestra de ello, valga el recuento (nada exhaustivo) de las anotaciones similares formuladas sólo en 1981: "tema vagaroso (no *vagoroso*,

robot, cuerpo, que aquí somos orteguianos)" ["Una revista", *El País*, pág. 24, 13/01/1981]; "(...) con un baroja que afeita (no es don Pío, robot, inculto: <<baroja>>: viento frío en el cheli/40, que aún no lo ha estudiado Manuel Seco en la cosa March) ["Carta a Paco", *El País*, pág. 23, 05/02/1981]; "Otro dandy acuñado (con y griega, por favor, oh, sí, cielos, please, por una vez), José Luis de Villalonga (...)" ["Separémonos, amor", *El País*, pág. 28, 19/03/1981]; "Al costado montuoso (no monstruoso, robot, cuerpo) de las maternidades y (...)" ["Los jóvenes", *El País*, pág. 25, 27/06/1981]; "(...) las carrozas (y ruego al robot, cuerpo, del periódico, que respete esta aparente incoherencia de géneros gramaticales, porque sólo quienes no saben de dónde viene el cheli -hay hasta quien dice que viene de la cárcel- utiliza *carroza* en masculino)" ["No", *El País*, pág. 26, 20/09/1981]; "Parece que la temporada no viene de eslóganes (yo diría *slogans*, robot, con perdón, cuerpo)" ["Otoño/invierno", *El País*, pág. 28, 02/10/1981].

213 En particular, véase *El novelista*, Espasa-Calpe, Madrid, 1973. Montaigne escribía en sus *Ensayos* sobre sí mismo, y a veces sobre el propio hecho de estar escribiendo: "No hay que maravillar que mi libro siga la suerte de los otros, ni que mi memoria olvide lo que escribo tanto como lo que leo" (cap. XVII).

214 "La mortadela", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/06/1992. Queda claro, pues, que hasta los artículos tienen ya publicidad: "ahí es cuando Corcuera, coge, llega, agarra, va, se pone y presenta la dimisión. ¿Por qué?

>> No les voy a responder después de la publicidad, sino ahora mismo. El Ministro del Interior (...)" ("Corcuera", *El Mundo del siglo XXI*, última, 05/05/1994.)

215 *Sobre las formas de estilo*, 378-379.

216 *El País*, pág. 20, 06/04/1980.

217 "Gobierno en la sombra", *El País*, pág. 28, 18/11/1982.

218 "Monseñor Suquía", *El País*, pág. 32, 14/04/1983. Este mismo asunto, por cierto, lo cuenta en *Y Tierno Galván ascendió a los cielos*, Seix-Barral, Barcelona, 1990, pág. 24: "Tarancón al paredón y Licaria a la camilla, con las piernas por el cielo y el gran coño abierto a los espejuelos del personaje, que también tenía puesto un transistor (no lo televisaban) para indignarse lo reglamentario:

>> - ¿Ha oído usted las cosas que está diciendo ese cura rojo?"

219 "El matriarcado", *Diario 16*, pág. 4, 23/02/1989. Se refiere Umbral, claro está, a una conocidísima fotografía: la citada Marta Chávarri fue sorprendida sin bragas en una fiesta de famosos y famosas.

220 "Felipe/Guerra", *Diario 16*, pág. 4, 27/10/1988.

221 "Luis Calvo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 04/12/1989. Algo parecido, o peor, sucede cuando muere Gala, esposa del pintor Salvador Dalí. Umbral dice de ella que fue mujer avarienta, que hizo mucho daño a Dalí, que todo le pareció bien con tal de ganar dinero: "comprendo que esto no es una necrológica muy piadosa/ortodoxa, pero

es que la virginal madona de Port Lligat era una arpía. Con perdón." Y así acaba "La señora de Dalí", *El País*, pág. 30, 13/06/1982.

222 "ETA/Ejército", *El País*, pág. 26, 21/10/1983.

223 "Una cierta idea de Europa", *Diario 16*, pág. 4, 28/06/1989. Muy parecida a la citada es esta otra presuposición: "Y en Béjar, lo queda dicho, pues en Béjar ocurre que. El último curso de La Magdalena." En este caso ("La Magdalena", *El País*, pág. 18, 23/01/1982), el presupuesto es una información previamente publicada por *El País*. El columnista no aclara en ningún momento qué es lo que sucede en Béjar. En "La Reina" (*El País*, pág. 15, 31/07/1982), Umbral elogia el silencio de doña Sofía. Cuenta que ha leído en un libro sobre el golpe del 23 de febrero cierta frase de la Reina que lo aclara todo: "la palabra, la clave, la verdad, dicha por una reina de cuento, una palabra que desvanece miles de folios, (...)", y así sigue casi todo el artículo. Lo curioso es que en ningún momento se dice o sugiere cuál es la palabra clave que dijo la Reina. Más que presuposición, hay aquí puro silencio.

224 "Machismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/09/1991.

225 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/09/1991.

226 "La Milá", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/11/1992.

227 Es importante insistir, como hace el profesor Martínez Albertos, en que el periodista debe ser un "profesional experto" (véase *El lenguaje periodístico*, Paraninfo, Madrid, 1989, pág. 215-216). Para Martínez Albertos, "la tarea del periodista consiste, básicamente, en clasificar la realidad histórica que nos envuelve, para comunicarla después a los receptores de los medios".

228 "Los periodistas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 03/06/1990. Aquí hay, además de una definición, una contundente crítica a los periodistas que trabajan en radio o televisión. "La televisión -escribe Umbral- también es un árbol de Noel encendido todo el año en el salón y del que cuelgan croquetas, mirindas, tías buenas, **Emilio Aragón**, automóviles, **Manolo Escobar**, hombres del tiempo, tampax, concursos y pantojas en cuanto enchufas el chisme". ("Días de tele", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/12/1992.)

229 "Cultura y Estado", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/09/1990.

230 "Simenón", *El Mundo del siglo XXI*, última, 30/04/1994. Sea o no verdad la explicación de Umbral, lo que aquí importa -y se destaca- es el desprecio al trabajo básico del periodista que se desprende de la frase citada. Véase también "El miedo" (*El País*, pág. 26, 29/09/1982): "la voz *currinche* ["entre periodistas, principiante, gacetillero", según el DRAE], supervivida de viejos argots, me da como asco".

231 "La difamación", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/06/1991. Repite Umbral la anécdota en "La firma", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/06/1992. La idea es muy vieja, y la encontramos ya en "El estilo", *El País*, pág. 27, 11/04/1980: "Juan [Luis

Cebrián, entonces director del *El País*], amor, que llevo veinte años viviendo del rumor. Era nuestra arma blanca contra Franco". Léase también "El Duero dura" (*El País*, pág. 28, 06/05/1980): "Los rumores no son noticia, pero rumorea, que algo queda". La versión de diez años después ("Limpiar fondos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/01/1990) incluye negritas y un tono más claramente irónico: "Los rumores no son noticia, como dice **Juan Luis Cebrián**, pero de las calumnias algo queda, como dicen que dijo **Voltaire**, que también era de **Polanco**". Como caso excepcional, conviene recordar el único artículo -de entre los analizados- en que Umbral se enfrenta airadamente a un rumor que considera indigno: "hay que atajar el rumor, ya digo, antes de que se convierta en una verdad social". Se refiere aquí Umbral ("El rumor", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/10/1992) al rumor de que Miguel Bosé era homosexual y estaba enfermo de sida. Esta vez "los rumorosos y rumoreadores" son "lo que dicen lo más atroz sonriendo como en los pésames".

232 "Mi periodismo es pura difamación", dice Umbral en "La firma", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/06/1992. Cuando se supo que el Gobierno estaba estudiando, a principios de 1992, la posibilidad de incluir en el nuevo Código Penal el delito de difamación (castigado, según se publicó, con penas de cárcel durante los fines de semana), Umbral escribe: "Voy a estudiarme bien la papela, cuando salga, para incidir reiteradamente todas las semanas en los delitos de difamación más penados, de manera que me asegure un week/end fastuoso". ("Fin de semana", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/01/1992.)

233 Véase "El portavoz", *El País*, pág. 17, 07/09/1979: "El amarillismo es al periodismo lo que el estupro a la petición de mano: una sublimación".

234 "Solchaga", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/03/1992. En este mismo texto se puede leer: "el periodismo, como la poesía, no es sino la capacidad de relacionar entre sí cosas que nunca habían estado en relación". Y, como definición final, anota el columnista: "periodismo, tios, no es <<la relación veraz de los hechos>>, sino la imaginación audaz de los cohechos. O sea".

235 "Fraga natural", *El País*, pág. 36, 17/11/1981. Poco después, recibe el influyente escritor otra llamada telefónica: "Rodríguez Sahagún me llama en este momento y quedamos en París".

236 Léase, por citar un solo artículo, "La Almudena", *El País*, pág. 20, 10/11/1976. También puede ocurrir lo contrario: la rectificación innecesaria, gratuita, absurda. "Socialismo sin retorno" es el título de un artículo de 1983 (*El País*, pág. 31, 18/04/1983). Al día siguiente parece rectificar con el título de "Socialismo con retorno" (*El País*, pág. 28, 19/04/1983), y comenta: "Ayer publiqué aquí una columna titulada "Socialismo sin retorno" (más que nada, porque me gustaba la expresión), y hoy me parece que me voy a puntualizar a mí mismo. No recuerdo ni una sola palabra de lo que escribí ayer (optalidón, chivas, marcha, sexo, drogas, *rock and roll*, ya saben); no recuerdo nada de lo que dije, pero de todos modos me voy a puntualizar".

237 "Santa Ana", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/11/1989.

238 "Concejales y negros", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/01/1991.

239 "El carisma", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/03/1992. En "Mario Conde" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/06/1993), escribe: "Mario Conde, investido doctor <<honoris causa>> de la Complutense gracias a la apertura intelectual, el talento social y la velocidad cultural de mi maestro **Gustavo Villapalos**". No hay en la frase, según se deduce del contexto, la menor ironía. Umbral dice que le pareció reaccionario el discurso de Mario Conde, pero no oculta su admiración por el joven banquero.

240 "Subvenciones", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/12/1991.

241 "La sociedad ereccional", *El País*, última, 26/06/1979. Los ejemplos que siguen vienen a demostrar que nos hallamos ante una técnica transgresora, y no ante una ocurrencia ocasional. "[Descartes] escribió una novena a la Virgen o algo así (no voy a levantarme a mirarlo). ("Los mágicos", *Diario 16*, pág. 4, 09/07/1988.) "Está pasando una cosa que yo creo que es hasta inconstitucional (tendría que levantarme a mirarlo), y es que (...)". ("Es la guerra", *Diario 16*, pág. 4, 06/06/1989.) "La democracia principia por el propio cuerpo y cada quien tiene derecho a hacer con el suyo lo que le dé la gana"; y luego: "La democracia (y no sé si lo he dicho ya, que no me voy a releer la columna) principia por el propio cuerpo, (...)". ("Marta Sánchez", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/06/1991.) Y, por último, y ya en el colmo de la pereza: "(...) los indios (es más cansado escribir hindúes) no tienen [...]". ("Las vacas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/02/1993.) Esta técnica de transgresión también la emplea el autor en textos no periodísticos. La hallamos, por ejemplo, en su reciente *Diccionario de Literatura* (Planeta, Barcelona, 1995, pág. 82): "no recuerdo si FFG [*sic*: se refiere al actor y escritor Fernando Fernán-Gómez] ha pasado ya por esta galería de mis queridos monstruos ni tampoco me voy a levantar a mirarlo, pues que no me importaría la repetición (...)".

242 *Spleen de Madrid/2*, Ediciones Destino, Barcelona, 1982, pág. 9.

243 Léase, por ejemplo, "La petardada", *El País*, pág. 16, 22/07/1976. Sobre el concepto de 'lector apócrifo', véase el epígrafe 3.2.1.1.2. de este tercer capítulo.

244 *El País*, pág. 22, 16/04/1978. Los artículos que, de entre los analizados, presentan más clara estructura de estrevista son los que siguen: "Un anarquista", *El País*, pág. 29, 07/06/1978; "El profesor Tierno", *El País*, última, 07/04/1979; "Los liberales", *El País*, pág. 19, 13/09/1982; y "Ferlosio", *Diario 16*, pág. 4, 06/09/1988.

245 "Tamames", *El País*, última, 19/05/1979.

246 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/05/1990. Dos días más tarde, se refiere Umbral a este texto como "mi maxicolumna sobre **Leguina**" ("La vieja guardia", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/05/1990), cuando parece evidente que se trataba de una clarísima entrevista. También es una entrevista en toda regla "Daniel Ortega" (*El Mundo del siglo XXI*, última, 18/02/1994), en la que otra vez se incluye una fotografía de entrevistador y entrevistado.

247 Esto es lo que sucede, por ejemplo, en "Carmen Maura", *El País*, pág. 35, 04/10/1981. Hay allí 5 líneas de presentación, 5 para la despedida de Umbral y 5 también para que se despidiera Carmen Maura. Todo lo demás es diálogo. Otro artículo cuyo ingrediente fundamental es una conversación telefónica es "El disputado voto de Miguel Delibes", *El País*, pág. 19, 24/12/1978.

248 "Conferencia de Pitita", *El País*, pág. 22, 01/03/1978.

249 Véase "Guerra/Besteiro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 6, 01/10/1990. Este artículo es, en efecto, un diálogo apócrifo entre los políticos socialistas citados en el título.

250 "La primera encuesta", *El País*, pág. 20, 08/09/1978.

251 "La burguesía", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/04/1990. Otras *autoentrevistas* pueden verse en los siguientes artículos: "La ola de franquismo que nos invade", *El País*, pág. 27, 07/11/1978; "¿Dónde tienen las flores el ombligo?", *El País*, pág. 19, 10/01/1980; "Siempre Isabel", *El País*, pág. 22, 11/11/1978. En este último caso, por ejemplo, la entrevista ocupa el 68,3% del texto, mientras que el narrador no pasa del 31,7%.

252 En concreto, en el epígrafe 3.2.1.1.3.1.4., titulado "Contra la ficción textual". Allí se citaba el artículo "A la busca del tiempo perdido", *El País*, pág. 24, 09/09/1979. Se puede añadir ahora otro caso de artículo que versa sobre el propio arte de hacer artículos. En este caso ("El columnista", *El País*, pág. 19, 15/09/1979), en forma de *autoentrevista*: " - ¿Es la columna un género literario específico?

>> - No me interesan los géneros literarios, sino los señores literarios. A un género lo potencia siempre un escritor, y nunca a la inversa".

253 "Crónica de un día cualquiera", *El País*, última, 24/06/1979. Otro artículo con forma de diario personal hallamos en "Carroza, carrozona", *El País*, pág. 29, 21/10/1979.

254 *El País*, pág. 20, 21/03/1978.

255 *El País*, pág. 22, 10/12/1978. Monólogo interior (pero con intervenciones del narrador: tres párrafos que ocupan, en total, 17 líneas) hay también en "Gerena", *El País*, pág. 28, 16/11/1978, donde un personaje andaluz habla como para sí: "Que me vengo a Madrí, ya ves, aquí hay que está, por el barrio er Pilá ya he mirao un piso, palquilarlo, claro, está mu caro".

256 "Los negros", *El País*, pág. 18, 06/11/1977.

257 "La declaración de la renta", *El País*, pág. 18, 09/07/1978.

258 El artículo con estructura de instancia burocrática se puede encontrar en "¿Quién es quién?", *El País*, última, 06/05/1979. En "Notas en la espalda de mi señora" (*El País*, última, 18/05/1979), anota Umbral sus cuitas domésticas, con gran despliegue de

infinitivos: "Fundar un partido con Marx cuando hayan echado a Marx de todos los partidos marxistas". Y así, hasta el final: "(Y no sigo porque se me acaba la espalda)". La ocurrencia, por cierto, viene de lejos. Léase "La espalda", *Suspiros de España*, Punto Crítico, Madrid, 1975, pág. 228: "La espalda femenina al aire, aparte de bella, es práctica, pues así como mi admirado colega Jordan hace sus 'Notas en el puño de mi camisa', yo aspiro a escribir unas 'notas en la espalda de mi señora', libro que puede contribuir a fortalecer mucho la institución del matrimonio, tan decaída". El proyecto, como se ve, cristalizó en forma de artículo, no de libro.

259 "Lo quieren saber todo", *El País*, pág. 31, 23/09/1979. En "La policía" (*El País*, pág. 23, 29/09/1979), rellena Umbral un cuestionario de la revista *Tribuna Policial*. Lo más curioso es que aquí contesta con asombrosa moderación, sin la más mínima ironía. Es difícilísimo encontrar artículos de Umbral en los que se realicen estos ejercicios de literalidad y cordura.

260 "Proust/Mitterrand", *El País*, pág. 26, 28/06/1981.

261 *El País*, última, 28/04/1979. Otra tira de cómic es "Comic anticomunista" [*sic*], *El País*, pág. 21, 18/01/1978. Aquí critica a los candidatos de la derecha para la alcaldía de Madrid; como le parecen cómicos, hace una burla con lenguaje de cómic.

262 "Comic", *El País*, pág. 28, 27/03/1981. La farsa presenta, además, situaciones esperpénticas tales como la que sigue: "Garaicoechea, apoyó en el quicio de la mancebía-Moncloa, espera a ser recibido (...)".

263 También Umbral publica, de cuando en cuando, cartas abiertas en el espacio de su columna: "Apostua con perro", *El País*, pág. 31, 23/10/1981; "Cartas a Ana", *El País*, pág. 20, 27/12/1981; "Al Papa", *El País*, pág. 29, 02/11/1982; "Cebrián", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/07/1992. Véase, por ejemplo, cómo comienza el último de los textos citados: "Madrid a tantos de tantos, querido **Juan Luis Cebrián**, volverse contra la propia profesión (...)".

264 El ensayo filológico se intuye en "Papeletas para un diccionario cheli", *El País*, pág. 18, 28/07/1978.

265 Ya se ha citado el artículo "El ordenador", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 12/11/1989. Además, véase "Dulce María Loynaz", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 25/04/1993: "Hago poesía política, hago prosa, hago cosas (...)". Esta columna tiene versos medidos. Otro artículo/poema es el titulado "27-E", *El Mundo del siglo XXI*, última, 19/12/1993.

266 "Los bomberos", *El País*, pág. 26, 03/05/1981.

267 "La paz", *El País*, pág. 30, 13/04/1982. En el "cuadro primero", por ejemplo, entra en escena el ex Presidente de Estados Unidos: "sale Reagan a un balcón (...)".

268 Lausberg, H., *op. cit.*, pág. 368.

269 A esta compleja acepción de 'orden' remite, en el fondo, a la idea de unas relaciones *asociativas* (según la terminología de Saussure) o *paradigmáticas*. Véase Saussure, F., *Cours de linguistique générale*, Ed. Charles Bally y Albert Sechehaye. Edición en español de Amado Alonso, *Curso de Lingüística General*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, págs. 154-159.

270 Los aspectos semánticos, léxicos y gráficos serán también analizados más adelante (epígrafes 3.2.3. y siguientes).

271 Quizá el más cualificado representante de esta corriente teórica es H.F. Plett. Su sistematización de 'figuras textuales' puede verse en "Rhétorique et Stylistique", en Kibédi Varga, A. (Ed.), *Théorie de la littérature*, Picard, París, 1981, págs. 139-176. También se puede consultar "Rhetoric", en Dijk, T. A. van (ed), *Discourse and Literature*, John Benjamins, Amsterdam, 1985, págs. 59-84.

272 "El señor Cuevas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/02/1990.

273 "El motorista inmóvil", *El País*, pág. 28, 25/11/1980.

274 "Martín Descalzo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 10/12/1989.

275 "Los pantalones", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/04/1992.

276 *El País*, pág. 22, 11/01/1981.

277 "Llama un inspector", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/12/1990. Conviene también recordar cuál es -para Umbral- la verdadera causa de los ruidos y extraños cuerpos que algunos creyeron oír y ver en el madrileño Palacio de Linares. "Revilla se compró Linares para encerrar allí su <<síndrome de Estocolmo>>, que se vino con él desde el zulo de ETA, y el síndrome de Estocolmo, descorporalizado de su señorito, es el que toca las arpas de la luna, los pianos de sombra, el que gime por los pasillos interminables que dan a pasillos interminables". ("Linares", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 01/06/1990.)

278 Y, a partir de ahí, intenta el columnista defender esa tesis hasta el final del artículo. "Los ujieres", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/11/1992. Véase, de todos modos, otro ejemplo de furor consecutivo. Intenta Umbral argumentar que es muy difícil saber qué es pornografía y qué no: "un suponer, **Luis Berlanga**, que nos trae de la mano a la Lollobrígida adolescente de *Pan, amor y fantasía*, en su filmoteca. ¿Es pornografía esa leñadora pugnaz y poco vestida que aceleró la vida sexual de los años cincuenta y los señores de cincuenta años? Entonces el Estado es pornográfico, porque la Filmoteca es estatal. Fuera con el Estado, señor Rosón". ("La pornografía", *El País*, pág. 28, 14/06/1980.)

279 El principio de 'analogía' permite aplicar parecidos razonamientos a situaciones semejantes: "Tengo escrito que el PSOE guarda con el Retiro la misma relación de Macbeth con el bosque: el bosque puede acabar tragándose a **Felipe**, como el Retiro hubiera acabado tragándose a Macbeth". ("Las izquierdas", *El País*, última,

21/03/1979.) La relación que hay entre los humoristas Tip y Coll se parece, según Umbral, a la relación que mantuvieron Marx y Engels. Conclusión: "o sea, que Marx necesita de Coll como Engels necesita de Tip". ("Marx y Engels", *El País*, pág. 29, 13/11/1979.) El principio de 'no contradicción' asegura que no pueden ser verdad, simultáneamente, una proposición y su contraria. En "El scalextric" (*El País*, pág. 26, 31/03/1982), Umbral sostiene que se debe derribar el llamado "escalextric" de Atocha; en seguida, que no se debe derribar; y, por último, que hay que acabar cuanto antes con él.

280 "La cena", *El País*, pág. 22, 13/07/1978. La técnica también se puede aplicar cuando hay que elegir entre más de dos términos. "Entre los tres borradores que dicen que maneja [Suárez], debe quedarse con el cuarto, que es el mío". ("Cien señores", *El País*, pág. 16, 07/09/1976.)

281 "Las Españas", *El País*, pág. 29, 04/03/1980. Véase este otro caso de ruptura sintáctica: "El ámbito municipal. Parece mentira que los ayuntamientos, la venta callejera, la cosa". ("La intoxicación", *El País*, pág. 25, 11/07/1981). Parece como si la indignación del autor se resolviera en radical corte sintáctico, que -como se ve- es también corte textual. En el estudio de los aspectos sintácticos (epígrafes 3.2.2. y siguientes), se volverá a tratar de esta cuestión.

282 "Mercedes Milá", *El País*, pág. 33, 05/06/1983.

283 "Cristina Marsillach", *El País*, pág. 30, 09/06/1983. Tonterías e insensateces aún mejor perfiladas leemos en "La 'ostpolitik'" (*El País*, pág. 19, 13/07/1976): "como la *ostpolitik* es una especie de cama redonda de la política, no sé yo si en la Editorial Cátedra estarán preparados, pero el presidente Ford, por su parte, ha felicitado al presidente Suárez, que a Ford y su perro Snoopy también les gusta hacer *ostpolitik* cuando papá Kissinger está distraído leyendo el *Ya*".

284 "Las librerías", *El País*, pág. 19, 17/09/1976. Añade Umbral que también a él le han tirado piedras últimamente, pero matiza que no le importa demasiado: "porque cuando se me acaban los libros, firmo piedras a las señoras".

285 "El divorcio", *El País*, pág. 20, 14/09/1976.

286 Es el caso, por ejemplo, de "Casablanca" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 05/01/1992). Se reactualiza aquí el guión y los diálogos de la película *Casablanca*, pero Umbral toma como protagonistas de su versión periodística a Encarna Sánchez y a Isabel Preysler. La fórmula se repite en "Bogart/Moncloa" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/04/1992). En este caso, Alfonso Guerra es Bogart, Felipe González es Ingrid Bergman y Martín Toval hace de pianista. Puede suceder que la transgresión, aunque no afecte a todo el texto, sí lo supere en un cierto sentido: en ocasiones, la ruptura semántica nace de una descomunal desconexión entre lo que dice el articulista y lo que la realidad impone como verosímil. Valga como ejemplo el siguiente caso: aparece una pierna en el Metro de Madrid. No se sabe de quién es. Umbral escribe: "he tratado de levantarle la faldamenta a Nadiuska, a ver si tiene las dos piernas, pero dice que me esté quieto, que hay niños delante". ("La pierna", *El País*, pág. 24, 04/12/1976.)

287 "Más mujeres", *El País*, pág. 28, 02/12/1976.

288 "Kafka y el Opus", *El País*, última, 31/07/1979. Se utiliza aquí la tradicional operación retórica de "sustitución" (véase la nota número 308 de este capítulo).

289 "Los reformistas", *El País*, pág. 23, 20/12/1983.

290 "Maquiavelo", *Diario 16*, pág. 4, 23/12/1988.

291 Con lo cual se produce una abigarrada confluencia de estilos o registros idiomáticos. La doctrina retórica clásica censura estos atentados contra la armonía discursiva. La ruptura del *decoro interno*, según los antiguos, puede originarse por enaltecimiento lingüístico (*auxesis*) o por rebajamiento lingüístico (*meiosis* o *tapinosis*). Umbral, según se podrá ver en seguida, combina ambos modos de transgresión textual.

292 *El País*, pág. 28, 20/11/1979. El escritor pretende ofrecer, por tanto, "un lirismo de rosa y látigo, que es fórmula que no falla" (*Trilogía de Madrid*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1984], pág. 133).

293 "Los grandes viejos", *El País*, pág. 25, 01/04/1982. Véase este otro caso: lanza Umbral una serie de imágenes sobre el aumento del valor del oro. Imágenes que remiten a ámbitos económicos, sociales, literarios, periodísticos, políticos, etc. De pronto: "El capitalismo -maldición, estamos rodeados, ahora sí que es verdad, catacrock, pum, zas- vuelve a sus orígenes, vuelve a Dickens y Balzac, [...]". ("El oro", *El País*, pág. 23, 21/09/1979.) El lenguaje del cómic irrumpe en otras muchas ocasiones en contextos en los que predomina un lenguaje nada festivo. "Los judíos y los socialistas. Dos grandes traumas nacionales, dos razas estigmatizadas durante cuarenta años en todos los discursos oficiales y en todos los discursos florales, coinciden ahora masivamente en Madrid y resulta que no pasa nada. Rayos, nos atacan por la espalda, como diría el Guerrero del Antifaz. Venderemos caras nuestras vidas". ("Los judíos", *El País*, pág. 26, 08/12/1976.)

294 "El Pardo", *El País*, pág. 4, 15/08/1988. Todo este texto es, en realidad, una sucesión de rupturas semejantes. Recobrado el tono lírico, llega otro desgarró tonal: "Por las orillas del río, limones coge la virgo. La virgo tiene entre cinco y siete años, cara de mala leche y patas largas, o sea que nada de lirismos". Pero continúa el lirismo, necesario sólo en la medida en que permite originar bruscos cambios de tono: "El Manzanares da miseria y eso es todo.

>> - ¿Y tú qué es lo que buscas por el río, hija?

>> - Lo que a usted no le importa, hijoputa". Lirismo roto en el último instante vemos en este otro caso: "Ana Belén, que, gestante y todo, sigue siendo la más púber canéfora del progresismo en cueros". ("La jota", *El País*, pág. 16, 05/09/1976.)

295 "El protomártir", *El País*, pág. 29, 05/07/1977.

296 "Rosón", *El País*, pág. 22, 23/01/1981. Véase, por cierto, con qué cuasi científico

tono define Umbral el término *mogollón*: "en una somera morfología del mogollón, podemos decir que éste se caracteriza por el aglutinamiento o aglomeración o aglomerado de elementos dispares entre sí, y que sin embargo funcionan coherentemente dentro del mogollón o hacen funcionar al mogollón por el propio dinamismo de sus discrepancias". ("El mogollón", *Diario 16*, pág. 6, 18/02/1989.) En "Teoría del cheli" (*El País*, pág. 31, 26/02/1980) defiende Umbral precisamente la mezcolanza de lo marginal y lo culto.

297 "Tocino", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 19/01/1992. Véase también "La censura" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/02/1992): "en la puta rue, o sea en la mismísima". El galicismo surgió para evitar la voz nefanda ('puta'): "se ha ido a la cocotte rue", escribe Umbral en "Las dimisiones" (artículo de 1975 incluido en *Suspiros de España*, Punto Crítico, Madrid, 1975, pág. 112).

298 *El País*, pág. 24, 01/02/1983.

299 "El castellano", *El País*, pág. 26, 15/10/1977. "Cosas de la life", leemos un par de años después ("La hidra marxista", *El País*, pág. 24, 07/02/1978). Otras excentricidades idiomáticas: "Vaya por Good" ("La CNT", *El País*, pág. 26, 30/04/1982); "bueno, pues la Thatcher que nada monada, que nada de <<nothing>>, que no" ("Thatcher", *Diario 16*, pág. 4, 03/05/1989); "todo un viejo gentleman de la pela" ("Obispos y banqueros", *Diario 16*, pág. 4, 05/06/1989); "la beautiful gente, el guapo people" ("Beautiful gente", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/02/1992).

300 "Los maestros", *El País*, pág. 19, 24/11/1976.

301 "Muerte a Picasso", *El País*, última, 11/04/1979. Esta palabra ('etcétera') suele acabar, especialmente, con pasajes líricos. Tal ocurre, por ejemplo, en "La verbena" (*El País*, pág. 22, 18/10/1977): "Estoy aquí, sentado en la noche de la Casa de Campo, aferrado a un clavel (...). La música del desierto viene ahora, como una brisa nocturna y palabras de arena, hasta el millón de caras en la sombra". Repite Umbral cuatro veces ese lírico "estoy aquí", hasta que, en la quinta ocasión, ataja con la voz de marras: "Estoy aquí, con mi clavel, etcétera". Hay *etcéteras* todavía menos previsibles. "Ayer, durante la cesárea del doctor Paredes a Pilar, etcétera. (la madre y la recién nacida se encuentran en perfecto estado)". ("El spray", *El País*, pág. 23, 25/07/1982.) Otras veces, la palabra sólo viene a reforzar una mezcla de tonos ya preexistente: "cuando Pepe [motorista del periódico] nos mande a todos a paseo, haré una crónica de su vespa abandonada, entrañable chatarra entre la chatarra legislativa. Polvo será la vespa, más polvo enamorado, etcétera. Algo en ese plan". ("La vespa roja de Pepe Blanco", *El País*, última, 14/03/1979.) Y, días después: "carbón serán, mis prosas, mas carbón enamorado, etcétera". ("Mis páginas amarillas", *El País*, última, 20/03/1979.)

302 Véanse los siguientes artículos: "El catorceavo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/03/1993; "Boyer", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/07/1993; y "Carmen Sevilla", *El Mundo del siglo XXI*, última, 16/02/1994.

303 "Reagan", *El País*, pág. 27, 04/10/1982.

304 "Los pensionistas", *El País*, pág. 30, 24/05/1980.

305 Aparece esta expresión, entre otros muchos lugares, en "Siente a un preso a su mesa" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 24/12/1989) y "Viva Kuwait" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 02/03/1991).

306 "Te decían a quemabraga (...)". ("Las maoístas", *El Mundo del siglo XXI*, última, 27/12/1993.)

307 En rigor, las operaciones retóricas clásicas son cuatro: "sustitución", "inversión", "adición" y "supresión".

308 Estas se expresiones se hallan en los siguientes artículos (se respeta el orden en que han sido citadas arriba): "Los bebés-noticia", *El País*, pág. 21, 19/03/1977; "El conde de Lavern (apócrifo)", *El País*, pág. 25, 08/11/1977; "Las bases", *Diario 16*, pág. 4, 09/12/1988; "Izquierda Unida", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/02/1990; "Moda danesa", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/07/1992; "Ana Botella", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/01/1993.

309 "La pequeña Thatcher", *Diario 16*, pág. 4, 16/05/1989. Expresiones similares encontramos con notable frecuencia a partir de este artículo. "Ovarios que tiene la tía", escribe Umbral en "Mercedes Sala" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/10/1991) en transgresora equivalencia del vulgar "tener huevos". Conviene anotar que la formulación admite una gran cantidad de variantes, como -por ejemplo- tener un "arranque ovárico" ("La romeraca", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/06/1992) o meterse en política "con un par (de ovarios) [sic]" ("Mercedes de la Merced", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/02/1993). Conviene anotar, por último, otros casos de *sustitución* retórica en frases hechas del mismo ámbito semántico. El vulgarismo 'no me sale de los huevos hacer tal o cual cosa' aparece, alguna vez, en forma de llamativo tecnicismo: "Se lo he oído ayer a un taxista, gritándole a otro:

>> - Que no me aparto, tío, que no me sale del genoma". ("El genoma", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/11/1990.) Es mucho más recurrente, de todos modos, la expresión "meterse hasta las tetas" en algo: "meternos hasta las tetas en la cosa de la defensa nuclear". ("Thatcher", *Diario 16*, pág. 4, 19/09/1988).

310 "Cartas de amor", *El País*, pág. 28, 12/06/1977. Umbral sustituye elementos que parecen esenciales en un grupo sintagmático concreto. El 'corte de manga' se transforma en "corte de toga"; el 'hijo de puta' se convierte en "nietos de puta" (véase "Los ramones", *El País*, pág. 28, 28/09/1980). Otras veces, la malsonancia es sobrevenida, puesto que nace de una expresión respetuosa y hasta religiosa: "los nacionalcatólicos siguen a Dios rogando y el coñazo dando", escribe Umbral en "Los neocatólicos", *El País*, pág. 27, 18/12/1982.

311 Cabe señalar, como elementos convencionales sometidos a *sustitución*, los siguientes casos: "un western de capa y espada" ("Fuenteovejuna", *El País*, pág. 26, 25/01/1981); "un abogado por debajo de toda sospecha" ("La guerra fea", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 23/01/1991); "aquí paz y después dólar" ("El socialismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/04/1991); "hacer la primitiva [juego de azar así llamado] y la

evolucionada" ("La peseta", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/05/1993).

312 "Es la guerra", *Diario 16*, pág. 4, 06/06/1989. Sobre las operaciones retóricas de desviación lingüística, véase la nota anterior.

313 "El mogollón", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/06/1991. Hay que ver en este ejemplo un caso más de ruptura de las expectativas del lector. Llama la atención que un escritor tan irreverente como Umbral publique, de cuando en cuando, artículos sensatos y convencionales. "Perdonen ustedes este rollo afgano, no diré que teórico, pero casi sin negritas", llega a escribir Umbral en un texto ("El personal", *El País*, pág. 16, 19/07/1982) de más que notable sensatez. En un momento de especial tensión política, con el insulto a la orden del día, Umbral pide calma y buenos modales: "no hay que perder el tono jamás ni, como aconseja Cela, descomponer la figura". ("El tono", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 05/05/1991.)

314 "Gente joven", *El País*, pág. 16, 10/07/1976. Expresiones como ésta se repiten con frecuencia durante esta época: "Iba yo a comprar el pan y me encontré a la gran coalición centro-derecha". ("Seamos de derechas", *El País*, pág. 20, 22/09/1976.) "Iba yo a comprar el pan y me encontré al hombre pre-Neanderthal, que silvaba himnos patrióticos, lleno de orgullo antropológico." ("Un ultra", *El País*, pág. 24, 29/09/1976.) "Iba yo a comprar el pan y me encontré al equipo estadístico de Metra-Seis". ("El pasodoble 'Fraga'", *El País*, pág. 22, 01/10/1976.) Umbral incluso ha utilizado este recurrente sintagma octosilábico como título de un libro: *Iba yo a comprar el pan...*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1976.

315 "Los cuerpos", *El País*, pág. 17, 12/09/1979. Otros modos de ruptura metatextual: "las aguas pordosieras, desarrapadas, barojianas (me jode el tópico, pero en fin), [...]" ("Adiós, Madrid", *Diario 16*, pág. 4, 20/08/1988); "(...) y punto, como dirían los que no saben terminar un párrafo". ("La conjura", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/12/1992.)

316 "El leguinazo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/09/1990. Es ésta una idea recurrente en los textos de Umbral. "Hay que estar a las duras y a las maduras, como diría cualquier columnista que no fuese yo (hombre refranero, maricón o pilonero)". ("Disuélvanse", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/03/1992). Uso burlesco de los refranes hay, sin duda, en otros muchos textos periodísticos de Umbral. "Mucho cuidado, señor Yanes, con andar mentando el cuchillo en casa del ahorcado, o como sea eso, que yo con los refranes es que me hago mucho lío". ("Pepe Bárcena", *El mundo del siglo XXI*, última, 18/11/1993.) Continúa el último texto citado con una absurda e irónica retahíla de refranes tópicos.

317 "Sindicato del crimen", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/05/1993.

318 *Instituciones oratorias*, 8, 3, 55.

319 *Rhetorica ad Herennium*, IV, 14, 20. El texto citado se puede traducir del siguiente modo: "La repetición hace que, poniendo muchas veces una misma palabra, no sólo no ofenda al buen gusto, sino que incluso el estilo resulte más elegante".

320 "Ruiz-Mateos", *El País*, pág. 26, 24/02/1983. Años antes, ya había escrito: "que es que uno se repite mucho, ustedes perdonen, pues ya dicen hasta los manuales que la repetición es la clave del estilo". ("Matar la noche", *El País*, pág. 22, 08/12/1977.)

321 "Los posesos", *El País*, pág. 24, 15/09/1977. Escribe el columnista en otro texto ("Los chicos", *El País*, pág. 25, 06/05/1977): "quiero insistir, debo insistir, hay que insistir, tenemos que insistir". Y días después: "que a **García Márquez** le habían censurado lo verde y lo picante y lo porno y lo anacreónico". ("La izquierda sexual", *El País*, pág. 26, 01/06/1977.)

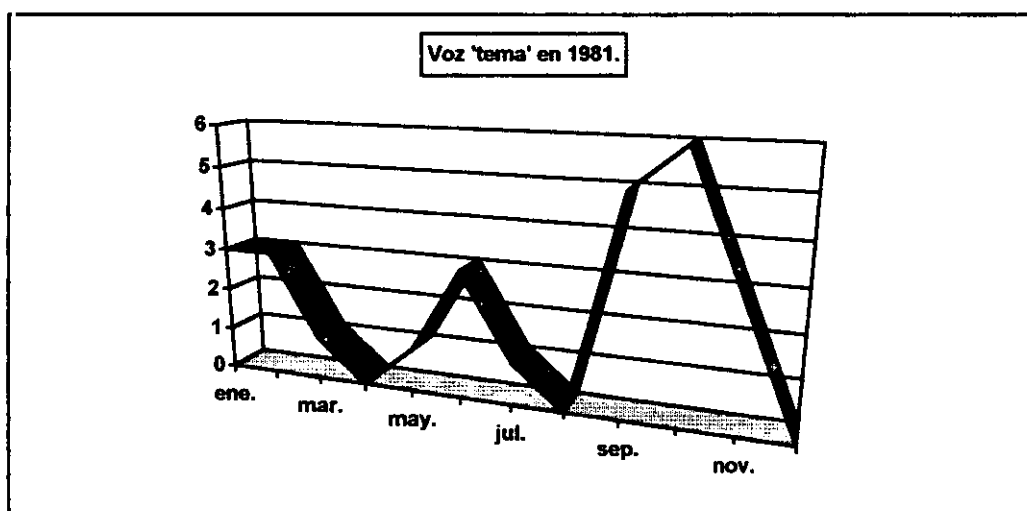
322 "La cosa nuclear", *El País*, última, 17/04/1979.

323 "El Domund de las locas", *El País*, pág. 26, 23/10/1979. Véase también "Las estatuas", *El País*, pág. 28, 24/09/1980: "Me parece que el tema (ucedé siempre dice <<el tema>>) es más complicado".

324 *El País*, pág. 28, 18/03/1983.

325 "Los membrillos", *El País*, pág. 26, 21/03/1983. Valga el siguiente repertorio como muestra de la obsesión machacante del autor: "pero pensemos dos veces en el *tema* -que diría **Roca**- del abstencionismo" ("La abstención", *El País*, pág. 43, 01/05/1983); "nos enrollamos con el *tema*, que diría el señor **Roca**" ("El cine", *El País*, pág. 36, 05/05/1983); "el *tema* (que diría el señor **Roca** ¿conocen?)" ("Las dos Españas", *El País*, pág. 24, 11/05/1983); "el *tema*, que diría el señor **Roca** ¿conocen?" ("Cristina Marsillach", *El País*, pág. 30, 09/06/1983); y así, otras ocho veces más entre julio y septiembre de ese año. De esas ocho referencias a la palabra 'tema', cuatro añaden expresamente el nombre de Roca, y las otras cuatro sólo lo insinúan.

326 Esta cursiva, de todos modos, va desapareciendo con el paso de los meses. En septiembre de 1983, aparece cuatro veces; una vez, en octubre; dos veces, en noviembre; y ninguna en diciembre. El mismo término, sin cursiva, es utilizado durante estos meses como refleja el gráfico VI:



Desde junio a diciembre de 1988, la palabra aparece ocho veces en cursiva (todas, por cierto, durante el mes de junio) y treinta y nueve sin cursiva.

327 "El retiro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/11/1989. Léase además "El síndrome Fraga" (*Diario 16*, pág. 4, 01/03/1989): "el tema (hablemos un poco en *yuppi*) se veía venir".

328 "El polen de la derecha", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/05/1990. Poco antes ("El honor de los Guerra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/01/1990) había usado Umbral este vocablo como propio de gacetilleros sin recursos: "lo que lamenta uno del tema (demos gusto a los locutores de la radio) es [...]"; y también en ese texto: "(...) sobre el asunto (ellos [los periodistas] dirían <<el tema>>".

329 "Los neocaciques", *El País*, pág. 20, 25/06/1977.

330 "10", *El País*, pág. 32, 18/12/1980.

331 "Niní Montión", *El País*, pág. 25, 15/06/1977.

332 *El País*, última, 12/06/1976.

333 "El mogollón", *Diario 16*, pág. 6, 18/02/1989. Repite Umbral machaconamente (doce veces) la palabra 'amnistía' en "La verbena de la amnistía", *El País*, pág. 15, 15/08/1976. En "Los glúteos" (*El País*, pág. 29, 08/06/1977), la voz *glúteo* se reitera quince veces. El término "tras" aparece veintiseis veces en "Elogio y márketing del tras" (*El País*, pág. 16, 02/01/1980) y, por último, el anglicismo "smog" se utiliza en veintisiete ocasiones en el artículo "Grujería y 'smog'" (*El País*, pág. 26, 05/12/1979).

334 En 1981, los artículos así titulados corresponden a los siguientes días: 16/12; 20/12 y 27/12. En 1982, el mismo título llevan los textos publicados en las fechas que siguen: 03/01; 13/02; 21/02; 28/02; 09/03 y 14/03. En total, pues, se recurre nueve veces al mismo título en apenas tres meses.

335 Pongamos por caso la idea la 'gran coalición de centro-derecha': en septiembre de 1976, se formula el día 22 ("Seamos de derechas", *El País*, pág. 20) y se reitera el día 23 ("Suecia", *El País*, pág. 18). Hay un breve descanso durante los días 24 y 25, pero vuelve a ser el tema central del artículo del día 26 ("La gran coalición", *El País*, pág. 20). No hay prensa el lunes 27 de septiembre y el 28 no escribe Umbral. El artículo del día 29 ("Un ultra", *El País*, pág. 24) empieza así: "Ya les decía yo a ustedes que cada día se suma un nombre nuevo a la coalición centro-derecha".

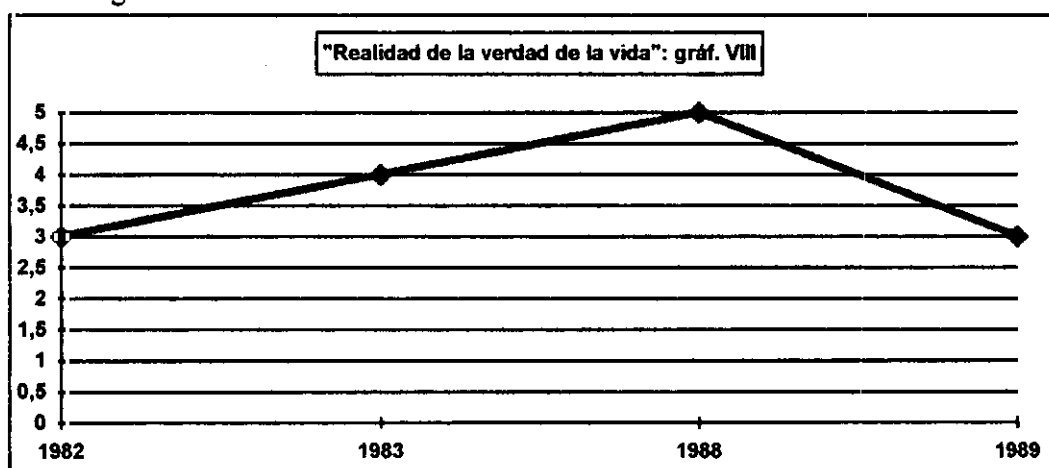
336 "Los famosos", *Diario 16*, pág. 4, 01/07/1988. Umbral, en efecto, aplica insistentemente el adjetivo *santa* al sustantivo *esposa*. Ello ocurre ya en artículos anteriores a los aquí analizados ("la mujer quiere más de todo, y no lo digo por la mía, que es una santa", escribe Umbral en "Apretarse el cinturón", columna incluida en el libro *Suspiros de España*, Ed. Punto Crítico, Madrid, 1975, pág. 76). Con el tiempo, el sustantivo llega a desaparecer, por lo que todo el peso semántico recae en el adjetivo.

"Mi santa, que es una santa, no ha dicho nada ni ha reparado, pero (...)" ["La acompañante", *El País*, pág. 28, 02/04/1982].

337 "El lago de los cisnes", *El País*, pág. 18, 16/02/1980. El término aparece también en *A la sombra de las muchachas rojas* (Cátedra, Madrid, 1981, pág. 114) y en *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 55): "consisto en mis tópicos -escribe Umbral-. El autotópico es la única verdad de uno. Eso que se llama un estilo literario, un estilo personal, no es sino la consagración de media docena de autotópicos mediante el tiempo, la insistencia y el estilo".

338 En agosto de 1976 aparece once días. La medida durante este mismo mes es de 0,44 veces por día. En octubre de ese mismo año, podemos leer este "iba yo a comprar el pan y (...)" catorce veces. En "El 'ABC' no es comunista" (*El País*, pág. 21, 15/07/1976), llega a utilizarse cinco veces en un solo texto. Cuando -con el paso de los años- la fórmula se agota, surgen curiosas variantes: "yo, esta mañana, cuando iba a comprar *Le Monde* (el pan, ahora, me lo compra el gato), (...)" ("Camuñas", *El País*, pág. 30, 21/11/1980); "iba yo a comprar *Le Monde* (el pan ya no lo compro, con estos precios, [...])", leemos en "Los católicos", *El País*, pág. 21, 07/01/1981); "iba yo a comprar el *Financial Times* (...)" ("Mayoría natural y gran derecha", *El País*, pág. 29, 24/02/1982). El autor, con todo, deja claro que la fórmula, aun agotada, le pertenece a él en exclusiva, y critica a quienes se atreven a imitarle. En un artículo titulado "Cosas para tirar" (*El País*, pág. 18, 16/01/1982), señala como basura "todas las columnas de Prensa que comienzan: <<Iba yo a comprar...>> (el tabaco, el whisky, la leche, etc.), porque se lo montan sobre otra columna".

339 La encontramos cuatro veces en la segunda mitad del mes de noviembre de 1976; cinco veces, en 1977; sólo una vez, en 1978. Sobre algunos de los años siguientes, véase el gráfico VIII:

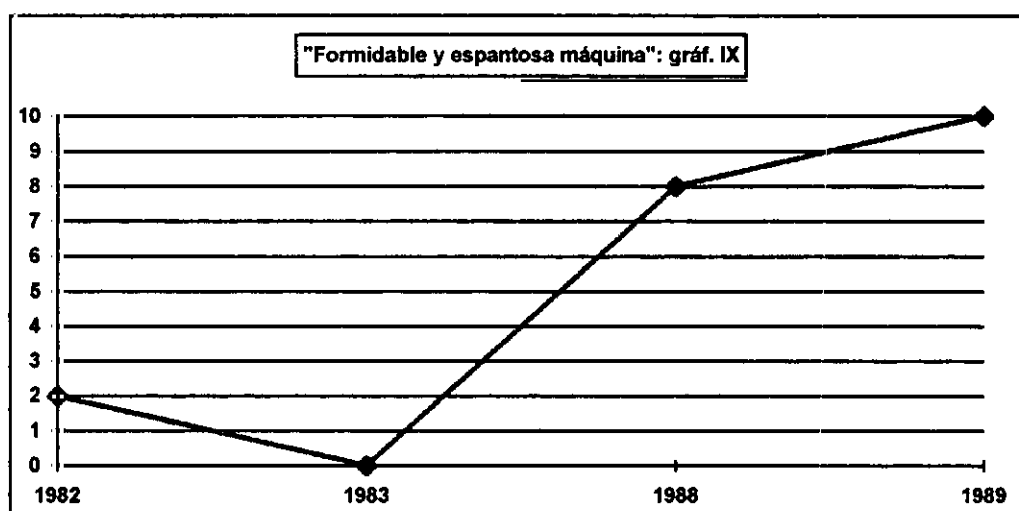


En 1988, Umbral usa dos veces una variante en la que se incluye un curioso galicismo: "la realidad de la verdad de la verité". (Léanse "Elogio de la barraganía", *Diario 16*, pág. 4, 18/11/1988 y "Del rojo al amarillo", *Diario 16*, pág. 4, 24/11/1988.)

340 "Se me ponía espanto en el epigastrio", leemos en "Oh, Rumasa", *El País*, pág. 24, 14/09/1977. Umbral se da cuenta de que ha encontrado una expresión curiosa y la

repite en "Carta a mi gato" (*El País*, pág. 24, 26/11/1977): "frase que me pone espanto en el epigastrio". En 1978, la vemos (con variantes incluidas) tres veces; en cuatro ocasiones aparece en 1983. En "Los desnudos y los muertos" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/12/1990), escribe Umbral: "estremece el pericardio pensar que (...)". Y, más adelante, en este mismo texto: "estremece el miocardio escuchar (...)".

341 "Nuestra Conferencia Epsicopal, esa formidable y espantosa máquina de mandar españoles al infierno sin tiempo de quitarse el preservativo, aún no (...)", dice Umbral en "Obispos y guerra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 22/01/1991. La frase aparece por primera vez en febrero de 1982. En los años siguientes, como se puede ver en el gráfico IX, el uso se intensifica considerablemente:



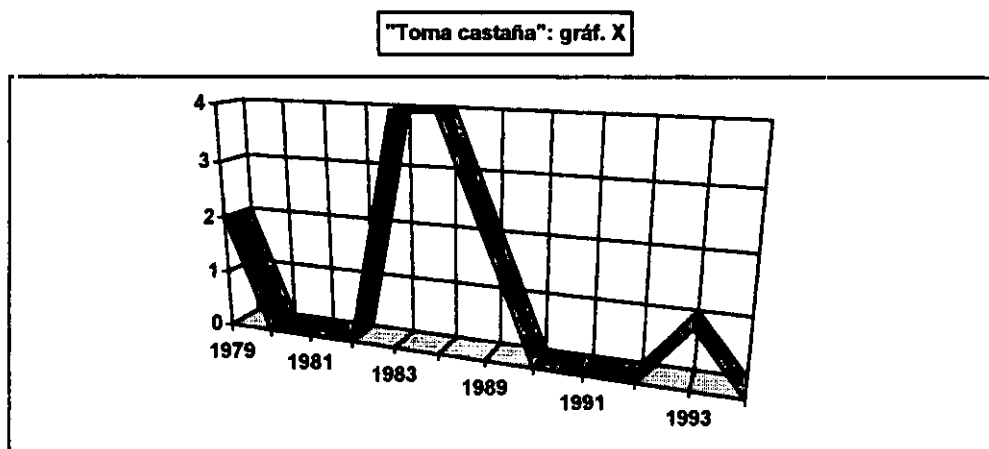
342 Esto que escribe el columnista en "El otro periodismo" (*El País*, pág. 40, 28/04/1982) o en "Olga Ramos" (*El País*, pág. 20, 25/06/1978) también puede verse, verbigracia, en *La noche que llegué al Café Gijón*, Destinolibro, Barcelona, 1980 [1ª ed. de 1977], pág. 10. Encontramos en otros artículos una expresión similar: "el ludibrio del bodrio" ("El oro", *El País*, pág. 23, 14/02/1978); "dándole al manubrio del ludibrio del bodrio de la maquineta de los billetes" ("Mil de vellón", *El País*, pág. 22, 02/04/1978); "ese manubrio del ludibrio del bodrio y la sangre en que se ha convertido ETA hoy por hoy" ("Leguineche", *El País*, pág. 29, 26/10/1978). En 1989, al cabo de más de diez años sin usarla, reaparece la fórmula: "le da al manubrio del ludibrio del bodrio" ("Leguina", *Diario 16*, pág. 4, 10/01/1989). Más tarde adopta otras formas lingüísticas: "el ludibrio del bodrio", en "Autobiografía", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 15/09/1991; y de nuevo "el cogollo del meollo del bollo" en "Disney" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/04/1992) y en "Obispos del PP" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/01/1993). El libro *Amar en Madrid* (Planeta, Barcelona, 1972, pág. 73) desvela el origen último de esta juguetona expresión: "pasaron los chuletas que le daban con el codo a lo que Ramón Gómez de la Serna llamó <<el manubrio del ludibrio del bodrio>>". Umbral, así pues, lo único que hace es generar variantes pintorescas de una curiosa frase acuñada por otro escritor.

343 "Luego vienen los reduccionistas que se la cogen con papel de fumar *Jean* y te llaman costumbrista", se queja Umbral en "La bombilla", *El País*, pág. 24, 01/12/1976.

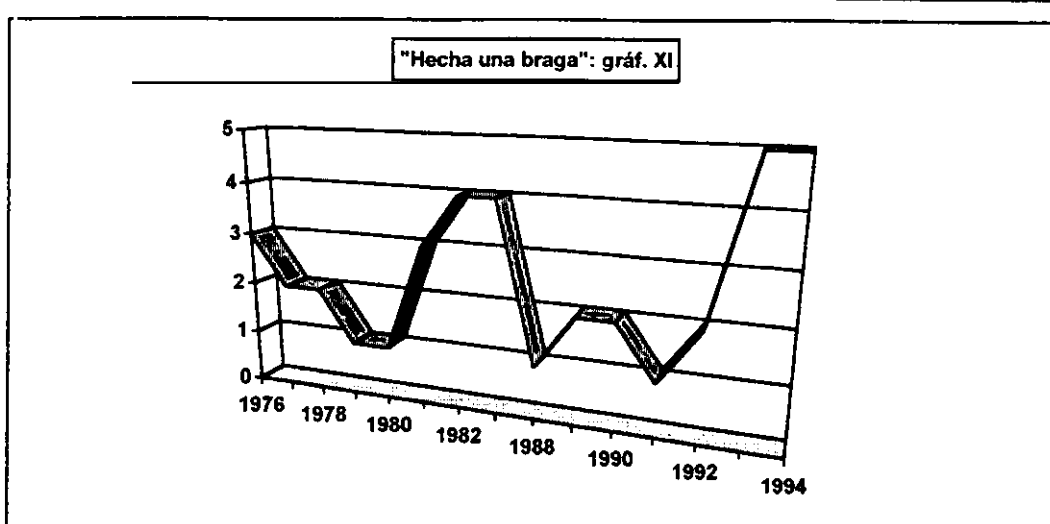
Es la primera vez que usa esta frase durante el período que aquí se analiza. Antes de mayo de 1976, la encontramos en el artículo titulado "Los futurólogos" (véase el libro *Crónicas antiparlamentarias*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974, pág. 114). En 1977, la vuelve a utilizar dos veces: "los críticos que se la cogían y nos la cogían con papel de fumar marca Jean, que es la fina", en "A Camilo" (*El País*, pág. 32, 17/06/1977); "los políticos se la cogen con papel de fumar a la hora de tratar el divorcio, el adulterio, el aborto, los anticonceptivos y demás temas de la ingle", en "El Pescaílla" (*El País*, pág. 25, 23/12/1977). Encontramos el tópico de nuevo en 1979, dos veces en 1983, otras dos en 1991 y la hallamos, por último, en 1993: "se la cogen con el papel de fumar (si es que la encuentran)". ("El infarto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 16, 30/05/1993).

344 "A la pintura", *El País*, pág. 20, 16/10/1976. Este sintagma aparece ya en artículos publicados años atrás por el autor. Véase, por ejemplo, "Vergüenza torera", artículo recogido en *Diario de un snob*, Destino, 1978 [1ª ed. de 1973], pág. 139.

345 Véase el gráfico X:

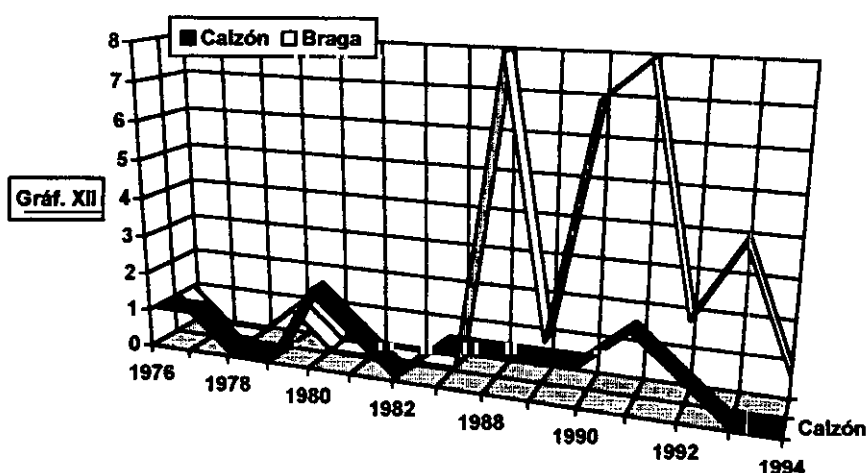


346 "La economía, macho, hecha una braga." Así termina Umbral un artículo titulado "Las suecas", *El País*, pág. 17, 25/06/1976. Es la primera vez en que se usa el latiguillo coloquial (o vulgar).



Esta fórmula presenta variantes como "dejar como una braga" ("Los obreros", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/10/1992), "quedarse en bragas" ("El rostro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 13, 04/04/1993), "dejar en bragas" ("Chiapas", *El Mundo del siglo XXI*, última, 12/02/1994) o "estar en bragas" ("Zaragoza/Bagdag", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 07/02/1991).

347 "A calzón caído" escribe Umbral entre 1976 y 1983 (véanse, por ejemplo, "Suecia", *El País*, pág. 18, 23/09/1976; "La pareja", *El País*, pág. 28, 07/10/1980; "La pena de muerte", *El País*, pág. 25, 19/02/1981). Más adelante, sin embargo, prefiere la expresión "a braga quitada", que se convierte en uno de los *autotópicos* preferidos por el autor.



348 "El personal", *El País*, pág. 24, 19/12/1976. Aún más contundente es Umbral en el libro *A la sombra de las muchachas rojas*, Cátedra, Madrid, 1981, pág. 48: "las revistas del corazón y del coño".

349 "Castellana, 3", *El País*, pág. 23, 31/12/1976. Se repite la fórmula en "Los bebés-noticia", *El País*, pág. 21, 19/03/1977.

350 Se pueden encontrar estas denominaciones en los siguientes artículos (se mantiene aquí el orden en que han aparecido): la primera, en "El niño de Massiel", *El País*, pág. 17, 06/02/1997 y "Carmen de España", *El País*, pág. 18, 25/07/1978. La segunda, en "Sexo en TVE", *El País*, pág. 23, 02/02/1977. Y, por fin, la tercera, en "Los niños de San Ildefonso", *El País*, pág. 24, 21/12/1977.

351 "María Asquerino", *El País*, pág. 22, 06/12/1979.

352 "Judíos, moros y mejillones", *El País*, pág. 32, 23/09/1981.

353 "Ultrasur", *Diario 16*, pág. 4, 19/08/1988.

354 Las expresiones citadas se pueden ver, por este orden, en los artículos que siguen: "Los blasones", *Diario 16*, pág. 4, 04/05/1989; "Carmen Romero", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/05/1990; "Los 80", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/10/1990; y "Beautiful gente", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/02/1992.

355 Véase Martínez Albertos, J.L., *Curso general de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983, págs. 206-207.

356 Santamaría, L., *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid, 1990, pág. 119.

357 Véase, en especial, el epígrafe 3.2.1.1.3.1.1. de este mismo capítulo.

358 "Carmen Sevilla", *El Mundo del siglo XXI*, última, 16/02/1994.

359 "Las rodillas", *El País*, pág. 22, 09/02/1977. La coma que va después del paréntesis (tan innecesaria como incorrecta) está en el texto original.

360 "Las moscas", *El País*, pág. 23, 30/06/1977.

361 "Lázaro Carreter", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/12/1991. Lo cual no impide que, en alguna ocasión, Umbral cometa errores por simple ignorancia, como le puede ocurrir a todo humano: "(...) el retrato de la libido (linotipista, amor, no me pongas, a tan altas horas, <<libido>>, con acento, ni <<livido>>, de pálido)". En este texto ("El triple héroe", *Diario 16*, pág. 4, 30/11/1988), adoctrina el escritor al linotipista, pero mete la pata al decir que 'livido' equivale a 'pálido', porque en realidad 'livido' significa lo contrario: 'amorado'.

362 "Los alcaldes de Madrid/Vaguada", *El País*, pág. 13, 30/07/1978.

363 "Amigos de la URSS", *El País*, pág. 20, 11/09/1977. Repite el autor este 'desde ya' en otros muchos textos. Véase, por ejemplo, "Los funcionarios", *El País*, pág. 26, 29/09/1977.

364 "Las tres culturas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/11/1990.

365 "Barjola", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 14/03/1993. En contraste con este descaro, véase la ironía que despliega Umbral cuando esgrime una supuesta falta de competencia lingüística para explicar sus incorrecciones idiomáticas: "(...) y perdón por el pretérito indefinido, pero nunca he estado fuerte en el uso de los tiempos verbales, y por esto no soy ya académico (lo cual es por otra parte una manifiesta injusticia)". ("Desnudismo", *El País*, pág. 17, 27/06/1976.)

366 "El vacío de Guerra" [sic], *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 10/03/1991.

367 Léase "Johnny King", *El País*, pág. 23, 25/10/1979. "Los travestidos del alma también tienen su cheli", anota en esta columna el autor. "No se pregunta nunca ni de por qué y por qué la **María Amparo** (...)", escribe Umbral en "¿Y las respetuosas?" (*El País*, pág. 23, 27/10/1979), reproduciendo otra vez el lenguaje -según el autor- de las prostitutas.

368 "Del rojo al amarillo", *Diario 16*, pág. 4, 24/11/1988.

369 "El travieso", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 17/03/1991.

370 "La guerra santa", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/03/1990.

371 "Matanzo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/12/1991.

372 "El búho", *El País*, pág. 21, 31/12/1980.

373 "Amedo", *Diario 16*, pág. 4, 20/07/1988.

374 "La crisis", *El País*, pág. 20, 20/02/1980. Vemos este mismo juego de sinsentidos en "La pasota", *El País*, pág. 27, 26/12/1980): "que tampoco es como necesario, o sea de alguna manera, a nivel de, a ver si me entiendes, (...)". A veces, para que el lector sepa que la incorrección es, en realidad, una crítica a quienes la cometen por ignorancia, recurre el autor a una simple cursiva: "los telerrifles más actuales y sofisticados" ("Las armas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/03/1990). Tal cursiva vale por un comentario crítico: "sofisticadas, como dicen ahora quienes no saben decir" ("La adolescencia forzosa", *El País*, pág. 26, 06/10/1983). Otra posibilidad es una mera y desgana glosa: "como mi sobrina **Ana** ha suspendido en dibujo (ha sido suspendida)." ("Arriba el campo", *Diario 16*, pág. 4, 26/07/1988).

375 "El cisma", *El País*, pág. 15, 02/09/1976.

376 "El conde de Lovern (apócrifo)", *El País*, pág. 25, 08/11/1977.

377 "Robert Redford", *El País*, pág. 17, 21/11/1976.

378 "Las orejas", *El País*, pág. 21, 13/07/1983.

379 "Las palomas", *El País*, pág. 32, 18/10/1982. Es curioso comprobar cómo con el

tiempo, y sin dejar el menor atisbo de ironía, el columnista escribe: "la pintura surrealista visualiza una metáfora". ("Muerte de un siglo", *Diario 16*, pág. 4, 25/01/1989.) Sobre las críticas al lenguaje de la televisión, véase "Analfabetas" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/09/1992): "las locutoras que dicen <<él es...>> o <<Es todo>> (por <<eso es todo>>), <<ofertar>> por <<ofrecer>>, <<el jefe está reunido>> (y nos lo imaginamos hecho un ovillo consigo mismo, en plan tantra), [...]".

380 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/05/1991. El autor, a modo de justificación final, añade el siguiente párrafo: "Dirán que lo nuestro es un nacionalismo romántico, pero ellos no renuncian a su Paguí, cuando está claro que es París, ni a su Shakespeare, cuando está tan claro que es Chéspir. Que se godan".

381 "Que le hagan ministro", *El País*, pág. 26, 01/07/1981. El texto empieza así: "Verá usted, Don Cierva (D mayúscula, siempre, robot, cuerpo) [...]".

382 "CJC", *El País*, pág. 32, 20/10/1983.

383 "Armada", *El País*, pág. 30, 12/03/1982.

384 "El estatalismo", *El País*, pág. 22, 19/10/1983. Lo curioso es que Umbral lo escribe con minúscula e inmediatamente dice que se debe escribir con mayúscula.

385 "El águila bicéfala", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/01/1991.

386 "La forja del dólar", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 26/02/1991. Metido en otro glorioso e intrincado jardín, anota el escritor entre paréntesis: "[...] (y perdonen la confusión y la oscuridad, pero esto no es un informe, es *El proceso*)". ("Más furbo", *El País*, pág. 18, 28/01/1979.)

387 "El cacao", *El País*, pág. 24, 09/11/1976.

388 "El Sol", *El País*, pág. 22, 12/02/1980.

389 "Gacia Lorca", *El País*, pág. 33, 20/06/1980.

390 "Fraga", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/03/1993. Por la misma razón, un teléfono pasa a ser insinuante onomatopeya: "Solana [presidente de Telefónica] se interpone entre nosotros con su pi/pi". ("El personal", *Diario 16*, pág. 4, 29/12/1988). Otras veces, en cambio, la oscuridad se deshace: "<<Joselito, en Zaragoza, me puso los huevos en la nuca>>. <<Querrá usted decir en la garganta, por la emoción>>. <<No, es que yo le saqué a hombros>>". ("Salir a hombros", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/10/1991.)

391 "¿Qué hace una prensa como tú en un sitio como este?", *El País*, pág. 28, 11/10/1978. El aparato de Isabel Tenaille, por supuesto, es la llamada caja tonta: o sea, la televisión. La anfibiaología queda, en muchos casos, anulada: quizá cuando la insinuación es demasiado audaz. El 16 de mayo de 1989, *Diario 16* publica en Primera una noticia cuyo titular es el siguiente: "Morán: <<No le llego a ni a las medias a

Margaret Thatcher>>". Umbral, días después ("Las Malvinas", *Diario 16*, pág. 6, 20/05/1989), escribe: "cuando Fernando Morán ha dicho que ningún político le llega a esta dama a las ligas, he aquí que el peronista Menem le puede llegar incluso hasta más arriba de las ligas, o sea a las Malvinas".

392 Véase Martínez Albertos, J.L., *Curso general de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983, pág. 226.

393 "José Hierro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/06/1991.

394 "Santander", *El País*, pág. 17, 11/09/1976.

395 Es el caso de "Dulce María Loynaz", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 25/04/1993. Véase también "27-E", *El Mundo del siglo XXI*, última, 19/12/1993.

396 "Una hora de España", *El País*, pág. 24, 26/01/1977. Se refiere Umbral aquí a los abogados laboristas asesinados días antes en Madrid: "España es lo de siempre, España negra, un coro de letales ciudadanos sobre el silencio enorme de los pobres", escribe al día siguiente ("A Rafael Alberti", *El País*, pág. 20, 27/01/1977).

397 Sobre el dolor de la muerte en la mina, léase "Asturias", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 17, 21/10/1991: "(...) las sucesivas levas de hombres y mujeres que nacen, violentos y buenos, del útero escarpado del carbón, (...)". Una deficiente mental es la protagonista de "La niña", *El País*, pág. 36, 20/04/1982. Absolutamente lírico es también "Los alimentos terrestres", *El País*, pág. 35, 17/06/1980.

398 Umbral, de hecho, mezcla a veces ironía y lirismo. Véase, por ejemplo, qué escribe el día después de recibir un sospechoso paquete que acabó siendo revisado y requisado por la policía. "Abrieron el paquete, el paquete a [mi] nombre, y el paquete era de heces, heces fecales, todo un ramo de heces, ignorada deposición, primavera interior de un fan que tengo". ("El paquete/y 2", *El País*, pág. 24, 12/11/1978).

399 "Amilibia", *Diario 16*, pág. 4, 15/03/1989.

400 "Vallecas", *El País*, pág. 24, 22/02/1978.

401 "Carabanchel", *El País*, pág. 29, 14/11/1981.

402 "Nicole Blanchery", *El País*, pág. 19, 23/01/1979.

403 "Sonsoles", *El País*, pág. 18, 02/03/1977.

404 "El miedo", *El País*, pág. 28, 27/05/1981.

405 "Cartas del pueblo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/11/1989. No es que la técnica se aplique, en exclusiva, a políticos conocidos: "Suquía, confalonero de Dios" ("El ayatolá", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/11/1990). Las ráfagas de la metáfora también iluminan realidades no materiales, sino abstractas: "El presidencialismo es la

multitud de uno solo", escribe Umbral en "Gades" (*El País*, pág. 28, 28/11/1981).

406 "Madrid/Kuwait/Pisa", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/03/1991. Se refiere el escritor a las llamadas "Torres Kío", de la Plaza de Castilla de Madrid. Sobre el Tren de Alta Velocidad ("AVE") que comenzó a funcionar en 1992 entre Madrid y Sevilla, escribe Umbral: "es una tontería a toda velocidad, la boboda [más] urgente de la historia". ("Los colceños", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/10/1992.) Un par de días después ("El AVE", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/10/1992), insiste: "lo que a uno le parece mal del AVE no es precio ni el lujo ni el alarde, sino la rapidez".

407 "Quinientas mil gentes", *El País*, última, 05/05/1979. Léase también este otro simil: "Le dan a **Lázaro Carreter** un premio de periodismo. Es como darle al Océano Pacífico un premio a la humedad". ("Los dragones", *El País*, pág. 28, 15/11/1982.)

408 "Beautiful gente", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/02/1992. Otro simil sicalíptico de Umbral alude a la sinuosa pasión que parece sentir el Ayuntamiento de Madrid por los túneles: "van a dejar la ciudad más perforada que una respetuosa sin sindicato". ("La nueva frontera", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 04/03/1990.)

409 "El alcalde", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/05/1991. "El secreto del género, con perdón, está en un cierto punto de exceso, de exageración", escribe Umbral ya en "Los periódicos" (*El País*, pág. 28, 23/06/1983). Se trata, pues, de una de las ideas recurrentes de Umbral: "exagera que algo queda. Sólo cuando exageramos somos veraces", añade en "El porro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/05/1991.

410 "Los regionalistas", *Diario 16*, pág. 4, 31/01/1989.

411 "Por qué perdimos la guerra.", *El País*, pág. 23, 20/10/1976. Valor de viñeta humorística (casi parece de Forges) presenta, por ejemplo, un texto titulado "Los funcionarios" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/12/1992). La mujer de un funcionario le pide a su marido: "Anda, colócame esas baldas en un periquete, que descansarás mañana en la oficina."

412 "Aranguren", *El País*, pág. 4, 28/07/1988.

413 "Las ratas", *El País*, pág. 16, 04/09/1976.

414 "La nueva frontera", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 04/03/1990.

415 "Los pies", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 19/05/1991.

416 "Los comunistas", *El País*, pág. 22, 02/04/1977.

417 "Un libro quemado, en cambio, es una cosa gloriosa, un momento fulgurante de la Historia, una luminaria. El libro resplandece por un instante y el fuego lo llena de unas metáforas que no tenía. Hay que quemar libros". ("Quemar un libro", *El País*, pág. 20, 14/11/1976.) Por algo escribe Umbral aquello que podemos leer en *Y Tierno Galván ascendió a los cielos* (Seix Barral, Barcelona, 1990, pág. 102): "el pecado de Satán es

pecado de ironía". Y más adelante (pág. 128): "la ironía produce distanciamiento, y eso alivia mucho, permite respirar, crea un espacio entre la idea y la palabra, entre el que habla y el que escucha".

418 "Los emigrantes", *El País*, pág. 20, 13/11/1976.

419 "Garrote y Prensa", *El País*, pág. 35, 12/05/1981.

420 "La Corrala", *El País*, pág. 20, 15/09/1976. Otro caso semejante: cuenta Umbral que ha sido amenazado por el empresario José María Mateos; el autor escribe una crónica formalmente laudatoria (acaba incluso con un "Viva los **Ruiz-Mateos**"), pero que, en realidad -pragmáticamente-, es una crítica mucho más dura que una hipotética columna formalmente reprobatoria. ("Oh, Rumasa", *El País*, pág. 24, 14/09/1977). Otro artículo completo cuyo significado pragmático queda trascendido por la ironía (y muy apartado, por tanto, del significado textual en cuanto suma de significados literales) es "El honor", *El País*, pág. 35, 20/05/1982.

421 Quiere decirse, en consecuencia, que *no siempre* renuncia Umbral a marcar lingüísticamente su ironía: "(lo digo al revés para que se me entienda)", aclara en "Nora, abortista" (*El País*, pág. 22, 04/02/1983). En artículos escritos antes de 1976 también surgen, de cuando en cuando, estos marcadores lingüísticos de la ironía: "-y no lo digo sólo literalmente-", anota Umbral en "Saritisima", artículo incluido en *Suspiros de España*, Punto Crítico, Madrid, 1975, pág. 199. En ese mismo libro, véase también el final de "Memorias de un niño de derechas", pág. 205.

422 "San Josemaría", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/04/1990.

423 "El Quijote", *El País*, pág. 25, 12/07/1978.

424 "Areilza", *El País*, pág. 21, 26/03/1977. El español del barroco asoma también por el texto titulado "Cartas a Ana" (*El País*, pág. 30, 21/02/1982), en el que se incluyen pasajes como éste que sigue: "mas voto a Dios que espanta esta grandeza y que diera un doblón por *describilla*". Desaparece la cursiva un año después: "por describilla", escribe Umbral tras citar a Cervantes (véase "El reloj", *El País*, pág. 24, 15/04/1978).

425 Dos veces aparece la frase entrecomillada en "Las muchachas rojas", *El País*, pág. 30, 16/06/1981. El artículo "Tarancón municipal" (*El País*, pág. 4, 27/06/1988) acaba así: "Y del director de <<Vita Nuova>>, ¿qué se hizo?". En ocasiones, Umbral recurre a arcaísmos aún más tópicos, si cabe: "su <<sostenella y no enmendalla>>", anota en "Armada", *Diario 16*, pág. 4, 27/12/1988. Esta misma frase, tal cual, se incluye en "El Cervantes" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/11/1991). Sin comillas ni cursiva ("sostenella y no enmendalla") aparece en "Fidel Castro" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/03/1992) y "Salir a hombros" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/10/1991).

426 "¿A dónde me apunto?", *El País*, pág. 15, 01/09/1976.

427 "Iglesia y mujer", *Diario 16*, pág. 4, 07/10/1988. Este modismo clásico lo usa Umbral ya en "Herboristería" (*El País*, pág. 24, 08/02/1977): "por do más pecados [*sic*]

habíamos". Y, como variante pintoresca, cabe recordar este otro pasaje: "se dejan arder -playa, piscina- por *do* más gozado habían". ("Las orejas", *El País*, pág. 21, 13/07/1983).

428 Encontramos el adjetivo, por ejemplo, en "Eurovisión", *El País*, pág. 24, 25/02/1977. Con reticencia cursiva ("la *fermosa hembra*") aparece en "Andalucía" (*El País*, pág. 21, 23/02/1980). Más adelante ("Los arcisprestes", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/03/1992), se prescinde de la letra cursiva y volvemos a encontrar "fermoso".

429 Véase "Revival Escrivá", *El País*, última, 15/06/1976. En "Los andróginos" (*El País*, pág. 27, 15/04/1980), encontramos "desfacer" y "facedora". Leemos "desfacia entuertos" en un artículo titulado "El Quijote", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 31/01/1992.

430 "Felipe", *El País*, pág. 22, 19/06/1977.

431 "La Tri", *El País*, última, 19/04/1979. Año y medio después ("Ser pegamoide", *El País*, pág. 30, 31/10/1980), reaparece la expresión: "juvenil e inmadura", escribe esta vez Umbral. Mucho después, encontramos el sintagma "poderío inmaduro". ("La gramática", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/10/1991).

432 "Monacillo/francesillo" leemos en "Estar al loro", *El País*, pág. 28, 28/11/1983. Años más tarde, el arcaísmo se apoya en una tipografía especial (cursiva): "*monacillo*". ("El Sur", *Diario 16*, pág. 4, 21/06/1988.) Resulta curioso ver cómo esta cursiva desaparece algo después: "monaguillo/monacillo", escribe el autor en "Monseñor Yanes", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/05/1993. Es posible que estas mudanzas y fluctuaciones tengan mucho que ver con el periódico en que escribe Umbral.

433 "Una puerta", *El País*, pág. 22, 12/09/1980. Once años después, la letra cursiva desaparece: "la juventud que trujera al Madrid Alfonso Ussía (...)". ["Democracia detenida", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 23/06/1991]. En "Martín Villa" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/10/1992), Umbral vuelve a escribir "que trujeron".

434 Se alude aquí ("Una figura literaria", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/12/1990) al sentido que el DRAE recoge en la cuarta acepción de este vocablo: "trepe, reprimenda, bronca".

435 "La gran coalición", *El País*, pág. 23, 26/09/1976. Hallamos la estructura básica de este sintagma en cinco ocasiones más: "de felice recordación" ("El 'smog'", *El País*, pág. 28, 30/11/1979); "de infelice recordación" ("Titania", *El País*, pág. 30, 28/05/1981); "de *infelice* memoria" ("Utopía y derecha", *El País*, pág. 33, 29/08/1981); "de felice recordación" ("La autoidentificación", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 04/02/1990); "de felice recordación" ("Huérfanos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 06/09/1991).

436 "Cartas a Ana", *El País*, pág. 31, 16/12/1981.

437 "El premio <<Cela>>", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/11/1992.

438 "El scalextric", *El País*, pág. 26, 31/03/1982. De las coplas de Jorge Manrique extrae también Umbral la expresión "los grandes, *pequeños e más chicos*" ("Vender democracia", *El País*, pág. 26, 23/05/1983). "Los <<medianos e más chicos>>", escribe en "Vargas Llosa" (*Diario 16*, pág. 4, 28/10/1988). Por último, vemos "menores e más chicos" en "La Moncloa" (*Diario 16*, pág. 4, 29/05/1989). Cervantes surge de improviso en "Que vuelva Guerra" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/03/1992): "cosas veredes, **Sancho**".

439 "El Rey", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/02/1992. Es claro, en este caso, el influjo de la expresión "Reyna **Ysabel**", que Umbral usa de ordinario (véanse "El Papa menguante" [*El País*, pág. 18, 06/09/1982] o "El dinero" [*Diario 16*, pág. 4, 29/06/1988]) para referirse a Isabel la Católica. El conocido militar Manuel Gutiérrez Mellado es, en otro texto, "nuestro teniente general más cauto y *cativo*" ("Gutiérrez Mellado", *Diario 16*, pág. 4, 09/06/1988). Este mismo adjetivo ("princesas *cativas*") lo podemos hallar en "La Bastilla", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/10/1990.

440 "Los gamos", *El País*, pág. 23, 08/03/1977. Vemos este mismo adjetivo ("acollonante") en "La España necesaria", *El País*, pág. 24, 08/02/1980.

441 "La mentira", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/04/1993.

442 Véase "Cartas del pueblo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/11/1989.

443 "Prensa y Gobierno", *El País*, pág. 28, 24/10/1983. Se supone que Umbral intenta usar aquí el cultismo latino "cornutus", pero es evidente que lo declina libérrimamente.

444 "Arúspice" se puede hallar, por citar un solo artículo, en "Sonsoles" (*El País*, pág. 18, 02/03/1977). "Deuteragonista" aparece, verbigracia, en "La democracia es cara" (*El País*, pág. 22, 06/03/1977).

445 "Políticos de entretiempo", *El País*, pág. 28, 15/06/1982. Léase este otro ejemplo ("Miguel Hernández", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/03/1993): "o sea, poeta/profeta, según viejas etimologías". Aquí parece que Umbral se pasa de culto. 'Poeta' procede del griego *poiētēs* ('creador', del verbo *poiéo*: 'hacer'), mientras que 'profeta' tiene una raíz completamente distinta (*pro-fēmí*: esto es, 'decir por adelantado', 'profetizar'). Otra etimología *personal*: "macarras, choricillas y mecheras: *mechera* viene de la que escondía el robo en el sexo, dejando fuera, inevitablemente, una mecha". ("Violadores nocturnos", *El País*, pág. 27, 22/12/1982.)

446 "El rey va a tener la siesta, / y un retrete se ha entrado", leemos ya en el famoso "Romance de la Cava".

447 Véanse, por este orden, "El pantalón de Carmela", *El País*, pág. 29, 19/02/1980; "Dónde me hago de derechas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/03/1990; y "Fratrias/Autonomías", *El País*, pág. 21, 16/07/1983.

448 "Ya somos adúlteros", *El País*, pág. 21, 02/11/1977.

-
- 449 "El soborno del gato", *El País*, pág. 22, 31/12/1978. Otras veces ni siquiera hay cursiva: "lo que le hace ilu a **Bush** es (...)". ("Nicolás Guillén", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/04/1990).
- 450 Así acaba "A don Landelino", *El País*, última, 28/03/1979.
- 451 La expresión está incluida en "El arte/basura", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/10/1990.
- 452 "El Palace", *El País*, pág. 25, 30/12/1983. Aquí señala el autor a quién va dirigida, en concreto, la crítica: a *los niños de Serrano*; o sea, a esos jovencitos adinerados a los que se les suele llamar *pijos*.
- 453 "Los chicos", *El País*, pág. 25, 06/05/1977.
- 454 "Los ministrables", *El País*, pág. 29, 21/06/1977.
- 455 "Llegada de los dioses", *El País*, pág. 22, 05/02/1983.
- 456 "Punk rock", *El País*, pág. 17, 27/07/1977.
- 457 "Tomar El Pardo", *El País*, pág. 21, 13/09/1977.
- 458 *Diccionario cheli*, Grijalbo, Barcelona, 1983, págs. 77-82. 'Cheli', en el sentido de 'individuo que lo usa', aparece en "La basura" (*El País*, pág. 20, 19/01/1978).
- 459 "Ramoncín", *El País*, pág. 23, 14/12/1977. De cuando en cuando, Umbral escribe artículos completos en esta peculiar jerga. Cabe destacar, de entre todos ellos, "La pasota y el desencanto" (*El País*, pág. 22, 10/02/1980), "La pasota" (*El País*, pág. 27, 26/12/1980), "La prosa de la calle" (*Diario 16*, pág. 4, 29/03/1989), "A" [con el círculo anarquista en torno] (*El País*, pág. 24, 27/01/1983) y "La Academia trabaja" (*Diario 16*, pág. 6, 24/06/1989). En este último texto, comenta el autor términos como "parla", "morro", "guay", "dabuten" (o "dabuti"), "bocata", "titi", "papear", "estar al loro" y algunos otros más.
- 460 "El cheli, del cual uno es autoacadémico único en su autoacademia (hay diccionario consultable) [...]". ("El castellano", *El País*, pág. 30, 10/04/1983).
- 461 "La basura", *El País*, pág. 32, 15/11/1979.
- 462 "Huérfanos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/09/1991.
- 463 "Teoría del cheli", *El País*, pág. 31, 26/02/1980. Añádase a lo ya apuntado el hecho de que Umbral utiliza un *argot* personal, basado en rasgos lingüísticos que nada tienen que ver con las voces del cheli. Léase, por ejemplo, esta simple frase: "[Landelino Lavilla] ha sabido mantenerse cuspidal al bucanerismo policastro de su partido". ("Landelino", *El País*, pág. 32, 15/12/1981.)

-
- 464 Sobre la 'columna personal', véase Evans H., "Writing for Newspapers", en Dodge, J., *The practice of Journalism*, Heinemann, Londres, 1963, págs. 84-114.
- 465 Martínez Albertos, J.L., "Nuevos periodistas españoles: análisis de sus formas expresivas", en *Estudios de Periodística*, Facultad de Ciencias de la Información, Madrid, 1992, pág. 23.
- 466 Santamaría, L., *op. cit.*, pág. 123.
- 467 Véase *Spleen de Madrid/2*, Ediciones Destino, Barcelona, 1982, págs. 9-12. Escribe allí Umbral: "El artículo/columna tiene que ser un rastro de la actualidad, algo que se enciende como una noticia, se remonta como un ensayo y se resuelve en una metáfora o un endecasílabo conceptual" (pág. 11). Emplea el autor una fórmula de obligatoriedad ("el artículo/columna *tiene que ser* [...]") que contrasta sobremanera con el contenido, extremadamente subjetivo, del precepto formulado. Quizá la norma sea válida para Francisco Umbral, pero no se entiende bien por qué tiene que serlo para un articulista con criterios estéticos propios. En otros textos, sin embargo, valora el autor la escritura personalísima de quien se atreve a romper los corsés del género (véase, por ejemplo, *Los ángeles custodios*, Ediciones Destino, Barcelona, pág. 187).
- 468 "Desnudismo", *El País*, pág. 17, 27/06/1976.
- 469 "A veinte de julio", *El País*, pág. 16, 20/07/1976.
- 470 "Los Franco", *El País*, pág. 24, 17/05/1981.
- 471 "Carta a mi gato", *El País*, pág. 24, 26/11/1977.
- 472 "Desnudismo", *El País*, pág. 17, 27/06/1976.
- 473 "Los OVNI", *El País*, última, 29/04/1979.
- 474 "Mariano Haro", *El País*, pág. 15, 31/07/1976.
- 475 "El parado", *El País*, pág. 24, 12/07/1977.
- 476 "Arriba el campo", *El País*, pág. 23, 04/03/1977.
- 477 *Diario 16*, pág. 4, 13/06/1989.
- 478 Véanse "Asturias" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 17, 21/10/1991) y "La dualidad" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/04/1993).
- 479 "Los ricos", *El País*, pág. 27, 04/06/1977.
- 480 "Dolores", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/11/1989.

481 "Voltaire", *El País*, pág. 30, 16/05/1978. Luego añade, con nefasto galicismo y (ya también) angliscismo: "*hortaliza de ceniza*, otra cacofonía a respetar y meditar".

482 "Yuppies", *Diario 16*, pág. 4, 22/07/1988. Otro caso similar: "según **Semprún** (la cacofonía es deliberada)", escribe Umbral en un texto titulado "El trullo" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/02/1990). Y un último ejemplo: "las dos gitanazas de <<Azúcar moreno>> tampoco son mancás de anca, obsérvese la cacofonía, plis)". [*Sic*: cierra un paréntesis no abierto.] ("*La Internacional*", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/04/1990.)

483 En "Addy Ventura" (*El País*, pág. 25, 27/07/1980), verbigracia, critica el articulista una cacofonía supuestamente cometida por "José Luis (de) Soto", que se atrevió a decir (al parecer) "demasiado cansado": "esta despedida tiene algo cesáreo y cacofónico (<<demasiado cansado>>, dos participios juntos), pero (...)". Parece extraña, con todo, la explicación que ofrece Umbral ("dos participios juntos" suenan, por lo visto, mal): 'demasiado', además, es adjetivo que procede del sustantivo 'demasia', y no del muy poco usado 'demasiarse'.

484 "La España necesaria", *El País*, pág. 24, 08/02/1980.

485 "Corcuera", *El Mundo del siglo XXI*, última, 05/05/1994.

486 La primera de las expresiones citadas se puede ver, por ejemplo, en "El aparato" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/10/1990). La segunda aparece, entre otros artículos, en "Llama un inspector" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/12/1990).

487 "¿Somos o no somos?", *El País*, pág. 15, 16/07/1976. En este mismo año escribe también Umbral la palabra "mariconada", pero la pone en boca de un personaje, no en el texto del narrador. Véase "Adiós, Arias, adiós", *El País*, pág. 20, 03/07/1976.

488 "Eurovisión", *El País*, pág. 24, 25/02/1977.

489 "El Sur", *Diario 16*, pág. 4, 21/06/1988. El destino final de la expresión, ya en 1994, es éste: "se la traiga floja, al paio o pendulona". ("*El ciclotímico*", *El Mundo del siglo XXI*, última, 23/01/1994.) Florida, barroca grosería.

490 "El catastro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/11/1990.

491 "La cuestión social", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/05/1991.

492 "La Casa de Campo", *El País*, pág. 23, 18/03/1977.

493 "Tomar El Pardo", *El País*, pág. 21, 13/09/1977.

494 En concreto, la usa en "Los ministrables", *El País*, pág. 29, 21/06/1977.

495 "Pero es la pura y puta verdad, tios, troncos". ("*Abril Martorell*", *El País*, pág. 27, 17/11/1978.)

496 "La División Azul", *El País*, pág. 24, 02/12/1978.

497 "Mujercitas", *El País*, pág. 21, 31/01/1979.

498 "El bandoneón de la milonga cabrona", leemos en "Los separados" (*El País*, pág. 22, 16/02/1979). Las siguientes apariciones llegan en "La pasota y el acuerdo-marco" (*El País*, pág. 25, 08/01/1980), "El robot" (*El País*, pág. 28, 14/10/1980) y "La pasota" (*El País*, pág. 27, 26/12/1980).

499 "Fraga, con perdón", *El País*, pág. 22, 01/11/1980.

500 "Prensa y CEOE", *El País*, pág. 24, 21/02/1983.

501 Tres veces en "Miriam", *El País*, pág. 27, 01/07/1983: "te estás ganando una hostia". Reaparece, con ímpetu, en "PSOE" (*Diario 16*, pág. 4, 11/08/1988): "Una sola página de **Cela** o **Delibes** vale por toda la literatura del exilio, y en doce años no les han dado el *Cervantes*. ¿Pero qué hostias es esto?".

502 "Cartas del pueblo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/11/1989.

503 "Ramón", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/02/1990. Vemos de nuevo la grosería en "Liberalismo y democracia" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/06/1990): "Europa es cultísimamente cínica y en España nos hacemos con la picha un lío".

504 "Willy Brandt", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/03/1992.

505 "Las respetuosas", *El País*, pág. 44, 29/04/1983.

506 *El País*, pág. 24, 18/11/1977.

507 Umbral charla por teléfono con Miguel Delibes en "El disputado voto de Miguel Delibes", *El País*, pág. 19, 24/12/1978. Más curiosa aún es la conversación que mantiene el escritor en "La España real" (*El País*, pág. 31, 22/12/1981). Como indica el propio título, el interlocutor del articulista es nada menos que *la España real*: "(...) y en esto que me llaman por teléfono:

>> - Señorito -dice **Manuela**-, es la España real.

>> O sea, que me pongo".

508 *El País*, pág. 27, 06/06/1980.

509 "Lola Flores", *El País*, pág. 38, 17/10/1982. La voz narrativa correspondiente al personaje (Lola Flores) se manifiesta, en este artículo, del siguiente modo: "Umbrá, hijo, que tenía yo ganas de verte, que tenemos que hablá de mucha cosa, Umbrá, (...)". En "Miguel Mármol" (*El País*, pág. 28, 11/11/1982), el personaje habla siempre en primera persona; la voz del articulista queda en un segundo plano y va siempre entre paréntesis.

510 "Las Huelgas", *Diario 16*, pág. 4, 06/06/1988. Parecido desajuste se produce en "Anguita", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/04/1993.

511 "Uno no es partidario de los títulos largos en las columnas, porque las hacen cabezonas", escribe el columnista en "Madrid", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/09/1990.

512 *El País*, pág. 29, 31/05/1978.

513 *Diario 16*, pág. 4, 10/03/1989. Esta letra (con punto), por lo que aclara el texto, pertenece al nombre de un conocido periodista: Pedro José (J., casi siempre) Ramírez.

514 "JRJ", *El País*, pág. 29, 06/06/1983. El mismo título lo hallamos ya en *El País*, pág. 24, 03/10/1981.

515 *El País*, pág. 21, 15/07/1976. Se ríe el escritor en seguida de tan rudimentario y elemental (aunque no previsible) título: "Ya comprendo que la noticia no es de primera página".

516 *El País*, pág. 23, 01/02/1977.

517 *El País*, pág. 22, 01/11/1980.

518 *El País*, pág. 28, 14/06/1983.

519 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/01/1992.

520 *El País*, última, 20/07/1979.

521 *El País*, pág. 31, 02/06/1978. Hay un artículo en el que Umbral viene a justificar la pertinencia del pronombre personal. "Lo que yo gano" (*El País*, pág. 20, 19/07/1978) empieza así: "Sé que bastaría escribir <<Lo que gano>>, queridos **Lázaro**s[,] queridos **Carreteros**, queridos **Torrentes**, queridos **Ballesteres**, pero me queda mejor así y le da más fuerza al título: lo que yo gano".

522 *El País*, pág. 22, 21/02/1980.

523 *El País*, pág. 20, 28/12/1983.

524 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/07/1992.

525 *El País*, pág. 29, 01/07/1980.

526 *El País*, última, 27/04/1979.

527 *El País*, pág. 26, 28/10/1982.

528 *El País*, pág. 26, 27/09/1983.

529 Véase *El País*, pág. 28, 11/05/1978. Otro título con abigarrada mezcolanza de ingredientes: "Oración por la belleza de una pasota" (*El País*, última, 15/07/1979).

530 *El País*, pág. 22, 06/01/1980.

531 *El País*, pág. 23, 17/10/1979.

532 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/07/1993.

533 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/12/1991.

534 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/09/1992.

535 "El niño de Massiel", *El País*, pág. 17, 06/02/1977.

536 "El Real Madrid", *El País*, pág. 38, 11/06/1980. De entre las frases llamativas con que Umbral abre sus artículos, cabe diferenciar las que desvelan alguna extravagancia personal del escritor ("Me levanto a las ocho y desayuno bacalao fresco al microondas", escribe en "Reality show", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 16/05/1993) de aquellas otras que constituyen un provocativo juicio personal sobre la realidad exterior ("Con una puta se pueden hacer tres cosas: usarla, tirar o retirarla, o sea ponerle un piso", leemos en "Matanzo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 08/09/1991).

537 *El País*, pág. 22, 09/01/1979.

538 "Los mecenas", *El País*, pág. 22, 24/09/1983.

539 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/10/1990. Otro artículo que comienza *in medias res*: "Hay mucho personal, como te digo una cosa te digo otra, que no entiende lo del Estado de las Autonomías". ("Ayuntamiento y Estado", *El País*, pág. 33, 09/05/1983.)

540 "Las momias", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 11, 29/12/1991. Este mismo comienzo lo vemos en "Queremos consumir" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/12/1989) y en "Los anarquistas" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/12/1992).

541 "Xirinacs", *El País*, pág. 32, 07/12/1978.

542 "La alegoría", *El País*, pág. 24, 05/04/1977. "Vuelven las señoras" (*El País*, pág. 22, 22/09/1978) empieza así: "Nada, bueno, pues eso, que vuelven las señoras, como cuando Franco, (...)". Además de los tics propios del lenguaje conversacional, conviene destacar el uso coloquial de ciertas locuciones. "Ya está. Parece que (...)". El principio de "La petardada" (*El País*, pág. 16; 27/07/1976) es el típico de una conversación. Ese 'ya está', a comienzo de texto, no se deja encontrar fácilmente en textos con cierta elaboración estilística, mientras que es moneda común en el arranque de charlas informales y distendidas. Otro recurso de origen coloquial es el uso de sintagmas no verbales. "La Paloma y San Cayetano." Así comienza "La verbena de la amnistía" (*El País*, pág. 15, 15/08/1976). La frase nominal suele aparecer, en el

coloquio, cuando el hablante empieza su discurso sin haber elaborado aún una frase plena, con la articulación lingüística propia de un pensamiento complejo.

543 "Los emigrantes", *El País*, pág. 20, 13/11/1976. Ésta es la primera vez que usa Umbral el 'hombre' de que aquí se habla. Reaparece, por ejemplo, en el artículo "Reencarnaciones" (*El País*, pág. 23, 13/12/1977): "Me escribe **Pitita**, hombre, a bordo de un avión (...)".

544 "Los andróginos", *El País*, pág. 27, 15/04/1980. Véase también este otro suspiro, bastante cómico: "Uf, puaf, ahggggg, al fin solos. Se acabó el coñazo del V Centenario, la Expo, (...)". ("Al fin solos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/10/1992.)

545 "La Casa de Campo", *El País*, pág. 23, 18/03/1977.

546 "El Concordato", *El País*, pág. 20, 07/01/1979.

547 Moliner, M., *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1990, tomo II, pág. 1146.

548 "Maastricht", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/06/1992. Umbral utiliza por primera vez esta locución al inicio del texto en "Teoría del cheli" (*El País*, pág. 31, 26/02/1980): "Lo cual que don **Francisco de Quevedo y Villegas**, o sea Quevedo, se lo hacía ya de timos, (...)". Repite el efecto en "La democracia piramidal", *El País*, pág. 26, 03/11/1983. Este 'lo cual que' se analizará con más detalle en el capítulo dedicado a las transgresiones sintácticas.

549 "La gran coalición", *El País*, pág. 20, 26/09/1976.

550 Así acaba "La caseta del perro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 30/10/1992.

551 "Elogio del insulto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 13, 17/11/1991. Véase también cómo acaba "Liberalismo y democracia", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/06/1990: "Europa es cultísimamente cínica y en España nos hacemos con la picha un lío".

552 "La boda de Sara", *El Mundo del siglo XXI*, última, 22/01/1994.

553 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/04/1991.

554 "La pasota y el caballo de Pavía", *El País*, pág. 25, 31/01/1980. Final curioso tiene también "Los multinacionales" (*El País*, pág. 22, 02/11/1976): "Si yo fuera redactor de *El Alcázar*, esta crónica se llamaría los *vendepatrias*". Años después ("Disuélvase", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/03/1992), cuenta Umbral que, en cierta ocasión, un policía de la época de Franco le espetó: "joven, disuélvase". Este artículo, en homenaje al ocurrente policía, acaba así: "Dicho lo cual, me disuelvo". Para evitar disturbios más tipográficos que políticos se disuelve expresamente el autor muy poco después: "Y no me dilato más porque si no me cortan, como ayer". Así acaba "España", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/09/1993. Al tipógrafo también dedica el escritor alguna que otra despedida: "(...) Nota final: no confundir este **Andreyef** con **Andreiev**, escritor

romántico (...). (Véase "Eurocomunismo y Semprún", *El País*, pág. 20, 13/01/1978.)

555 "Sindicato del crimen", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/05/1993.

556 Véase Lorenzo, E., "O sea", en *ABC*, pág. 3, 07/01/1997. El propio académico anota en este artículo un caso extraído del habla cotidiana y otro de un texto firmado por Umbral.

557 "Cien años de psocialismo", *El País*, pág. 30, 29/11/1982. Es el primer artículo de Umbral que acaba con un 'o sea'. El siguiente es ya de enero de 1983 ("Los minoristas", *El País*, pág. 30, 23/01/1983; idéntico final vemos, ese mismo año, en "Las banderas", *El País*, pág. 21, 01/09/1983). Hallamos otros dos en 1988 ("NATO/OTAN", *Diario 16*, pág. 4, 11/06/1988 y "Antoñete", *Diario 16*, pág. 4, 19/07/1988). Ningún artículo de 1989 acaba con este 'o sea', pero en 1990 reaparece la fórmula ("Las armas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/03/1990). Vuelve a surgir en 1991 ("El carné", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/04/1991) y se puede decir que triunfa en 1992, año en que el 'o sea' cierra hasta siete artículos (los correspondientes a las fechas que siguen: 09/02/1992; 17/03/1992; 22/06/1992; 03/09/1992; 15/09/1992; 01/10/1992, y 10/12/1992). Una vez aparece en 1993 ("Donde pido la huelga", *El Mundo del siglo XXI*, última, 15/11/1993) y tres veces entre enero y mayo de 1994 (02/01/1994; 14/01/1994, y 26/03/1994).

558 Véase Beinhauer, W., *Spanische Umgangssprache*, Ferd. Dümmlers Verlag, Bonn, 1958. Edición en castellano: *El español coloquial*, Gredos, Madrid, 1978, 3ª ed., págs. 423-435: "Formas de rematar la enunciación".

559 "Pocos presos", *El País*, pág. 19, 19/09/1976.

560 "La eñe", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/01/1993.

561 "Adiós, Madrid", *Diario 16*, pág. 4, 20/08/1988.

562 "España", *El País*, pág. 27, 14/12/1982.

563 "Las salesas", *El País*, pág. 25, 21/05/1977.

564 "La Caballé", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/05/1993. Véase también cómo acaba, años antes, "Fumar con el Rey" (*El País*, pág. 17, 21/07/1977): "Pues, ale, tios, a seguir fumando". Otros finales llamativos encontramos en "Paloma Palao" (*El País*, pág. 22, 20/07/1978): "Mucho lo tuyo, tía"; y también en "Los argonautas" (*El País*, pág. 22, 27/12/1978): "Cómo lo ves".

565 Véanse "El pantalón de Carmela", *El País*, pág. 29, 19/02/1980. Se repite la fórmula poco después: "Los columnistas", *El País*, pág. 31, 30/04/1980. Otros barbarismos destacables a final de texto: "Faltaba plus". ("Sexo en TVE", *El País*, pág. 23, 02/02/1977); "Spain, Spain". ("¿De quién es el gótico?", *El País*, pág. 19, 26/07/1980); "Zenquiu, que se dice". ("Lázaro Carreter", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/09/1992); y "señor Cuevas, tío, please, o sea plis". ("Europa y Cuevas", *El Mundo*

del siglo XXI, pág. 7, 26/05/1990.)

566 "Después de Franco, ¿qué?", *El País*, pág. 27, 23/03/1980.

567 "Pero, a pesar de todo, aquí tranquilos, y se sienten, *coño*". El final de "El taco" (*El País*, pág. 24, 10/05/1982) tenía todavía mucho de parodia. El articulista se burlaba del teniente coronel que irrumpió en el Congreso con esta expresión de sintaxis oblicua. En "Los pobres" (*Diario 16*, pág. 4, 05/09/1988), reaparece este final en *coño*, ya sin referencia al teniente coronel insurrecto. Acaban de igual modo tres artículos de 1991: "Paracaidista testimonial" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/01/1991); "La luz", (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 13, 09/12/1991); y, por último, "Generaciones", (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 19/12/1991).

568 El político Francisco Fernández Ordóñez declara: "La mejor ley de información es la que no existe" (vid. *El País*, 23-10-80, pág. 33). Umbral publica, como glosa a estas declaraciones, un artículo titulado "La información" (*El País*, pág. 29, 29/10/1980) y que finaliza así: "Con un par". Así acaba también "La guerra limpia", *El País*, pág. 28, 31/12/1983.

569 "Nicolás Redondo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/06/1993. Se refiere aquí Umbral a la falta de valor para sustituir a Felipe González por Nicolás Redondo en la secretaría general del PSOE.

570 "Hachette", *Diario 16*, pág. 4, 02/09/1988.

571 "El chino", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/02/1992. Impúdicos son también estos otros finales de artículo: "Con tanta libertad y democracia ya no va a ser uno ni dueño de sus deposiciones. Una mierda". ("Más represión", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/11/1991). El mismo final ("Y una mierda") lo hallamos en "Cristo versus Guerra" (*El Mundo del siglo XXI*, última, 12/01/1994) y "Las palabras de la tribu" (*El Mundo del siglo XXI*, última, 26/02/1994).

572 Véase Coseriu, E., *Lezioni di Linguistica Generale*, Editore Boringhieri, Torino, 1973. Edición en español: *Lecciones de Lingüística General*, Gredos, Madrid, 1981, págs. 297-302.

573 *El País*, pág. 16, 09/07/1976.

574 No escribe Umbral, durante este mes, un día. En otros cuatro (los lunes), no hay prensa.

575 En este mes, por completar los datos, hay 110 grupos dialogales. De esta cifra resulta una media de 4,4 grupos dialogales por día.

576 "De secano", *El País*, pág. 14, 18/08/1976. Hay en este artículo 7 grupos dialogales, de lo que se desprende que Umbral utiliza casi siempre grupos de dos intervenciones: frase de un personaje y réplica de otro.

577 "Maquiavelo", *Diario 16*, pág. 4, 23/12/1988.

578 En concreto, el 3.2.1.1.1. de este mismo capítulo.

579 Véase el epígrafe 3.2.1.1.2. y siguientes.

580 "Cepo para rojos", *El País*, pág. 24, 26/11/1976. Leo Spitzer ha analizado detenidamente este tipo de enumeraciones. Su *Lingüística e Historia literaria* (Gredos, Madrid, 1961, 2ª ed.), por ejemplo, incluye un pormenorizado estudio sobre el rendimiento estilístico de las -así las llama él- "enumeraciones caóticas" (véase el capítulo "La enumeración caótica en la poesía moderna", págs. 247-292).

581 "Stalin es quien muere", *El País*, pág. 32, 21/04/1978.

582 "Las bases", *Diario 16*, pág. 4, 09/12/1988.

583 "El aborto", *El País*, pág. 23, 20/01/1983.

584 "La modernidad", *El País*, pág. 18, 02/01/1982.

585 *Diario 16*, pág. 4, 07/06/1989.

586 "Olarra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 31/12/1991. Es evidente que este tipo de enumeración es, para el articulista, una técnica textual, y no un recurso incidental y esporádico. Hay en los artículos de Umbral muchas otras enumeraciones semejantes. "Que después del porro, en enrollé, el cheli, el rock-rollo, el rock-macarra, el cuelgue, el flipe, el pico y el pasar total cantidad, el último rebrote (...)". ("La basura", *El País*, pág. 32, 15/11/1979.) Léase también esta otra sucesión de calificativos: "la ultraderecha fáctica, espontánea, macarra, choriza, *cenetista* y un poco chorva". ("El miedo", *El País*, pág. 28, 27/05/1981.)

587 "La otra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/11/1990. Esta técnica también la utiliza a menudo un articulista muy admirado por Umbral: Jaime Campmany. (Un elogioso juicio crítico de Umbral sobre Campmany puede verse en *Diccionario de Literatura*, Planeta, Barcelona, 1995, págs. 49-51.)

588 "El padrenuestro", *El País*, pág. 18, 24/10/1976.

589 "La cojera de Suárez", *El País*, pág. 20, 03/02/1977.

590 "El brazo", *El País*, pág. 32, 28/05/1980.

591 "El mini-short", *El País*, pág. 21, 15/03/1977. "Felix Lope de Vega y Carpio" y "Góngora" aparecen así en el texto original, sin negritas.

592 "El eterno retorno", *El País*, pág. 24, 05/10/1978.

593 "Frühbeck", *El País*, pág. 21, 17/01/1978. De este época vienen también otras

curiosas amistades. "Me lo dijo **Jean Cocteau** entre niños terribles, entre la bella y la bestia, en el Ritz de Madrid, mientras tirábamos del opio:

>> - De lo que hay que curarse, **Umbral**, no es del opio, sino de la inteligencia". ("El sida intelectual", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/01/1990.) En España, Umbral conoce a la llamada Generación del 27. "Entraba yo delante, ayer mismo, por Alcalá de Henares, y me lo dijo **Gerardo**: <<Río Duero, río Duero, nadie a acompañarte baja.>>". ("El Duero", *El País*, pág. 13, 01/09/1979.) Claro que no todo, por estos años, es literatura. Umbral da cuenta de ello en sus artículos. "Me lo dijo **Skinner**, el gran maestro del conductismo en Nueva York, cuando yo estaba allí de limpiacristales en las Naciones Unidas, que me había enchufado **Jesús Hermida**:

>> - *My boy*, el hombre no es más que su conducta. ("Matar el caimán", *El País*, pág. 25, 29/05/1977.)

594 "La hoja roja", *El País*, pág. 31, 13/12/1979. Véase esta otra modificación de la cita tópica: "y ya no vamos viento en popa a toda galleta, como quería Espronceda". ("Los argonautas", *El País*, pág. 22, 27/12/1978.)

595 "El gregoriano", *El Mundo del siglo XXI*, última, 27/03/1994. En el verso original, claro está, dice "acongojas" donde Umbral escribe "acojonas".

596 "Suárez", *Diario 16*, pág. 4, 10/12/1988.

597 "El sastre de Carrillo", *El País*, pág. 13, 21/08/1976. Sería ésta la primera vez que Umbral apela a su propia autoridad literaria si no fuera porque un mes antes ya había escrito lo siguiente: "Se ha dicho muchas veces que la Historia tiene mala memoria histórica. (Bueno, en realidad lo digo yo ahora por primera vez.)" (Léase "A veinte de julio", *El País*, pág. 16, 20/07/1976.)

598 "Oteiza", *Diario 16*, pág. 4, 08/11/1988. Hay *autocitas* que no son del todo reales, sino probables *autocitas*: "como quizá decíamos al principio (nunca releo), se da también el [...]". ("Familias y partidos", *El País*, pág. 33, 08/12/1981.) En otro lugar ("Los latinochés", *El País*, pág. 28, 11/03/1981), se cita a sí mismo de nuevo, pero esta vez con una ligera variante: "porque, como escribí aquí el otro día, o lo escribo ahora, es igual, la democracia es a la Historia lo que los ciclos a la naturaleza". La duda sobre si lo escribió o no viene muy a cuento, puesto que en los días anteriores no ha escrito nada -absolutamente nada- que se parezca a esto. Se trata, pues, de una *autocita* de algo que, en realidad, el articulista no ha escrito. Umbral se ríe hasta de su egotismo, y valga como muestra de ello lo que leemos en "Más periodistas" (*El País*, pág. 25, 01/12/1983): "Yo, un suponer, y perdonen que me cite por una vez (por una vez más, quiero decir)".

599 "La pela", *El País*, pág. 32, 20/02/1983. Mucho tiempo después, volvemos a encontrar algo muy parecido: "[...] (ver mi libro sobre Franco, imposible de ver porque todavía no ha salido)". ("Neutralidad", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15; 09/02/1991).

600 La explicación del fenómeno es, quizá, algo compleja. Véase un caso concreto de *autocita* crítica: "Cuando entonces, que dijo **Onetti** plagiándome y sin citarme, (...)". ("Frankfurt", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 06/10/1991; léase además la queja que

Umbral consigna en *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1996, pág. 119: "Yo siempre había escrito mucho sobre Onetti, pero el uruguayo es un bebedor moralista, que son los peores, como moralistas y como bebedores. Tituló un libro suyo con una frase mía, según me había anunciado, *Cuando entonces*. Pero no me cita para nada como autor del título del libro, ni siquiera me lo mandó".) Resulta curioso ver también citas en las que el personaje citado dice una frase vulgar, o incluso una gruesa palabrota: "*de una puñetera vez*, como ha dicho Bandrés". ("De mar a mar", *El País*, pág. 24, 15/07/1978.) Muchos años después ("El ciclotímico", *El Mundo del siglo XXI*, última, 23/01/1994), volvemos a ver una cita del mismo jaez: "como diría mi inolvidable **Luis Escobar**, el pueblo en masa <<acojona>>".

601 "Niños y TV", *El Mundo del siglo XXI*, última, 20/02/1994. La *invención*, cuando es real, suele ser descarada: "según una ley universal que acabo de inventarme, lo malo sólo puede ser sustituido por lo peor". ("El golphismo sociológico", *El País*, pág. 34, 26/05/1981.)

602 "CJC", *El País*, pág. 32, 20/10/1983.

3.2.2. ORACIÓN: Nivel sintáctico.

"Los preceptos de la *elocutio* -explica Lausberg- se clasifican en dos grupos: preceptos relativos a las palabras aisladas (...) y preceptos que afectan a las palabras agrupadas en función sintáctica (...). El paso de un grupo a otro es vacilante e impreciso, ya que la palabra aislada se encuentra también en el grupo sintáctico"¹. Los antiguos distinguían, pues, entre *verba singula* y *verba coniuncta*. La unidad lingüística que se corresponde con la primera noción es la *palabra*; el segundo concepto debe ser estudiado en el ámbito de la *oración*.

Se estudiarán en este capítulo, pues, desviaciones o transgresiones que atañen a lo que los clásicos llamaban *juntura de las palabras*. Se tratará aquí, por tanto, de aquellas transgresiones o desviaciones que afecten al orden en que las palabras "se an de aiuntar y concertar entre si"², según escribió Nebrija en su *Gramática*.

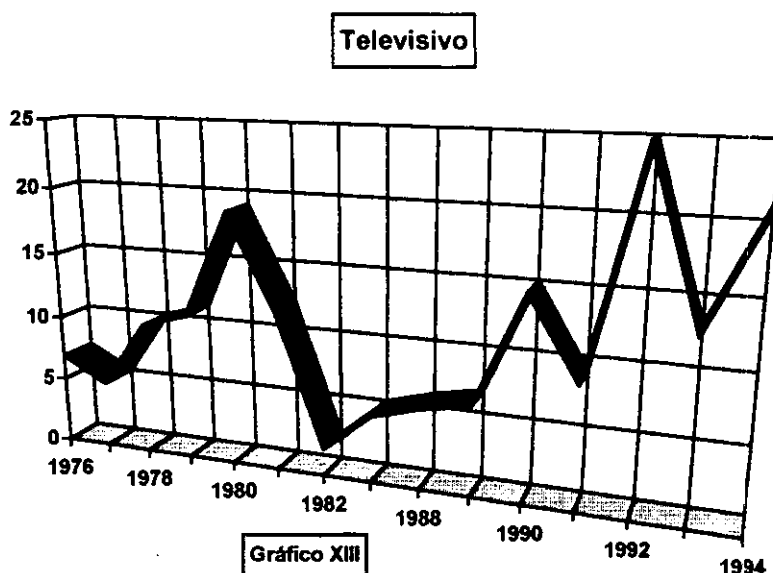
El análisis sintáctico, respecto al textual, presenta la gran ventaja de que se fundamenta en nociones lingüísticas más sólidas y, por lo general, más objetivas. Las reglas sintácticas suelen responder a formulaciones nítidas y difícilmente rebatibles. Los principios de buena formación textual, en cambio, incurren con cierta frecuencia en vaguedades e imprecisiones. Además, en muchas ocasiones tales principios ni siquiera son rigurosamente prescriptivos, puesto que apenas se limitan a constatar comportamientos estilísticos más o menos habituales. La investigación científica y sistemática de estos fenómenos textuales no ha hecho más que empezar, sobre todo si se toma como término de comparación la teoría gramatical sobre cuestiones de naturaleza léxica o sintáctica. El estudio de las anomalías sintácticas (que es lo que interesa en este capítulo) se puede valer de una doctrina sólida y -lo que es quizá aún más importante- transparente. La sintaxis, en efecto, permite diferenciar con claridad la oración mal construida de aquella que es correcta. Las reglas del código que se refieren a la *juntura de palabras* (reglas sintácticas) presentan, de ordinario, un grado de limpidez que ya quisieran para sí las *reglas de buena formación textual*. Gracias a

ello, un determinado fenómeno sintáctico puede ser catalogado sin ambages como gramatical o agramatical³.

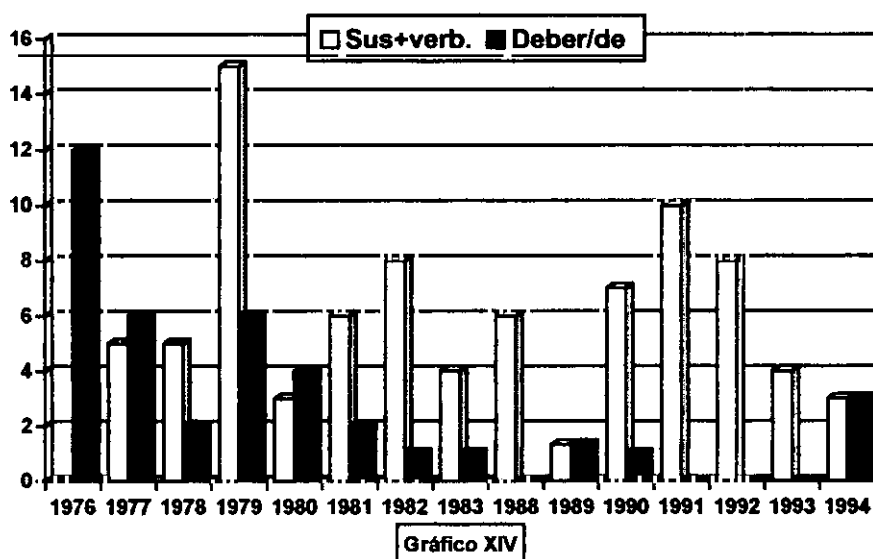
3.2.2.1.1. Errores sintácticos.

Francisco Umbral es ya un escritor de prestigio. Sus excelencias literarias son hoy difíciles de discutir. Parece claro que Umbral domina la lengua española con la pericia de los grandes escritores. Pero ello no significa que sus textos literarios o periodísticos estén libres de toda mácula. Al contrario: muchos de sus hallazgos estilísticos nacen precisamente de incorrecciones gramaticales. En las páginas que siguen, se intentará dar cuenta de esta vinculación entre creatividad y transgresiones sintácticas. Pero antes quizá convenga analizar un tipo especial de errores gramaticales: los que el columnista no ha elaborado conscientemente, las incorrecciones involuntarias que el productor del texto comete por descuido o impericia.

"Cebrián, en su invento, dice cosas con las que uno está de acuerdo, y otras que no, naturalmente"⁴. Tal como está redactada la frase, el lector debe entender que Cebrián dice algunas cosas (con las cuales está de acuerdo el articulista), pero que calla otras. Y parece evidente que Umbral intenta expresar algo muy distinto; a saber: que está de acuerdo con parte de lo que dice Cebrián, pero no con todo, puesto que no comparte algunas de las opiniones que Cebrián publica *en su invento* o periódico. Es muy recurrente, en los textos periodísticos de Umbral, este tipo de desajustes entre lo que se quiere expresar y lo que literalmente se expresa. En vez de *televisual*, el articulista escribe sistemáticamente *televisivo*. Así, pongamos por caso, en diciembre de 1977 se refiere a unos "desmanes televisivos", con aparatoso oxímoron⁵.



Aparatoso es también el uso de la expresión "valorar muy positivamente"⁶: expresión redundante, absurda, torpe. El galicismo sintáctico *sustantivo + a + infinitivo* ("problema a resolver"; "delito a condenar", leemos en un mismo artículo⁷) es otro de los gruesos pecados gramaticales en los que incurre el columnista. Véase, en el gráfico que sigue, cómo no decrece ni aumenta significativamente el uso de este modismo con el paso de los años.



Umbral también confunde *deber de ser* (que tiene un valor semántico de 'posibilidad') con *deber ser* (cuyo valor es de 'obligatoriedad'): leemos "no ha debido ser", por

ejemplo, cuando el contexto exige un rotundo *no ha debido de ser*⁸. Este uso erróneo de la forma verbal, como se ve en el gráfico XIV, sí decrece con el paso de los años.

El galicismo *por contra* (evidente calco del francés *par contre*) también aparece en algún artículo de Umbral: "al [*sic*: léase *el*] revival de los lópeces, por contra, es una cosa convencional"⁹. Mucho más frecuente (sobre todo en los primeros años del periodo estudiado) es el mal uso de algunos pronombres personales: "y les hay que aspiran éter cada diez minutos"¹⁰. Mariano José Larra lamentaba en sus textos el mal uso que sus coetáneos hacían del español. En el propio lamento se hallaba a veces la herida: muchos artículos de Larra, en efecto, estaban salpicados de crudos galicismos. Pues bien. Critica Umbral con dureza a quienes¹¹ incurren en este tipo de pifias, pero resulta que él mismo se equivoca y comete errores como el leísmo (véanse los ejemplos anteriores) o el laísmo: "hay como un desaire para doña Carmen en sacarla ahora todos los trapos sucios de (...) "¹². En cuanto al loísmo, apenas se puede aducir un solo ejemplo: "lo prenden fuego"¹³, escribe Umbral refiriéndose a un negocio.

Los errores sintácticos de Umbral, con todo, se deben más al descuido que a la impericia o la ignorancia. Más de una vez lo ha contado, con palmaria suficiencia, el columnista: no le gusta nada revisar los textos, no suele releer sus artículos¹⁴. Umbral escribe de corrido, sin echar la vista atrás. Lo cual, claro está, se acaba notando. "La tarde de 18 debió tomar su último café, este jubilado de todo, porque hay un cortado, entre los cortados de nuestro bar habitual, donde todo español toma algún día, sin saberlo, esa cicuta presocrática y nacional que les da la muerte a nuestros viejos y nuestros clásicos"¹⁵. La frase queda suspendida, colgada la hilación sintáctica: "hay un cortado", leemos, pero no hallamos el desarrollo de este sintagma al final de los complementos que siguen. El autor, sin duda, se pierde en ambages e incisos. No revisa el fragmento que acaba de escribir y lo da automáticamente por bueno: "en lo que quería poner el énfasis (aunque esta frase no les guste a mis escasos lectores académicos, como **Fernando Lázaro**), es [*sic*] la originalidad española de [...]". Sobra la coma que sigue al paréntesis y falta la preposición *en* después del verbo ("es")¹⁶. Es muy posible que haya también simple descuido en solecismos tales como *informar*

*que, estar seguro que o insistir que*¹⁷. Umbral suele usar estas expresiones correctamente. Hay que suponer, por ende, que los fallos son producto de la precipitación (o, quizá en alguna ocasión, meras erratas). Otro tanto sucede con ciertos atentados contra las más primitivas normas de concoordancia sintáctica: "los falsos profetas y los maestros de quien nada aprendimos"¹⁸. Lo más lógico es diagnosticar aquí un mero *lapsus calami*. Hasta las plumas de los grandes escritores sufren, de cuando en cuando, ciertos vahídos: "el secreto de la crónica y de la epístola están [*sic*] en girar en torno a una sola idea"¹⁹.

Es imposible que un escritor como Umbral ignore tan elementales preceptos. No parece, por lo demás, que en fragmentos como los citados se pretenda crear ciertos efectos estilísticos: "preocupadísimos porque todo el Madrid burgués tenga unas felices pascuas"²⁰. Umbral, simplemente, confunde la conjunción causal *porque* con la combinación de la preposición *por* y la conjunción *que*. No hay esta vez transgresión creadora, sino simple y llano solecismo. Sí cabe discutir, en cambio, la voluntariedad de otras violaciones sintácticas, demasiado graves como para que el escritor las cometa inadvertidamente. "Lo que tendría que comparecer Felipe es en las Cortes para explicar por qué (...)"²¹. Nos hallamos ante una incoherencia sintáctica típica del lenguaje hablado, en el que los errores resultan casi siempre naturales (y, por tanto, permisibles) y las rectificaciones, de ordinario, denotan artificiosidad y pedantería. Umbral, en casos como el último citado, reproduce el violento anacoluto coloquial. Un argumento más para sostener que se trata de una técnica transgresora (y no de un burdo despite) es la gran frecuencia con que aparece en los textos de Umbral esta clase de desajustes sintácticos. "Lo que hay blasfemar aquí es contra el tópico, el tabú"²². Nótese cuánto se parecen la oración recién citada y las que siguen: "lo que uno se pregunta es por los intelectuales mejicanos, (...)"²³; "lo que no se ha enterado nuestra derecha cimarrona y pedánea es de que (...)"²⁴. La estructura básica es idéntica: se anticipa un sintagma que, psicológicamente, sirve como sujeto o 'tema'; resulta luego, en el decurso oracional, que este supuesto *sujeto* no lo es desde el punto de vista sintáctico. Se ha construido una frase con un elemento inicial al que no se le ha

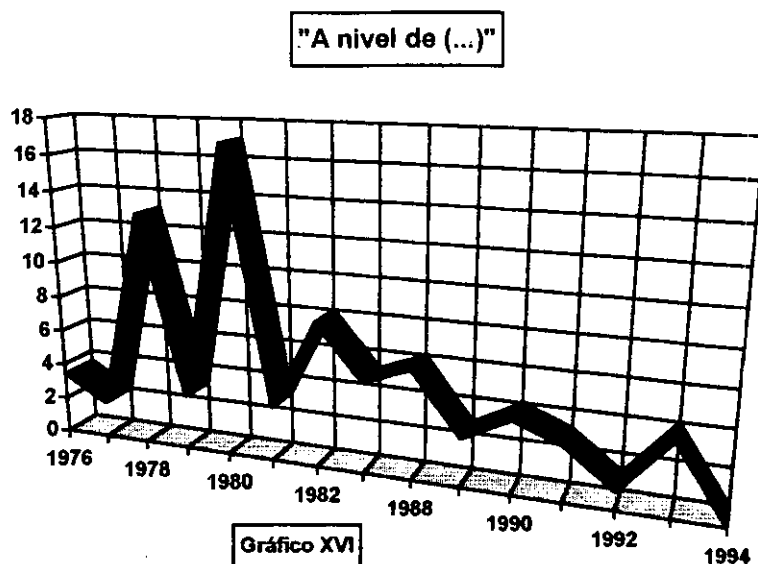
colocado ninguna marca preposicional ('por lo que uno se pregunta' o 'de lo que no se ha enterado nuestra derecha'), por ejemplo, porque en un primer momento el hablante creyó que se trataba de un sujeto. Esa carencia aflora después, cuando la frase ha sido completada. "La oligarquía, como se pasa la vida disparando al plato, al pichón o al rojo, yo nunca me aclaro qué veda es la que está abierta o cerrada"²⁵. Aquí el error se produce por simple anticipación de un elemento sintagmático ("la oligarquía") que parece sujeto, pero que en realidad no lo es. "Yo me parece que aprendo catalán y me voy a vivir a Lérida"²⁶. Umbral incurre con cierta frecuencia en estos anacolutos coloquiales. Es posible que busque en ellos la frescura de una relajada conversación, de una amistosa charla en la que todo dislate sintáctico es, en principio, permisible: "ahora el país lo que pasa es que está lleno de durmientes"²⁷.

3.2.2.2. Purismo gramatical.

Umbral viola en sus textos una considerable cantidad de normas gramaticales. Al mismo tiempo (y quizá sea esto lo más curioso), vigila celosamente que tales normas sean respetadas por otros escritores. También en esto se parece Umbral a Larra: ambos se comportan como si las reglas sólo debieran ser cumplidas por los demás. Ya se ha destacado en este trabajo (véase el epígrafe 3.2.1.1.2.1.) el purismo encubierto en que se basan algunas de las transgresiones más típicas y recurrentes de Umbral. El escritor, a veces, dibuja una irónica réplica de las incorrecciones que cometen otros hablantes. En ocasiones, llega a reproducir las más espurias expresiones lingüísticas con el único propósito de caricaturizar barbaridades gramaticales de uso corriente. Fenómenos totalmente opuestos, en un análisis apresurado y superficial, pueden acabar siendo presentados como equivalentes. Así que conviene no confundir la transgresión agresiva, personal e innovadora (aquella que Umbral ensaya por fecundar el idioma, sea cual sea el resultado final que se obtenga) con la transgresión profiláctica, mimética, conservadora (aquella mediante la cual el escritor denuncia el mal uso que

hacen de la lengua otros hablantes o escritores). El resultado puede parecer idéntico (violación de normas en diversos ámbitos), pero ni es idéntico el producto final (no se trata del mismo tipo de violación de normas) ni el sentido literario de las transgresiones admite ningún tipo de identificación. Todo lo contrario. El sentido literario de tales transgresiones -se acaba de indicar- es justamente inverso. Se busca, en un caso, la innovación; en otro, la conservación.

Anota Umbral: "un coloquio literario a base de Cela, Torrente y yo"²⁸. Para vituperar el uso de cierta locución, el articulista construye periodos oracionales artificiosos, ridículos: "montárselo a base de nota de *Efe* de seis líneas"²⁹. Muestra del purismo sintáctico de Umbral son expresiones tales como *en base a*, *de alguna manera* o *a nivel de*. El columnista se mofa de quienes usan estas huecas muletillas para expresar no se sabe bien qué ideas, para expresar la nada con tan orondas locuciones. Por eso las frases en que se incluyen estos bienes mostrencos del idioma suelen ser rimbombantes, exóticas, irónicas: "quiero interpretar el evento a nivel de bordillo"³⁰, escribe con sorna Umbral. Es incluso posible que el juego verbal llegue a perder todo significado interno, puesto que el único objetivo del escritor es criticar a quienes adornan su estilo con estos contradioses sintácticos. "En el mundo se mueven dos fuerzas, mayormente, o sea <<a nivel de>>, o si ustedes lo prefieren, <<de alguna manera>>, frase que también culebrea mucho por los cócteles"³¹.

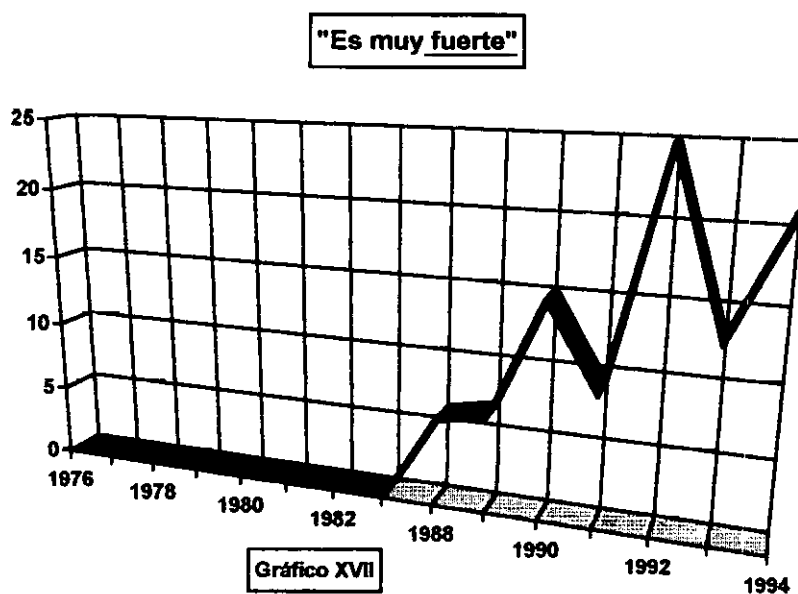


Con este *a nivel de* es Umbral especialmente crítico. No se limita, de hecho, a bafarse de la locución prepositiva o de quienes la maltratan con un uso obsesivo y casi siempre fuera de ocasión. Umbral suele marcar su reticencia con algún detalle (letra en cursiva, construcción gráfica extraña o comentario despectivo³²) que borre cualquier duda del lector. Quiere el articulista aclarar que le repugna este trío de palabras. Precisamente por eso las incluye en sus textos: "pero esta campaña que se hace ahora *a nivel de Estado español* (otra jurispollez que ya no hay quien la mueva) me hace pensar que (...) "³³. El autor recurre a la muletilla para arremeter contra quienes, sin tino, malbaratan el idioma. Cita, por ejemplo, a un conocido hombre de negocios (Javier de la Rosa, empresario catalán que representaba en España a un grupo empresarial de Kuwait) que la ha usado días atrás en una entrevista: "<<A nivel de pueblo se ha desaprovechado una gran oportunidad>>. Ya escribe Cela en su último libro que quienes dicen <<a nivel de>> son directamente unos gilipollas"³⁴. Como último mecanismo de ridiculización, perfila Umbral extravagantes, disparatados, cómicos sintagmas prepositivos: "a niveles de horóscopo de peluquería", "a nivel de pareja almodovariana", "a nivel de lo óptimo", "a nivel Reagan", "a nivel de análisis macrosocial", "a nivel galáctico", "a niveles religioso/seglares" y, en fin, "hacer el amor o mantener experiencias pre, post o extramatrimoniales a nivel de cama"³⁵.

Reflexiona Umbral, en "Las señoras"³⁶, sobre los males de España, que -según

explica- no son ni la escuela ni la despensa; ni los partidos ni Felipe González: "el mal sempiterno de esta patria son las señoras.

>> <<Te cuento>>, como dicen ahora las secretarias de todos los importantes, e incluso los importantes". He ahí otra memez verbal de esas que, de repente (y sin que se sepa muy bien a cuento de qué), se ponen explosivamente de moda. "Lo del señor Cuevas es que es muy fuerte"³⁷. Quiere decirse, claro está, que el señor Cuevas ha dicho o hecho algo muy llamativo. La expresión *es muy fuerte* la comienza a utilizar Umbral en su etapa de *Diario 16*³⁸, sin duda en irónico homenaje a un grupo social y lingüístico para el que todo, en este complejo y a veces indescifrable mundo, ha terminado resultando *muy fuerte*.



El lenguaje de políticos y sindicalistas, durante estos años, descubre y cultiva afanosamente un galicismo con cierto abolengo literario. La preposición *en* adquiere valor adverbial y se utiliza como equivalente de 'como', 'a lo tal' o 'de tal forma'. Así, por ejemplo, son muy frecuentes frases como 'hay que *pensar en positivo*' o 'hay demasiados trabajadores *en precario*'. Umbral escribe oraciones muy semejantes: "muy puesto yo en demócrata", "se comporta en demócrata", "vivir en demócrata", "escribía en demócrata", "sobrevive en franquista", "pensar en franquista", "gobernar en solitario

y en precario", "hablar en socialista"³⁹. También triunfa en esta etapa un verbo (con su correspondiente sustantivo) cuyo significado pasa del ámbito militar al sindical: "se han *movilizado*"⁴⁰, con cursiva, leemos en un artículo de 1982. Se refiere al articulista, por supuesto, a una protesta colectiva de trabajadores. Tres días después⁴¹, vuelve el escritor a utilizar la expresión, pero esta vez sin cursiva. Más tardía es la irrefrenable utilización del adjetivo *importante* para cualquier circunstancia o sustantivo. "Sadam es un masoca importante"⁴². Leída en su contexto, esta frase sólo puede significar 'Sadam es un masoca de consideración'. El autor juega aquí con la ambigüedad del término, porque el tal Sadam es, además, un señor *importante* (en el sentido ordinario del término) en tanto presidente de Iraq. Años después, se refiere Umbral a "un ostión importante"⁴³, a "una romería importante"⁴⁴ y a "unos colocones importantes"⁴⁵. En todos estos casos, tiempo atrás, se hubiera utilizado seguramente un complemento como 'de aquí te espero': 'una romería de aquí te espero' es, justamente, una romería fastuosa, con diversión garantizada.

Además de algún otro expletivo de origen coloquial (*oyes, vale, venga*)⁴⁶, Umbral usa -y al tiempo critica- un buen número de vicios sintácticos propios del lenguaje mercantil, el primitivo lenguaje comercial que a diario se emplea en los hipermercados: "la inmensa China cabe en una boutique planta caballeros"⁴⁷. Poco antes se ha referido el escritor a la empresa "El Corte Inglés", y aquí -como se ve- imita su sintaxis. Esta supresión de las preposiciones pasa a formar parte de la impedimenta sintáctica del autor: "una democracia *cortefiel* de corbata **Camuñas**, línea diplomática **Areilza** y esculpido a navaja *coif-feure* Suárez"⁴⁸. En lugar de *cazadora de Estados Unidos* o *cazadora típicamente estadounidense*, verbigracia, Umbral escribe directamente "cazadora USA"⁴⁹. De América, pero de la zona sureña, nos llegan a España ciertas peculiaridades sintácticas (americanismos) que el columnista glosa con una abigarrada combinación de crítica, chulería y resignación: "venido recién (como dice la tele y ya -ay- algunos rotativos) de las vacaciones, encuentro (...) "⁵⁰. Lo cierto es que Umbral, respecto a estos giros, alterna comentarios levemente críticos con un simple (y a veces ostentoso) uso. En ocasiones, se percibe un liviano

tono despectivo en la reproducción de ciertos americanismos. En otras, en cambio, no sólo no se menosprecian los modismos propios de los "latinochés" (tal es el vocablo con que Umbral se refiere habitualmente a los hispanohablantes americanos⁵¹), sino que incluso se defienden con vehemencia. Escribe Manuel Seco en su *Diccionario de dudas*: "*Desde ya*, locución adverbial, es de uso americano, ahora de moda entre algunos españoles; en el uso general corresponde a *desde ahora*"⁵². Umbral, en sus artículos periodísticos, se suma a esta moda: "Así que desde aquí y desde ya (otra cosa que tampoco puede decirse, pero que yo la digo) les aviso [...]"⁵³. En el terrero intermedio (entre la crítica y la apología del americanismo), encontramos una gruesa pila de las tópicas muletillas del español que se habla en América: "hermano, ché, porque yo te diré, vos sabés, que todos (...)"⁵⁴; "que ayer no más nuestra Armada, en maniobras por Canarias, se ha cargado (...)"⁵⁵; "vos me entendés, maestro Borges"⁵⁶; "que vos apretás"⁵⁷; "que vos matáis fiscalmente" [*sic*: no *vos matás*, como sería de esperar]⁵⁸.

3.2.2.3. Desviaciones cuasi transgresoras.

El purismo del que se acaba de tratar suele manifestarse en forma de transgresión crítica. Esto es: el columnista incluye en sus textos una incorrección gramatical para dejarla en evidencia ante los lectores. Parece como si, de este modo, se quisiera conseguir que un error sintiera pública vergüenza. En realidad, la transgresión consiste en ridiculizar a quienes, por ignorancia, maltratan el lenguaje. Ya se vio más arriba (epígrafe 3.2.2.1.) que hasta un experto en el manejo de la lengua -como Umbral- comete de cuando en cuando involuntarios solecismos.

Hay que continuar el estudio de las transgresiones sintácticas investigando cómo se desvía Umbral de las estructuras oracionales (o sintagmáticas) canónicas. En un primer grado de desviación (y teniendo en cuenta la libertad estilística propia del articulismo), quizá sea exagerado hablar de 'transgresiones' *stricto sensu*. Hay en los textos de

Umbral, no obstante, malformaciones sintácticas claramente transgresoras, y de ellas tratará el capítulo siguiente (3.2.2.4.).

En cuanto a las *desviaciones* o *licencias*, podemos distinguir dos claras tendencias: refinamiento sintáctico (producto del dominio lingüístico de un escritor consumado) y vulgarismo gramatical (originado por el atrevimiento de un escritor que se sabe por encima de reglas y códigos idiomáticos). Se repite aquí la dualidad estilística que con tanta frecuencia presentan los textos de Umbral: lirismo y vulgaridad, filigrana y ordinariedad.

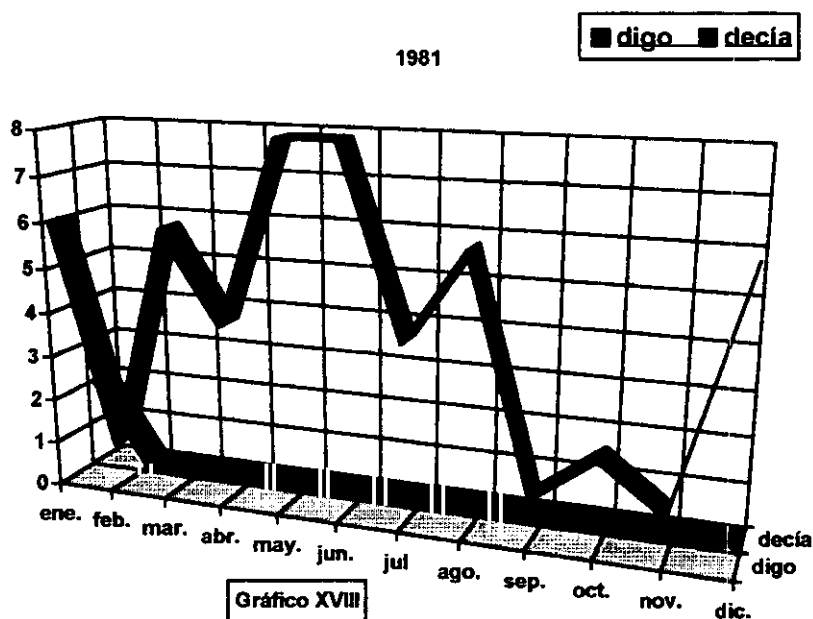
3.2.2.3.1. Refinamientos sintácticos.

Umbral estiliza literariamente la sintaxis de sus artículos periodísticos. Junto a construcciones oracionales ordinarias, cultiva Umbral un periodo de extraña estructura, poco o nada utilizado en el lenguaje cotidiano. Reflexiona el articulista, por ejemplo, sobre "la amanecida de las cosas"⁵⁹, sobre "el fuego barroquizado y el barroquismo ya dormido de una dictadura"⁶⁰, sobre "temas económicos, laborales, sindicales, militares, nucleares y etcétera"⁶¹.

Ya se han analizado en este estudio (capítulo 3.2.1.2.1.1.) ciertos mecanismos textuales de ruptura. Se anticipó entonces que Umbral deja frases a medio construir, que rompe a menudo unidades sintácticas o sintagmáticas para sorprender al lector. El llamativo *etcétera* que se acaba de ver es tan sólo uno de los modos de fractura discursiva. Hay otros muchos. En algunos de ellos, la simplicidad formal en que se basan casi resulta más sorprendente que la propia aparatosidad de la ruptura sintáctica: "ese extranjero rubio y amable que pasea siempre por el barrio con un tigre niño al hombro. Los amaestra y los vende"⁶². La desviación sintáctica, cuando apunta hacia lo literario, adopta formas líricas o arcaicas. El cultismo más frecuentado por Umbral es, sin duda, el *pero* con valor de *sino*: "no sólo como escritor, pero como político"⁶³. La estructura sintáctica apenas si se usa ya más que como reliquia histórica, pero pervive

de forma casi natural -qué curioso- en hablantes cuya lengua materna es el francés y que no dominan por completo el español.

Acude Umbral a otros refinamientos lingüísticos⁶⁴, síntomas -sin duda- de un lujoso manejo del idioma. Se mofa a menudo el columnista de la suntuosidad expresiva de quienes, como él mismo, conocen los secretos últimos del idioma. Y se burla mediante llamativas ocurrencias que causan en el lector, no admiración por un talento literario fuera de lo común, sino simple y gozosa hilaridad: "todos cuantos y quienes y cuyos nos habíamos olvidado de que Fernando Castedo era de la ucedé, recordamos ahora que (...) "⁶⁵. No importa incurrir en oscuridades ni galimatías sintagmáticos. No importa comenzar un artículo con una frase de casi un centenar de palabras⁶⁶. No importa enturbiar el discurso con ornamentados e inacabales incisos. Umbral retoma casi siempre (coloquialmente) la idea principal para evitar que las ramas sintácticas borren o hagan olvidar el tronco de la oración. Se vale muy frecuentemente de un 'digo' (o de un 'decía'): "Hoy, (...), hoy, digo"⁶⁷. Se repite el adverbio porque se había incluido un inciso de 57 palabras. Es probable que el lector, tras la anotación parentética, se hubiera olvidado ya del 'hoy' de principio de frase. Este 'digo' (o decía') se usa, como se ve en las cifras correspondientes a 1981, con cierta frecuencia.



Por medio de este recurso fático, el escritor reitera lo que había escrito antes del inciso y, de paso, bromea acerca del lío gramatical que ha terminado generando: "lo que yo digo, o sea, sin pasarme (no como los editorialistas, que se desmadran porque no firman: la firma es un bozal del columnista) es lo que ya dije el otro día (hay que repetirse, porque la repetición hace estilo, el género, y el género es el hombre), lo que yo digo, y a ver si me explico de una santísima vez, es que, en los últimos sesenta, un señor (...)"⁶⁸. La broma, con el tiempo, se convierte en socorrido recurso para justificar el galimatías sintáctico: "quería decir -y a ver si por fin lo digo- que (...)"⁶⁹.

No refinados, pero sí muy personales, son ciertos detalles estilísticos relacionados con el uso de las formas verbales o de los signos de puntuación. "Mi querido amigo don **Ramón Serrano Suñer** (...) ha declarado. Dos puntos. <<He de pensar que no se trata de (...)>>"⁷⁰. Son destellos de dominio. Dominio, en realidad, de la personalidad estética del escritor sobre pautas gramaticales de casi obligado cumplimiento. Es típico de Umbral, por ejemplo, recurrir al pretérito perfecto para referirse a una acción no recién concluida, sino ya bastante alejada del momento en que se escribe: "el otro día he contado que (...)"⁷¹. Alguna vez, bien es verdad que de manera excepcional, el autor llega incluso a emplear el verbo en presente junto a un adverbio temporal de pasado: "que ayer me escribe una hermosa carta"⁷².

3.2.2.3.2. Vulgarismos gramaticales.

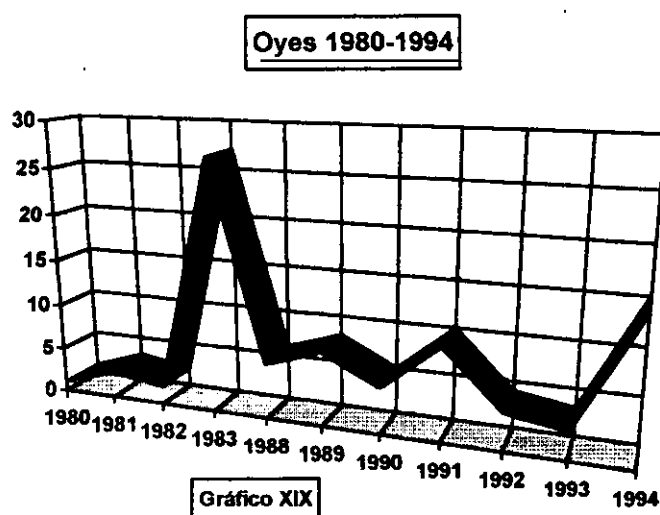
"Hombre, don Ramón, qué manera de liarla, lo suyo es que no es normal, o sea que se pone usted *demasié*"⁷³. El punto de partida es una trabazón coloquial de las frases. La estructura sintáctica refleja un modo de escribir muy semejante al modo en que acostumbramos a hablar. Una oración compuesta subordinada completiva, verbigracia, queda violentamente dividida en dos mitades. La proposición subordinada aparece aislada. La pausa o ruptura sintáctica parece marcar un cierto énfasis elocutivo. "Bueno, pues esto es lo que pasa con toda la política española actual. Que los hombres

no tienen detrás a la gente"⁷⁴.

Típica del coloquio es también la frase inacabada, la oración incompleta, pero no por ello incomprensible: "como los curas de suéter que andan hoy"⁷⁵. Se entiende, claro está, 'los curas de suéter que andan hoy *por ahí*', como se suele decir en charlas informales. Esta mutilación de frases hechas es muy del gusto de Umbral: "los eternos estudiantes ya entrados"⁷⁶. Se supone que 'entrados *en años*'. En ocasiones, se llega incluso a suprimir elementos esenciales de la oración. El verbo, por ejemplo: "pero en la cárcel mucha hambre"⁷⁷. Quiere decirse que 'en la cárcel *había* (o *se pasaba*) mucha hambre'. En oposición a este fenómeno, hallamos en los textos de Umbral adiciones coloquiales: "He estado viendo a ver (...) "⁷⁸. La repetición innecesaria del verbo es idéntica a la que, enfáticamente (o por simple rutina), se utiliza a menudo en el lenguaje hablado. "Para, para el carro"⁷⁹.

Pero dejemos a un lado las frases⁸⁰ y las licencias coloquiales. Éstas, a fin de cuentas, son casi siempre permisibles en un tipo de textos periodísticos caracterizado, precisamente, por gozar de una gran libertad estilística. Hay un punto, de ordinario impreciso, a partir del cual la licencia se transforma en solecismo, en pecado idiomático. Umbral cultiva con asiduidad aberraciones sintácticas que se originan por improvisación, por súbita rectificación del discurso. "En las *Noticias* del sábado dieron el nombramiento del señor Suárez, los de la tele"⁸¹. Sólo en contados casos es posible rectificar sin violentar las leyes gramaticales. El hipérbaton que se acaba de ver, aunque impropio del texto escrito, se puede considerar admisible. Pero lo normal es que el orador que sólo mira hacia adelante, y nunca hacia atrás, acabe incurriendo en considerables incoherencias sintácticas. "Yo creo que esto es mismo de la falta de empleo, (...) "⁸². Llegamos, así pues, al ámbito del vulgarismo gramatical. El articulista usa, con evidente voluntariedad, giros espurios. "Fraga estuvo caótico/cataclísmico, pero lo más peor es que le salieron otras mil derechas simultáneas o sucesivas"⁸³. Si tomamos como objeto de análisis los adjetivos en grado comparativo o superlativo, pongamos por caso, hallaremos construcciones tales como "en sus momentos mejores (que los tienen muy mejores)" o "que son los más peores"⁸⁴. Si se revisa la utilización

de los nombres propios, se descubrirá que algunos llevan antepuesto un vulgarizante artículo ('el Pepe', 'la Mari', 'el Manolo')⁸⁵. Y en cuanto a las partículas expletivas, destaca sobremanera el uso de un *oyes* que nada significa, que apenas si añade algo de énfasis a la oración en que aparece, que ni siquiera es, en fin, un equivocado imperativo del verbo *oír*. "Es que es, oyes, que es que no le dejan hablar"⁸⁶. Más que desempeñar una función fática, este *oyes* de Umbral quiere degradar el tono lingüístico. El columnista suele utilizar el vulgarismo a modo de chabacanería sintáctica. Como equivalente semántico de este expletivo, se puede señalar quizá un -también coloquial- 'qué quieres que te diga'. La función de ambas de expresiones viene a ser la de cortar la frase, establecer una pausa en el mensaje lingüístico e intentar ganarse, por la vía pragmática, la simpatía del oyente. "Tampoco Suárez puede tener carteras para todos, oyes"⁸⁷. Se había mantenido, en los párrafos anteriores, un tono serio, casi seco. Es la primera vez que Umbral usa un *oyes* de este tipo, y ya se ve que, desde el primer momento, la función que viene a desempeñar es la de envilecer el tono discursivo, romper la seriedad elocutiva mediante una pizca de incorrección y vulgaridad. Resulta muy llamativo, por lo demás, el hecho de que el columnista acuda al solecismo con especial insistencia durante 1983.



Comentario específico merece un registro lingüístico de origen también coloquial,

pero que presenta unas características muy particulares. Umbral se suele referir a esta peculiar sección idiomática mediante la etiqueta de *cheli*. No se entrará aquí a considerar si este *cheli* existe como tal dialecto o si, por el contrario, se trata de una simple amalgama de voces jergales. Sea lo que fuere, el caso es que de este argot extrae Umbral una gran cantidad de giros sintácticos quizá no del todo vulgares, pero sí claramente (por la propia definición de '*cheli*') marginales: "la basca joven va de cuelgue, globo, mono, pico o lo que salga"⁸⁸.

El vocabulario de la jerga se estudiará en el capítulo dedicado a la unidad de la palabra. Ahora conviene destacar los rasgos sintácticos generales del *cheli* que Umbral utiliza:

1) Supresión de nexos y partículas de enlace sintagmático.

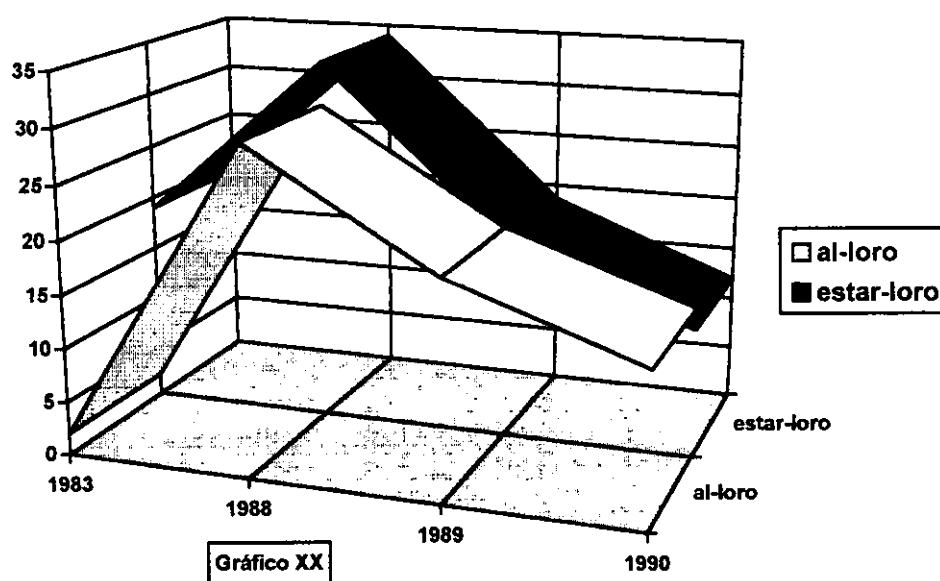
El periodo oracional del *cheli* que hallamos en los artículos de Umbral es directo, cortante, *aferético*. Se suprimen preposiciones, conjunciones e incluso artículos: "porque es que vacilan barbaridad"⁸⁹. La frase se entiende sin problemas, pero no por ello deja de ser agramatical: "que le han salido años cantidad"⁹⁰, llega a escribir -con extremado hipérbaton- Umbral. Quiere decirse que alguien ha sido condenado a muchos años de cárcel. Se omite la preposición *de* en la expresión *cantidad años*, cuyos elementos (acaso por atenuar la dureza de tal omisión) quedan invertidos en la frase citada. También se omite la preposición *de* en un sintagma tan simple y usual como el que sigue: "bocata tortilla"⁹¹. Incluso se puede hallar alguna supresión de varias palabras: "se lo hacen de europeísmos y molan demócrata total"⁹². Hay que imaginar, como fórmula lingüística de base, un 'molan en plan demócrata total'. La locución eludida (*en plan*) es, por cierto, una de las preferidas por Umbral, según se verá en el párrafo siguiente (3.2.2.3.3.).

2) Modificación de las relaciones categoriales ordinarias.

Las categorías gramaticales cambian a menudo de función. En especial, es muy frecuente que un adjetivo pase a desempeñar las tareas propias del adverbio: "se esculpen semanal"⁹³, verbigracia, vale por 'se cortan el pelo a navaja semanalmente'. Si algo *gusta mucho* es que "mola total"⁹⁴. *Pasarlo bien* (o *muy bien*) es "pasarlo bárbaro" o incluso "pasarlo vallisoletano"⁹⁵. En los años de máximo esplendor político del PSOE, Umbral escribe: "*psocialismo barre total*"⁹⁶. Es éste uno de los rasgos más definitorios y recurrentes del argot que se comenta.

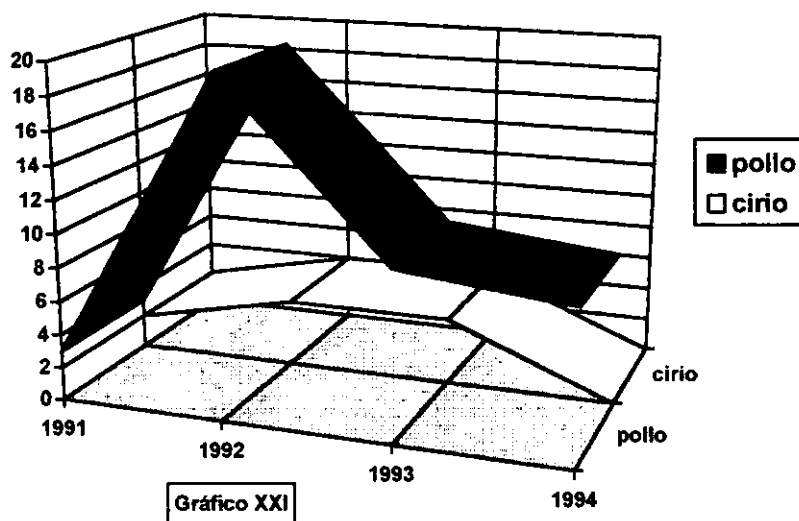
3) Uso recurrente de *microtópicos*.

Las más reconocibles señas de identidad del cheli son pequeños retazos de idioma que quedan solidificados en forma de frases hechas, expresiones tópicas que el hablante utiliza con notabilísima frecuencia. *Dar el cante*⁹⁷, pongamos por caso, es 'llamar la atención'. A quien se comportado con arrojo, talento o pericia se le dice, a modo de felicitación o público reconocimiento: "mucho lo tuyo"⁹⁸. Pero mucho más frecuentes, sin duda, son muletillas como las que se comentan a continuación. Equivalente de *estar al día* o *estar informado sobre las últimas tendencias de música, arte, etc.* es "estar al loro".

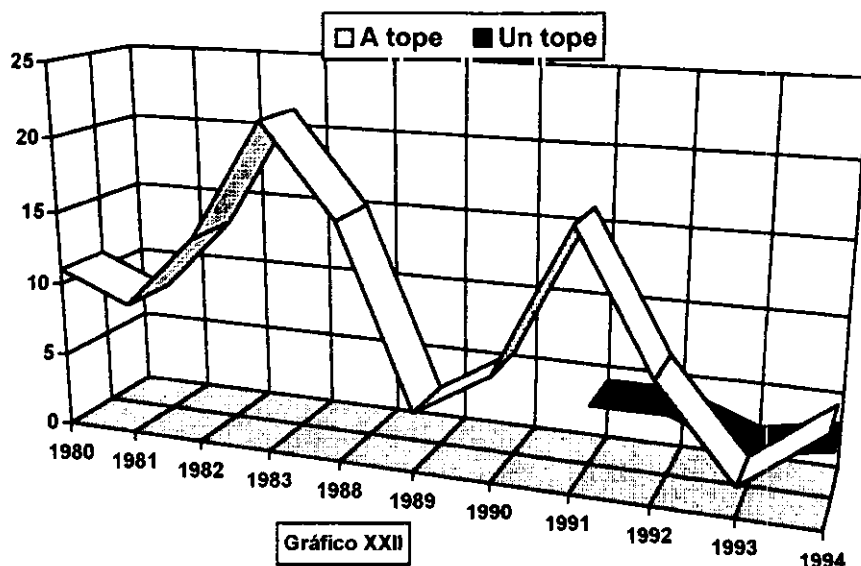


Esta expresión triunfa, como se ve, en 1983. En enero de este año⁹⁹ aparece por primera vez. En 1989, y como síntoma de una cierta decadencia, anota el autor: "eso es lo que antiguamente llamábamos estar al loro"¹⁰⁰.

El coloquial *armar jaleo*, en cheli, pasa a ser *montar el pollo* (o *montar un cirio*). Juega Umbral a unir con notable frecuencia los vocablos *pollo* y *cirio*:



Menos marginal -menos cheli, por tanto- es la locución *comer el coco*. Tal locución presenta, sin embargo, una variedad de sabor mucho más jergal: *comer el tarro*¹⁰¹. Cabe recoger, por último, la evolución del uso de *ser un tope* ('ser algo muy llamativo'), *estar a tope* ('estar en plena forma, en lo moral o en lo físico') o *ir a tope* ('comportarse con arrojo, en plenitud de facultades').



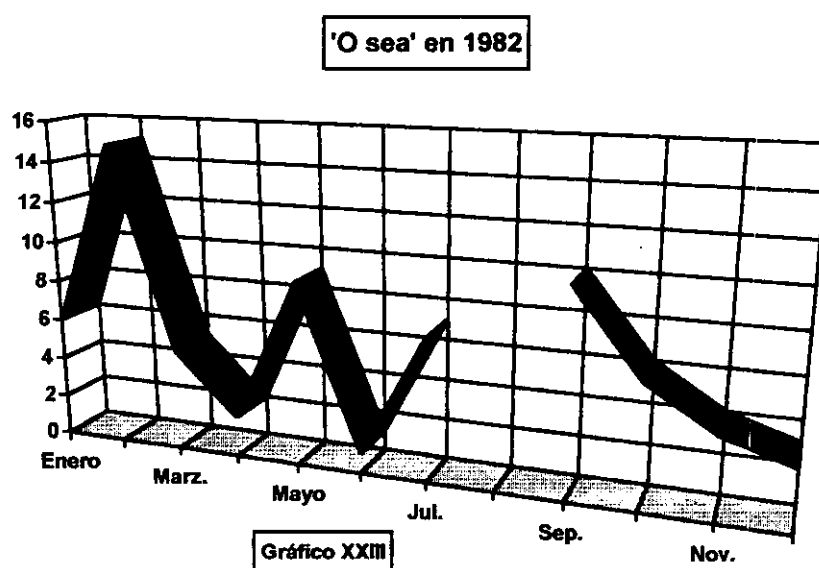
Todos estos pequeños tópicos expresivos sirven para unificar el argot. Gracias a ellos, el cheli cobra, si no una sólida cohesión interna, sí al menos cierta regularidad en los usos lingüísticos de quienes frecuentan la jerga. Hay que tener en cuenta, no obstante, que Umbral maneja el cheli (definido por el DRAE como una "jerga con elementos castizos, marginales y contraculturales") con un estilo muy personal. El resultado final -los textos publicados en los periódicos- es un idiolecto inconfundible. Resulta casi imposible saber dónde termina el puro cheli y a partir de qué punto comienza la particularísima aportación del autor. Umbral ha presumido muchas veces de ser un consumado experto en esta juvenil jerigonza. Pero también ha marcado distancias, en no menos ocasiones¹⁰², con aquellos que se proclaman eruditos pasivos del cheli.

3.2.2.4. Solecismos que marcan estilo.

Pretende Umbral, en consecuencia, moldear un ideolecto dotado de gran personalidad. Maneja para ello toda clase de fuentes. No interesa aquí repasar con detalle qué ingredientes conforman la lengua literario-periodística del autor. Conviene

ceñirse a las cuestiones de que trata este capítulo. Si se analizan con atención las transgresiones sintácticas, destaca de inmediato algún solecismo que el columnista hace propio a fuer de usarlo. Es verdad que, en ciertos casos, ni siquiera se puede hablar de solecismos, sino más bien de peculiares giros sintácticos o incluso de locuciones claramente correctas. Lo que sucede es que la utilización casi obsesiva de una determinada fórmula lingüística acaba convirtiéndola en un tic personal del escritor, sin que por ello deje de ser una posibilidad idiomática al alcance de cualquier hablante. Toda expresión que se atenga a las reglas gramaticales forma parte de un bien común: el idioma. Pero un escritor tenaz, recurriendo con fidelidad a ciertas locuciones, puede acabar apropiándose de ellas. Hasta un simple nexo gramatical (*o sea*, verbigracia) puede terminar convertido en patrimonio estilístico del autor: "(...), cuando lo necesitan, o sea.

>> (Me dice un señor muy de derechas que no le gusta el <<o sea>>, de modo que lo voy a poner siempre)"¹⁰³.



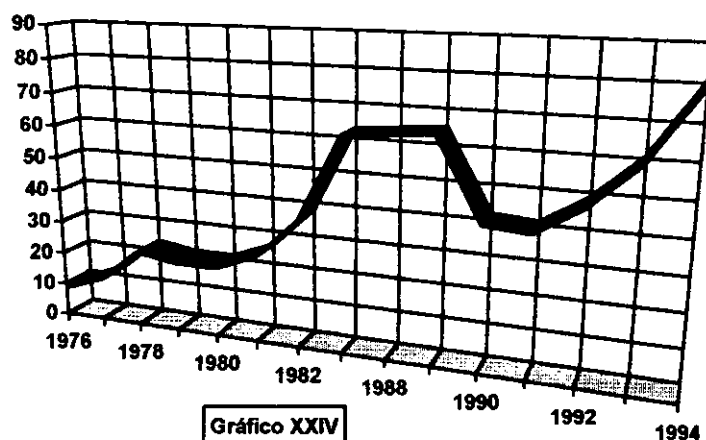
Además de por un uso muy frecuente, Umbral se apodera de estas expresiones por medio de un tratamiento lingüístico nada convencional. Este *o sea* -sigamos con el mismo ejemplo- no desempeña en muchos contextos su función habitual de conector

aclarativo o explicativo. Ya se vio en otro lugar (epígrafe 3.2.1.2.3.2.3.) que Umbral concluye muchos artículos con este nexo: en consecuencia, somete al conector a la paradójica e hilarante tarea de conectar a un elemento textual determinado con la nada que es el fin del propio texto. "Tú verás, o sea"¹⁰⁴. Y ahí acaba el artículo. Se produce, pues, un estrangulamiento semántico del conector. Ésta es la técnica general: violar el contenido semasiológico de la palabra (o palabras) de que se trate, someterla a relaciones sintácticas espurias, inusuales, extrañas: "el laberinto **Arias Navarro/-Fraga/Calvo Sotelo, Felipe**/o sea, resulta que (...)"¹⁰⁵. Lo que se intenta, en suma, es emplear innecesaria e inconvenientemente la partícula en cuestión. Por eso la incluye Umbral hasta en algún llamativo título ("El otoño, o sea"¹⁰⁶). Por eso también la introduce a veces como cuña expletiva, sin ninguna justificación gramatical o semántica: "ese artículo que escribimos los columnistas el día que estamos con la empanada, o sea mental, y no se nos ocurre otra cosa"¹⁰⁷.

Muy parecido a este *o sea* es el *mayormente* que con tanta frecuencia incluye Umbral en sus columnas. Trátase de un adverbio cuyo significado -según el DRAE- es 'principalmente, con especialidad'. "Yo es que *mayormente* no me fio"¹⁰⁸. El articulista, sin embargo, traiciona casi siempre el valor semántico (el canónico, al menos) del adverbio: "el tabaco da cáncer al canceroso. *Mayormente*"¹⁰⁹. Prevalece, pues, el valor pragmático sobre el semántico. Hay en los artículos de Umbral un *mayormente* lúdico, meramente enfático, coloquial: "como el alma es de la India o la China y el cuerpo es de Chamberí.

>> *Mayormente*. Los productores de porno parece que han entrado en espanto con tus medidas clarificadoras, Pilar, (...)"¹¹⁰. El adverbio refuerza el sentido de tal o cual frase. Pero lo hace *a pesar de* (o al menos *sin contar con*) su verdadero significado. El énfasis, por ende, no procede del contenido lingüístico que recoge el DRAE ('principalmente, con especialidad'), sino de un *significado de uso* o *pragmático* muy próximo al valor expletivo que suele tener el adverbio en contextos coloquiales.

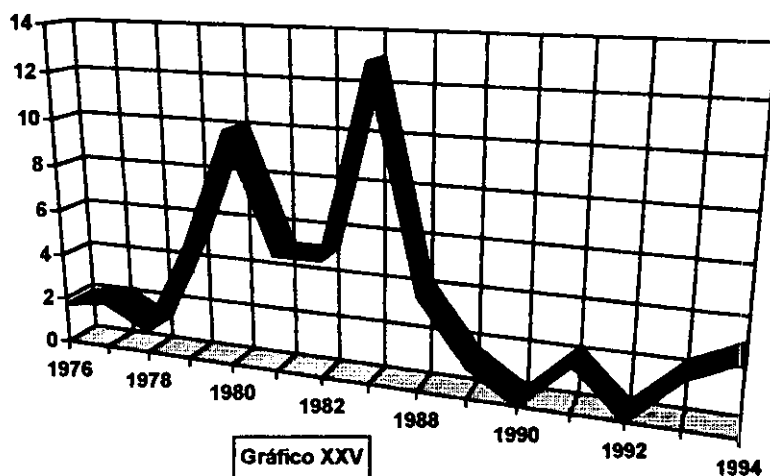
Mayormente



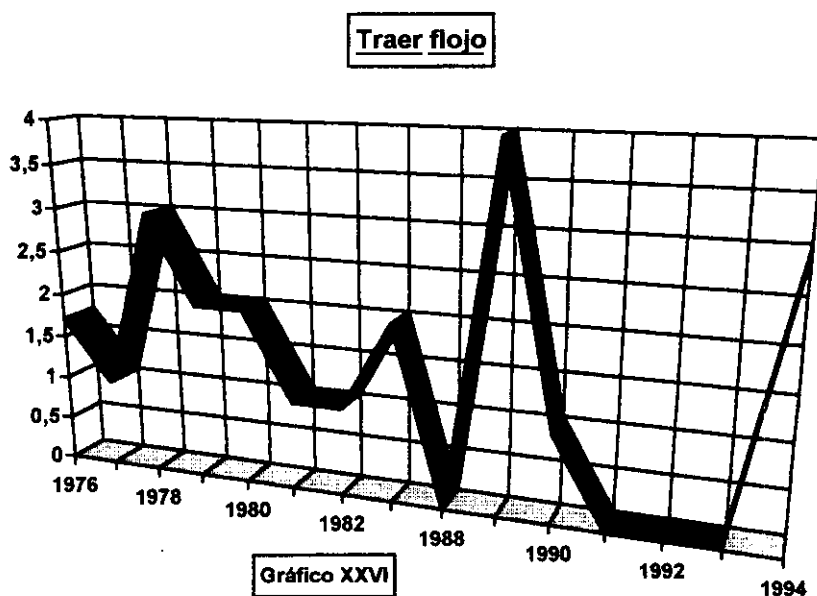
La deformación semántica es algo mayor en la frase *pegar una puerta*, que presenta dos sentidos básicos: 'largarse de un lugar apresuradamente' ("nos pegábamos una puerta"¹¹¹) y 'dar un portazo a alguien' ("nos pegaron puerta"¹¹²).

Procedentes del lenguaje ordinario son también las frases verbales *estar en un grito* o *traer flojo*. Trátase, curiosamente, de una pareja de cuasi antónimos: la primera viene a valer, en los textos de Umbral, por 'estar alarmado', 'sentirse impresionado por algo muy llamativo'. El significado originario de la frase, sin embargo, es 'quejarse por efecto de un dolor agudo e incesante' (véase DRAE de 1992).

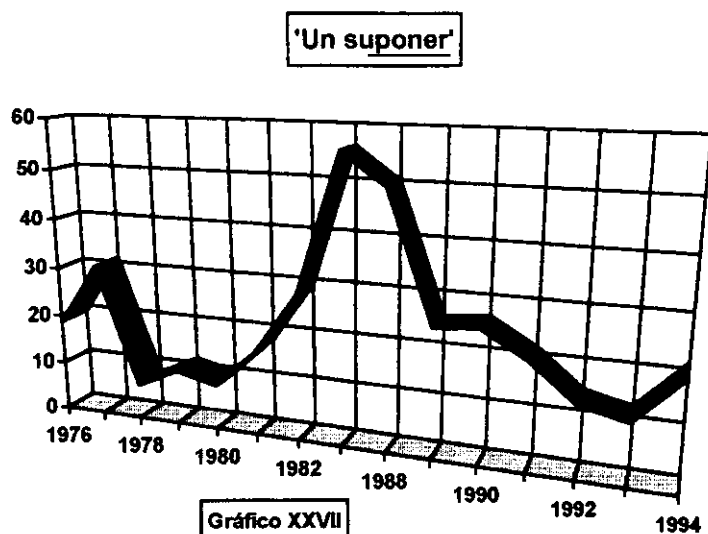
Estar en un grito



La segunda frase verbal (*traer flojo*) quiere significar que 'algo deja a alguien impasible, puesto que a ese alguien le da igual ese algo'. "A mí la ópera me da igual, ya lo ven. O sea que me trae flojo"¹¹³. Nótese cómo el adjetivo concuerda gramaticalmente con el sujeto. No ocurre lo mismo cuando el autor, en rara y tardía ocasión, resucita el vulgarismo primigenio: "traérsela floja"¹¹⁴. Aquí, por el contrario, la concordancia se establece entre el adjetivo y el nefando órgano sexual del varón que habla: "me la trae más o menos al paio, floja o blandulona"¹¹⁵, anota Umbral en otro texto.

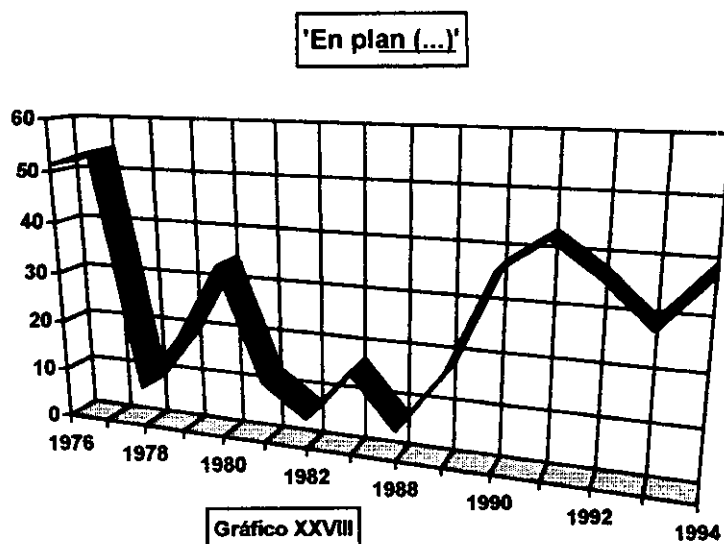


Vulgarismo sin connotaciones escatológicas o sexuales es la fórmula *un suponer*¹¹⁶, tan típica del autor. "Por ejemplo ahora un suponer"¹¹⁷. Desde este primer uso, Umbral recurre a contextos en los cuales el defecto sintáctico del vulgarismo queda subrayado con nitidez. Se amplifica, a veces, por medio de una redundancia tan llamativa como la ya señalada: "por ejemplo, y un suponer, ésta de hoy"¹¹⁸. Otras veces, en cambio, se construye un solecismo directo, desnudo, rudimentario: "Yo un suponer"¹¹⁹.

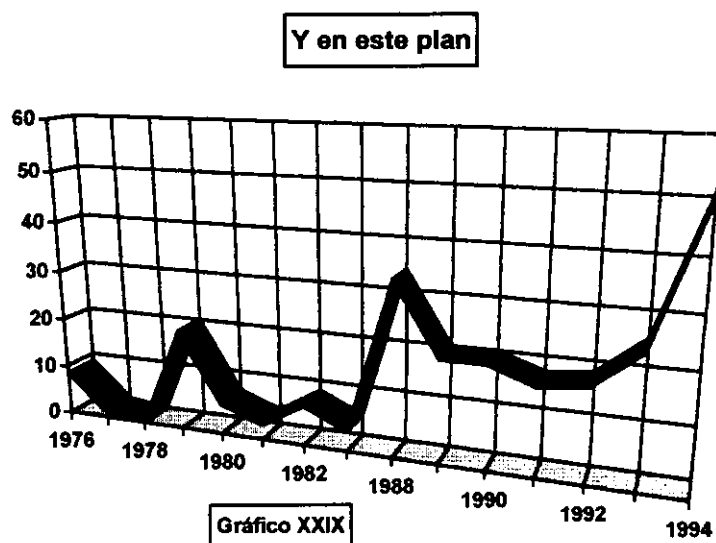


Más allá de la regularidad con que es empleada tal locución, conviene destacar el hecho de que el escritor la considere parte fundamental de su estilo. No la ha inventado él. Esto es claro. Pero sabe el articulista que son muy pocos los que se aventuran a poner por escrito un giro tan coloquial (tan vulgar, cabe añadir) como éste: "un suponer. ('Un suponer'. Leo otras columnas y parece que me estoy leyendo a mí mismo. (...) Agradezco a los colegas el homenaje tácito/implícito)"¹²⁰.

Aunque no aparezca en el DRAE, sí es fácil oír en conversaciones cotidianas la expresión 'en plan (...)': "llevarse votos en plan cantidad"¹²¹. Umbral usa este modismo -procedente, según algunos¹²², del francés '*en train de*'- muy a menudo.



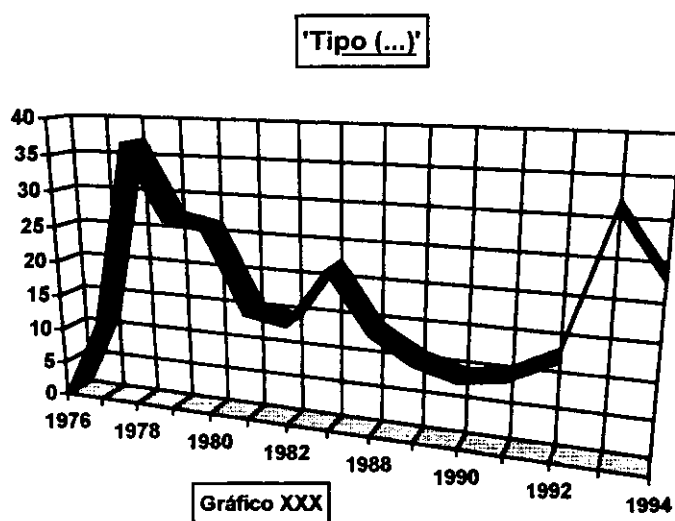
De cuando en cuando, el modismo se presenta con recargamiento al mismo tiempo barroco y coloquial: "en plan *aquí un amiguete*"¹²³. No se trata de una aberración gramatical inventada de improviso por el autor. De hecho, así es como se utiliza muy a menudo la expresión en la charla distendida. Lo que sucede es que Umbral, por no quedar en la simple constatación de un giro coloquial, exagera irónica y juguetonamente la complicación sintagmática: "en plan *vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas*"; "en plan *esto-hay-que-arreglarlo-hombre*"¹²⁴. Durante meses, por cierto, llega a utilizar el columnista este giro sin valor semántico alguno. Crea para ello la expresión "en plan corroborar" y la emplea sin venir a cuento, sin sentido, como simple muletilla personal¹²⁵. Significado bien distinto presenta la variante *y en este plan*, a la que también recurre Umbral con frecuencia, sobre todo durante los últimos años analizados.



El contenido semántico de la locución viene a ser el siguiente: 'y como éstos, muchos otros más'; 'y gente (o cosas) por el estilo'. "Ana, Isabel y en este plan, o sea un etcétera"¹²⁶. Se trata, por tanto, de una locución de cierre sintáctico, puesto que con ella se rematan casi siempre las enumeraciones. Citados algunos de los elementos que componen un grupo cualquiera, se renuncia a completar la enumeración aclarando, sin más, que los componentes que faltan se asemejan a los ya nombrados: "Soledad

Becerril, Clavero Arévalo, Susanita Recortable y en este plan"¹²⁷.

Cuanto más se aleja el significado pragmático con que Umbral emplea una locución de su significado lingüístico canónico, tanto más personal y transgresora resulta. Cabe establecer, por ello, un segundo grupo de expresiones agramaticales (cuasi gramaticales, en el mejor de los casos) que dejan marcado en los textos el inconfundible sello estilístico del escritor. Parecido al *en plan* (...) que se acaba de comentar es el giro *tipo* (...). En un solo artículo de 1977, leemos: "los valores espirituales, tipo esencias"; "o sea que estamos en una democracia-western, tipo *Billi el Niño*"; "somos una democracia tipo **John Wayne**"; "sueñas por Madrid tipo Chicago *turbulents twenties*"¹²⁸. A partir de ese mes, desencadena Umbral una prolífica gestación de *tipos*, a cada cual más exótico: "chicas decentes tipo *papá-me-hace-estar-en-casa-a-las-diez*"; "tipo *pero-qué-rejovencísima-que-está-la-señora-marquesa*"; "guiones tipo *hazme-gozar-como-una-zorra*"¹²⁹. Antes (entre mayo de 1976 y noviembre de 1977) no ha aparecido una sola frase de este estilo. El escritor parece comprender que ha descubierto un giro interesante, peculiar, llamativo. En 1978, recurre 37 veces a esta fórmula lingüística. Luego el uso decrece poco a poco, hasta que en 1993 vuelve a recuperar todo su vigor (es empleada 32 veces durante ese año).



Completan este segundo grupo de notorias malformaciones gramaticales otras tres

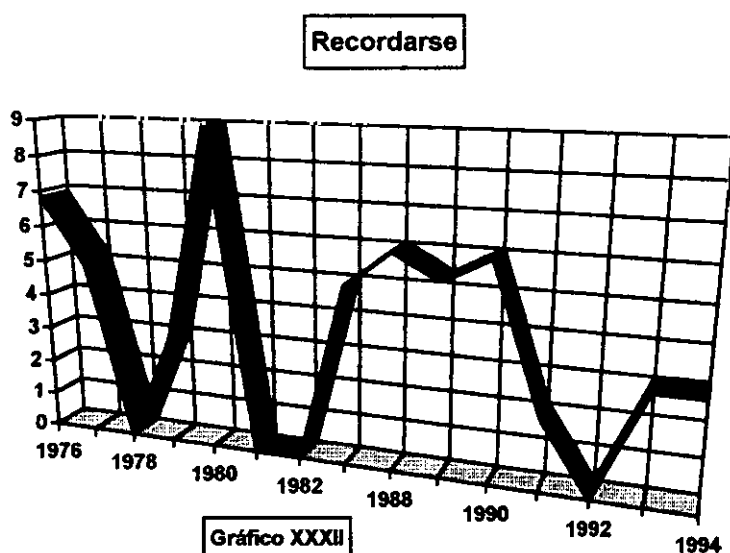
expresiones tópicas de Umbral: 'a la viceversa', 'recordarse de algo' y 'lo cual que'. La primera de ellas ("uno cree, a la viceversa que usted, [...]"¹³⁰) es una evidente deformación del giro *a la inversa*, al cual -de todos modos- no renuncia el autor. En marzo de 1978, por ejemplo, el autor escribe cuatro veces *a la inversa* y ninguna vez *a la viceversa*.



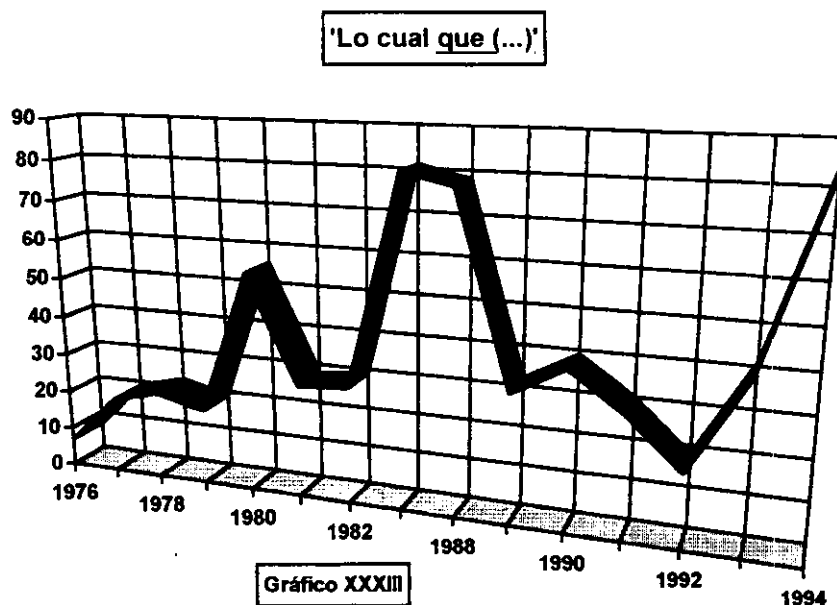
Entre septiembre y diciembre de 1981 (ambos meses incluidos), no encontramos un solo *a la viceversa* y, sin embargo, hay hasta cuatro *a la inversa*¹³¹. En noviembre de 1983, hallamos tres versiones de la articulación correcta y tan sólo una de la incorrecta¹³². Algo muy parecido ocurre entre octubre y diciembre de 1988. Con todo, y más allá de lo que suceda en periodos concretos, el solecismo *a la viceversa* es mucho más usado que el admisible *a la inversa*. En 1982, verbigracia, hay siete giros correctamente formados por diez modismos agramaticales¹³³. Es muy llamativa, en fin, la esporádica aparición de alguna variedad exótica de esta locución: "o a lo inversal", escribe el articulista a mediados de 1988; "a la recíproca, le regaría uno a (...) que (...) "¹³⁴", leemos en 1992. Es posible tropezar, incluso, con alguna curiosa sustantivización del adverbio. "Esta columna parece la misma de siempre, pero es todo lo contrario. Una viceversa"¹³⁵.

"Yo me acuerdo de **Carmen Ynfante**"¹³⁶. Tal formulación equivale aquí al *a la*

inversa del que se acaba de hablar: "¿ustedes se acuerdan?"¹³⁷. La malformación equivalente al *a la viceversa* es ahora un vulgarismo bastante extendido en ciertos grupos de hablantes: "¿ustedes es que no se recuerdan?"¹³⁸. El solecismo se origina por una confusión de verbos: se utiliza *recordar* con la estructura sintagmática (pronominal) de que se suele valer el verbo *acordar* ('acordarse de algo'). Este incorrecto *recordarse*, aunque mucho menos frecuente que otras (la anterior y la siguiente, por ejemplo) es otra de las muletillas típicas de Umbral.



"Lo cual que los de Comisiones Obreras, ya digo, no creen en la reforma de Martín Villa"¹³⁹. Aparece, en junio de 1976, la aberración sintáctica *lo cual que*. El origen de la expresión hay que buscarlo en un "lo cual quiere decir que (...)", o bien en un "de todo lo cual se deduce que (...)"¹⁴⁰. Parece que el autor suprime el verbo y otros aditamentos sintagmáticos, de modo que la locución, en un primer momento, queda así: "lo cual, que (...)"¹⁴¹. Da la sensación de que, con esta coma entre *cual* y *que*, el escritor pretende marcar una pausa con la que se pueda apreciar la elipsis verbal del modismo. Esta separación, con todo, no tiene fortuna y desaparece muy pronto. De hecho, ya se ha visto que ni siquiera aparece la primera vez que se emplea, allá por junio de 1976.



"Querido Luis: lo cual que habiendo visto por el *Financial Times* tu suspensión, o sea de pagos, te pongo la presente para solidarizarme, aquí un amigo, que tú me mandabas vino"¹⁴². El uso fortalece la autonomía del giro, que poco a poco va renunciando a enlazar cláusulas o pensamientos, y cada vez con más frecuencia surge de improvisto en el comienzo de un párrafo¹⁴³ e incluso en el comienzo del texto. "Lo cual que don **Francisco de Quevedo y Villegas**, o sea Quevedo, se lo hacía ya de timos". Así empieza un artículo titulado "Teoría del cheli"¹⁴⁴. El valor de explicativo o aclaratorio de la locución ('lo cual supone que', 'lo cual indica que') se va diluyendo progresivamente. No es nada extraño encontrar el modismo en lugares donde la explicación resulta, no ya ociosa, sino incluso improcedente o absurda. "Iba yo a comprar el pan y lo cual que me he acercado, hombre, a mirar a ver eso del *Guernica*"¹⁴⁵. Umbral, pues, recurre a esta fórmula sintagmática por mero afán de reincidencia en un hallazgo verbal que le distingue como escritor. Por más que el propio escritor se lo haya podido escuchar a tal o cual hablante, este *lo cual que* forma parte del peculiar estilo del autor. Él mismo se encarga de dejarlo claro. "En cambio, las primeras coplas sin letra que le saca la basca (ya todos los columnistas escriben 'lo cual que', mientras abjurán del cheli: soy un incomprendido) a unos novios [...]"¹⁴⁶.

NOTAS: 3.2.2. ORACIÓN: Nivel sintáctico.

¹ Lausberg, H., *op. cit.*, tomo II, pág. 10. Es cierto que no siempre resulta sencillo delimitar ambos terrenos. Los fenómenos relacionados con la morfología, por ejemplo, pueden ser considerados dentro del ámbito oracional. En este estudio, sin embargo, se ha preferido agrupar las cuestiones léxicas, morfológicas, y semánticas en el apartado dedicado a la 'palabra' (*in verbis singulis*).

² Nebrija, A., *Gramática de la lengua castellana*, (Libro IV, cap. I.). Se cita por la copia facsímil de Ed. "Paris-Valencia", Valencia, 1992, pág. 90. El texto que sigue dice así: "La cual consideracion como diximos en el comienço de aquesta obra los griegos llamarón syntaxis nos otros podemos dezir ordé o aiuntamiéto de partes".

³ En algún caso, por supuesto, se podrá suscitar alguna duda sobre si tal o cual sintagma es correcto o incorrecto. Pero será un caso excepcional. Lo más frecuente es que las reglas sintácticas del código lingüístico resuelvan con nitidez qué expresiones son correctas y cuáles no lo son.

⁴ "El señorito", *El País*, pág. 22, 08/11/1980.

⁵ "Con Ansón vivíamos mejor", *El País*, pág. 25, 01/12/1977. Meses antes ("Matar el caimán", *El País*, pág. 25, 29/05/1977), había utilizado Umbral la expresión "pedradas televisivas" para referirse a las piedras que habían sido lanzadas contra la sede de Televisión Española.

⁶ Escribe, en efecto, Umbral: "un informe del Fondo Monetario Internacional valora positivamente la política económica". ("La pela", *El País*, pág. 32, 20/02/1983). No hay aquí una crítica encubierta a quienes tal expresión utilizan. Más bien parece que Umbral se ha dejado llevar por la frase hecha.

⁷ "Feministas", *El País*, pág. 26, 07/12/1977.

⁸ Véase "Revival Escrivá", *El País*, última, 15/06/1976. Esta es la primera vez que utiliza erróneamente la perífrasis verbal.

⁹ "Revival Escrivá", *El País*, última 15/06/1976.

¹⁰ "Elogio de mi nariz", *El País*, última, 27/04/1979. Otros claros casos de leísmo: "La Monarquía conspira secularmente contra los reyes. Les frivoliza" ("El Rey", *Diario 16*, pág. 4, 22/09/1988); "que un día nos van a dar un susto. Que nos le han dado ya". ("Oreja", *Diario 16*, pág. 4, 01/11/1988.)

¹¹ Al escritor Fernando Sánchez Dragó, por ejemplo: "Sólo dicen *la* por *le* nuestras tías y quienes citan a Juan Ramón de oídas". ("Talento/TVE", *El País*, pág. 22,

02/02/1983.)

12 "Las novias de Franco", *El País*, pág. 24, 21/06/1978. En este mismo artículo, escribe Umbral: "las postales que él la escribía". En 1989 ("Las malmaridades", *Diario 16*, pág. 4, 15/06/1989), leemos: "La mujer es de uno y se la pega". En 1992, hallamos esta otra expresión: "prohibiéndolas abortar" ("El catecismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/06/1992). También hay laísmo en textos no periodísticos del autor: "mamá está muerta y todavía la crecerán un poco las límpidas uñas bajo la tierra". (*Teoría de Lola*, Destinolibro, Barcelona, 1995 [1ª ed. de 1977], pág. 111.) Descubrimos un nítido leísmo, por poner un solo ejemplo, en el *Diccionario cheli* (Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 147): "Les hay que se pasan, pero mi sobrina [...]".

13 "El fuego", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/08/1993. Sí hay otros casos de loísmo, sin embargo, en artículos anteriores a los aquí estudiados. Véase "Tenemos que tocarnos", incluido en *Suspiros de España*, Punto Crítico, Madrid, 1975, pág. 235: "A los niños y a los perros los tocan directamente, los revuelven el pelo y les chupan un poco". El complemento directo del verbo "revuelven" es "el pelo"; el pronombre que antecede a este verbo ("los") debiera ser 'les', puesto que se trata de un complemento indirecto.

14 Léase el artículo "Familias y partidos" (*El País*, pág. 33, 08/12/1981): "como quizá decíamos al principio (nunca releo), se da también el (...)".

15 "Los viejos", *El País*, pág. 22, 01/05/1980.

16 "Ministros de nada", *Diario 16*, pág. 4, 23/07/1988. Días antes ("Los famosos", *Diario 16*, pág. 4, 01/07/1988), ha cometido Umbral un error de puntuación casi idéntico: "Mi santa esposa (adjetivo que he conseguido hacer famoso, y plagiado, en el país, y no el de <<puta>>), me lleva muy bien [...]". Sobra de nuevo la coma que va después del paréntesis. Se puede decir, en general, que el articulista trastoca las normas gramaticales de puntuación y se deja llevar muchas veces por las pausas propias del habla coloquial. Véase, verbigracia, el artículo "Nuestros mayores" (*El País*, pág. 23, 16/11/1976): "Pero la realidad de la verdad de la vida, [sic] es que vivimos una sociedad de jóvenes tecnócratas". Y poco después, en ese mismo texto, encontramos este otro párrafo: "A mí me parece que, con perdón, esta Semana de agasajo oficial a nuestros mayores, [sic] es como el último globo del franquismo que se ha escapado de un cielo ya clausurado". Algunos errores son todavía más claros. "Pero el profesor Tierno, levita como Santa Teresa de Ávila entre (...)". ("Los glúteos", *El País*, pág. 29, 08/06/1977.) O bien este otro: "y Ford reafirmaba en Puerto Rico, su imperialismo de chicle y cocacola". ("Gárate", *El País*, pág. 18, 29/06/1976.)

17 "Puedo informarles a ustedes que [...]" (véase el artículo "González-Seara", *El País*, pág. 32, 05/12/1980); "porque estoy seguro que [...]" ("El paquete", *El País*, pág. 24, 08/11/1978); "pero insisto que nuestros obispos [...]" ("Los obispos", *El País*, pág. 19, 07/03/1981). El 'informar que', sin la necesaria preposición 'de', vuelve a surgir en "Analfabetas" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/09/1992): "la Unesco nos informa ahora que el analfabetismo femenino (...)". Incluso lo encontramos en textos no periodísticos como *A la sombra de las muchachas rojas*, Cátedra, Madrid, 1981, pág.

81. Parecidos a los solecismos señalados son estos otros: "pero fíjense ustedes que [...]" (vid. "Gente joven", *El País*, pág. 16, 10/07/1976); "luego me he enterado que deja a Suárez (...)" ("Carta a Pitita", *El País*, pág. 27, 14/05/1977); "ya no nos acordamos quién era el bueno y quién el malo" ("Suárez-Fraga", *El País*, pág. 19, 13/03/1977).

18 "Los falsos profetas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/12/1990. En 1976 ("El carnet", *El País*, pág. 26, 10/12), leemos una frase similar: "Te vienes conmigo y le hablas a los chicos". Este no concoordante pronombre en singular reaparece en "Norte/Sur" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 17, 18/01/1991): "a los yanquis se le desescoñan los challenger".

19 "Amarillismo", *Diario 16*, pág. 4, 21/10/1988. Alguna vez ha escrito Umbral, por cierto, "en torno mío" (véase "La verbena", *El País*, pág. 22, 18/10/1977), en lugar de 'en torno de mí'. La falta de concordancia entre verbo y sujeto se puede observar en otros muchos textos de Umbral. "Y la gente se da una vuelta a la plaza, muy tranquila, y hasta se toman una cerveza predemocrática" ("El referéndum", *El País*, pág. 15, 30/06/1976); "la mayoría estaban realmente muertos" ("Posters" [sic], *El País*, pág. 14, 14/07/1976); "iba yo a comprar el pan y me encontré al PSOE -varios miles- que me invitaron a comer" ("Esperando a Suárez", *El País*, pág. 15, 24/07/1976); "nadie nos vestimos lo mismo para una boda que para el curro cotidiano" ("Felipe y el rolling", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 17/06/1990). En estos y otros casos semejantes, claro está, se puede entender que hay una concordancia *ad sensum* o un plural colectivo.

20 "El personal", *El País*, pág. 24, 19/12/1976. También hay (o, al menos, parece haber) confusión y descuido en "Teoría de la cola" (*El País*, pág. 20, 10/01/1977): "para persuadirles de que aquello es una trampa y que no caigan en la misma trampa que [sic] cayeron ellos". Véase, por último, la falta de correlación entre el verbo principal de una oración compuesta y verbo de la proposición subordinada: "es inevitable que el poder de la izquierda, o sea el que tenemos, genera [sic] a su vez una izquierda residual o emergente, (...)". ("La nueva izquierda", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/11/1990.)

21 "Zaragoza/Bagdad", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 07/02/1991. Claramente voluntarios son ciertos fallos gramaticales en los que los términos no concoordantes están muy próximos: "Viva los **Ruiz-Mateos**" (véase "Oh, Rumasa", *El País*, pág. 24, 14/09/1977). En 1988 ("La jet", *Diario 16*, pág. 4, 07/07), por ejemplo, encontramos el sintagma "modistos mariconas". Es evidente que, en este caso, la distorsión gramatical es totalmente voluntaria.

22 "Prohibida la blasfemia", *El País*, pág. 18, 26/02/1978.

23 "Méjico", *El Mundo del siglo XXI*, última, 10/01/1994.

24 "La beautiful", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/09/1991.

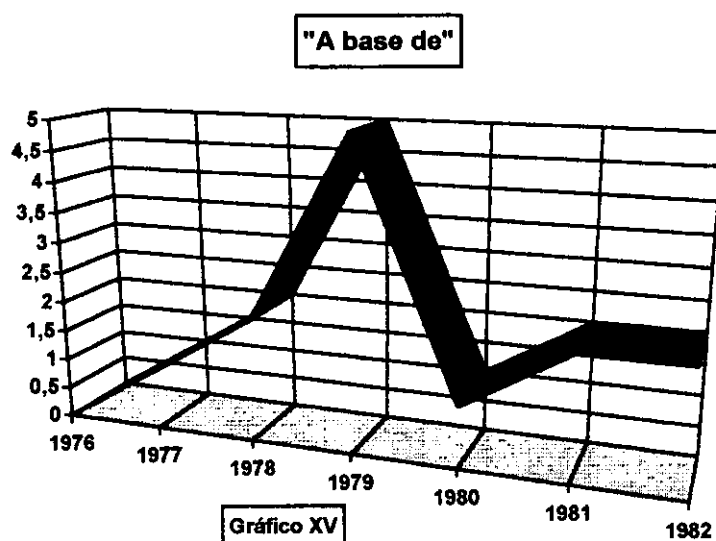
25 "Llevar pistola", *El País*, pág. 35, 17/11/1977.

26 "La violada", *Diario 16*, pág. 4, 30/06/1989.

27 ("Los durmientes", *El Mundo del siglo XXI*, última, 18/01/1994.) Hubiera bastado no adelantar el sintagma 'el país' (y colocarlo tras la conjunción 'que') para que la oración fuese totalmente correcta.

28 "Bukowski", *El País*, pág. 18, 06/09/1978.

29 "Los catalanes", *El País*, última, 03/07/1979. Es muy frecuente el uso de este 'a base de' junto a expresiones propias del lenguaje marginal de los jóvenes (*cheli*, según Umbral): "se lo monta a base de *jais*" y "a base de tiorros", leemos en "Bellas y fugaces" (*El País*, última, 05/06/1979). Meses antes ("El voto soltero", *El País*, pág. 22, 24/01/1979), encontramos un sintagma del mismo jaez: "a base de psicodelia". En cuanto a la frecuencia de uso de esta muletilla, véase el gráfico XV (sólo se incluyen datos desde 1977 hasta 1982):



30 "El bordillo", *El País*, pág. 23, 09/09/1980.

31 "La involución", *El País*, pág. 27, 20/02/1981.

32 La hallamos con reticente cursiva en "El aborto" (*El País*, pág. 24, 08/12/1982): "*a nivel de cultura televisiva*". En cursiva y unida con guiones, en "La Piriñaca" (*El País*, pág. 18, 06/01/1978): "una España *a-nivel-de* Consejo de Europa". Idéntica presentación hallamos en "60 días/noches" (*El País*, pág. 16, 01/09/1982): "la victoria del PSOE, *a-nivel-de*, a todos los niveles, me parece ecológicamente indiscutible". También puede aparecer con simples comillas ["..."], convertidas aquí en '...' para evitar que se confundan con las comillas que se vienen usando en este trabajo para citar frases escritas por Umbral]: "un lígüe, seguramente 'a nivel de' rumurología" ("Los novios", *El País*, pág. 23, 08/02/1983); "el hombre es lo más deleznable hoy, en el mundo, <<a nivel de>> sociología política y de masas" ("El presidencialismo", *El País*, pág. 28, 03/04/1981). O, incluso, con comillas y guiones: "sueño 'a-nivel-de-guerra-de-las-galaxias'" ("Garci/Aleixandre/PSOE", *El País*, pág. 30, 16/04/1983).

33 "El tabaco", *El País*, pág. 24, 25/05/1978.

34 Léase "Viva Kuwait", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 02/03/1991. En otro lugar ("Las maoístas", *El Mundo del siglo XXI*, última, 27/12/1993), comenta que las jóvenes maoístas de veinte años antes decían 'a nivel de' continuamente: "Todo, hasta mear, lo hacían <<a nivel de>>". Es curioso ver cómo Umbral atribuye a multitud de grupos el uso indiscriminado de esta expresión. Muchos años antes ("Robert Redford", *El País*, pág. 17, 21/11/1976), escribe: "una experiencia paralela a nivel de cama, como dicen ahora los ligones del estructuralismo".

35 Tales sintagmas pueden encontrarse en los artículos que siguen (se matiene el orden en que han sido citados): "Guerra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 19, 22/12/1989; "Monseñor Yanes", *El País*, pág. 7, 12/05/1993; "Sautier Casaseca", *El País*, pág. 30, 16/04/1980; "Nuestras Malvinas", *El País*, pág. 21, 08/04/1982; "Los rojos", *El País*, pág. 24, 11/02/1983; "Esto es la guerra", *El País*, pág. 22, 10/02/1979; "Un espía en el buzón", *El País*, pág. 22, 13/10/1978; "Diccionario para chelis (y punks acompañados)", *El País*, pág. 26, 16/12/1978. Nótese el carácter irónico del último sitagma citado: hay aquí un cierto grado de pertenencia semántica que, por contraste, desenmascara la inutilidad de la locución en la gran mayoría de los contextos en que se utiliza.

36 *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 23/12/1990.

37 "El señor Cuevas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 10/02/1990.

38 Exactamente en "Arespachocha", *Diario 16*, pág. 4, 01/10/1988: "Como diría aquí mi compa, el Guti, esto es muy fuerte". El *compa* en cuestión es el periodista José Luis Gutiérrez.

39 Dichas expresiones aparecen, por este orden, en los artículos "La 'cola' del autobús", *El País*, pág. 18, 31/10/1976; "El esperpento", *El País*, pág. 28, 25/02/1981; "La democracia", *El País*, pág. 24, 06/03/1981; las dos siguientes (*escribía en demócrata y sobrevive en franquista*) se hallan en el artículo "Tácito", *El País*, pág. 33, 27/05/1980; "Carmela García Moreno", *El País*, pág. 29, 13/02/1979; "El presidencialismo", *El País*, pág. 28, 03/04/1981; "Una figura literaria", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/12/1990. Basta con echar un vistazo a estos ejemplos para deducir que este galicismo es mucho más frecuente en los primeros años del periodo analizado.

40 "Glucksmann", *El País*, pág. 32, 07/05/1982. En el DRAE, este término tiene un significado exclusivamente militar.

41 "El taco", *El País*, pág. 24, 10/05/1982.

42 "Gorbachov", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 23/02/1991.

43 "Adiós a las armas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 01/03/1992.

44 "El socialismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 21/03/1993.

45 "La precampaña", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 11/05/1993. *Colocón* vale por *borrachera* en el argot juvenil que Umbral llama *cheli*.

46 Véase, por citar un sólo ejemplo, "González" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/12/1991), en donde se utiliza el *venga* de despedida que parece haberse puesto de moda en los últimos años: "y echamos unos párrafos, venga".

47 "Las maoístas", *El País*, pág. 18, 12/09/1976.

48 "La democracia es cara", *El País*, pág. 22, 06/03/1977.

49 Véase "Teoría de la cola", *El País*, pág. 20, 10/01/1977. En "La pasta de la CIA" (*El País*, pág. 20, 05/03/1977), leemos un sintagma casi idéntico: "la libertad USA". Este tipo de sintagmas (en los que se ha suprimido una partícula necesaria), en un principio relacionado con el lenguaje comercial o publicitario, acaba utilizándose en otros contextos: "lupanar USA", leemos en "Emmanuelle" (*El País*, pág. 17, 07/01/1978); "una maniobra muy UCD", escribe Umbral meses después ("El alcalde de Madrid/Vaguada", *El País*, pág. 24, 06/07/1978). Para referirse a un funcionario de ideología próxima al partido político UCD, Umbral escribe, sin más, "un funcionario Suárez" ("Un billete del Metro", *El País*, última, 24/04/1979).

50 "Las estaciones", *El País*, pág. 21, 05/09/1978. En el verano de 1976 ("Camacho, en el Retiro", *El País*, última, 08/06/1976), aparece ya esta expresión: "pero recién llegué de Suecia -permítaseme el argentinismo- (...)". Se repite en "Más caballo" (*El País*, pág. 16, 11/12/1977) y en "El viejo Marcelino" (*El País*, pág. 22, 20/09/1978). En 1988 ("Ultrasur", *Diario 16*, pág. 4, 19/08), para destacar que se trata de una locución extraña al español que se habla en España, usa Umbral la cursiva: "el Metro que *recién* ha llegado hasta aquí". En 1990 ("Nicolás Guillén", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/04), hay un último *recién*, ya sin cursiva.

51 En "La concertación" (*El País*, pág. 34, 18/03/1981), leemos: "<<ya mismo>>, como diría un latinoché".

52 Seco, M., *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, Espasa Calpe, Madrid, 9ª ed., 1989, pág. 383.

53 "Amigos de la URSS", *El País*, pág. 20, 11/09/1977. Puede verse este mismo americanismo en "Los funcionarios", *El País*, pág. 26, 29/09/1977. En "Los alcaldes de Madrid/Vaguada" (*El País*, pág. 13, 30/07/1978), tropezamos con otra ostentosa utilización del *desde ya*: "Es el que se va a quedar, desde ya".

>> (No se puede decir *desde ya*, [...], pero yo lo digo). En cuanto a [...]. Años después, y como variante de este giro, encontramos: "y esperamos para ya, como dicen ellos, que (...)". ("Méjico", *El Mundo del siglo XXI*, última, 09/03/1994.) Con el pronombre 'ellos' se refiere Umbral, por supuesto, a los hispanohablantes americanos. Tercera locución adverbial de la misma familia: "ya mismo" (así en "La moda radical", *El País*, pág. 17, 31/07/1980); "hoy -ya mismo- la democracia (...)", en "1983", *El País*,

pág. 37, 30/06/1981; y "exigiendo para ya mismo la regulación del (...)", en "La pequeña Thatcher", *Diario 16*, pág. 4, 16/05/1989.

54 "Los argentinos", *El País*, pág. 23, 24/09/1978.

55 "El clasicismo o el Duque", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/10/1989.

56 "La marcha", *El País*, pág. 23, 19/09/1979.

57 "Un silbido a Lázaro Carreter", *El País*, pág. 24, 09/02/1979.

58 "Los muertos, contra Paco Ordóñez", *El País*, pág. 22, 05/04/1978.

59 "El socialismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 10/06/1990.

60 "El fuego", *El País*, pág. 27, 24/02/1978.

61 "No al divorcio", *El País*, pág. 22, 26/09/1979. En este mismo texto, poco después, hallamos otra nítida muestra de ruptura sintáctica: "Tierno y sus económos nos han dejado a media luz los cuatro. Quiero decir los cuatro millones de madrileños que somos, (...)".

62 "Las respetuosas", *El País*, pág. 19, 12/03/1977. Hay en los textos de Umbral rupturas mucho más claras: "zonas ya contratadas con sustancias inmobiliarias, tampoco vaya a ser que". ("Los robapinos", *El País*, pág. 28, 20/12/1978.) En "El triple héroe" (*Diario 16*, pág. 4, 30/11/1988), se rompe bruscamente una secuencia de cuatro proposiciones subordinadas y una yuxtapuesta: "aprendimos que los teléfonos se sirven al plato, que los ojos (...), que el mejor smoking es un smoking hecho con vasos de leche (smoking blanco), que". Y en ese *que* termina el periodo oracional. Del lenguaje coloquial extrae el articulista curiosas fórmulas sintácticas: "es norma de las autoridades académicas no cantar demasiado contra el Gobierno, por un si acaso el cargo". ("Villapalos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/10/1991). Otra sentencia extraña (y hasta refinadamente) coloquial: "Lee [Juan Ramón Jiménez] a **Curros Enríquez** y a **Verdaguer** cuando aquí nadie". ("JRJ", *El País*, pág. 24, 03/10/1981).

63 "Barrocos e ilustrados", *El País*, última, 22/07/1979. Tras esta primera utilización del arcaísmo, hallamos otras nueve. Una en 1979: "no sólo por su ira, pero primero por su (...)". ("Miguel Bosé", *El País*, pág. 19, 13/09/1979.) Otras cuatro, entre 1980 y 1981 ("Gades", *El País*, pág. 29, 11/03/1980; "Judíos y svásticos", *El País*, pág. 29, 18/03/1980; "La mujer araña", *El País*, pág. 22, 15/01/1981; "Manuel Seco", *El País*, pág. 29, 30/01/1981). No vuelve a surgir este cultismo sintáctico hasta mucho después ("De res-pública", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 08/04/1990), y lo hallamos otras dos veces en 1992: "no sólo en el espacio, pero en el tiempo". ("Cándido", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/05/1992); "no ya el tema de los salarios en juego, pero la ejecutoria misma de la libertad de expresión es lo que (...)". ("La guerra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/05/1992).

64 Véase, verbigracia, el uso de formas verbales en arcaico futuro de subjuntivo: "si

falta hiciere" ("Españolas en París", *El País*, última, 20/06/1976); "sea como fuere" ("Los ricos", *El País*, pág. 27, 04/06/1977). Emplea también el columnista, como destello sintáctico de clasicismo, un sujeto pronominal en oraciones que bien podrían ser impersonales: "Almorzamos en Los Porches, (...). Ello es que me invitan, (...)". ("Los rectores", *El País*, pág. 21, 25/07/1980.)

65 "Castedo", *El País*, pág. 30, 19/01/1982.

66 En "Referéndum navideño" (*El País*, pág. 24, 07/12/1976), por ejemplo, la primera frase consta de 90 palabras y tiene 14 grupos sintagmáticos aislados mediante comas. Este mismo año (en "Los humoristas", *El País*, última, 10/06/1976), tropezamos con una florida oración de 91 palabras. "Las marujas" (*El Mundo del siglo XXI*, última, 09/01/1994), ya para colmo, consta de una sola frase.

67 "Los libros", *El País*, pág. 30, 23/04/1981.

68 "Ruiz-Mateos", *El País*, pág. 26, 24/02/1983. Manierismo sintáctico más serio y consumado hallamos en textos no periodísticos. Véase, verbigracia, la novela *Leyenda del César Visionario*, Seix Barral, Barcelona, 1991, págs. 57-61: encontramos aquí más de tres páginas ocupadas por una sola frase.

69 "El tapado", *El País*, pág. 24, 03/02/1981. Prueba de la complejidad de los incisos que a veces construye Umbral, véase la estructura de uno que se incluye en "El virus" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/11/1989): un periodo de 12 palabras, dos periodos de 19 palabras, otros dos periodos con 6 palabras, dos periodos con 18 palabras y, en fin, otros dos periodos con un total de 9 palabras. En total, el inciso consta de nueve periodos (distribuidos en cinco bloques) y 64 palabras. De este tipo de estructuras se burla frecuentemente Umbral, como vemos también en "Los cuerpos" (*El País*, pág. 17, 12/09/1979): "<<Los cuerpos son honrados>>. Efectivamente, pese a **Baudelaire** y **Bataille**, pese a la mística del placer como derroche y la autodeterminación como suntuosidad, mística que (...) [inciso de 57 palabras], pese a tanto paréntesis y negrita, digo, los cuerpos son honrados, más honrados que nosotros".

70 Véase "Solís", *Diario 16*, pág. 4, 20/06/1988.

71 "Las librerías", *El País*, pág. 19, 17/09/1976. Hay en los textos de Umbral una gran cantidad de expresiones parecidas: "que ayer ha toreado muy bien" ("El pasodoble 'Fraga'", *El País*, pág. 22, 01/10/1976); "ayer le he escuchado" ("El follón", *El País*, pág. 20, 07/10/1976); "el otro día he oído hablar a (...) ("Los niños de San Ildefonso", *El País*, pág. 24, 21/12/1977).

72 "Soy un frívolo", *El País*, pág. 19, 09/07/1977. Sobre las incorrecciones o vulgarismos sintácticos relacionados con el verbo, véase el epígrafe siguiente (3.2.2.3.2.).

73 "El crucifijo", *El País*, pág. 20, 09/09/1977.

74 "El hombre y la gente", *El País*, pág. 24, 14/10/1976. Otro caso muy parecido de

pocos días después ("Las Cortes", *El País*, pág. 25, 23/10/1976): "Y el futuro de España también está en Europa, querida Nadiuska. Si las Cortes no mandan otra cosa". Hallamos un curioso corte sintáctico y semántico en el libro *Las ánimas del purgatorio*, Grijalbo, Barcelona, 1982: "Lorca estaba prohibido y fusilado", anota el narrador entre paréntesis (pág. 82); poco después (pág. 83), el lector encuentra la siguiente reflexión: "(...) con su polisón de nardos desvergonzadamente lorquiano, porque Lorca estaba (bueno, ya lo he dicho), y yo había leído el Romancero (...)".

75 "Palabras", *El País*, pág. 16, 09/09/1976.

76 "Las mujeres", *El País*, pág. 28, 11/03/1982.

77 Hay aquí (en "Antonio el Rojo", *El País*, pág. 24, 18/11/1977) una omisión del verbo en toda regla, sin posible zeugma que pudiera explicar o anular la estructura nominal que presenta la oración citada.

78 "La ola", *El País*, pág. 29, 23/09/1980. Encontramos la misma expresión en "10" (*El País*, pág. 32, 18/12/1980): "viendo a ver si canta otra vez Ana Belén". Alguna vez se utiliza también la variante "mirar a ver", como se puede comprobar en "El estatismo", *El País*, pág. 22, 19/10/1983.

79 "Las perversiones", *El País*, pág. 19, 18/02/1977. Otras repeticiones propias del uso oral de la lengua: "le va a engañar de todas/todas" ("Reality show", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 16/05/1993); "cobrar, yo creo que cobran lo mismo" ("Canción de abril", *El País*, pág. 23, 29/04/1978).

80 Frases tales como las que siguen: "mecachis, si estabas tirado, no te digo lo que hay" ("Los victorinos", *El País*, última, 22/06/1976); "no veas el follón" ("Barcelona", *El País*, pág. 22, 05/02/1977); "te venden a punta pala el nembutal" ("La familia española", *El País*, pág. 25, 01/07/1977); "de eso nada/monada, que es que no os fijáis" ("La nueva derecha", *El País*, última, 18/07/1979); "un porrón de años" ("El aborto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/01/1993); "pegar una buena leche" ("Nati Abascal", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/07/1993); "y es un poco pendón" ("Aida", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/01/1993); "poner a parir al jefe" ("Las escuchas", *El Mundo del siglo XXI*, última, 11/12/1993). Claramente coloquial es también otra fórmula sintagmática muy usada por Umbral: "estaban en la cafetería, venga de invitarse unos a otros por cuenta de los españoles", leemos en "Salir a hombros", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/10/1991). Y, días antes: "venga de pensar en lo mal que va todo". ("Corcuera", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/10/1991).

81 "Canciones para después de una crisis", *El País*, pág. 19, 06/07/1976. El articulista prefiere simular una conversación, mediante el desorden sintáctico, antes que enmendar la frase ya escrita para que el sujeto quede en su justo y ordinario lugar. Tal como aparece en el artículo, la frase citada parece nacida en el proceso mismo de la escritura, sin previa reflexión. El sujeto final intenta aclarar la presumible duda del oyente o lector. O, lo que es lo mismo, intenta aportar -en el último instante- una información que se había omitido involuntariamente.

82 "La verbena de la Paloma", *El Mundo del siglo XXI*, última, 21/02/1994. La expresión la vemos también en "Tarancón" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/02/1990): "Y Tarancón fumando negro, que eso es mismo de la tos, monseñor". Hay, en los artículos de Umbral, decenas de casos parecidos. "Madrid es que en los bares te dan siempre una ficha de teléfono mojada". ("Benidorm", *El País*, pág. 16, 08/09/1976.) "Pero lo que la Iglesia ha renunciado por imperativo de los tiempos, lo ha he hecho suyo la política". ("Nuria Espert", *El País*, pág. 21, 10/02/1977.) "Aquí es lo que pasa, que tenemos salida para todo". ("Canciones para después de una crisis", *El País*, pág. 19, 06/07/1976). "Usted lo que es un reaccionario". ("No", *El País*, pág. 16, 09/07/1976.) "Antes de subirse al púlpito ese que se suben". ("Cartas a Ana", *El País*, pág. 28, 09/03/1982.) "Yo me parece que aprendo catalán y me voy a vivir a Lérida". ("La violada", *Diario 16*, pág. 4, 30/06/1989.) En las novelas de Umbral encontramos también periodos gramaticales semejantes: "es un republicano que se le nota de lejos", leemos -por ejemplo- en *Leyenda del César Visionario* (Seix Barral, Barcelona, 1991, pág. 117).

83 "Sesientenco", *El País*, pág. 35, 17/03/1983.

84 La primera expresión está incluida en "Julio Iglesias", *El País*, pág. 24, 19/03/1983. La segunda aparece once años después ("Corcuera", *El Mundo del siglo XXI*, última, 05/05/1994).

85 Véase, por ejemplo, "Tenerse en pie" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 06/12/1992): "El De la Rosa lo menos que puede hacer es (...)".

86 "Sesientenco", *El País*, pág. 35, 17/03/1983. Este *que es que*, por cierto, vuelve a ser un giro coloquial nada frecuente en los textos escritos.

87 "Reformar la reforma", *El País*, pág. 35, 14/05/1980.

88 "Palomeras Sureste", *El País*, pág. 34, 25/06/1981.

89 "Los tecnócratas", *El País*, pág. 19, 08/07/1976. Lo normal hubiera sido anteponer a *barbaridad* el artículo 'una'. En "Madrid" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/09/1990), encontramos una omisión del mismo tipo: "pasándose pelín".

90 "La expresión en libertad", *El País*, pág. 19, 09/07/1980.

91 "Reformar la reforma", *El País*, pág. 21, 18/02/1983.

92 "La pólvora del Rey", *El País*, pág. 19, 23/07/1980.

93 "En el drugstore", *El País*, pág. 78, 21/05/1978.

94 "No", *El País*, pág. 16, 09/07/1976. El antónimo, por cierto, también respeta el cambio de adjetivo por adverbio: "me aburren total" ("Despido libre", *El País*, pág. 24, 10/02/1978).

⁹⁵ La primera expresión aparece en "Orgullo gay", *El País*, pág. 28, 28/06/1978. La segunda puede verse en "Leguineche", *El País*, pág. 29, 26/10/1978.

⁹⁶ "Paco Ojeda", *El País*, pág. 28, 01/06/1983. El adjetivo *total* parece especialmente predispuesto a sufrir el cambio categorial de que aquí se trata: "va de antigua total" ("Las varonas", *El País*, pág. 27, 24/10/1978); "las mujeres, cuando se meten en las cosas, se meten total" ("Ay Carmela", *El País*, pág. 19, 08/01/1981); "están empezando a bacilar total" ("El polen de la derecha", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/05/1990); "unos bordes que pasan total" ("La visita", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 01/11/1992); "estaba mojado total, o sea un tope" ("La precampaña", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 11/05/1993).

⁹⁷ Véase "Ramoncín", *El País*, pág. 23, 14/12/1977: "dais el cante". *Dar el cante* aparece dos veces en 1982; una vez, en 1978, 1979, 1980 y 1983. La expresión equivale a *cantar*, como se puede comprobar -por ejemplo- en "El dinero", *El País*, pág. 28, 09/03/1983.

⁹⁸ "Pitita, en la Atlántida", *El País*, pág. 19, 11/01/1978. La fórmula puede prescindir a veces del artículo: "mucho, tío", leemos en "Reencarnaciones" (*El País*, pág. 23, 13/12/1977). Un día después ("Ramoncín", *El País*, pág. 23, 14/12/1977), se repite la expresión, pero ya con artículo: "mucho lo tuyo, Ramoncín". En 1989 ("La pequeña Thatcher", *Diario 16*, pág. 4, 16/05), encontramos una curiosa variante: "lo tuyo es mucho". En cuanto al uso de la fórmula, tres veces la hallamos en 1977 y en 1978; dos veces, en 1979 y en 1991; una vez, en 1989 y en 1990. No aparece una sola vez en el resto de años.

⁹⁹ Véase "A" [con círculo en torno, cual símbolo anarquista], *El País*, pág. 24, 27/01/1983.

¹⁰⁰ "Marcelino", *Diario 16*, pág. 4, 14/01/1989.

¹⁰¹ La expresión "comer el coco" aparece cuatro veces entre 1979 y 1980; sólo dos veces entre 1990 y 1991. Encontramos la expresión nominal "comida de coco" dos veces durante el primer periodo antes señalado (1979-1980), y en una ocasión entre 1990 y 1991. Hallamos cinco veces "comer el tarro" en 1983; una vez, en 1990; otra, en 1991.

¹⁰² En "El cheli" (*El País*, pág. 30, 10/06/1983), verbigracia, comenta que alguien le cita un sesudo artículo sobre la materia: "no conocía el artículo", anota el columnista. Y en seguida explica por qué: "yo es que por la tarde me dedico a fornicar y no leo la Prensa. Ignoro la de la tarde".

¹⁰³ "Cristo Castro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 18/07/1993.

¹⁰⁴ "NATO/OTAN", *Diario 16*, pág. 4, 11/06/1988. También recurre Umbral a un 'o sea' final -con periodo sintáctico cortado, por tanto- a modo de introductor o marcador de una presuposición más o menos evidente: "[los emigrantes] no han participado en el proceso interno de la sociedad española, o sea que". ("Los emigrantes", *El País*, pág.

20, 13/11/1976.) Da a entender el autor, con su pertinaz ironía, que los emigrantes no debían votar en el referéndum que se avecinaba.

105 "Desde la cueva de Cuevas", *Diario 16*, pág. 4, 07/06/1988.

106 *El País*, pág. 26, 27/09/1983.

107 "Ya somos adúlteros", *El País*, pág. 21, 02/11/1977. Se pueden descubrir en los artículos de Umbral otros casos semejantes: "qué alivio, tía, qué peso, o sea, me has quitado" ("Maldición, estamos rodeados", *El País*, última, 28/04/1979); "vaya, hombre, tenía que soltarlo, **Alfonso Guerra**, si no lo suelta no se queda, o sea a gusto, lo del caballo, en el congreso PSOE, o sea de Pavía" (véase "El caballo de Pavía", *El País*, pág. 31, 02/10/1979); "habiendo visto por el *Financial Times* tu suspensión, o sea de pagos, te pongo la presente para solidarizarme, aquí un amigo" ("Carta a Luis Olarra", *El País*, última, 05/07/1979).

108 "Los alcaldes", *El País*, pág. 24, 28/09/1977.

109 "El tabaco", *El País*, pág. 24, 25/05/1978.

110 "Carta a Pilar", *El País*, pág. 27, 09/01/1983.

111 "Xirinacs", *El País*, pág. 32, 07/12/1978.

112 "Valentine", *El País*, pág. 27, 16/09/1979.

113 "La ópera", *El País*, pág. 23, 22/12/1976.

114 "Wojtyla", *El Mundo del siglo XXI*, última, 13/04/1994.

115 "Hugo y los periodistas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/12/1990. La florida adjetivación de este otro giro debe ser tenida por un nuevo mecanismo de personalización lingüística. La expresión vulgar, al ser recreada con frecuencia, acaba quedando ante los lectores como una variante personal del escritor: "que a ustedes se la trae más o menos floja o pendulona, blandulona o al paio" ("El pequeño escribiente florentino", *Diario 16*, pág. 4, 22/06/1989); "se la trae más o menos blandulona" ("Los multimedia", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 11/11/1989).

116 Dice María Moliner (*Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1990, tomo II, pág. 1237) que ésta es "una frase informal o popular con que se aclara que algo que se acaba de decir es sólo una suposición aproximada". Umbral, sin embargo, la utiliza sin establecer hipótesis o suposición. En sus textos, viene a ser casi un equivalente semántico de 'por ejemplo'.

117 "Ya no hay Pirineos", *El País*, pág. 15, 11/08/1976.

118 "El Bierzo, nación", *Diario 16*, pág. 4, 05/08/1988.

119 "La retirada de Urtain", *El País*, pág. 20, 26/07/1977. La expresión se repite, con glosa irónica añadida, años después: "Yo, un suponer. (<<Yo>> suelo ser el <<suponer>> más frecuente de cuanto escribo)". ("El carnet de identidad", *Diario 16*, pág. 4, 08/12/1988.)

120 "Gobierno y duración", *El País*, pág. 27, 13/04/1983.

121 "Los independientes", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 02/05/1993. El sintagma aparece ya antes de 1976, por ejemplo en "Miércoles judío" (artículo incluido en *Suspiros de España*, Ediciones Felmar, Madrid, 1975, pág. 59): "uno ya ha vivido lo suficiente, aunque sea en plan 'snob', como para saber que (...)".

122 Véase Moliner, M., *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1990, tomo II, pág. 762.

123 "El retrofranquismo", *El País*, pág. 24, 11/06/1977.

124 Véanse "La moviola de Arias." (*El País*, pág. 29, 14/06/1977) y "Oh, Rumasa" (*El País*, pág. 24, 14/09/1977).

125 Es lo que sucede, por ejemplo, en "La guerra hortera" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/12/1990) y "Hugo y los periodistas" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/12/1990).

126 "El tango", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/05/1993. Nótese también la rareza del sintagma "un etcétera", emparentado semánticamente con el giro que aquí se comenta.

127 "Judíos, moros y cristianos", *El País*, pág. 31, 26/05/1982. La locución se utiliza también, claro está, para completar sintagmas yuxtapuestos no constituidos por nombres propios: "porno vivo, veraneo en mangas de pelota y en este plan", leemos en "Rappel" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 11/02/1993). Como equivalente aproximado de la expresión, cabe citar la siguiente frase nominal: "Y así la tira de cosas". ("Felipismo sociológico", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/02/1990.)

128 "Llevar pistola", *El País*, pág. 25, 17/11/1977. Usa Umbral este modismo por primera vez en "Matar el cerdo" (*El País*, pág. 24, 01/11/1977): "salvaguardar los valores eternos, tipo esencias". En el *Diccionario cheli* (Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 183) anota: "la sintaxis simplista <<tipo/tal>>, [sic, con coma] es característicamente cheli".

129 Véanse, por este orden, "Suárez y sus travoltas" (*El País*, pág. 26, 20/10/1978); "La guerra es lo que se lleva" (*El País*, pág. 22, 25/10/1978) y "Sandra de noche" (*El País*, pág. 25, 29/10/1978). Curiosa es también esta otra frase: "entonces [ha habido un secuestro] sale Suárez tipo ojeras y se gana al país". ("¿Por qué no habla Suárez desde el bar?", *El País*, pág. 28, 04/04/1978.)

130 "Benegas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/09/1990.

131 Aparecen en los artículos publicados los días 2 y 5 de septiembre, y 4 y 16 de diciembre.

132 Los artículos de noviembre de 1983 en que aparece 'a la inversa' fueron publicados los días 18, 20 y 21. A finales de 1988, vuelve a predominar la formación correcta: seis 'a la inversa', entre octubre y diciembre, por tan sólo un 'a la viceversa'.

133 'A la inversa' escribe Umbral en los artículos correspondientes a las siguientes fechas: 10 de marzo, 2 de abril, 23 de mayo, 13 y 29 de junio, 21 y 24 de octubre.

134 Véanse "Don Ramón de la Cruz" (*Diario 16*, pág. 4, 12/07/1988) y "La ministra" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/10/1992).

135 "Socialismo sin retorno", *El País*, pág. 31, 18/04/1983. En "Al fin solos" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/10/1992), se repite el fenómeno: "las viceversas de la vida".

136 "Paco Ordóñez", *El País*, pág. 16, 28/07/1977.

137 "Los mundiales", *El País*, pág. 32, 18/12/1981.

138 "Reformismo/regeneracionismo", *El País*, pág. 26, 21/12/1983.

139 "Gorros y plumeros", *El País*, pág. 17, 24/06/1976.

140 Véanse "Pablo Iglesias" (*El País*, última, 03/05/1979) y "La Editora Nacional" (*El País*, pág. 24, 08/10/1977).

141 "Fumar con el Rey", *El País*, pág. 17, 21/07/1977. Así hallamos el giro en algunos otros textos: "Iñigo (...) hasta sacó a **Paco Valladares** a recitar el poema de **Sánchez Mejías**. Lo cual, que nuestros actores dicen siempre la poesía lírica como si fuera épica, (...). La muertes agostañas de los famosos agostados (...) han pasado como tantas oportunidades de hacer unos artículos necrológicos, melancólicos y manriqueños. Lo cual, que el siglo se nos muere a chorros". ("Los dioses mueren en verano", *El País*, pág. 18, 01/09/1977.)

142 "Carta a Luis Olarra", *El País*, última, 05/07/1979.

143 Léase "El portavoz", *El País*, pág. 17, 07/09/1979. Tras un punto y aparte, escribe Umbral: "Lo cual que me llaman de pregonero para todos los pueblos de España y barrios de Madrid".

144 *El País*, pág. 31, 26/02/1980. "Maastricht" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/06/1992) empieza igual: "Lo cual que Maastricht se la suda muchísimo a los parados españoles y a los ciclistas daneses. Por algo será".

145 "Guernica", *El País*, pág. 27, 16/09/1981. Véase también este otro caso: "si es que

nos invitan, lo cual que no lo creo". ("El precatálogo", *El País*, pág. 22, 12/03/1978.)

¹⁴⁶ "Los novios", *El País*, pág. 23, 08/02/1983. Escribe Umbral que la expresión es típica del cheli. Quizá. De todos modos, tampoco es extraña a ciertos grupos de etnia gitana. Un hablante del Cerro de la Mica (Madrid), en entrevista con quien este trabajo suscribe, empleó en 1994 hasta tres veces el giro en cuestión: 'lo cual que'.

3.2.3. PALABRA: Niveles semántico, léxico y gráfico.

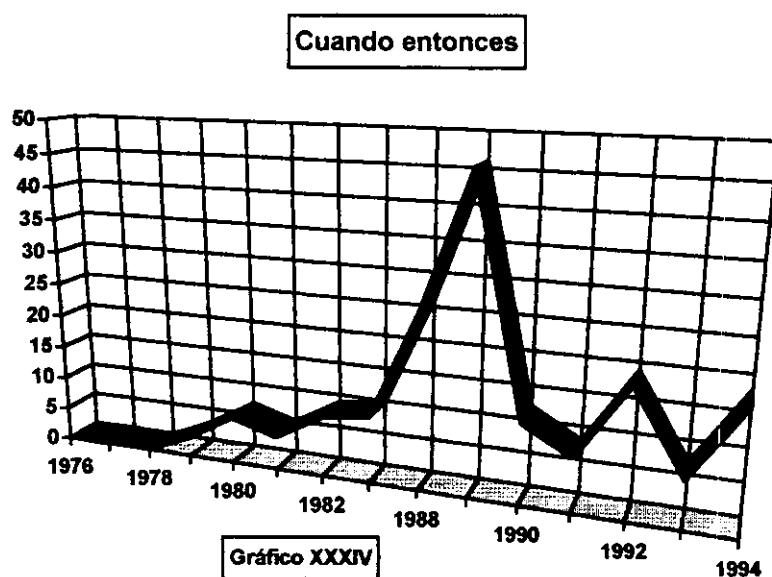
Llegamos al último tramo del estudio sobre la creatividad transgresora de Francisco Umbral. Este capítulo final debe analizar anomalías gráficas, semánticas y léxico/morfológicas. Una vez comentadas las transgresiones textuales (o pragmáticas) y sintácticas, se ha de atender a la unidad lingüística primaria; esto es, a la unidad a partir de la cual se construye todo discurso o texto: la *palabra*.

Quizá convenga aclarar que, en cuanto a su estructura, este último capítulo consta de dos partes fundamentales. En la primera de ellas, se expone -sólo a grandes rasgos- cómo consigue Umbral utilizar en sus artículos palabras extrañas al código lingüístico. Trátase, por tanto, de una explicación que pretende ser breve y genérica. En esta primera parte, se aducen algunos ejemplos, pero se intenta evitar que la exposición teórica quede troceada por un sinfín de casos concretos. La segunda y última sección del capítulo, en cambio, recoge ordenadamente los detalles de los que antes se ha prescindido¹. Conforme a los criterios de clasificación perfilados en el estudio previo, se elabora un glosario de *barbarismos* (palabras ajenas al sistema lingüístico). Será difícil, en ocasiones², determinar si un vocablo concreto constituye una transgresión; o, dicho de otro modo, habrá veces en las que no será nada sencillo afirmar taxativamente que tal o cual voz es un barbarismo. Llegado el momento, por tanto, se anotará el carácter más creativo (o exornativo) que transgresor de ciertos fenómenos de desviación estilística.

3.2.3.1. Nivel semántico.

Hemos de situarnos, para empezar, en un ámbito teórico todavía muy cercano al de la sintaxis. No se pretende analizar de nuevo el modo (lícito o ilícito, gramatical o transgresor) en que las palabras se asocian entre sí dentro de la oración. El objeto de

estudio es ya -según se acaba de señalar- la palabra en sí misma, pero no tan *en sí misma* como para que haya que despremiar, con burda simplificación, importantes cuestiones fronterizas, liminares. Hay, en efecto, una especie de umbral (esta vez con minúscula) que separa las dos grandes regiones lingüísticas delimitadas por los clásicos: *oración* y *palabra*. Conviene, pues, poner un pie en el campo lexicológico, pero sin retirar todavía el otro de aquel terreno en el que aún importan más las relaciones entre palabras que las propias palabras consideradas en sí mismas.



La conjunción temporal *cuando*, de ordinario, introduce un sintagma u oración: *cuando llegamos a casa, mi entusiasmo había decrecido*. El período temporal que se venía considerando (*una noche de fiesta*, por ejemplo) queda de este modo segmentado. La cláusula '*cuando llegamos a casa*', así pues, establece una restricción cronológica: del segmento temporal 'noche', se selecciona un determinado fragmento ('momento a partir del cual *llegamos a casa*'). La conjunción de tiempo *cuando* sirve precisamente para marcar esta determinación semántica. Umbral, sin embargo, se desvía de la norma e introduce, tras la conjunción, un adverbio temporal sin valor semántico propio: "*cuando entonces, (...)*". No es que el adverbio *entonces* carezca de significado lingüístico. Lo que ocurre es que con esta voz nos referimos habitualmente a un período (o a un momento) previamente marcado. Se trata, por tanto, de una deixis

temporal anafórica. El sugerente *cuando entonces* de Umbral rompe hábitos tanto sintácticos como semánticos. La combinación de estos dos vocablos resulta extraña, llamativa. Y ello, sin duda, por los motivos ya apuntados. La conjunción *cuando* requiere una determinación semántica que el adverbio *entonces*, dado su carácter anafórico, no puede introducir. La peculiaridad del sintagma, en fin, permite al autor nombrar un tiempo al que considera nefando. Al escribir *cuando entonces*, Umbral se refiere a los cuarenta años de dictadura franquista. El eufemismo, claro está, tiene aquí un indudable valor crítico e irónico.

3.2.3.1.1. Deformaciones semánticas.

Se enlazan las palabras de tal guisa, en los textos periodísticos de Umbral, que el significado natural de ciertos términos queda claramente deformado. Quizá convenga valerse, para certificar la deformación o transgresión semántica, del planteamiento teórico propio de la semasiología: se parte de la forma (significante) y se investigan las relaciones entre ésta y los diferentes significados que puede expresar. No será necesario combinar este punto de vista con las complejas propuestas de -por ejemplo- la *semántica estructural*³ o de las teorías basadas en la noción de 'significado relacional'⁴. Bastará recurrir al sentido común, a principios semánticos elementales, para entender de qué modo influye el entorno verbal (el contexto, si se prefiere) en la determinación del significado concreto de uno o de varios vocablos. Escribe, pongamos por caso, Umbral: "y lo siento por los chicos de *Mundo Obrero*, que el otro día me hicieron una rueda de prensa"⁵. Sabemos qué significan (y, si no, basta consultar el diccionario) las palabras *rueda*, *de* y *prensa*. También sabemos cuál es el sentido habitual del sintagma *rueda de prensa*. Examinemos la unidad oracional en que aparecen tales vocablos: sin tener que acudir a enlabeledas teorías, llegaremos en seguida a la conclusión de que, en el texto citado, se trastocan los valores semánticos que el sistema lingüístico otorga a estas tres unidades léxicas. Dicho de

otro modo: *rueda de prensa*, en el texto de Umbral, no puede significar 'rueda de prensa'. Intuimos que significa 'entrevista'. Intuimos también, por una combinación de conocimientos lingüísticos y literarios (relacionados, estos últimos, con la personalidad de Francisco Umbral), que el articulista deforma voluntariamente el significado cabal del sintagma *rueda de prensa*. "Julio Iglesias", dice Umbral, es el "anfetamínico de Mick Jagger, o sea, todo lo contrario"⁶. Con lo sencillo que hubiera sido escribir *antagonista. Televisión*, además de "caja" (*la caja tonta*, se suele decir en el lenguaje coloquial), es el "telefilme"⁷. La desviación (o transgresión) semántica produce en los lectores una mezcla de placer y desconcierto. Eso es justamente lo que busca Umbral: suscitar la extrañeza (primero) y la sonrisa (inmediatamente después) del lector que, de improviso, tropieza con una *equivocación* mayúscula, ingenua y exótica. Así son las equivocaciones de quien todavía está aprendiendo a hablar. Las travesuras verbales de los niños casi siempre resultan graciosas, y el columnista juega a retorcer los valores semánticos de ciertas palabras como si también él fuera un niño: "con lo que me aproximo 2.375, que siempre es una pastizara"⁸. *Pastizara*, en Umbral, vale por 'considerable cantidad de dinero'. Parece claro que el verbo *apropincuarse* quiere significar aquí 'ganar', 'obtener'. Pero más claro todavía es que, según el DRAE, el verbo en cuestión sólo puede significar 'acercarse', 'aproximarse'. Otro tanto sucede con el verbo *trasuntar*: "copiar un escrito", "compendiar o epilogar una cosa", leemos en el DRAE; Umbral, sin embargo, lo emplea como si fuera sinónimo de *sospechar* o *presentir*⁹.

La traición semántica es a veces de un calibre todavía mayor. Algunos términos, en el texto, llegan a significar todo lo contrario de lo establecido lexicográficamente. Se genera, pues, una suerte de *antónimo pragmático* de tal o cual significado lingüístico. Valga el verbo *entoñar* como clara muestra de ello: Umbral escribe "entoñar" en contextos¹⁰ que requieren, sin la menor duda, el contenido semántico de los verbos *nacer* o *aparecer*: "la entonación de los nacionalismos autogestionarios"¹¹. El sustantivo derivado del verbo, en el lugar en que aparece, no hace más que ratificar el significado espurio ya apuntado: 'surgir', 'resurgir', 'volver a echar vástagos la planta'.

Umbral, por tanto, parece utilizar esta voz como sinónimo de *retoñar* o *retoñecer*. Curiosa, brutal desviación. *Entoñar* significa justamente lo contrario: 'enterrar', 'hundir'¹². *Fiducia* ("confianza", según el DRAE) viene a ser en Umbral 'el mundillo de los negocios', 'la gente con mucho dinero'¹³. Si el poder de algún colectivo no es sólo económico, Umbral recurre a la voz *pomada*: "una sobreestructura, una pomada, una jet de oro, le gratin gratiné"¹⁴. Es claro que el articulista, en este caso, no ha hecho más que apropiarse de una desviación semántica con cierta tradición. De hecho, este término aparece en el *Diccionario cheli* del propio autor: "dícese de la jet/society o de cualquier <<flor y nata>>, dentro del oficio o gremio correspondiente. Una segunda acepción, <<estar en la pomada>>, equivale a <<estar en el ajo>>"¹⁵. Se vale el columnista, pues, de transgresiones semánticas ya extendidas en grupos de hablantes que comparten la misma jerga o el mismo dialecto. También es posible que la desviación corresponda a un uso general -no circunscrito a tal o cual segmento sociolingüístico- que la Academia aún no ha legitimado con la pertinente revisión lexicográfica. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con el sustantivo *morbo*: "lo que tiene morbo es pecar en España"¹⁶. Maneja el escritor este vocablo con el sentido de 'atractivo propio de los placeres prohibidos', sentido muy cercano al que finalmente acaba recogiendo el DRAE de 1992 ("interés malsano por personas o cosas, o atracción hacia acontecimientos desagradables"). Durante los últimos años, el sustantivo *morbo* ha ido perdiendo su significado primigenio ('enfermedad'), y hasta los partidos de fútbol muy interesantes, verbigracia, han acabado *teniendo morbo*¹⁷.

3.2.3.1.2. La transgresión semántica de carácter lúdico.

Se acaban de citar algunos vocablos cuyo significado de uso (en los textos de Umbral) no se corresponde con el significado que para ellos establece el código lingüístico. En el párrafo anterior, se han comentado ciertas alteraciones semasiológicas y también se han aportado ejemplos en los que es posible constatar

diversos grados de desviación semántica. "Las huelgas vienen en cascada por toda la cartografía"¹⁸: la voz *geografía*, más previsible, ha sido sustituida por *cartografía*. La tradición literaria puede justificar la sustitución de *territorio* o *país* por *geografía*, pero resulta mucho más extraño que la *cartografía* se acabe colando en una frase como la citada. Hay, con todo, una notable conexión semántica entre *geografía* ("ciencia que trata de la descripción de la Tierra", según el DRAE) y *cartografía* ("arte de trazar cartas geográficas"). Por eso cabe considerar que, al usar *cartografía* en vez de *país*, *territorio* o *geografía*, se produce una cierta violencia semántica. Pero aún nos hallamos en el ámbito de la desviación. Podemos, no obstante, escalar un peldaño más y situarnos ya en el terreno de la simple y pura aberración semántica: "jalea y jaleo de citas"¹⁹. El término *jalea*, en esta ocasión, resulta absolutamente ocioso. No aporta significación alguna. El escritor lo utiliza porque se parece, fónica y gráficamente, al vocablo que *jaleo*. Sólo por eso, y no por mor de otras consideraciones de carácter semántico. Se trata, pues, de un doble juego lingüístico: se construye, en primer lugar, una paronomasia; en segundo lugar, se rompe por completo la coherencia semántica del sintagma. "FG [Felipe González] le condona condones y deudas a Castro, (...) "²⁰. La paronomasia, en sí misma, es ofebrería virtuosos clásicos: "Era, la triste, castaña / en el tamaño y el pelo, / apilada y opilada / por la falta del sustento"²¹. Quevedo juega con palabras que suenan casi igual y que mantienen entre sí un cierto parentesco semántico (*apilar*: 'amontonar'; *opilar*: 'obstruir'). Umbral, en cambio, quiere destruir por completo la coherencia del sintagma en que surge la paronomasia. Así, por ejemplo, tropezamos con un incomprensible "dragada y drogada"²². La voz *dragada*, aquí, resulta impropio, intempestiva, incompatible -por su significado ('ahondar y limpiar con draga puertos, ríos, etc.')-> con el participio *drogada*. El escritor suscita la paronomasia, pero la conexión de los parónimos es sólo física (por simple proximidad de los términos), no semántica. No obstante, quizá haya entre *dragada* y *drogada* esa otra relación secreta, indescifrable, que establecen ciertos vocablos cuando alguien, un buen día, tiene la feliz ocurrencia de asociarlos: "ya formidable y espantoso suena / dentro del corazón (...) "²³. El lenguaje es un laberinto mucho más intrincado de lo que

a veces presupone la Filología. Por depurada y minuciosa que llegue a ser una teoría lingüística, siempre habrá matices, sugerencias, desdoblamientos semánticos profundos y herméticos que ninguna descripción o razonamiento filológico alcanza a explicar por completo. El lenguaje es, sin duda, luminosidad y razón. Pero también es misterio y temblor, humedad y perfume. Las palabras no sólo expresan o significan. Las palabras pesan. Huelen. A veces incluso acarician. Quizá por eso algunas estructuras verbales parecen mágicas: *apilada y opilada por la falta del sustento; formidable y espantoso suena dentro del corazón; dragada y drogada*. Umbral se entrega con ahínco este exótico juego de palabras ("dragada y drogada", como ya se ha visto, "apogeo/perigeo"²⁴, "vocado y volcado y abocado a [...]"²⁵); juego verbal comprensible si se prescinde de las voces innecesarias, mas totalmente absurdo si se intenta descifrar el significado del sintagma en su conjunto: "uno se queda parapléjico ante una verdad tan simple, obvia y evidente"²⁶. Hay cierta semejanza fónica entre *perplejo* y *parapléjico*. La sustitución de un vocablo por otro produce una especie de cortocircuito léxico. El lector se siente impelido a sonreír, antes incluso de intentar comprender el verdadero sentido de la frase. Téngase en cuenta, además, que la paronomasia es tan sólo uno de los procedimientos lingüísticos de que se vale Umbral para fabricar esta clase de lúdicas aberraciones semánticas: "el procesal proceso procesado"²⁷, escribe el columnista. En vez de paronomasia (o, mejor, además de ella), derivación: "ah, ¿pero van a consolidar la consolidación de lo consolidado consolidadamente?"²⁸. También sirve para jugar con las palabras la contumaz sinonimia, la redundancia enérgica: "el Alcalde era noctámbulo, noctívago y nocherniego"²⁹. Otras veces, incluso, surge un neologismo gracias al cual llega a cristalizar hasta el más inverosímil juego de homónimos: "en bahamas [léase *desnudo* o *en pelotas*] por las bahamas"³⁰. La esencia del juego, como se ve, es la violación de reglas semánticas elementales. La asociación léxica resultará tanto más llamativa, tanto más divertida, cuanto mayor sea la incoherencia semántica que se consiga suscitar: "oro alemán y plata meneses"³¹.

3.2.3.2. Nivel léxico.

Se acaba de ver, a propósito de los juegos verbales y de las transgresiones semánticas, que Umbral inventa palabras, que crea voces inauditas, insólitas. Se ha citado el caso de *bahamas*. Pues bien: *bahamas* tan sólo es una frágil gota perdida en el interior de un abisal océano. Se intentará, en los párrafos que siguen, clasificar y glosar el maremágnum de creatividad léxica que el escritor Francisco Umbral vierte sobre sus textos periodísticos. Se perfilarán primero las grandes líneas, los trazos básicos, de la maquinaria de innovación léxica a que recurre el articulista para encauzar, lingüísticamente, su ímpetu transgresor, su inagotable deseo de renovar el idioma. Esta exposición pretende ser clara y breve. Una vez considerada -en general- la creatividad léxica de Francisco Umbral, se pasará a estudiar los detalles. El glosario con que finaliza este trabajo³² ofrece información específica sobre cada transgresión o innovación léxica: se repasa, por ejemplo, cómo evoluciona el uso de cada término, cuáles son los contextos más llamativos en que aparece, qué variantes gráficas o tipográficas presenta, y, en fin, de qué modo justifica el autor el propio hecho de la innovación léxica.

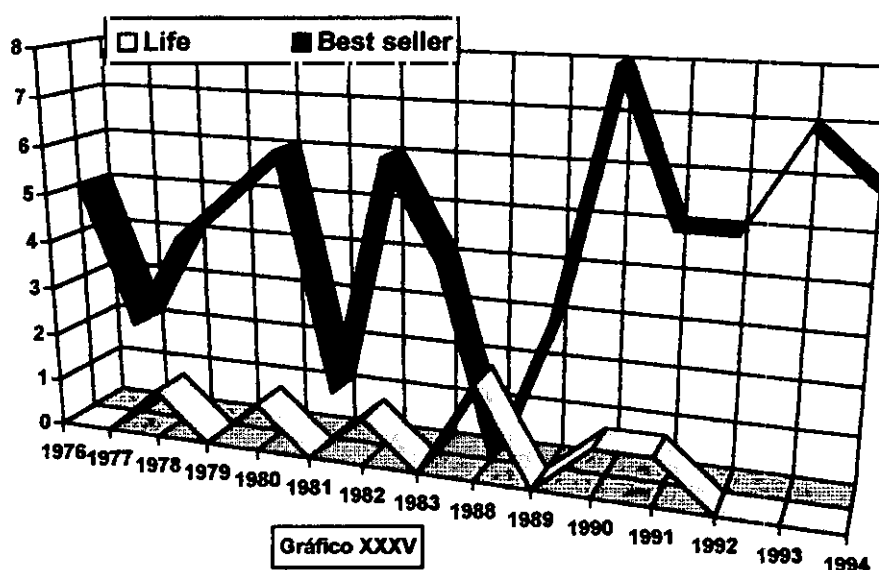
3.2.3.2.1. Barbarismos.

Barbarismo, en la retórica clásica, es toda forma de incorrección que afecte a la palabra en cuanto unidad lingüística. Es lo contrario, por tanto, del *solecismo* (incorrección que afecta a la *juntura de las palabras*, según decían los antiguos). Pero el *barbarismo* de que aquí se habla no tiene ya un sentido retórico, sino meramente lingüístico: equivale, pues, a *extranjerismo*, y hace referencia al vocablo que, a pesar de pertenecer a un código lingüístico (llamémoslo *Lengua A*), se utiliza en otro (denominémoslo *Lengua B*). En el caso que nos atañe, la *Lengua B* no puede ser más

que el español o castellano, puesto que tal es el idioma en que Umbral escribe sus textos. La *Lengua A*, en cambio, no siempre es la misma.

3.2.3.2.1.1. Anglicismos.

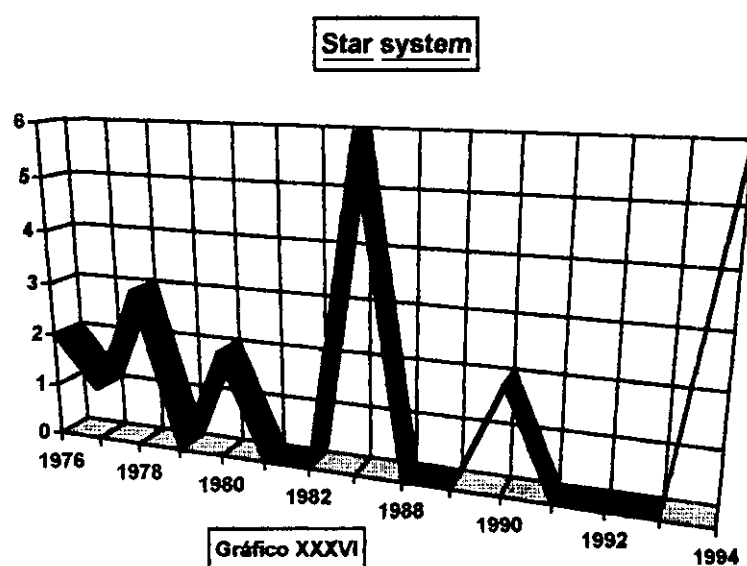
El punto de partida es éste: "rechazo los extranjerismos como suplencia de todo lo que no se puede decir en castellano, y creo que en cualquier lengua puede decirse de todo"³³. Un idioma (cualquier idioma, subraya el articulista) es lo suficientemente rico en recursos como para expresar todo cuanto sea menester. Quiere esto decir que los hablantes pueden decir con las palabras de su lengua todo cuanto deseen. Si dominan convenientemente su código lingüístico, no necesitarán ayudarse de vocablos extraños. Las voces extranjeras no sirven para rellenar supuestas lagunas de tal o cual léxico. Según Umbral, por tanto, el barbarismo (sea o no anglicismo) desempeña una función que nada tiene que ver con las hipotéticas carencias léxicas de una determinada lengua.



A simple vista, puede parecer que Umbral recurre a los anglicismos para contaminar sus textos, para nombrar mediante espurias voces hasta las realidades más cotidianas y

elementales. Así, por ejemplo, escribe: "tenía que ganarse la life"³⁴. Es evidente que *life* no remedia ningún defecto lexicológico del español. También parece claro que el articulista se vale de este anglicismo para sorprender al lector, para ganarse su atención; es decir, como recurso de provocación estilística. Ésta es, pues, la primera y más obvia función de los anglicismos que Umbral incluye en sus columnas. Resulta sorprendente que un estilista, un experto en el manejo del idioma, mancille su arte con burdos e innecesarios extranjerismos: "unos quince years de antelación"³⁵; "dos spittings realquilados"³⁶; "la intimidad y la privacy"³⁷; "el suceso, la performace, la cosa"³⁸.

Todo ello no obstante, conviene analizar más detenidamente el modo en que usa Umbral estos anglicismos. A la función estilística señalada, hay que añadir -tras un estudio algo más profundo-una segunda función que no es innovadora ni transgresora, sino más bien todo lo contrario: "los baffles (qué horror, habiendo "altavoces")"³⁹. Umbral, mediante el uso (irónico, casi siempre) de los anglicismos, denuncia el abuso en que incurren muchos hablantes, en especial aquellos que utilizan el extranjerismo como signo de distinción: "las azafatas y los locutores que no saben inglés, dicen, muy redichos, <<casting>> o <<star system>>, los muy gilipollas"⁴⁰.

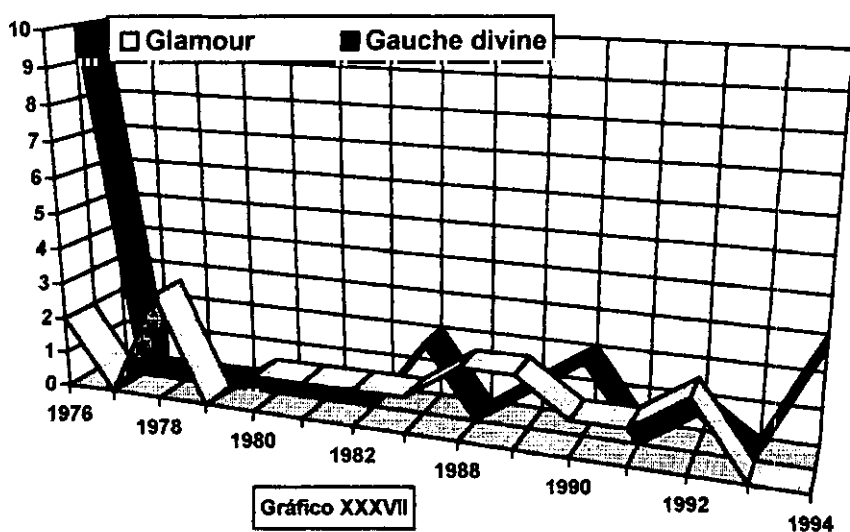


También Umbral escribe con cierta frecuencia *star system*⁴¹. Pero explica el autor

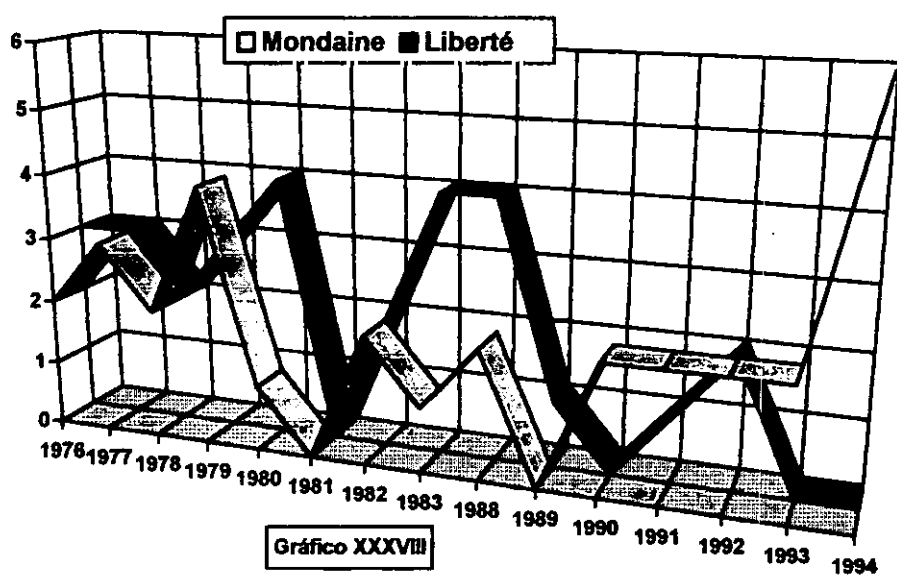
que, para combatir el anglicismo, no hay nada mejor que usarlo a placer, degradarlo, integrarlo con notoria tosquedad en el español cotidiano: "coger un anglicismo y castellanizarlo, fonetizarlo, de manera que suene como eufonía cachonda. Así, espikinglis por <<se habla inglés>>. Esto no es una aceptación del anglicismo comercial e invasor, sino, naturalmente, una coña y una degradación sutil del idioma del Imperio (...). Mejor que la lucha frontal, donde siempre perderemos, el quiebro de mis maestros de ironía. El inglés comercial y multimedia convertido en cheli. Y que se jodan"⁴².

3.2.3.2.1.2. Galicismos.

El articulista se muestra mucho menos agresivo con los vocablos franceses. Quizá por eso también los usa con menos frecuencia. Téngase en cuenta que el inglés, para Umbral, es el *idioma del Imperio*, el lenguaje vil del comercio y de los negocios. El francés, en cambio, es la lengua de la cultura, el idioma que mejor expresa la sensibilidad artística y la sutileza intelectual. Es, además, la lengua más apropiada para el dandi que pretende ejercer de frívolo y relacionarse con las bellas e insubstanciales damas de la aristocracia: "para ser cronista municipal basta hablar un poco de francés y encontrar absolutamente maravillosas a todas las marquesas"⁴³. El francés es el idioma de la *liberté*, del *glamour*, de la *gauche divine*. Mediante los galicismos, e ironías aparte⁴⁴, se encuentra Umbral con "la belle époque y el tiempo perdu"⁴⁵ [*sic*], con "el *mondaine* Proust"⁴⁶.



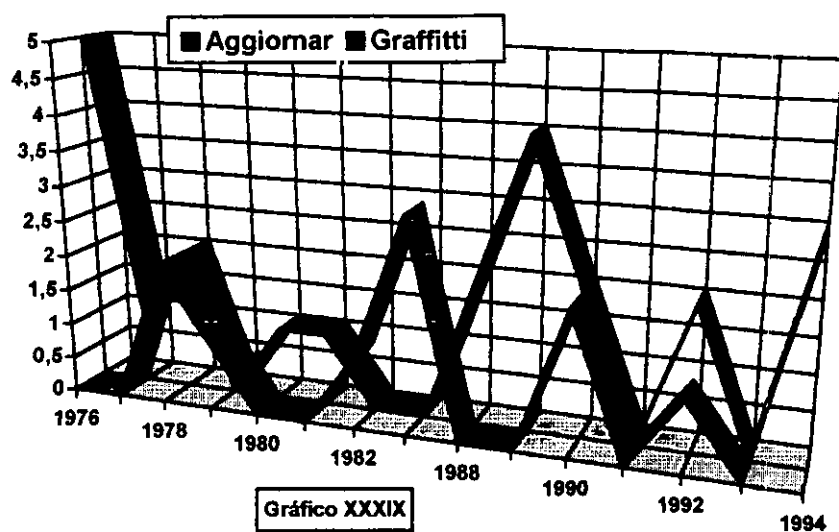
Quiere esto decir que, a diferencia de lo que sucedía con los anglicismos, el articulista no busca la degradación del idioma del que procede el barbarismo. El galicismo de Umbral tiene mucho más de homenaje que de mofa o censura academicista. Es evidente que, en ocasiones, el columnista integra la voz francesa en sintagmas que nada tienen que ver con el prestigio cultural o el homenaje lingüístico: "la movida revolté" o "vete a la merde", por poner sólo un par de ejemplos⁴⁷. También es cierto que los galicismos van perdiendo, con el paso de los años, la letra cursiva con que se solían presentar en los primeros artículos.



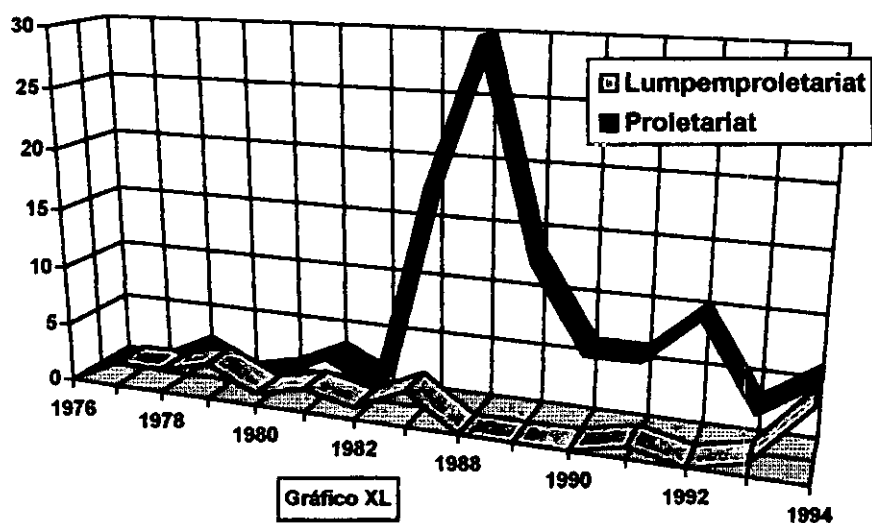
El adjetivo *mondaine*, verbigracia, es utilizado doce veces entre 1976 y 1982: cuatro de ellas, con cursiva; las ocho restantes, sin cursiva. Entre 1983 y 1994, vuelve a ser usado otras doce veces: todas ellas sin la reticencia tipográfica de la letra cursiva. Pero esta acomodación formal al léxico español no es en absoluto comparable a la que *sufre*, pongamos por caso, la fórmula inglesa de cortesía "*thank you*"⁴⁸. Así lo escribe Umbral en 1976. Años más tarde, el anglicismo ya no parece el mismo: "gracias, tíos. Zenquiú"⁴⁹. Con entorno español o con entorno inglés: "*zenquiú* very much too much"⁵⁰.

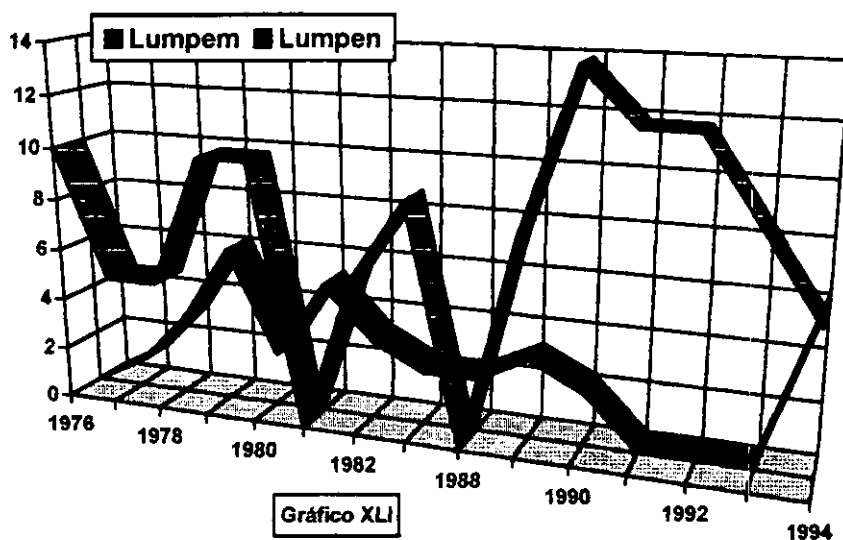
3.2.3.2.1.3. Otros extranjerismos.

Soprende la enorme cantidad y variedad de barbarismos que, al margen de anglicismos y galicismos, coloca Umbral en sus textos periodísticos. Nos habla el articulista de la "*saudade* galaicoportuguesa"⁵¹, de "las ikurriñas (que, por lo visto, en vasco es lo mismo)"⁵², de "la petardá"⁵³ valenciana, de la "*ostpolitik*"⁵⁴, de la "*intelligentia*"⁵⁵ y los "gulags soviéticos"⁵⁶, del "*noucentismo*" catalán⁵⁷, de la "catarsis"⁵⁸ y el "*pathos*"⁵⁹ griegos y, en fin, del "*nihil obstat*"⁶⁰ y los "orapronobis"⁶¹ latinos. Tampoco carecen los textos de Umbral de voces orientales (japonesas, por ejemplo⁶²). Más frecuentado que los idiomas hasta ahora referidos es el italiano: Umbral usa con cierta asiduidad, como se puede comprobar en los gráficos que siguen, las voces *aggiornar* (con el sustantivo correspondiente: *aggiornamento*), *graffiti* y *spaghetti*.

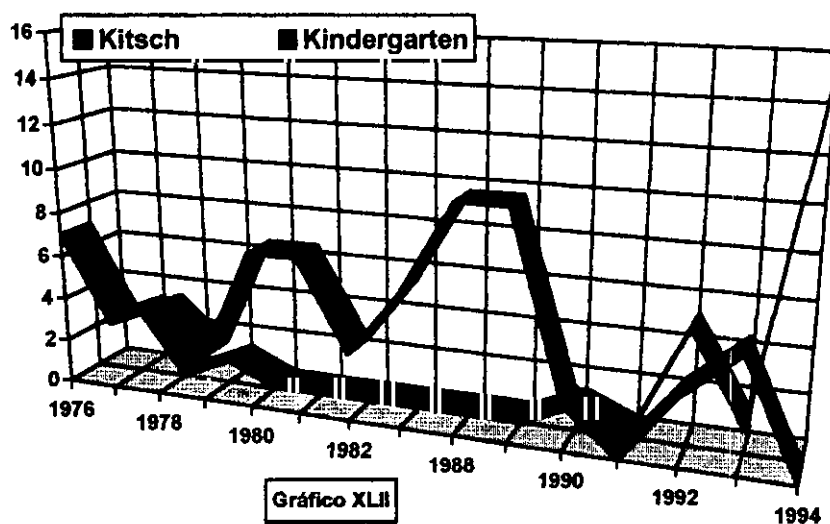


Muy del gusto del autor son también los términos de origen alemán *proletariat* (a veces *lumpemproletariat*, otras veces simplemente *lumpem*), *kindergarten*, *kitsch* y *camp*⁶³.





Como nota general acerca de todos estos extranjerismos, cabe afirmar que adolecen de una considerable inestabilidad gráfica. Resulta muy difícil advinar, por ejemplo, cómo va a escribir el columnista algunos de sus más caros germanismos: hay días en los que opta por *lumpem*, pero otras veces prefiere *lumpen*; por lo general, usa la grafía *svástica*, pero tampoco es descartable que alguna vez use *esvástica*; suele escribir *kitsch*, aunque también emplea -esporádicamente- las formas *kitchs*, *kitsdh* y *kischt*.



Es claro que cuanto menor sea la familiaridad del escritor con una lengua, tanto mayor será la inestabilidad de los barbarismos utilizados. Umbral sólo conoce a la

perfección (o casi) su propia lengua. Añádase a ello el hecho -fácilmente constatable, como se acaba de ver a propósito de *kitsch*- de que una pequeña duda sobre cómo se escribe un extranjerismo no es, en Umbral, motivo suficiente para renunciar a escribir el término en cuestión. Él lo escribe como en ese momento le parece oportuno, sin más. No es de extrañar, así pues, que haya tantas fluctuaciones gráficas en los barbarismos empleados por Umbral.

Comentario aparte merecen los préstamos lingüísticos que el articulista obtiene del lenguaje de los gitanos españoles. En este caso, por supuesto, no se dan las vacilaciones gráficas que se acaban de apuntar: "<<camelamos naguerar>>, (queremos hablar, en caló)"⁶⁴, escribe Umbral, con traducción inmediata de la locución que emplean los gitanos. No siempre ocurre así. Es posible que muchos lectores no sepan qué pensar, por ejemplo, si tropiezan de repente con el término "barbianes"⁶⁵: término que procede del caló *barbán*, que significa 'aire'. Es bien conocido el valor semántico del vocablo *gachó*, pero es probable que muy pocos hablantes del español sepan que *cahó* y *manú* son sinónimos de aquél. Gozan, por lo general, estas voces gitanas de cierto hermetismo. Umbral las usa como si pertenecieran a un argot para iniciados, como si también él hubiera jurado no romper los más sagrados secretos del dialecto. Es muy frecuente, además, hallar conexiones léxicas entre los vocablos del caló y los giros lingüísticos de la moderna (y a menudo también hermética) jerga cheli: "el Madrid de ahora, el del burle, el esmeril y el moraja tieso, está en las chirlatas"⁶⁶.

3.2.3.2.2. Apropiación y revitalización léxica.

Utiliza el columnista palabras que proceden de otras lenguas (inglés, francés, italiano, alemán, etc.) y las integra en textos escritos en español o castellano. Los extranjerismos conforman una sección léxica independiente, dotada de unas características gráficas, morfológicas y semánticas muy peculiares. Este grupo de vocablos extraños rompe la homogeneidad léxica del idioma que se maneja. Al

despreciar las diferentes posibilidades lexicográficas del español, el escritor se sitúa en un espacio de *alegalidad lingüística*: quizá sea exagerado afirmar que el uso de todo vocablo no inscrito en el diccionario académico constituya, automáticamente, una transgresión léxica; pero sí parece claro que, al recurrir a un préstamo verbal, el articulista huye momentáneamente de su sistema idiomático, se sale del orden gramatical en que hasta entonces se venía moviendo y, por un instante, queda en la frontera que separa dos códigos lingüísticos, con el vacío normativo que ello supone (no está sujeto a las reglas ortográficas o sintácticas del español, pongamos por caso, pero tampoco debe respetar la gramática del inglés).

Pues bien: se produce esta misma *alegalidad lingüística* cuando el escritor se apropia de vocablos no extranjeros, pero sí ajenos al léxico oficial del español (esto es, ajenos al léxico recogido en el Diccionario de la Real Academia Española). Francisco Umbral no renuncia, claro está, a la riqueza léxica del español puro y bello, mas tampoco hace ascos al vocabulario *alegal* (y a veces incluso *ilegal*) de que se valen muchos hablantes en sus conversaciones cotidianas. Recorre Umbral los arrabales léxicos del español con particular denuedo. Busca el columnista, en este lenguaje de curso no del todo legal, términos coloquiales que desconoce o simplemente desprecia el Diccionario académico, voces jergales, dialectalismos variopintos, palabras extraídas del mundo de las drogas o del hampa, vocablos -a menudo- de corta aunque intensa vida.

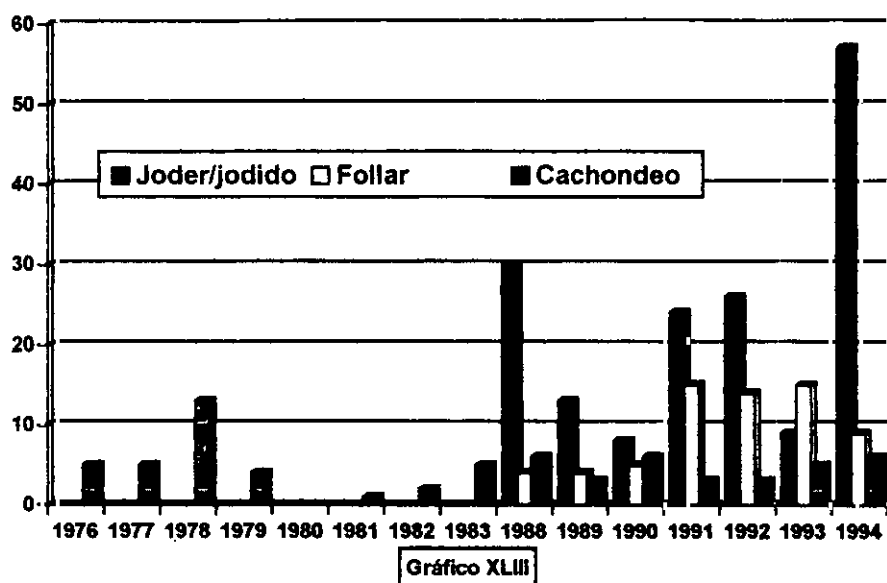
3.2.3.2.1. Cultismos, tecnicismos y arcaísmos.

También es marginal -ajeno al sistema lingüístico- el léxico especial que usan los expertos en determinada disciplina, rama del conocimiento u oficio. Una parte considerable de este vocabulario técnico sí está recogido en el Diccionario académico. Usa Umbral con bastante frecuencia, por ejemplo, el término *estricnina*⁶⁷. El nombre de este veneno sólo es marginal en tanto que no pertenece al léxico ordinario de los hispanohablantes. Puesto que aparece en el DRAE, considérese que la utilización del

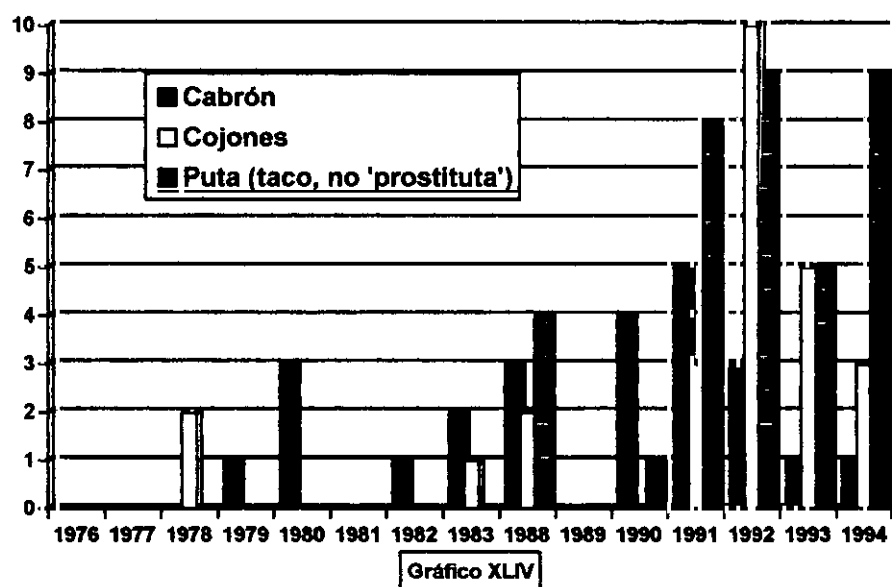
tecnicismo sólo es llamativa. También son llamativas algunas voces del español que pocos o muy pocos conocen. Tal es el caso, verbigracia, de *colombrño*, al que Umbral recurre de vez en cuando⁶⁸. El articulista se refiere en otra ocasión a "un extrasístole"⁶⁹, tecnicismo que también recoge el DRAE, aunque aclarando que se trata de un vocablo femenino. No sucede ya lo mismo, sin embargo, con vocablos como *gringoladas* o *camponadas*, ambos incluidos en un texto⁷⁰ en el que se describe la bandera de Leganés. Nada dice el DRAE acerca de estos términos. Oficialmente no existen, pero Umbral los usa. Tampoco existe *putrición*, que el autor emplea como pseudoarcaísmo de *putrefacción*⁷¹. En lugar de *Isabel la Católica*, usa casi siempre un vetusto "Reyna Ysabel"⁷². Se aventura el columnista -lo permita o no la ocasión- a emplear los más rebuscados, los más bizantinos cultismos: "calipigismo"⁷³, llega a escribir en un artículo.

3.2.3.2.2. Coloquialismos y vulgarismos.

Suele utilizar el articulista una gran cantidad de vulgarismos y de voces nefandas. Es ésta, quizá, la nota más característica del léxico de Umbral. Pocos columnistas se atreven a emplear términos tan malsonantes como los que él incluye en sus textos. Cabe distinguir, de todos modos, entre vocablos coloquiales y vocablos vulgares (o considerados de mal gusto). Los primeros no son más que términos impropios del lenguaje escrito, y por eso resulta algo extraño que aparezcan en un texto periodístico: "cacho perro"⁷⁴. El uso coloquial de la voz *cacho* lleva a que ni siquiera signifique, como de ordinario, 'trozo' o 'fragmento'. Las voces vulgares o malsonantes sobrepasan la barrera de lo coloquial y se sitúan mucho más allá del tono distendido que suele caracterizar el uso de los vocablos anteriores: "y eso requiere un marco, coño, un contexto, un algo, si es que no os aclaráis, coleguillas, joer"⁷⁵. Esta última voz, *joer*, ha perdido una *d* intervocálica, con lo cual se refuerza el vulgarismo ínsito al término.

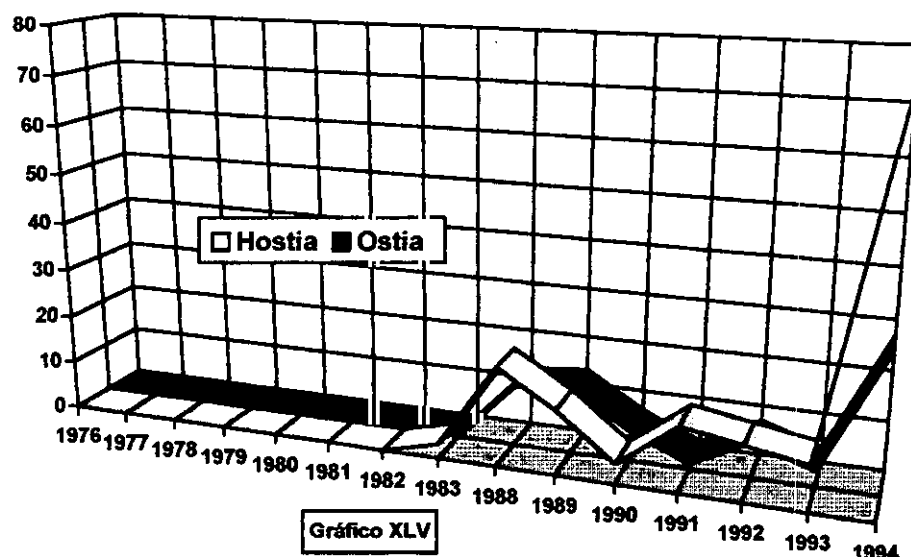


Pero, con todo, hay en los artículos de Umbral voces que suenan mucho peor que este casi immaculado *joer*. Se regodea el columnista con la utilización de voces que, según decían los clásicos⁷⁶, *hacen mal sonido*. Y se regodea con especial intesidad, como se puede observar en los gráficos, durante los últimos años estudiados. Con el paso del tiempo, pues, se va intensificando la impudicia del autor⁷⁷.



La lista que sigue es tan sólo un anticipo de la que, con más detalles, se ofrece en el penúltimo capítulo de este estudio: *cabrón*, *cojones*, *condones*, *coña*, *coño*, *escoñar*,

escroto, follar, hijoputa, hostia, ingie, orgasmo, puta, puñetero, putaño, tetas.



3.2.3.2.3. Voces jergales o dialectales.

"Que después del porro, el enrolle, el cheli, el rock-rollo, el rock-macarra, el cuelgue, el flipe, el pico y el pasar total cantidad, el último rebrote (...)"⁷⁸. El columnista recrea en sus textos el léxico de ciertos grupos de jóvenes. Se ha escrito *recrea* con plena intención. La jerga que maneja Umbral, llámese como se llame (el interesado dice que *cheli*⁷⁹), está constituida por un conjunto de vocablos más o menos estable. En ocasiones, no obstante, cabe la duda sobre si tal o cual palabra debe ser tomada por *cheli* o si, por el contrario, se trata de un término inventado por el propio Umbral. El verbo *recrear* intenta subordinar esta cuestión a lo que en cada caso concreto (palabra a palabra) sea menester concluir.

El caso es que, *chelis* o no *chelis*, los artículos de Umbral están plagados de voces jergales, no siempre fácilmente comprensibles para el común de los lectores: "enlabinado de cuelgue, conversa, caballo, enrolle sexual, porro, amor y fantasía"⁸⁰; "la basca, gente del rollo y troncos a tope"⁸¹; "parida enorme, paellómetro de anfet y

demasiado para este body"⁸². Así es, escribe Umbral, "la psicodelia metaforizante y pinchota de nuestras columnas"⁸³.

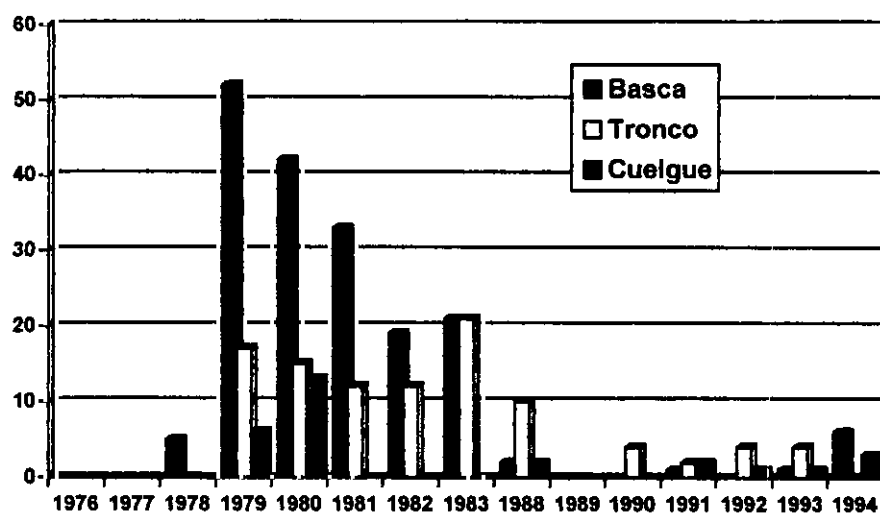


Gráfico XLVI

De entre las voces dialectales, cabe destacar el muy frecuente uso de ciertos americanismos: "boludo", "ché", "pibe" y "nomás", por ejemplo, aparecen en un solo artículo⁸⁴. En otro posterior, anota: "qué pavada, pibe, nomás, che, ay qué lucha"⁸⁵.

Ché

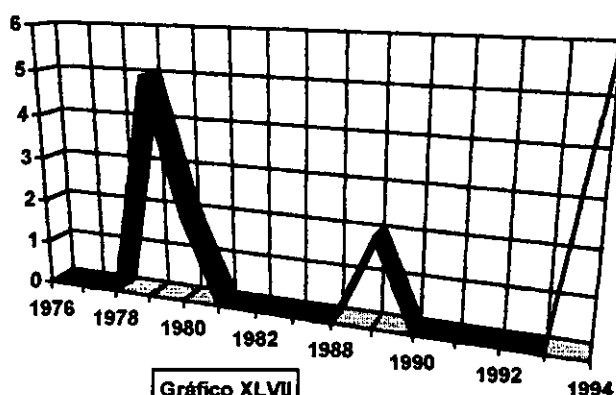


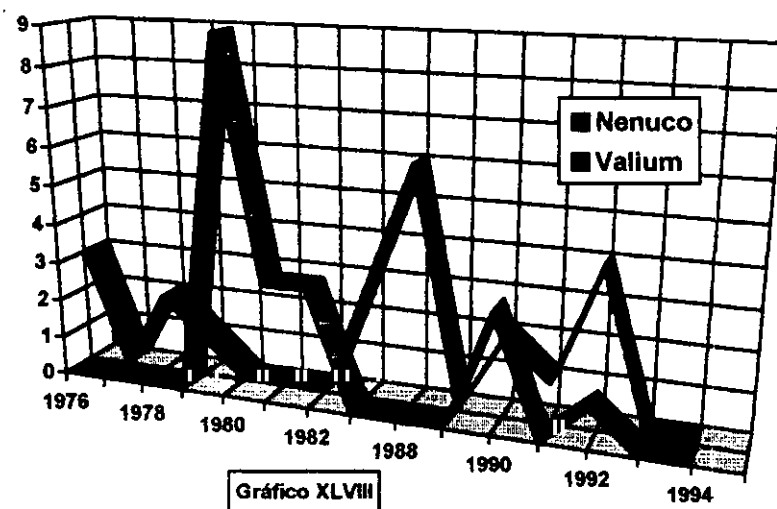
Gráfico XLVII

Suele el autor desvelar el origen de algunas expresiones o palabras. Emplea, por ejemplo, el verbo *desmañanar* ('despertar'), y en seguida explica que se trata de un americanismo⁸⁶. El término no está recogido en el DRAE. En otro lugar, anota: "naipe

y *chequera* (que dicen los latinochés)"⁸⁷. El primer significado de *chequera* es 'cartera para guardar el talonario', que nada tiene de americanismo. Si lo tiene, en cambio, su segundo significado (al que, por tanto, se refiere Umbral): 'talonario de cheques'. Cabe la posibilidad de que el americanismo pase casi inadvertido (emplea Umbral, por ejemplo, la palabra *esquinera*⁸⁸, pero no explica que se trate de un argentinismo). Cabe también la posibilidad de que se subraye una información lingüística que resulta ser falsa: *bochinche*, según Umbral⁸⁹, es un americanismo. Sólo según Umbral. En el DRAE aparece definida así: "Tumulto, barullo, alboroto, asonada.//2.Extr. **buche**, porción de líquido".

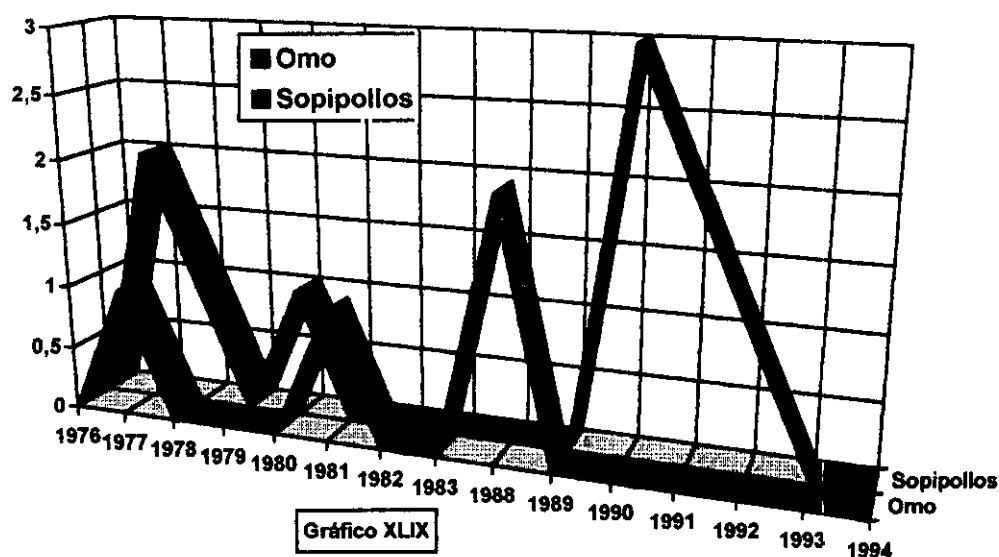
3.2.3.2.5. Voces de la publicidad.

Resulta sorprendente contemplar, de una vez y sin previo aviso, la extensísima lista de palabras que Umbral obtiene del lenguaje publicitario. Los lectores habituales del articulista saben que esta afición viene de lejos.

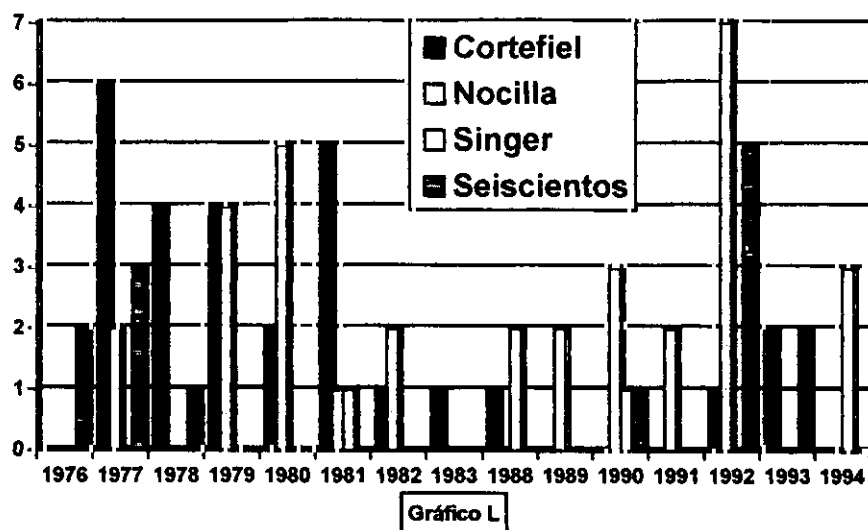


Hoy nos quedan, en los periódicos de hace veinte años, palabras que se corresponden con objetos ya desaparecidos. Tal es el caso, verbigracia, del detergente *omo* o de los

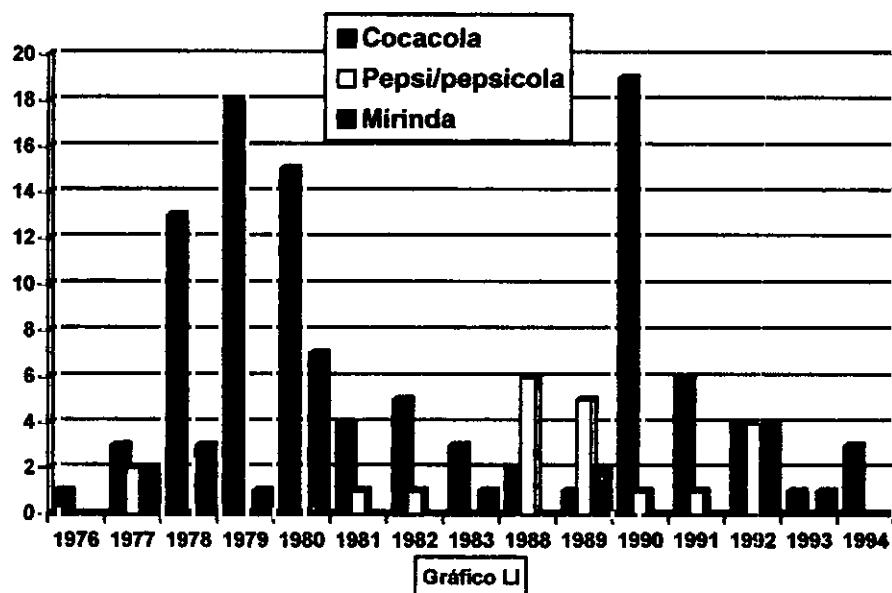
sabrosos (aunque "incomibles"⁹⁰, según Umbral) *sopipollos*. La palabra ha sobrevivido. El objeto casi se ha olvidado por completo.



Conviene señalar, además de la gran cantidad de marcas publicitarias a las que Umbral se refiere en sus textos, el motivo o los motivos por los que el autor recurre a este tipo de vocablos. Con carácter general, se puede decir que el léxico procedente de la publicidad desempeña dos funciones básicas en los artículos de Umbral. En primer lugar, palabras como *seiscientos* o *singer* acercan al lector al ámbito de lo cotidiano, a la vida corriente, al mundo vulgar y al mismo tiempo crepitante de las realidades concretas, de los detalles menudos de cada día. La marca de un perfume, por ejemplo, permite al autor teorizar sin miedo a incurrir en abstracciones incomprensibles, etéreas o aburridas: conviene no confundir, dice Umbral, el "rock/macarra" con el "rock/nenuco"⁹¹.



Gracias a este léxico, así pues, escritor y lector se alejan de las reflexiones genéricas y abstractas. El discurso, por medio de la *nocilla* o los *ducados*, queda siempre más cercano, más a ras de vida. Umbral detesta los artículos saturados de ideas. El léxico de la publicidad, además, ofrece en los textos una dimensión simbólica de gran rendimiento expresivo: la *cocacola*, por ejemplo, es más una forma de vida que una simple bebida.



Y esto no lo dice Umbral. No se trata de una metáfora literaria. Se trata, en realidad, de un logro publicitario: el anuncio de la *cocacola*, desde hace muchos años, nos

muestra cómo se puede resumir, en apenas unos cuantos centímetros cúbicos de botella, toda una forma de vida. Umbral no hace más que aprovechar el simbolismo publicitario. Por eso, por ejemplo, nos habla de "un aire cortefiel"⁹², del "dandy cortefiel del Opus, señor López Bravo"⁹³ o, incluso, de "un hortorismo ucediario de diplomacia cortefiel"⁹⁴.

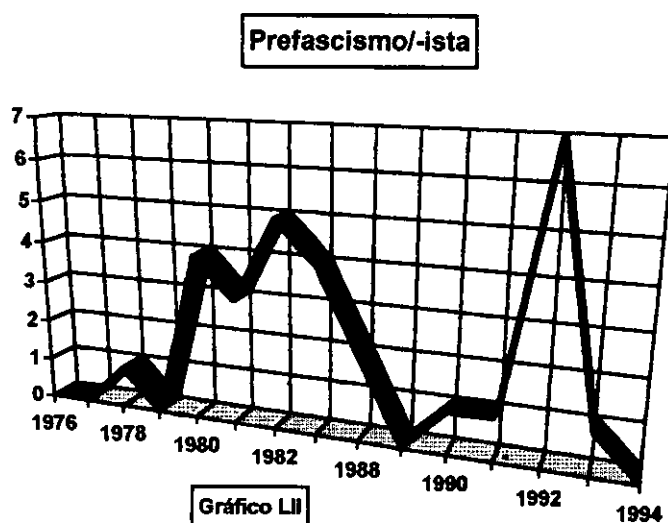
3.2.3.2.3. Formación de palabras.

Este párrafo, representado gráficamente, debiera ser profundo y estrecho. Profundo porque la repercusión del asunto que se estudia en la creatividad lexicológica de Francisco Umbral es indudable: la mayor parte de su vocabulario heterodoxo nace por derivación o por composición de palabras. Debiera ser estrecho, en cambio, si se considera el mínimo grado de transgresión de estas sencillas y muy habituales operaciones morfológicas. De hecho, el lenguaje cotidiano está lleno de fenómenos lingüísticos semejantes. Las palabras se dan vida sucesivamente: unas nacen de otras, mediante simples adiciones morfemáticas (derivación) o lexemáticas (composición). El vocabulario oficial del idioma, ordenado alfabéticamente en el Diccionario de la Real Academia Española, recoge ya una gran cantidad de voces cuyo origen es justamente éste: la transformación morfemática de una base léxica o bien la combinación de dos lexemas en un sólo término.

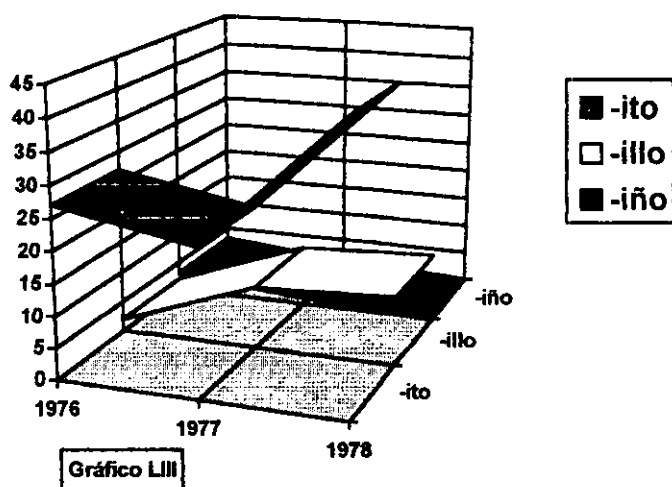
Se intentará analizar, de inmediato, el rendimiento transgresor de las estructuras paradigmáticas de composición y derivación⁹⁵. Tal análisis pretende ajustarse a la *estrechez* o brevedad que el caso requiere. La profundidad del dibujo teórico aquí pergeñado se podrá constatar en el glosario con que finaliza la investigación (véase el capítulo VII, recogido en el tomo II de este estudio).

3.2.3.2.3.1. Modificación.

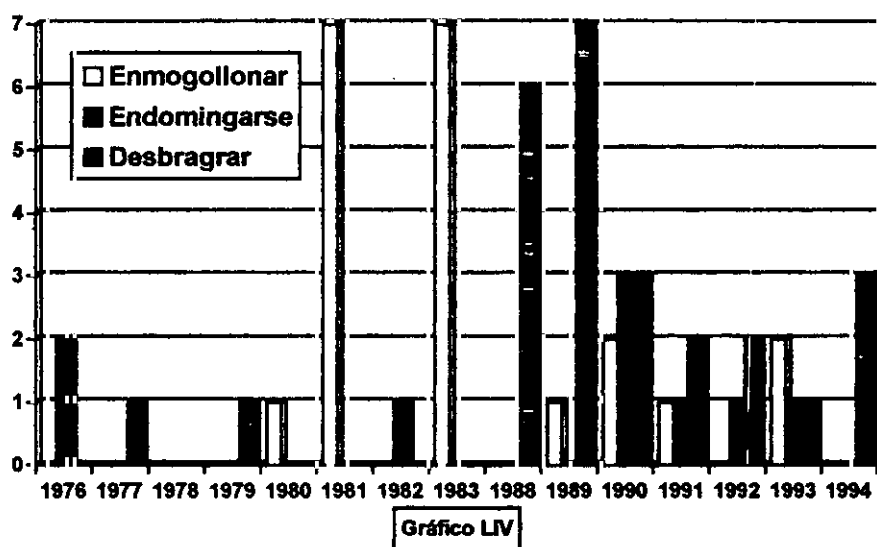
La estructura paradigmática llamada *modificación* consiste en una determinación gramatical de escaso alcance sintáctico. Quiere decirse que tal determinación no supone un cambio de la función oracional del lexema modificado. Así, por ejemplo, el sustantivo *hotel* puede transformarse en *hotelito*⁹⁶ y, a pesar de la alteración morfológica, la palabra que sigue perteneciendo a la categoría de los sustantivos. Sucede lo mismo en el caso de los verbos formados mediante prefijos: "precalentar el debate"⁹⁷, escribe Umbral. *Calentar* y *precalentar*, claro está, desempeñan la misma función oracional; la modificación introduce un leve cambio en el significado léxico, pero el significado categorial permanece intacto.

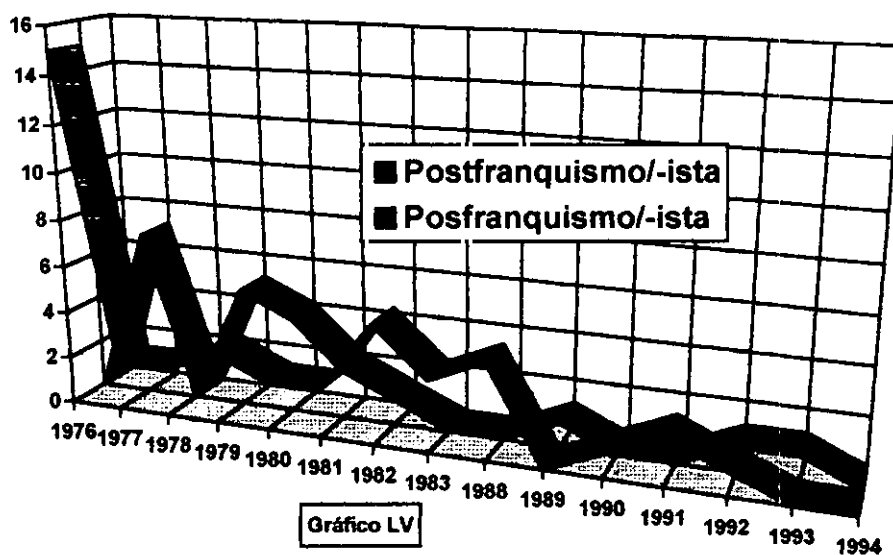


Aunque ello no afecte en nada al estudio de la transgresión, cabe afirmar -casi a modo de incidental pincelada estilística- que Francisco Umbral emplea muy pocos diminutivos. Y procura evitar, en especial, el diminutivo entrañable, el diminutivo con valor afectivo⁹⁸. Sí se pueden encontrar algunos casos (bastante llamativos, por cierto) de diminutivo irónico, humorístico. La Guerra Civil española (1936-1939), por ejemplo, se nombra en cierto texto⁹⁹ de la siguiente guisa: "la batallita".



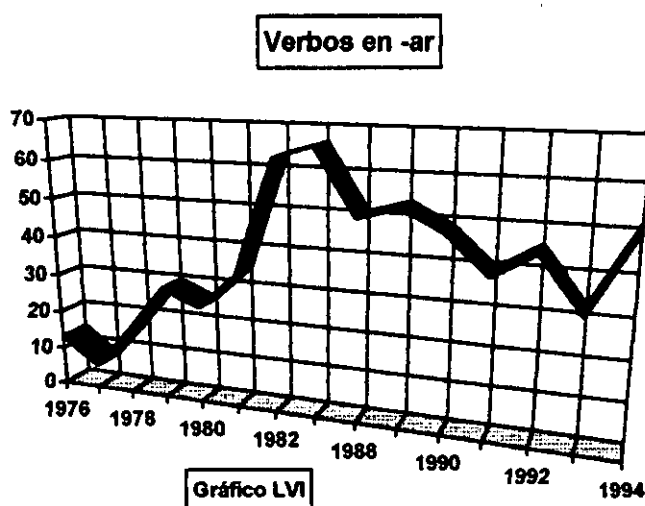
En cuanto a la modificación mediante prefijos (mucho más frecuente que la anterior), se sirve Umbral de dos estructuras básicas: para la modificación verbal se emplean, por lo general, los prefijos *en* y *des*; en la modificación de sustantivos y adjetivos, prefiere el escritor los prefijos *pre*, *post* (o *pos*) e *in*.





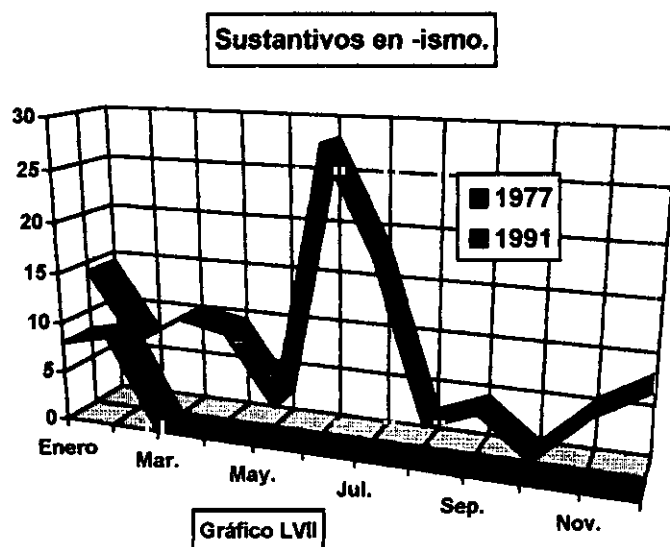
3.2.3.2.3.2. Desarrollo.

Verbos como *cronificar* o *camellear*, pongamos por caso, nacen de una simple transformación morfológica de los sustantivos *crónica* o *camello*. En estos casos, la base léxica pertenecía a una determinada categoría gramatical; el vocablo resultante del desarrollo queda ya encasillado en otra categoría.



La determinación gramatical, por tanto, implica un cambio en la función sintáctica

del término originario. Es cierto que algunas creaciones verbales de este género resultan mucho más atrevidas que otras. Y así, verbigracia, los términos *mariocondismo* (derivado del nombre propio *Mario Conde*) o *maripurismo* (de *Mari Puri*, o, mejor, de *maripuri* ['inculta ama de casa que está muy satisfecha con su modo de vida']) parecen mucho más elaborados, morfológicamente, que el mero *transfuguismo* [cambio brusco y súbito de partido político] del que con tanta frecuencia hablan los periódicos¹⁰⁰. El mecanismo de formación de palabras, sin embargo, es idéntico. Lo único que ocurre es que hay desarrollos morfemáticos que, como en el caso de *transfuguismo*, acaban gozando de cierto uso (los dimes y diretes políticos, como se ve, pueden contribuir al éxito de tal o cual innovación léxica), mientras que las modificaciones gramaticales que se aplican a otros vocablos difícilmente habrán sido ya leídas o escuchadas, por lo que resultan mucho más originales, a veces incluso inéditas: "un aguafortismo atroz"¹⁰¹, leemos en un texto de Umbral a propósito del arte de elaborar aguafuertes.



Es muy llamativa la gran cantidad de vocablos que obtiene el articulista mediante este sencillo procedimiento. En tan sólo un mes (julio de 1993), por ejemplo, hallamos las siguientes derivaciones en '-ista': *felipista* (día 1); *monetarista* (día 2); *porvenirista* y dos veces *guerristas* (día 4); *centralista* [sí recogida en el DRAE], *felipista*, *cesarista*

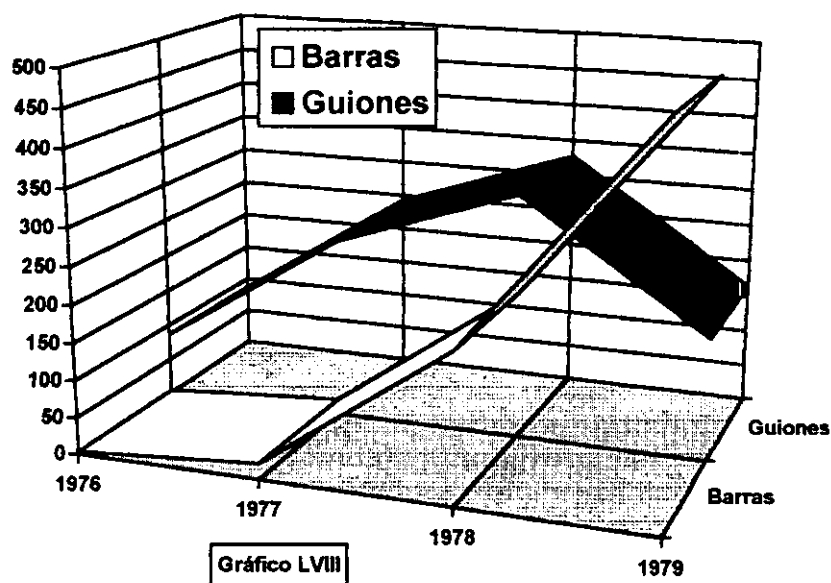
[también viene en el DRAE] y *caudillista* (día 6); *guerristas* y *consumista* (día 11); *felipistas* (dos veces) y *guerristas* (día 13); *felipistas* (día 14); *legitimistas* [en el DRAE] y *felipistas* (día 15); dos veces *guerristas* (día 17); de nuevo *guerrista* y *hablista* [está en el DRAE, pero con distinto sentido] (día 18); *guerrista* (día 19); *guerrista* (día 23); *españolista* (día 25).

3.2.3.2.3.3. Composición.

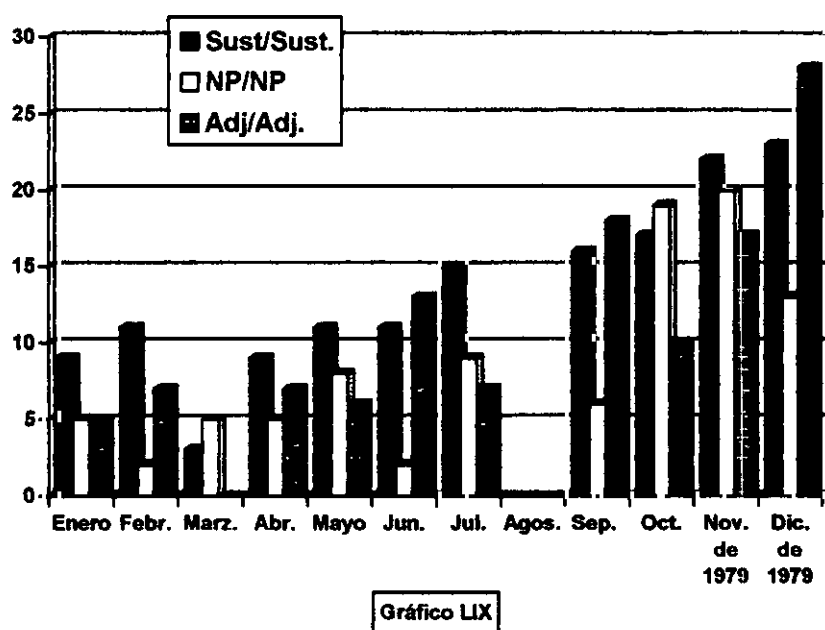
Aparecen en combinación gramatical, mediante la composición, dos unidades: una de ellas será siempre lexemática; la otra puede ser también lexemática o sólo categoremática.

3.2.3.2.3.3.1. Composición lexemática.

Las dos unidades que se combinan son lexemas: "cristianocomunismo"¹⁰². La categoría del vocablo resultante es siempre la de los lexemas asociados en la composición (la del segundo lexema [*comunismo*], en el ejemplo propuesto). Hay, no obstante, un modo de composición lexemática anterior a la pura y simple juntura de palabras. Umbral suelen establecer íntimas conexiones entre ciertos vocablos por medio de guiones (*pieles-rojas*, verbigracia) o de barras (*pieles/rojas*). El columnista, con el paso del tiempo, tiende a sustituir los guiones por las barras. En 1979, el uso hasta entonces frecuentísimo de los guiones comienza a decrecer. Ha encontrado el autor un método de composición aún más original. Las barras aparecen ya en 1976, pero apenas las emplea el articulista en un par de ocasiones. Tres años después, en cambio, utiliza Umbral nada menos que 497 veces este modo de composición léxica.



Estas barras, de ordinario, unen vocablos que pertenecen a la misma categoría gramatical. Las combinaciones más frecuentes son las siguientes: sustantivos con sustantivos, adjetivos con adjetivos y nombres propios con nombres propios.



No hay muchas diferencias, pues, respecto a lo que sucedía con la composición mediante guiones. Quizá la única novedad es que las barras no suelen unir anglicismos con la frecuencia con que lo hacen los guiones. Vale la pena, por lo demás, comparar

los gráficos correspondientes al uso de guiones y de barras. Durante este 1979, la tendencia es claramente ascendente en el caso de las barras; todo lo contrario ocurre en el caso de los guiones.

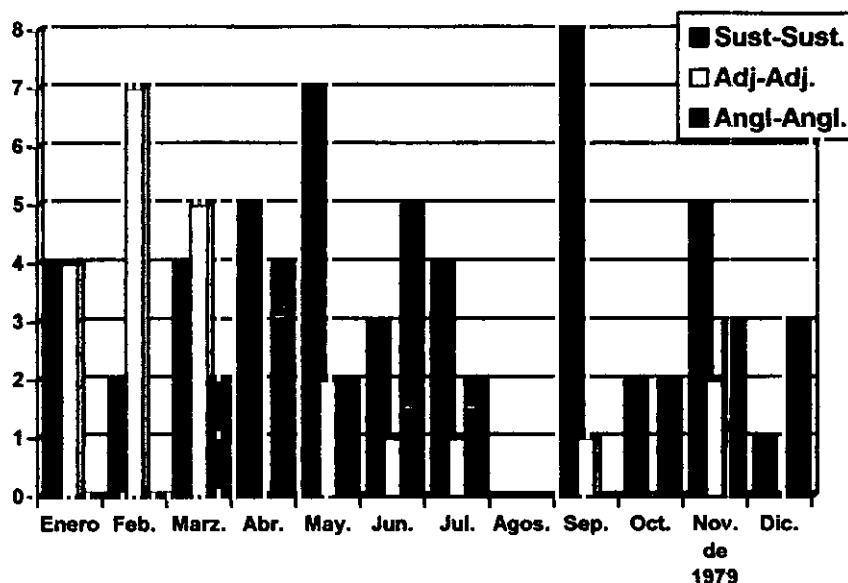
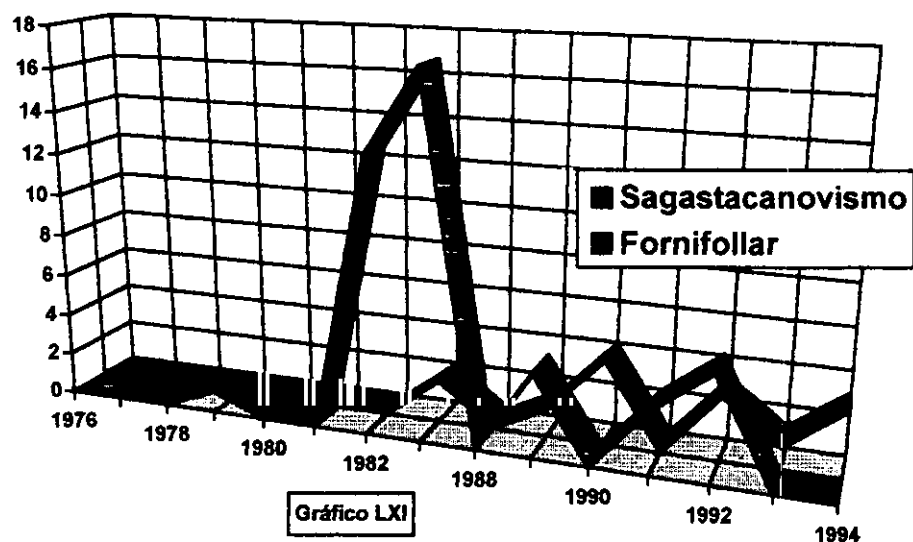
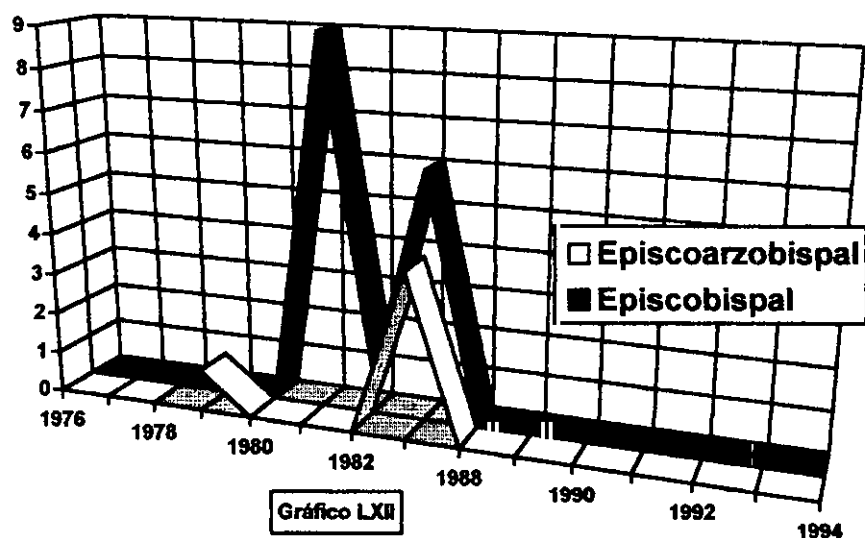


Gráfico LX

En cuanto a la composición lexemática pura (sin guiones ni barras), cabe destacar el gran atrevimiento de Francisco Umbral. Atrevimiento que, por supuesto, no estalla de un día para otro: "honrados obreros mínimoasalariados, conveniocolectivizados, síndicoververticalizados"¹⁰³, leemos ya en un texto publicado en la prensa de 1972. El articulista, como se ve, construye vocablos grandiosos, a menudo casi impronunciables. Vocablos como "nacionalverticalismo"¹⁰⁴, "socialdemocratización"¹⁰⁵, "liberalmonetarismo"¹⁰⁶, o "lo monarcodemocrático y lo democratamonárquico"¹⁰⁷. Mucho más simple -aunque no por ello menos atrevido- es el verbo *fornifollar*¹⁰⁸ en el que cristalizan pecaminosamente las voces *fornicar* y *follar*.



También conviene destacar el regusto con que acude el columnista a la combinación de términos cuyos significados parecen incompatibles ("actitud cristianoanárquica"¹⁰⁹, "proletarioempresariales"¹¹⁰) o, en sentido contrario, redundantes ("el episcopocatolicismo"¹¹¹, "episcoarzobispal"¹¹² o "los episcoarzobispales"¹¹³).

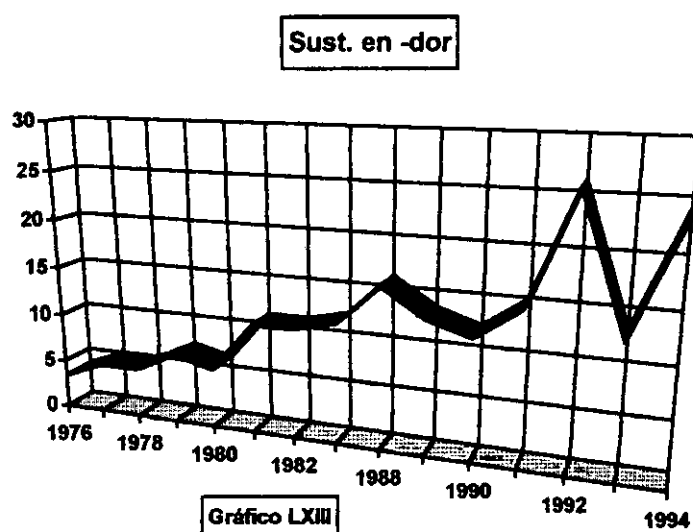


Como se puede ver en los dos últimos ejemplos, la composición presenta a veces malformaciones gramaticales (de *episcopal* -que procede del adjetivo latino *episcopalis* [-e], creado sobre la base léxica del sustantivo *episcopus* [-i]- surge un

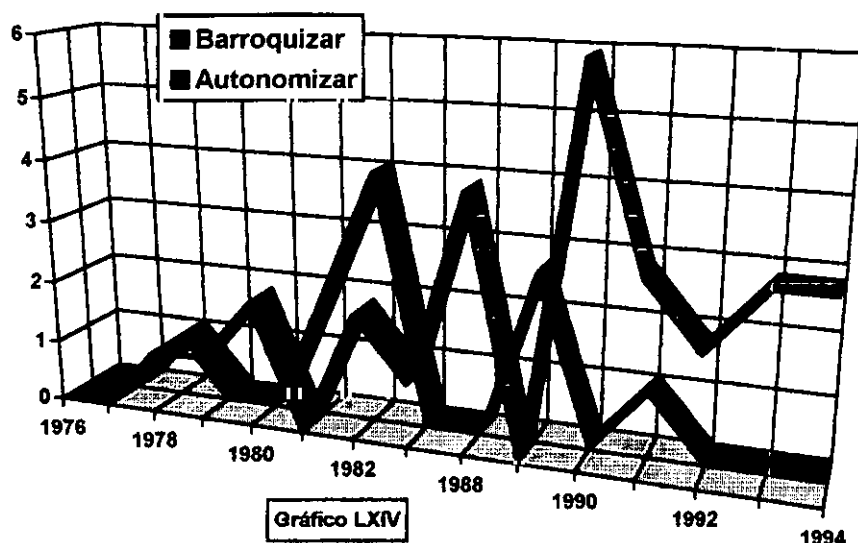
burlesco *episcoarzobispal*, que vendría a significar algo así como 'relativo al obispo y al arzobispo'). Son, sin duda, malformaciones deliberadas, jocosas, transgresoras.

3.2.3.2.2.3.2. Composición prolexemática.

En este caso, una de las dos unidades asociadas en la composición no es lexemática, sino categoremática. A la base léxica de *soborno*, supongamos, se añade un *prolexema* del tipo 'agente pronominal': el resultado es "sobornadores"¹¹⁴.

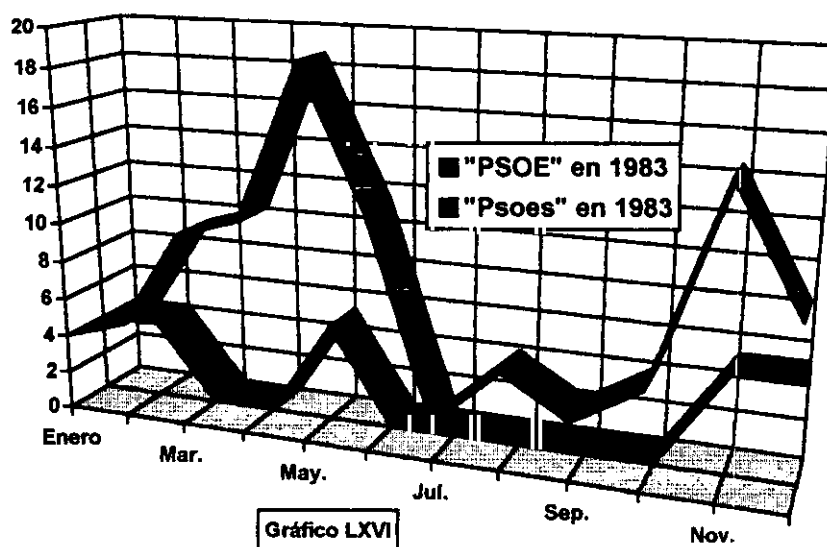
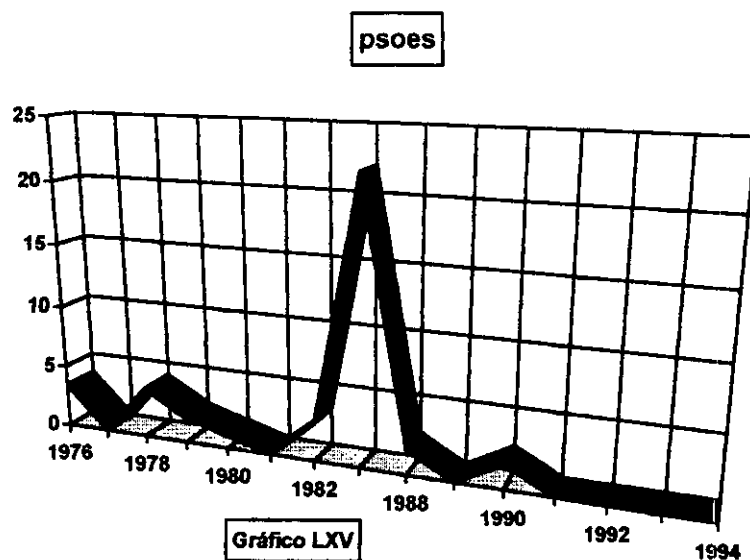


Este tipo de estructuras se halla a mitad de camino entre el desarrollo (o derivación) y la composición lexemática. Umbral recurre con especial insistencia a la creación de verbos, procedentes de sustantivos o ajetivos, mediante la terminación '-izar' ('convertir en tal o cual cosa'): *arqueologizar*, *barroquizar*, *efebizar*, *enigmatizar*, *horterizar* o *izquierdizar*. El gráfico de abajo refleja el uso de las dos voces acabadas en -izar que con más frecuencia emplea el articulista.



3.2.3.2.3.4. Siglas y apócope s.

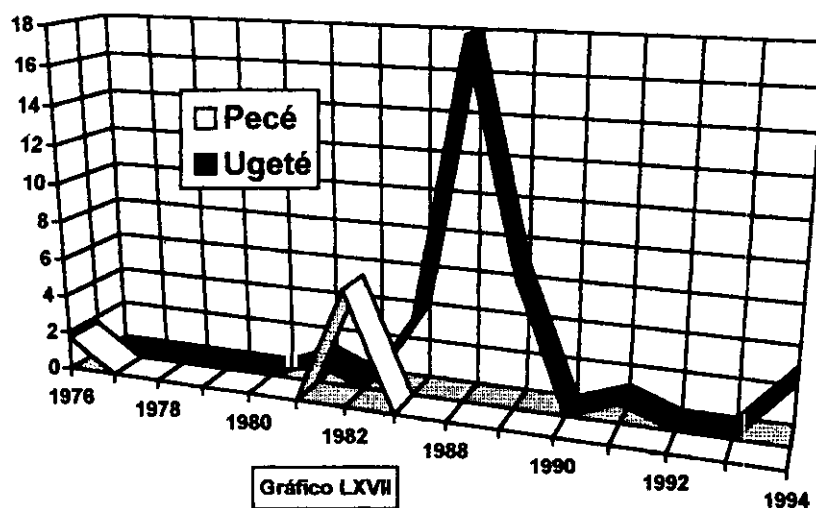
Hay que referirse, siquiera de pasada, a otros modos de creación léxica típicos de Umbral. Llama la atención, para empezar, el afán que muestra por usar y modificar la estructura de un buen número de acrónimos. El Partido Comunista de España, verbi-gracia, suele utilizar la sigla *PCE*. Umbral, sin embargo, emplea un oscuro "PC"¹¹⁵ (que parece anglicismo relacionado con el mundo de la informática) o bien una transcripción cuasi fonética de la sigla: "el *pecé*"¹¹⁶. En consecuencia, el partido político "Alianza Popular" ("AP", según la sigla del propio partido) ha de ser nombrado mediante su correspondiente equivalencia fónica: "la *apé* es **Fraga**"¹¹⁷, escribe Umbral. El Partido Socialista Obrero Español ("PSOE"), claro está, se convierte en *el psoe*. Es más: los propios miembros del partido son considerados *psoes*: "los *psoes* andaban (...)"¹¹⁸, "sus *psoes* saben (...)"¹¹⁹.



Además, el acrónimo recibe el mismo trato lingüístico que cualquier otro término del léxico ordinario: de *etarras*, se obtiene "etarrones"¹²⁰. La Confederación Española de Organizaciones Empresariales ("CEOE") da lugar a una sigla que el articulista emplea a modo de insulto: "(...), el muy ceoe, (...)"¹²¹. Hay ocasiones en las que la modificación del acrónimo es de tal calibre, que el columnista considera oportuno aclarar (entre paréntesis) la verdadera y originaria estructura de la sigla: "los *trips* del *ilisidi*

(LSD)"¹²². Parece claro que todas estas alteraciones son festivas, burlescas y también algo críticas para con el aluvión de siglas de los últimos decenios: "un descarrilamiento del tev, el taf, el talgo o lo que sea esto en lo que estamos viajando"¹²³. Esta confusa furia de acrónimos, según Dámaso Alonso, nos ha llevado a vivir en *el siglo de las siglas*. Umbral, como se ve, también ironiza sobre ello.

Resultan, por lo demás, muy pintorescos algunos vocablos nacidos sobre la base léxica de números o fechas de cierta relevancia: "algunos *veintitresefe*"¹²⁴, escribe Umbral en clara referencia a los militares que intentaron dar un golpe de Estado en febrero de 1981. A finales de 1988, los sindicatos españoles convocaron una huelga general. De la fecha prevista para la huelga extrae el columnista otro llamativo vocablo: "el paro general, que llamaremos *catorcedic.* por no alarmar (...)"¹²⁵. Esta palabra, *catorcedic.*, aparece nada menos que veintiséis veces durante el mes de diciembre. En algún caso, con redundancia tan chusca como la que sigue: "el *catorcedic.* de diciembre"¹²⁶.



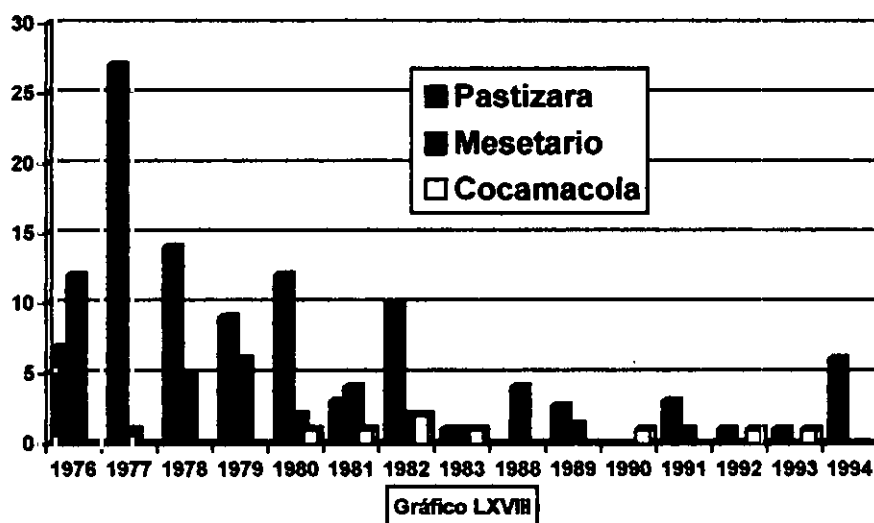
Umbral emplea también términos apocopados, sesgados, cortados con notable violencia: *pelu*, por *peluquería*; *protas*, por *protagonistas*; *ridi*, por *ridículo*. El lenguaje coloquial es la fuente directa de este tipo de fracturas léxicas. Se utilizan en el coloquio, por ejemplo, términos como *peli* (por *película*) o *compa* (por *compañero*).

Umbral también lo hace en sus artículos y así, por ejemplo, escribe "progres" en lugar de *mujeres progresistas*. No siempre escribe *por favor*: a veces le basta con un simple y coloquial "porfa"¹²⁷.

3.2.3.2.4. Neologismos y voces personales.

Se ha visto, a grandes rasgos, *cómo* construye Umbral nuevos vocablos. Sus innovaciones léxicas no surgen *ex nihilo*. Nacen, casi siempre, de procedimientos lingüísticos ya previstos por el código y ya sistematizados por la Lingüística.

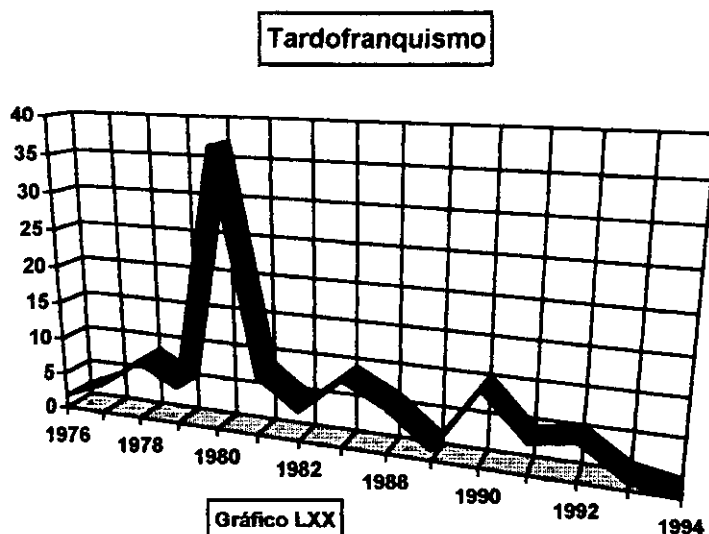
Cabe plantearse, por último, no *cómo*, sino *por qué*. Los textos de Francisco Umbral suelen estar salpicados de términos singularísimos.



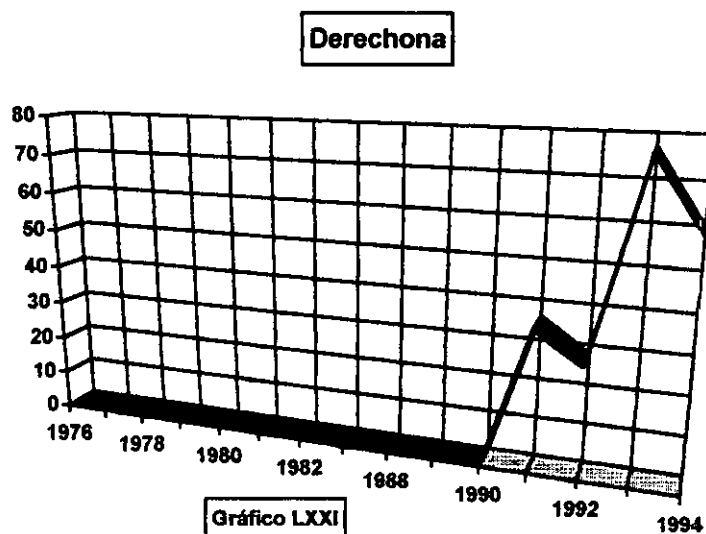
Es difícil tropezar con un artículo el que no aparezca uno de sus característicos vocablos: *derechona*, *tardofranquismo*, *pastizara* ('gran cantidad de dinero'), *retambufa*, *cuarentañismo*, *guerracivilismo*, *cocamacola* ('gran ir y venir de gentes o cosas, lío') *mesetario*, *roneo* ('rumor, ruido, discusión'¹²⁸). Hay muchos más, por supuesto. Pero la pregunta fundamental sigue siendo *por qué*.



Umbral es un escritor que devora y amasa palabras, que abomina de ciertos términos y que se identifica hasta el hastío con algunos otros. El articulista se queja con amargura de "la continua utilización de <<a nivel de>>, <<pasa por>>, <<de que>>, <<liderado>>, <<sofisticado>> (por refinado, o sea mal), <<posicionamiento>>, <<despresurización>> (de la economía) y otras ingenuas pedanterías mostrencas que son ya comunes a todos en la televisión, los periódicos y el Parlamento"¹²⁹. Por el contrario, crea una ingente cantidad de voces y se apropia de las más sugerentes, de las más aromáticas y límpidas. Se apropia, incluso, de ciertos hallazgos ajenos: "eso que un profesor llama el tardofranquismo o última etapa franquista"¹³⁰, anota Umbral a finales de 1976. E insiste muy poco después: "tardofranquismo, que diría **Amando de Miguel**"¹³¹. Compárese con lo que escribe en 1980: "yo me inventé lo de *tardofranquismo* para resumir los últimos tiempos de **Franco**, ya como más lasos, decadentes, alegres y corruptos, pero ahora reparo con horror en que el tardofranquismo (...)"¹³². De modo que, al cabo de unos cuantos años, se queja ya de que hay quien va por ahí utilizando *su* vocablo sin ni siquiera tener el detalle de citarle: "tardofranquismo, término cuya acuñación me devuelve, en justicia, **Luis del Val**. Menos mal que hay uno que repite, pero no plagia"¹³³.



El columnista es al mismo tiempo orífice y ladrón de palabras. Sabe apropiarse de algunas voces, sabe manejarlas con terquedad, sabe insistir hasta que logra convertirlas en símbolos de su propio estilo. El término *derechona*, pongamos por caso, comenzó siendo un préstamo ("la derecha, como dice aquí **Pedro J.**"¹³⁴; "la derecha, que dice aquí el señorito, **Pedro Jota**"¹³⁵) y ha terminado siendo rasgo peculiarísimo del estilo de Umbral. El columnista llevaba ya muchos años intentando hallar un sintagma o vocablo¹³⁶ que hiciera justicia al concepto de 'conservadurismo recalcitrante y español'. Cuando lo encuentra (véase el gráfico que sigue), lo explota casi con desenfreno.



La pregunta, en fin, era *por qué*: por encontrar una voz propia, por marcar un estilo personal, por ensanchar el espacio léxico del idioma, por dejar una huella personal hasta en el más insignificante hallazgo lingüístico, incluso por salvar del olvido las innovaciones de otros escritores. Camilo José Cela, según cuenta Umbral, le dijo un día de merienda y literatura: "mira, Paco, el escritor tiene que encontrar su voz, como la encontraron Baroja, o Azorín, o Ruano. Tú la has encontrado. El que no la encuentra se pasa la vida pareciéndose a otros"¹³⁷.

3.2.3.3. Nivel gráfico.

Umbral se aparta a veces de la correcta y canónica representación gráfica de ciertas palabras. La estrategia transgresora, en este caso, es muy simple: basta con escribir las palabras, no como es preceptivo (según las reglas ortográficas), sino como de ordinario -o sólo de cuando en cuando- se pronuncian. No hay, en español, voces cuya pronunciación ortodoxa se desvíe ostensiblemente de su representación gráfica¹³⁸. Pero sí es verdad que algunos grupos de hablantes (grupos dialectales, sociales o étnicos) acostumbran a pronunciar algunos sonidos de manera muy peculiar, vulnerando en mayor o menor grado las leyes fonéticas del sistema lingüístico. Este tipo de licencias o transgresiones también es cultivado, con evidente voluntariedad (como efecto estilístico, por ende), en los textos periodísticos de Francisco Umbral.

3.2.3.1.1. Relajación fonética y gráfica.

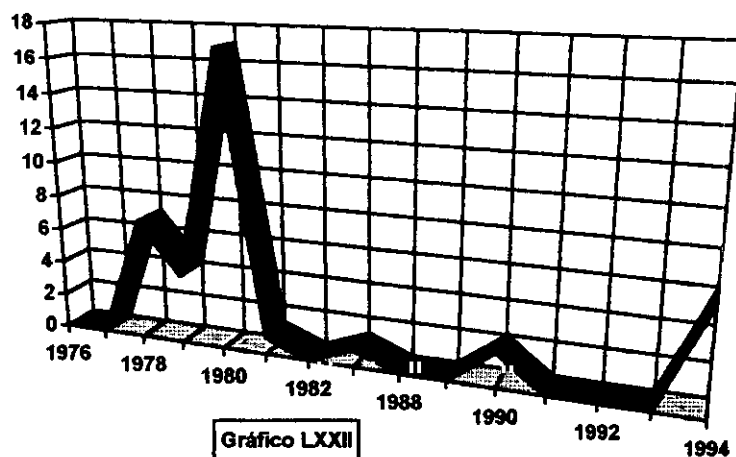
" - Mecagüen tu puta madre.

>> - Y yo en la tuya"¹³⁹.

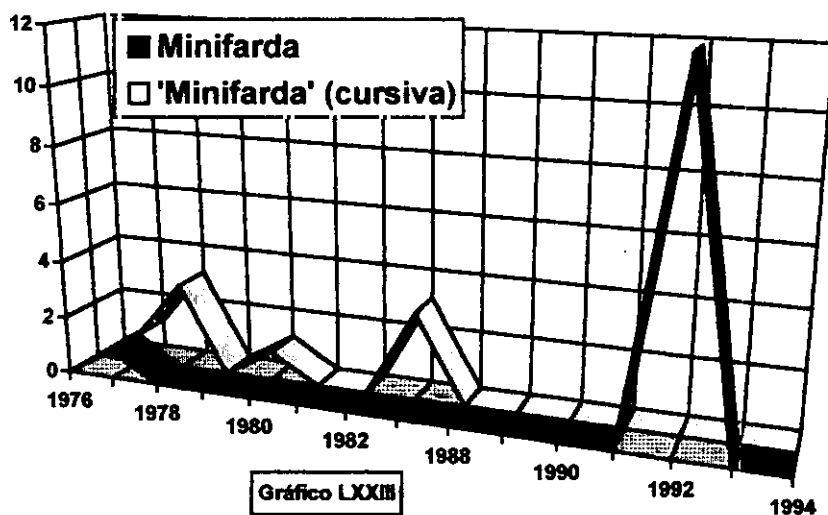
Umbral recrea el *diálogo* de dos políticos poco dotados, tanto psicológica como lingüísticamente, para el arte de la diplomacia y el eufemismo. La grafía de

"mecagüen" refleja la pronunciación apasionada de un hablante que, en el ardor de la disputa, elimina algunas vocales y distorsiona la apertura de otras. El vulgarismo fonético de Umbral suele reflejar vicios típicos de un determinado colectivo ("el <<dejaime solo>> de los grandes toreros"¹⁴⁰, el "no se pué aguantá" de los cantaores de flamenco¹⁴¹) o bien errores de pronunciación muy extendidos y frecuentes: "ha perdido el sentío", "tablaos", "bonos del Estao", "*abandonao*"¹⁴². Nótese el valor de nítida advertencia ('cuidado, lector: esta palabra no se debe -ni siquiera *se suele*- escribir así') de la cursiva con que se presenta el último de los vocablos citados. Umbral avisa a sus lectores de que tal o cual grafía ("los <<enterraos">"¹⁴³, verbigracia) no se corresponde con la impuesta por la norma ortográfica. La cursiva tipográfica, como se ve, no es el único modo de llamar la atención del lector. También se puede recurrir a unas comillas, o incluso a una aclaración anterior o posterior al término de grafía irregular. "Yo siempre he llamado *el furbo* al fútbol, porque es, sin duda, como lo pronuncia la gente aquí, en Madrid, (...). El fútbol era una cosa importada de Inglaterra (...) que se jugaba caballerosamente entre dandies en calzoncillos. El furbo fue una creación franquista"¹⁴⁴. Sorprende, con todo, la desquiciante incoherencia con que son manejados estos signos mediante los cuales el autor previene a sus lectores de una extraña grafía. En el texto al que pertenece la última cita, por ejemplo, la voz *furbo* aparece dos veces en cursiva y seis veces sin ella. Se reitera, en otro artículo¹⁴⁵ de 1980, esta idea de que *fútbol* y *furbo* son deportes muy diferentes: hay, en esta ocasión, dos 'furbo' en cursiva ("*furbo*") y trece sin cursiva ("furbo").

Furbo



Idéntico grado de arbitrariedad tipográfica se detecta en el manejo de la voz *minifarda*: por lo general, acude el escritor a la letra cursiva; inopinada e injustificadamente, sin embargo, surge el vulgarismo fónico sin reticencias de ninguna clase.



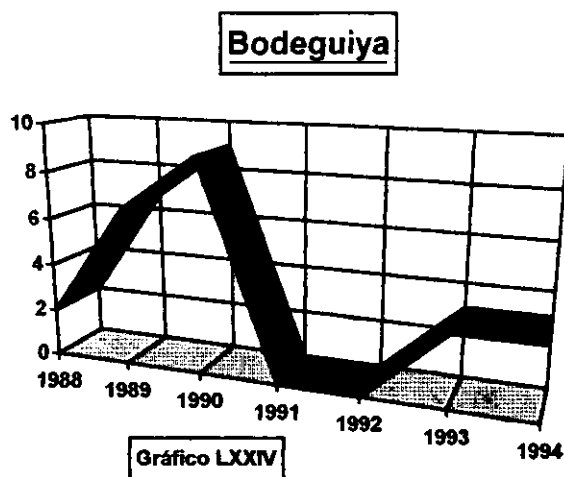
En 1992, según indica el gráfico anterior, la voz *minifarda* es utilizado doce veces, y nunca con cursiva. Cabe añadir que estas doce *minifardas* aparecen un solo texto, en el cual no se explica por qué se prescinde de la tipografía cursiva habitual en este vocablo. La apología del propio del vulgarismo, que sí se esboza aquí, presenta la clásica precariedad argumental de quien se sabe a salvo (o por encima) de toda

justificación estilística: "los de Curtidores decimos <<minifarda>>, que es como hay que decirlo"¹⁴⁶.

3.2.3.1.2. Transcripciones fonéticas.

Umbral acostumbra a sustituir la representación ortográfica de ciertas palabras por una transcripción cuasi fonética. Cabe diferenciar, en la aplicación habitual de esta técnica, al menos cuatro ámbitos o niveles lingüísticos diferentes:

1) Reproduce Umbral, con bastante frecuencia, la pronunciación típica de personas o personajes muy conocidos. Así, verbigracia, transcribe el columnista las peculiares articulaciones fonéticas de la actriz Nadiuska: "escuche *pog favog*", "ni *siquiega* tienes carnet de prensa", "*gelaciones* públicas"¹⁴⁷. O también la muy particular pronunciación de la folclórica Lola Flores: "lo artista a entretené a la gente y lo político a jasé política, como debe sé"¹⁴⁸. Incluso toma nota Umbral de la singular escritura de Juan Ramón Jiménez, que quiso redimir al lenguaje, sencilla y poéticamente, de ciertos caprichos ortográficos: "ministro *rejional* (hay que decirlo con jota, como **Juan Ramón**)"¹⁴⁹; "JRJ, el *esquisito* con ese"¹⁵⁰; "su *nostaljia* (hay que escribirlo con su bella jota)"¹⁵¹. El nombre de María Félix, en los artículos de Umbral, va casi siempre asociado a cierto vicio fonético de la actriz: "un pasado <<bogascoso>> como María Félix, que así lo pronunciaba"¹⁵².



Del mismo modo que *bogascoso* define el modo de pronunciar de la actriz Maria Félix, así también simboliza el diminutivo "bodeguiya", desde 1988, la peculiar fonética del político (y, por entonces, Presidente del Gobierno) Felipe González¹⁵³. Hay en los artículos de don Francisco, por último, ocasionales referencias a tal o cual fonética personal. En "Violeta la Burra", pongamos por caso, el columnista dibuja el *idiolecto fonético* de una "artista fina del género"; artista que se llama Pedro, pero que es más conocida por el sobrenombre de Violeta la Burra: "que mi mare desía que (...), aversimentientes, (...). Tú ya ves, miarma; yo, de mujé, nada, miarma, (...) todo los días compro frores nuevas, miarma, para la cabeza, y aquí, en la grande siudade, hay porvení y comprensión para nozotro lo artizta"¹⁵⁴.

2) En un segundo nivel lingüístico, retrata Umbral la fonética de ciertos colectivos. Ya se ha citado el caso de los toreros o de los cantaores de flamenco. Se puede añadir ahora alguna peculiaridad gráfica extraída del cheli: "¿Passsa contigo, tío? ¿No haces más que largar de mí?"¹⁵⁵. Se regodea el columnista con esta consonante geminada, chulesca: "listosss"; "a las pasotas, a las *passsadas*"¹⁵⁶. Mucho más insistente, sin duda, es la referencia al modo en que hablan -según Umbral- las adineradas familias que viven en la calle de Serrano (Madrid), plagada de "pubs y clubs *bián*"¹⁵⁷. Lo normal, no obstante, es que el escritor anote en primer lugar el adverbio sin antitesis (o *antitescon*¹⁵⁸) y luego aclare que tal adverbio no se suele pronunciar tal como aparece

escrito: "en toda sobrecena bien, pronúnciese *bian*, hay porro"¹⁵⁹.

3) Tercer ámbito idiomático: la variedad lingüística propia de una determinada región; esto es, el *dialecto*. Umbral retrata, en especial, la fonética del andaluz: "<<jartarse de dormir>>, como dirían ellos, los andaluces"¹⁶⁰. Pero lo más frecuente es que no se añada la explicación, evidentísima, de que la anomalía gráfica responde al modo de hablar típico de los andaluces. "Era en una fiesta de madrugá"¹⁶¹. Así, sin más. Es obvio que se trata de una peculiaridad fonética del español que se habla en el sur del país: "tipo campanilleros de la madrugá"; "mushachos"; "se van a jartá"; "hecha pa tóos"; "*la farsa monea*"; "está actuando con un par de *cohones*, que dicen los andaluces y los cubanos, aspirando la hache"¹⁶². Del español que se habla en América también obtiene Umbral pintorescas transcripciones: "*la massacre*"¹⁶³, con cursiva que deshace la posibilidad de una mera errata, quiere representar la pronunciación argentina del término. El americanismo, ya señalado, de pronunciar la jota como hache aspirada deja en los textos de Umbral grafías curiosas: "*relaho*"¹⁶⁴, verbigracia. Se refiere el autor, en otro artículo, a unos cantos chilenos. Y por influencia de ellos, seguramente, anota hasta cuatro veces la expresión "se vacabá, (...) "¹⁶⁵.

4) Estas transcripciones cuasi fonéticas pueden situarse en un cuarto y último nivel, que escapa ya al dominio de la lengua natural utilizada por el articulista. Trátase ya, pues, de una interacción de sistemas lingüísticos diferentes, y no -como hasta ahora- de desviaciones individuales, sociales o geográficas respecto de la norma idiomática. La técnica es bien simple. Umbral escribe en español un extranjerismo, pero lo escribe de oídas, reproduciendo, con mayor o menor fidelidad, el sonido del término en la lengua a la que pertenece. En inglés, por ejemplo, la voz *música* se escribe *music*. El sonido aproximado de tal término también se cuela, de cuando en cuando, en los textos de Umbral: "la muisic del tocata"¹⁶⁶. El *número uno*, en inglés, es el *number one*, pero el articulista se atreve alguna vez a transcribir el crudo sonido del anglicismo: "el namber uan"¹⁶⁷. En lugar de *beautiful people*, que durante años fue anglicismo con fortuna en

España, se puede leer en algún artículo de Umbral la extraña voz "*biutiful*"¹⁶⁸. De *My Fair Lady*, surge un ilegible "*maiferleidi*"¹⁶⁹. *Babies* pasa a ser "beibis"; *mammy* se transforma en "meimi"¹⁷⁰. Del catalán, y cambiamos ya de sistema lingüístico, procede el híbrido "Barsa"¹⁷¹: escrito en español según se pronuncia, más o menos, en Cataluña. Hay que suponer que reproduce Umbral la pronunciación francesa cuando escribe "monsiú"¹⁷² (*sic*).

3.2.3.1.3. Onomatopeyas y otros caprichos ortográficos.

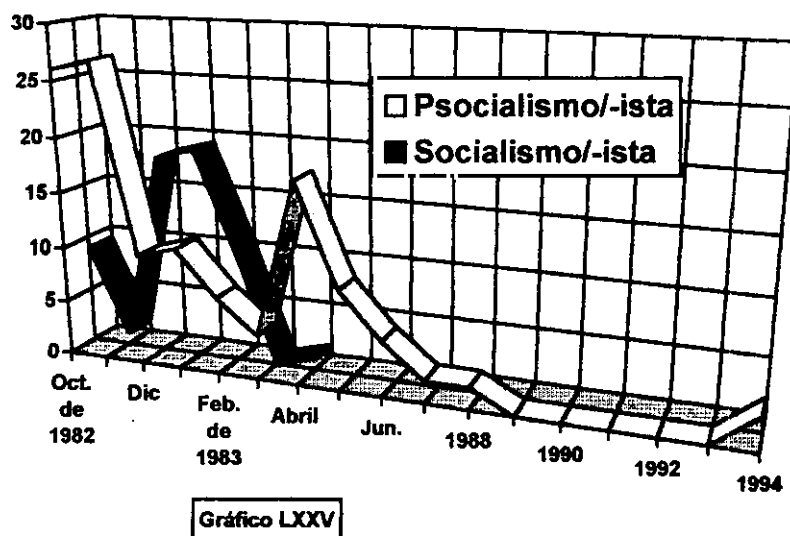
Resultan muy llamativas la enorme cantidad y variedad de onomatopeyas que Umbral incluye en sus artículos. Aquí no cabe hablar, por supuesto, de transgresión gráfica. La reproducción de sonidos reales o imaginarios es una posibilidad de creación verbal que no vulnera las normas básicas del código lingüístico. Más bien al contrario: el propio código, en tanto sistema abierto no equiparable al mero listado léxico que recogen los diccionarios, prevé algunos mecanismos de creatividad onomasiológica. Uno de estos mecanismos de creatividad lingüística es, precisamente, la onomatopeya: generación de palabras que se asemejan, por su sonido, a la realidad que se ha de nombrar. Lo llamativo, pues, no es que Umbral se valga de un recurso idiomático de creatividad verbal previsto por el propio sistema. Lo sorprendente es que sus artículos periodísticos (subgénero no especialmente indicado, en principio, para el cultivo de onomatopeyas) acojan tal cantidad y diversidad de neologismos vinculados a un sonido o conjunto de sonidos: "vive Dios, catacrock, plass, splas, hubiera sido como un demasié"¹⁷³. El artículo, como se ve, se viste de cómic por medio de estos chasquidos verbales. Umbral adorna su columna como si se tratara de una viñeta llena de acción: "crack, splasssh, swiiing, (...) "¹⁷⁴. O bien: "splass, skling, andayá, andayá la vaca, rrrrrr, crak (...) "¹⁷⁵. Nótese, en el último ejemplo, cómo adapta el autor la tópica onomatopeya del cómic al tono personal -casi siempre irónico, humorístico- de sus textos. Los personajes que tan zafios ruidos emiten son terroristas. El autor pretende

ridiculizar así el *pensamiento político* de ETA. Idénticas armas valen también para luchar contra el orden político establecido, contra la rigidez institucional de una realidad -según Umbral- programada y adulterada por el poder: "Uf, puaf, ahggggg, al fin solos. Se acabó el coñazo del V Centenario, la Expo, (...)"¹⁷⁶. El tono personal lo aporta casi siempre el estrambote en que culmina una sarta, más o menos exótica, de onomatopeyas: "catacrock, zas, pum, a tomar por retambufa"¹⁷⁷. También se caracterizan las creaciones onomatopéyicas de Umbral por el hecho de que eluden, en la mayoría de las ocasiones, el elemento gráfico con que se suelen presentar en los textos de otros autores: los signos de admiración. Umbral prescinde de estos "menudillos tipográficos"¹⁷⁸ con los que casi siempre se intenta subrayar la intensidad del sonido sugerido por la onomatopeya: "en esto que zas, el timbre"¹⁷⁹. Puede ser el timbre, pero resulta mucho más previsible -tratándose de Umbral- que suene el teléfono: "Rin, rin, llamo a **Pitita Ridruejo**"¹⁸⁰. Y es aún más previsible que sea la propia Pitita Ridruejo la que llame por teléfono al articulista: "Rin, rin, que soy Pitita,"¹⁸¹.

Cabe añadir, por último, que Umbral recrea onomatopeyas de uso común¹⁸² y que también usa términos dotados de cierta estructura interna, por más que el origen onomatopéyico de tales vocablos sea indiscutible: "el *dorremi*"¹⁸³, "el pim-pam-pum"¹⁸⁴, "chischibeo y blablablá"¹⁸⁵. Es más: la grafía de ciertas voces ya integradas en el léxico ordinario del español queda retocada, de modo que la onomatopeya primigenia cobra nueva fuerza a los ojos del lector: "el tam-tam"¹⁸⁶, "cha-cha-chá"¹⁸⁷, "ping/pong"¹⁸⁸.

En cuanto a otros caprichos ortográficos, usa Umbral, de vez en cuando, una extraña (o, al menos, no muy acorde con los criterios académicos) *k*: "kiosco"¹⁸⁹, "la polka y la redova"¹⁹⁰, "la ruta del bakalao"¹⁹¹. En octubre de 1982 (mes en que el Partido Socialista Obrero Español [PSOE] ganó, por primera vez en la historia de España, unas elecciones), Umbral se lanzó frenéticamente a escribir *psocialismo* en lugar de *socialismo*. En el glosario final se reproducen las razones aducidas por el columnista: *psocialismo* -viene a decir- es el *socialismo* inocuo del PSOE, un socialismo descafeinado, sin objetivos revolucionarios. La fiebre, según se aprecia en el gráfico de

abajo, pasó pronto.



En sentido contrario, sorprende la supresión (casi sistemática, durante el primer año analizado) de la letra *p* en el grupo de origen griego *ps*: "sicológica"¹⁹², en vez de *psicológica*; o "sicoanálisis", en lugar de *psicoanálisis*¹⁹³. A partir de 1978, sin que se explique por qué, reaparece la *p* de la *psi* griega¹⁹⁴. No procede del alfabeto griego, pero conviene reproducir aquí una redundante y burlona *p* que no sólo sobra (al contrario de lo que sucedía en los ejemplos anteriores), sino que además quiere sobrar: "los <<ppopulares>>, con dos pes al principio, han (...)"¹⁹⁵.

NOTAS: 3.2.3. PALABRA: niveles semántico, léxico y gráfico.

¹ Esta segunda parte, dada su gran extensión, se presenta en tomo independiente (tomo II de esta investigación).

² En el caso de los vocablos generados por derivación, verbigracia.

³ Véase la límpida exposición que al respecto ofrece Eugenio Coseriu en *Principios de semántica estructural*, Gredos, Madrid, 1981, 2ª ed., págs. 165-166. Si se desea contrastar la versión (bastante crítica, por cierto) de Coseriu, quizá pueda ser útil la exposición de Janet D. Fodor (Fodor, J.D., *Semantics: Theories of Meaning in Generative Grammar*, Thomas Crowell Co., 1977; ed. en español: *Semántica: teorías del significado en la gramática generativa*, Cátedra, Madrid, 1985, págs. 95-155).

⁴ Véase qué escribe sobre tal concepto Pierre Guiraud (Guiraud, P., *La sémantique*, Presses Universitaires de France, París, 1955; edición española: *La semántica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, 2ª ed., pág. 27): "El sentido, tal como nos es comunicado en el discurso, depende de las relaciones de la palabra con las otras palabras del contexto y estas relaciones son determinadas por la estructura del sistema lingüístico. El sentido, o mejor, los sentidos de cada palabra, son definidos por el conjunto de estas relaciones y no por una imagen de la cual aquélla sería portadora".

⁵ "Informe sobre gatos", *El País*, pág. 28, 14/06/1978.

⁶ "Julio Iglesias", *El País*, pág. 24, 19/03/1983. Ya había escrito el articulista algo parecido años atrás (véase "De futbolistas, ramoncines, pasionarias, vallecanos, quinquis escritores y presidiarios", *El País*, pág. 29, 31/05/1978): "**Ramoncín** es, como **Azorín** -su cacofónico- (...)".

⁷ "No hablemos de las niñas", *El País*, pág. 20, 15/09/1978. Usa Umbral la denominación popular de "la caja", para referirse a la televisión, en los artículos que siguen: "La huelga fina", *El País*, pág. 24, 16/02/1983; "Los membrillos", *El País*, pág. 26, 21/03/1983; "La Semana Santa", *El País*, pág. 29, 23/03/1983; "Los Rosacruces", *El País*, pág. 26, 07/04/1983; "Las respetuosas", *El País*, pág. 44, 29/04/1983. Hay, en "A veinte de julio" (*El País*, pág. 16, 20/07/1976), una alteración semasiológica parecida: "el teletipo de *El Alcázar*", escribe hasta tres veces Umbral. *Teletipo*, aquí, vale por *redactor* o *periodista*.

⁸ "La calderilla del escritor", *El País*, última, 16/03/1979.

⁹ Véase, por ejemplo, "Machaquito", *El País*, pág. 20, 12/10/1979. Ocurre algo muy parecido con el verbo *postular*. Umbral lo usa como si fuera equivalente de 'proponer', 'ser partidario de tal o cual cosa' (véase "El Quijote", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7,

31/01/1992). El DRAE, no obstante, ofrece tres acepciones del término, pero todas ellas relacionadas con la idea de 'pedir'. También es muy típica de Umbral la utilización de *relapso* como sustantivo y con el significado de 'degenerado' o 'vicioso' (véase, por citar un solo texto, "La pareja", *El País*, pág. 28, 07/10/1980): el adjetivo en cuestión, sin embargo, sólo significa 'que reincide en un pecado del que ya había hecho penitencia', sin que haya que considerar la gravedad o levedad del pecado cometido.

¹⁰ Véase el artículo "Los enanos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/11/1991.

¹¹ "Señor Borrell", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 16/06/1991.

¹² El DRAE aclara que es un término usado en Valladolid, Zamora y Salamanca.

¹³ Puede comprobarse el valor semántico de este término en "Azaña", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/01/1992.

¹⁴ "La conjura", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/12/1992. Sobre el origen del último sintagma incluido en la frase citada, véase "Esquilache" (*Diario 16*, pág. 4, 30/01/1989): "eso que Areilza llama <<le gratin gratiné>>, y que en Madrid decimos la pomada". El uso de este vocablo, de todos modos, se puede constatar desde algunos años antes: dos veces, por ejemplo, lo utiliza Umbral en "Dos democracias" (*El País*, pág. 30, 02/05/1983); dos años antes, en 1981, publica un texto titulado, precisamente, "La pomada" (*El País*, pág. 25, 15/10/1981). Durante esta época es muy frecuente la asociación del término al mundo cultural: "Marsillach y toda la pomada, como Nieva y así" ("De monarquías", *El País*, pág. 24, 28/01/1982). El término, con todo, sigue apareciendo en los últimos artículos analizados en este estudio: "joder a la pomada" (es decir: fastidiar a los poderosos e importantes), escribe Umbral en "Bertín", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/09/1993.

¹⁵ *Diccionario cheli*, Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 192. Parece, no obstante, que esta desviación semántica es anterior al cheli, y que ha sido asumida (nada más que asumida, no creada) por la jerga juvenil de los últimos años. Pero hay, en los textos de Umbral, otras alteraciones semánticas mucho más propias del lenguaje cheli. Es el caso, por ejemplo, del empleo de *canuto* como sustituto nominal de *teléfono* (véanse "La pasota", *El País*, pág. 27, 26/12/1980; "La democracia bicéfala", *El País*, pág. 28, 05/06/1982; y "Ríos/Iglesias", *El País*, pág. 25, 14/09/1983). También es típica del cheli la modificación categorial de la voz *paliza*, que deja de ser sustantivo y se convierte en adjetivo para significar 'pesado', 'aburrido': "un fraile paliza" ("La calle", *El País*, pág. 18, 17/07/1980); "novia paliza" ("El divorcio feliz", *El País*, pág. 25, 12/10/1980); "un teórico paliza" ("El marketing", *El País*, pág. 30, 27/11/1980).

¹⁶ "Emmanuelle", *El País*, pág. 17, 07/01/1978. En "Que no se vende papel" (*El País*, pág. 22, 10/01/1979), vemos cómo el término también puede desempeñar la función de adjetivo: "las fotos morbo". Como sustantivo, aparece -entre otros- en los siguientes artículos: "La Ballesta", *Diario 16*, pág. 4, 23/11/1988; "Rimbaud y Verlaine", *Diario 16*, pág. 4, 16/01/1989; "De perros, nazis y espías", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 11/03/1990; "Doña Matilde", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/10/1992; "Las

cabezas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/03/1993. En 1994, hallamos por dos veces el mismo aumentativo: "el morbazo masoca" (véanse "Mari Angels Feliu", *El Mundo del siglo XXI*, última, 03/04/1994 y "Canción de cuna", *El Mundo del siglo XXI*, última, 24/04/1994).

¹⁷ Se dice que un partido de fútbol *tiene morbo* si, por ejemplo, lo disputan dos equipos de la misma ciudad; o si un jugador (o un entrenador) se enfrenta a su anterior equipo; o, en fin, si en el último partido celebrado entre ambos conjuntos se produjo una goleada fuera de lo normal. Parece claro que las circunstancias aducidas nada tienen que ver con la 'enfermedad' y que sólo mantienen cierta relación semántica con el 'interés malsano'.

¹⁸ "La realidad", *Diario 16*, pág. 4, 27/05/1989.

¹⁹ "Giménez Caballero", *El País*, pág. 22, 05/07/1980.

²⁰ "Cristo Castro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 18/07/1993.

²¹ De Quevedo y Villegas, F., *Poesía original completa*, Planeta, Barcelona, 1981, pág. 922.

²² "Herrero de Miñón", *El Mundo del siglo XXI*, última, 16/11/1993.

²³ Así comienza Francisco de Quevedo uno de sus sonetos: véase Crosby, J. O., (ed.), *Poesía varia*, Cátedra, Madrid, 1988, pág. 171. El primer sintagma de los versos citados, por cierto, es empleado continuamente por Umbral en sus artículos.

²⁴ "El Avión", *El Mundo del siglo XXI*, última, 11/04/1994.

²⁵ "Torrente Ballester", *Diario 16*, pág. 4, 21/11/1988.

²⁶ "Los regionalistas", *Diario 16*, pág. 4, 31/01/1989.

²⁷ "Las minorías", *El País*, pág. 28, 04/03/1983.

²⁸ Véase "La burguesía", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/04/1990. Léase también esta otra derivación: "disertará en tan diserto sitio sobre (...)". ("Orwell y yo", *El País*, pág. 20, 28/12/1983). Parece que se quiere sugerir, con la voz *diserto*, algo parecido a *selecto* o *distinguido*. El adjetivo que utiliza Umbral existe, pero significa 'que habla con facilidad y abundancia de argumentos', de modo que resulta semánticamente incompatible con el sustantivo *sitio*.

²⁹ "Puente de los Franceses", *Diario 16*, pág. 4, 17/08/1988.

³⁰ "El rock/nenuco", *El País*, pág. 29, 06/07/1980.

³¹ "Don Jaime", *Diario 16*, pág. 4, 03/09/1988. *Plata Meneses* es el nombre comercial de una empresa española de joyería.

-
- 32 Se ha colocado al final (y en un tomo separado) para que tan extenso apéndice no dificulte la lectura de este trabajo. Así pues, el glosario del capítulo VII constituye una parte fundamental del capítulo 3.2.3. ("PALABRA: Niveles semántico, léxico y gráfico"), puesto que ofrece información detallada sobre transgresiones lexicológicas, morfológicas y gráficas (o fónicas).
- 33 "Las comillas y el gato", *El País*, pág. 25, 13/01/1980.
- 34 "La boda", *Diario 16*, pág. 4, 22/06/1988. El análisis completo de los vocablos que se citan a partir de ahora puede ver en el glosario final.
- 35 "Ruiz-Mateos", *El País*, pág. 26, 24/02/1983.
- 36 "La Moncloa", *Diario 16*, pág. 4, 29/05/1989.
- 37 "Dachau", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 01/10/1992.
- 38 "Nati Abascal", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/10/1990.
- 39 "Las orejas", *El País*, pág. 21, 13/07/1983.
- 40 "El castellano", *El Mundo del siglo XXI*, última, 27/02/1994.
- 41 Dieciséis veces entre 1976 y 1994, como se puede comprobar en el gráfico anterior.
- 42 "El castellano", *El Mundo del siglo XXI*, última, 27/02/1994.
- 43 "La moda otoño/invierno", *El País*, pág. 24, 05/10/1977.
- 44 Véase la siguiente: "parece, según este papel, que **Felipe González** quiso tener una matiné privé (coño, qué parisino me he levantado esta mañana) con **Nicolás Redondo** y **Antonio Gutiérrez**, (...)" ("Los sindicatos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/06/1993.)
- 45 "A la busca del tiempo perdido", *El País*, pág. 24, 09/09/1979.
- 46 "El andarín de su órbita", *El País*, última, 22/05/1979.
- 47 El primer sintagma está incluido en "Spleen de Madrid", *El País*, pág. 35, 02/12/1981. El segundo aparece en "Bukowski", *El País*, pág. 18, 06/09/1978.
- 48 "Santander", *El País*, pág. 17, 11/09/1976.
- 49 "El estilo", *El País*, pág. 17, 11/04/1980.
- 50 "Mahler", *El País*, pág. 35, 04/09/1983.

-
- 51 "Lengua y democracia", *El País*, pág. 29, 20/01/1981.
- 52 "Las alegorías", *El País*, pág. 18, 27/07/1983.
- 53 "La gripe", *El País*, pág. 24, 30/10/1976.
- 54 Doce veces en "La 'ostpolitik'", *El País*, pág. 19, 13/07/1976.
- 55 "Qué error, qué inmenso error", *El País*, pág. 32, 21/02/1978.
- 56 "La involución", *El País*, última, 13/05/1979.
- 57 "Gillermana Motta", *El País*, pág. 17, 22/03/1978.
- 58 Dos veces, por ejemplo, en "Los dossiers", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 01/03/1990.
- 59 Cinco veces en "Fernán-Gómez", *El País*, pág. 32, 23/02/1982.
- 60 "Johnny King", *El País*, pág. 23, 25/10/1979.
- 61 "El padre Peyton", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/11/1989.
- 62 Así, pongamos por caso, escribe Umbral sobre el "el harakiri" (puede verse, entre otros textos, en "Los japoneses", *Diario 16*, pág. 4, 09/01/1989) o sobre el "shantung japonés" ("La reflexión", *El País*, pág. 34, 07/05/1983).
- 63 Resulta muy curioso: estos dos últimos términos, *kitsch* y *camp*, son dos de las voces incluidas en el *Diccionario cheli* (Grijalbo, Barcelona, 1983) de Umbral: "lo *camp* no es lo cursi, sino el culto deliberado (e irónico), de lo cursi" (pág. 62); "son kitsch la mayoría de los clásicos de todos los clasicismos, con su continua apelación a la mitología griega, [...]" (pág. 120).
- 64 "Los flamencos del colmao", *El País*, pág. 18, 01/07/1976.
- 65 "Teoría del cachondeo", *El País*, pág. 27, 17/12/1978.
- 66 "La verbena de la Paloma", *El Mundo del siglo XXI*, última, 21/02/1994. Sobre la voz *burle*, véase el *Diccionario cheli*, Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 49: "**burle**. Dícese del juego, bien sea de naipes, chapas u otras modalidades callejeras".
- 67 Véase, por citar un solo artículo en que aparece, "Doñana", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 31/03/1990. También utiliza mucho Umbral esta voz en textos no periodísticos: "al zorro le han puesto su dosis de estricnina en Icona", leemos en *España como invento*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1984, pág. 45.
- 68 *Colombroño*, que es sinónimo de *tocayo*, aparece -entre otros artículos- en "Paco Ordóñez" (*El País*, pág. 16, 28/07/1977) y "Los currantes" (*El País*, pág. 23,

28/12/1982). Aclara Umbral, en el último texto citado, que aprendió el vocablo de Francisco Ynduráin. Recoge el glosario final (tomo II) otros cultismos empleados por Umbral en sus textos; cultismos como *aporía* ("la aporía de antes", escribe en "Sonata de espectros", *El País*, pág. 25, 25/05/1977) o *naumaquia* (véase "Castilla", *El País*, pág. 19, 03/01/1981), por ejemplo.

69 "Tejero", *Diario 16*, pág. 4, 05/01/1989.

70 "Las banderas", *El País*, pág. 26, 13/12/1983. Es posible encontrar en este artículo sintagmas del tipo "cuartelado en sotur (en aspa)" o "bordura camponada".

71 Escribe Umbral *putrición* en "La nueva izquierda", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/11/1989. Otras veces usa cultismos que sí están recogidos por el DRAE, pero con diferente significado: "el difunto, o sea el occiso", escribe Umbral (véase "Breznev", *Diario 16*, pág. 4, 10/09/1988). *Occiso*, según el DRAE, significa 'muerto violentamente': el difunto, esta vez, había muerto de muerte natural. Así que para justificar el cultismo habría que acudir a una interpretación casi metafísica: *por natural que sea, siempre resulta violenta*.

72 En "El Cordobés" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 01/11/1991), Isabel de Castilla llega a ser denominada "reinona Ysabel". Respecto a este arcaísmo, véase qué escribe Umbral en su *Trilogía de Madrid* (Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1984], pág. 208): "Luys Santa Marina, catalán, fascista y estilista, venía mucho por el café. A mí me había gustado, en la adolescencia, su *Retablo de Reyna Ysabel*, por el estilo sabiamente arcaizante (es difícil hacer un arcaísmo que no quede de cretona [...])".

73 Aparece dos veces en "Porno y terrorismo", *El País*, pág. 30, 02/05/1982. El cultismo, esta vez, resultaba demasiado incomprensible, de modo que el escritor aclara entre paréntesis: "(hermosos glúteos', según los que saben humanidades)".

74 "Carroza, carrozona", *El País*, 29, 21/10/1979. Años después, hallamos una expresión algo más usual: "un cacho de pan". ("Los viejos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/02/1992.)

75 "Puerta de Hierro", *El Mundo del siglo XXI*, última, 16/04/1994.

76 Léanse las *Anotaciones de Herrera* (Herrera, F.de, *Obras de Garcilaso de la Vega con Anotaciones de Fernando de Herrera*, en Gallego Morell, A. [Ed.], Gredos, Madrid, 1972, pág. 322): "[se falta al decoro] cuando se retuerce el sermón a entendimiento torpe o por la juntura de las voces que hagan mal sonido o por la misma significación".

77 Esta evolución, según se puede comprobar en casi todos los gráficos incluidos en este trabajo, es general: a medida que pasan los años, Umbral va atreviéndose a incluir en sus textos periodísticos expresiones cada vez más chocantes, agramaticales o insolentes.

78 "La basura", *El País*, pág. 32, 15/11/1979.

79 Aunque también es verdad que, alguna vez, matiza en recóndito paréntesis: "(Y ya se ve que digo cheli -que puede quedar como muy local y madrileño-, pero me refiero a las múltiples y ricas formas de vida de la nueva juventud occidental.) La repercusión lingüística de esta anotación marginal (extraída de su *Diccionario cheli*, Grijalbo, Bacerlona, 1983, pág. 80) es más que considerable: cuando Umbral escribe *cheli*, se refiere en realidad a una avispero de múltiples lenguajes, a un modo rebelde e innovador de entender la relación que todo hablante ha de establecer con su idioma.

80 "Malasaña", *El País*, pág. 28, 15/02/1981.

81 "La pastizara", *El País*, pág. 20, 18/09/1982. Casi todas estas voces están recogidas en el *Diccionario cheli* del autor (Grijalbo, Barcelona, 1983): "rollo. Es la palabra comodín del cheli" (pág. 216); "tron. Apócope de tronco. Tronco: compañero, camarada, amigo, tío" (pág. 230); "basca. Dícese del grupo o multitud identificable y homogeneizable por un propósito, una idea, una amistad común, un líder (no político) o una indumentaria general" (pág. 39).

82 "Malasaña", *El País*, pág. 23, 30/01/1980.

83 "La guapa gente de esta página", *El País*, última, 06/04/1979.

84 "Haroldo Conti", *El País*, última, 10/05/1979.

85 "El peronismo", *El Mundo del siglo XXI*, última, 24/03/1994.

86 Léase "El tardofranquismo", *El País*, pág. 22, 11/01/1980.

87 "Retrato de humo", *El País*, pág. 27, 21/09/1982.

88 "Elogio del insulto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 13, 17/11/1991. Acude también Umbral con gusto a un término que, aunque él no lo indique, es un claro americanismo: "traspatio". (Véase, por ejemplo, "Barjola", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 14/03/1993).

89 "Neruda", *El País*, pág. 24, 07/09/1983.

90 "La generación del Rey", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 10, 22/12/1991.

91 Véase "El rock/nenuco", *El País*, pág. 29, 06/07/1980. Léase también *Los ángeles custodios* (Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 80): "habría que hacer una diferencia entre el rock/macarra y el rock/nenuco (así me gusta llamarlos) entre el movimiento o la movida de los rockers madrileños. El rock/macarra es suburbial y de protesta. El rock/nenuco es señorito y evasé".

92 El sintagma aparece dos veces en "Suárez y sus travoltas", *El País*, pág. 26, 20/10/1978.

93 "Los alcaldes", *El País*, pág. 24, 28/09/1977.

94 "España se halconiza", *El País*, pág. 26, 29/02/1980.

95 El modelo teórico al que se va a recurrir, por tanto, es de clara ascendencia estructuralista. Se utiliza aquí, en concreto, la pulcra y esclarecedora propuesta lingüística de Eugenio Coseriu: véase Coseriu, E.; *Gramática, semántica y universales*, Gredos, Madrid, 1987, 2ª ed., págs. 206-238.

96 Se trata de un ejemplo extraído de los propios artículos de Umbral: "hotelitos" aparece, por dos veces, en "Saritisima, divorciadísima", *El País*, pág. 24, 27/09/1977.

97 Léase "Reapariciones", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 8, 20/03/1991.

98 En "El soborno del gato" (*El País*, pág. 22, 31/12/1978), se queja del uso (en un anuncio publicitario) del término *gatito*: "me molestó lo de *gatito*. En literatura hay que conseguir la ternura, por ejemplo, sin recurrir al diminutivo, como en política hay que conseguir la democracia sin recurrir al consenso".

99 "Azaña", *El País*, pág. 21, 12/01/1980. Comenta este uso irónico días después, en "Visajes y pingaletas" (*El País*, pág. 19, 17/01/1980). Dice entonces que este diminutivo sarcástico es una muestra del "espíritu burlón de nuestro pueblo".

100 Puede leerse el vocablo *mariocondismo* en "El antimitin", *El Mundo del siglo XXI*, última, 16/12/1993. El segundo término, *maripurismo*, pertenece a "Las escuchas" (*El Mundo del siglo XXI*, última, 11/12/1993). *Transfuguismo* puede hallarse, por ejemplo, en el artículo de apenas unos días antes ("El revolcón", *El Mundo del siglo XXI*, última, 17/11/1993).

101 "Carta a Baroja", *El Mundo del siglo XXI*, última, 28/12/1993. No es fácil hallar este tipo de neologismos por derivación en los primeros textos del autor. Verbigracia: en *Lola Flores: sociología de la petenera* [Doposa, Barcelona, 1971] sólo aparece un sustantivo de esta clase (*donjuanismo*, en la pág. 21). Es evidente que el escritor, con el paso de los años, va ganando confianza y se va atreviendo a crear voces cada vez más pintorescas o inusuales.

102 "El padre Llanos y otras inquisiciones", *El País*, última, 25/02/1979. Figura en este mismo artículo el sintagma "una retroiglesia catolicoimperial".

103 "¿Quién manda aquí?", artículo incluido luego en el libro *Diario de un snob*, Destinolibro, 1978 [1ª ed. de 1973], págs. 143-146.

104 "La sierra pobre", *El País*, pág. 13, 28/08/1976.

105 Dos veces en "El socialfelipismo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/11/1989.

106 "Tierra sin pan", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 25/06/1990.

107 "La gallofa", *El País*, pág. 26, 29/06/1979. En la novela *Si hubiéramos sabido que el amor era esto* (Destino, Barcelona, 1974 [1ª ed. de 1969], pág. 108), Umbral se atreve a escribir "una visión politicofilosoficosocialliricoide": verdaderamente impronunciable.

108 Verbo muy utilizado también en novelas y textos no periodísticos. Véase *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1985], pág. 87 ("de moro que María de Plata y yo fornifollábamos dentro del [...]") o *Memorias eróticas*, Temas de Hoy, Madrid, 1992, pág. 72 ("follando, fornifollando con Bárbara Logson").

109 "Los falsos profetas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 12/12/1990.

110 "Pacordóñez", *El País*, última, 10/04/1979.

111 "El ángelus", *El País*, pág. 29, 10/02/1981.

112 "Los Santos Inocentes", *El País*, pág. 27, 02/11/1983.

113 "Pasolini", *El País*, pág. 27, 23/11/1983.

114 "Gil Robles y el travesti", *El País*, pág. 19, 20/03/1977.

115 Véanse "El referéndum" (*El País*, pág. 15, 30/06/1976) y "Las apariciones" (*El País*, pág. 25, 14/12/1976).

116 Usa así, por primera vez, esta sigla en "La peluca", *El País*, pág. 21, 27/12/1976.

117 "Los líderes", *El País*, pág. 30, 31/01/1982. Ésta es la primera vez que aparece así.

118 "Ya empezamos", *El País*, pág. 24, 25/11/1976.

119 "El carnet", *El País*, pág. 26, 10/12/1976. En *A la sombra de las muchachas rojas* (Cátedra, Madrid, 1981, pág. 15), sin embargo, Umbral escribe "los infrarrojos del pesoe" [con una *e* entre la *p* y la *s*].

120 "Mercedes Sala", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/10/1991. La voz *etarra* forma parte con frecuencia del término compuesto "grapoetarras" (véase "Francesillo de Zúñiga", *El País*, pág. 24, 28/03/1981), que también es empleado por Umbral en novelas o ensayos (por ejemplo en *España como invento*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1981, pág. 49).

121 "Otra vez Cuevas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/03/1990.

122 "La hija de los beats", *El País*, pág. 36, 10/11/1982.

123 "La Constitución", *El País*, pág. 27, 15/03/1978.

-
- 124 "Gutiérrez Mellado", *Diario 16*, pág. 4, 09/06/1988.
- 125 "El catorcedic." [sic], *Diario 16*, pág. 4, 01/12/1988.
- 126 "El miedo", *Diario 16*, pág. 4, 13/12/1988.
- 127 Se puede ver el apócope *progre* en "Artefactos eróticos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 21/11/1989. Sobre este adjetivo anota Umbral en *Las españolas*, Planeta, Barcelona, 1974, pág. 348: "las progresistas en seguida se han quedado en *progres*, porque aquí lo apocopamos todo, y son ya ocasión de costumbrismos y cachondeo, aunque entre ellas alumbra alguna verdad, alguna impaciencia, alguna novedad". *Porfa* aparece en el artículo titulado "Maastricht", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/06/1992.
- 128 Leemos en el *Diccionario cheli* (Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 219): "roneo. Murmuración". La definición va acompañada de una escueta nota a pie de página: "quizá sea apócope de ronroneo", sospecha el autor.
- 129 Pertenece este compendio de agravios lingüísticos al artículo "Elogio del insulto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 13, 17/11/1991. Por cierto: en "Dali y Vallejo" (*Suspiros de España*, Ediciones Felmar, Madrid, 1975, pág. 318), Umbral todavía emplea -y sin ironías- el sustantivo *sofisticación* como antónimo de *simplicidad*.
- 130 "Sandokán", *El País*, pág. 24, 23/11/1976.
- 131 "Paco Camino", *El País*, pág. 21, 18/01/1977.
- 132 "El tardofranquismo", *El País*, pág. 22, 11/01/1980.
- 133 "Grimau", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/01/1990.
- 134 "Las acacias", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 24/03/1991. El adjetivo aparece por primera vez en el título de "La derecha", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/03/1991. En este texto, no obstante, se refiere el escritor a "la gran derecha intereuropea". No hay aquí, por tanto, relación directa con la política española. Dos días después ("El travieso", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 17/03/1991), reaparece el término: esta vez aplicado a la vieja y ruda derecha política española.
- 135 "El porro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/05/1991.
- 136 En el glosario final queda recogida una gran parte de esos intentos (véase el término *derechona*).
- 137 Umbral, F., *Suspiros de España*, Punto Crítico, Madrid, 1975, pág. 297.
- 138 Lo cual no quiere decir, por supuesto, que no haya en la lengua ciertas divergencias entre el sistema fonológico y el sistema de representación gráfica (recuérdese, por ejemplo, cómo el sonido /x/ puede corresponder tanto a la letra 'g'

como a la 'j'). Añádase a ello el hecho de que algunos de los términos utilizados por Umbral no pertenecen al código del español, sino a sistemas lingüísticos de otros países. La grafía del extranjerismo, por lo general, no suele corresponderse con su pronunciación ortodoxa (siempre -por supuesto- tomando como sistema de referencia el código lingüístico del español).

139 "Las madres", *Diario 16*, pág. 4, 31/12/1988.

140 Véase "El mandarín", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 31/03/1993. Aparece esta misma expresión en "Generaciones" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/05/1993) y en "Gobernabilidad" (*El Mundo del siglo XXI*, última, 26/11/1993). Al Guerra, el famoso torero, le hace incurrir en el vulgarismo "naide" (véase "La identidad", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/10/1991). Se relacionan también con el lenguaje de los toreros estas otras anomalías gráficas: "una faena ceguerona y a por tó" ("Las minorías", *El País*, pág. 28, 04/03/1983); "al espá" y "al espá" ("Salir a hombros", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/10/1991); "se siente <<espá>>" ("El gentío", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/04/1993); "grandes espás" ("Los independientes", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 02/05/1993); "espás" ("Tip", *El Mundo del siglo XXI*, última, 14/03/1994). Nótese la gran inestabilidad tipográfica del término marcado por cierta irregularidad gráfica: a veces aparece escrito en cursiva; a veces, sin ella; a veces, con comillas.

141 "No se pué aguantá": léase "El personal", *El País*, pág. 21, 01/05/1977. También escribe Umbral "jipío" ("Esteso", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 22/09/1992) y "quejío" ("Los flamencos del colmao", *El País*, pág. 18, 01/07/1976).

142 Estos términos o sintagmas aparecen, según el orden en que han sido citados, en los artículos que siguen: "Otra vez Cuevas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/03/1990; "Uranga", *El País*, pág. 19, 03/09/1980; "Fraga y las Amazonas", *El País*, pág. 30, 13/11/1983; "Sancho Rof", *El País*, pág. 21, 03/09/1981.

143 "Los enterradores", *Diario 16*, pág. 4, 10/05/1989. Véanse también las siguientes violaciones gráficas: "el agarrao" ("Carnavales", *El País*, pág. 23, 23/02/1977); "descangallá Facultad" ("Julio Verne", *El País*, pág. 25, 27/04/1977); "moraíto" ("Museo de cera", *El País*, pág. 25, 07/10/1979 y también en "Jubany", *El País*, pág. 32, 12/05/1983); "una vez que hemos cumplío" ("El oso del moro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 21/10/1990); "las caenas" ("La guerra muda", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/01/1991), y el sustantivo "abandonaos" ("El premio <<Cela>>", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/11/1992).

144 "El furbo", *El País*, pág. 17, 26/07/1978. La técnica de distorsión gráfica o fónica es también muy utilizada en textos no periodísticos. Ya en una novela de 1969 escribe Umbral: "<<¡Marche un tónica sues!>> (...). <<Baratos los pollos para navidá...>>". (Si hubiéramos sabido que el amor era esto, Destino, Barcelona, 1974 [1ª ed. de 1969], pág. 107.)

145 "Más furbo", *El País*, pág. 24, 20/03/1980.

146 Léase "La minifarda", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/09/1992. En este texto,

por cierto, el articulista comenta sobre la prenda en sí: "las llevan en invierno y en verano, ¿no se les escarcha el ovario?". Sobre el origen de esta variante gráfica, véase *Suspiros de España* (Ediciones Felmar, Madrid, 1975, pág. 306): "luego vino la minifalda -[Manolo] Escobar dice "minifarda", que es como hay que decirlo-, y lo que pasó entonces es que (...)".

147 Los tres sintagmas han sido extraído, respectivamente, de "Cepo para rojos", *El País*, pág. 24, 26/11/1976; "El carnet", *El País*, pág. 26, 10/12/1976; y "Lista de regalos", *El País*, pág. 16, 26/12/1976. A la pronunciación de Nadiuska se remiten también otros muchos textos: "amog" ("Don Juan March", *El País*, pág. 23, 26/02/1977); "pegdería el tiempo, porque tú no eres un escritog gastronómico, amog" ("La democracia es cara", *El País*, pág. 22, 06/03/1977); "gesentido" ("Los glúteos", *El País*, pág. 29, 08/06/1977). La cursiva, por lo demás, vuelve a desempeñar aquí la función ya señalada antes a propósito de los términos 'furbo' y 'minifarda'. La voz "amog", por cierto, también es utilizada en piezas no periodísticas. Aparece, entre otras novelas y textos literarios, en *El día que violé a Alma Mahler*, Destino, Barcelona, 1995 [1ª ed. de 1988], pág. 24 y siguientes.

148 "Lola Flores", *El País*, pág. 23, 01/03/1977. La pronunciación de Lola Flores es también reproducida con bastante frecuencia: la hallamos, entre otros textos, en "La cosa está tergiversá" (*El País*, última, 06/07/1979), en el que escribe hasta seis el verbo del título. "Umbrá, hijo, que tenía yo ganas de verte, que tenemos que hablá de mucha cosa, Umbrá, (...)", leemos en "Lola Flores" (*El País*, pág. 38, 17/10/1982); "temperamentá", escribe Umbral en "Abel Matutes" (*El País*, pág. 22, 14/07/1983); "polvera" ("porvera", dice **doña Lola**, la del desmadre y la teta macilenta)", añade meses después ("Espejito/TVE", *El País*, pág. 26, 28/09/1983).

149 Léase "Jordi Solé Tura", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/03/1991. En los artículos de Umbral se puede encontrar este mismo término, así escrito ('rejonál'), desde 1980: "los rejonales" ("La España radial", *El País*, pág. 29, 27/04/1980); "<<los rejonales>>" ("Castilla", *El País*, pág. 19, 03/01/1981); "Alvaro Cunqueiro, otro genio rejonál" ("Pla", *El País*, pág. 30, 25/04/1981); "rejonales" ("JRJ", *El País*, pág. 24, 03/10/1981); "los entrañables rejonales de Juan Ramón" ("Sondeos previos", *El País*, pág. 29, 05/09/1982); "rejonales de Juan Ramón" ("Nuestros idiomas", *El País*, pág. 26, 21/12/1982); "rejonales" ("Las orejas", *El País*, pág. 21, 13/07/1983); "rejonales" ("El Rey en la Academia", *El País*, pág. 24, 22/10/1983); "los nombres <<rejonales>> (Juan Ramón)" ("El vacío de Guerra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 10/03/1991); "<<rejonales>>" ("HB", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/09/1992); "<<rejonales>>" ("Rappel", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 11/02/1993); "<<rejonistas>>" ("Sacar las monjas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 11/06/1993); "rejonistas" ("Morenito de Cazorla", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 13/06/1993; en este artículo, por cierto, rompe Umbral con su costumbre de aclarar que esta grafía es una suerte de homenaje a Juan Ramón); "los rejonistas" ("El atentado", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 22/06/1993).

150 Luego escribe también "esquisita". Véase "JRJ", *El País*, pág. 29, 06/06/1983. Apenas un mes más tarde ("Las orejas", *El País*, pág. 21, 13/07/1983), vuelve Umbral a referirse al "esquisito" Juan Ramón. Y casi diez años después, insiste: "la jota y la ese

esijentes de Juan Ramón". ("El 92", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/01/1992.)

151 "JRJ", *El País*, pág. 24, 03/10/1981. Esta rebelde y -como anota Umbral- bella jota de Juan Ramón es también aplicada, además de al adjetivo 'rejonial', al vocablo "*inteli-jencia*" (véase, verbigracia, "El partido cocacola", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/03/1990).

152 "Idolatrias", *Diario 16*, pág. 4, 26/02/1989. El sintagma 'pasado bogascoso' aparece con el adjetivo en cursiva en "La foto fantástica" (*El País*, pág. 24, 11/09/1979); "Camuñas" (*El País*, pág. 30, 21/11/1980); "El eterno retorno" (*El País*, pág. 34, 27/11/1983) y "Buxarrais" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 31/03/1991). Con comillas ("pasado <<bogascoso>>") se puede encontrar en "El tironazo o Aznar" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/10/1989) y en "La OTAN" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 17, 27/01/1991). En "El voto útil" (*Diario 16*, pág. 4, 13/06/1989), se superponen las técnicas de advertencia al lector: "pasado <<bogascoso>>". De estas peculiaridades fonéticas se sirve el escritor incluso para caracterizar a personajes de sus novelas: "cuando Rita se enamora o se indigna, habla con la ge. Como María Félix". (*El día en que violé a Alma Mahler*, Destino, Barcelona, 1995 [1ª ed. de 1988], pág. 87.)

153 En *Y Tierno Galván ascendió a los cielos* (Seix Barral, Barcelona, 1990, pág. 129), Umbral -qué curioso- se burla de quienes utilizan la y: "bajamos a la bodeguilla, que los gacetilleros políticos escribían <<bodeguiya>>, en un pretendido rasgo de ingenio ortográfico". Léase, además, esta referencia a la peculiar pronunciación de Felipe González: "hefe (voy a aspirar la hache andaluza, en su homenaje)". Se entiende que en homenaje de Felipe González. En este artículo ("Felicidades, jefe", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/03/1992), la hache aspirada de 'heje' aparece doce veces. Al día siguiente ("Fidel Castro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 07/03/1992), vuelve a surgir de nuevo, pero en esta ocasión una sola vez.

154 *El País*, pág. 34, 24/06/1980. En dos ocasiones se refiere Umbral a la pronunciación de Lita Trujillo, personaje que suele frecuentar las revistas del corazón: "yo siendo judía françoise, **Umbrgral**, yo no siendo nada cobre ni la estaño, yo, **Umbrgral**, tú no haces llamagme tercermundista" ("Desde la cueva de Cuevas", *Diario 16*, pág. 4, 07/06/1988); "¿ez que acazo, amog, (...)" ("Vargas Llosa", *Diario 16*, pág. 4, 28/10/1988). En este último texto, Umbral contesta con punzante ironía fonética a la pregunta de la famosa: "efectivamente, amog, (...)".

155 "Maribel Atiénzar", *El País*, pág. 25, 11/07/1978. Aclara Umbral en su *Diccionario cheli* (Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 175): "*Passar* debe escribirse así, con la *ese* arrastrada, pues en esa letra es donde está la ironía y la fonética cheli".

156 El primer término aparece tres veces en "Papeletas para un diccionario cheli" (*El País*, pág. 18, 28/07/1978). La segunda cita pertenece a "El abrigo de Villalonga" (*El País*, pág. 30, 25/09/1979).

157 "El populismo", *El País*, pág. 32, 11/11/1983.

158 La *antítesis* (o *antitescon*), según la doctrina retórica clásica, es la sustitución de

un fonema por otro en el interior de una palabra.

159 "Malasaña", *El País*, pág. 26, 17/02/1983. Léanse también estas otras expresiones: "a la gente bien (pronúnciese *bian*)" ("El nuevo Opus", *El País*, pág. 27, 27/03/1983); "mundo bien (dígame *bian*)" ("Miriam", *El País*, pág. 27, 01/07/1983); "gente bien (dígame *bian*)" ("Los cruzados de la causa", *El País*, pág. 22, 22/07/1983). A partir de aquí, Umbral simplifica la idea y se limita a escribir el consabido "*bian*" ("Las respetuosas", *El País*, pág. 24, 26/10/1983; "Dónde me hago de derechas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 03/03/1990; "Beautiful gente", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/02/1992; "Medinaceli", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 08/03/1992; "La telebasura", *El Mundo del siglo XXI*, última, 16/03/1994) o, si no, une mediante una barra la variedad normativa y la heterodoxa o local: "los chicos bien/*bian*" ("Marujonas y Mari Puris", *Diario 16*, pág. 4, 12/10/1988); "señoritas bien/*bian*" ("Celia Villalobos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/11/1991); "señoras bien/*bian*" ("Madrid cultural", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 04/01/1992 y "Felipe", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 09/06/1993); "bien/*bian*" ("Los supermuertos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/06/1993); "gente bien/*bian*" [*sic*, sin cursiva aquí] ("El Gran Ojo", *El Mundo del siglo XXI*, última, 15/04/1994). La fórmula aparece incluso en novelas y otros textos no periodísticos: "la gente bien/*bian* de la zona", escribe Umbral en *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1985], pág. 82.

160 "El congreso", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 08/11/1990.

161 "El velito", *El País*, pág. 17, 26/12/1978.

162 Véanse, por este orden, "Anatomía de la derecha" (*El País*, pág. 19, 06/10/1978), "Perder aquello" [*sic*] (*El País*, pág. 23, 08/05/1977), "Andalucía" (*El País*, pág. 18, 10/09/1978), "El eterno retorno" (*El País*, pág. 24, 05/10/1978), "La naranja inorgánica" (*El País*, pág. 29, 11/05/1980) y "Adiós a las armas" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 01/03/1992). De los términos citados, el más curioso quizá sea el segundo. La forma gráfica habitual no es la que se anota arriba, sino esta otra: "Verstrynge, mushasho" ("Don Cierva", *El País*, pág. 30, 14/03/1983). Así la hallamos, sólo que con cursiva, en "Los andróginos" (*El País*, pág. 27, 15/04/1980) y "Nacionalizar" (*El País*, pág. 26, 01/03/1983).

163 "El presidenciable", *El País*, pág. 29, 11/12/1979.

164 "Los currantes", *El País*, pág. 23, 28/12/1982.

165 Léase "Doña Lola", *El País*, pág. 18, 17/09/1983.

166 Véase "A" [con círculo del símbolo anarquista en torno], *El País*, pág. 24, 27/01/1983. En este mismo artículo, poco después, leemos: "chorvos de la laidi Dai". Se refiere el autor, claro está, a Diana de Gales (Lady Di). El término "muisic" también aparece en "Ana Torroja", *El País*, pág. 25, 13/01/1983).

167 "El estilo", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 27/04/1991. Apenas unos días después

(véase "El tono", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 05/05/1991), por cierto, aparece una variante vulgar y exótica de la expresión: "namber guans, chorizos y mariconas peluquerizadas".

168 En "Descamisados y gente guapa" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 10, 29/04/1990) se justifica así el uso de tal término: "la <<beautiful people>>, que las marujonas le dicen *biutiful* a la gente guapa". También hallamos "biutiful" en "La endogamia" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 20/04/1992).

169 "La tregua", *El País*, pág. 32, 14/11/1982.

170 Ambos términos pueden encontrarse en "Las hamburguesas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/09/1990. También aparece "meimi" en "El arte/basura", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/10/1990; cuatro veces en "Estatuta moral", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 15, 01/02/1991.

171 Este "Barsa" puede encontrarse en "Los Tauro" (*El País*, pág. 27, 10/05/1980), en "Esquizofrénicos" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/12/1990), y también, dos veces, en "Maradona" (*El País*, pág. 33, 04/06/1982).

172 "Mitterrand", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 11, 10/11/1991.

173 "Moda otoño/invierno", *El País*, pág. 25, 02/10/1980.

174 "Los grandes viejos", *El País*, pág. 25, 01/04/1982.

175 "Comic", *El País*, pág. 28, 27/03/1981.

176 Así empieza "Al fin solos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 13/10/1993.

177 "El comic", *El País*, pág. 24, 04/10/1983. Hay en este artículo otras muchas onomatopeyas: "¡cataclash!", por ejemplo. Con carácter general, cabe afirmar que la onomatopeya preferida por Umbral durante los primeros años analizados es "hele" (véanse, por ejemplo, "Arespacochaga", *El País*, pág. 20, 23/01/1977; "Sexo en TVE", *El País*, pág. 23, 02/02/1977; "La cojera de Suárez", *El País*, pág. 20, 03/02/1977; "Las rodillas", *El País*, pág. 22, 09/02/1977; y, por último, "Nuria Espert", *El País*, pág. 21, 10/02/1977). En los últimos años considerados en este trabajo, en cambio, predomina un cáustico "puach" (incluido, entre otros artículos, en "El mayor y la menor", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 05/03/1993; "Los supermuertos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/06/1993; "Los juguetes", *El Mundo del siglo XXI*, última, 04/01/1994; "El bacalao", *El Mundo del siglo XXI*, última, 19/03/1994). Esta onomatopeya sólo aparece dos veces antes de 1993: una en 1979 ("Amparo Rivelles", *El País*, pág. 20, 03/11/1979); otra, aunque con ligera modificación gráfica ("puaf"), ya en 1991 ("Europa", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 13, 10/12/1991).

178 En "El motorista" (*El País*, pág. 21, 09/10/1977), pide a los correctores: "no me metan signos de admiración donde yo no los meto nunca o casi nunca, porque no me gustan esos menudillos tipográficos. Please". Y, poco después, añade: "los

sentimientos hay que expresarlos con palabras (...), no con palos (tipográficos)". Meses más tarde ("Los jeromos", *El País*, pág. 22, 12/04/1978), se reitera la idea: "Ay.

>> (Este ay anterior va sin admiraciones, que yo no me ayudo de muletas tipográficas, como otros, como otras.) Y lo que que va entre paréntesis también se compone, hermano".

179 "Eurocomunismo y Semprún", *El País*, pág. 20, 13/01/1978. Considérese también esta otra elusión del tópico signo ortográfico: "la hormiguera constitucional se pone a funcionar y plas, de un bocado se lleva el sex-shop". ("Nos han cerrado el sex-shop", *El País*, pág. 23, 05/11/1978.)

180 "La gran derecha", *El País*, pág. 22, 04/02/1981. Este "rin, rin, me llama (...)" aparece hasta ocho veces en todo el texto.

181 Así empieza "Apocalypse Pitita Now", *El País*, pág. 22, 06/01/1980. Comienza exactamente igual un artículo anterior ("Conferencia de Pitita", *El País*, pág. 22, 01/03/1978): "Ring, ring, que soy **Pitita**, (...)". Sólo en 1979, hallamos este recurso onomatopéyico en los siguientes artículos: "Mujercitas", *El País*, pág. 21, 31/01/1979; "La gripe", *El País*, pág. 20, 02/02/1979 (dos veces); "La marcha", *El País*, pág. 23, 19/09/1979; "El Domund de las locas", *El País*, pág. 26, 23/10/1979 (dos veces); "El 'smog'", *El País*, pág. 28, 30/11/1979. Llamada no telefónica, sino manual, es la que simula Umbral en "La República" (*El País*, pág. 27, 10/04/1980): "tan, tan, ¿se puede?, que hemos (...)".

182 En "Marléne" (*El País*, pág. 21, 31/12/1981), pongamos por caso, tropezamos con un "kikirikí del gallo". Común es también el propio título "¡Ozú que frío! (Los andaluces)" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/06/1990), mediante el cual pretende Umbral recordar cierto poema de José Hierro. El poeta, en su *Libro de las alucinaciones* (Cátedra, Madrid, 1986), incluye un texto titulado "Los andaluces" que empieza así: "Decían: <<ojú, qué fio". Confunde Umbral, por tanto, 'ozú' con 'ojú'.

183 Dos veces aparece en "Elucidario de Madrid", *El País*, pág. 24, 31/01/1978.

184 "Los columnistas", *El País*, pág. 31, 30/04/1980. En "Camuñas" (*El País*, pág. 23, 06/07/1977), tropezamos ya con esta creación verbal: "el *pim-pam-pum*". En 1988 ("Ministros de nada", *Diario 16*, pág. 4, 23/07/1988), reaparece: "Gabinete pim/pam/pum de figuras".

185 "Contra Felipe", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 26/03/1992. Este 'blablablá', de uso corriente en el lenguaje coloquial, lo usa Umbral en 1978 ("Elucidario de Madrid", *El País*, pág. 24, 31/01/1978): "y escribo todo este blablablá por ver si (...)". También aparece en los siguientes textos: "Doña Pilar", *El País*, pág. 27, 16/12/1979; "Los Franco", *El País*, pág. 24, 17/05/1981: "siusiú y blablablá"; "La España real", *El País*, pág. 31, 22/12/1981; "Huérfanos", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 06/09/1991; "Madrid cultural", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 02/07/1992; "El gesto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/07/1993; "La imaginación", *El Mundo del siglo XXI*, última, 18/12/1993; "La soledad del ciclista", *El Mundo del siglo XXI*, última, 28/01/1994: "los portavoces, los locutores, los blablablá". Como variante apocopada, véase "Los

Bárbaros" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 17/05/1991): "el blablá de (...)".

186 "Derribado arcángel", *El País*, pág. 26, 04/05/1977. Hasta 1982, este término aparece separado por medio de un guión (véanse "La Cibeles en llamas", *El País*, última, 07/03/1979; "El ruido y la furia", *El País*, última, 31/03/1979; "Las cacerolas", *El País*, pág. 31, 12/02/1982). En los dos últimos artículos citados, por cierto, hay unos curiosos plurales: "los tantanes" (31/03/1979) y "tamtams" (12/02/1982). A partir de 1983, la barra sustituye al guión: "un tam/tam" (tres veces en el artículo "Las cacerolas", *El País*, pág. 23, 15/07/1983; "El llanto militar", *El País*, pág. 33, 18/09/1983; "Abortar más", *El País*, pág. 28, 30/09/1983; "Los Police", *El País*, pág. 22, 01/10/1983; "El gesto", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 23/07/1993; "Niños y TV", *El Mundo del siglo XXI*, última, 20/02/1994). En "Las cacerolas" (*El País*, pág. 23, 15/07/1983), encontramos el plural que faltaba: "los tamtames".

187 "Los maestros", *El País*, pág. 28, 15/07/1980. No obstante, este término suele presentarse sin guiones: "el palabrismo, la bagatela y el chachachá". ("Guillén", *El País*, pág. 29, 28/11/1980.) También lo hallamos así en "Ivanhoe", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 19/07/1992.

188 Dos veces lo encontramos en "El sagastacanovismo", *El País*, pág. 30, 24/04/1983. Lo volvemos a ver así en "La pistola" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/07/1992) y en "Mitologías" (*El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/03/1993). El DRAE de 1992 sólo recoge la voz 'pimpón'.

189 "Un periódico", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 11, 03/11/1991.

190 "El alcalde", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 29/05/1991. El DRAE de 1992 sólo recoge el término 'polca'. En un artículo muy reciente, sin embargo, criticaba Umbral el bobo e ingenuo uso de la 'k' como símbolo de la rebeldía: "lo único que no me gusta de los okupas es el nombre. Suponer que la sustitución de la *ce* fuerte por la *ka* es una revolución, ni siquiera gramatical, me parece un poco tontito". ("Los okupas", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 28/03/1991".)

191 "Los viejos", *El Mundo del siglo XXI*, última, 21/12/1993.

192 "La izquierda sexual", *El País*, pág. 26, 01/06/1977.

193 "El conde de Lavern (apócrifo)", *El País*, pág. 25, 08/11/1977. En este mismo año, encontramos: "sicodelia" ("Eurovisión", *El País*, pág. 24, 25/02/1977); "síquicamente" ("Lola Flores", *El País*, pág. 23, 01/03/1977); "sicológicamente" ("Las criadas", *El País*, pág. 25, 23/06/1977); "sicosis" y "luz sicodélica" ("Camuñas", *El País*, pág. 23, 06/07/1977); "sicológica" ("Los rehenes", *El País*, pág. 15, 17/07/1977); "siquiatras" y "siquiatría" (ambos en "Amigos de la URSS", *El País*, pág. 20, 11/09/1977); "sicológica" ("Los medios seres", *El País*, pág. 26, 23/11/1977); "sicoanalistas" ("Swinging", *El País*, pág. 17, 27/11/1977); "sicológica" ("Matar la noche", *El País*, pág. 22, 08/12/1977); "sicológica" ("A caballo", *El País*, pág. 23, 09/12/1977).

194 A pesar de lo cual hallamos, entre 1978 y 1982, los vocablos "seudónimo"

("Amor", *El País*, pág. 20, 01/10/1978); "seudorromántica" (véase "Que quiero una cátedra", *El País*, pág. 23, 29/01/1980); "novela seudohistórica" ("Torrente Ballester", *El País*, pág. 27, 21/06/1980) y "seudoideas" ("Cien años de psocialismo", *El País*, pág. 30, 29/11/1982).

195 "El pájaro", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/01/1993.

IV. CONCLUSIONES.

"Ya el hecho de que empiecen a hacer tesis sobre los libros de uno no deja de ser un síntoma de acabamiento, ésa es la verdad". (*Mis paraísos artificiales*, Librería Editorial Argos, Barcelona, 1976, pág. 16.)

"En este país te colocan tres adjetivos y dos frases y ya nadie varía eso en cincuenta o cien años de vida literaria. (...) Eso es todo. Nadie ha estudiado a nadie." (*La noche que llegué al Café Gijón*, Destino, Barcelona, 1977, pág. 260.)

"Me escribe una francesa para hacer una tesis sobre mis libros. (...) Generalmente no son otra cosa que maquinillas de ordenar fichas sobre uno. No se les ocurre nada. En cuanto a los estudiosos de aquí, del interior, se mueven entre la indiferencia, la ignorancia, el desprecio, la superficialidad, el halago, el clan y la haraganería." (*Diario de un escritor burgués*, Ediciones Destino, Barcelona, 1979, págs. 252-253.)

1) Destrucción y creatividad. Rebeldía y técnica. Parecen conceptos irreconciliables. Sólo *parecen*. Se ha visto, en los centenares de páginas que anteceden a estas notas, cómo despliega Francisco Umbral su ingenio lingüístico, su insaciable afán de transgresión. La personalidad literaria del autor se plasma en textos periodísticos ingeniosos y subversivos. Y esta referencia a la personalidad del articulista no es baladí. Se señaló en su momento (véase el epígrafe 2.3.4.1.) que Umbral pretende luchar contra un mundo -según él- detestable. Hay, en el fondo del sarcasmo y de la bienhumorada ironía, mucho pesimismo: el hombre no es libre (por más que las democracias occidentales insistan en lo contrario), el hombre no es justo (por eso perviven los privilegios sociales), el hombre no es puro ni sincero (la vida es farsa, una mentira sostenida durante siglos). El escritor quiere enfrentarse a ese mundo infecto del que abomina mediante un mundo de palabras: por eso el lenguaje de sus textos debe ser agresivo, indómito, transgresor. Umbral quiere desenmascarar la realidad desde la literatura y lenguaje. Sus textos, en consecuencia, han de ofrecer denuncias corrosivas y propuestas (formales y conceptuales) innovadoras. Transgresión y creatividad, como

se ve, no son ideas del todo incompatibles: más bien al contrario.

2) Umbral ha demostrado, durante decenios, su maestría en el arte de la provocación. Y ello tanto en las formas como en los contenidos. En el plano de los contenidos (RES), los artículos de Umbral evidencian un descaro asombroso: "una verdadera columna -escribe el autor- sólo consta de letra impresa y mala leche"¹. Presume el articulista de no poder escribir un buen texto hasta que no se siente suficientemente indignado (véase el epígrafe 2.1. de este trabajo). Indignado por las pequeñas o grandes vilezas de la vida, por las minúsculas o monumentales miserias del mundo. Cultura, sociedad, política, religión: Francisco Umbral lanza su desgarradora y afiladísima mirada de miope sobre todos estos ámbitos del acontecer. Sin miedos ni pudores. En ocasiones, con notoria desvergüenza. "El respeto es o era un valor burgués y por lo tanto convencional. El respeto es sólo la forma áulica del temor. El temor es el valor social que más funciona en sociedad. Al temor hacia atrás se le llama miedo y al temor como protocolo se le llama respeto"². El autor prefiere de ordinario el juicio insolente a la reflexión ponderada. Hay en sus textos, por ejemplo, una permanente apología del *arte de injuriar*. La calumnia -para Umbral- es una suerte periodística no sólo permisible: si está bien trabada, llega a ser imprescindible. La irreverencia es el arma mediante la cual el articulista se enfrenta al poder político, a los criterios sociales mayoritarios, a la torpe y estrecha *filosofía* de quienes confunden la sensatez con el sentido común y las ideas tópicas. Umbral quiere ser distinto, pretende aportar (y aportarse) frescura vital por medio de sus textos: "ensayo las escrituras de la originalidad por escapar al destino repetitivo que es ya el del hombre, a cierta edad, cuando la máquina del tiempo se encasquilla y da siempre la misma imagen, la misma situación"³. Y no le importa incurrir en indecorosas maledicciones. Más bien al contrario: parece que se siente especialmente cómodo salpicando su discurso con frases gruesas, irrespetuosas. Parece dotado Francisco Umbral de aquella vieja osadía de los cínicos griegos, que se atrevían a decirlo todo (*parreseía*) sin detenerse a considerar el escándalo que ello podía suscitar.

3) En cuanto a las formas (VERBA), el análisis de los artículos de Umbral revela una irreverencia equiparable a la constatada en el estudio sobre los contenidos. El columnista quebranta en sus textos toda clase de reglas textuales, sintácticas, semánticas, morfológicas u ortográficas.

4) Respecto a las reglas de carácter textual, conviene destacar el regusto con que vulnera el articulista las normas propias del subgénero que cultiva. Tales transgresiones son aún más significativas si se tiene en cuenta el alto grado de libertad estilística de que gozan las columnas personales de opinión (o artículos, si se prefiere). "El escritor sin género -dice Umbral-, lejos de ser un impotente, es el caso más puro de escritor puro [*sic*], es pura disponibilidad de la que pueden nacer mil géneros nuevos, y es, sobre todo, el hombre convertido en género, la más hermosa donación de lo humano a lo literario"⁴.

5) En cuanto a la combinación de palabras, obsesiona al autor "la destrucción del tópico conversacional y costumbrista"⁵. O lo que es lo mismo: la creación de fórmulas sintácticas originales, no contaminadas por la rutina, libres del óxido verbal que el uso impone sobre determinadas estructuras lingüísticas. "Si no hay sorpresa, invención, ruptura, no hay armonía ni arte ni poema, porque lo más armónico es romper, porque la sinfonía interrumpida es la que se abre a lo abierto"⁶. No es fácil vencer siempre en esa diaria batalla contra la frase hecha. El sintagma manido y mil veces pronunciado es un lugar socorrido en el que los hablantes, a la menor duda, encuentran rápido y seguro refugio⁷. Por eso la tarea del escritor -del verdadero escritor, añadiría Umbral- es, no ya agotadora, sino más bien inagotable. "Trabajar en literatura es trabajar en un molino inmortal. Tomar contacto con el filo deslumbrante de lo eterno. (...) La eternidad del idioma es funcional, es continuidad. Está siempre haciéndose y deshaciéndose. Hay tantos mares como idiomas. Trabajo en el idioma y el idioma trabaja en mí. No es una ilusión de eternidad, sino, más sencillamente, un compromiso con la continuidad"⁸.

Continuidad de las tareas y los días. Compromiso diario con un estilo y -sobre todo- con un manajo de hallazgos lingüísticos que llevan el sello personalísimo de Francisco Umbral: *cuando entonces, lo cual que, en plan (...), tipo (...), si se recuerdan ustedes, municipal y espeso, formidable y espantosa máquina, prensa del corazón y la vagina, el manubrio del ludibrio del bodrio.*

6) En toda lengua hay, en fin, palabras nefandas, canallismos⁹, voces espúrias. Entiende Francisco Umbral "la palabra como incendio", y no sólo "como adorno"¹⁰: la escritura, en consecuencia, debe ser un fuego purificador, un abrasivo soplo de fantasía creadora. "El hombre está condenado a crear, es una bestia profundamente industriosa, y el arte es la situación límite de esa condena: la creación de la nada. Contra eso hay que luchar destruyendo al mismo tiempo que se crea. ¿Destruyendo qué? La propia creación, desde luego"¹¹. Presume Umbral de haberse pasado la vida fabricando *rectángulos impresos de grosor variable*¹²: artículos o columnas en los que el autor ha inventado palabras nunca oídas, ha resucitado viejos vocablos, ha deformado o transformado voces ordinarias, ha exhibido términos vulgares y cultismos exóticos. *Derechona, jais, cuarentañismo, roneo, retambufa, latinoché, menorero, plazaorientalismo, miarma.* Del mismo modo que otros logran ahorrar unos millones de pesetas (tras años de contabilidad y privaciones), Umbral ha conseguido amasar (tras decenios de laboriosa dilapidación periodística) un rico y curioso léxico. Sus neologismos o apropiaciones léxicas son difícilmente confundibles, porque pocos escritores hay tan fieles a su propio instinto lingüístico como Francisco Umbral: "un tipo se crea por insistencia. El estilo es una cuestión de insistencia"¹³.

7) Es evidente que Umbral contamina *ex profeso* la pureza de su elocución. Sus vicios, salvo contadísimas excepciones, son deliberados. Así pues, la transgresión lingüística suele ir asociada a la búsqueda de nuevas formas expresivas. Pretende el escritor aprovechar al máximo las posibilidades estilísticas del lenguaje. A veces, incluso contraviniendo las normas gramaticales. Es cierto que una parte considerable

de las transgresiones cometidas por Umbral se basa en la vulneración de reglas idiomáticas. El escritor se burla de ciertos principios del código lingüístico. Es verdad que incumple, por provocar al lector, normas gramaticales básicas. Pero también conviene tener en cuenta que, en muchas ocasiones, es la propia esencia del lenguaje la que encauza la innovación idiomática. "La rebelión contra un idioma (...) sólo se consume desde dentro de ese idioma, como todas las rebeliones y revoluciones"¹⁴. De hecho, la creatividad léxica se articula, en su mayor parte, gracias a mecanismos gramaticales simples y de uso ordinario: "gracias a la articulación es posible, incluso a propósito de cada palabra, formar con sus elementos un número realmente infinito de otras palabras según sentimientos y reglas determinados, y fundar así un parentesco entre todas las palabras que sea el correlato del parentesco entre los conceptos"¹⁵. El planteamiento lingüístico de Wilhelm von Humboldt parte de esta idea fundamental: el propio sistema de la lengua facilita la creatividad y la transgresión. El lenguaje, para Humboldt, no es una *obra* (*érgon*), sino una *actividad* (*energeia*)¹⁶: "de ahí que la lengua conste no sólo de los elementos ya formados, sino también, y muy principalmente, de métodos de proseguir el trabajo del espíritu, al cual la lengua le señala cuace y forma"¹⁷. Así pues, el trabajo del escritor (incluso del hablante en general, de cualquier hablante) consiste en prevalecerse de estas *formas y cauces* lingüísticos para descubrir nuevos modos expresivos. Malbarata la riqueza del lenguaje quien vuelve a decir aquello que ya se ha dicho cientos o miles de veces: "para que el esfuerzo intelectual del hombre prosiga con genuino entusiasmo, y para que no deje de desenvolverse la materia de su vida espiritual, el hombre necesita que su mirada pueda ir siempre más lejos que lo ya conquistado, y pueda abrirse hacia una masa infinita que ir desenredando sin cesar"¹⁸. En definitiva, lo único que hace Francisco Umbral es emplear creativamente la lengua que aparenta destruir. Es más: 'transgresión' y 'creatividad' serían conceptos tan hueros como inexplicables si la lengua no fuera ese *sistema abierto* de que hablan Humboldt, primero, Saussure¹⁹, más tarde, y casi todos los modernos lingüistas, después.

8) Hay que conocer bien el lenguaje, por tanto, para extraer de él nuevas formas expresivas. Sólo los grandes escritores consiguen moldear la lengua a su gusto y capricho. Sólo ellos logran imponer el "principio de libertad" (*energeia*) de que habla Humboldt sobre "la tradición inerte"²⁰ de las lenguas, entendidas éstas como mera *obra* (*érgon*). Por eso hay que conocer también la obra literaria de los grandes escritores. "Sólo robando de otro se aprende a escribir, y por eso la literatura está entre los delitos comunes. El estilo es una cosa de juzgado de guardia"²¹.

9) Creatividad y transgresión, además, son los ejes estilísticos de una rica tradición literaria. La lucha entre escritores y normas gramaticales o textuales viene de lejos. Tampoco nació anteayer la rebeldía del escritor maldito, minoritario, insolente. El movimiento de vanguardias de principios del siglo XX tomó como bandera el principio de la subversión (e innovación) estética. Pero las vanguardias sólo llevaron al paroxismo una manera de concebir la creación literaria que ya se puede vislumbrar en los textos clásicos de Grecia y de Roma. La literatura española, por supuesto, cuenta también con eximios modelos de creatividad transgresora: escritores como Francisco de Quevedo, Ramón María del Valle-Inclán o Juan Ramón Jiménez (por citar sólo tres de las fuentes literarias de Umbral) muestran en sus obras una inagotable capacidad de innovación y rebeldía. "Ramón [Gómez de la Serna], como Valle, blasfema contra Galdós. (...) Ramón llama a Baroja <<el mozo de cuerda de la novela>>"²². La Historia nos lega tanto una *tradición inerte* -por utilizar de nuevo la expresión de Humboldt- como una *tradición blasfema* (escritores heterodoxos que arremeten contra los principios más inquebrantables, contra los valores sociales o políticos menos cuestionables y contra criterios culturales o literarios plenamente consolidados). Así que Francisco Umbral, aunque en apariencia rompe con la tradición literaria, en realidad se sirve de ella. O, al menos, de una buena parte de ella. También se aprende a transgredir, y buena prueba de ello es la cándida pucritud de aquellos artículos que Umbral publicaba en *La Estafeta Literaria* cuando todavía no había cumplido treinta años²³.

NOTAS: **IV. Conclusiones.**

- ¹ *Diccionario de Literatura*, Planeta, Barcelona, 1995, pág. 67.
- ² *Los ángeles custodios*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pág. 51.
- ³ *Los ángeles custodios*, Destino, Barcelona, 1981, pág. 83.
- ⁴ *Ramón y las vanguardias*, Espasa-Calpe, Madrid, 1996 [1ª ed. de 1978], págs. 71-72.
- ⁵ *Crónicas antiparlamentarias*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974, pág. 118.
- ⁶ *El hijo de Greta Garbo*, Ediciones Destino, Barcelona, 1982, pág. 22. Leemos en *Memorias de un joven malvado*, Destinolibro, Barcelona, 1977 [1ª ed. de 1973], pág. 58: "aquella gente decía y escribía siempre las mismas cosas porque llevaba siglos alimentándose del mismo manjar, de la misma olla".
- ⁷ Incluso Umbral ha escrito alguna vez frases como "un guerrero japonés armado hasta los dientes" (véase *Las españolas*, Planeta, Barcelona, 1974, pág. 323).
- ⁸ *Mortal y rosa*, Destinolibro, Barcelona, 1979 [1ª ed. de 1975], pág. 129.
- ⁹ El neologismo lo emplea Umbral en su *Trilogía de Madrid*, Planeta, Barcelona, 1996 (1ª ed. 1984), pág. 19.
- ¹⁰ *España como invento*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1981, pág. 73. Conviene subrayar el matiz adverbial: *no sólo* como adorno. El *incendio* debe asolar la previsibilidad del texto, nunca la armonía o estética verbal. De hecho, Francisco Umbral es un radical defensor del esteticismo literario: si en algo debe empeñarse un escritor -viene a decir Umbral- es en la filigrana verbal. "Lejos de mí considerar esto un adorno, pues sé que el adorno es la literatura misma, que no hay más literatura que la del adorno, porque para decir las cosas fundamentales y urgentes ya están los discursos de los políticos y los telegramas. El escritor llega a decir su verdad mediante la palabra certera e insólita, constituye su verdad o su dolor en la palabra, y no se le pueden exigir lugares comunes en nombre de la autenticidad. Su autenticidad es no ser común" (*Ramón y las vanguardias*, Espasa-Calpe, Madrid, 1996 [1ª ed. de 1978], pág. 144).
- ¹¹ *Retrato de un joven malvado*, Destinolibro, Barcelona, 1977 [1ª ed. de 1973], pág. 213.
- ¹² Véase *Mortal y rosa*, Destinolibro, Barcelona, 1979 [1ª ed. de 1975], pág. 114.
- ¹³ "Don Jaime", *El País*, pág. 4, 03/09/1988.

¹⁴ *Diccionario cheli*, Grijalbo, Barcelona, 1983, pág. 132.

¹⁵ Humboldt, W. von, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*, Academia de Berlín, 1836; edición española: *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*, ed. Anthropos y Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1990, pág. 79.

¹⁶ Véase Humboldt, W. von, *op. cit.*, pág. 65.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 85.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 85.

¹⁹ "Así como el juego de ajedrez está todo entero en la combinación de las diferentes piezas, así también la lengua tiene el carácter de un sistema basado completamente en la oposición de sus unidades concretas." (Saussure, F. de, *Curso de Lingüística General*, Edición de Bally y Sechehaye, 1915. Edición española: Alianza Editorial, Madrid, 1897, pág. 135.)

²⁰ Véase Humboldt, W. von, *op. cit.*, págs. 88-89. Plantea Humboldt en estas páginas una cuestión de gran importancia: la lenguaje plenamente creativo es aquel que consigue establecer un equilibrio entre la aportación personal del hablante (o escritor) y los usos lingüísticos de la colectividad. El espíritu innovador de un solo individuo, si no recone límite alguno a su capacidad de transgresión, acabará generando discursos ininteligibles para el resto de los hablantes. La propia lengua, en tanto *energía*, garantiza -según Humboldt- ese equilibrio.

²¹ *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1994], pág. 25.

²² *Ramón y las vanguardias*, Espasa-Calpe, Madrid, 1996 [1ª ed. de 1978], pág. 53. Sobre la tradición literaria a que se afilia gustosamente Umbral, véase un ilustrativo párrafo (pág. 89) de este mismo libro: "Quevedo, Vélez de Guevara, Torres Villarroel, Larra, Valle-Inclán y Gómez de la Serna establecen una línea muy enérgica de continuidad dentro del castellano más creador, exasperado y fecundo. Son la línea rebelde del castellano que se innova siempre a sí mismo, línea que corre paralela a la otra más serena, conservadora y fría de Cervantes, Feijoo, Valera, Azorín. La alternancia armónica de estas dos corrientes del castellano sólo se rompe, en nuestra literatura, con la irrupción <<garbancera>> de Galdós o el realismo descalabrante de Baroja".

²³ Entre esos artículos, cabe citar los siguientes: "Los <<fans>>", *La Estafeta Literaria*, pág. 30, 07/11/1964; "Juan Ramón, inédito", *La Estafeta Literaria*, pág. 19, 23/11/1963; "La lotería", *La Estafeta Literaria*, pág. 31, 21/11/1964; "Piedad", *La Estafeta Literaria*, pág. 39, 29/01/1966; "Los protagonistas", *La Estafeta Literaria*, pág. 32, 19/12/1964.

V. BIBLIOGRAFÍA.

5.1. Obras de Francisco Umbral¹.

- *Tamouré*, Alfaguara, Madrid, 1965.
- *Larra, anatomía de un dandy*, Alfaguara, Madrid, 1965.
- *Balada de gamberros*, Emiliano Escolar Editor, Madrid, 1980 [1ª ed. en Alfaguara, Madrid, 1966].
- *Si hubiéramos sabido que el amor era eso*, Ediciones Literoy, 1969 [2ª ed. Ediciones Destino, Barcelona, 1974].
- *El Giocondo*, Planeta, Barcelona, 1995 [1ª ed. de 1970].
- *Lola Flores, sociología de la petenera*, Dopesa, Barcelona, 1971.
- *Amar en Madrid*, Planeta, Barcelona, 1972.
- *Memorias de un niño de derechas*, Ediciones Destino, Barcelona, 1972.
- *Retrato de un joven malvado*, Ediciones Destino, Barcelona, 1973.
- *Diario de un snob*, Ediciones Destino, Barcelona, 1973.
- *Crónicas antiparlamentarias*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974.
- *Las españolas*, Planeta, Barcelona, 1974.

¹ No es ésta, por supuesto, una bibliografía exhaustiva de Umbral. Sólo se citan aquí los textos que han sido leídos y analizados para examinar más en profundidad algunos de los asuntos de que trata esta tesis. Gracias a estas obras, por tanto, se ha podido estudiar cómo se manifiestan en novelas, cuentos o ensayos ciertos fenómenos de desviación lingüística o textual (*transgresiones*, si se prefiere) típicos de los artículos periodísticos que el autor publica a diario.

- *Mortal y rosa*, Ediciones Destino, Barcelona, 1975.
- *Suspiros de España*, Ediciones Felmar, Madrid, 1975.
- *España cañí*, Plaza y Janés, Barcelona, 1975.
- *Los males sagrados*, Ediciones Destino, 1976.
- *Las ninfas*, Ediciones Destino, Barcelona, 1976.
- *Iba yo a comprar el pan*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1976.
- *Mis paraísos artificiales*, Librería Editorial Argos, Barcelona, 1976.
- *La prosa y otra cosa*, Editorial El Gran Espectáculo, Madrid, 1977.
- *Diccionario para pobres*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1977.
- *La noche que llegué al Café Gijón*, Destinolibro, Barcelona, 1991, 2ª ed. [1ª ed. en Ediciones Destino, 1977].
- *Teoría de Lola*, Ediciones Destino, Barcelona, 1977.
- *Ramón y las vanguardias*, Espasa-Calpe, Madrid, 1978.
- *Diario de un escritor burgués*, Ediciones Destino, Barcelona, 1979.
- *Los amores diurnos*, Kairós, Barcelona, 1979.
- *Los helechos arborescentes*, Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1980.
- *A la sombra de las muchachas rojas*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1981 [1ª ed. de 1980].
- *Los ángeles custodios*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981.
- *Las ánimas del purgatorio*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1982.
- *Spleen de Madrid-2*, Ediciones Destino, Barcelona, 1982.
- *El hijo de Greta Garbo*, Ediciones Destino, Barcelona, 1982.
- *Diccionario cheli*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1983.
- *España como invento*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1984.
- *Trilogía de Madrid*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1984].
- *La fábula del falo*, Kairós, Barcelona, 1985.
- *Pío XII, la escolta mora y un general sin ojo*, Planeta, Barcelona, 1985.
- *La belleza convulsa*, Planeta, Barcelona, 1985.
- *Sinfonía borbónica*, Ediciones Destino, Barcelona, 1987.

- *Un carnívoro cuchillo*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1988].
- *Nada en domingo*, Seix Barral, Barcelona, 1988.
- *El día en que violé a Ana Mahler*, Ediciones Destino, Barcelona, 1988.
- *El fulgor de África*, Seix Barral, Barcelona, 1989.
- *Y Tierno Galván ascendió a los cielos*, Seix Barral, Barcelona, 1990.
- *Leyenda del César visionario*, Seix Barral, Barcelona, 1991.
- *Crónica de esa guapa gente*, Planeta, Barcelona, 1991.
- *Memorias eróticas*, Temas de Hoy, Madrid, 1992.
- *Madrid 1940. Memorias de un joven fascista*, 1993.
- *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994.
- *Diccionario de Literatura*, Planeta, Barcelona, 1995.
- *Madrid, 605*, Planeta, Barcelona, 1995.
- *Las señoritas de Aviñón*, Planeta, Barcelona, 1996 [1ª ed. de 1995].

5.2. Textos sobre Umbral.

- Cela, C. J., "Paco", *ABC*, pág. 15, 02/02/1995.
- Echeverría, I., "Belle époque", *El País*, suplemento literario "Babelia", pág. 4, 04/03/1996.
- Fernán-Gómez, F., "Los enemigos", *El Mundo del siglo XXI*, suplemento literario "La Esfera", pág. 7, 15/03/1997.
- García-Posada, M., *La rosa y el látigo*, Espasa Calpe, Madrid, 1994.
- --- "El escritor perpetuo", *El País*, pág. 34, 11/05/1996.

- Gimferrer, P., "Poderío de la palabra", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 114, 11/05/1996.
- ---, "Colegas, cofrades, hermanos", *ABC*, pág. 69, 11/05/1996.
- Herrera, Ángel-Antonio., *Francisco Umbral*, Grupo Libro 88, Madrid, 1991.
- Huelves, E., "Francisco Umbral", *El Mundo del siglo XXI*, suplemento literario "La Esfera", pág. 5, 30/10/1993.
- Leguineche, M., "Umbral e Indurain", *El Mundo del siglo XXI*, suplemento literario "La Esfera", pág. 7, 30/09/1995
- Mactas, M., *Las perversiones de Francisco Umbral*, Anjana Ediciones, Madrid, 1984.
- Martín Prieto, J. L., "Umbral y rosa", *ABC*, pág. 71, 11/05/1996.
- ---, "A Francisco Umbral le van a dar café", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 5, 02/03/1994.
- Martínez Albertos, "Nuevos periodistas españoles: análisis de sus formas expresivas", en *Estudios de Periodística*, Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, Madrid, 1992.
- Pozo, R. del, "Un transgresor", *El Mundo del siglo XXI*, pág. 118, 11/05/1996.
- Villán, J., *La escritura absoluta: diccionario de palabras, conceptos y personas*, Planeta, Madrid, 1996.
- Vivas, A., "Lo que dicen las negritas", *El mundo del siglo XXI*, suplemento literario "La Esfera", págs. 2-3, 06/05/1995.

5.3. Otras obras consultadas.

- Academia Española, *Gramática de la Lengua Española*, Espasa-Calpe, Madrid, 9ª ed. reformada, 1931.
- Acero, J.J., y otros, *Introducción a la Filosofía del Lenguaje*, Cátedra, Madrid, 1989.
- Acosta Montoro, J., *Periodismo y Literatura*, Guadarrama, Madrid, 1973 (dos tomos).
- Alarcos Llorach, E., *Gramática de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1994.
- Aguilera, O., *La Literatura en el Periodismo (y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo)*, Paraninfo, Madrid, 1992.
- Albadalejo, T., *Retórica*, Síntesis, Madrid, 1991
- Anónimo, *Rhetórica ad Herennium*.
- Aristóteles, *Retórica*, Gredos, Madrid, 1990.
- ---, *Poética*, Gredos, Madrid, 1974.
- Aristóteles/Horacio, *Artes Poéticas*, Taurus, Madrid, 1987.
- Aullón de Haro, P. (ed.), *Introducción a la crítica literaria actual*, Playor, Madrid, 1983.
- Austin, J.L., *How to do things with words*, Oxford University Press, Oxford, 1962; traducción al español: *Palabras y Acciones*, Paidós, Buenos Aires, 1972.
- Ayala, F., *El escritor en su siglo*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- Barthes, R., *Investigaciones Retóricas I. La Antigua Retórica*, Ediciones Buenos Aires, Barcelona, 1982.
- Bernal y Chillón, *Periodismo informativo de creación*, Mitre, Barcelona, 1985.
- Beinhauer, W., *El español coloquial*, Gredos, Madrid, 1963.
- Benveniste, E., *Problemas de Lingüística General*, Siglo XXI, México, 1972.

- Calvino, I., *Una pietra sopra*, Giulio Einaudi Editore, Turín, 1980; ed. española: *Punto y aparte (ensayos sobre Literatura y Sociedad)*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1983.
- Cascales, F., *Tablas Poéticas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.
- Chomsky, N., *Cartesian Linguistics. A chapter in the History of rationalist thought*, Harper & Row, Nueva York, 1966; traducción al español: *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la Historia del pensamiento racionalista*, Gredos, Madrid, 1969,
- Cicerón, *Orator. El orador*, Alma Mater, Barcelona, 1967.
- Correas, G., *Arte de la lengua española castellana*, Selecciones gráficas, Madrid, 1954.
- Coseriu, E., *El hombre y su lenguaje*, Gredos, Madrid, 1977
- ---, *Gramática, semántica, universales*, Gredos, Madrid, 1978.
- Dallal, A., *Periodismo y Literatura*, Gernika, México, 1988 (2ª ed.).
- Demetrio, *Sobre el estilo*, Gredos, Madrid, 1979.
- Dijk, Teun A. van, *Tekstwetenschap. Een interdisciplinaire inleiding*, Het Spectrum, Amsterdam, 1978 (ed. española: *La ciencia del texto*, Paidós, Barcelona, 1992).
- ---, *La noticia como discurso*, Paidós, Barcelona, 1990.
- Dionisio de Halicarnaso, *Tucídides* (ed. en español de Vicente Bécáres: Dionisio de Halicarnaso, *Tres ensayos de Crítica Literaria*, Alianza Editorial, Madrid, 1992).
- Dovifat, E., *Periodismo*, UTEHA, México, 1959.
- García Berrio, A., *Teoría de la Literatura*, Cátedra, Madrid, 1989.
- Gramsci, A., *Cultura y Literatura*, Ediciones Península, Barcelona, 1972.
- Hermógenes, *Sobre las formas de estilo*.
- Humboldt, W. von, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*; traducido al español por Ana Agud: *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia en el desarrollo espiritual de la humanidad*, co-editado por

el Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia y la Ed. Anthropos, Madrid, 1990.

- Jakobson, R., *Ensayos de Lingüística General*, Ariel, Barcelona, 1984.
- Lausberg, H., *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft*, Max Hueber Verlag, München, 1960; ed. española, *Manual de Retórica literaria*, Gredos, Madrid, 1966.
- Lázaro Carreter, F., "El lenguaje periodístico, entre el literario, el administrativo y el vulgar", en *Lenguaje en periodismo escrito*, Fundación Juan March, Madrid, 1977.
- ---, *Estudios de Poética*, Taurus, Madrid, 1976.
- León, V., *Diccionario de argot español*, Alianza/Ediciones del Prado, Madrid, 1994.
- 'Longino', *Sobre lo sublime*, Gredos, Madrid, 1979.
- Lyons, J., *Semantics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977; edición en español: *Semántica*, Teide, Barcelona, 1980.
- Martín Vivaldi, G., *Géneros Periodísticos*, Paraninfo, Madrid, 1987
- Martínez Albertos, J. L., *Curso General de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983.
- ---, *El lenguaje periodístico*, Paraninfo, Madrid, 1989.
- ---, *La noticia y los comunicadores públicos*, Pirámide, Madrid, 1978.
- Martínez Hernando, B., *Lenguaje de la Prensa*, Eudema, Madrid, 1990
- Mayoral, J. A., *Figuras Retóricas*, Editorial Síntesis, Madrid, 1994,
- Nebrija, A., *Gramática de la lengua castellana*, Salamanca, 1492 (edición facsímil de Librerías París-Valencia, Valencia, 1992).
- Núñez Ladevéze, L., *El lenguaje de los 'media'*, Pirámide, Madrid, 1978.
- Núñez Ladevéze y Casasús, *Estilo y géneros periodísticos*, Ariel, Barcelona, 1992.
- País, El, *Libro de Estilo*, Ediciones EL PAÍS, Madrid, 1980, 2ª edición.

- Perelman y Olbrechts-Tyteca, *Traité de l'Argumentation. La Nouvelle Rhétorique*, Presses Universitaires de France, París, 1958. Edición en español: *Tratado de la argumentación. La Nueva Retórica*, Gredos, Madrid, 1989.
- Plett, H.F., "Rhetoric", en Dijk, T. A. van (ed), *Discourse and Literature*, John Benjamins, Amsterdam, 1985.
- ---, "Rhétorique et Stylistique", en Kibédi Varga, A. (Ed.), *Théorie de la littérature*, Picard, París, 1981.
- Pozuelo Yvancos, J.M., *Teoría del lenguaje literario*, Cátedra, Madrid, 1988.
- Quintiliano, *Instituciones Oratorias*, Hernando, Madrid, 1942.
- Real Academia Española, *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1973.
- Roy, J., *Periodismo y literatura*, Ala, Madrid, 1986.
- Santamaría, L., *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid, 1990.
- Saussure, F. de, *Curso de Lingüística General*, Edición de Bally y Sechehaye, 1915; edición española: Alianza Editorial, Madrid, 1897.
- Searle, J., *Speech Acts*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969 (traducción al español: *Actos de habla*, Cátedra, Madrid, 1980).
- Seco, M., *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1986.
- Spitzer, L., *Lingüística e historia literaria*, Gredos, Madrid, 1974, 2ª ed.
- ---, *Estilo y estructura en la literatura española*, Crítica, Barcelona, 1980.
- Ullmann, S., *Language and style*, Basil Blackwell, Oxford, 1964; ed. española: *Lenguaje y estilo*, Aguilar, Madrid, 1977.
- Urrutia, J., *Literatura y Comunicación*, Instituto de España/Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- Wellek, R.; Warren, A., *Teoría literaria*, Gredos, Madrid, 1969.
- Yllera, A., *Estilística, poética y semiótica literaria*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.

ABRIR TOMO II

